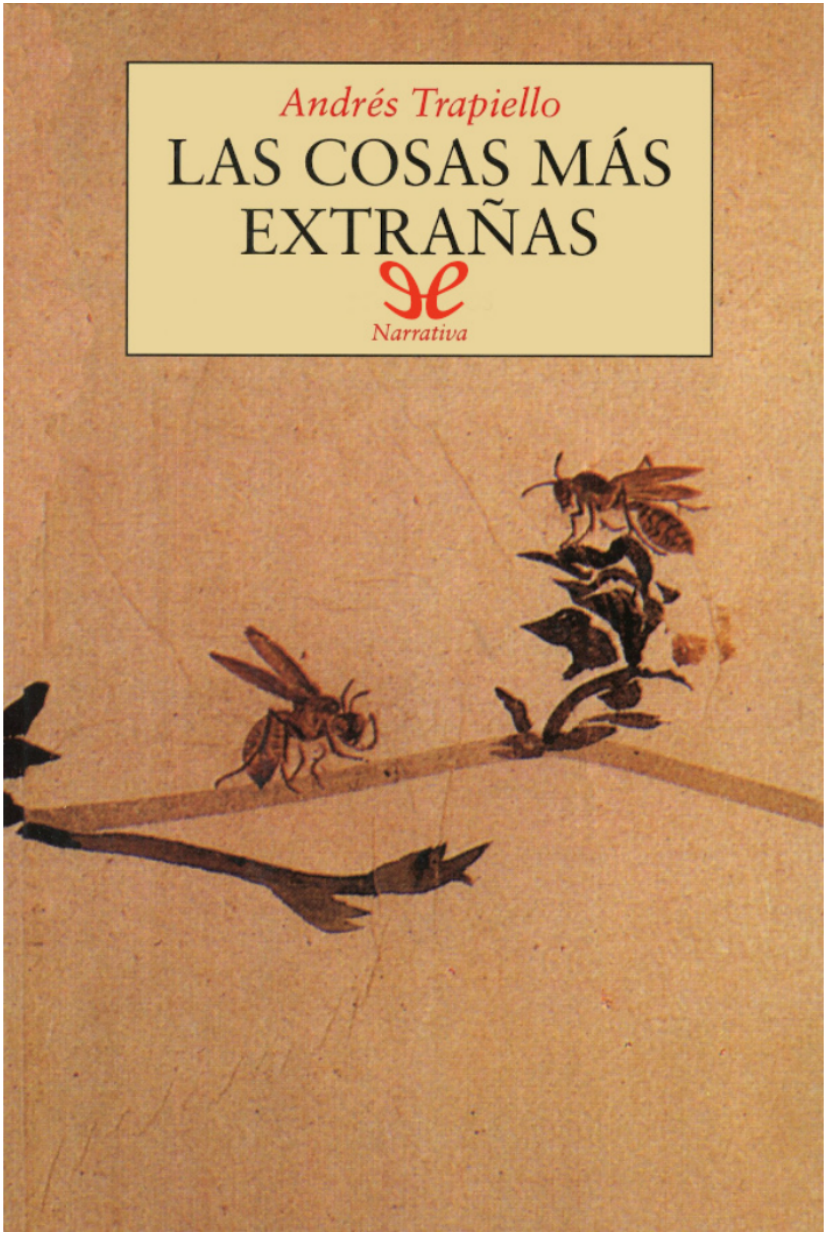
Andrés Trapiello

LAS COSAS MÁS EXTRAÑAS

Narrativa



PARA muchos estos diarios son ya una novela, la novela de nuestro tiempo, porque solo lo que está vivo merece ese nombre, y los personajes de estos libros entran y salen de ellos como lo hacen esas criaturas, libres e insatisfechas, que vagan por los parques públicos, sin oficio ni beneficio, y así, Sin oficio ni beneficio, podríamos también titular esta novela en marcha. Cada día que pasa son más numerosas las sombras que cruzan este Salón de pasos perdidos. Muchas de ellas resultan sombras tan convincentes que parecen vidas, y únicamente porque lo son, el autor se ha fijado en ellas, porque las sombras, se dice aquí, son el alma visible de las cosas. Todos somos protagonistas de una novela, en la medida en que cada uno es dueño de una vida: ese es el principio de donde debieran partir todos los diarios. Y no hay diario de uno solo que no deba serlo de muchos más: ese es también el final a donde debieran conducimos todas las novelas. Sin embargo vemos cómo a menudo buena parte de tales existencias acaba por perderse para siempre no sabemos muy bien por qué razón ni cómo ni dónde, y eso es causa de insania, de perplejidad y de arroces desalientos, puesto que todo lo que nace singular no debería conocer jamás la fosa común. Este Salón de pasos perdidos busca desesperadamente redimir de un olvido seguro todos aquellos instantes irrepetibles en los que cristalizan a un tiempo con naturalidad y fortuna los trabajos y los días. Pero su autor lo ha repetido innúmeras veces: nada ni nadie cristaliza solo, y el escritor solitario es por definición un hombre solidario con la realidad y con la vida. De ahí que los diarios de alguien o son los diarios de todos los que van con él en ese viaje o no serán nada más que un ejercicio de irredenta egomanía, y hasta tal extremo se le han vuelto huéspedes sus propios diarios a su autor, que el prólogo que colocó al frente de este libro termina así: «Muchas veces he pensado que quien ha escrito estos diarios se parece muy poco a mí. A menudo los he visto, más bien, como un compañero de viaje que el azar ha puesto junto a nosotros, prójimo del que no se valoran especialmente ni los defectos ni las virtudes, sino la compañía, el que vaya a estar a nuestro lado ese tramo del camino que el destino quiso que fuese común». Y son los destinos comunes los que nos librarán, tarde o temprano, de las fosas

comunes.

Andrés Trapiello

Las cosas más extrañas

Salón de pasos perdidos - 6

ePub r1.0
Titivillus 18.06.2023

Andrés Trapiello, 1997
Ilustración de la cubierta: Flores de las cuatro estaciones (fragmento, s. XVII), por Sosen

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

PRÓLOGO

PARECE extraño que alguien como uno vaya publicando cada año un volumen con esta clase de anotaciones y confidencias, y también resulta raro que existan lectores que tengan la curiosidad de asomarse a sus páginas. Si son capaces de perder en mi vida parte de su tiempo, será, me digo, porque la suya es tan poco satisfactoria como la mía, y eso hace que sienta hacia ellos una secreta cordialidad. Les imagino un poco como yo mismo, un poco descreídos y un poco sentimentales; como decía el clásico, errantes y humildes.

Al principio, cuando aparecieron los primeros tomos, algunas personas mostraron una gran impaciencia porque pensaban que era indecente publicar diarios sin haberse muerto o sin ser famoso, y una presunción ridícula.

Los diarios son un género muy raro. Los hay de muchas clases. Solemnes, modestos, idiotas, inteligentes, con humor, sin él, interesantes, aburridos, profundos, generosos o cicateros, de gentes que eran *salonnards* o de solitarios, o, más raros aún, de personas que eran las dos cosas al mismo tiempo. Es decir, los hay para todos los gustos. Es muy difícil trazar incluso unas características generales, pero puede afirmarse que todos los que llevan un diario de una manera regular tienen un serio conflicto con ellos mismos, de eso no hay la menor duda.

Con estos libros yo no quiero demostrar nada a nadie. Empecé a escribirlos hace muchos años porque esa fue al principio la manera de demostrarme que sería capaz de hacerlo, porque quería ser escritor. Luego comprendí que el conflicto nacía justamente de aquel deseo de serlo, porque todos los escritores se relacionan siempre de una manera anormal con la vida.

Para mí el diario es una tregua. Se pasa uno la mayor parte del día solo, trabajando en casa. Algunas veces hablo por teléfono con algunos amigos, pero esos amigos son también pocos y un poco como uno mismo, gentes que están solas, a muchos kilómetros de distancia, a las que veo, si acaso, una o dos veces al año. Luego les pasará lo mismo que a mí, que estarán solos y no sabrán qué hacer. Por las tardes suelo darme un paseo, también solo, por el barrio, si tengo que salir a comprar una bombilla o cuartillas o a la tienda de los fiambres. La gente es muy amable siempre. No saben en qué trabajo ni lo que soy, jamás me han preguntado nada, no saben ni siquiera mi nombre, aunque llevan viéndome desde hace veinte años y seguramente cada uno de ellos habrá hecho conmigo una bonita novela que tendrá muy poco que ver con el original. Luego llega uno al final del día y habla con su mujer y con sus hijos. Esos momentos son agradables, porque ninguno de los tres ha mostrado por el momento intención ninguna de ser escritor, de manera que las cosas que cuentan tienen todas cierta lógica.

Pero llega la noche y uno hace recuento de las pequeñas cuitas de la vida cotidiana, las que le han producido alegría o tristeza, en las que ha dejado parte de sí y las que se mostraron generosas con nosotros. Quizá por eso también los diarios de uno tiendan a la tristeza, porque están escritos en esa hora fatal de los atardeceres, más o menos sangrientos o, por el contrario, invernizos y grises, pero siempre patéticos y graves, con luces bajas y silencios altos.

Leo estos días en los diarios del poeta griego Seferis que las personas que aún se emocionan más con los atardeceres que con los amaneceres son unos retrasados (literariamente). Así lo afirma él, con el paréntesis incluido. Es muy posible. Los diarios de Seferis me parecieron, en cambio, los de uno de esos intelectuales-diplomáticos que sienten sobre sus espaldas el peso del mundo, y que hablan con enorme pedantería de casi todas las cosas, incluidos los amaneceres. Su poesía no la conozco. Quizá sea un gran poeta, pero se me han quitado todas las ganas de averiguarlo.

La vida de uno es hermosa en lo que es. Todas las vidas lo son, incluso aquellas marcadas por el dolor y la angustia, y estas quizá más que ninguna otra, porque cuando se es un desgraciado está uno más atento a los dones de esta vida, de la misma manera que son los enfermos quienes más valoran el primer rayo de sol del

amanecer, y no porque hayan leído a Seferis, sino porque seguramente son ellos quienes más cerca están de la muerte.

El que lleva o ha llevado un diario con cierta constancia habrá comprobado que es muy difícil, si no imposible, hacer un relato completo de todo cuanto ha vivido. Podría describir, por ejemplo, minuto por minuto, lo que le sucedió en el día A, pero para ello consumiría enteros los días B,
C y D,
dejando de vivirlos, y si quisiera describir el día B tendría que volver a contar lo que de A contó en B y todo lo demás, en lo que gastaría D, E,
F y G,
en una sucesión exponencial. De todo ello se desprende que la vida no cabe en ningún libro, ni siquiera en esa misma vida, lo que es una constatación melancólica y desalentadora.

A veces, cuando paso a limpio estos cuadernos, trato de recordar algunas cosas que sucedieron pero de las que no hice ninguna mención, y eso me angustia tanto o más que lo que he anotado, porque sé que se habrán perdido sin remedio. Esa pérdida a los demás, como es natural, les dejará indiferentes, pero a mí no, porque sospecha uno que la vida verdadera se sedimenta en esos silencios, aunque al final termina uno resignándose, y hace lo que puede, y trata de poner el acento en las cosas que tienen algún valor.

Si yo no escribiera diarios seguramente llevaría la misma vida que llevo ahora.

Muchas veces he pensado que quien ha escrito estos se parece muy poco a mí. A menudo lo he visto, más bien, como un compañero de viaje que el azar ha puesto junto a uno, prójimo del que no se valoran especialmente ni los defectos ni las virtudes, sino la compañía, el que vaya a estar junto a nosotros ese tramo del camino que el destino quiso que fuese común.

Madrid, 23 de julio de 1997

LAS COSAS MÁS EXTRAÑAS
(*1992*)

Cuando todo sucede naturalmente
las cosas
son todavía más extrañas.

Cuadernos de Malte Laurids Brigge

Al levantarnos esta mañana, estaba ya el sol alto, pero quedaba sobre la hierba toda la escarcha. Froté con la manga el vaho que se condensa durante la noche en los cristales y miré el campo como a través de la escotilla de un barco. Era absurdo empaparse la manga del jersey, aunque sea viejo, porque ¿qué esperaba ver? ¿Otro paisaje? ¿Que nos encontrábamos en mitad del océano frente a la armada inglesa? Allí estaban los mismos árboles de siempre, cuatro olivos, dos cerezos secos, dos almendros vetustos llenos de rebarbas de líquenes, la misma colina, la misma calleja blanca con una vuelta demasiado próxima. Caía el sol sobre todas las cosas un poco al bies y brillaban los restos de la helada con ese patetismo con el que brillan las armas de un ejército que hubiese huido a la desesperada. La imagen, lo comprendo, es un poco excesiva, pero al año hay que recibirlo con una bonita fanfarria.

El caso es que hacía un día precioso: el cielo era azul y el aire limpio bruñía cada rama, cada hoja de hierba, cada piedra como si fuesen metales acabados de fundir o una caja china recién lacada.

¡Si pudiese empezar el año nuevo con otra clase de observaciones que no fuesen estas meteorológicas!, me lamento. Pero los años empiezan de la misma manera cuando se terminan de la misma manera, y uno es finalmente sensible a lo agropecuario. Eso es un hecho.

El escritor que uno quiere ser pasa por estas observaciones isobáricas y mira las minucias temporales con un vago desánimo, porque no se habrá visto a nadie que se gane la vida asomándose al balcón y diciendo: pues hoy parece que ha salido bueno el día, o parece que va a llover, humm.

Cabría suponer que uno escribe para el siglo que viene, o al menos eso creemos los *happy few*, aunque también eso de los *happy few* es una fantasía con el fin de darse cierta nota y persuadirnos de que somos más cínicos y sentimentales de lo que en realidad somos, pues dentro de cien años qué le importará a nadie el tiempo que hacía esta mañana, en el supuesto, problemático, que vaya uno a tener lectores entonces. Quizás sí; quizás esté todo el planeta contaminado con una atmósfera sulfurosa y un aire amarillo, y los lectores, con escafandra, vengan a estas páginas

como el que emprende una peregrinación a la Arcadia, que es en lo que se piensa siempre en tiempos de decadencia. Aunque, la verdad, no termino de hacerme una idea de cómo podrá añorarse este tiempo nuestro, como nosotros podemos añorar el siglo XIX. A veces, yendo por el campo, descubrimos a lo lejos una alquería vieja, de más de cien años, con su carácter, con el color tostado de la cal, con sus bardas y corrales, o un caserío viejo, con sus arcos airosos, su veleta y sus escaleras irregulares. Todo eso desencadena en uno secreciones sentimentales. Ahora, no acabo de hacerme a la idea de que este mismo mundo que está uno viviendo, el mismo que tanto nos insatisface, pueda nadie añorarlo dentro de cien años. Es todo muy confuso. En ese caso, no podrá hacer uno por los venideros nada en absoluto, y serán unos seres dignos de lástima, respirando aire abrasivo y paseando por campos donde a las escasas encinas se las meterá en fanales de cristal como a aquellas imágenes de la Virgen que se ponían encima de las consolas.

De modo que a ello. Las ramas de los árboles goteaban y mojaban las hojas secas ya caídas, hojas secas color hoja seca, ocres, doradas y rojas.

Cuánto amor siente uno por este paisaje, un amor secreto del que casi ni se puede hablar, porque es difícil que lo entendiera nadie. Vive uno en la Toscana o en pueblos de clima benigno, con colinas undosas y verdes, y es natural que haga uno el artículo. Pero viviendo en Extremadura el origen de la pasión resultaría difícil de hacerlo comprender a otros.

Ayer, cuando volvimos de la cena, eran las tres, estaba el cielo más lleno que nunca de estrellas y los cristales de la escarcha brillaban y parpadeaban como si también fueran estrellas, mil minúsculos candiles que apagaban nuestros pasos y que crepitaban bajo la suela. De pronto pisar la hierba fue como invadir la Rusia.

Cuando los clásicos aconsejaban observar la Naturaleza, debían de referirse a estos fenómenos mínimos y máximos. De no haber ido ayer a la cena de Nochevieja habría sido bastante improbable que descubriéramos algo tan modesto. Por lo demás la cena y la subsiguiente sobremesa resultaron amenas, con esa amenidad, un poco aburrida, que se solía encontrar en algunas novelas del XIX inglesas, de la Brontë o de D. H. Lawrence.

Nada más llegar dimos el pésame a X., que hacía tres días había

enterrado a su mujer. Yo ya se lo había dado antesdeayer, de manera que al llegar donde estaba, puse mi mano en su brazo, lo presioné, levanté las cejas al cielo raso y sonreí todo lo triste que pude, como diciendo, aquí seguimos. Los pésames de los demás los recibía el hombre muy entero, con sacudidas de cabeza un tanto inexpresivas, acompañándose de un trago de *whisky*. Para escuchar las consideraciones morales sobre la fugacidad de la vida y la misteriosa inoportunidad de la muerte y todas las demás frases que traíamos preparadas, inclinaba la cabeza a un lado, echándola sobre un hombro, quizás para dar salida por un oído lo que le entraba por otro.

Sus hijos, los muchachos guapos, estaban en un rincón, sin hablar, o haciéndolo en inglés, también ellos bajo ese fanal del idioma, que les aislaba. Se veía que el padre les había obligado a ir con él, porque consideraba que seguramente eso les iba a distraer, pero era evidente que estaban de mal humor, porque ni siquiera, delante de su padre, habrían podido emborracharse, si lo hubiesen deseado. Al menor de ellos, que debe de tener unos quince o dieciséis años, le pregunté si estaba contento en Inglaterra, pero me dijo que no, que habría preferido quedarse en España, porque aquí tenía ya a todos sus amigos. Me estuvo hablando del internado donde les ha metido la familia, también en Londres. Era como uno de esos relatos un poco sórdidos y tristes en el que todo el mundo parece trabajar para su infelicidad.

Se llegó al fin a la medianoche. Después de vernos todos a todos engullir las uvas, lo que no deja de ser chocante en personas en edad más que madura, el *party* se dividió en grupos. En el que me tocó a mí en suerte se iniciaron las siguientes interesantes conversaciones sobre 1) ley de caza; 2) familia, crisis de la; 3) modo de fabricar licor de guinda y otros anisados; 4) arte (en su modalidad de catedrales y restauración de la piedra, conversación casualmente sugerida por quien vive de restaurar las piedras de las catedrales); 5) temporada taurina, figuras ascendentes y descendentes; 6) comida tradicional escocesa —ternillas y greguerías de cordero embutidas en su vejiga— el día de Año Viejo; 7) enfermedades, médicos y Seguridad Social; 8) catedrales (desde un punto de vista religioso, magistral golpe de timón dado por el restaurador de catedrales para cambiar de tema sin dejar de hablar

de lo mismo); 9) Francisco Umbral, Camilo José Cela, Miguel Delibes y Antonio Gala (en atención a mi condición de escritor y suponiendo que agradecería ese amenísimo tema de conversación); 10) educación de los niños, colegios y lenguas vivas; 11) el servicio doméstico, y 12) dónde se podría tomar la última copa en Trujillo.

A eso ya no fuimos. Recogimos a los niños; G. se había quedado dormido poco después de dar las doce; lo llevé en brazos a una de las habitaciones de la casa y lo eché sobre una cama. Creo que es de las cosas más maravillosas e inexplicables, esa de llevar a un niño dormido en brazos, y cambiarle, mientras duerme, de mundo y de escenario, y ponerle sobre la cama con todo el cuidado para que no se despierte. El día en que dejan de llevarnos de un sitio a otro dormidos, hemos dejado de ser niños. Me habría quedado toda la velada mirándole dormir, porque ese fenómeno es también de parecida naturaleza a la observación de las estrellas del cielo o de la escarcha. R., mayor, había conseguido quedarse dormido en un sofá, mientras los adultos desplegábamos nuestros conocimientos sobre esos doce recreativos puntos. Desperté a G., le puse los zapatos y nos volvimos a casa.

Nos despertamos temprano y fui a meterme en la cama con los niños, y a perder un poco de tiempo, escuchando sus protestas por haber sido despertados a hora tan inhumana.

Luego salimos a dar un paseo hasta la iglesia y estaba todo como pintado en una tabla flamenca, no se oía ningún ruido ni de hachas ni de voces allá a lo lejos, que por no oírse ni los perros se oían. Nada. Si acaso, al pasar al lado de una zarza, refulgía el sol en una gota de rocío, y eso era como una nota de flauta, como un sostenido casi imperceptible.

En la calleja nos encontramos a un cazador que traía al cinto una liebre. Era una liebre bonita, limpia, con su piel canela y blanca, grande como una zorra. Venía el hombre muy contento, porque sin decirle nada nos dio los buenos días, se detuvo a nuestro lado y nos contó que la acababa de matar y dónde había sido y de qué manera le había salido «la muy jodía de entre los pies», y que a punto había estado de írsele, pero que esta sí que iba a tener un buen año nuevo, pero en la cazuela. Y el hombre se reía él solo de la ocurrencia, sin malicia, sin brutalidad, con el ánimo esponjado por su buena suerte, mientras su perro, uno de esos perros

pequeños, sin raza, con la cabeza de un canguro, las orejas de murciélago y las patas cortas, miraba comprensivamente a su amo de ojos saltones y relativistas como los suyos.

Luego M. se tuvo que ir a Madrid y yo me quedé solo con los niños. Es cosa bien triste tener que viajar sola el día de Año Nuevo. Estuvo uno mustio toda la tarde y quería pensar o hacer o escribir cosa de provecho, pero no me parece que lo conseguí, y ahora esta habitación, la casa vacía, la chimenea calentándole a uno solo, la noche en los cristales, sin una luz, sin una estrella, sin ninguno de esos luceros que corren errantes por el cielo negro.

LOS fuegos que calientan a uno solo son siempre menos vivos que los que calientan a dos, y terminan apagándose antes.

TIENE un diario mucho de un taxi, de un servicio público. Sería absurdo tener un taxi para ir solos en él, por lo mismo que sería absurdo llevar un diario para hablar de uno mismo.

LOS diarios pierden tan tempranamente su flor, que todos ellos tienen algo de póstumo.

TODO viene de lejos.

EL del humo de leña en la mañana de invierno, el de las primeras gotas de la tormenta veraniega, el de la última rosa: perfumes efusivos.

UN libro que solo fueran prólogos. Vale más el prólogo al *Persiles* que todo el *Persiles*.

ES una lástima que no se le pueda llamar a un libro con este título: *Parece que va a llover*.

HACE años leímos en un periódico la noticia de que un pobre suicida había extendido un plástico sobre la alfombra para evitar así mancharla con la sangre del tiro que se disparó a continuación.

Ayer contaron aquí otro caso parecido de una mujer que antes de suicidarse en un pueblo de al lado, hizo la colada, dejó planchada y limpia la ropa de su marido y de sus hijos, barrió y recogió la casa, y cuando ya no tuvo más que hacer, se ahorcó en una encina.

Se conoce que la gente más desdichada no solo sufre, sino que se culpa del sufrimiento de los demás, de modo que soportan tanto el peso de la culpa propia como el de la ajena, lo que termina sepultándoles, arrastrándoles al fondo.

¿No habría merecido aquel individuo trato mejor de una

sociedad para la que mostraba, hasta el último momento, sus mejores deseos de no dar la lata? ¿Se suicidó justamente por comprender que un alma abnegada como la suya no encontraba fácil acoplamiento en un mundo como este? Pero no conviene descartar una razón mucho más prosaica. Quizá no era más que un maníaco del orden y la limpieza, no siendo ese más que otro de los muchos desequilibrios que le condujeron al fatal desenlace, habida cuenta de que quien tiene una locura incuba siempre otra al mismo tiempo. En ese sentido los locos son como las gallinas cluecas.

De cualquier forma alguien habría tenido que resucitar a esa pobre mujer, al menos un par de minutos, para darle las gracias por la delicadeza de haber planchado la ropa y quizá para pedirle perdón por todo el daño que se le había hecho.

LA poesía es como una bolita de mercurio en la mano de un niño, pero no sabría decir por qué.

GÓNDOLA, golondrina. También estoy seguro de que entre las dos palabras hay un corredor secreto, pero tampoco podría demostrarlo.

LA vida en el campo estos días es un poco triste. A las cinco se hace de noche. Entonces uno se pega a la chimenea, enciende la luz de la lámpara y mira el fuego horas y horas, sin demasiada atención. Cuando el fuego se deprime le echa uno un leño, y aquello arde con una vaga ilusión, quizá porque de manera atávica recuerde la revolución que todo fuego lleva dentro. Pero todo eso dura poco, al fuego se le bajan los humos y la habitación se va quedando fría y nosotros con ella, empezando primero por la espalda, como los muertos. De lejos se oye la televisión en el piso de abajo. Cuando no está en casa, los tres nos observamos un poco con cansancio, como si no tuviéramos mucho que decirnos, nos encontramos por los pasillos y nos quedamos mirándonos, como los que están en la sala de espera de una estación, aguardando que venga un tren que llega con retraso.

Y al dormirnos cerramos los ojos con la esperanza de abrirlos dos días después. Hasta que el sueño nos vence se oyen fuera extraños ruidos en el olivar y en el jardín, algo que golpea en los cristales, como insectos de coraza dura. Pero ahora no hay insectos de coraza dura, duermen bajo la tierra. Y entonces levanta uno los ojos del libro y los pega en la ventana del fondo, donde la oscuridad

es aún más compacta que la soledad.

Muchas veces tratamos de imaginarnos cómo será nuestra vida cuando nos vengamos a vivir aquí, ya viejos, cuando podamos hacerlo, si podemos hacerlo. Pienso si tendremos dinero para vivir, si tendremos que reducir los gastos como hacen los jubilados, para quienes un gasto extra de tres mil pesetas es objeto de deliberaciones obsesivas durante una semana, si seremos como esos pobres viejos que bajan a la carnecería, aseados, pulcros, con ropas de hace treinta años, pero muy bien tratadas, que piden dos alas y un cuello de pollo, y se vuelven a su casa a vivir de eso ese día, pienso también si podré trabajar aun cuando sea viejo, si será todo igual de penoso que ahora, libros y unos articulitos en los periódicos, y un como pordioseo, y oír, como el Villaamil de Galdós, pronto vendrá la buena, y esto tiene que cambiar, y no es posible que las cosas sigan como hasta ahora, y mirando e interpretando en mínimos indicios de nuestra reducida realidad cambios universales, de la misma manera y con igual atención que miraban los augures en las vísceras de una oca la transformación de un imperio, solo que nosotros en el pescuezo del pollo, en las alitas, en los menudillos. Qué bonita es esta palabra. Se conoce que en España hasta los carniceros tienen un sentido de la poesía elegiaca. Es curioso, pero en esa clase de ensoñaciones realistas nunca se ve uno con honores, ni con libros de grandes tiradas ni agasajos. No me veo tampoco vestido con ropa elegante, ni recibido por las altas instancias no ya del Estado, ni siquiera por la corporación municipal de Trujillo. Me veo aquí, con pantalones de pana y botas viejas, cavando los arriates de rosas y con la cabeza un poco ida, mal afeitado, quizás con unas babas en las comisuras de los labios, como les pasa a los viejos para los que tres mil pesetas son origen de un consejo de familia, pero feliz. Me veo feliz a la manera de ahora, ni más ni menos, con tendencia a la melancolía, unos días con un humor excelente y en cambio otros con nubarrones funebristas sobre la frente… Empieza uno a imaginar y le entran a uno subitáneas ganas de pasar de golpe todas las páginas de su vida y leer el final. Pero el final no está en ninguna parte, y lo normal es que cuando se llega al final, este o es imprevisto o es decepcionante, como en las novelas que uno, por cansancio, termina de manera apresurada. Además, el final son siempre dos fechas separadas por un guion sobre una

piedra. Esto que hace uno es el guion.

Bueno, basta. Una cosa es estar solo en esta casa y otra muy diferente empezar a redactar el testamento.

LA mayor exuberancia es escribir exhuberancia con hache intercalada.

LO malo de las greguerías es que todas pagan *royalties* a Ramón.

YO me imagino las greguerías de Gómez de la Serna como esas bandejas de hojalata con pastas que salen del horno de un pastelero, todas tan bien recortaditas, doradas, en filas muy derechas. Al principio, embriagados por el perfume que viene con ellas, cálido y dulce, de tostada costra y limones calientes, uno piensa: me las comeré todas. Empieza uno por un extremo y cuando lleva cinco o seis dice, mañana seguiré. Y mañana no está uno para pastas.

HAY que empezar a decirlo: a Gómez de la Serna es bueno haberlo leído, pero no se le puede leer.

HOY, en cambio, como ella vuelve, está uno más contento y le duele a uno menos el brazo que le dolía ayer. Dos días solo son dos días sin saber para qué va a comer uno, ni a ponerse la camisa limpia ni para qué leer antes de dormir. El tiempo no pasa, sino que se echa a perder, y se agusana antes de que sirva a alguien de algo. Cuando M. no está, las cosas no ocurren, sino que transcurren. Si está, la vida de uno tiene posibilidades de ser una novela de Baroja; se marcha, y todo lo que pasa es Azorín. Hoy en cambio, hasta el día, tan luminoso y limpio como todos los de la última semana, me parece ahora otra faceta de un cristal tallado, y no digo de un diamante tallado por dos razones, por no ser cursi y porque yo no he visto más diamantes que en las joyerías, en los escaparates, y ni siquiera entonces he sabido si eran buenos o de pacotilla. Con esto, estoy de tan buen humor, podría hacer un par de greguerías también: lo mejor de los diamantes para quien no entiende de diamantes es que todos son buenos. Lo peor de los diamantes, etc., es que todos son malos, etc.

En estos dos días venía un pájaro hasta la ventana, por la mañana, apenas había amanecido, y golpeaba con el pico el cristal. Quizá fuese lo que yo creía el otro día un escarabajo, o uno de esos insectos blindados. En otro momento, si hubiera podido compartir ese instante, me habría hecho ilusión ser testigo de algo tan parvo. No parece que la vida sea más que ese poder disfrutar de cosas

verdaderamente pequeñas. Una vez, hace ya años, después de una de esas discusiones domésticas tan violentas como absurdas, salí a la calle. ¿Quién no se ha tenido que ir a la calle en un momento dado, sin querer ir a la calle, a pesar de todo? La última imagen que me llevé fue la de R., muy chico, que me miraba con sus ojos grandes y negros junto a la puerta, sin comprender la razón por la que su padre se iba a esa hora desacostumbrada, ni a dónde. En aquel momento no sabía yo si iba a volver. Sabía que iba a volver, naturalmente, pero estaba lo bastante obcecado como para no creer nada. Era la sobremesa de un domingo y me sorprendió lo vacío que estaba Madrid. Yo empecé a andar, no sabía por dónde tirar, pues en realidad no tenía ningún sitio a donde ir, en la medida en que no tenía ninguno a donde volver. Podría pensar que me alejaba de mi casa, pero en ese momento yo no quería saber nada de aquella casa ni de ninguna otra, de modo que caminaba de una manera mecánica, pero no iba a ninguna parte y estaba en todo momento igualmente lejos e igualmente cerca de ninguna parte, pero a las dos horas de andar comprendí que estaba cansado. Incluso se me olvidó cuál había sido el motivo de la discusión y solo pensaba ya en la primera frase que diría cuando entrara en casa, porque es lo cierto que no quería vagar por las calles y mi propio corazón era ya un huérfano. Escogía meticulosamente las palabras, unas las descartaba y otras las dejaba cerca de mí, por si me iban a hacer falta.

Mientras tanto, mientras volvía, aunque en realidad no volvía sino que flaneaba por ahí, vi un hombre viejo que tocaba el violín en una esquina. Debió de salir también de su casa pensando que sería una buena idea hacerlo en un domingo, con tanto público festivo. Todas las piezas que tocaba eran tristes. No barajaba más que valses atribulados y aflictivos y melodías eslavas de una gran melancolía. Pasaban delante del platito algunas personas, pero nadie echaba nada. Yo me quedé mirando de lejos, porque me gustaba la música que hacía, y la interpretaba muy bien, con mucho sentimiento. Era un virtuoso. Quizás fuera uno de esos profesores de orquesta que ahora están huyendo de los países comunistas, porque no era normal la manera como atacaba las cuerdas y manejaba el arco, que parecía un flagelo, y el grado de perfección con el que interpretaba aquellas piezas cortas. Era un hombre que aparentaba

ser más viejo de lo que era, y cada vez que tenía que sostener una nota un buen rato, vibraba esta de tal modo en el aire que parecía se estuviese quitando la piel a tiras. Yo creo que el hecho de que fuese gordo no le favorecía en absoluto, pues por el hecho de verle lustroso y sonrosado muchos pensarían que estaba en la esquina por fantasía suya, no porque pasara hambre. A veces se paraban como yo algunas personas, alguna pareja, a cierta distancia, embelesadas durante un rato. Unos echaban algo al platillo amarillo, pero la mayoría no. El caso es que al cabo de un rato, quizás porque se diera cuenta de tener un público, empezó a tocar una partita de Bach, después de haber interpretado una de esas piezas como el zapateado de Sarasate en las que los dedos bajan y suben por el mástil del violín como la aguja de una máquina de coser. Empezaron a sonar las notas de Bach. Era algo maravilloso, en la esquina, aquella música levantó sobre sí misma como un templo marítimo, como un palacio sumergido en su silencio, debajo del cual nos metió a nosotros para que no oyéramos los coches ni el ruido de la gente que pasaba indiferente a nuestro lado. Como yo había llegado hasta ese lugar en un estado extremo de tristeza, comencé a sentir que la música, que era también triste, me hacía mucho bien, y poco a poco fui olvidando la verdadera razón por la cual había llegado hasta allí. Al cabo de unos minutos tuve la vaga impresión de ser feliz, pero cuando terminó de tocar me di cuenta de que aquella dicha minúscula no la estaba compartiendo, lo que me recordó de manera acuciante y áspera, la razón por la cual yo me había estado alejando de casa. Fue como si alguien me pasara un papel de lija sobre la pomada balsámica que había sido la música. Se me ocurrió que tal vez podría ofrecerle como primeras palabras aquello que había visto, pero me pareció que iba a ser difícil, porque las pequeñas cosas felices o se viven con alguien o se pierden para siempre, y si se viven solas, en algún momento hay que hacer con ellas un ramillete que alguien pueda poner en un vaso de agua, como flores frescas, o a modo de vestido, para el alma desnuda. Uno puede relatarle a alguien un viaje por el Nilo, o una cena con personas divertidas e ingeniosas, pero ¿cómo contar después de aquella tarde en que yo había salido de casa en un estado de ánimo y volvía a ella en otro muy diferente que de todo eso quedaban las notas de un músico callejero?

Cuando llegué no me acuerdo qué dije. Creo que nada. A ella también se le había olvidado la razón de aquella disputa, y empezamos de nuevo a hilar nuestra tela, y se oía en el aire el zumbido del huso y el roce de los dedos, pasando el hilo. Solo entonces me pareció que podía contarle lo del músico, y entonces fue de verdad como un pequeño ramo de flores de esas que nacen en todas partes, en las cunetas y por ahí, flores un poco orfelinas y mal hechas, sin mucha gracia, pero flores al fin y al cabo.

Y así me parece a mí ahora ese toc toc del pájaro en el cristal. No sabe uno qué hacer con él, pero no quiere uno perderlo, para cuando nos haga falta, en esas horas que nos amenazan siempre con arrojarnos a la calle y a la errancia.

RESULTA muy raro que los publicistas, que suelen ser tan ingeniosos, no hayan acuñado la frase para las campañas de los radicales vascos «Por H o por B», que tan bien les iría, dada su obcecación. Quizá ya lo han hecho hace quince años, y no nos hemos enterado. En el ingenio todo es muy relativo.

ES increíble la manera como nos las hemos ingeniado todos para que a los terroristas de ETA y HB en vez de llamarles lo que son, a saber, estalinistas y bolcheviques, se les llame fascistas. De ese modo el estalinismo y el comunismo de corte leninista quedan una vez más a salvo. Incluso cuando se les llama «los violentos» se percibe un matiz cariñoso o cuando menos doméstico, como al decir de un niño que es revoltoso, cuando sería más exacto empezar a hablar de «los siniestros».

ES cosa probada que uno deja de tener enemigos cuando deja de temerlos.

UNA de las pruebas terminantes de la imperfección del mundo es que puede uno elegir sus amigos, pero no siempre a sus enemigos.

HACIENDO un recuento de sus enemigos ve bien a las claras que le queda aún mucho trecho para llegar adonde quería llegar cuando su ambición y su juventud iban de consuno, se correspondían y comprendían.

SOBRE el paraguas percuten primeras gotas de lluvia. Suenan como granos de una granada sobre la seda tersa.

Supongo que los haikús deben ser algo parecido a esto, solo que en japonés. Lo que no puede decirse en el haikú es que el paraguas

me lo regalaste hace años, después de un viaje a Londres. Es un gran paraguas negro, de óptima calidad, comprado en el establecimiento que hay frente al Museo Británico, suministradores de la casa real desde 1864.

Al abrirse hay que hacer fuerza en el brazo, como se tensa un arco, y el paraguas queda bajo las nubes como tambor. Las gotas de lluvia caen en él y tiembla la tela negra con un sonido seco, música de obertura. Y eso me recordó, no sé por qué conducto, una marcha de granaderos, que a su vez me sugirió una granada madura y el sonido que hacen sus granos al desgranarse. No obstante es bonito eso de «percuten gotas de lluvia». Creo yo.

RECUERDO que en el colegio, como castigo, nos hacían barrer las escaleras al revés, de abajo arriba. Había que hacerlo peldaño por peldaño. Se barría uno, se formaba un montoncito de basura, que se recogía y se pasaba al de más arriba, y así sucesivamente. Escaleras de treinta o cuarenta peldaños. Aún no sé si ello se debía a que aquellos benditos varones eran frailes o solo a que eran españoles. Quizá fuera una sabia combinación de ambas cosas. El castigo, lejos de irritarnos, nos producía una enorme gracia, porque no descubríamos en él una respuesta lógica a nuestra falta, sino solo la medida de la estupidez del que lo había impuesto, lo cual paradójicamente venía a afirmarnos en nuestro comportamiento y nos daba muchas más razones para infringir las leyes de conducta, que para acatarlas.

HE recibido una carta de otro editor rechazando la novela. La leí dos veces, no tanto porque no me lo creyese (en un temperamento melancólico esas son las noticias que primero nos convencen, las primeras a las que damos crédito), como porque no entendía muy bien lo que se decía en ella. Está mal escrita, con abundantes faltas gramaticales y una puntuación caprichosa. Constato estas pequeñas maldades para saciar mi sed de venganza. Tras dos o tres líneas en que me echa un par de elogios como se le arrojarían dos mendrugos duros a un perro, con el fin de aplacarlo si acaso fuese rabioso, entra de lleno en el asunto y me asegura que no puede de ninguna manera publicar una novela sobre una época que ha conocido tan bien como yo y que yo falseo de una manera deliberada e inadmisible. Es raro. ¿Por qué dirá que falseo la época, si la novela no es una novela histórica? Uno puede, leyendo una novela, decir:

tal personaje es una buena persona o una mala persona, pero ¿cómo se puede asegurar que no se llama Pepe o Juan, si ese es el nombre que le ha dado el autor? Se ve que el editor se ha sentido aludido y ha pensado que era uno a los que se parodia, y eso le escuece. Me he puesto a la altura de las circunstancias. He doblado tranquilamente la carta, como el que rinde Breda, con la seguridad de que la Historia me estaba filmando desde un rincón, y he buscado la carpeta que lleva el título *Tribunal de Cuentas pendientes (para saldar en el año 2015)*. Luego he bajado a la tienda de la esquina, he comprado una botella de vino bueno, he subido, la he descorchado y me he servido una copa. Todo esto lo he hecho, me parece a mí, con cierta frialdad, con la serenidad de quien es un atracador profesional de bancos. Estaba muy orgulloso de mi comportamiento, de ese desdén aristocrático del que no valoraba un no como tampoco hubiera apreciado un sí. Luego me he deprimido, y si hubiera sido una señorita romántica habría escrito una carta a alguien solo para poder verter sobre la tinta media docena de lágrimas.

HA llegado hoy otra carta de otra editorial con otra negativa a publicar *Ayer no más*. Por el aspecto externo y la hora de reparto, pensé que iba a ser otra cosa. Es la última vez que voy a tener intuiciones con el servicio de Correos. Puede parecer que estoy de un humor estupendo y que aún tengo sentido del humor, pero eso sería una grave equivocación.

La carta también la meto en la carpeta de *Tribunal de Cuentas pendientes*, que a este paso será un penoso memorial de agravios.

No me quedan botellas de vino. Más deprimido que nunca. Los dos o tres amigos a los que se lo he contado, me animan. Me cuelgo al teléfono durante horas, y les leo las cartas. Como afortunadamente son ridículas eso me da una ventaja a la hora de hacer los comentarios más sangrientos. Me parecen a mí más ridículas que a ellos, pero no se lo reprocho. También me dan el pésame. La condolencia es aún más deprimente.

LAS negativas me llevaron de nuevo a la novela. Leí con desgana unos folios y volví a cerrarla, como ese enfermo que no termina de creerse el diagnóstico que le han proporcionado en la consulta del médico y ya a solas lo repasa minuciosamente, sin mostrarse de acuerdo, porque su estado de salud desmiente lo que declaran los

análisis.

Pero terminé cansándome y me tiré a la calle. Es curioso. No fui a ninguna parte. Pensaba ir hasta la Cuesta de Moyano, pero a la altura del Museo me di la vuelta, porque se me iban ocurriendo mejoras que podía introducir en el manuscrito. Tendría que agradecerles su obstrucción. Me puse a corregir la novela y cada adjetivo que cambiaba o cada párrafo que eliminaba me producían la sensación de encontrarme más cerca de El Dorado. Un sí hubiera enviado la novela tal como estaba a las manos del impresor. Ahora yo mismo me obligo a cambiar, ajustar y calibrar. Aunque desconfío de la euforia, porque no está claro que todas las correcciones vayan a mejorar el estado primitivo. Las obras también se estropean en cuanto se las toca demasiado.

Unos necesitan los síes. Otros, en cambio, es como si no encontráramos estímulos de trabajo y superación más que en los noes.

«ELLA tenía tanta personalidad», decía Hemingway de Gertrude Stein, «que cuando quería ganarse a alguien no había modo de resistirse, y muchos críticos que la visitaron y vieron sus cuadros dieron por buenos escritos suyos que no alcanzaban a comprender, simplemente porque ella les entusiasmaba como persona y porque tenían confianza en su sentido crítico».

Yo creo que esta sugestión en literatura es frecuente. Una generación entera se entrega a unos escritores que en la generación siguiente no hay manera de sostener. Incluso uno mismo se queda paralizado de espanto al recordar alguno de los escritores por los que nos habríamos dejado matar cuando éramos jóvenes.

POR la tarde, hoy que es domingo, los niños me arrastraron al Retiro. Hacía dos grados bajo cero y todo Madrid estaba paralizado y sublimado por una niebla espesa. Como un molde vacío. El estanque estaba sin gente y alquilamos una barca. Remamos durante una hora nosotros y dos barcas más. Era impresionante ver caer la noche en aquella laguna, en medio de aquella soledad. En el Paseo de Coches solo estaba, agazapado, aplastado por la baja temperatura y con las manos metidas en su anorak, el hombre que vende barquillos. De lejos se le veía a él, junto a la sombra roja del bombo rojo donde guarda sus frágiles obleas. Tanto él como aquel artilugio eran dos pinceladas en medio de la niebla, dos manchas

coloradas entre grises y negros invernales, como un cuadro de Fattori, así, a lo largo, sin contornos precisos, como un rescoldo entre cenizas fías.

Al contrario que otras veces en que el bullicio de la gente no le deja a uno percibir ningún sonido, oíamos el ruido de los remos en el agua y el canto de los pájaros. Sonaban como el agua de Venecia en los escalones de mármol, con el mismo monótono y cansino ritmo. Los pájaros lo mismo agrupaban todos sus cánticos en unos segundos, que callaban súbitamente o lo echaban a rodar entre las ramas desnudas; parecían esperar una respuesta, que no se producía, y entonces de nuevo irrumpían en el aire apelmazado y tenebroso.

Resultaba el ambiente idóneo para que se cometiera un asesinato. Si hubiéramos estado en Londres lo más seguro es que en ese mismo momento se estaría cometiendo un crimen, un pervertido apuñalando a una prostituta o dos villanos pataleando a un mendigo para quedarse con su dinero. En Inglaterra quién sabe, quizá el barquillero fuese de Scotland Yard, puesto allí por consejo de Chesterton para vigilar la marcha del mundo.

Hubo cambio de remos en la marinería y la poca pericia de G. en llevar la marcha aumentó el ruido inarmónico de esta sobre el agua, dejamos de estar en Venecia y nos trasladamos a bordo de la Kon-Tiki
mientras un mirlo subrayaba con tenacidad la belleza del atardecer de invierno.

De pronto el barquillero, para entrar en calor o para no sentirse tan solo, empezó a gritarle a nadie, porque no se veía ni un alma, canturreando: «Barquillos de canela y limón, a cada cual mejor».

Sus palabras se tropezaban con la niebla y no lograban avanzar, como si tuvieran que chapotear con el agua a medio cuerpo.

G. se cansó de remar y nos quedamos en medio del estanque en silencio. Levantó los remos y estos goteaban. Oíamos el ruido de las gotas al caer en la superficie muerta. Bastante lejos de nosotros se oía la sirga de las otras dos barcas, pero la niebla acolchaba también el ruido de su derrota. Por minutos nos íbamos quedando sin luz y la que quedaba era de un color plateado y sucio, como las piezas de esa cubertería que uno hereda un buen día y que llevaba más de cincuenta años sin salir de sus cajas. Así era la luz de la

tarde. Íbamos bien abrigados. Escuchad, les dije, el mirlo.

Prestaron atención para descubrirlo ellos también. Sí, reconoció R. alborozado, allí. Sí, se sumó G., pero era evidente que no sabía dónde cantaba porque miró hacia otro lado, aunque persistió en su afirmación porque le parecía importante sumarse a nuestro descubrimiento.

Yo les dije entonces, chicos, ¿podréis recordar este instante? Mirad los árboles desnudos, vuestra nariz colorada, vuestras manos amoratadas sobre los remos y nuestras risas, tenaces también como el parloteo del mirlo. Lo de tenaces no lo dije ni lo del parloteo. Eso es una licencia que me tomo ahora. Pero lo demás es más o menos exacto. No lo olvidéis, añadí. Tendréis tardes, días atroces, conoceréis de cerca tragos amargos, pero habréis tenido una tarde como esta. Por favor, cuando tengáis mi edad, recordad a vuestro padre aquí, con vosotros, en medio del estanque vacío, en esta barca, esta tarde de invierno.

Los dos me miraron con una gran dosis de escepticismo, aunque sin alarmarse, porque saben que después de esas efusiones recobro de nuevo el control sobre mí y sobre la situación. Aprovecharon entonces el momento, como grandes estrategas que son, para que les prometiese que les iba a comprar castañas asadas a la castañera que vimos en la Puerta de Alcalá al entrar, sabedores de que por trescientas pesetas no iba a tirar a la basura un momento como aquel.

Luego, ya de noche, con todo El Retiro a oscuras, y la helada cayéndonos a los pies, nos fuimos. Los barqueros habían encendido un fuego junto al embarcadero, una fogata que se reflejaba en el agua; el barquillero vimos que se echó el bombo a la espalda, y para nadie seguía tarareando su cantinela, iba solo por el Paseo de Coches, encorvado, con la gorra de chulo echada hacia la nuca y la cabeza caída, y los niños, que alcanzaron el paseo de la entrada antes que yo, corriendo de estatua a estatua, iban llenando con sus voces el crepúsculo: Sancho IV, Doña Berenguela. ¿Papá, quién era Dª Berenguela? Doña Urraca ¿qué era? ¿Bruja?

Que nadie venga a pedirte aceite esta noche porque se ha quedado sin su provisión. Es solo para ti y para los tuyos, y habrás de guardarla.

AYER nos entregaron en el colegio los resultados del test

psicotécnico que le hicieron a G. Si no supiéramos que se trata de un niño de 6 años, podría pensarse que se trataba del informe sobre un psicópata acusado de horribles crímenes.

Todo en él es negativo, su inteligencia, la percepción lógica y la inductiva muy inferiores a lo normal, sus tendencias de comportamiento claramente disolventes y antisociales, sus instintos, torcidos y poco claros, y lo más sorprendente: su capacidad creativa e imaginativa, inexistente o atrofiada…

Era como si nos hablaran de otro chico. Mientras oíamos al psicólogo M. y yo, solos en el aula donde G. asiste a clase a diario, sentados en dos sillitas como de los siete enanitos, intercambiábamos fugaces miradas de complicidad y desolación, porque no sabíamos si había que estar callados o rebatirle punto por punto al especialista.

Hace muchos años, cuando era niño, descubrí un día de modo casual en el despacho del director el informe confidencial de otro de esos psicólogos sobre unas pruebas que me habían hecho por aquellos días, parecidas a estas. Cómo y por cuánto tiempo me hirieron sus palabras. Según aquel informe yo era un chico medio tonto, con dificultades psicomotrices y mentales serias que me incapacitarían con seguridad para todo trabajo intelectual un poco complejo. Si en aquel momento me hubieran dicho que yo era un niño del hospicio, creo que no me habría puesto tan triste. Durante muchos años no pude hablar con nadie de aquello, porque habría sido como confesarle una terrible enfermedad de la que aún estaba por ver que hubiesen desaparecido todas las secuelas.

Al llegar a casa, G., que sabía que habíamos tenido una cita con el psicólogo, preguntaba ilusionado: «¿Qué tal?». Estaba convencido de que el test había sido como un examen y que lo había hecho muy bien y que los resultados habían supuesto una especie de regalo que nos merecíamos los dos.

Tanto M. como yo sabíamos que un test en el que se aseguraba que G., que se pasa por propia voluntad tres horas al día haciendo *collages*, fabricando extrañas máquinas y pintando esos dibujos maravillosos que solo se pintan con seis años, un test que dice de un chico de esas características que no tiene sensibilidad ninguna creativa, es desde luego poco fiable. Pero lo cierto es que el test había hecho mella en nosotros, como cuando te rechazan una

novela, porque aseguran que no se atiene a la verdad de los hechos. Incluso con el convencimiento de que el editor es un retrasado mental tampoco puede uno dejar de dudar.

Me senté junto a él y me quedaba mirándole, tratando de localizar las averías que me aseguraban habían descubierto en el sistema general. Habría querido desenvolverle, como un paquete, para estudiar su alma pequeña, entre las manos. Miraba el reloj y veía que cada vez me quedaba menos tiempo, porque tenía que salir a cenar. Pero no quería irme. Solo pensaba estar a su lado, desembarazándole del envoltorio. No me habría separado de él en toda la noche, en un gesto de solidaridad contra la estupidez del siglo.

La cena no fue ni mal ni bien. Yo estaba triste. De vez en cuando me acordaba del psicólogo y me iba poniendo un poco más furioso, y me costaba no estar ausente de las cosas que se decían.

Cuando le dijimos que era un chico que pintaba tres o cuatro horas al día al llegar del colegio, nos respondió que no lo dudaba en absoluto, pero que una cosa era pasarse pintando tres horas y otra no tener aptitudes creativas, que esto era absolutamente imposible, porque aquellos tests tenían un porcentaje de error muy bajo, del 0,5 al 2 por ciento, dependiendo de las cuestiones. Cambiamos de tema y le pregunté en qué se basaba para decir que el chico tenía un conflicto grave con el padre. Lo buscó en su cartera con toda la parsimonia de la que fue capaz, preparándonos sin duda para el terrible *chok* psicológico que íbamos a recibir. No se daba ninguna prisa. Al fin nos mostró el dibujo que G. había hecho de toda la familia. Estábamos todos, R., M. y yo. Era un dibujo genial, como una caricatura picassiana. Estuvimos a punto de soltar la carcajada, porque verdaderamente la hoja tenía una gracia enorme. Me había pintado a mí el más grande, lo que era normal, nos informó el psicólogo. Eso demostraba el gran peso afectivo que el padre tenía en su vida. Ahora bien, se veía también que la relación con los padres era conflictiva y violenta en que… no había pintado ni uno solo de los botones ni de mi camisa ni del vestido de su madre.

Nos quedamos de piedra. Le preguntamos si estaba hablando en serio. La conversación para entonces era ya tensa entre nosotros, porque debió notarnos que estábamos pensando que no era más que uno de esos idiotas dañinos y pedantes que tendrían que encerrar en

los manicomios y no soltarlos en las aulas de los colegios para desconcertar a todo el mundo. Yo le respondí entonces si era crítico de arte o psicólogo. Se ofendió mucho con la pregunta, cosa que yo también encuentro lógica, y nos mostró furioso media docena de dibujos de otros niños en los que había siempre botones.

A los diez minutos nos levantamos. Hablábamos a gritos. Yo le insulté sin rebozo, mientras M. me decía que lo dejara. El psicólogo salió hasta la puerta y nos amenazaba con el dedo, con el que disparaba solo una frase: «No digan que no se lo advertí. Tarde o temprano tendrán problemas con ese chico».

Más que a un diagnóstico, sonaba a una maldición, una de esas terribles amenazas de las pitonisas homéricas. Yo le dije que se fuese a la mierda, porque era ya lo único que entendía. En realidad le dije otra cosa más fuerte, pero como creo que no lo oyó, dio lo mismo; no me atreví a decírselo a la cara, por el chico, porque él tendrá que volver a clase mañana, pero el caso es que durante la cena me repetía a mí mismo que tenía que haberle dicho lo que significaba aquella ciencia en unas manos como las suyas, lo mismo que si a Julio Iglesias le diera por psicoanalizar a la gente.

Al salir a la calle ya me había arrepentido de haberle dicho algunas cosas. Quién sabe. Y luego los ojos de G. mirándonos con toda la ilusión del mundo. Naturalmente le confirmamos que era uno de los diez mejores tests de su clase. Lanzó un hurra al techo, pero le dijimos que no cantase victoria tan pronto, porque también nos había dicho que los tests descubrían que era un chico con tendencia al desorden espacial, lo que traducido a su lenguaje significaba que se fuese a ordenar su cuarto.

Por eso me costaba tanto concentrarme en lo que se hablaba en la cena. Esta resultó no obstante agradable. Me había invitado un modisto a través de su ayudanta, que es amiga mía, porque me han encargado que escriba un par de folios sobre la colección que va a presentar. Yo les dije que no tenía la menor idea de moda, que no me gustaba la ropa, que por mí vestiría siempre de la misma manera por lo mismo que uso desde hace veinte años el mismo tipo de gafas, pero que por el dinero que pensaban darme escribiría lo que fuese menester, y cité a Mallarmé como un egregio antecedente en esa brega.

La cena era en Archy, que fue un local de moda hace dos o tres

años, donde iba la gente más pija de Madrid, de chicos y chicas sobre todo, modelos, mariquitas, moscones, en fin, eso. Las chicas y los chicos eran siempre esculturales, como recién traídos de un anuncio de yogures. Había dos gorilas en la entrada diciendo tú sí tú no a la gente que venía de los barrios con la ilusión de ligar con alguna de esas bellezas esculturales. Lo mismo que en el club de las almendritas saladas que es la literatura, donde siempre hay un par de voluntarios que le van diciendo a los que vienen, tú pasas, tú te quedas ahí, tú ya veremos.

Era un local muy cosmopolita, se oía hablar en inglés, en francés, en turco, en italiano, todo el que estaba de paso por aquí terminaba cayendo a media noche en Archy, del mundo del cine o de la moda o del teatro, a todos ellos los acababan paseando. Como eran tan guapos y lo sabían, resultaba todo un espectáculo verlos juntos, pues la mayor parte eran de esos que al andar desarrollan movimientos de émbolo y se miran de soslayo el culo. El suyo y de paso el de los que tienen al lado. Yo recuerdo haber pasado por delante dos o tres veces en los años en que estaba verdaderamente de moda. Lo de ahora es un poco pordioseo. Por ejemplo, para entrar hoy nadie me ha dicho nada. No había ni portero. En la época de la que yo hablo, hace dos o tres años, estaban esos dos matones en la entrada, que tenían un olfato increíble para dejar pasar a la gente. Eran como los críticos. Una de las noches que pasé por delante estaban diciendo a alguien que no, discutían, pero no había nada que hacer. Era una disputa violenta. Yo me paré a cierta distancia, porque la cosa parecía que iba a terminar a tortazos. Entonces esos *refusés* se quedaron a dos metros mirando a los que lograban entrar, sin comprender la razón por la cual a aquellos les dejaban pasar y a ellos no. Todo como en la literatura, ya digo.

Bueno, ese era el lugar, y me daba a mí la impresión, aunque era la primera vez que cenaba allí, de que el local no conocía sus horas de esplendor, a juzgar por las servilletas y los platos, un poco rozados ya de haber sido lavados tantas veces.

Al principio estábamos solo los tres, el modisto, mi amiga y yo. No empezamos a cenar de inmediato, sino que esperamos a otras tres personas que no sé muy bien qué pintaban en la cena. Llegaron por fin y se sentaron. Una era una momia de ciento cuarenta años, muy simpática. Me la presentaron como viuda del dictador Trujillo.

Una de sus viudas. La otra persona era la *public relations* del cabaré, que era negra y había sido modelo, por eso la conocía el modisto. Por último un chico que se sentó a mi lado y que no abrió la boca en toda la cena. Tenía unos ojazos azules y unas pestañas que parecían postizas, de largas y negras. Bajaba y subía las pestañas y parecía que nos abanicase. Este estuvo toda la cena sin moverse, pero por cómo pestañeaba saqué la conclusión de que el joven podía ser del *côtè*, pero en un momento en que se levantó al cuarto de baño, mi amiga me sopló al oído que aquel mozo había sido el novio de la modelo durante un año. Es curioso lo que nos equivocamos siempre en esa clase de asuntos. En cuanto a la viuda, llevaba un vestido negro que le dejaba ver parte del pecho, dos pobres colgajos blancos y sin forma, como los callos de los corderos que se cuelgan de un gancho en las casquerías.

Cuando íbamos por los postres empezó a llenarse el local de gente. Todos se conocían entre ellos. Venían a nuestra mesa y se saludaban, dando grandísimas muestras de contento, como si aquellos encuentros resolvieran de forma definitiva la suerte de sus vidas. La relaciones públicas resultó una mujer encantadora, tenía un niño pequeño que dejaba durmiendo solo en casa, por Carabanchel. Yo creo que es la primera vez que hablaba con una mujer negra y me quedaba mirando sus labios, su nariz, imaginaba qué se sentiría al tocarle la piel, si yo sentiría lo mismo que se siente con otras mujeres, si sentiría deseo y mi virilidad se enardecería (que es como se le llama en la literatura clásica a una erección), y si podría en algún momento rozarle siquiera la mano, aunque formulado todo de esta manera va a parecer que uno no sale en todo el día del fulaneo galante. Me imaginaba también si sería capaz de irme a la cama con ella, pero era un pensamiento poco formalizado, como el que mira el carrito de los postres y no sabe si ese de moras o de arándanos tan apetitoso le gustará o no. Para mí la mayor parte de las mujeres que vi esa noche eran como el carrito de los postres de la misma manera que supongo que yo sería, de haber sido alguien para alguien esa noche, uno de esos pedazos de pan que se quedan al final de la cena, sin forma, mordisqueados por todas partes, de los que barre del mantel un camarero con un cepillo y un recogedor de metal brillante.

La relaciones públicas decía unas cosas increíbles. No sé. Creo

que es también la primera vez que hablaba con la relaciones públicas de un cabaré. Cuando le dijeron que yo era escritor no supo si había que decir algo o si era mejor permanecer en silencio, como si le hubieran llevado delante de un juez y no supiese de qué se le acusaba. Se rehízo pronto y fue, como digo, muy simpática. Hablaba de cosas increíbles, de su trabajo, de la gente que iba, de modelos, de modistos, de lo bien que sentaba la ropa de ese o del otro, del novio que tenía una amiga suya… Así todos los días hasta las seis de la mañana. Luego toma un metro y se vuelve a casa. Yo quise saber si no tomaba un taxi, pero me dijo que no, que volvía en metro, porque el dinero del sueldo no le daba para tanto. Esos son los detalles que a mí me impresionan más que otra cosa. Levantaba a su hijo, desayunaba con él y lo llevaba al colegio. Luego se acostaba hasta las tres o las cuatro. Venía el niño del colegio, le dejaba la cena preparada y hacia las ocho se marchaba a trabajar. El metro, la bolsa con ropa un poco mejor y unos zapatos buenos… A todos los que llegaban les alababa un jersey, o una blusa, o el corte de pelo, lo que le daba una excusa pintiparada para meterles mano y acariciarles el jersey, la blusa, el pelo, frotándose con ellos como una gata. Yo no creo que hubiese nada sexual en eso, sino que era un poco como esas dos amigas que se pasan el día sobándose y que cuando tienen que ir al cuarto de baño de un lugar público, corren juntas, porque seguramente verse sentadas en la taza del retrete es la cosa que más ilusión puede hacerles. Ella estaba contenta con su trabajo. Yo creo que sobre todo estaba contenta con ella misma, porque pudiendo haber terminado de puta, no lo había hecho, y si se acostaba con alguien lo elegía ella y lo hacía gratis. Hablaba de estas cosas con naturalidad. Y me contaba el asco que le producían los babosos y los aprovechados. Quizás me estuviese diciendo, primero, que yo no era un baboso, y segundo, que si quería aprovecharme de ella tendría que hacerle un buen regalo. Es posible, pero al no tener costumbre en el trato, el matiz se me escapó.

Cada vez venía más gente a nuestra mesa a saludarla y el local se llenó de gente en menos de una hora. Fue aumentando el volumen de las voces.

Eran siempre personas del espectáculo, músicos de conjunto y artistas de variedades, algunas más o menos conocidas. Estas, al

entrar, lanzaban una rápida mirada alrededor para hacerse una idea de su grado de popularidad por la gente que las había reconocido también al primer golpe de vista.

Vinieron luego a sentarse con nosotros dos chicas de 18 y 20 años bellísimas. Llevaban unas minifaldas que, mientras permanecieron sentadas, no llegaban a ocultar su monte de Venus, tan dibujado como en las estatuas de los museos. En cuanto al escote empezaba en la misma cruz del esternón, por delante, y terminaba en el hueso coxal, si no un poco más abajo. Eran las dos una mezcla rara, pues por un lado parecían dos muñecas de porcelana y por otro lado dos tías muy putas, y tenían solo un defecto, desde mi punto de vista, y es que eran de Pontevedra, con un acento que en ellas hacía muy raro, porque era como oír balar a unas lobas. Aunque eso, en medio de todo, tenía muchísima gracia.

Nos las presentó la relaciones públicas, que debía de conocerlas de verlas por allí. Yo no sabía qué hacer ni dónde mirar, porque allí donde se posaran los ojos era un compromiso para todo el mundo. Parecía que yo fuese el de Pontevedra. Al levantarme para darles la mano vi que mi cabeza llegaba más o menos a la altura de su pecho y de ahí para arriba seguía más mujer.

Eran estudiantes y no hacían más que reírse. Estaban encantadas. Yo les pregunté si sus padres sabían que a esas horas sus hijas empezaban todas las noches a correrse una bonita juerga. El recuerdo de su padre les provocó una risa más loca aún y me corrigieron asegurándome que todas las noches no, porque los fines de semana llegaban sus padres y tenían que quedarse en casa haciéndose las modositas, y eso les volvió a producir unos espasmos hilarantes más agudos todavía. Por las cosas que dijeron, su padre era un hombre de negocios muy conocido en Pontevedra. Vivían las dos solas en un apartamento que les habían alquilado. Era el primer año que pasaban en Madrid y no estaban dispuestas a volver a Pontevedra. Se ve que habían empezado una carrera a contrarreloj para conseguir en cinco años no tener que volver a su pueblo. Eso explicaba las minifaldas, los escotes, las salidas nocturnas. La chica negra terminó por levantarse e irse a trabajar y nos dejó con las dos gallegas, que confesaron querer entrar a toda costa en el mundo de la pasarela, como lo llamaban, por lo que no apartaban los ojos ni un minuto del modisto.

Mi amiga, la que había planeado aquel encuentro, me estudiaba con una mezcla de lástima y complicidad.

Las chicas a mí no me hacían el menor caso, naturalmente, solo estaban pendientes de lo que dijera el modisto, que apenas les prestaba atención, porque seguramente estará cansado de tratar con chicas como ellas. Yo les preguntaba alguna cosa por cortesía, para que no hicieran ellas todo el gasto de la conversación, porque el modisto no hablaba nada, se había quedado callado, serio, como un Papa. Entonces ellas me contestaban con fastidio, como si les estuviera apartando de su verdadero cometido, que era hacerse modelos.

También yo terminé por aburrirme, y aún encontré a M. levantada, ordenando unas facturas, en ese silencio tan raro que es hacer algo mientras otros duermen.

Le conté que había estado hablando con una exmodelo negra y con dos chicas monumentales y algo golfas de Pontevedra, pero valoró muy poco aquella manera de confesar que le había sido fiel, quizá porque seguía pensando en el psicólogo y en lo que nos había dicho, repasando una a una las palabras del informe. A base de leerlo había empezado a conceder algunas cosas, creyendo que ese era el mejor camino para poner remedio a la vida futura de G., en el caso de que el diagnóstico fuese más o menos acertado. Como recomiendan hacer a los alcohólicos, reconocer que beben, para curarse.

En dos minutos se disiparon las últimas imágenes de la cena y nos fuimos a la cama taciturnos y tristes. Yo mismo empecé a sugestionarme. Era como tener en nuestras manos una vida que según hagamos con ella podrá ser de una u otra manera. La inminencia de la responsabilidad nos dejó un poco inermes. Apagamos la luz, nos dimos las buenas noches. Yo me volví hacia mi lado y entonces M. se volvió en silencio y abrazó mi espalda. Estuvimos así un buen rato, al menos media hora, sabiendo que ninguno de los dos estaba dormido. Luego, cuando la postura le cansó se dio ella la vuelta y posé mi brazo en su cintura. Estoy seguro de que cada uno de nosotros se habría cambiado por G. para poder confiar en alguien, para tener a alguien que le protegiera, incluso como nosotros, mejor que sentirse como nos sentíamos en ese momento.

Hoy he pasado el día atontado, no solo por haberme acostado a las dos, sino porque tuve que levantarme a las 6 para hacer un artículo que tenía que entregar a las 10.

HACE mucho tiempo que no escribía en este cuaderno. Casi un mes. En un mes han sucedido muchas cosas, lo cual le confirma a uno en su vieja teoría. Se lleva un diario porque no sucede nunca nada. Boswell decía exactamente lo contrario, que solo debe llevar un diario aquel al que le pasan cosas. Pero eso ha cambiado. Como lo de las novelas. Antes se creía que solo eran novelables las vidas movidas y de acción. Pero desde hace cien años las únicas vidas que parecen interesar son las que se cuentan hacia dentro. En el momento en que empiezan a ocurrirle a uno cosas, el diario pasa a un segundo lugar. Eso me lleva también a otra consideración que me deja muy melancólico, la certidumbre de que la plenitud emocional y personal del escritor de diarios habría que buscarla en el vacío que queda entre anotación y anotación, entre entrada y entrada, pues al contrario que un libro de registros, con debes y haberes, el diario no suele ser más que un asentamiento de pérdidas y ausencias. Bien. Veremos cómo puedo hacer un relato más o menos secuencial de los hechos, para decirlo de una manera primorosa. Me doy cuenta de que van a ser unas pequeñas memorias. A veces el diario deja de serlo, para convertirse en unas memorias, a poco tiempo que haya pasado y a poco juego que se le dé a los recuerdos.

Me había detenido en aquellos días en que estaba en verdad muy deprimido. Publicar un libro es algo sencillo, yo mismo he publicado algunos míos y de otros. Sin embargo no es lo mismo una novela. Puede uno escribir una obra de teatro, pero ¿de qué le servirá si no consigue que se la estrenen?, o tener un buen guion de cine. ¿Para qué sirve un guion de cine metido en un cajón? Es verdad que podría editármela yo mismo, si tuviera dinero. Pero ¿qué iba a hacer con los ejemplares? Alguna vez pienso que me editaré todos y cada uno de mis libros en ediciones cortas, pero no soy rico para hacer una cosa así ni lo bastante soberbio. La soberbia y el orgullo son incompatibles, quizá por vecindad.

Después de las últimas negativas aún llegaron otras dos, de las cuales una venía también con una carta personal del editor, basando su rechazo en razones históricas: yo mentía, y las cosas en

España jamás habían sucedido del modo en que quedaban relatadas en el libro.

No sabía qué hacer. Pasé unos días muy penosos, se me iban quitando las ganas de casi todo, me sentía abatido e inapetente. En estas semanas ni siquiera me ponía al teléfono cuando llamaban. Ahora me doy cuenta. Entonces, hace solo veinte días, pensaba, adelante, esto te hará mejor. Pensaba en Nietzsche, lo que no te destruye te hará más fuerte. Cuando uno escribe novelas y se las rechazan de todas partes llega a pensar que estás equivocado. Como cuando caes en manos de un psicólogo y empieza a decirte que has engendrado un hijo que es un monstruo, porque el muy estúpido se ha olvidado de pintarle botones a una camisa. Cabría la posibilidad en ese caso de ir a otro psicólogo, pero no serviría de nada, de la misma manera que tampoco sería ninguna solución salir de la consulta del psicoanalista Julio Iglesias para llamar a la puerta de la psicoanalista Isabel Preysler. En cierto modo fue lo que hice enviando el manuscrito a todas partes.

Hasta que un día, hará cosa de tres semanas, recibí una llamada de X, desde su editorial.

Yo sabía que tarde o temprano esa era una llamada que se produciría. Al principio no dije nada. Le pregunté qué tal le iba en el trabajo. Me dijo que muy bien. En absoluto se hablaba de la novela. Yo tenía que haberle contado hace dos meses, cuando me dijo que se iba a dirigir esa editorial, que yo tenía una novela presentada a ese concurso, pero entonces me callé, porque tendría que haberle contado también otras muchas cosas, por ejemplo, que no sabía bajo qué seudónimo estaba y todo lo demás, que la habían rechazado en todas partes, y que él se merecía una novela mejor que la mía. No mejor por dentro. No me refiero a eso. No pienso en eso. Mejor por fuera, un nombre más vistoso, que le ayudara de veras en su carrera. No le dije más que me alegraba mucho, porque también sabía que si le decía que yo tenía una novela, eso sería una pequeña faena para él, en la medida en que no puede llegar uno a una editorial como esa y darle a los dos meses a un amigo al que en el mejor de los casos se le considera poeta, pero no novelista, el primer premio de novela que son unos cuantos millones. De manera que al principio hablamos de cosas generales. Entonces cortó la conversación en seco y me preguntó la razón por la que no le había

contado que tenía una novela presentada al premio.

Me dio un vuelco al corazón. En un segundo supe que al menos la novela le había interesado, porque de otra forma no me habría llamado por teléfono. Habría dejado correr el asunto. Entonces me dijo que era una buena cosa que yo hubiese escrito una novela sobre aquellos años que ahora todo el mundo quiere mitificar. Estaba de verdad muy contento y llegó a contagiarme su alegría. Le pregunté entonces si le había gustado, pero me confesó que él no la había leído todavía. Sentí una pequeña decepción, porque temí que la novela no le gustaría, aunque en dos décimas de segundo supe que si me estaba llamando sin haberla leído era porque al leerla iba a hacer todo lo posible porque le gustara. Incluso más. Necesitaba que le gustara, porque no tenía más novelas disponibles. Era, como suele decirse, su última carta. Así suceden las cosas, como en una partida de póquer. Me contó entonces que se iba al aeropuerto en ese mismo instante, que pensaba leer la novela en el avión y que me telefonearía al día siguiente.

Lo primero que se me ocurrió decirle fue que me parecía un poco corto el viaje de Barcelona a Madrid para leer con atención ninguna novela, pero supe que era mejor no decir nada, más que experimentar los efectos del bálsamo de una amistad que había decidido ser generosa.

La impresión que yo saqué de aquella primera conversación es que X estaba de veras contento, pero lo principal era que la novela no la había leído. Recuerdo que ese día cuando llegó M. a casa y me preguntó si había algo de nuevo, le dije que nada, y procuré poner la misma cara de degollado de las últimas semanas, aunque si hubiese sido perro habría meneado el rabo, pues esa pequeña esperanza, que no era nada, podía significar algo. ¿Qué? Nada. ¿No es lamentable?

A la mañana siguiente, en efecto, X volvió a telefonear desde su hotel. No se anduvo por las ramas y me confesó que desde luego era su candidato para el premio. Yo no sé qué dije entonces. No me acuerdo. Supongo que me puse muy contento, demasiado contento, porque cuando uno se pone contento, siempre es un poco más de lo que tendría que ser. Entonces no lo pensé, pero ahora sí: estoy convencido de que la novela, por la razón que sea, le había gustado antes de haberla leído, porque esas cosas les ocurren a los editores.

Y de la misma manera que la han rechazado por una idea, otro la ha aceptado por la suya propia. Lo que unos no encontraban representativo de una cierta España, otro lo ha encontrado un calco. Eso es así. Para qué vamos a engañarnos.

Desde ese día los acontecimientos se han precipitado de una manera inesperada en el mundo de los sobreentendidos. Nadie me ha asegurado que yo vaya a ganar premio ninguno, nadie lo ha desmentido tampoco y yo ni pregunto ni quiero hacer más averiguaciones. Ni siquiera sale a la conversación la palabra premio, que todos evitamos con tacto. Es cosa segura que la novela ha de estar lista para dentro de dos meses y todos nos hemos puesto a trabajar.

A M. todavía no le he dicho nada, por si acaso. A veces me quedo parado, absorto, y se me viene a la cabeza una escena, como una fotografía de lo que sería si la novela ganase el premio. Y me entran por dentro como unas risas, un golpe de risa, para ser exacto, que se para de golpe. Entonces comprendo que no hay nada que haga presagiar un cambio en los acontecimientos, y continúo trabajando, y de la misma manera que saboreaba la venganza hacia todos aquellos que me la han rechazado, vuelvo a pensar que pase lo que pase me dará lo mismo.

Me acuerdo también de aquellas palabras de Villaamil, el pesimista por antonomasia. He ido a buscarlas en *Miau*. He tardado más de tres horas en encontrarlas, pero me ha servido para releer buena parte de la novela, que es una maravilla. Las palabras son desde luego el acto fundacional del pesimista como personaje literario universal, como si habláramos del avaro, o de don Juan, o del celoso Otelo: «¿Me nombrarán?», se preguntaba Villaamil. «No sé qué voz secreta me dice que sí. Tengo esperanza. No, no quiero consentirme ni entusiasmarme. Vale más que seamos pesimistas, muy pesimistas, para que luego resulte lo contrario de lo que se teme. Observo yo que cuando uno espera confiado, ¡pum! viene el batacazo. Ello es que siempre nos equivocamos. Lo mejor es no esperar nada, verlo todo negro, negro como boca de lobo, y entonces, de repente, ¡pum!… la luz… Sí, Ramón, figúrate que no te dan nada, que no hay para ti esperanza, a ver si creyéndolo así, viene la contraria… Porque yo he observado que siempre sale la contraria…».

Me doy lástima, porque me veo igual que el pobre Villaamil, trenzando la misma clase de razonamientos improductivos y disparatados. He aquí, pues, una verdadera locura sin fundamento.

De modo que así están las cosas. No acaba uno de entrar y ya habría querido uno salir de toda esta porfía.

DURANTE estos últimos diez días has trabajado como solo se trabaja cuando se va a dar por terminado un libro. Es un esfuerzo lleno de sinsabores y alegrías. Dejas tu mesa de trabajo a las doce de la noche y te despiertas a las seis de la mañana sin necesidad de despertador. Te encuentras en un estado de permanente excitación. De pronto el hallazgo de un adjetivo puede llenarte de una ilusión irracional, porque ese será un detalle que nadie sino uno mismo percibirá. Está también el caso contrario: el tropiezo con un párrafo o un pasaje cuya lectura despierta en uno un bochornoso sentimiento de mediocridad; entonces respira uno como el que ha llegado a tiempo para evitar el desastre, convencido de que ha aislado una parte necrosada de la novela, cuya oportuna amputación evitará la septicemia. Solo interrumpes el trabajo por la mañana, para llevar a los niños al colegio, y a las horas de las comidas, en que te traes una bandeja junto al ordenador. M. se va a trabajar y te deja mirando la pantalla y cuando vuelve diez horas después te encuentra en el mismo lugar. Has tenido que contarle cómo están las cosas, pero entre vosotros no habláis tampoco de eso. Os habéis juramentado para no decírselo a nadie porque pensáis, de una manera pueril, pues es pueril esperar nada, y más ilusionarse por nada, que eso os traería mala suerte, pero te consta que cada uno de vosotros ya ha dispuesto mentalmente de una parte del premio para liquidar préstamos y comprar algunas cosas necesarias para la casa permanentemente pospuestas. ¿No es demasiada humillación ocuparse un solo instante en esa clase de proyectos? Eso es. Ahora lo comprendes bien. La gente está dispuesta a conceder los premios, porque eso le da derecho a humillar al premiado de mil maneras imprevistas e impensadas.

Lo primero que te recordó cuando le dijiste lo del premio fue que una tarde de este otoño último V., que echa las cartas, aseguró que ibas a ganar un premio en breve. Creíste en ese momento que la *tireuse* de cartas solo había querido ser amable, porque acababa de dar cuenta de una cena que habíais estado preparando M. y tú

durante toda la tarde.

Saliste un momento a buscar leña para la chimenea y a la vuelta te esperaba la noticia de que ibas a ganar un premio en los próximos meses, porque alguien le había preguntado qué decían las cartas de ti. Te quedaste serio, porque ni siquiera M. sabía entonces que hubieses enviado la novela al premio. Dijiste, qué raro, y no pensaste en ello más, porque no va uno a dejar de creer en Dios para terminar creyendo en la pitonisa. Ese día para quitarle importancia le respondiste que esa es una cosa que le dicen las brujas a todo el mundo, si eres escritor que vas a ganar un premio, si trabajas en una oficina, que te van a subir el sueldo, si te llevas muy mal con tu marido, que te vas a enamorar de otro. Luego no pasa nada y todo el mundo se olvida de esas profecías inofensivas, o pasan, porque lo normal es que si uno escribe terminen dándole un premio alguna vez, y si una se lleva mal con su marido lo normal también es que acabe encontrando otro.

De cualquier forma creo que estamos más tranquilos. No deberías hacerla, porque una confesión de esta naturaleza resulta de una blandura repulsiva, pero por una vez estás contento. Quizás no sea alegría, sino aturdimiento, de dormir poco. Podría ser, pero sirve lo mismo. Es, cómo explicarlo, como la víspera de una fiesta, como el sábado en la aldea de Leopardi. Piensa uno en todo el día de fiesta, y eso es mejor que la fiesta misma. Me gustaría vivir siempre, pues, con esa promesa, y sin embargo, si la alegría cesa de su agitación, empieza a depositar en el fondo unos posos negros, que unos llaman, como en el vinagre, madre, y otros sencillamente muerte.

DE desnuda que está, brilla la idea.

HOY en la sección de necrológicas vienen cuatro pequeñas biografías de cuatro personas de cada una de las cuales podría hacerse una novela: una vieja multimillonaria socialista que muere a los 98 en Asturias, después de una vida dividida entre Cuba (antes de la guerra), la República y el exilio. Se llamaba Veneranda Manzano. Era maestra de escuela. Otra: la de un viejo. Se llamaba Joan Saña i Magriñá, cineasta de la CNT, que fue un impulsor del cine durante la guerra civil. Otra: la del más conocido guía del Naranjo de Bulnes, que escaló solo o guiando expediciones más de doscientas veces. Si este hubiera llevado un diario habría tenido él

también algunas historias que contar, porque los alpinistas están todos locos y suelen ser unos ilusos. Se llamaba Alfonso Martínez Pérez. Y la última, la de la duquesa Clara von Sachen-Meiningen, muerta a los 97 años, lo que quiere decir que su vida empezó en un imperio y terminó en casi nada. Era hija del conde Alfred von Knorff. Estas pequeñas necrológicas le dejan a uno con la miel en los labios, pues de la misma manera que se nos dan, se nos cierran, dejándonos intrigados de todo lo demás, de lo que fue su vida, excepcional en cierto modo, pues gracias a esa vida han podido estar en esa sección del periódico.

También sería una novela bonita la que contara la vida del periodista encargado de la sección de necrológicas.

Yo conocí a un periodista de *El País*, que acabó en esa sección. Era una persona encantadora.

Había pasado por varias secciones, primero en cierre, luego lo destinaron a nacional, a internacional, a cultura medio año, y acabó en economía, materia que dominaba. Bebía de una manera casi natural, pero sin dejarlo de hacer un solo instante todo el tiempo que no estaba dormido. Por la mañana una clase de alcohol, al mediodía otra, por la tarde otra y por la noche otra, como el enfermo que precisa medicación específica a lo largo del día.

La historia podía tomar a ese periodista real como punto de partida. El que yo conocí no se llamaba así, sino Julián Gutiérrez. En la novela podría llamarse Joaquín C. Bremond, que suena mejor.

Bremond estaba separado, de hecho su mujer le había dejado después de tener el segundo hijo, porque no soportaba verlo llegar borracho cada dos por tres.

Después de separarse se mudó a los apartamentos de la calle Villanueva, que están encima de un bingo. Era un apartamento pequeño que olía de una manera seca y picante seguramente porque jamás pasaba nadie la aspiradora por la moqueta. Yo estuve allí una vez.

El trabajo en el periódico le gustaba, pero no quería ser un gran periodista ni escribir libros de economía ni hacer investigaciones ni firmar sus artículos.

Desde que se separó de su mujer, solo quería que le dejaran en paz, trabajar ocho horas, hablar con la gente y luego salir por ahí a beber copas, y seguir hablando con todo el mundo. Le gustaba

hablar con la gente. Es lo que más le interesaba después de beber. Cuando ya estaba borracho la gente o no le hablaba o él ya no entendía lo que le decían, y se marchaba a su apartamento. Sin hacer ruido, con buenas palabras, sin perder la sonrisa. Jamás una discusión de borracho, ni una palabra dicha más alta que la otra. Ni siquiera se aflojaba el nudo de la corbata. Eso jamás. Lo mismo que quitarse la chaqueta y quedarse en mangas de camisa. Ya que se sabía un alcohólico, tenía la fantasía de considerarse al menos un *gentleman*. En eso se parecía muchísimo a V., que fue quien me lo presentó después de conocerle en uno de esos bares que había junto a su casa, pues V. vivía unos números más arriba en la misma calle Villanueva.

Yo creo que fue entonces cuando me hice asiduo de la sección que él llevaba.

El caso es que un día, no se sabe muy bien por qué razón, le llamó el subdirector. Le dijo, mira, Bremond, zutano, el que llevaba la sección de necrológicas, se va a Barcelona, y eso se queda solo. Le habló de la importancia que una sección como esa tenía en *The Times* por si había tenido la idea de considerar aquel nuevo destino una especie de vejación o degradación, como les había ocurrido a otros antes.

Bremond no debió de decir nada, porque parecía un hombre bastante tranquilo, y seguramente lo aceptó con la misma impavidez que los otros destinos.

Nos decía que era un trabajo cómodo. Solo tenía que recoger las necrológicas que venían en los teletipos, si eran de afuera, o adaptar las que le pasaban de otras secciones, si eran de dentro, nacionales. Las de afuera las traducía y las demás las aliñaba como le parecía, porque nadie se metía en su trabajo. Cuando eran largas, las acortaba, y cuando eran cortas, las hinchaba. Comprendió que todas las vidas contadas en quince o veinte líneas eran magníficas, cada una en lo suyo, como ocurre en los relatos de Chejov. Yo no creo que Bremond, francamente, hubiese leído jamás a Chejov, pero tenía una idea aproximada de lo que podía ser, porque los periodistas tienen absolutamente de todas las cosas conocidas o desconocidas una idea aproximada, no siempre inexacta.

Un día, tomando una cerveza en el Sportman, de Alcalá, nos contó que la necrológica que se publicaba ese día en el periódico se

la había inventado porque tuvo que llenar la página, y que nadie había notado nada. La verdad es que se trataba de una vida disparatada de no me acuerdo quién, alguien de un sitio rarísimo, un bajá o uno de esos marajás arruinados, muerto en Londres. Le preguntamos si no tenía miedo de que le descubrieran, pero se encogió de hombros, como si le diera igual. Tampoco se entendía para qué lo había hecho, quizá porque quisiera que le consideráramos un escritor, más que un periodista, sobre todo que le considerase así V., porque desde fuera a veces lo que parecía es como si estuviera enamorado de él, aunque estuviese casado y todo lo demás. Yo se lo dije un día a V. y de entrada por poco me tira un cenicero a la cabeza, y luego me aseguró que jamás le había insinuado lo más mínimo. Bueno, me he desviado. Desde luego Bremond tenía veleidades literarias, porque llegó incluso a ofrecernos para Trieste una biografía sobre Orson Welles, al que admiraba y al que decía que había conocido una vez en casa de Ordóñez, en Sevilla.

Yo no vi muchas veces a Julián, pero uno o dos años V. le vio bastante, sobre todo bebiendo, por la noche, tenían su vida. V. llevaba como dos o tres vidas diferentes. La que mantenía con sus padres, la que mantenía conmigo, con M. y con dos o tres amigos de la literatura, y la que llevaba luego con sus compañeros de bebida, por las noches. Eran vidas separadas, sin ningún callejón que comunicase unas con otras.

V. de vez en cuando me decía, mira hoy la necrológica del periódico. Es como un cuento. Se la ha inventado Julián.

El mejor caso de todos, me acuerdo, fue una vez que salió por el teletipo que había muerto un tal Jaap Mertens o Mortensen o Martin, muy viejo, con cien años o por ahí, uno que había sido pianista y muy amigo de Furtwängler y que se había hecho famoso por sus versiones de Debussy, del que había sido incluso amigo. Según le había contado a V., él no sabía quién era ese Mertens o Martin ni Furtwängler, aunque podría decirse que tenía una idea aproximada de quiénes hubieran podido ser los dos. Julián tuvo que consultar en la enciclopedia la voz «Mertens» o la que fuera. Había dos o tres como él, pero ninguno había sido músico. Entonces miró Furtwängler. De este venían algunas cosas más, pero muy pocas. Terminó hablando de Mertens como si fuera Furtwängler, sin

ahorrarse incluso los episodios vergonzosos de su colaboración con los nazis y su posterior depuración en la comunidad democrática durante dos o tres años.

Yo le advertí a V. que tarde o temprano alguien terminaría dándose cuenta de eso, pero V. me decía que Julián tenía la teoría de que de un muerto se puede decir casi todo, bueno y malo, según como se haga, y seguramente aunque el pianista no hubiese sido colaborador del Tercer Reich tendría otras cosas de las que avergonzarse, porque todo el mundo tiene un pasado oscuro.

Sus necrologías, las que él nos iba diciendo que se inventaba eran desde luego tan buenas como las verdaderas, nadie podría haberlas distinguido, puestas unas junto a otras, empresarios croatas enriquecidos en los Estados Unidos que donaban a su muerte toda su fortuna para socorro de los niños con espina dorsal bífida, partisanos yugoeslavos, sindicalistas noruegos, armadores turcos, espías rusos muertos en Suiza, poetas cubistas polacos… La fórmula siempre era la misma, verdad, mentira, verdad, mentira, bien trenzadas. Jamás había tenido un problema.

Creo que alguna vez le habían llamado de otros periódicos locales para preguntar por quien se suponía era un hijo de esa tierra, pero Julián-Bremond era hábil y terminaba escabulléndose. Tampoco se vaya a pensar que estaba todo el día metiendo trolas. Podía hacer una de esas pifias cada dos o tres meses. Tampoco más, porque no era tonto.

Un día publicó la necrológica de uno al que llamó Agustín Piñeiro, me parece, oriundo de Sada, en La Coruña, empresario que había hecho su fortuna en México con una red de panaderías, creo. Contaba algunas otras cosas increíbles de él, que eran como para dar la risa, como que poseía la primera colección del mundo de gaitas y una de las más importantes de orinales. La gente se ve que estas cosas se las tragaba con perfecta seriedad.

A los nueve o diez meses de la necrológica de Piñeiro le llamó otra vez el subdirector a su despacho. Lo encontró Bremond con otras dos personas, bastante serios todos. Los desconocidos se presentaron como policías de Interpol. Venían a pedirle explicaciones, porque tres días después de que él recogiera la muerte de Agustín Piñeiro, Rubén Laxeiro, un rico empresario mexicano había aparecido muerto en su casa de Oaxaca de dos

balazos.

Bremond no tenía la menor idea de quién era aquel Laxeiro ni tampoco se habría acordado de quién era Piñeiro, si se lo hubieran preguntado. Naturalmente no todos los datos proporcionados por Bremond coincidían con el Piñeiro suyo. El nombre no coincidía, el verdadero se llamaba Rubén Laxeiro; no era gallego, pero sí hijo de gallegos; no tenía una red de panificadoras, sino de mataderos de pollos y zapaterías para niños. En resumidas cuentas, la policía creía que la nota de Bremond había sido un criptomensaje incluido en el periódico por las mafias mexicanas para dar luz verde a su asesinato; la clave era, al parecer, esta frase: «Sus colecciones pasarán a manos de sus herederos». Por otra parte a los policías nadie les quitaba de la cabeza que aquel inexistente Agustín Piñeiro, había anunciado la muerte del verdadero Laxeiro tres días después.

Me acuerdo que cuando pasó todo eso, V. me llamaba a casa dos o tres veces al día para radiármelo, como si fuese una novela por entregas. Bremond le iba manteniendo a V. al tanto de todo lo que pasaba y V. hacía lo mismo conmigo. Yo le dije a V. que aquello me empezaba a sonar a cuento chino. Como cuando aquel verano V. nos anunció muy serio que tenía algo importante que comunicarnos, y fue que durante el mes de agosto, una noche, había visto desde su apartamento seis ovnis sobre la Biblioteca Nacional, que salieron a continuación hacia María de Molina, muy lentamente, que estuvieron en el cielo diez minutos, y que después hicieron paf, y que el espacio exterior los succionó para siempre. El caso es que V. se molestó mucho conmigo porque ponía en duda la historia de Julián, y le pareció un golpe muy bajo que la comparara con la de los ovnis, que él, por cierto, siguió dándola por buena hasta que se murió.

La policía, según V., investigó las cuentas de Bremond y cómo vivía, pero no sacaron nada en limpio, y terminaron por dejarle en paz.

Los últimos meses de Bremond fueron muy tristes. Al final le contó a V. que había dejado el periódico, aunque jamás insinuó que fuera porque hubieran descubierto lo de la sección de necrológicas, sino porque se había muerto su madre y había heredado algo de dinero. Por último se murió también él, un verano, dos antes que el

propio V.

Hace un año o cosa así, un día, hablando con X, de *El País*, salió el nombre de Julián Gutiérrez, el que hacía las notas necrológicas, y la persona que trabajaba en *El País* me dijo que jamás había habido nadie en el periódico con ese nombre, y menos el redactor de necrológicas, porque era una sección que solían hacer entre varios. Yo le respondí que eso era imposible, y le hablé de él, le dije cómo era, cómo iba vestido, dónde vivía, todo, el aspecto. Pero él me desengañó diciendo que eso no podía ser. Le hablé entonces de las necrológicas, que yo las había visto y las había leído. Y entonces me dijo que las necrológicas serían de verdad, aunque no lo parecieran. Y lo de la policía. Me preguntó si yo había visto a la policía, y tuve que reconocer que no, pero que V. me tuvo durante un mes por lo menos como si fuese un serial de la radio. Y le conté que Julián conocía perfectamente a la gente del periódico porque a veces nos hablaba de ellos, de sus compañeros, de gentes que también conocía yo, y hablaba desde luego como una persona que las trataba, decía por ejemplo que ese era idiota, que aquel bebía, que el otro era una gran persona, bueno, esas cosas que se dicen de la gente, y que más de una vez le habíamos dado libros de Trieste para que los entregara a este o al otro de la redacción del periódico.

Al final me tuve que convencer de que tenía razón. Al volver a casa recuerdo que venía dándole vueltas a todo eso, sin terminar de creerme que aquel Julián nos hubiera estado tomando el pelo durante dos años. M. me dijo entonces que todo podía haber sido una pequeña patraña del propio V., que me había querido embromar con una historia gótica. Pero el caso es que yo conocí al tal Julián, y estuve con él y con V. al menos tres o cuatro veces, tomando copas. Y también las necrológicas. Desde luego yo las había leído. Y que V. no era capaz de inventarse y urdir una cosa como esa.

Lo único que se me ocurre pensar ahora es que todo fuera más o menos una fantasía del tal Julián, para hacerse el interesante con V. y conmigo, y que leyendo las necrológicas de *El País* le diera por decir que se las había inventado. Quizás quisiera seducir con esa clase de mentiras al propio V. Ahora no me quita nadie de la cabeza que debía tener hacia mi amigo esa clase de sentimientos oscuros. Aunque la verdad es que ahora también, a toro pasado, lo de la

policía y todo lo demás, no parece nada verosímil, pero por otro lado, ¿por qué no? ¿No ocurre que la mitad de las cosas que leemos en la sección de sucesos parece siempre el relato de un novelista mediocre? ¿Y por qué nos creeríamos V. y yo las bolas que nos contaba? No sé. La verdad es que es una de las cosas más raras que me ha pasado en la vida. Cuando me enteré de la verdad, V. ya había muerto, con lo cual no tengo a nadie con quien contrastar la historia, salvo con X, que sigue en *El País*, y que está convencido de que esa es una historia que me he inventado yo para quedarme con él.

En fin. Vamos a dejarlo en este punto. Yo mismo estoy empezando a deprimirme. Tendría que estar corrigiendo una novela que ya está escrita y me he metido hace dos horas a contar algo que tendría mucho más valor como novela que como anotación en un diario. X me lo dice algunas veces, que haría mucho mejor escribiendo estas cosas como relatos o como novelas. Cree que me irían mejor las cosas y que tendría mucho más interés. Seguramente. Pero ¿cómo podría yo decir que es literatura una cosa que no lo es, quitarle lo que tiene de verdad, quitarle lo que tuvo de vida? ¿O es que acaso pueden ser ambas cosas, como muy bien dicen los críticos literarios?

LO que entristece más que otra cosa, al escribir un diario, es que uno cuenta una vida, a cambio de renunciar a otras muchas suyas posibles. Escoge, y seguramente se equivoca.

AYER fuimos unos cuantos a la tumba de Larra. Nos había convocado X. A mí me había llamado esa misma mañana. Me dijo, ¿tienes algo que hacer por la tarde? Le contesté que yo no tenía nada que hacer, ni por la mañana ni por la tarde. Entonces me preguntó si quería ir al cementerio a la tumba de Larra. Yo le respondí que sí, porque a esas cosas hay que decirle sí al que sea, al primero que venga. Si hubiese venido por la calle Conde de Xiquena un pocero y me hubiera abordado con la misma demanda, si me hubiera dicho, ¿usted se querría venir a la tumba de Larra esta tarde?, yo le hubiera dado la misma contestación.

Después de eso llamé a M. S. Entonces S. me preguntó si nos íbamos a especializar en ir a los cementerios, a él no le importaba, pero le parecía eso un furor tenebrista fuera de lugar. Yo le concedí que tenía razón, pero que si conocía a alguien que se hubiera

negado nunca a ir a la tumba de Larra en ninguna circunstancia. De manera que no tuvo sino que avenirse a la expedición.

No es, sin embargo, nada serio eso de ir a las tumbas de la gente. Si a mí se me hubiese preguntado por la tarde, no habría ido, porque no es el mismo el ánimo que tiene uno a las siete de la tarde que a las once de la mañana. A las once espera uno todavía mucho del día y cualquier proposición es mejor que nada. Pero ¿a las siete? A esa hora toda persona de bien está ya desengañada de todo y sería por lo mismo una temeridad querer visitar un camposanto, con la noche como quien dice sobre las mismas bardas.

Íbamos a ser diez o doce. El taxi nos dejó en mitad de la cuesta que sube al cementerio y se dio la vuelta a toda velocidad, tanto que rechinaron las ruedas sobre el asfalto, como si huyera de allí por superstición. Nada más poner el pie en tierra yo al menos tuve la sensación de que no tenía que haber ido, pero de esas cosas se da uno cuenta siempre demasiado tarde.

El chirrido de las ruedas hizo que volvieran la cabeza dos o tres que habían llegado antes que nosotros, el propio X y dos o tres más. Todos muy raros. La gente se preguntaba: ¿Qué hemos venido a hacer aquí?

A los cementerios los escritores van de dos maneras: o muertos o a salir en los periódicos. Allí estábamos todos, pues, cada uno buscando un huequecito entre los despojos de Larra y los de Gómez de la Serna, que están puestos en la misma tumba.

Hacía una tarde bonita, con el cielo azul y unas nubes blancas como bufandas que se volvían hacia atrás, por encima de la espalda. Tenía aquello todo el aspecto de las visitas románticas que hicieron a Larra los Baroja, Azorín y Bargiela, o las que hicieron después Ruano y los señoritos fascistas.

La visita nuestra en cambio parecía tener algo de recalentado. En realidad todas las visitas a los cementerios son una afectación, por un extremo o por el otro.

El cementerio estaba tranquilo, porque como los entierros ahora son todos por la mañana, a las cinco de la tarde, un día de diario, ya no se acuerda nadie de sus difuntos.

La verdad es que todos poníamos una cara muy circunspecta, aunque me parece a mí que sin sentirlo demasiado, pues por los síntomas a ninguno de nosotros nos dolía España por ninguna de

sus callosidades ni Larra era tampoco de la familia. Al contrario, luchábamos para no parecer demasiado festivos. Nadie traía nada preparado, ni discursos ni oraciones fúnebres, nada, ni un par de frases siquiera para la regeneración del país, pues no habría cosa más penosa que ser anarquista y preparar en casa un discursito, aunque luego se vio lo contrario, que algunos venían con los versicos en el bolsillo del abrigo. Entonces dijo alguien, mirando a X: El que nos ha traído, que diga algo. Pero X no estaba por la labor, y miraba las tumbas desde detrás de sus gafas de vidrios gordos y concéntricos, como si aquello no fuese con él.

Entonces se arrancó una poetisa joven con unos versos. Eran unos versos inverosímiles, como para provocar un par de úlceras. S., a mi lado, presagió: Este va a ser el momento en que Larra se levanta de la tumba con la pistola y le pega un tiro. Primero a ella, añadí yo, y luego a nosotros, por salteadores.

A los cementerios también hay que ir a reírse un poco, y entrenarse para que la hora nuestra, cuando nos llegue, no sea demasiado trágica, es decir, a los cementerios hay que ir a reírse un poco de lo más serio que tiene la vida, o sea, a reírse de la misma muerte.

Por la mañana yo había llamado al periódico para ofrecerles la crónica del suceso, como hice cuando la exhumación de los restos mortales del maestro Azorín, pero en cuanto supieron que en eso andaba metido alguien del periódico de la competencia, dijeron que el asunto de Larra no interesaba lo más mínimo. Me habría gustado hacer una pequeña crónica, porque uno es escritor para esas cosas circunstanciales. Escribir un gran ensayo está a la altura de todo el mundo, lo mismo que hacer unos cuantos versos aparentes. ¿Quién no es poeta? ¿Quién no es ensayista como don Pedro Laín Entralgo? Ahora, aliñar una crónica sobre una visita a la tumba de Larra no está a la altura de cualquiera. Es como tocar un concierto de *jazz* con una trompeta de plástico. Tendrá uno, pues, que ensayar la croniquita aquí, para uno solo, y sin cobrarla.

Tenía incluso un título medio humorístico: *La glorieta eterna*. Empezaría así:

Ayer se juntaron en la sacramental de San Justo una docena mal contada de poetastros, escritores y gentes de la farándula para decirle no se sabe qué a Larra.

A esta tumba, cada cierto tiempo, como a la Meca, vienen los escritores. Otro trece de febrero, pero de 1901, fueron los Baroja, Pío y Ricardo, Bargiela, Martínez Ruiz y dos o tres más a leerle al suicida no sé cuántas ansias de renovación.

Pasados los años, Giménez Caballero, que para algunos tuvo mucho de Giménez y poco de Caballero, le puso a un libro suyo *Junto a la tumba de Larra*.

Larra siempre ha sido el patrono de los escritores que se quedaron sin género, que no pudieron ser nada más que cronistas o periodistas, los famosos estilistas, una como tabla de salvación, por lo mismo que Stendhal es el patrono de todos los novelistas perezosos, que tienen la esperanza de escribir una obra maestra en cincuenta y tres días (¿o fueron cincuenta y seis?), y Cervantes el de aquellos que han llegado a los sesenta sin dar su do de pecho.

Ayer, siguiendo con nuestra gacetilla, acudieron junto a la tumba de Larra, convocados por Umbral, Luis Antonio de Villena, Luisa Castro, el viejo profesor Ynduráin, Fanny Rubio, la actriz Charo López, Sarrión y el que calamea estas líneas, que diría Ortega, filósofo que también gozó en mejor vida del joven Larra. Había también tres o cuatro jovenzanos más, pero antes del velatorio no conocíamos a ninguno de ellos y después seguíamos sin conocerlos. Al principio uno, maleado para la vida, pensó: «Ahora uno de esos chavales se saca del bolsillo del pantalón un puñado de cuartillas y nos las lee con arrebato, y ya tenemos al José Zorrilla de estos tiempos». Pero no. Esas cosas solo ocurren un siglo antes. Quizá fuesen esos desconocidos los que suelen estar siempre en todos los entierros, por lo mismo que en las bodas siempre hay uno o dos que nadie sabe si vienen por la parte del novio o de la novia.

A todos, conocidos y desconocidos, les recibió en la puerta del cementerio, solo, de pie, serio, y vestido de negro de la nuez a la punta de las botas, un Umbral cada día más transilvano. Hacía una buena estampa, «en belleza», que dicen los italianos. Más que darles la mano a los que llegaban, a los allegados, parecía que recibiera de ellos el pésame.

Cuando pasábamos entre las tumbas, la gente empezó a reírse algo, porque ir a un cementerio para mirar la tumba de uno que ha muerto hace ciento cincuenta años puede provocar alguna risa.

El cementerio, a estas horas, las cinco de la tarde, estaba

tranquilo. Dos albañiles, subidos a un andamio, preparaban con yeso y ladrillos nuevos nichos, y a la gente que venía riéndose más de la cuenta, se les cuajó la soleá ante la visión de los nichos vacíos y las lápidas lisas y lirondas, sin nombres ni fechas. Yo recordé la leyenda del reloj de Ibiza: «La última para algunos». Alguien chistó, y hubo entonces formalidad, quizás porque en un cementerio también se piensa que, pese a todo, «eso» va en serio.

Cuando por fin dimos con la tumba del maestro, nos pusimos todos muy contentos, pues llevábamos media hora buscándola como el que persigue un tesoro, y la cosa más fácil es perderse en un cementerio. No se sabe por qué razón todo el mundo se entretiene en los cementerios leyendo las lápidas, con la absurda esperanza de conocer a alguien, como si no terminasen de creerse nada de «eso» hasta no encontrar a alguien que viniese a demostrar con su presencia que «eso» le llega a todo el mundo, incluso a los conocidos.

Para quien no haya tenido el gusto de visitarla nunca, he aquí los detalles exactos de la tumba de Larra.

Lo tienen, al maestro, en una glorieta, una pequeña rotonda, donde las sepulturas aparecen dispuestas de manera radial; para entendernos, como una mesa de póquer en la que alguien hubiera estado repartiendo cartas a unos convidados de piedra. El montón de cartas serían las tumbas y los convidados en vez de estar en otra parte, lejos, están allí mismo, solo que dentro.

Los cementerios españoles, a diferencia de los ingleses, franceses o italianos que tienen tan acusada personalidad, no son nada.

Algunos miraban la tumba de Larra con cierta envidia. Morir y venir aquí en compañía de maestros ilustres no sería un mal plan, debían pensar. Allí estaban, en aquel Panteón de Hombres Ilustres, a uno y otro lado, las tumbas de Eduardo Rosales, Blanca de los Ríos, Núñez de Arce, José Espronceda, Antonio Vico, Rafael Calvo, Hartzenbusch, Gómez de la Serna, Manuel del Palacio, Villaespesa… Manuel del Palacio, Villaespesa, Dios mío, da como un poco de vértigo pensar en lo que nos convertimos apenas pasan cinco horas.

Fue una pena que el tiempo desluciera el acto, porque en vez de llover, como hubiese sido preceptivo, hacía una tarde de febrero templada y con el cielo azul y sin tacha. Mientras los del duelo se

ponían al lado de la tumba para hacerse las fotos y principiar las lecturas, dos fotógrafos se subían a las tumbas vecinas sin ninguna consideración.

A Sarrión y a mí nos invitaron a ponernos también junto a la tumba y entre los oradores, pero declinamos la invitación, como verdaderos veteranos en todo ese asunto del funebrismo, porque una cosa era ir a la tumba de Larra y otra muy diferente creer que aquello era un safari.

Esto no lo hubiera podido poner en la crónica, pero yo tengo la sensación de que todos los demás, los que se hicieron la foto, estaban un poco abochornados de aquella utilización que hacían del pobre Larra, y querían que nosotros nos sumáramos también al retrato, para contar con una complicidad general, como cuando los senadores romanos se juramentaron para apuñalar a César. O todos o ninguno, dijo alguien, incluso el más inocente. Nos sermonearon durante cinco minutos más, pero fuimos tajantes. Sigamos.

Al lado de la tumba, al pie mismo, estaba Umbral, la actriz Charo López y Villena, en primer término. Luego los demás.

Umbral llevaba uno de esos abrigos de piel vuelta con cuello de visón, un abrigo de brigadier o de señora, según el punto de vista y según el cronista. A los dandies es muy difícil entenderlos siempre. La palidez de su cara y lo extraño del abrigo le daba no ya aspecto de desenterrado, sino de que iba a bajar a la fosa en cualquier momento, y que estábamos allí para despedirlo.

Charo López había venido enorme y explosiva (esto tampoco lo habría podido transcribir en la crónica A, con lo que queda en la crónica B, o negra), con traje de viuda y gafas negras de viuda, como si viniera a enterrar no a un muerto de ciento cincuenta años, sino a su amante, un torero corneado la víspera. No habría sido nada extraño que los enterradores, mirándola, se hubieran hecho un par de palomitas detrás de los cipreses. (Y esto creo que tampoco hubiera cabido en la crónica oficial).

Mientras tenían lugar los discursos (y esto sigue formando parte de la crónica B) yo observaba a la actriz. Era obvio que la habían convocado allí por lo que tenía de musa ténebre y morbosa. Nunca antes la había visto tan cerca. Era una mujer bellísima. Yo pensaba: ¿quién la habrá convocado? Estaba algo pálida, quizás maquillada así para la ocasión, porque sin embargo su boca, grande y de labios

suculentos y carnosos (que se habrá de comer la tierra) era todo un desmentido categórico al propio *Dies irae*. Yo pensaba también: a ver si esto termina de una vez y por un casual nos vamos todos por ahí y puede uno alternar con la mujer madura. En lo de abrazarla, como en aquel poema de Yeats en el que este cuenta cómo en una reunión política solo está pensando en abrazar a la muchacha que discursea, yo ni pensaba, porque era una cosa fuera de toda discusión que uno pueda aspirar a una mujer como esa, tan por encima del nivel de uno. Pero eso no quita para que uno reconozca que estaba magnífica, así, toda de negro, para una cosa satánica, sin que ni siquiera se quitase las gafas ni las medias negras, lo que viene a demostrar que al final uno no está tan lejos de los sepultureros como pensaba.

A su lado Luis Antonio de Villena estaba hecho un pincel. Llevaba puestos unos mitones amarillos y un abrigo también de millonario ruso, pero color pelo de camello, y unas gafas de montura increíble, color azul claro, gafas de sol para mirar la puesta de sol sin sol, desde un cementerio, que es probablemente la cosa más dandi que haya ocurrido desde tiempos de Byron.

No sé cómo Umbral, cada vez más pálido, cada vez más negro, fue adquiriendo tintes de un duelista que se ha cargado a su mejor amigo para quedarse con la viuda. La viuda no decía nada, pero se colgaba del brazo de Luis Antonio de Villena, que podía adoptar un gran aire Charlus precisamente porque cualquier viuda le sería indiferente. Entonces fue cuando ellos se leyeron unos fragmentos del «Día de difuntos de 1836», lo que, según y cómo, Larra podría haberlo interpretado como una manifestación más de pitorreo.

Luego nos soltaron dos entusiastas media docena de poemas más, interminables y escritos para la ocasión, y cuando aquello se dio por acabado, buscamos a escape la salida.

En la puerta, Sarrión propuso, para seguir haciendo un poco de literatura, que fuésemos todos a tomarnos unas gallinejas y un vino rojo peleón a la calle Segovia, como también hicimos el día de lo de Azorín, pero alguien llegó a inquerir (magnífico verbo azoriniano): de las gallinejas, ¿qué se fizo?

Aquí se terminaría la crónica, porque lo demás no le importaría a nadie. Cruzamos el puente con los molondros de piedra. Pocos sabían qué eran las gallinejas, y desde luego ninguno las había

probado jamás, de modo que nos metimos todos en el primer bar en el que disponían de veladores y pedimos cubalibres y *gin-tonic* o cosas peores, como fantas de naranja. Yo procuré sentarme al lado de la actriz, por si quedaba alguna ocasión todavía de alternar con ella, pues había muy poco sitio y estábamos todos con grandes apreturas. Como no había una mesa en la que cupiéramos todos los asistentes juntos, en una se sentaron las figuras principales y en otra, próxima, los indocumentados, como en las bodas y banquetes en los que siempre hay una mesa de dolorosos desconocidos, hasta que a las figuras principales les pareció una desconsideración con los meritorios y les invitaron a sumarse al duelo. La mesa se amplió lo indecible, alguien se interpuso entre nosotros dos, y la reunión perdió para mí todo interés.

Al final nos despedimos con el convencimiento de que habíamos perdido la tarde, pero quedamos, no obstante, en repetir el *picnic* otro día, dentro de un mes, con César González Ruano, cosa que jamás sucederá, pues si los periódicos por Larra no guardan la menor memoria, con Ruano ya ni se habla.

LO de ayer salió en el *Abc*, un suelto de diez o doce líneas. Dice que «los fotógrafos eran casi más numerosos que los asistentes», entre los que pone a Juan Barranco, el que fue alcalde de Madrid. Es una cosa muy rara porque yo no me acuerdo de haberle visto, y en total no éramos más que diez o doce. Lo habría reconocido por haber visto su cara mil veces en los medios, que suelen decir los alcaldes. Como él tiene también una cara de El Greco, quizá lo confundiera con alguno de los enterradores. Es posible. Ahora comprendo por qué ese hombre no tiene el menor futuro en la política. Así en frío todo lo del cementerio ya no tiene la menor gracia. Es una de esas cosas que uno hace no sabe por qué. Se está en ellas y luego trata uno de olvidarlas cuanto antes, como aquellas juergas de la juventud en las que uno nunca bebía demasiado para olvidarlo todo al día siguiente.

RESULTA muy difícil, al menos para mí, dar con el tono de estas páginas. A veces me digo, han de ser por lo menos el retrato de un alma. Pero relata uno cosas como las de ayer, y el personaje que sale nos gusta poco. Lo contado es verdad, pero ¿hasta qué punto uno es todo eso que uno hace a veces? Cree uno que debería prestar atención a otras melodías de la vida, hablar con otras gentes, leer

otros libros, hablar de otras cosas. Y sin embargo eso es lo que hace uno. En el caso de Larra, además, se suma como un agravante. En Larra uno ha encontrado cosas de ley, de verdadero valor. Su triste vida no es como para ser tomada en broma, desde luego. Y entonces uno cree que arrastrado por la corriente, corriente él mismo para todos los otros, ha sacado de madre una obra que habría de celebrarse en silencio. Por eso hoy, a modo de penitencia, he tomado sus crónicas, y me he puesto a releerlas. Cada vez que en España surja alguien que quiera hablar de las cosas insignificantes, pero significativas, tendrá que volver su mirada a esos artículos sobre todo y sobre nada. Son de alguien que conoce el alma de los españoles como nadie. Y luego está su propio carácter, esa tristeza con la que no pudo, que le lleva a mirarlo todo con escepticismo y amargura, pero también con humor y alegría, la misma tristeza que le llevó a apretar el gatillo, un día de tantos, sin mayor desesperación, como podría haberlo hecho el día anterior lo mismo que nunca, porque no hay nada en él del suicida, sino de impaciente. Se mata no para acabar con esto, jamás estuvo tan desesperado como para eso, sino para cambiar de aires. Y desde luego Larra no fue, una vez muerto, a ultratumba, sino como a un balneario, por el que pasear, hacer una agradable vida social y enamorarse de la preciosa hija de un teniente coronel que habrá heredado de su padre la estolidez y de su madre el hoyuelo de la barbilla y el materialismo salvaje.

UN gran paseo por Las Viñas. Las mimosas estaban a punto de abrirse y el aire olía a violetas. Al ir de paseo pasamos por debajo de un almendro en flor. Hacía una temperatura de abril y soplaba una brisa templada. En el almendro zumbaban las abejas como acordadas violas. Cuanto de muerte hay en todo esto, y la hay por todas partes, tiene poco que ver con lo del otro día. Aún oigo en este cuaderno el roce de las hojas nuevas y la canción temprana. ¿Quién no es poeta así, querido Larra?

ESTÁ la casa llena del olor de las mimosas y de las violetas que trajimos de Las Viñas. Y este olor me recuerda ya otros inviernos y otras secas mimosas. Ah, el lirismo de los días pasados, de los años perdidos, que nadie celebrará, que yacen para siempre en una tumba sin lápida, bajo piedras sin nombre.

SON días estos anómalos, en los que le es difícil a uno

concentrarse. Flota en el ánimo, como cendal de leve bruma, la posibilidad de ese premio. Debería escribir «ese maldito premio», si quisiera uno hablar como los duros de las películas americanas, pero ¿cómo escupir la mano que nos tiende el pan? Ahora empiezo a darme cuenta con horror de que es siempre mucho menos estético ganar que perder. Es más amargo perder, pero mucho más fácil, de eso no hay duda ninguna.

Entretanto he ido sacando adelante el trabajo diario, como he visto que hacen los zapateros de viejo. Remiendan una bota, que tiran a un lado, encolan la media suela de un zapato y esperan media hora para poder pegarle un trozo de cuero, componen el tacón en un escarpín de señorita, y todo queda a un lado en un montón informe… Es uno de los oficios más tristes de la tierra ese de zapatero de viejo, porque ve uno por los zapatos usados de la gente todo lo que esta arrastra de torcido, de manía, de contrahechura. Y así, en montón informe, miro todos estos trabajos.

En uno de ellos vuelvo a encontrarme con el elogio de Rilke sobre Jammes, a quien envidiaba aquella vida de campo, limpia, entregada en cuerpo y alma a la poesía, enamorándose de las muchachas que se encontraba en los caminos cuando salía de caza. Pero yo no cazo, yo no tengo un *spaniel* ni unas grandes barbas como las suyas. ¿Entonces? ¿Cuándo llegará el día en que como el Sísifo de Unamuno digamos: «Todo se acaba, oh Jove, hasta la pena»?

AYER, en un periódico, hablaban de una novela. Decía de ella un crítico que era una obra genial, y hoy vuelven a repetirlo en otro periódico. Todas las semanas se asegura algo parecido de otras muchas cosas. Los políticos viven siempre hechos históricos, los pintores, las del cuplé, los toreros, los literatos, en general todos cuantos hemos de vivir del público terminamos en esa sugestión, pues de una u otra forma hay que adularle al público, del que se vive, convenciéndole de que también él tiene la suerte de conocer una época especial, única y extraordinaria. A veces, incluso, es el propio público quien influye de manera decisiva en el ambiente. Quien haya acudido alguna vez a los toros, sabrá hasta dónde puede influir eso que los taurinos llaman la electricidad del ambiente, el «runrún», dicen ellos, de la tarde de gloria, previo a la corrida. El comportamiento social en la plaza no es muy diferente al de otros

muchos ambientes o ruedos políticos, literarios, artísticos. Viene a torear a tal plaza su ídolo, ese torero que por razones a menudo oscuras y complejas es el favorito esa temporada o esas últimas temporadas. Apenas ha movido un pie, la plaza entera se viene abajo en estruendosos olés, y corona una faena mediocre con trofeos inexplicables. Sucede a veces lo contrario. Quien torea a continuación es alguien que, también por oscuras y misteriosas razones, no es bienquisto en esa plaza. Empieza a realizar su faena ante la indiferencia de la gente, incluso una faena de mucho más mérito que la anterior, pero tendrá suerte si logra pasar inadvertido, sin que le abronquen. En ambos casos «la afición» ha visto no unas faenas que estaban sucediendo, sino que ya habían sucedido antes, en el fondo de su propio deseo, en un caso para poder premiarla, y en el otro para poder ignorarla con idéntica fuerza, es decir, que habían sucedido no en el lugar donde suceden los hechos nuevos, en la arena, sino en el lugar de los lugares comunes o ideas recibidas.

Es decir, en ambos particulares, el aficionado, que siempre es un crítico en potencia, traía ya toreada su faena, y con ella su condena o su premio, de la misma manera que en el Rastro nadie encuentra aquello que no va buscando. Puede uno tropezarse con algo inesperado, pero lo inesperado jamás ha sido lo indeseado.

Es lógico, por otra parte, que alguien se ponga a la defensiva cuando se le señala algo como genial, por lo que eso pudiera tener de normativo para su propia obra, que medirían, a partir de esa genialidad, conforme a otro patrón que el suyo propio. De ahí que los jóvenes, los de todas las épocas, lo primero que hacen en cuanto desembarcan en la vida sea precisamente «enjuiciar» todas y cada una de las obras que sus antecesores les mostraban como modélicas y geniales, y no es infrecuente que a menudo las enjuicien para condenarlas, como tampoco es anómalo que esos jóvenes eleven a la categoría de geniales otras que sus padres y abuelos consideraron insignificantes o incluso malas, y admitiendo como geniales, lógicamente, otras muchas. Cuando esa clase de «juicios» se refiere a obras del pasado, obras sin ningún anclaje en la modernidad, «los viejos» pueden con más o menos agrado tolerar los juicios de «los jóvenes», y de ese modo sería hoy menos problemático poner en solfa, por ejemplo, la música de Monteverdi que la de Stravinsky, la

pintura de El Greco que la de Matisse, o el toreo de Pepe Hillo que el de Manolete y el de este que el de Curro Romero, pues el número de los que se creen discípulos en la actualidad de Stravinsky o de Matisse o partidarios de Curro Romero es infinitamente superior al de los que se pudieran reclamar hijos directos de Monteverdi o El Greco o partidarios del autor de la *Tauromaquia*. Pero el blindaje es aún superior cuando la contemporaneidad estricta pasa a formar parte de la misma obra juzgada por genial, cuya discusión podría desencadenar luchas encarnizadas según lo que las partes en liza creyeran que se estaba poniendo en juego. Pero hemos de considerar que el carácter antiguo y moderno de la obra tenida por genial al creador le es indiferente, pues en todo caso lo que a él le incomoda es precisamente que se le imponga una norma de actuación, un modelo, un canon como si dijéramos.

Lo más antipático de todo, no obstante, es no poder hablar libremente de estas cuestiones, pues la malevolencia contemporánea (en eso los muertos suelen ser más agradecidos) cree siempre toda crítica de hechos contemporáneos originada en la «envidia» (suele ser el modo más frecuente de demonizar la disidencia), pero de hecho no es sino el convencimiento de que tales críticas estaban ya hechas y esa novela, o esa pintura, o tal película, estaba ya vista o leída aun antes de publicarse o de verse, por oscuras y misteriosas razones, lo que ocasiona que uno se ponga *en garde*. Es curioso al respecto leer en la columnilla de un periódico, que recoge ecos literarios, cómo da unas noticias y otras, según se refieran a unos o a otros: «Fulano parece que está terminando de escribir su esperada novela, que según todos los indicios va a ser una obra maestra y uno de los grandes acontecimientos literarios de la temporada»; o bien por el contrario: «Acaba de publicar Mengano su nueva obra, pero, aunque no la hemos leído todavía, no creemos vaya a ser una obra feliz». Etcétera.

ESTA mañana aparecieron nevados los tejados de Madrid. Corrí a despertar a los niños, con el temor de que eso pudiera desaparecer en cualquier momento, como si la nevada no llevara ahí ya unas horas, esperándonos.

El hecho de que la nieve sea silenciosa es lo que sin duda la rodea de tanto misterio. ¿Cuánto tendrá la nieve de tigre? Y el prodigio de que mientras dormimos el tiempo teje para nosotros eso

precisamente, un manto de nieve. Así como en la lluvia todo simboliza fuga y pérdida, en la nieve todo sugiere almacenamiento y tesoro. El agua de la lluvia empieza formando unos pequeños ríos sobre los cristales de nuestra ventana; estos buscan los que se forman en la calle que desaparecen en las alcantarillas, desagües que a su vez la conducirán a un río, que buscará el mar. La nieve, por el contrario, viene para quedarse. Mientras es nieve no camina. Solo huye cuando se hace río, agua, cuando cambia de estado. La nieve construye su propia casa, como los castores. ¿No sobrecogen las nieves perpetuas, por saberlas inalterables e indestructibles?

De modo que quien ha dormido no llega a explicarse del todo cómo han estado depositando uno a uno todos esos copos, como pequeños regalos, al pie de nuestra puerta.

Casi se nos saltan las lágrimas cuando les vimos con la nariz pegada a los cristales del balcón, medio dormidos todavía, sin decir nada, sin decidirse a quitarle el papel brillante a un obsequio como ese.

En la calle hicimos bolas, recogiendo la nieve intacta de los capós de los coches, y lejos de huir de ellas, parecíamos exponernos para recibirlas.

Yo en cambio tenía la ventaja sobre ellos de saber que aquellas bolas de nieve eran mucho más. Quizá uno de los pocos recuerdos nítidos que les queden de sus días de infancia. Y esa conciencia me ha hecho demorar aún todo lo posible la secuencia. Como viviéndola a cámara lenta, mientras ellos advirtieron: «Vamos a llegar tarde al colegio». Pero yo mismo les enseñé, seguramente por vez primera, el valor de una mentira institucional: «Decid que, como ha nevado, estaba muy mal la circulación».

Al volver a casa me asaltó el verso de Bécquer «esperando la mano de nieve», usado por Bergamín en sentido tan diverso. En esa clase de lecturas es donde podemos descubrir al verdadero creador. Bécquer solo estaba hablando de una «mano de nieve», es decir, una mano nívea, femenina, pura, joven, que volviera a arrancarle a la olvidada arpa sus notas. Sin embargo Bergamín vio en ese verso algo muy diferente, vio a la misma muerte, a la suya en concreto, puesto que cuando decidió titular de esa manera uno de sus libros de poemas, él ya era un hombre viejo. Desde ese momento el sentido dado por Bergamín a esos versos se ha situado por delante

de los mismos versos, hasta el punto de que no es improbable que a la misma muerte se le denomine a partir de él de esa manera, «la mano de nieve», como otros la llaman también la Dama, o la Señora…

Luego, para mí, el día ha sido como siempre, un río que nadie puede detener, inexorable hacia la mar, que es el…

AYER fui a hacerle una entrevista a X y hoy me he pasado la tarde transcribiéndola.

La mitad, por desgracia, es una pura invención mía, porque con sus palabras no hubiera llenado más que unas cuarenta líneas y en el periódico querían ciento veinte.

Tiene 94 años, pero esa frialdad suya no es de ahora. No suele ser infrecuente que junto a ella se tenga la inquietante sensación de que le interesa muy poco no ya lo que no sea ella misma o esté referido a ella misma, no; X no es persona egolátrica o egoísta, desde un punto de vista intelectual. En realidad parece no interesarle nada en lo que ande ella metida, de manera que la sesión fue un poco terrible, pues hubo que sacarle todas y cada una de las palabras con fórceps. También es normal. Lo penoso es llegar a los 94 años y tener que estar recibiendo a la gente para hacer entrevistas. A los 94 años uno solo debería recibir el premio Nobel o en su defecto algunos doctorados *honoris causa*. Lo demás debe producir un enorme hastío: ¿contarle a quién y qué cosas que no hayamos contado en los 94 años anteriores?

Por eso mi principal preocupación era que la parte inventada de la entrevista respondiese a una «melodía genuina», que no desentonara con lo que ella es, haciéndole decir cosas que aunque ella no dijo en absoluto, hubiera podido decir. Yo creo que ese es el secreto de los que hacen entrevistas para los periódicos, porque ya que en las entrevistas jamás ha de salir una sola palabra dicha por el entrevistado, que las que aparezcan sean todas cosas que hubiese podido decir, aunque no las dijera.

Se ha afirmado que el
27 ha
sido una generación de la amistad. Eso, naturalmente, ha sido uno de esos inventos de los poetas y profesores, pero sobre todo de los poetas-profesores. Porque frente a la generación de los amigos, o sea, la generación de Alberti, Lorca, Aleixandre, Diego, Dámaso,

Salinas o Guillén, está la generación de los misántropos o de los enemistados, Cernuda, María Zambrano, Rosa Chacel, el propio Gaya, Bergamín… Quién sabe si con el tiempo ellos serán los llamados a representar la verdadera generación. Su actitud personal es, sin lugar a dudas, mucho más atractiva, quizá porque su vida fue, en todos los casos, mucho más dura e incómoda que la de aquellos, incluyendo en ello al propio Lorca, que si bien tuvo una muerte terrible, tuvo en cambio una vida fácil. Hay en todos los del segundo grupo, además, un rasgo común: el pudor para exhibir sus úlceras personales o, si se prefiere, el rechazo a vivir de su biografía.

Hace dos o tres semanas J. M. compró en el Rastro delante de mí media docena de cartas del marido de X, con membrete del Museo del Prado. Se las compró a unos gitanos del Campillo del Mundo Nuevo. Estaban escritas durante los primeros meses de guerra y eran cartas de amor a una mujer que no era X, cartas de una gran ternura, alguna de ellas preciosa, como solo pueden serlo las cartas de amor. ¿Llegaría la propia X a sospechar la existencia de esa amante? ¿Era la suya, como se dijo, una unión libre? ¿Le habría importado saberlo? ¿Le habría entristecido? ¿Le habría dejado indiferente? Y sin embargo sabemos que el marido sacrificó en buena parte su carrera como pintor para que ella pudiera escribir. A veces las verdaderas novelas están al margen de la literatura, incluso sin necesidad de literaturizarlas.

Cuando le estaba haciendo la entrevista me acordé de las cartas encontradas en el Rastro. Pensaba con cierta pena: Eso que he llegado a saber de manera casual, para mí, sin embargo, es algo insignificante, puesto que en absoluto me incumbe. Era como haber tomado posesión de algo que no me pertenecía, pero que tampoco podía restituir a nadie. Quizá tampoco eso pertenecía a X. Quizás a ella menos que a nadie. En cualquier caso, le habría atañido más que a mí, y sin embargo el destino había querido que fuese yo el que estaba presente cuando se había desvelado esa parte de la vida. ¿Y la amante? ¿Cómo perdió esas cartas? ¿Qué fue de ella? ¿Fueron al menos felices ese tiempo de guerra? ¿Vivieron al menos ellos dos esa clase de pasión desesperada e intensa que parece fructificar solo en tiempo de guerra?

Da un poco de vértigo que al cabo de cincuenta años pueda uno

entrar en la vida de alguien por una puerta tan falsa como la del Rastro…

Hace unos años, quizás veinte o veinticinco, recién llegada X del exilio, un pintor que había sido compañero suyo en la Escuela de Bellas Artes, encontró en el Rastro el retrato que le había hecho su marido en los años veinte, un retrato algo cubista, seco, pero bonito, que se ha reproducido ya en todos los libros de X y en muchos catálogos sobre la pintura de vanguardia española. El pintor autor del hallazgo había luchado en el otro bando y llegó a hacerse un nombre importante en el nuevo régimen. Cuando lo encontró fue por poco dinero, lo compró y se lo restituyó a su antigua dueña. Aquello fue un motivo de alegría para todos, a un tiempo una bienvenida y un armisticio con la vida y con la historia, y el reencuentro de dos amigos que habían luchado en trincheras enfrentadas. Pero ¿cómo y a quién restituir esas cartas?

Si fuesen cartas de la propia X es probable que tuviesen interés, al menos para alguno de sus editores. Al ser solo las cartas de su marido a una mujer desconocida, están condenadas a permanecer en los archivos de J. M. otros cincuenta años. Podrían emerger en el caso de que el interés por la pintura de ese hombre alcanzase cotas lo bastante elevadas como para arrastrar consigo esas pequeñas partículas de vida, pero no parece que eso vaya a suceder nunca. Cuando de nuevo alguien las encuentre quizás se haya olvidado quién fue aquel hombre que estuvo al mando de una unidad de heroicos soldados republicanos que libraron de las bombas los tesoros del Museo del Prado, en una de cuyas dependencias tomó papel timbrado para escribir, tiernamente, a una mujer que por razones que desconocemos perdió o abandonó esas cartas a su suerte porque en cualquier caso no quiso destruirlas. Pero entonces es uno quien ha de tomar el relevo de manos de la vida, y meter esa vida en la vida de uno, o cambiarla, quizás. Aunque en ese caso, ¿cuánto perderá con la literatura?

Desde luego el otro día yo no me sentía bien delante de X, a quien por muchas razones uno tiene un verdadero afecto, y habría querido no saber. Pero eso es lo que nos hace escritores, el ser depositarios de muchas historias que no nos pertenecen y que de alguna manera restituimos al lector con más o menos delicadeza, con mayor o menor honestidad, limpia y silenciosamente.

YO creo que todo el mundo puede vivir un día como el mío de ayer, uno de esos días raros y un poco inverosímiles que no sirven para mucho, porque si luego uno los quiere contar a alguien o no sabe hacerlo o para el que escucha tampoco le resulta ni tan raro ni tan extraordinario. Vino a ser, desde luego, una jornada interminable, una larga película a cuya proyección asistí en algunos momentos divertido y en otros perplejo. Hubo también otros momentos en los que juzgué que era mejor no pensar cómo estaba transcurriendo todo. Y digo asistí, porque en ningún instante pensé que yo era el protagonista, sino que todas las cosas que me estaban sucediendo le estaban en realidad sucediendo a otro bastante parecido a mí, pero no yo mismo, hundido en mi butaca y admirando los juegos infinitos del caleidoscopio de la vida.

Subí al avión que debía llevarme a Barcelona a las 10 de la mañana. En cuanto tomamos tierra y me cercioré de que seguía con vida sentí, he de confesarlo, cierto alivio, aunque no la exultante alegría que suele suceder a los aterrizajes, pues sabía que a las diez de la noche habría de tomar otro avión de vuelta a Madrid, y eso atajaba la posibilidad de lanzar las campanas al vuelo. Sopesé la situación y llegué a la conclusión de que aún me quedaba un cincuenta por ciento de posibilidades de seguir con vida, lo cual hace que uno se conduzca de una manera especial con la realidad, a un tiempo obsequioso y a un tiempo desconfiado con ella, como si temiera irritar a los idolillos eólicos, sin terminar por ello de creer en Zeus.

En el aeropuerto me estaba esperando X, al que llamaremos Z por la fantasía de creer que vivimos una novela de suspense. Hacía un tiempo templado y olía el aire a yodo de mar. Solo por ese olor habría valido la pena el viaje, me dije, aunque la dicha habría sido completa si no hubiese tenido que tomar el avión de vuelta.

A continuación Z me condujo a Sitges, mientras me explicaba alguno de los pormenores de la reunión a la que íbamos a asistir. Todo estaba programado con un gran secretismo, y por esa razón tampoco pasamos por Barcelona, para que nadie pudiera vernos juntos. A mí me pareció una cortesía hacia mi anfitrión mostrarme mucho más asombradizo y medroso de lo que en realidad estaba, porque mi estado íntimo era en realidad el de la curiosidad por un lado y el de la indiferencia por otro, unidos ambos por un breve

segmento de incredulidad. También llegué a pensar que a mi anfitrión, nuevo en su cargo, todo eso le venía tan grande como a mí, y que trataba de disimular su perplejidad con un aplomo que estaba lejos de sentir, pero ¿cómo entrar en el territorio de la intimidad, si es la propia intimidad la que nos excluiría de él, si la naturaleza de la intimidad es justamente reconocerse en una pequeña impostura? Así que adoptamos los dos una pose «profesional», tratando de conducirnos con naturalidad, como esa persona que en un almuerzo de gala no conoce la etiqueta y ha de fiarse en última instancia de su instinto, mientras no pierde de vista los cubiertos de que se sirve la persona que tiene a su lado.

Cuando llegamos nos estaban esperando dos o tres altos ejecutivos de la empresa, directores de *marketing*, de prensa, el comercial, los publicitarios… Me pusieron en el centro en cuanto llegué, buscaron para mi mano un vaso con un zumo de naranjas recién exprimidas y empezaron a bombardearme con preguntas sobre la novela, preguntas que yo contestaba con el mismo entusiasmo y agresividad que ellos ponían al preguntármelas, mientras me decía: Vaya, así es como se fabrica un novelista moderno. Yo sabía que aquello iba a ser algo parecido a un examen, que estaba allí para que me examinaran, pues tampoco se fiaban de todo lo que les hubiera podido contar Z, demasiado nuevo en la empresa, y que según fuese el resultado la suerte de mi novela sería una u otra. Por eso traté de convencerles de que la apuesta que iban a realizar era la mejor de las posibles, aunque me guardé muy mucho de insinuarles que yo, al igual que Z, sabía que si estaba en ese momento ocupando ese lugar era porque no habían encontrado a tiempo a otro mejor que se bebiese ese zumo de naranjas recién exprimidas.

Durante el almuerzo seguimos hablando de trabajo. No de mi novela o de literatura, sino de cómo venderla. Salvo Z, me dio la impresión de que ninguno de los demás tenía el menor interés en leerla. Y es muy probable que no la lean nunca, porque ni siquiera tienen tiempo de leer lo que venden. En realidad más que esa o aquella novela, parecía interesarles lo que de esas novelas pudiera decirse en una frase. Imaginaban el eslogan con mucha más nitidez que si hubieran leído el libro, me pareció a mí, y a lo largo de la mañana tenían ya montada una gran campaña, fiados únicamente

de la palabra de su hombre en la Literatura, Z, que ha puesto su honor de por medio para asegurarles que se trataba de una buena jugada.

A veces se enzarzaban entre ellos en discusiones técnicas que yo trataba de seguir, aunque me faltara para ello la mecánica de la discusión y el interés. De pronto me miraban buscando en mí al árbitro, pero yo, que no conocía bien el terreno que pisaba, procuraba darles un poco la razón a todos, por lo que seguramente terminaron unos y otros concluyendo que yo era un idiota más, lo que en el fondo tampoco parecía preocuparles demasiado porque la experiencia les dice que la mayor parte de las veces estas operaciones es mejor si están fundamentadas sobre un idiota.

A media mañana se asomó una vecina y nos sorprendió desde su terraza a todos hablando. Le debió resultar extraño ver a siete u ocho ejecutivos reunidos en un apartamento de la playa un día de diario, con sus trajes oscuros y sus corbatas. Quizá pensara que éramos del juzgado que habíamos venido a proceder con un embargo, porque ni siquiera saludó a nuestra anfitriona, dueña también de aquel apartamento. Estuvo un rato estudiándonos y luego desapareció. Lo raro es que no telefonease a la Guardia Civil.

A la gente, por el contrario, aquellos aires secretistas les debían gustar, porque actuaban con una gran indiferencia, como si mantuvieran reuniones como aquella todas las semanas, aunque de vez en cuando se circunspectaban con unas ínfulas de misterismo inexplicables, y bajaban el tono de la conversación, con la secreta ilusión de que hubiese micrófonos debajo de la mesa, y todo ello con el objeto de revalorizar un empleo como el suyo que en muchos casos no es ni más ni menos arriesgado que vender crecepelos en una esquina.

No nos movimos de allí ni siquiera para el almuerzo. Desde donde estábamos comiendo se divisaba el mar, calimoso y con una luz dañina, y las torres de Sitges en lontananza, y en primer término unos huertecitos con almendros floridos y un poco más allá unas viñas y una vieja casa de campo que tenía al pie su ermita, y una palmera, y también cipreses, todo como último testimonio de lo que había sido esta costa cuando el Mediterráneo era todavía el Mediterráneo.

No quiero decir que yo prestara más atención al paisaje que a lo

que allí se discutía, sino que pensaba que la escena era en sí misma cómica.

A media tarde llegó el capo, como si dijéramos, un alemán muy alto, pálido, delgado, que hablaba con una gran dulzura un español con algunas magulladuras, que lo teñía de indudable heroísmo. Era un hombre joven, con una cabeza demasiado pequeña para el cuerpo que la sostenía, la mirada de alcaraván y unas manos tan huesudas y grandes que se le veían llenas de heriditas y chirlos, seguramente de tropezarías en todos los sitios. Eran también unas manos muy limpias, como si se las lavara doce o catorce veces al día, de una pulcritud anómala, lo mismo que las uñas, limpias y limadas, como uñas de monja. En cuanto se le vio asomar por la puerta todo el mundo se puso de pie, con esa solicitud un poco penosa de los subalternos. Le ofrecieron un *whisky*, pero prefirió tomar algo sin alcohol. Mientras permaneció junto a nosotros las conversaciones se interrumpieron y se habló del tiempo y de temas generales. Luego se fue y nos dejó a todos con la duda de si estaba contento o disgustado. Incluso podría haberse dicho que no sabía para qué había ido allí.

Creo que fue ese hombre el que me dio la clave de todo: aquí nadie se creía nada de nada y todo el mundo se conducía como si nos jugáramos la vida en esto, para lo cual todos aparentábamos que nos lo creíamos todo, incluso con entusiasmo.

Pude hablar con Z de todo esto, camino del aeropuerto, pero estábamos cansados, me pareció, de la representación.

Creo sinceramente que a los dos nos viene grande el papel que tenemos asignado en una comedia que ni siquiera sabemos cómo va a terminar. Él dice que sí, que conoce el final; yo, con resabios de castellano, no me fío y no lo creeré hasta que no lo vea. Solo puedo decir que me habría gustado de veras que Z hubiese podido jugar una baza mejor que la que tiene que jugar conmigo, y mi novela nada tiene que ver en todo esto. Ya está claro que la literatura en todo este asunto es algo secundario. Por otro lado a mí no creo que me vaya a sacar de pobre. Era de noche y atravesamos como la pólvora esos polígonos de Barcelona llenos de empresas raras, con contenedores que parecen todos llenos de droga. Imaginé que en todas las casas estaban teniendo lugar reuniones como aquella nuestra para tramar el tupido lienzo del mundo, que todos

conspiraban, que todos pensaban que los frutos de los secretos son más dulces y abundantes. Íbamos en silencio. Supongo que a los dos nos gusta lo bastante la literatura como para encontrar todo esto un poco deplorable, y adivinar su lado patético. Y esas gentes del *marketing*, y los de la publicidad, ¡y los comerciales! Debería hacérseles un examen como a los médicos, para conocer si están capacitados para ejercer su profesión, pero es probable que quedáramos espantados, pues la gente no sabe en manos de quiénes está la literatura. Y si al menos hubiera tenido todo un aire de mafia, si por lo menos ellos hubiesen acudido a la cita con trajes de quinientos dólares, camisas negras y guardaespaldas. En ese caso yo podría estar hablando ahora de la infamia de la ignominia o de la ignominia de una infamia, en el pestilente callejón de la conciencia, bajo la lluvia despiadada de la devastación moral y sin más amparo para el cinismo que la vieja gabardina que me regalara antaño Humphrey (Bogart). Pero no. Lo que pasó no era una novela clásica, sino moderna. Casi todos iban vestidos con trajes de *disseny* y la mayoría bebía Vichy catalán.

Si hay Juicio Final y si como dicen allí veremos toda nuestra vida como en una película, yo pediría que la de este día no me la pasaran de nuevo, para evitarme el bochorno y tener que reconocer que ese que aparece en ella era y es, fatalmente, uno mismo, y no un doble.

Cuando llegó la hora de despedirnos nos quedamos mirándonos a los ojos. Los dos podemos estar gitaneando y mentir, pero no engañarnos. En la mirada de ambos podía leerse: tú ya sabes de qué tengo vergüenza, no me hagas verbalizarlo.

Y así lo entendimos. Sonreí, sonrió, sonreímos, nos encogimos de hombros, y cuando yo había pasado el control antipistolas ese que jamás pasan los héroes de las novelas modernas que ya nacen clásicas, mi amigo aún tuvo el coraje para levantar el adiós en su mano, y gritarme: No lo olvides, en peores garitas hemos hecho guardia. Pero solo yo sé cómo terminó la película de ese día, cómo debería terminar esa última secuencia. Montado en un avión, de noche, todo el pasaje cansado, el último avión del puente aéreo, todo el mundo demacrado, con los estigmas del cansancio, ignominiosos e infames, en la cara, con los brazos caídos, con la cabeza reposando hacia atrás, con los ojos cerrados casi todos, pero

sin poder dormir justamente por el exceso de cansancio. Pero en mi caso con una herida moral sobre el agotamiento físico. Por eso cuando quise mirar por la ventanilla para comprobar si se avistaban ya las luces de Madrid, solo pude ver en el pequeño óvalo mi rostro, y sentí lástima por aquel hombre que me miraba y me rogaba, con lágrimas en los ojos, que no le juzgara peor de lo que él ya se juzgaba.

LUCHAMOS para que las cosas sucedan y cuando suceden desearíamos que no hubiesen sucedido. Ese es el principio de la inevitable infelicidad de la vida. Cuando las cosas marchaban peor yo estaba solo, y, ahora lo comprendo, algo más feliz que ahora. Ahora, que pueden ir un poco mejor, estoy incluso solo de mí, sin mí, sin mi complicidad, y esto es verdaderamente horrible, pues veo que ya no puedo ser tan feliz como entonces, cuando ni siquiera sabía que lo era. Es horrible. Para consolarme, pienso a veces en todos aquellos a quienes esta pequeña fortuna de uno va a sorprender e irritar, por lo inesperada. Pero es muy pobre el sabor de la revancha, tan humana, pasado el golpe de efecto. En la comedia este golpe de efecto dura muy poco, y después será de nuevo el tedio.

AL menos algunas cosas siguen como *antes*. Esta mañana me llegaba la liquidación del año 91 de *La tinta simpática*. Se han vendido 49 ejemplares, por lo que sigo adeudándole a la editorial aún 75 000 pesetas. No pueden imaginar en la editorial el bien que una noticia como esa ha podido hacerme. Parodiando *Casablanca*, ya sabéis, la película de Humphrey: al menos siempre nos quedará eso.

RESULTA muy difícil reconstruir estos días, anómalos de por sí. Comprendo que mi vida puede verse afectada por ese pequeño acontecimiento, y justamente lo pequeño del acontecimiento es lo que más daño me causa, lo que más le humilla a uno. Me hace un enorme bien, sin embargo, tener que llevar todo esto en secreto, como si fuera una enfermedad, y en cierto modo así habrá que considerarlo, cuando ocurra, el pequeño tumor que tarde o temprano deberemos extirpar o sajar y drenar. Para distraerme hago lo que jamás había hecho, que es leer el periódico de arriba abajo, incluidas las páginas de internacional, por exóticas que me resulten. Quizá sea un hábito adquirido al frecuentar los

aeropuertos. De hecho es lo único que puedo leer en un avión, la única lectura que en caso de accidente no me apenaría dejar interrumpida. Es curioso cómo esa práctica de leer la sección de internacional, seguida durante quince días, puede avivarnos las dotes de psicología aplicada. Una de las primeras observaciones, por ejemplo, ha sido la de que no es en absoluto infrecuente que en geopolítica el que no es más que el culo del mundo se crea su ombligo: la Cuba de Castro. Esto nos llevaría a la enunciación de un universal: el problema de todos los nacionalismos es que países que son el culo del mundo quieran ser el ombligo. ¿Qué sería de la Cuba de Castro, que es un cero coma cero algo del territorio de la Tierra y de la población mundial, en el momento en que se dejara de hablar de él a diario, como viene ocurriendo desde hace treinta años? ¿Cómo es que nadie ha reparado en que la aparatosa gesticulación de Fidel Castro mientras arenga es casi un calco de la gesticulación patética del *Duce*? ¿Nadie percibe que cuando ese hombre habla, resulta la persona más fatua y arrogante de la tierra? Lo más extraordinario, sin embargo, es que eso que podemos asegurar de Cuba podríamos aplicárselo a algunas personas que conocemos, gentes que pese a su pequeñez moral y personal han sabido conducirse como grandes naciones, a veces convenciendo o arrastrando a esa creencia a gentes no solo ingenuas, sino inteligentes y perspicaces.

NO es infrecuente tampoco que el ignorante en origen acabe siendo un malvado en destino, aunque lo normal es que el ignorante en origen siga siendo solo un ignorante en destino.

RESULTA gracioso comprobar cómo cuando a alguien se le caen unas monedas al suelo todos los que están próximos se vuelven rápidamente, como hace un rato en la calle Prim (en esa calle en cuesta las monedas corrieron además durante cuatro o cinco metros), y no por codicia, pues a veces se trata solo de calderilla, sino porque de pronto todos contemplan aterrados la posibilidad de tener dentro de sí una brecha por la que han venido desfondándose sin haberse dado cuenta.

LAS primeras declaraciones de aquel al que se ha hecho académico suelen ser: primero, que son muchas las cosas que se pueden hacer desde esa Academia, y segundo, que no se siente en absoluto académico. Los académicos más contestatarios suelen

invertir el orden, primero dicen que no se sienten académicos, y después, que desde la Academia, que no es lo que la gente piensa que es, se pueden hacer y cambiar muchas cosas. Todos dicen lo mismo. Y eso es lo que produce una gran ternura, verles con esa ilusión en sus dos pequeñas e inofensivas mentiras.

¿LA Academia nos vuelve idiotas, o nos hacen académicos porque ya lo éramos?

UN anormal involutivo. El caso de los académicos es incontestable. ¿Se vuelven más tontos en la Academia, o solo porque habían empezado una carrera imparable hacia la estolidez, la Academia los acoge y protege, como esas grandes marcas comerciales que patrocinan y esponsorizan a los deportistas?

ES evidente que tarde o temprano tendrás que dar cuenta de unas líneas como las anteriores. ¿Te compensa escribirlas, publicarlas? No. ¿Entonces? De acuerdo. Me desdigo de todo. Aunque como los surrealistas (y los pintores abstractos y los músicos dodecafónicos y los cardenales y los almirantes de la Marina) son ya todos académicos y los estudian en las universidades, lo que tendrían que hacerme es un homenaje. Tú mismo, me dijo con evidente mala fe un amigo, podrías ser un día académico.

EL escritor de diarios o el corredor de alhajas.

LO normal es que solo sepa diferenciar las alhajas de la bisutería el corredor de alhajas, que a las veces suele ser también corredor de bisutería.

LOS pies lo tienen todo para haber sido manos, menos la inteligencia y la suerte, porque les tocó estar demasiado cerca del suelo.

LOS pies a la mínima se nos vuelven huéspedes.

AL modo postista: el drama de un pie es que no puede decir esta boca es mía.

LOS pies, uno respecto del otro, no son ni hermanos, como le ocurre a un zapato con su par; los pies a lo más que llegan es a ser primos.

BASTA con observar detenidamente un pie durante cinco minutos, para comprender toda su irredenta estupidez.

EL pie es una mano pensada por un académico.

INÚTIL como la filatelia.

LA gristeza de los bingos.

ESTA mañana el Rastro fue bueno, encontramos libros aceptables y la pesca fue abundante, pero resultó lo mejor de todo algo que sucedía al margen de nuestras pesquisas. Se trataba de un hombre joven todavía, tal vez no llegase a los treinta años, aunque estos parecían haberse vivido y bebido de tal manera que aparentaba cincuenta. Era alto, corpulento, sucio, con una barba negra que le cubría la cara hasta las cejas, también negras. Llevaba unas guedejas no menos negras, pero apelotonadas, como de haber dormido en un banco. Hubiera dado el tipo de uno de esos popes rusos de aldea, que saca Tolstoi, medio borrachos y de un humor excelente. Se mezclaba entre los transeúntes, a esa hora muy numerosos ya, parecía el tajamar en el que venía a romperse la corriente de la muchedumbre, a la que mostraba como suelen hacerlo los manguis que quieren enseñar a la gente sus relojes robados, con la mano baja, hurtándolos a las miradas de los indiscretos tanto como mostrándoselos a la de los discretos, mientras anunciaba en su hermosa voz de bajo, con media boca solo, voz de secreto, de complicidad, de quien se juega cuatro años de cárcel: «¡Vaya par de pilas alcalinas que tengo, señores! ¡Vaya par de pilas!», y buscaba con la mirada un comprador para las dos pilas que brillaban de una manera absurda en medio de una manaza fuerte y llena de costras. Era una mano tan grande, sucia y contrahecha que parecía un pie. Esa era toda su mercancía. Había venido hasta allí para vender solo eso. Y es verdad que su voz era un susurro, pero lleno de entusiasmo; no habría tenido tanto entusiasmo si hubiese tenido que liquidar las acciones de una mina de oro, convencido de que el entusiasmo es el noventa por ciento para el éxito de las finanzas.

Son estos hombres los humoristas del Rastro, con su patetismo y seriedad. Al final de la calle Mira el Río, el otro pobre hombre, joven también, comido por la droga, puso sobre la acera dos periódicos… ¡nuevos!, recién robados en algún quiosco, allí, sin darles tiempo a ser periódicos atrasados, devaluados antes incluso de nacer a la mañana. La gente le miraba como a un pobre loco cuando pregonaba con seriedad que eran nuevecitos, «fresquitos», decía, como si se tratase de las sardinas de Santurce, tiritando por el síndrome de abstinencia, con su humorismo también para ir un

poco más deprisa hacia su muerte.

EL entusiasmo decía Pessoa que era una grosería. Pero el entusiasmo en gentes que no tienen nada, es como una salida, es como un astro que sale en ellos por Antequera.

SIEMPRE se le exige más a un escritor humorista que a uno solemne, porque se piensa que el que se ríe de algo o con algo ha de pagar una sobretasa. Piensan incluso que el humorista no conoce el fondo del espanto del hombre. Nadie piensa que el humor se produce por un exceso de conciencia; al contrario, todos creen que es un defecto de esa misma conciencia. Quizás es una venganza de los solemnes, que saben que pasados cien años por cada escritor solemne que se sigue leyendo, se leen diez que de una u otra forma han tenido sentido del humor. Y cuando el humor, como en Cervantes, es melancólico, no hay nada que pueda igualarlo, pues en la vida completa, el drama es la cuarta dimensión.

ENCENDIMOS una hoguera con hojas secas en el jardín. Después de las cosas de estos últimos días suelo quedarme pensativo, como ausente, pero lejos ya de toda ensoñación. A veces teme uno convertirse en lo que de joven no quería ser. Y el humo me picaba en los ojos, y me hacía llorar un poco, y se enroscaba alrededor de las sienes, como las coronas de laurel.

LOS tontos solemnes seguramente creen que humor viene de humo.

ESTA mañana me telefonearon de Barcelona para anunciarme que tenían ya la gran idea para la cubierta de la novela. La verdad es que me dieron la noticia conforme a los cánones. Primero me prepararon un rato. Con el que hablé me confesó que él la novela no la había leído todavía, pero que la había leído una compañera suya a quien había gustado bastante. Ese bastante me desconcertó, porque con los bastantes no sabe uno exactamente a qué atenerse ni si hay que dar las gracias por ellos. El caso es que siguió diciendo que se trataba de una idea genial, obtenida de lo que a juicio de los publicistas es la clave que sostiene toda la narración. Desde luego la idea le parecía mucho mejor que la novela, aunque no la hubiese leído.

Yo estaba muy asustado, porque si da miedo escuchar a un crítico cuando expone sus como teorías, piénsese lo que no produce oír a alguien que imita el lenguaje de los críticos, sin conocerlo

siquiera. Solo al cabo de rodeos que duraron diez minutos, cuando se aseguró que estaba sentado, logré que me dijera de qué se trataba.

Tuvo que repetírmelo dos o tres veces porque no terminaba de dar crédito a lo que oía. Al principio dije, bah, es una broma. Pero no, porque no se habrá visto a ningún catalán que bromee cuando habla de negocios. Yo creía haber encontrado ya una portada bastante bonita, un cuadro de Seurat, en el que se veía un río y detrás unas fábricas y un paisaje suburbano que podría aproximarse a alguno de los parajes donde transcurre la novela, haciéndole, claro, un gran favor a Valladolid. A mí esa cubierta me parecía bonita, con su misterio y su poesía, pero me dijo que algo así era inviable, pues los comerciales aseguraban que con una portada como esa la novela no vendería más que diez mil ejemplares.

A mí lo de los diez mil ejemplares me parecía magnífico, porque ni contando todos los ejemplares de los libros que he escrito o editado, he vendido la mitad de esa cantidad, pero me aseguraron que a partir de ahora yo debía «pensar a lo grande». Eso me sonó un poco al lenguaje de los mafiosos que hemos visto en el cine, y no se me ocurrió responderle nada que estuviera a su altura, solo que me ratifiqué en que me negaba en absoluto a que la cubierta de una novela mía fuese la fotografía de un condón sobre un fondo no sé cómo. Al final me puse furioso y poco menos que he colgado el teléfono.

Me quedé sentado en el sofá, sin poder reaccionar, como si me hubieran comunicado una tragedia difícil de calibrar, aniquilado y con un gran condón en mitad de los pensamientos, más grande cuanto menos importancia quería darle.

Quizás sea hora de comprender que cuando uno da unos pasos en determinadas direcciones, los siguientes son los demás los que los dan por uno, que vendría a ser una explicación del viejo refrán de que en el pecado llevamos la penitencia.

Podría, es verdad, encogerme de hombros, que es la solución Baroja que mejores resultados da, pero no estoy seguro de que el desplante no se quedara en una mueca tristísima.

ESTABAN las dos, a las doce de la mañana, en la calle de la Cruz esquina con la calle de la Victoria. Eran en verdad monstruosas, como las de Solana, de dos mil pesetas el servicio, hinchadas y

deformes. Llevaba una de ellas una contradicción por indumentaria, pues la parte principal de ella era una minifalda hecha de lana, tejida a mano con la ilusión de paliar en algo, ¡tan poco!, el frío de estas mañanas de invierno, tricotada como las bufandas y los calcetines, y cortísima, salida de las agujas quién sabe si en esa misma calle, esperando a los clientes. Era de color amarillo rabioso, y aunque estaba sobre aquellos muslos, el amarillo tenía algo floral y bonito. Al lado de esa prenda las botas altas de charol blanco, ajadas y sucias, llenas de estrías negras por la roña, no eran sino un acorde en quinta sobre la misma melodía, en el mismo compás; a su compañera hubiéramos podido verla en una iglesia, pues en nada era diferente a una de esas beatas que cumplen con su novena. Vestía incluso unas ropas decentes y usaba unas de esas gafas de montura negra y cristales abultados. Eran las dos de pareja edad indefinida, quizás treinta años, quizá cincuenta, troncos al fin y al cabo sobre los que ha descargado demasiado fuerte el hacha. La mujer que parecía una terciaria estaba llorando y se secaba las lágrimas con un pañuelo sucio y arrugado. Se secaba las lágrimas y se sonaba los mocos, con lo que no parecía sino que se llevaba los mocos a los ojos y las lágrimas a la nariz. La otra la tenía cogida de la mano no se puede decir con cuánta ternura. Le decía, mujer, no te preocupes, ya se arreglará, a lo que la otra decía, no, yo sé que eso ya no tiene remedio. Yo oí bien estas dos frases porque en ese momento pasaba a su lado. Si seguía andando por la misma acera pensé que quizá me perdería algo que no debería perderme, de modo que de una manera inmeditada crucé de acera y me quedé en la otra esquina, observando la escena, con aire distraído. La de la minifalda, sin soltarle la mano, le acariciaba también el pelo, con el mismo mimo que emplean las niñas con sus muñecas, por viejas y destrozadas que estén, antes de ponerlas en sus cunitas de juguete, para que duerman. Entonces oí que alguien me hablaba por detrás, muy cerca de la nuca. Era otra de las chicas de la vida. Esta era muy joven, horriblemente fea y con las manos huesudas llenas de manchas rojas. Me lanzó en el aliento dos millones de gonococos y dijo que la invitara a un café, porque hacía frío. Como no supe si eso significaba que me la llevase a la pensión de enfrente para la cópula, dije que no podía, que estaba esperando a un amigo. Ella se encogió de hombros, pero se quedó junto a mí, mirando hacia otra

parte. Hubiéramos podido seguir hablando, pero no lo hicimos. Al final me tuve que ir. Entonces, cuando me iba yendo, la otra me preguntó si tendría un cigarrillo. Le dije que no, y sin saber por qué razón, le dije también que si quería tomar ese café, yo la convidaba. Nos metimos en un bar que había allí mismo, en la misma calle de la Victoria, uno de esos que están todos forrados con carteles de toros y entradas antiguas. Le pregunté si conocía a las otras dos, porque era lo único que me importaba saber, pero me dijo que no, que ella era de Cartagena y llevaba poco en Madrid, que le parecía que las otras dos eran amigas y que vivían en la calle del Limón. No hablamos más. El camarero me miraba de soslayo, como pensando el cuajo que tenía que tener para echarle un polvo a una como aquella. Antes de pagar, sin embargo, se nos acabó la conversación a los dos, y me despedí allí mismo de ella, diciendo que hasta la próxima, y el camarero como que cambió la expresión de admiración, pues creyó que veníamos, no que íbamos.

Jamás sabré por qué lloraba la mujer de aquella manera, sin poder abandonar ni por un momento su puesto de trabajo. Era, desde luego, algo muy de verdad, porque nadie que sufriese de esa manera se expondría a que en cualquier momento se la llevara un cliente para hacer un servicio.

Bajé por Victoria, pero luego me arrepentí, desanduve los pasos y seguí por Cruz, solo para mirar por última vez la escena, juntas las dos, ya en silencio. La otra estaba hablando con el camarero. Quizá se estuvieran citando para después del trabajo.

Las otras dos, en cambio, habrían merecido que en vez de uno, hubiese pasado por allí un pintor sensible, atento a ese dolor, para levantar sobre sus magullados y deformes cuerpos un pequeño testimonio de amor puro.

¿POR qué se las llamará perdidas si son las únicas mujeres a las que se encuentra siempre en la misma esquina?

POR suerte han descartado la cubierta con el preservativo, que han sustituido ahora por una imagen de Lenin sacando la lengua. El hecho de que la discusión del otro día sirviese para que descartasen la otra cubierta, me dio ánimo para tratar de que abandonaran un disparate como ese.

Les dije que Lenin me parecía una alimaña y que no fue más criminal que Stalin o que Hitler, porque no tuvo tiempo para ello,

pero que mi novela no trataba de eso. Entonces me pasaron con otra extensión.

Hablé con otra persona diferente a la del otro día. Ese tampoco había leído *aún* la novela, pero también le habían dicho que estaba *bastante* bien. Los catalanes son gente extraña. No menos hecatómbica ha sido la victoria de Pujol en las elecciones catalanas. Que todo un país vote a un gnomo astuto que cuando recibe a un mandatario extranjero o nacional se mete las manos en los bolsillos de los pantalones para arrascarse los genitales, es cosa que debe admirarnos.

LLEGAMOS un poco antes de lo habitual y lo encontramos pintando todavía esos cientos de litografías, paciente, humildemente, una por una, como el pintor de iconos. Los amigos le hemos dicho todos: es absurdo, eso que haces tú no lo haría nadie, iluminar a mano todas y cada una de esas cartulinas que se venderán como litografías aunque todas ellas sean obras originales. R. G., sin embargo, ni siquiera responde. Baja la mirada con resignación, se encoge de hombros y acepta ese trabajo de forzado que ha urdido la fatalidad, pensando que podría haber sido peor.

Al vernos llegar dejó la tarea, no obstante, con una gran alegría, como el pastorcico que está deseoso de que se le aparezca la Virgen para que San Isidro cuide de las ovejas. En aquel momento, y comprende uno lo excesivo del símil, nosotros éramos la Virgen. Como quiera que sea, dejó los pinceles y nos pusimos a hablar de otra cosa. M. llevaba una camisa de color azul vivo, azul llamativo. R. le dijo entonces que le gustaba mucho y que ese azul era un «azul *royal*». Alguien le preguntó entonces si se parecía en algo el azul *royal* al azul cobalto, y dijo que no. Trató de explicar las diferencias, pero como las palabras no le ayudaban mucho a él ni lográbamos hacernos una idea precisa, volvió a sentarse frente al caballete, buscó un tubo de azul, vació un poquito en la paleta, lo tapó, destapó otro de blanco, hizo lo mismo sobre la paleta, escogió un pincel, lo limpió y mezcló ambos colores hasta que el azul cobalto, como un gris o «azul tibio» (así lo llamó R. y así nos dijo que lo había llamado en su *Velázquez, pájaro solitario*) surgió ante nuestros ojos.

Así contado, todo esto no es nada. En los diarios lo único importante es el matiz, el tono, lo poco más de blanco o de azul que

le echemos a las cosas. Pero fue muy hermoso escucharle las explicaciones, el amor que puso en hacernos comprender algo de su oficio, un rudimento seguramente elemental, a alguien que ha puesto el acento siempre no en la técnica, sino en el alma y el sentimiento de las cosas, esos que no salen jamás de un tubo.

Muchas veces nos hemos dicho los amigos de R., como lo dirían unos discípulos del maestro, «siempre recordaremos todos y cada uno de estos momentos pasados a su lado, pues tan preciosos nos parecen y tan necesarios nos serán en el futuro». Pero no, se olvidan, olvidamos todo. Desaparecen ante nuestros ojos con la misma facilidad con que, a la inversa, el azul cobalto, ese azul tibio, surge de mezclar un poco de azul y un poco de blanco. Y un buen día, sentados en apacible compañía, nos asaltará la angustiosa duda y no tendremos a nadie que nos explique las diferencias entre el azul prusia y el cobalto y todos los demás azules, los del alma, los de la muerte, los de las malas horas, los de la infinita tristeza y todos los fríos azules de la infelicidad inevitable.

HOY ha venido la primavera, pero hace ya unos días que estaba entre nosotros.

Los glicinos de San Juan estaban florecidos, con sus racimos morados entre los barrotes de hierro, y el aire era tibio y perfumado y las callejas olían a miel. Las golondrinas, que andaban todas como locas aviando sus nidos nuevos, volaban tan bajo que nos rozaban la cabeza, y hubiéramos podido acariciar su delantal blanco sin que se asustaran.

Yo muchas veces, cuando salgo a pasear, doy en ensueños desbocados e inocentes. Pienso que estoy desterrado en esta tierra, y que puedo llevar una vida modesta pero pura, como Jammes en el bearnesado. Y que lo que tiene de destierro lo tiene de paraíso, cerrado en todos los sentidos, de dentro para afuera, pero también de afuera para adentro. Mis pensamientos van muy deprisa, mucho más veloces que mis deseos, pues llego a desear con fuerza de pronto cosas que ni siquiera sé si deseo. Imagino que tendría aquí una pequeña imprenta y que de la misma manera que mis manos buscan el azadón y lo utilizan para estercolar el rosal, podrían buscar, al caer de la tarde, uno a uno, los tipos elzevirianos y manejar con prudencia las aspas de mi minerva. Pienso también que mis escritos me procurarían el afecto de unas gentes, que acusarían

recibo de mis envíos, y que saberme unido a ellas, tan lejanas, me haría más soportable esta vida. Leería a mis autores favoritos y realizaría disciplinados estudios sobre viejas materias. Pensaría en la guerra civil y en aquellos años en los que nació mi padre, el año de la revolución rusa. Tal vez comprendiéndolos pudiera comprenderlo a él, y al comprenderle a él me comprendería a mí mismo y alcanzaría la razón por la cual al pasear por el campo voy fantaseando y no observando la realidad, que es de por sí más que suficiente. Otras veces le asalta a uno un temor agazapado, y creo que la guerra civil ha vuelto y que yo vivo en este pueblo, aniquilado para siempre, ganase quien ganase. Entonces, llegado a este punto, he de suspender toda mi ensoñación, porque no obtiene uno de ella ningún zumo placentero, y sí premonición y disgusto, en forma de amargas destilaciones.

Tras el paseo, cansado, me dejé acariciar por el aire templado y yo mismo no quería sino que siempre transcurriesen las cosas de ese modo, con sueños que año tras año se levantan y año tras año se vienen abajo, como también los nidos.

HAY algo siempre en la casa de nuestros amigos, un pequeño detalle, una lámpara, una mesa, un adorno, que nos causa verdadero espanto o que encaja mal con la idea que tenemos de él. Supongo que lo mismo ocurrirá con la casa de uno. Quizás por eso ha comprendido uno que ese amigo no haya querido jamás mostrarle dónde vive ni las cosas de las que se ha rodeado durante toda su vida, pues sabe que pese a todas las apariencias, eso tampoco es su vida. Más aún: eso, menos que nada, es su vida. ¿Cómo serían las habitaciones donde vivió Pessoa? ¿Habría en ellas algo bonito y acogedor? ¿No hemos visto dónde vivía Machado en Segovia? En cierta ocasión leí que alguien había sentido una gran decepción al reparar en los calcetines que usaba el viejo y admirado poeta, el primer día que lo conoció. Y sin embargo, si verdaderamente conocía la poesía de ese hombre, debía saber de antemano que sus calcetines iban a ser de esa manera y no de otra. ¿Por qué escandalizarse de unos calcetines si todos nosotros permanecemos unos instantes cada día en paños menores? Incluso, con un poco de suerte, sentados en el retrete. No sé qué me ha traído a todo esto. Quizá la súbita admiración redoblada hacia aquellos hombres a quienes ni la caspa ni las casas horribles ni los

calcetines grises impiden llevar a cabo una obra llena de belleza, incontestable y pura.

EL papel pintado se inventó no para adornar las paredes o hacer suntuosas cámaras que no lo eran en absoluto, sino para que los moradores de una casa se hicieran cada cierto tiempo la ilusión de que cambiaban de casa, con la ilusión subsidiaria de pensar que ellos mismos cambiaban de sujeto, y eran otros.

SE ha hecho un experimento en un colegio: el noventa por ciento de los escolares prefirieron la leche pasteurizada a la leche natural, y unos indios del Amazonas a los que se dio a elegir entre brillantes auténticos y una clase de brillantes sintéticos, de más rabiosos brillos, prefirieron estos. Ninguno de los dos experimentos prueba nada. A los salvajes les habrían arrebatado los diamantes en caso de que los hubieran preferido a las baratijas, y a los escolares les seguirán dando de beber leche manipulada, aunque hubiesen escogido la leche recién ordeñada. Quizás ambos experimentos estuvieran dirigidos por un equipo de economistas neoliberales que querían llegar a la conclusión de que vivimos en el mejor de los mundos posibles.

HOY me voy a Barcelona. De nuevo el avión. Yo solo. Sensación de ser, de otra manera, el asesino que viaja con el rifle y la mira telescópica desmontados. El muerto: yo mismo, aunque, bueno, tampoco es para ponerse así.

DESDE el avión. Tendría una gracia enorme que el avión se cayera ahora, por aquello de que la buena y la mala suerte vienen juntas para los supersticiosos. No va completo ni mucho menos, y observo los rostros de esas gentes. Verdaderamente ninguno sabe nada, pero eso me pone a mí en una posición análoga: ¿cuánto ignoro de cada uno de ellos? Sus vidas, me digo una y otra vez, son lo que importa. Las que sean. ¿Por qué razón viajarán? ¿Cuál es el premio de ellos? Tendrán unas vidas partidas en dos, mujeres en las dos ciudades, sueños en cada una de ellas. Empiezo a pensar, para pasar el rato, que todos ellos llevan en ese momento un gran secreto, como el mío. De muchos rostros es imposible obtener ninguna información, salvo que están agotados, apenas ha empezado el día. Hay algo que ocurre en los aviones y no ocurre en los trenes. El cansancio opera de manera diferente. Como si ninguno de ellos, por más habituados que estén al avión, pudiera soslayar el

peligro de muerte. Se sube uno a un coche y esa sensación apenas existe, o al menos no de una forma continuada. O en un barco, incluso. Pero volar es algo antinatural. Una vez leí un artículo en el que venían las veintiuna razones por las cuales los aviones no se caían. En todos los que viajan conmigo esas veintiuna razones no existen, y sí, en cambio, las tres o cuatro por las que suelen caerse. En todos esos rostros está pintada la insatisfacción no disimulada. ¿Para qué disimular si saben que pueden morir en cualquier momento? Sin embargo, en cuanto las ruedas del avión hacen contacto con la pista, las caras de todos los viajeros se transforman ostensiblemente y comienzan a aparecer máscaras sutilísimas, mucho más difíciles de leer. Solo en esa ocupación de encontrar las fuentes de su desdicha, que es también la nuestra, vale la pena desentrañar la vida. No debes olvidarlo. La tuya, por muchas cosas que ocurran en ella, apenas es nada. Ah, me digo, una y otra vez, si todo esto pasara cuanto antes. Que fuese como un sueño, pues las únicas cosas que en verdad nos hacen, operan sobre nosotros y con nosotros a solas, en silencio y reposo, como las cristalizaciones.

SE supone que yo aquí estoy de incógnito, y esta mañana nada más salir del hotel me topé con P. en la misma puerta; fue un encontronazo en toda regla. Solo al pedir disculpas ambos, nos percatamos de quiénes éramos, más o menos.

P. se me quedó mirando, muy extrañado. Al principio no acababa de comprender quién era yo ni si yo era yo realmente. Se detuvo en seco, como hacemos ante ese buen amigo al que hemos visto no obstante muy pocas veces en la vida y cuyo rostro no acaba de sernos del todo familiar. En ese momento vi claramente el relámpago del pánico recorriéndole la cara de arriba abajo, como si dijera: «Dios, tengo solo tres segundos para acordarme de su nombre», lo que fue seguido de una expresión de extrañeza, pues lo cierto es que él y yo teníamos una cita en Barcelona, pero dentro de una semana. Entonces el pánico dio paso al desconcierto, porque se le dibujó una mueca que traducida podría quedar más o menos así: «¿Ha pasado esta semana o acaso estoy ya demasiado viejo para darme cuenta de las cosas?».

En cuanto su cabeza pudo registrar y encajar todos estos inopinados hechos, me miró extrañado, convencido de que era yo quien había acudido con una semana de antelación a nuestra cita en

la mesa redonda.

Titubeé entonces de una manera patética. La verdad no se la podía decir y contarle una mentira hubiera sido algo demasiado infantil, pues mañana sabrá todo por los periódicos, así que le dije que venía a un premio que se iba a dar por la tarde, sin concretar nada. Le pareció la cosa más normal, porque las cosas que no nos incumben de una manera directa le parecen normales a casi todo el mundo, lo mismo que te hagan una biopsia de hígado que no te llegue el dinero a fin de mes o que te toque (poco) la lotería. Por suerte él llevaba prisa y yo hice también como que me esperaban en alguna parte. En total no creo que nos entretuviéramos dos minutos de reloj. Hemos estado sin vernos dos o tres años y cuando se produce este encuentro, los dos lo hemos abreviado lo indecible.

Le vi perderse Gracia abajo, abstraído, con las manos metidas en su Loden color hoja seca. Seguramente iría pensando en lo extraño de mi comportamiento, y si hubiésemos estado ambos en una película de Hitchcock lo más probable es que hubiera decidido que yo era el asesino, como cuando James Stewart acude a la cena a la que ha sido invitado en *La cuerda*, creo que se titulaba, o *La soga*, aquella película tan mala, en la que James Stewart no hace sino entrar en la habitación y ya está oliendo un crimen del que nadie sabe ni siquiera que se haya cometido.

En la acera de enfrente, en una cafetería, me esperaba X, con el que me había citado ayer y al que, sin embargo, ya había puesto al corriente de todo este pequeño trajín.

Antes, sin embargo, tuve tiempo para meterme en una librería de viejo, que me pilló de paso, en la que vendían saldos. Esas librerías son las más deprimentes de todas. Son deprimentes los empleados, las cubiertas de los libros y muy a menudo los propios libros, esos Balzac o esos Shakespeare que hubiesen merecido mejor suerte.

Apenas miré un solo título, estaba únicamente haciendo tiempo y tratando de darle a esas últimas horas cierto aspecto de normalidad, en una ciudad que no era la mía, solo, sin un cometido específico para esas horas, como los espías también.

Cuando llegué a *Tropezien* le descubrí sentado en una mesa del rincón. Se ve que somos gentes de rincón. Se levantó y nos abrazamos, como no hacen los espías. Ni siquiera los tipos de

rincón. La gente que se abraza no tiene mucho futuro en esta vida. Hay que dar la mano siempre, incluso a tu padre. Solo entonces empiezan a considerarle a uno un gran hombre. Me contó que acababa de cruzarse con P., que le había dicho que se acababa de encontrar conmigo, pero que nuestra cita, sin embargo, no era sino para la semana siguiente, y que me había notado muy raro y que le había dado unas contestaciones confusas y desconcertantes, y preguntaba si me pasaba algo.

Por lo que se ve seguía intentando colocar algunas piezas en su sitio.

A poco que se fije uno, ve que la vida tiene algo de una pequeña comedia de enredo, intrascendente y aleatoria. Unos entran por un forillo y otros salen por el otro, unos saben unas cosas que los otros ignoran, y al revés. Y así durante unos años. Luego uno se muere y la mayor parte de esas cosas han quedado sin contestación. No sé. Noto también que estoy mucho más filósofo desde que sé que me van a dar un premio, miro las cosas desde una altura conveniente y todo me parecen afanes intrascendentes del hormiguero humano, y eso que solo se trata de un premio insignificante. ¿Qué moralista decía aquello de que un poco de sangre en la orina y el librepensador retoma sus devociones? Dadle un premio a un escéptico, y haréis de él un hombre solo preocupado por los Grandes-Problemas-De-Nuestro-Tiempo. Deberías ponerte en guardia.

X estuvo encantador y muy cariñoso de verdad. Incluso cuando descubrió en mis ojos ese brillo indigno que me ha arrancado la nueva situación, sonrió comprensivo, compasivo y longánimo. Me dio esa clase de consejos que busca uno en los hermanos mayores, cuando se tienen y sirven para dar consejos, cosas ambas no del todo frecuentes. Eran a la vez como consejos de tipo taurino, cómo tenía que torear al toro que esta tarde se me va a venir encima, por dónde derrota, los peligros, la casta, la nobleza, el miedo… Yo le escuchaba con un respetuoso interés, como se escucha a los maestros que han estado antes en esa misma brega. La cafetería era un lugar tranquilo, al menos a esa hora. Los oficinistas se habían ido ya todos, después de haber consumido su café de media mañana, y estábamos prácticamente él y yo solos, y un camarero que como no tenía otra cosa que hacer no nos quitaba el ojo de

encima. Eso hizo que tuviésemos que bajar el volumen de nuestras confidencias.

Es verdad que por una vez las circunstancias que nos reunían a esa hora en aquella cafetería eran felices, pero el aspecto que él y yo teníamos era un poco el de tipos oscuros por cualquiera de los perfiles que se nos mirase.

Yo estaba contento hablando de algo de lo que apenas había podido hablar en estos dos últimos meses, pero también un poco triste. ¿No es raro? Lucha uno por alcanzar pequeñas cosas, las alcanza y le sobreviene a uno cierto desencanto, como a los partidarios del sufismo: el gran amor es aquel que no se realiza.

Trataba de consolarme a su manera. Decía: Lo mires por donde lo mires, esto es bueno para ti y para tus libros. Los premios son importantes para los demás.

Yo le replicaba que él y yo sabemos que esos millones lo normal es que se los hubieran dado a otro. Entonces, cuando llegábamos a conclusiones de esta naturaleza, nos quedábamos callados, porque resultaban irrebatibles. Si hubiese visto uno el entreguismo, si se hubiese uno encontrado con unos cientos de partidarios, si en los periódicos fuesen a recibir el premio con entusiasmo, si los críticos saludasen el libro echando las campanas al vuelo, quizá esos peligros de los que hablábamos fuesen más reales. Si la faena de uno ya la tuviera todo el mundo toreada en la cabeza, quizá se podría hacer algo. La faena nueva es más difícil de ver. Ahora, cuando todo ha sido fruto del azar y de una carambola increíble, hay poco que hacer. Pasar el trago, y volver al rincón. Uno es novelista de rincón, de viejo, como hay también libreros de viejo, zapateros de viejo, relojeros de viejo, incluso sastres de viejo, arreglistas. Uno es un arreglista de la realidad, de los que la dan una y otra vez vuelta, como a los abrigos, y friegas de benzol.

Lo peor de todas estas cosas es que uno tiene que hablar de sí mismo, de dinero, de lectores, de cómputos, de ventas, de críticas.

Cuando nos hubimos bebido tres zumos de naranja, salimos a la calle. Sorprende siempre mucho, cuando uno ha estado en la conspiración, en la oscuridad de las logias, salir a la luz del día, y ver que el mundo es ajeno a todos nosotros, a esas pequeñas combinaciones en las que ganamos y perdemos, que nadie repara en nosotros, que podríamos desaparecer del planeta en ese mismo

minuto sin que sus vidas hubieran quedado alteradas lo más mínimo. Y eso fue lo que yo sentí al reencontrarme con el sol de la mañana, como si saliera del cine, con la sorpresa de que la vida real ha seguido su carrera de espaldas a todo lo que en la cueva de Montesinos venía sucediendo.

Nos despedimos un poco más allá, frente a la Pedrera. Habría querido confesarle a X todo lo que le debo, las horas de teléfono, el aliento, la paciencia, la comprensión, las correcciones incansables de manuscritos defectuosos por todas partes, y, sobre todo, sus propios libros. A uno los retratos en negro le quedan mejor que los retratos en color, de eso no hay duda, y parece que cuando uno admira a alguien hay cosas que no pueden decirse, porque terminan quedando como un batido de fresa.

(Ahora, y añado estas líneas en 1997, debería completar algo aquel relato de 1992. Hace unos años, en uno de los tomos de este diario, intenté un retrato de mi amigo. No era un retrato en negro, pero tampoco lo era en technicolor. Quedaba un personaje triste. Yo mismo lo era en él. Los retratados pueden a veces ser menos significativos que los retratistas, y estos, sin querer, llevan al retratado virtudes, defectos y peculiaridades que les son propias. La gente se reconoce en la calle y termina sentándose en el mismo banco, para el comentario, para la glosa de la vida.

En aquellas viejas páginas contaba la vida que llevaba él en la editorial donde lo tenían trabajando, con muchísimo más talento que todos los novelistas a los que tenía que corregir las novelas o darles unos premios millonarios. Es muy probable que la mayoría de estos escritores ni siquiera haya leído uno de sus libros, ni sus novelas, a años luz de todo lo que podrán escribir nunca ellos. Su cultura, jamás exhibida, o su manera de conducirse en la vida, de un perfecto británico, hacían de él uno de esos personajes atractivísimos, si acaso alguien reparaba en él, pues uno de sus atractivos, no precisamente el menor, era matizar y quitarle brillos a su propia presencia. De todos modos tampoco sería extraño que con excusa de la suya estuviese hablando de mi vida, sin que por ello diga que mis libros valgan tanto como los suyos sobre Balzac o Saint-Simon o sus novelas, escritas por un gran novelista, por un hombre finísimo en todos los sentidos, al que seguramente iba a ser difícil encontrarle en España dos o tres de parejo talento. Bien. Se

publicó, como digo, aquel retrato. No sé si a X le gustó o no, porque ni él me lo dijo ni yo se lo pregunté, pero seguimos hablando una o dos veces por semana, hasta hoy, largas conversaciones sobre esto y lo otro, de lo que hablan siempre dos amigos que sospechan para sus vidas y sus obras un destino común. Pero entonces apareció un tercero, uno de esos que revolotean alrededor de los escritores a los que dicen admirar, y el parásito se dedicó a propalar que lo que uno había hecho con X era propio de un miserable, algo que merecía reparación inmediata en el campo del honor, una buena estocada que me bajara los humos. El retrato, ya digo, era nada más que un recuento de su vida, que habría podido ser el de la mía. ¿Era eso lo que le parecía mal? ¿Lo que no se podía decir?

Recuerdo ahora aquella mañana en el *Tropezien*, y me habría gustado haberle confesado todo lo que en esa amistad ha encontrado uno. Pero ya dijo uno también en el prólogo de *El gato encerrado* que no escribe uno diarios para aclarar que el amigo tal o cual es magnífico novelista, o que zutano, pintor extraordinario, etc. Uno viene a los diarios a contar las cosas que pasan, no a extender facturas o a cobrarlas. Recuerdo también el abrazo que nos dimos de despedida, ese abrazo que en su caso ni pedía ni daba nada, sino que simplemente era, como las cosas llamadas a perdurar, no canjeable por nada).

SUCEDIÓ ayer. La novela que debía titularse *Ayer no más*, se titulará *El buque fantasma*, porque cuando a uno le dan un premio con ese monto, algunas cosas, como el título de un libro, le dan lo mismo, y no sabe uno bien si por cinismo o por hipocresía. Eso es lo malo de todo esto, creer que el mundo nos ha convertido en unos cínicos, cuando en realidad empezamos la licenciatura de los impostores, aunque tampoco me gustaría excederme en esto de la autoflagelación, porque no querría tampoco uno acabar en el doctorado del masoquismo.

Había muchísima gente, hasta el aturdimiento, gente que no conocía de nada y me estrechaban la mano, como a los ciclistas que entran en la meta. Un periodista me preguntó cómo era que yo estaba en Barcelona si el premio es una cosa secreta; lo preguntó con una de esas sonrisillas de mala uva, como diciendo «a otro perro con ese hueso».

Yo iba sorteando los escollos como podía.

Hablé, hablé, hablé sin parar, horas y horas. Donde daban el premio y luego en un lugar de copas. Todo un poco patético, en el fondo, porque si el entusiasmo es una grosería, fingirlo hasta ese extremo es una estupidez.

Una escena graciosa, no obstante, hacia las tres de la madrugada. Estábamos M., el editor, la agente y yo. Tres, y yo cuatro. La última botella de champán. Hablando en voz baja. Me pareció una bonita escena, la última, quizás, de *El golpe*.

En general procuré hacer el papel como mejor supe. Papel, papeleta, papelera.

EN Madrid de nuevo. Me he pasado toda la vida deseando que sonara el teléfono. Hoy no ha dejado de hacerlo. Gentes de las que no sabía nada desde hace doce años, fantasmas de juventud, aventureros atraídos por el fulgor de ese relámpago, amigos de siempre, la familia, en fin, *amics, coneguts, saludats*… Un telegrama de K., sin firmar. Solo puede ser de él: «Ha sido un buen golpe». Suena casi a un haikú. Me sorprende, sin embargo, esa sintonía que se tiene con los amigos, que saben lo que pensamos, que piensan lo que sabemos. Y la sensación de que uno se ha encontrado una cartera en la calle. Otro título bonito para esta película sería el de *Toma el dinero y corre*.

El más inesperado de todos los resurrectos fue X, que llamaba desde su editorial. Estaba inquieto, más jesuítico y nervioso de lo habitual. El primer sorprendido y desconcertado fui yo mismo, en la medida en que podía esperar llamadas de todo el mundo, menos de él precisamente, que fue el primero en rechazarme la novela, siendo como era el editor de la primera. Su tribulación de esta mañana era saber si la novela del premio era *exactamente* la misma que él había rechazado, porque todavía no le cabía en la cabeza que siendo la misma, *la misma* (insistía), hubiese podido gustarle a otro, ya que, etc. etc. Cuando después de diez minutos sacó la conclusión de que la novela no era *exactamente* la misma, en la medida que había cambiado alguna frase o retocado algún capítulo, vino lo mejor. Fue algo verdaderamente genial. Le dije que de todos modos no era para estar tranquilo, y le recordé la frase del pintor Rosales sobre su cuadro *La muerte de Lucrecia*, a los académicos que se la rechazaron y criticaron, y que tanto le gusta a R. G.: «El cuadro no está terminado, pero el cuadro está hecho». La novela

que él rechazó no estaba terminada, pero esa novela ya estaba hecha. Obtenida la anterior victoria con mi explícito reconocimiento de que el libro que se publicará no es ontológicamente el mismo que él dijo haber leído, pasó a la conquista del siguiente baluarte: me aseguró que él en ningún caso me había rechazado la novela, sino que me la había devuelto para que se hiciesen en ella algunas correcciones, pero que nunca, jamás, había cerrado él ninguna puerta, y que la mayor sorpresa había sido, la otra mañana, cuando al abrir los periódicos se encontró con la noticia. A mí entonces me entró una risa congestiva y toses que amenazaron con ahogarme de no haber sido porque, al no poder darme palmadas en la espalda yo mismo, empecé a atizarme con el auricular del teléfono, como un disciplinante, hasta lograr someter aquella crisis de hilaridad inmoderada. Cuando logré reponerme, tras dos o tres conatos de rebrote, me puse de nuevo a la escucha pensando que ya habría colgado, pero allí seguía él, al otro lado, como en el cajón de la penitencia, esperando mi absolución. Yo creo que un pase como ese solo lo dan los grandes maestros de la tauromaquia. Me pareció magistral. Lo dicho, la Academia les vuelve idiotas, o a lo mejor piensa que los idiotas somos todos los demás. Creo que ni el sacristán habría sabido hacer una cosa como esa. Lo más gracioso es que si a ese hombre lo llevaran ahora al potro de tortura, volvería a repetir una por una esas mismas palabras. Entonces le pregunté si no le parecía raro no haber tenido noticias mías en siete meses; me dijo con toda naturalidad que no, que a veces las correcciones llevan más tiempo y que a él le gustaba dejar tranquilos a los autores. Como no había modo humano de atajar aquella conversación se me ocurrió hacerle una pregunta. No era ni siquiera una discusión la nuestra. Con los locos no es posible discutir, ni tampoco con los maniáticos. Le pregunté a bocajarro si a él le había gustado la novela. Yo creo que en un segundo registró la pregunta y en otro evaluó, como hacen las computadoras que tienen programas de ajedrez, las consecuencias de una u otra respuesta, porque estará completamente loco pero no tiene un pelo de tonto, y sabe lo que le conviene minuto a minuto. Si decía que no, se contradecía, pero si decía que sí, podía, conociéndole, pasársele por la cabeza que yo pudiera pedirle que me la presentase. Se hizo el hombre un pequeño lío, pero yo creo que también salió bien de la

tarascada. Tendría que leerla ahora, me dijo feliz, con lo que estábamos otra vez al principio de nuestra interesante conversación, pues de ese modo él podía reconocer que le gustaba la novela solo después de reconocer yo que había corregido en ella lo suficiente como para modificar la primera opinión que la novela le mereció. Tonto, pero un genio.

De todos modos me gustó que me llamara. Otra persona no lo habría hecho. No se habría atrevido, porque para una llamada así hace falta tener un cuajo especial. En naturalezas como la suya, tales conflictos son los habituales. Hablamos un buen rato. Estaba simpático, incluso, me pareció, contento. Seguramente es de los que cree que los finales felices de las comedias, aunque sean inesperados, le atañen como al que más, por mucho que él haya contribuido a que este no se produjera. En eso es como los niños. Comprendí que podía querérsele como a una criatura, y yo mismo quedé mudo de espanto por tan sobrehumana suposición. Lo mismo que los niños en sus más desaforados estadios de egoísmo, es imposible de toda imposibilidad que ese hombre haya querido a nadie. El que le quiera a él será siempre a fondo perdido, a beneficio de inventario como suele decirse. Pero estaba contento. Solo eso. Me conmovió que me llamara, aunque a él, desde luego, no le conmoviera llamarme. Sus cálculos están hechos siempre conforme a las cuentas de la vieja, y por eso le salen todas. Quedamos en que nos veríamos. Pero yo sé que jamás nos volveremos a ver. ¿Para qué? ¿Para decirnos qué? Cuando alguien cree que la literatura es esto: llamar por teléfono a alguien a quien le ha rechazado una novela, el día en que le han dado un premio, para convencerle de que no está claro que él la rechazara, cuando ocurre una cosa así es difícil ponerse de acuerdo en nada. No sé lo que para mí es la literatura, pero está bastante alejado de algo así. Aunque ya digo, uno es sentimental, y agradece que le den argumentos para llevar un diario que sin las maniobras de los astutos sería mucho más aburrido.

Entre las llamadas estaba también la de alguno de esos a quienes los premios les joden porque les joden. Antesdeayer me preguntó un periodista:

—Oiga usted, esta naturalidad suya, esta simpatía, ¿es impostada, no?

—No —le dije—, me las enseñaron en un cursillo. Tú deberías hacer uno también.

Se quedó amoscado, convencido, sin que me conociera antes, de que apenas llevo cinco minutos en esto y ya se me ha subido a la cabeza.

VOY en el tren a Granada. Todo vuelve a ser como antes de hace una semana, la misma rutina, la misma soledad, esta grisura. Algo que ha traído el premio consigo ha sido comprobar hasta qué punto uno era un absoluto desconocido para todo el mundo. Esto, cuando uno es un particular, tiene poca significación; ahora, cuando uno ha de vivir del público, es una constatación cuando menos curiosa.

Ya soy un poco más Morand que ayer. Cada vez que voy a Granada vuelvo a tener esa vaga sensación del asesino a sueldo, solo que ahora la gente cree que en el maletín en vez de llevar el rifle troceado y la mira telescópica, lleva uno el dinero que le han dado. Nadie cree que ese sea un dinero ganado escribiendo una novela durante los últimos dos o tres años, que a su vez son resultado de otros quince años de trabajo oscuro y tenaz. No sé por qué, piensan que ha sido como un desfalco. Bueno, tampoco es tan extraño. Yo mismo lo creo así. Creo también lo primero, que es consecuencia de muchos años de trabajo. Pero nadie se ha hecho rico trabajando. Es el primer axioma para levantar en armas a un pueblo. Pero el pueblo jamás hará la revolución con rifles desmontables. En fin, hay clases para todo.

Este tren nocturno va muy despacio para arribar a su hora a Granada. Si corriese más llegaríamos a las seis de la mañana, y si fuese más lento sería impensable que pudiéramos llamar a eso viajar. De modo que el traqueteo es monótono y renqueante. Hace un rato se detuvo tras un pequeño estertor a la entrada de un pueblo, lejos ya de Madrid. Durante diez minutos no se oía nada. El estertor fue como de muerte. Luego, inesperadamente, se oyó un sordo gemido y un ligero estremecimiento, como si el tren tiritara, hacía pensar que nos pondríamos en marcha, pero el tren no se movía. Al bajar la ventanilla se oyó soplar el viento y moverse algunos árboles que estaban fuera del alcance de la vista. Si se piensa bien, se podría aprovechar todo esto para aplicar el símil a la vida de uno, en lo de viajar despacio para llegar a la hora, en las paradas nocturnas, en el movimiento simulado mientras todos los

demás duermen, en el sueño que viaja, en los sueños que se suelen tener mientras uno viaja, sueños cortos, interrumpidos con la misma frecuencia con la que el tren suele detenerse, los movimientos sincopados.

Es una idea bonita, me parece a mí, la de creer que nuestra vida son movimientos sincopados, sin encontrarse jamás con los movimientos de los demás, aunque formando parte de la misma melodía.

Mañana me esperan en la imprenta. De la estación tomaré un taxi que me llevará al polígono industrial donde está Comares. Es un polígono industrial en un pueblo cercano a Granada que se llama Peligros. Como nombre para tener en él una editorial de poesía es una preciosidad. El polígono lo construyeron sobre una rambla, de modo que cada vez que caen cuatro gotas se forma una riada y se lo lleva todo, las pérdidas se cuentan por miles de millones y todos tan contentos, porque en ese pueblo, no se sabe por qué razón, solo llueve los fines de semana, cuando el polígono está vacío y no hay riesgo de víctimas mortales. Por qué razón la gente se compra en él las naves industriales es un misterio, pero cada año pasa lo mismo. El año pasado les di, me parece, una gran idea. Como la nave se inunda todos los años una o dos veces y entra el agua hasta una altura de un metro, les aconsejé que pusieran en el suelo todos los libros de derecho que no han conseguido vender en todos estos años, esos mamotretos sobre servidumbres de paso y legislación tributaria; viene la riada, entra en la nave, la inunda hasta la altura de un metro, moja los libros, los estropea, se llama al perito y los seguros pagan por algo que solo podrían haber vendido ya como papel. El editor, que es juez también, me puso mala cara, convencido de que se había asociado con un delincuente; en cambio a su otro socio le brillaron los ojos de una forma significativa.

Se conoce que uno es de la vieja escuela, que piensa que robar a una casa de seguros o a un banco no es pecado, sino milagro. El caso es que ya están pensando en cambiarse de nave, lo que considero un gran error, porque lo más sencillo sería lo otro, aprovechar la nave de ahora para deshacerse de todo lo que no se quisiera, los ordenadores viejos, los coches viejos, una cocina de gas, los cuadros horribles de este o del otro, en fin, llevarlo allí los fines de semana y esperar a que lloviera un poco. Los seguros

siempre darían algo por ello, me parece a mí. Además él es juez, y podría condenarlos a la cárcel si no le pagaran lo que fuese de razón para todos. Lo dicho, un error.

De modo que me llevarán a Peligros. Trabajaré toda la mañana en la imprenta y luego nos iremos a comer. Vamos siempre a uno de esos bares en los que hay mesas cuadradas de formica sobre las que ponen manteles de papel blanco.

Suelen ir a ese bar los obreros de la zona. Salen todos de las fábricas y los talleres a la misma hora. A cada grupo le tienen reservada la misma mesa, incluso las mismas botellas de vino y gaseosa mediadas que no pudieron apurar el día anterior. Ponen en las etiquetas el nombre con un bolígrafo para que no se confundan. El ambiente es bueno. La gente está contenta mientras come. Es un lugar ruidoso, pero como entra luz por unos grandes ventanales desde los que se ven las fábricas y los solares aún sin edificar, el ruido parece que importara menos. La comida es sana y abundante.

Entonces viene el juez desde Granada y comemos los tres, él, su socio, al que se le iluminaron los ojos con mi idea, y yo.

El juez siempre viene contando unos casos terribles de su juzgado, viejas que se cuelgan de la cisterna del retrete, maridos celosos que descuartizaron a su mujer, compañeros suyos que prevaricaron aquí o allá, en fin, la vida. Él quiere quitarse de la cabeza pronto todo eso, y uno, que es morboso, quiere saber si la vieja que se colgó dejaba familia o si el asesino estaba triste. Entonces pasamos a hablar de la única cosa, dice, que le hace revivir.

Hacemos grandes planes siempre que nos vemos, planes que no se llevan nunca a efecto, pero que son agradables de hacer, que si vamos a editar esto o lo de más allá; también hablamos de los otros editores a los que suponemos van mucho mejor las cosas que a nosotros. Al final, sin embargo, concluimos que las cosas no podrían irnos mejor, y eso no acaba de agriarnos del todo el carácter. Uno se conforma de momento con que esos libritos vayan saliendo. Hablamos de muchas cosas. El café no está incluido en el menú, pero podría pedirlo si quisiera, porque yo creo que me lo pagarían también, aunque no lo pido jamás, y esa pequeña economía nos pone a todos de muy buen humor.

Luego nos vamos de allí. El juez se vuelve a Granada a levantar

cadáveres de viejas que se han colgado de la cisterna del retrete, su socio y amigo vuelve a dirigir su empresa y yo…

En realidad el juez nunca suele contar casos de su juzgado, soy yo que le sonsaco. Me dice que debería escribir con ellos algo, novelitas, cuentos, novelones. Son casos muchas veces hilarantes, otros son en cambio patéticos. Un día vino a verle una mujer a pedirle por favor que le apercibiera a su marido para que cumpliese como Dios manda en la cama, o que tomase parte en el asunto el juzgado. Era una pobre mujer del pueblo, ignorante y desesperada. El juez tuvo que emplear con ella toda la comprensión del mundo para explicarle que no era cometido suyo. Un tiempo más tarde la mujer presentó una denuncia en el juzgado contra su marido, al que le acusaba de abandonar el hogar; se había ido a vivir con una vecina. La mujer esta vez vino furiosa y poco menos que le culpaba al juez del cariz que habían tomado las cosas, pues según ella, de haber intervenido cuando lo había pedido no se habría llegado a ese punto y todo el mundo se hubiera ahorrado dinero, papeles y disgustos. También cuenta a veces casos espeluznantes de suicidas. Se suicidan muchos, por razones diversas: el que le ha dejado la mujer o el que no puede conseguirla. Son muchos más los hombres que se suicidan al ser abandonados que mujeres, en cambio son muchas más las mujeres que mueren apuñaladas por rechazar a un hombre o por la simple brutalidad de este. La mayor parte dejan una carta para el juez, para evitar las molestias a los allegados, lo que es una atención de buena voluntad.

Yo creo que el juez tiene un buen oficio. Llega allí, se le cuadran los guardias de la puerta y le empiezan a pasar a gentes variopintas, cada una de las cuales le cuenta verdaderas novelas. Incluso su socio tiene un oficio noble, imprimir, encuadernar, venderle libros a la gente. ¿Pero yo? ¿Qué hago ahora en medio de la noche, montado en este tren, escribiendo en este diario? Si al menos tuviera una vida propia, se entendería. Pero ¿qué ocurrirá el día en que la vida le deje de interesar a uno? La gente, equivocada, cree que se llevan diarios para hablar de uno. Los diarios son una excusa siempre para hablar de otra cosa, de otras gentes, de otras vidas. Lo de uno, ¿para qué lo vamos a contar, si ya lo sabe uno? ¿No sería un poco estúpido llevar un diario para escribir: Ahora me voy a contar a mí mismo lo que he comido esta mañana o las cosas que

tengo que hacer?

Después de trabajar, hacia las cinco o las seis, me quedo solo, sin saber qué hacer, esperando el tren nocturno que me lleve de vuelta.

Si tiene uno suerte y tiempo suelo subir a La Alhambra para escuchar el surtidor de mi propio y escéptico corazón, tan solitario ya a esas horas.

Suelo pasear por entre los arrayanes, oyendo el gorgoteo de las fuentes, despacio, con las manos a la espalda, con un aire poético mejor o peor compuesto. A veces me cruzo con una extranjera que hace lo mismo, poetizarse entre esas vereditas del Generalife. Entonces al pasar uno al lado del otro yo creo que podría oírse incluso cómo suspiran las flores, celebrando el encuentro y la despedida. Son mujeres de fuera, con ropas recién sacadas de una maleta o una mochila, faldas cuajadas de arrugas o blusas que delatan, por la profundidad del pliegue anómalo, que vienen de un país remoto. Podría decir que son como princesas, o como ángeles. Pero no. Suelen ser mujeres con el estigma del sufrimiento en el rostro, de treinta o cuarenta años. Si vienen solas. Y el sufrir las ha deformado a veces como la lepra. Si son guapas, siempre vienen con un hombre fornido y joven, que las va manejando por la cintura como a muñequitas, de un lado para otro, enhebrándola por los senderos de arrayán, y ellas, las bellas, felices en verdad de que sus novios o maridos tengan con ellas esas atenciones, a las que corresponden con risitas de conejo que terminan por desconcentrarle a uno y descomponiendo su aire poético. Al contrario que en otros escenarios, en La Alhambra esta clase de tropiezos con mujeres más o menos poéticas, son, no obstante, beneficiosos, pues le recuerdan a uno que está solo y lo bueno que es estarlo, sin tener que hablar con nadie, ni explicar las costumbres de España o las de los moros del siglo XIII, sin tener por una vez que interesarse por una vida ajena. Nada más que mirando, conforme a un pulso único y nuestro. La Alhambra es el lugar del egoísmo sensitivo, donde uno puede llegar a ser tan feliz, que se olvida de todos y de todo, de manera más o menos unitiva. Menos cuando pasan las bellas riéndose y correteando, como nínfulas.

Si lo pienso detenidamente creo que soy un afortunado: ¿Quién puede subir dos veces al año a los jardines del Generalife? ¿Quién

puede decir que tiene un juez y un hombre de negocios como mecenas? Eso es seguramente la cosa más rara. Si fuesen ricos, se explicaría, pero no lo son, no, al menos, como lo son los mecenas. ¿Quién ha visto a dos mecenas a diario en el bar de los obreros?

En una ocasión un escritor comunista contaba que habían venido a hablar con él unos obreros a una feria del libro. Lo contaba para demostrar que seguía siendo de izquierdas. Seguramente no era más que una ilusión suya, porque los últimos obreros que leían libros sin dejar de ser obreros, sin querer dejar de ser obreros, fueron los anarquistas, sentimentales y originarios. Los comunistas siempre que han leído un libro es para meterse en un comité, o ser comisarios políticos, ponerse de capataces de los demás obreros y dejar de ser obreros.

Es curioso, si uno muestra simpatías por los anarquistas, que en general jamás tuvieron ni el poder ni la posibilidad de corromperse en él, puede ser tachado de reaccionario. Ahora bien, uno se declara partidario del comunismo, que carga a estas alturas a sus espaldas más crímenes que el nazismo y el fascismo juntos en Alemania, Italia y Japón, y todos corren a declararle un progresista. En literatura, por ejemplo, han conseguido hacer progresista a alguien como Valle, que no era más que un hombre de ideas estéticas confusas y de un carlismo intolerante, intolerable e integrista. En cambio a Baroja, que no era más que un simpatizante del anarquismo, no solo con muchas más ideas que Valle, lo cual no era difícil, sino mejor plantadas, lo han presentado como un reaccionario. Valle y Baroja están enterrados los dos en cementerios civiles, pero es obvio que uno de los dos está en el lugar equivocado.

Basta. Esto se pone en marcha, la noche está en su cénit y yo sin sueño. Por eso escribe uno a veces, para coger el sueño, como hacen otros con la lectura.

Esta mañana estuve en el Rastro, y luego en Moyano, y después en Mirto. Lo de siempre, cacharros, cascotes de libros viejos, las ilusiones perdidas para decirlo con una frase que siempre será bonita.

Por la tarde aún me dio tiempo para pasarme por casa de X, brujo en su mechinal. Estaba estampando con una cuchara de madera unos grabados de linóleo con aspecto muy germánico. Y

allí, entre los veleros viejos, bibelotes y cuadros de vario plumaje, mirándole grabar bajo la luz de la lámpara, se fue pasando la tarde. Y le miraba sus manos sucias de tinta. Las tiene llenas de minúsculos cortes y bocados producidos por las gubias. En esas hendiduras se le ha metido la tinta y ya nunca podrá sacarla de ahí. Los amigos de Murcia cuentan cómo en su infancia veían pasar por el Malecón a unos hombres con la piel roja, los pimentoneros. Algo parecido les pasa a los mineros, cuando uno los ve en el norte, por la calle. Allí estaba, pues, mi amigo, con su barba cana de spinozista, poniendo papeles inmaculados sobre las planchas de linóleo negro. Su casa tiene mucho de una de esas almonedas que visitamos cada domingo en el Rastro. Las maquetas de barcos son bonitas. Tiene muchas, antiguas, compradas hace veinte o treinta años, hechas a mano hace ochenta o cien.

Yo había ido a llevarme uno de esos barcos viejos. Es bonito, antiguo, un velero con el casco negro y rojo. He buscado durante las últimas semanas uno parecido en algún anticuario, para un regalo que tengo que hacer, pero no lo encontré. Entonces X me propuso un trato que encontraba razonable: él me pasaba uno de esos barcos, el que yo escogiese, a cambio de un escrito mío sobre sus cuadros y pinturas. Le dije que ese era un trato inconveniente para las dos partes, porque él sabe que a mí esa pintura moderna que pintan ahora me gusta poco. Sin embargo está convencido de que su pintura me tendría que gustar, porque es poco moderna, y no le parece justo que le meta en el mismo saco que a otros artistas pintores. En cambio los grabados esos que hace, un poco barbáricos, me gustan como ilustraciones, tienen su carácter. Con esa técnica hizo en una ocasión un retrato de su tío, el poeta Luis Pimentel. Es una viñeta bonita. Se le ve a Pimentel con una cara afilada de pájaro y unas gafas llenas de redondeles, como los culos de las botellas. Pero no puede uno decirle a un amigo pintor que lo que más le gusta a uno de lo que hace son unos papeles pequeños. Es como si viene alguien a decirte que lo que mejor le salen a uno son los articulitos. Él me respondió entonces que no tenía el menor problema por eso, que no quería un escrito mío laudándole con adjetivos, que podía hacer lo que quisiera. Es un gran tipo. Tiene una buena novela, ha visto mucho de la vida y es un buen amigo, de esos que ya le van a durar a uno siempre. Entonces le propuse

hacerle un retrato, allí, sentado en su casa, rodeado de las cosas viejas que compra en el Rastro, pero que no esperase nada parecido a una crítica de arte, turiferada por todas partes. Le pareció bien. Le pregunté si podía contar en el retrato lo del operario que está a sus órdenes en el Servicio de Aguas del Ayuntamiento, donde él trabaja desde hace treinta años, pero me pidió que eso de momento no lo contara. Yo creo que lo mejor del mundo es poder tener un amigo así, con el que el compromiso artístico es relativo. El relativismo es bueno para todo el mundo, incluso para mis libros, que él me parece que no ha leído como no los haya encontrado en el arroyo, a veinte duros. Mientras tanto prefiere esperar, porque ¿qué prisa hay?, me dice con su acento gallego.

Me volví a casa muy contento con el velero debajo del brazo. Como es pintor y se da muy buena maña para restaurar cosas y componer mermas, tuvo la humorada gallega de bautizarlo con el nombre de *El buque fantasma*. La verdad es que bien pensado el velero debería quedármelo yo, y no regalarlo. En fin.

Cuando me fui de casa, los chicos jugaban con unos cubos, octaedros, pirámides, poliedros irregulares, regulares, y muchas otras figuras de madera. Los compré esta mañana en Moyano, al librero R. Era un estuche de madera, se abría, y allí estaban cuarenta o cincuenta pequeños trozos de madera, para la pedagogía de la geometría. Estaban muy bien hechos, nuevos completamente, aunque ya de viejo. Debió entrarle en la compra de la biblioteca de unas escuelas. Los chicos los habían desplegado en la alfombra como un ejército. Todos distintos. Eran como el Arca de Noé de la geometría. Unos junto a los otros parecían la Comedia Humana de la matemática, como una sociedad cúbica.

Me despedí de ellos y de M., y me vine al tren, donde estoy ahora, camino de Granada. Un pequeño detalle que quizá convenga añadir es que antes me pasé por la cocina y me avituallé para la cena con un pedazo de pan y un trozo de merluza frita que había sobrado de la cena de los niños. Yo creo que de los cuadros más deplorables que hay en la vida es un cuadrado de merluza rebozada y fría, comido en bocadillo dentro de un tren. Pero estaba rica y jugosa. Uno se ve que tiene no solo costumbres y destinos de proletario, sino el alma de proletario. Una de las cosas más paradójicas de la modernidad es ver a muchos antiguos comunistas

reciclados en gastrónomos y entendidos en enología, como los tragones que caricaturizaban los propios comunistas de hace ochenta años, aquellos hombres de cintura tonélica y leontina de oro, fumándose un puro.

Ya no tengo nada más que añadir. El tren no se ha vuelto a parar, tran, tran, tran, hacia su fin, asmático, imparable. En la novela de mi vida, ¿cómo será esta página? Aquí metido, abandonado de todos y a todo, mi alegría es como uno de esos geranios que logró sobrevivir al invierno. Tengo muchas cosas, pero no tengo ninguna. Dentro de un rato cerraré este cuaderno, lo dejaré en su redecilla, con las gafas y el reloj, para despertar sobresaltado a la media hora, sin saber dónde me encuentro, a merced de ese segundo de espanto en el que me llego a pensar en brazos de la muerte.

¿Por qué todas las cosas, incluso las más agradables, como viajar en un tren nocturno, tienen deltas tan tristes? ¿Por qué unos hombres concilian el sueño y otros están siempre a merced de sus fantasmas?

Y ahora es cuando de una manera angustiosa siente uno que está lejos de todo, y que lo que es, lo es uno solo.

OTRA vez en el tren, de vuelta a Madrid. Estuvo lloviendo los dos días, una lluvia fina y persistente. La Alhambra estaba vacía, sin turistas, sin ruidos, solos la lluvia y yo. Nada de nínfulas, nada de mujeres solitarias y poéticas, aunque hubiesen sido un poco gordas o trasmutadas por el dolor. Solo los guardias. No había mujeres ensoñadoras ni hombres que con la excusa de sacar con su máquina esa fotografía que no ha sacado nadie en La Alhambra, le dan a uno la visita.

En La Alhambra había una pequeña exposición interesante sobre la historia de Al-Ándalus, con piezas de museos de todo el mundo. Cuando la inauguraron vinieron gentes de las ciudades más remotas, de América y del Oriente próximo. Yo conozco a uno que vino en un avión privado con unos amigos. Se dijo de ella lo que siempre se dice: Que era la primera vez que se reunían tales piezas y que todo era de un incalculable valor, lo cual es absurdo, porque si su valor no es calculable, por qué lo quieren calcular y por qué le dan tanto valor.

En la exposición había cosas bonitas, aunque, claro, no dejaban

de ser cuatro cacharros de barro, dos duros moros de oro y algunas curiosidades arqueológicas más.

No eran, en general, objetos del refinamiento y depuración de los chinos, sino algo de cierta tosquedad, incluso una pequeña arqueta de marfil, que me encantó, en el supuesto de que pudiera uno llevársela a casa para meter en ella las gomas de borrar y los clips.

El Partenón sin las esculturas de Fidias es, desde luego, una obra incompleta, aunque espléndida. Pero La Alhambra está bien como está, desnuda, sin esa clase de alfombras que, siendo muy hermosas, podemos encontrar iguales o parecidas en los suelos de la casa de un hombre más o menos culto, más o menos rico.

Como ahora a todas las exposiciones, sin embargo, se las rodea de la misma mixtificación, la gente se ha llegado a creer que una escultura griega vale lo mismo que un puchero esmaltado, como si el valor viniese determinado por la vitrina.

La gente en esta exposición iba dejando sus exclamaciones al pie de cada una de esas piezas, y más grande era la exclamación cuanto más débilmente estaba iluminada sobre su terciopelo negro.

Al bajar hacia Granada, y a pesar de la lluvia, se oía trinar a los pájaros del Darro con entusiasmo. No me crucé con nadie. Los árboles estaban a punto de brotar, pero aún desnudos de primavera.

Por la tarde estuve paseando tres horas por el Albaicín con un amigo. Fue muy agradable. Había dejado de llover y olía todo a tierra nueva. Me iba contando cosas del pueblo, de las casas, casi casa por casa, esta fue de fulano, aquella de zutano. Tampoco nos cruzamos con nadie foráneo. Las pocas personas a las que vimos eran del barrio, subían con bolsas de la tienda, o eran chicos que venían con la novia a alguna tabernita. También es verdad que podría haber dicho que eran chicas que venían con sus novios a alguna tabernita, pero en Granada son todavía ellos los que llevan y ellas las que van.

Luego por la noche, cuando me quedé solo, quise escribir un poema en el que saliese todo eso, el agua, las callejuelas, las glicinas invernizas y florecidas, los gorriones y los cipreses azules, el color de la Sierra y el color caramelo de la muralla de la Alhambra, y los muchachos que abrazaban a sus novias en los callejones sombríos. Olía toda la ciudad a lluvia de primavera, un perfume en el que uno

a veces sentiría deseos de diluirse de tan dulce como es. Yo creo que si los perfumes se pudiesen poner en una inyección, como la morfina o las otras drogas, habría mucha más gente enganchada. Pero el poema no llegó. Y eso también fue otro motivo más de pesadumbre. Y me encogí de hombros, como el que ya nada puede esperar sino encogerse de hombros. Me decía, unos pocos versos, habla de aquel abrazo que viste dar en la calleja oscura. Pero no. No era mi abrazo. No era mi calleja. No era más que literatura.

LLEGUÉ ayer de nuevo a Barcelona, como estaba previsto, para hablar en el ciclo de conferencias que le hacen esta semana a P.

Al principio yo creí que iba a ser una mesa redonda, pero me confirmaron que era una conferencia, de modo que escribí unas cuartillas para no desmerecer ni desmerecerme.

Estaba anunciada para las 6 de la tarde en el Aula Magna de la Universidad Vieja de Barcelona. Al principio, cuando llegué, no estaban más que P., su mujer, la profesora que presentaba a los conferenciantes y la chica que lo organizaba.

El Aula Magna era un sitio siniestro, esa clase de salas con los techos de cinco metros en las que huele a una mezcla rara de cortinas húmedas y tapicerías llenas de polvo. El lugar resultaba imponente, solo mensurable por la ciencia que en un lugar como ese seguramente no se habrá impartido jamás. No sé por qué me sugirió la idea de bedeles tuberculosos y alumnas de filosofía con el rostro desflorado, solo el rostro, y desarreglos menstruales. Quizá porque en mi época los bedeles eran todos de la División Azul, que habían contraído enfermedades pulmonares, y las alumnas monjas regladas o relapsas. Yo creo también que nos habían puesto en aquella Aula Magna para que, al comprobar la inasistencia, echáramos de ver la pequeñez del mundo y la vanagloria humana.

Pese a habernos visto la semana pasada, la escena se volvió a repetir, pues P., en el momento, tampoco me reconoció. Me vio avanzar por el pasillo que forman las dos hileras de bancos y no sabía quién era, aunque se le notaba que estaba pensando: A este yo lo conozco y no sé de qué. Quizá también por lo oscuro del lugar, mal iluminado y tenebroso, se entretuvo con las atribuciones.

Estuvimos hablando un rato y cuando llegaron cinco o seis personas, que se pusieron también estratégicamente aquí y allá, para que volviéramos a mensurar lo grande del lugar y lo vacío que estaba, se creyó conveniente empezar el acto.

En estos acontecimientos culturales sucede siempre algo divertido. Primero sale uno que le da las gracias al sitio y a las autoridades que mandan en ese sitio donde tiene lugar la ceremonia. Luego uno presenta al presentador, después de haber dado las gracias al que ha hecho uso de la palabra en primer término y también a todos aquellos a los que este había agradecido tantísimo la atención de habernos convocado en un acto tan

especial, y cuando le toca el turno al presentador, este suele decir que la persona que va a echar la conferencia es suficientemente conocida de todos y que por tanto es mejor pasarle la palabra. Entonces el conferenciante tiene que andar con mucho ojo y no olvidarse de dar las gracias a nadie, ni al que habló en primer lugar, en nombre de las autoridades, ni a las autoridades ni al presentador, ni a la literatura y a la vida que le han llevado a este grato lugar, donde nos hemos reunido para, etc.

Mientras la profesora iba cantándole mis excelencias como escritor y conocedor de la obra de P. a las butacas vacías, yo observaba el lugar a mis anchas, sabiendo que podía hacerlo. Las paredes estaban forradas con un alto rodapié de madera color remordimiento y los bancos de haya que llenaban la sala tenían un color oscuro, como la funda de un jamón. Por otro lado como el grado de humedad era muy intenso, se habrían podido raspar los bancos con un cortaplumas y untar una tostada de mantecosa mugre. Por lo que podía husmearse no sería nada extraño que en un lugar como ese tuvieran una checa el año 36, ya que en el momento en que la sala se quedaba en silencio se oía retumbar en las paredes un eco fantasmal que todavía clamaba: «¡Justicia, justicia!», de todos los que aquí juzgaron de manera irregular, voces respondidas por otras que decían: «¡Facciosos!, ¡quintacolumnistas!». Incluso las palabras de la presentadora se parecían un poco a una lectura de cargos contra alguien.

Yo leí las cuartillas que traía escritas, pero al hacerlo con una aceleración superior a la prevista, nos encontramos todos con que aún nos sobraban cuarenta minutos para terminar aquel mitin con cierto decoro.

Fue fácil apercibirse de la desesperación con que la profesora, al término de mi conferencia, se dirigió a la sala: ¿Ninguna pregunta?

Por suerte ninguna de las bellas personas sentadas en el piélago de los bancos desiertos vació su corazón ante nosotros ni dio la menor muestra de intervenir, y pudimos levantarnos todos y dirigirnos hacia la puerta. Lo hicimos en profundo silencio, como si dejáramos un velatorio, sin atrevernos a mirarnos por miedo a leer en los ojos esa clase de palabras desoladoras que la buena crianza jamás tolerará que se pronuncien en voz alta.

A la salida se me acercó ese señor de setenta años que dice

siempre al conferenciante que está emocionado por lo que acaba de escuchar. Uno entiende que está dicho con buena voluntad y sonríe, pero lo ha visto uno ya en otras partes y sabe que las autoridades tienen en sus presupuestos una cantidad para pagar a señores de setenta años que digan cosas agradables, no mucho dinero, pequeñas cantidades, pero que a ellos les ayudan a equilibrar sus economías de jubilados.

Cené solo por ahí, las cosas que uno cena cuando cena solo, y me fui temprano al hotel, cansado. Estaba en un hotel bueno, con un señor con chistera en la puerta, a cargo del presupuesto, pero yo estaba solo. Salí a dar una vuelta, pero cuando comprendí que no me iba a liar con ninguna dama de las calles, ni con las otras, las suripantas que hacen las Ramblas, cuando pasé de largo por delante de tres o cuatro bares con sus respectivos borrachos de las doce de la noche, cuando comprendí que había que irse a la cama, me volví al hotel.

Por la mañana lo primero que hice fue abrir las cortinas y reconocer el lugar donde me encontraba, porque al hotel había llegado de noche. En el cielo gris volaban dos gaviotas también grises, aunque más sucias. El paisaje era inquietante, como suelen serlo los patios de los hoteles, como también es desoladora una habitación de hotel con la ropa tirada encima de los sillones, mezclada con el desayuno, etc. Resulta difícil escribir de las habitaciones de hotel sin que asome a la cuarta línea una ignominia o una infamia, o una «desolación moral», de modo que vamos a dejar el estilo para mejor ocasión.

Cuando llevaba un rato dando vueltas por la habitación como un tedioso y viejo león, recordé de pronto que esta noche había estado soñando con la presentación de la novela. El que la presentaba era el mismo que la va a presentar hoy en un almuerzo, pero E. M. tenía la cara de Robert Redford, solo que toda ella llena de granos. Son raros los sueños. Yo estaba inquieto, porque temía que ya había leído todo el mundo la novela y no le había gustado a nadie. Entonces oí claramente que alguien gritaba: «*Sheriff*, o lo haces tú, o lo hacemos nosotros». Llevaban una soga en la mano. Como lo cuento.

Yo pensaba esta mañana ir a ver una exposición de pinturas de Picasso, antes del almuerzo, y luego otra vez el avión, y a casa. No

sé. Quizás haga algo así. Siempre quise llevar una vida como la que ahora llevo, y sin embargo ahora, que tengo que llevarla, no querría llevarla. Querría que todo fuese como antes. Esta vida es aún peor que aquella. En principio ha de estar uno amable con todo el mundo, porque se supone que las cosas nos ruedan bien. No podemos tampoco estar tristes ni deprimidos. Pero no hay cosa más humillante que vivir del público. Cuando te insultan, sabes cómo defenderte, si acaso quisieras hacerlo. Ahora, de un halago, y la mayoría son insinceros, no puedes defenderte. Y por eso es tanta la gente que sucumbe a los halagos, a las adulaciones, a las baboserías. Mientras te vejan o te administran los correctivos que creen oportunos desde su caridad cristiana, tú eres dueño de tus propias fuerzas. Un golpe puede uno o esquivarlo o encajarlo. Con las babas no sabe uno qué hacer, se le pegan por todas partes. Cuando te halagan, la fuerza la tiene el otro. Esa es también la razón por la que hay tantos aduladores profesionales, porque terminan apoderándose de gentes con mucho más talento que ellos. Bueno, creo que son cosas muy sabidas.

Este es, como yo lo pienso, el sueño del escritor en el que algún día me gustaría convertirme: alguien que escribe una o dos novelas al año, historias sacadas de la vida, novelas entretenidas, compuestas con más o menos detenimiento y tranquilidad, novelas de tema variado, dentro de lo variado que es uno, que es poco.

Esos libros, cuando estuvieran terminados, se los enviaría al editor, que me daría por ellos una cantidad razonable para poder atender las necesidades de mi familia. No discutiríamos nunca de dinero. Ni de nada. No me diría que la novela le ha gustado ni más ni menos, ni si hay que cambiar el título o tal capítulo o tal otro, ni yo me metería en su trabajo, reprochándole que los libros no estaban bien distribuidos ni que mi nombre en los anuncios comerciales salía más pequeño que el de un colega, y no con la misma asiduidad que los de este. Sería todo un acuerdo entre personas tácitas y un acuerdo tácito entre personas. Las dos cosas. Contaría con un número estable de lectores. Creo que diez o quince mil lectores para cada libro. Podía aspirar a más: a cuarenta mil o treinta mil, o cien mil, que es a lo que aspira todo el mundo. Yo no. Creo que me conformaría con bastante menos. Por dos razones, que ahora explicaré. Es una cifra igualmente realista. En primer lugar

porque no creo que en España ni en parte ninguna haya más de quince mil lectores de nada. Y en segundo lugar: siempre es mejor que quienes entretengan al resto de los lectores, hasta llegar a cien mil, o al millón, sean otros. El gran éxito siempre es mejor que lo tengan fulano o mengano. Eso sin lugar a dudas. Porque los lectores, cuando se juntan muchos, te dan, para luego quitarte. ¿Por qué? Porque se creen con derecho a juzgar aquello que creen comprar. Le hacen a uno rey para poder cortarle la cabeza o mandarle al exilio. También este es un hecho indubitable.

Los libros se reeditarían cada diez o quince años también, aprovechando la incorporación de nuevos lectores, la renovación del público, al conjunto de la Humanidad. Estas reediciones, naturalmente, vendrían a redundar algo en los ingresos, pero téngase en cuenta que uno, para entonces, sería un hombre viejo, y buena parte de ese dinero se lo llevarían los médicos, los balnearios y los hijos en el paro o los hijos inútiles.

Todas estas cláusulas regirían mientras el autor estuviese vivo, lo de los quince mil ejemplares y todo lo demás. Si una vez muerto mis libros conociesen unas ventas prodigiosas, me alegraría desde la tumba por mis hijos y por mis libros, en este orden.

Tampoco tendría ningún contacto indiscriminado con los lectores, nada de ir a firmar libros a las ferias de libros ni a los grandes almacenes. Nada de decir esas frases bochornosas de los colegas de que «necesito el contacto con el lector» y todas esas piltrafas pornográficas, empleadas en las manipulaciones más sucias. Los lectores de uno me los imagino un poco como yo mismo. Yo no he andado por ahí queriendo conocer a ningún escritor. Si los he conocido, bien, y si no, bien también. En cambio me gustaría recibir de vez en cuando cartas de lectores anónimos que no esperasen que se les contestase nunca, como botellas de náufrago a náufrago. Esas cartas no las he tenido nunca, y deben ser bonitas. En ese caso me da igual que sean cartas de mujeres o de hombres; con tal de que no sean cartas pedantescas ni con pretensiones literarias, me gustarían todas. Cartas de gente que me contara alguna cosa de su vida, por qué leyó ese libro o tal otro, la vida que hacen, a lo que se dedican, en fin, lo que uno le cuenta a alguien al que no ha visto nunca y del que no es ni amigo siquiera. En una carta la gente puede contar cosas que sería incapaz de repetir en

voz alta, como es lógico, pues por fortuna el pudor está para eso. Ir a una feria del libro a que un lector le diga a uno en diez segundos que ese libro que ha leído le ha gustado mucho, es una perfecta estupidez y no sirve de nada, no habiendo amistad. Las cartas, sin embargo, seguramente las contestaría siempre. Pero tampoco muchas cartas, una o dos al mes, de lugares pintorescos, un pueblo de Lugo, de Vizcaya, de Gerona, de Zamora.

Un capítulo importante, naturalmente, sería el de la crítica. Me gustaría que las críticas que salieran en los periódicos de mis libros estuviesen escritas con cierta simpatía, en ese tono que se emplea con los gatos, a los que les gusta que se les pase la mano por el lomo, y con las personas inofensivas: un hombre que solo aspira a vender quince mil ejemplares no tiene por qué ser un hombre peligroso. Tampoco tendrían por qué estar escritas en ese otro tono repulsivo: «Fulano acaba de hacernos entrega de otra absoluta maravilla, una auténtica obra maestra». Uno, precisamente porque aspira a hacer su obra maestra, no necesita que le humillen nunca con ese tono. Lo dicho: podemos encajar un golpe o esquivarlo, pero ¿qué se hace con las babas? En caso de que fuesen unas críticas contrarias, me gustaría que ninguna de ellas menoscabara el número de los lectores, porque eso es la piedra angular en toda esa suposición. Si fuese así, si uno siguiera contando con sus fieles quince mil lectores, yo creo entonces que se me podría permitir también escribir algunas cosas significativas sobre los críticos, en los mismos periódicos donde aparecieron sus críticas y con el mismo tono que ellos emplearon, si acaso me viniese en gana y sin que a nadie le sentase mal y sin que nadie dijese que uno tenía mal carácter ni que obraba movido por el resentimiento. Aunque es muy probable que si tuviese los quince mil lectores asegurados, esas ganas con gran probabilidad no las tendría.

Como quiera que un escritor, incluso los de naturaleza solitaria, precisa escribir de vez en cuando en los periódicos, para sentirse vivo y sentir sobre él el latido del mundo, me gustaría que los artículos que enviase a los periódicos se publicasen a los tres o cuatro días, y que me fuesen retribuidos también de una manera razonable. Tampoco en ese caso pediría cartas al director diciendo que gracias a ese artículo su vida ha cambiado y que es admirable la manera que tiene uno de expresarse, inteligente y sutil. Por lo

mismo, me parece lógico desear que no me enviaran cartas al contrario, de lectores indignados por las opiniones de uno, pidiéndole al director que me expulse de una vez de entre los colaboradores de ese periódico que se degrada aceptándole a uno los artículos.

Nada de conferencias. Nada de lecturas ni de mesas redondas. Si la gente en verdad le aprecia a uno, que vaya a la librería, compre un libro y se quede en casa leyéndolo, cosas que por lo general no suele hacer el público de conferencias. Los programas de televisión, como tertulias y entrevistas, vetados. Los de radio, no. Esos son más simpáticos. A uno nunca le ven la cara y siempre cabe la posibilidad de que uno sea otro o de que durante la emisión se meta el dedo en una oreja, si eso le viniese en gana. Nada de presentaciones de libros propios. A las ajenas con no ir ya ha cumplido uno de sobra, pues si los libros son de amigos, entenderían estos que yo no fuese a ellas, y si no son de amigos, ¿para qué iba a ir?

La obra, administrada tan sabiamente, nos habría de dar para poder realizar un viaje al año al extranjero, uno o dos meses, en hoteles modestos, por ciudades de Europa. Nada de América ni del Oriente. Como suele decirse, el mundo donde no estuvieron los romanos no es ni mundo.

Si los hados quisieran concedérmelo todo, me gustaría poder escribir mis versos hasta que fuese viejo. Eso sería, en el fondo, lo más secreto de mi sueño. Es más. Incluso si se me presentase ahora Fausto y me propusiera un cambio, todo lo demás, los quince mil lectores, las ganancias saneadas, los viajes por Europa, los periódicos y el resto contra la ilusión de escribir mis poemas, creo, sinceramente, que no lo dudaría.

Este sería mi ideal de escritor, completado con media docena de amigos de quienes creyese que valían tanto o más que yo, y en cuyas obras pudiera reconfortarme y aliviarme del dolor de haber nacido en un tiempo como este, amigos para los que mis libros fuesen como para mí los suyos. Todo y nada. En unos momentos todo y en otros, nada.

De modo que esta mañana, si pudiera, enviaría al almuerzo a un doble, que cobrara él el cheque, y que le hicieran a él las críticas y los almuerzos y las entrevistas…

X era, ya antes de nacer, huérfano de madre.

EL corazón es un circuito cerrado. Todo lo que sale de él es porque antes ha entrado.

EL coño, la verdad, tiene ya mucho de guiño.

«MI mano me sorprende siempre» (Joan Miró).

A LOS demás creo que también.

SU hijo pequeño sabía por sus padres que Dios no tenía la menor posibilidad de existir más que como una leyenda antigua o una manía en extinción, en cambio no se les hubiera ocurrido decirle la verdad sobre el ratoncito Pérez o los Reyes Magos.

MIENTRAS sea la palabra *gay* la designada para englobar a los homosexuales, no podrá borrarse la conciencia de que en tal manifestación de la sexualidad hay un núcleo de profunda tristeza, bien en el origen mismo de la manifestación, bien en su desarrollo, pues toda definición enuncia o evoca, por definición, su carencia correspondiente.

¿POR qué habrán elegido esa palabra, alegre, para representar unas vidas que en muchos casos son solitarias y tristes? Es como si a los españoles nos obligaran a vestirnos de toreros y sevillanas.

EN la masonería existe la expresión «pasos perdidos», referida a las reuniones que se realizan fuera de la logia. También me gustaría que estos cuadernos tuvieran esa acepción masónica, de salir por ahí, a comisiones misteriosas.

LA presentación de la novela por fin pasó ya. La hicieron en un piso modernista de Barcelona, que alquilan para comidas y cenas.

Se trataba, creo, de uno de los lugares más escalofriantes que se hayan visto nunca. Era modernista todo en él, desde los picaportes y fallebas, hasta los interruptores de la luz, lámparas, mobiliario y menaje del hogar. Las paredes estaban pintadas de verde, y las ventanas con cristales emplomados de colores metían dentro una luz inquietante. Los techos, acupulados, parecían un vaciado de los cascos que usaron los mílites del ejército de Taras Bulba en la película del mismo nombre, llenos de incrustaciones de falsas joyas y orlados con falsas escayolas, material que habían utilizado también para toda clase de molduras.

Todo el mundo estaba yo creo anonadado con el lugar, con grandes temores.

Alguien dijo que para los postres podríamos comer directamente de las columnas, como en la casita de chocolate.

En el almuerzo estábamos unos quince o veinte, contando periodistas y amigos. X dijo a los periodistas que aquello le recordaba a cuando él presentó *La verdad sobre el caso Savolta*. En aquella ocasión a él le presentó G. H., y ahora era él quien pasaba los trastos de torear a un joven…

Mientras hablaba teníamos los platos servidos, pero nadie se atrevía a empezar, por no causar una mala impresión.

Aunque dijo cosas amables de la novela, yo creo que el libro le había gustado poco. Lo tenía a mi lado y podía observarle bien. Como no le conocía de antes para mí tenía el doble interés de ver cómo era. Hablaba con un tono bueno, de persona escéptica. Quizá fue lo que más me gustó de todo, su tono. Vestía a la manera de los ingleses, *tweed*, zapatos buenos, franelas aparentes… Luego observé que al hacer uso de los cubiertos de la mesa mostraba una seguridad que estaba por encima de la buena educación, propia de una persona ponderada y segura, indiferente a los juicios de los demás, no tanto porque infravalore al resto, como por haber tasado perfectamente sus propios quilates. A los postres tiró de puro habano, que llevaba guardado en el bolsillo. Aunque se apresuró a romper la vitola, aún me dio tiempo advertir que se trataba de un Cohibas. Seguramente lo hizo por delicadeza, para que yo no sacase mis propias conclusiones y llegase a pensar que su literatura le daba para esa clase de cigarros que aquí solo fuman los presidentes del gobierno o los aspirantes a presidentes del gobierno, en contraste con todos los escritores a los que sus ganancias no dan más que para celtas cortos, si acaso. Fue un buen detalle, la verdad, ese de sustraer a mi mirada los signos de ostentación, que suelen decir los obispos. Luego seguimos todos hablando. Era una comida agradable, y es verdad que aun no sintiéndome a gusto, mentiría si asegurase que me hallaba a disgusto. Al contrario. Siempre le agradeceré a X que quisiera presentar la novela, podía no hacerlo, y lo hizo. Y eso solo es suficiente.

A la comida vinieron también tres o cuatro escritores a los que conocí entonces. Fueron todos muy atentos. Yo me decía: esto es el club de las almendritas saladas; ya los has conocido. Ellos, que sí se conocían entre sí y de muy antiguo, se conducían con naturalidad, sin afectación, con eso que los novelistas decimonónicos llamaban una gran distinción.

Yo, la verdad, creo que no. No es que no fuera distinguido como ellos, sino que había algo que delataba que aquel no era mi lugar, y eso me hacía sufrir, porque me habría gustado ser como ellos, haber tenido la misma chaqueta, los mismos zapatos, los mismos editores, los mismos críticos, los mismos elogios que tienen ellos, incluso las mismas críticas, no haber desentonado. Estaba en el club de las almendritas saladas, desde luego, y bebía su *whisky*, pero me encontraba allí como está ese pariente pobre con el que todo el mundo quiere ser simpático, precisamente para que no se dé cuenta de que no pertenece a ese círculo social, para no herirlo demasiado, porque son eso, unos caballeros. De momento me han sentado con ellos, pero creo que en cuanto se nos acaben estas almendritas, va a venir alguien diciendo que tienen que cerrar, saldremos todos, será de noche, nos despediremos y si por un casual quisiese venir al día siguiente, el portero no me dejaría entrar alegando que no me conocía, en lo que no le faltaría la razón.

De modo que allí estaba yo, como un hombre acomplejado, con ese resentimiento que todos llevamos dentro, el pequeño provinciano que cuando va a entrar en algunos locales aún revista el estado de sus zapatos, tratando de disimular, tratando de que nadie le note los zapatos sucios, controlando sus maneras, procurando no destacar, dejando que los demás lleven las conversaciones, ni mejores ni peores que las que él podría sostener, sino suyas, seguras, despreocupadas. Hubo un momento en que sentí pánico. Habría querido salir corriendo, decir, basta, no puedo más. Es demasiado el esfuerzo. Pero al mismo tiempo sonreía, al mismo tiempo me conducía como si hubiese nacido allí e incluso me inclinaba un poco hacia adelante, doblando un poco la espalda, para escuchar mejor frases como las mías, que no valían nada.

¿Se dio alguien cuenta de todo esto? Yo creo que sí, pero aunque no fuese así, me daba cuenta yo, y un sufrimiento como ese, tan banal, aumentaba un sufrimiento real, como cuando a una jovencita le mortifica el vestido que lleva puesto, porque piensa que le sienta mal, y cree sufrir por ello, para no tener que reconocer que es desdichada simplemente porque no es amada, y su pequeñez logra borrar todo el otro dolor universal, porque es su dolor el que la incumbe, y no el dolor del mundo.

Algunas veces he pensado que si llego a resolver todos estos

complejos sociales, seré una persona completa y libre. Pero esa es precisamente la clase de cosas que jamás se resuelven cuando no se tiene un lugar a donde ir. Es claro que ese club no será nunca el mío, pero a dónde volver, con quién, si nadie me espera en ninguna parte, si ni siquiera bebo, si ni siquiera me gustan las almendritas saladas ni lo que no fuera eso. Y es así como la soledad empieza a ser algo más que esa palabra con la que los escritores juegan lanzándola al aire para hacerla describir airosas parábolas de diábolo, a fin de que la admiren bien quienes van a pujar por ella en la subasta pública.

En cierta ocasión alguien me dijo que ellos sentían algo parecido, que nadie se siente cómodo en ese club, que también al entrar vigilaban sus manos, sus pies, el lugar donde ponían el brazo o la frase. Pero, entonces, ¿por qué seguir yendo por ahí? No lo creo. Las cosas existen mientras se necesitan. Pero lo que es patético es aspirar a algo que no se necesita o desdeñar lo que necesitamos. Esa inadecuación entre el deseo y la realidad nos hará infelices.

DESDE hace dos semanas X te telefonea a diario. Lo hace desde la editorial, porque eso no le cuesta. Llama y no habla de nada concreto. Podría hablar de él, incluso de ti, pero no lo hace. Se ve que solo quiere que no veas en él un enemigo. Y eso te irrita más aún, que se le haya pasado por la cabeza que podrías considerarle un enemigo, cuando solo ha sido el que rechazó la novela. El portero que cerró la puerta.

AL caer la tarde bajé a darme un paseo, después de haber pasado el día solo. Todos los días son lo mismo. Te levantas, llevas tus hijos al colegio, la mañana la pasas en casa. Llega la hora de comer, y me veo frente al televisor, con una bandeja, mirando las noticias, solo también, comiendo cualquier cosa, deprisa, para no oírme masticar, para no darme cuenta de lo brutal que es meterse la comida en la boca, masticarla, deglutirla. A la media hora vuelvo a mi mesa de trabajo. Llegan los niños dos horas después. Entonces oigo risas al fondo de la casa, como si la marea, demasiado baja durante todo el día, subiese en ese momento. Risas como olas, rompiéndose en los muebles, en el pasillo, en sus juegos. Voy, impongo un poco de orden, y también ellos se ponen a estudiar y a preparar sus deberes. Entonces el silencio de la casa es de otra manera, como un árbol del que caen los frutos maduros, noto cómo

caen esas pomas. Las oigo en el cuarto de los chicos. O mejor, como uno de esos agujeros enormes en un pedazo de queso suizo. Así van creciendo, son silencios en medio de una materia mayor, y real, la de dos vidas que ya son enteramente distintas. A veces M. viene pronto y podemos estar un rato hablando de algo, o escuchamos un poco de música, en silencio, otra clase de silencio, completo en todo. A veces no. A veces viene tarde. Entonces la espera es demasiado penosa y he de bajar a la calle, no sé a qué. Doy una o dos vueltas a la manzana. Paseando con las manos a la espalda el mundo adquiere una normalidad que nunca ha tenido. No entro en las tiendas, tampoco en los bares, no veo escaparates, me fijo solo en la gente que pasa, con la ilusión de ver algo, un atraco, una discusión, una pandilla de oficinistas que se van a celebrar una despedida de soltero o alguna chica bonita, que vuelve deprisa a su casa o que acude a la cita con su novio. Una vez me preguntó un amigo si a M. no le molestaba que uno mirase tanto a las chicas, pero creo que no. Sabe que baja uno a la calle a mirarlas, si pasan, pero de la misma manera que el hombre que abre un libro de láminas a todo color. Le gusta verlas ahí, pero no las arrancaría, no las cortaría tampoco con una cuchilla para pegarlas en la pared. Le gustan en el libro, mirarlas y guardarlas para cuando le hagan falta de nuevo. Las chicas de la calle son un poco como esas estampas, barnizadas y con el apresto intonso, lo mismo que el resto de las escenas, los tenderetes de la pescadería de Fernando VI, los zapatos de la zapatería, la agencia de viajes, con sus carteles de colores chillones. No se me ocurriría meterme a pescadero, ni siquiera a hablar con él como no fuese para comprar pescado, tampoco querría arrancar a la chica de la calle por donde va y subirla a un hotel y hablar con ella y tener que preguntarle por cosas que no comprendería y tener que decirle cosas que también le resultarían extrañas. Así que todo es como una estampa. Nunca pienso que ocurra nada, porque jamás ocurre nada y cuando ocurren son siempre historias imposibles y tristes. De modo que todo eso que ve uno, está un poco muerto. Es la vida, pero está deshabitada por dentro, y trato entonces de darle un poco de la vida que me ha quedado de todo el día, como un resto de humanidad, la misma que me ha lanzado a la calle. Así es que me alegro de salir a esa hora del atardecer, como hoy, cuando las tiendas aún no han echado sus

cierres. No estaba triste ni estaba alegre. Solo estaba cansado. Algunas veces, leyendo en *El libro del desasosiego*, noto que la conciencia de final pesa demasiado en el alma de Bernardo Soares. Él ha querido contar su vida, pero en su vida solo ocurren cosas que son tristes, porque es un hombre que vive solo. Sin embargo a mí me suceden cosas. Algunas son cosas intrascendentes, y me avergüenzo no de que me pasen cosas intrascendentes, sino de la facilidad que tengo para fijarme en ellas, porque también tengo la ilusión de que mi alma sea mucho más grande que el mundo que vivo. Pero no es así. Entonces me doy cuenta de que he de vivir con lo que soy, que es siempre mucho más difícil que vivir con lo que no se es. Cuando alguien no es algo, y sueña, como Bernardo Soares, tiene esa esperanza al menos. Yo no tengo sueños, porque mi vida no es del todo desgraciada, y eso es lo que me pone en cierto modo triste y me hace desdichado. No el que sea feliz, sino el no poder tener sueños normalmente. Solo cuando soy un poco desdichado sueño. Y mi sueño, mientras voy paseando, es, paradójicamente como el sueño de los pescaderos, de los oficinistas, el de la muchacha tal vez: que los chicos crezcan sanos, que no sean inoportunas las facturas del mes, y llegar a viejo, junto a ella, sin demasiados achaques, y poder dejar este mundo después de haberlo sostenido un poco para que no se derrumbara. En fin, toda esa basura en la que un escritor serio no pensaría, en la que no vale la pena detenerse, porque para eso ya están los publicitarios que hacen los *spots* de Heno de Pravia. Pero eso es en realidad lo que hago cuando bajo por la tarde, como hoy, a dar dos o tres vueltas a mi manzana. A vigilar que todo está en su lugar, que no ha habido una catástrofe y se ha venido abajo. A velar para que eso siga en pie y pueda dentro de unos años servirle a alguien que al final de la tarde precise de ese corto paseo porque no siendo desdichado no es tampoco feliz, y porque sabe que el sueño es precisamente ese, el irrealizable sueño de que todo vaya a seguir en su lugar y no a morir con nosotros, y a acabar, y a ser otro más de los fracasos diarios.

CUANDO vuelven los primeros vencejos a Madrid, le entran a uno ganas de hablar con ellos.

EN Valladolid hay ahora dos o tres librerías de viejo. Cuando yo estudiaba allí solo había una, la de Pepe Relieve.

De esa librería, a propósito de la obra del poeta Paco Pino, yo he escrito alguna cosa.

Es una librería bonita, cerca de los soportales de la plaza mayor, en el barrio con más carácter de ese pueblo. El ejemplar de *Rosario de sonetos líricos* viene de allí, lo mismo que la mayor parte de los libros del propio Pino, todos impresos en tiradas cortas de cincuenta o cien ejemplares. Cuando pasa uno por Valladolid, si le sobra algo de tiempo, suelo darme una vuelta por el único lugar de esa ciudad impar en el que he sido más o menos feliz. Que uno solo se lo haya pasado bien en una librería de viejo… ¡Con eso ya está dicho todo! Cada vez está más decrépita y hundida, más vieja y cochambrosa, los libros son restos de bibliotecas de seminario y manuales de Medicina y Derecho, pero el librero es un hombre simpático, medio anarquista. En aquellos tiempos él solía vender, de tapadillo, algunos libros prohibidos, de los poetas comunistas, mayormente, que nos facilitaba sin dejarse tentar por la especulación.

Hacía al menos diez o doce años que no había estado en ella, creo que desde que dejé de vivir en ese pueblo.

La librería es pequeña, ténebre, poco ventilada. Todo en ella es de madera, el mostrador, las estanterías, unas maderas viejas que el tiempo y los rigores de Castilla han descuadrado y torcido. Están pintadas de gris, un gris naval. Siempre las recuerdo de ese color. Quizás no sean de ese color, sino pardas. Puede ser. Pero lo que sí sé decir es que tienen ya muchas manos de pintura. Se pintan, el polvo se apelmaza en ellas durante veinte años y se les vuelve a dar una mano de pintura sobre la mugre. Al final eso tiene una consistencia pétrea, que las hace invulnerables al tiempo, blindándolas para la desidia y las estaciones varadas, como a los buques.

La librería tiene un par de escaparates, de estilo hornacina, de los que tienen unas puertas que los cierran, aprovechadas también como expositores de libros. En ellos el librero Relieve suele poner lo más florido del establecimiento. Son libros que tampoco valen gran cosa, pero están lo bastante bien elegidos como para que alguien, conocedor del ramo, se haga la ilusión de que va a encontrar dentro algún tesoro.

Siempre que va uno a la librería, el librero se excusa, sin embargo, con muy buenos modales por no tener nada que valga la

pena, y habla siempre de dos o tres bibliófilos de la ciudad que se lo llevan todo, por lo que uno siente por ellos, desde hace años, una fuerte antipatía, pese a no conocerlos ni saber de quién se trata.

Es también un hombre de una paciencia infinita. Cada dos minutos se asoma a la puerta un estudiante preguntando por alguno de los libros que les obligan a leer en clase. Él nunca dice no de malos modos, sino con la resignación del que sabe que ya es viejo para torcer su destino.

Yo pensaba que no se acordaría de mí porque hacía eso, doce o trece años, que no iba por allí, pero en cuanto me vio, me dijo:

—No es verdad que yo sea un viejo. Ni la bombilla es de 40 vatios, sino de 200; los estantes no están vacíos y aquí no hay polvo.

Me dijo todo esto el hombre muy nervioso, con ese tartamudeo de las personas tímidas pero valientes. Al principio pensé que me lo decía en broma, pero noté que una venilla de la frente la tenía un poco hinchada y se le rebrincaba algo, así como que la coloración del rostro, vinácea, se encendía algo, empezando por el cogote, ocupando ambas orejas y extendiéndose por la muy despejada frente.

Yo no sabía a cuenta de qué me reprochaba aquellas cosas, y como se percató de mi ausencia, se encargó de repetirme la lista y citarme de paso el título del artículo donde había contado uno tales inexactitudes, y también el periódico donde había aparecido, y la fecha, todo en un tono igualmente desasosegado.

Entonces le dije:

—Pepe, la literatura es exagerar sin hacer daño a nadie.

Me parece que no lo entendió. Entonces tuvimos que entrar en el terreno de lo concreto, y hubo de reconocer que la librería estaba algo dejada a sus telarañas, lo mismo que la estampa de los estantes medio vacíos y el sotabanco que hacía de mostrador era desoladora, pero porfió diciendo que eso era algo reciente, no de cuando apareció aquel artículo. A los libreros de viejo hay que darles la razón siempre, y no me costó dársela a mi buen amigo, para pasar a hablar de otros asuntos más entretenidos.

Muchas veces la librería está cerrada. Pega en la puerta un cartel que dice: «Ahora vuelvo», se pone una gorra negra que tiene, muy barojiana, y se fuga a tomarse unos vinos con algún amigo que le

saca. A veces vuelve, a veces no, como aquel boticario de Priego de Córdoba, al que los amigotes venían a buscar a la farmacia para malearlo, y que mandaba al mancebo a su casa con el recado de que le dijese a su mujer que si no llegaba para comer, tampoco le esperase para cenar.

Los estantes esta vez estaban aún más vacíos que hace doce años, y los pocos libros que quedaban, de entonces todavía, se amontonaban unos sobre otros con esa falta de modales que caracteriza a los borrachos cuando deciden dar por concluida la juerga y vuelven abrazados a casa entrelazándose por los hombros.

Uno se pregunta siempre: ¿De qué vivirá Relieve? No tiene libros, no los vende, y lleva sin embargo cuarenta años como librero. Tampoco parece ponerse nervioso. Es un hombre aniquilado ya por el medio, o resignado a él. Otros libreros le cuentan a uno la desesperación en la que viven por falta de dinero, por falta de género, o por falta de las dos cosas. Relieve, que es un hombre sabio, ha logrado que esas cosas le den perfectamente lo mismo. Abre la librería a una prudente hora, las diez o las diez y media, y a la una y media se va con los amigos a tomarse esos chatos de vino, sin contar el asueto de la media mañana para el café. Por la tarde llega a las cinco o las cinco y media, y se marcha a las ocho. Es un misterio también dónde y a quién compra los libros. Da la impresión de que no compra bibliotecas como hace el resto de los libreros, sino que los libros se los compra de uno en uno a las viudas que van a vendérselos a primera hora para comprarse la comida de ese día.

Así como puedo atestiguar cómo es la librería, del librero todo lo que dijera sería una suposición. No sé por qué razón siempre creí que era un elemento anarquizante, pero es verdad que era amigo de muchos viejos comunistas, y puede que él fuese también simpatizante de los comunistas y no de los anarquistas. A lo mejor no lo es ni de los unos ni de los otros. También tengo la idea de que es un librepensador, pero en Valladolid las cosas no son como en las demás partes y los librepensadores pueden ir a misa todos los domingos, como el propio Pino. En fin.

Mientras veía libros, es decir, nada, entró en la librería un conocido de Santander, de paso en Valladolid. También tenía una hora libre y se había pasado por allí. Me vi reflejado en él, y sentí

una gran lástima por los dos.

Como no quedaba rincón ninguno que fisgar se formó una pequeña tertulia. Antes el librero sacó de la trastienda tenebrosa un botijo. Y digo tenebrosa sabiendo de lo que hablo, pues si la bombilla del comercio propiamente dicho es de 40 vatios, la de dentro con suerte podrá alcanzar los veinte. Y digo también botijo, aunque en realidad fue una de esas botellas de plástico transparente azulado, pero me parece que lo que tendría que haber salido de aquella cueva casticista tendría que haber sido un botijo y no una vulgar botella de agua mineral. El caso es que ninguno había pedido agua de beber, pero nos dijo que no era para beber, sino para lavarse las manos, que teníamos negras. Yo hice ademán de salir a la puerta y poner las manos debajo del chorro, pero el librero dijo que no hacía ninguna falta, que se podía hacer allí mismo. Cayó parte del agua en el suelo de la tienda que la absorbió como si fuese de tierra, y la otra parte sobre unos montones informes de noveluchas del oeste, manoseadas y echadas a perder. Después de mojarnos las manos, nos informó de que toalla en cambio no tenía, que ponía el agua, pero no la toalla, aunque nos sugirió que si éramos tan finos que no podíamos secarnos las manos en la culera de los pantalones arrancásemos las hojas de unos libracos y nos las restregáramos en ellas, aunque no lo aconsejaba, pues entonces nos las mancharíamos de tinta otra vez, y de polvo.

Hablamos durante una hora o así, de todo y de nada, de las cosas que se hablan en las librerías de viejo, luego nos invitó a salir, echó los cierres a la tienda, se puso su gorra y se fue. Esta vez no era una de esas gorras negras de pastor soriano, sino una más elegante, de tela escocesa a cuadros, como las que sacan los señoritos cuando van de caza. De modo, oh misterio, que el negocio va incluso mejor. Marchaba despacio, con muy buena planta. Habría podido parecer un boticario o algo mejor, pues en provincias, a diferencia de Madrid, los libreros, a poco aseados que sean, al llegar a los cincuenta, adquieren todos un porte muy honorable. En Madrid, no se sabe por qué, ese porte no lo llega a tener casi nadie entre los del gremio. Podrían pasar por otras muy nobles profesiones, pero nunca por boticarios.

(…)

Siguió la caravana a tierras de León, donde debía proseguir la

tortura de la presentación de la novela, y al pasar por Medina de Rioseco paramos a mirar los anticuarios. Hay dos, son gitanos y se llaman a sí mismos *antiguarios*, como si sus mercancías fuesen aún más antiguas que las de los otros anticuarios de otras partes.

La mayor parte de las cosas que venden suelen ser falsas. Los gitanos antes falsificaban bestias, las esquilaban, les daban albayalde en los dientes y les ponían unos polvos mágicos en las orejas para que parecieran lozanas. Ahora falsifican bargueños, marcos, retablos de iglesias y cuadros. No engañan a nadie. Yo conocí en León a un pintor que pintaba al día dos o tres tablas románicas. Las llevaba a la tienda de los gitanos, estos las mostraban en los escaparates, después de haberlas oscurecido con el aceite viejo de refreír y horadado aquí y allá con un buril, para imitar las cuevas de la carcoma. Entonces llegaba el listo del país o del extranjero, veía la tabla y con esa autoridad del pedante, se hacía el distraído, para que el gitano no viera que acababa de descubrir una joya del románico. El gitano, que le veía, ponía cara de panoli, y no decía nada, sentado en su silla, escéptico de todo. Entonces el experto preguntaba, ¿es de por aquí? Naturalmente se refería a si lo había conseguido en alguna iglesia de la región. El gitano respondía o sí o no sé, haciéndose el tonto. Cuando llegaba la hora del precio, daba un precio alto, pero no lo bastante como para asustar, y el experto compraba por cien lo que no valía nada, creyendo que se llevaba un tesoro de un millón; el gitano daba cincuenta al pintor y él se quedaba con las otras cincuenta.

Alguna vez en los compradores, cuando alguien les sacaba de su error, podía más la ira que la vergüenza de haber sido estafados, y acudían a la policía. Esta iba a ver al gitano, y el gitano siempre respondía lo mismo: Yo no he engañado a nadie, no he dicho que esa tabla fuese románica. Además hay que ser muy idiota para pensar que una tabla románica, que valdría un millón, yo la diera por cien. Y la cosa se quedaba ahí. A los gitanos solo se les puede comprar o lo que no vale nada o lo que vale mucho, es lo único que tiene garantía de valer algo, en un caso porque se les haya pasado el valor, y en el otro, porque ellos mismos son los primeros en reconocer lo que vale.

Como quiera que sea, si se pasa por Medina hay que ir a ver a los gitanos. Los abuelos eran chatarreros, los hijos se pasaron en los

años cincuenta a la antigüedad, los nietos consolidaron el negocio y empezaron a llevar corbata, y los biznietos están todos estudiando ya en la universidad la carrera de arte.

Medina es un pueblo castellano que fue grande y próspero. Ahora se le ve consumido. Es quizá lo que a uno le gusta más que otra cosa, esa decadencia, que fuese algo y no fuese nada ya, o sea, que fuese eso, que es mucho más que ser ahora. La decadencia suya vale diez veces más que el desarrollo de Valladolid o Palencia, de eso no hay duda. Tiene una calle mayor pina, torcida y con soportales donde hay una docena de tiendas que en su día tenían la carpintería de puertas y escaparates de un modernismo bastardo, hecho por el carpintero local, que lo imitaría de las revistas de la época, y que habla de un esplendor de la comarca en los años diez, durante la guerra mundial. Habría que leer las historias locales, pero no sería raro que los propietarios de ovejas de esta región se enriquecieran lo indecible vendiendo la lana a los catalanes, quienes a su vez la manufacturaban como mantas al ejército alemán. Hay una novela de Ciges, *Los caimanes*, que trata ese asunto. Habría que volver a leerla para saber si menciona el lugar.

El pueblo tiene un paseo bonito por esa calle corta y en cuesta, porque la mayoría de las tiendas guardan todavía cierto sabor años treinta o cuarenta, incluso la pastelería en cuyo escaparate se ven unos pasteles grandes y desangelados, del tamaño de los adoquines, roscas de Castilla, con merengue seco por encima y unas cornucopias de las que sale una crema pastelera compacta, indisoluble, y de un color de extraña tumefacción.

Frente a uno de los anticuarios había una vieja casa de adobe, un caserón de paredes desconchadas y pesarosas. Cuando llegamos, el sol, que empezaba a calentar, doraba el barro y sacaba de las tejas colores nobles de pendón medieval, uno de esos pendones harapientos de tonos pérsicos y tostados. Y tumbado al sol había un galgo lebrero de color gris, dormitando, arrebujado en un lío de patas.

Al pasar a su lado abrió los ojos y nos miró. Hay perros que al mirar te leen el pensamiento. Aquel galgo debió leer el mío porque pareció ponerse un poco más triste y querer aconsejarme: «Criatura, no hagas literatura»…

Ya en mi pueblo me llevaron a firmar libros a una librería, la

más importante de todas, la más antigua, en la misma plaza de Santo Domingo.

Era la librería católica de León, aunque decirlo así no es aclarar demasiado las cosas, porque en León hace treinta años, cuando yo era chico, todas las librerías eran católicas.

Si en la librería de Pepe Relieve hacía doce años que no entraba, en esta otra haría fácilmente veinte que tampoco, desde que me fui de allí.

Cuando he vuelto a León, por las Navidades, alguna vez paseando, paso por delante de los escaparates. Aprovechando también las Navidades y que los forasteros vuelven a la tierra, el librero, que siempre ha sido un hombre de gran capacidad comercial, monta en su escaparate, junto a dos o tres ejemplares del almanaque del Sagrado Corazón de Jesús y otras cosas útiles, una bien surtida sección dedicada a «Autores leoneses» con doce o catorce libros, con el fin de dar ideas a los que no saben qué regalar. Cada año son unos, a veces los mismos. Lo que no varía es el almanaque y dos o tres libros píos. Cada año, flaneando, pasa uno por delante de la librería, pero en los últimos veinte años jamás había visto uno libro ninguno suyo. Este pequeño detalle, quieras que no, nos hace tomar nuestras distancias, quizás porque allí, en el pueblo de uno, no deja de ser una pequeña vejación ese ninguneo, con toda la familia pasando a todas horas por delante del establecimiento y suponiendo que lo de la literatura que dice uno que hace no es más que una tapadera ful para negocios insospechados.

Me sorprendió encontrarme al librero con el mismo aspecto que cuando lo vi por última vez, si acaso un poco más viejo, pero no demasiado, sonrosadete, pulcro, con manos un poco monjiles. Todo lo que de amable y acogedor tenía el librero de viejo de Valladolid, lo tuvo siempre el otro de refractario y aborrecible, aunque no con el elemento clerical. Con el elemento clerical y reaccionario de la localidad siempre fue un hombre de maneras untuosas y serviles, porque en esa librería le compraban los misales, los breviarios y los libros del culto todas las monjas, curas y frailes de la provincia, de manera que un negocio como el suyo que en una ciudad medio normal habría sido un completo fracaso, en León ha hecho de ese comerciante un hombre rico.

Cuando era estudiante, en los largos veranos, yo iba a esa tienda de vez en cuando a aprovisionarme de libros, porque al fin y al cabo era la mejor abastecida. Escogía tal o cual novela y cuando quería darme cuenta, lo tenía detrás de mí. Me arrebataba de las manos el libro en cuestión y leía el título. Nunca encontraba los libros de su gusto, todos le parecían pecaminosos o con ideas peligrosas, aunque jamás había leído uno solo de ellos, lo cual en León es algo perfectamente compatible. Estamos hablando de Unamuno o Baroja, tampoco vayamos a pensar otra cosa, en ediciones de Austral o Alianza. Entonces, sin venir a cuento, le echaba a uno un sermón sobre lo que los jóvenes estábamos haciendo con España y que éramos unos ingenuos en manos de quienes nos manejaban en la universidad. Jamás supe qué pensaba que le daba derecho a hablar en aquel tono impertinente. Quizá que conocía a mi tío el cura. Pero eso no era nada especial, porque conocía a todos los curas y a todas las monjas de aquella plaza. Es posible que algún alma franciscana le hubiera contado que uno estaba metido en la agitación, en la combinación comunista. Es probable. Era también un hombre de una ignorancia irritante, solo comparable a la impertinencia con la que hablaba de las cosas de las que no sabía una sola palabra. El caso es que las visitas a aquella librería se hicieron cada vez más desagradables y odiosas, y empecé a marear otros caladeros locales en busca de provisiones para el espíritu. Un día, el último que le vi, le dije que si le parecían unos libros tan malos, lo que tenía que hacer era no venderlos, no se fuese a condenar también él amargándome a mí el infierno para toda la eternidad. Se puso furioso y en la escandalera empezó a amenazarme y a asegurar que él no necesitaba vender libros a tipejos como yo, y que haría mucho mejor no volviendo por allí.

Ya no volví nunca. Cuando el otro día me adelantaron que tenía que firmar libros en esa librería, me encogí de hombros. Me habían contado también que el negocio lo llevaba ahora un hijo, que no se parecía en absoluto al padre, comerciante como él, pero con otras maneras. Entonces dije, bueno, sí, vayamos. Si lo lleva un hijo, no tengo ningún problema. Pero a quien yo me encontré, en cuanto traspuse el umbral, fue al viejo.

Cuando me vio entrar, bajó la cabeza para facilitarse la visión por encima de esas gafas partidas por la mitad y que se sujetan al

cuello con un cordón, y me dijo:

—Andrés *García* Trapiello —subrayó el García con la misma impertinencia de siempre. Le vi en el mismo lugar, allí, con su cabeza de sacristán vencida sobre el pecho, como si no se hubiese movido de sitio en todos estos veinte años, a la espera de que volviera un día.

El graznido fue tan desagradable y agudo que la gente que estaba en la librería en ese momento volvió la cabeza, porque seguramente pensó que le habían pillado robando libros a alguien o alguna cosa peor.

—¿Por qué te has quitado el García?

Me quedé tan desconcertado, me pareció tan increíble que lo primero que me decía fuese tamaña impertinencia, que fingí distraerme, y miré a otra parte, como si estuviese reconociendo las reformas de estos últimos años, como ese extranjero que vuelve a su patria después de mucho tiempo y no acaba de reconocer el país.

Habían hecho desde luego algunos cambios, pero la estupidez de aquel hombre me llevaba de nuevo a los primeros e irrespirables años setenta con no inferior violencia que a Proust una magdalena le arrancó de su vida de adulto para llevarle a su vida de niño.

Cuando me apercibí de que me cotorreaba de nuevo, volví a mirarle.

—En fin, claro que esta novela será distinta y venderá… La primera, cómo se llamaba, eso…, sí, *Luna de lobos*; era flojita… —concluyó con satisfacción.

Quiso dar a la última frase la entonación de ese confidente cuya necedad le hace creer que será más estimado por la crudeza de su declaración.

Aquel hombre, al que no había visto en veinte años, con el que jamás había intercambiado una sola frase de complicidad, estaba delante de mí escupiéndome que una novela que no había leído y que no había escrito era… flojita.

Cómo no le mandé entonces a la mierda será uno de esos enigmas que jamás podré resolver en todos los días de mi vida y una espina clavada en mi amor propio. Debieron, no obstante, inyectárseme los ojos en sangre, porque vi que el pobre diablo se asustaba, y ensayó una maniobra de repliegue.

—No te lo tomes a mal, pero yo no tengo pelos en la lengua. A

mí me gustan las cosas claritas, —me confesó, como si eso fuese en él una enfermedad incurable con la que tuviera que apencar todo el mundo, y el diminutivo se me clavó de nuevo como el alfiler de esa monja que mantiene el orden en el colegio a base de alfileretazos sabiamente administrados.

Se hizo un silencio desagradable, largo y tenso. La chica de relaciones públicas de la editorial, que me acompañaba, me miraba llena de espanto, y me sujetaba de la manga, temiendo que yo me diera media vuelta y saliera de allí, o peor, que atacara a aquel viejo estúpido. Al cabo de un rato, sin embargo, bien cuando creyó recuperado su aplomo, bien cuando vio que yo había bajado la guardia, tuvo a bien recurrir a una frase puente, para resolver definitivamente la conversación, una frase cuya construcción era de una gran audacia.

—Sí, flojita. Yo la leí y no tenía nada… Bien —añadió a continuación con celeridad, sin dejar un solo espacio para impedir que se pusiese en entredicho el juicio anterior— ¿te saco una mesa para firmar ejemplares? Mejor no, eres joven y puedes hacerlo de pie…

Ah, tierra mía querida, burgo amado, qué grato es caer de nuevo en tu materno abrazo, que diría Leopardi, aquel a quien sus paisanos creyeron que se tomaba por superior, aunque de ello jamás les diera muestra.

Firmé en toda la tarde un solo ejemplar. El librero, que debía pensar que es el destino el que se encarga de cortarnos la cresta a los espíritus rebeldes, bajándonos los humos y poniéndonos en el lugar de donde jamás habríamos tenido que salir, estaba pletórico y su placer era muy superior al posible disgusto por la falta de ganancias, de manera que aprovechó la feliz circunstancia para contarme que la semana pasada había estado firmando en la librería, «ahí, donde tú estás», explicaba con estudiada indiferencia, para añadir verismo a su relato, Vizcaíno Casas. Un gentío, decía, y aseguraba que la cola llegaba hasta San Marcelo, que es una iglesia que estará como a unos doscientos metros, atravesados por la calle principal.

Al despedirnos de él, no quería soltarme la mano, como les enseñan en el seminario a los curas, para el mejor ejercicio de su ministerio. Noté la suya fría y llena de huesos picudos.

—Bueno, bueno, por fin otro leonés famoso… —se despidió en medio de un largo suspiro que mostraba a las claras cuánto lamentaba ese hecho.

Era como si para él el cupo ya hubiera estado cerrado desde hacía tiempo y ahora hubiese tenido que tomarse la molestia de recolocar su famosa sección de «Autores leoneses», lo que no le hacía ninguna gracia.

Solo entonces, cuando lo dejé atrás, empecé a darme cuenta de que estaba en mi tierra.

La relaciones públicas de la editorial me preguntó entonces si yo le había hecho alguna vez algo. Le dije que no, que hacía años que no le había visto, y que nunca habíamos hablado fuera de su librería.

—No es posible —me dijo—. Este hombre te detesta.

—Supongo, pero no sé por qué. Seguramente no es más que estúpido.

Y me encogí de hombros.

(…)

Antes del almuerzo pude escaparme y pasear yo solo por los vacíos jardines de San Marcos. Soy de este pueblo, pero jamás había estado en ellos. Siempre había visto las cosas desde el otro lado del río, y de la pobreza.

Es un jardín de convento, modesto, pero bonito y cuidado, junto al río.

Desde ese jardín se ve el Bernesga, embalsado, y el puente romano.

Aún recuerdo cuando se hizo la obra de canalización y represa. Yo era un chico. Una vez se ahogó aquí un muchacho que montaba una piragua. La noticia corrió como la pólvora, y el puente se llenó de gente que esperaba que los bomberos encontraran al ahogado. Yo vine también, pero solo alcancé a verlo meter en un coche fúnebre.

Es una parte bonita del río. Recuerdo cuando mi madre iba a ver a su hermana hasta el barrio de Pinilla, las tardes de los domingos, y nos llevaba con ella. Había que pasar todo a lo largo del río, por un viejo dique de piedras, junto a un muro. Era una calzada estrecha. Cuando se encontraba uno a alguien que venía de frente, había que tomar precauciones, porque podía uno caer abajo. Había

por aquella zona muchos solares y huertos todavía con manzanos que daban unas manzanas agrias que algunas veces robábamos únicamente por el placer de la aventura. Luego las lanzábamos con todas nuestras fuerzas para llegar a la corriente. Muchas se partían entre las piedras, pero otras alcanzaban el agua y las veíamos marchar flotando río abajo, como balsas cuyo secreto solo nosotros conocíamos. Ahora toda esta parte de la ciudad es irreconocible, han hecho con ella algo monstruoso e inhóspito.

Estas eran las cosas en las que pensaba mientras iba paseando, con las manos atrás, arriba y abajo, solo, en aquella desolación íntima de la que solo yo podría haber dado cuenta.

Hacía un solecico hospitalario y soplaba el aire fresco de la montaña, de esos que arrancan color a las mejillas. Miraba hacia aquella parte por la que íbamos los domingos, y me estremecía la idea de que pudiese verme de pronto, desdoblado de mí, treinta y cinco años antes, porque la sugestión en ese momento era tan grande que llegué a sentirme muerto para poder ver al otro vivo, como dicen que ocurre con las personas que han estado a punto de perder la vida en un accidente. El accidente para mí era estar en aquellos momentos en el pequeño jardín.

Desde nuestra casa se veía este mismo hostal. Recuerdo cuando se inauguró las cosas que se dijeron de él. El chovinismo de Fraga, fue quien lo inauguró, llegó a asegurar que era uno de los hoteles más lujosos de Europa, y los leoneses, que jamás hubiéramos podido comprobar algo así, porque ni viajábamos ni íbamos a dormir en un hotel teniendo nuestra propia casa, con cuánto nacionalismo lo dimos por bueno. Fue el ejemplo más alto de la abundancia y la riqueza que se conoció en León, y la primera vez que vimos un criado con librea. Algunas veces, cuando no teníamos dónde ir, nos acercábamos a una distancia prudencial para admirar coches de lujo que no se habían visto jamás en el pueblo. Podría decir que veíamos también mujeres jóvenes, perfumadas, hermosas, entrando y saliendo junto a hombres que las elegantizaban, pero sería mentira. No recuerdo ninguna mujer. En cambio sí me acuerdo de los coches, los Mercedes, los Chevrolets lustrosos, los Jaguar heráldicos, incluso en una ocasión un magnífico Bentley.

Fueron aquellos minutos en el jardín una mezcla extraña, no llegaban a ser tristes del todo, pero tampoco alegres. Era mi pueblo,

me reconocía en él, pero me sabía ya ajeno a aquella ciudad, incluso a mis paisanos, incluso a mi familia. De existir León en alguna parte, existe dentro de mí, en sombras que no han llegado a disiparse todavía, en mi corazón, sombras largas y doradas, como las del atardecer, o compactas y cortas, como las de la noche. Por fuera no queda nada. Y era quizá esa celebración, la de ver que aún las sombras vienen conmigo, lo que me puso alegre y triste al mismo tiempo.

Los recuerdos se atropellaban unos a otros de una manera casi obscena, pero sabía que los periodistas llevaban veinte minutos aguardándome, y que tenía que irme. Creo que es la primera vez que he hecho esperar a alguien de manera deliberada. Cuando llegué me esperaban ya sentados a la mesa. No conocía a ninguno de los periodistas. Algunos me miraban como examinándome, tratando de adivinar por qué habría tenido que ser yo el que saliera del pueblo y no ellos. No unas miradas rencorosas o ladinas, sino de extrañeza, y todos me dieron a los dos minutos sabios consejos sobre los peligros de la fama, que agradecí sinceramente, y empezamos a continuación por unas morcillas de Matachana.

Por la tarde fue la presentación, también en el Hostal. La hicieron en un sitio enorme, con los muros altos y de piedra, como el salón del reino, completamente abarrotado. Venían a darme la mano gentes horrendas, que me decían cosas amables pero incomprensibles, como en una pesadilla en la que todo sucede de una manera civilizada, pero en la que eso mismo es un sinsentido y un disparate. Mujeres a las que no conocía de nada, de la edad de mi madre, me llenaban la cara de besos, sin que yo pudiera evitarlo, y hombres a los que veía por primera vez en mi vida, me palmeaban la espalda y me decían que era un orgullo para León. Me sentía un poco como ese ciclista que ha ganado una carrera, y que a la vuelta le llevan a ver a la corporación municipal en pleno y al que luego, para ofrecerle eso a la Virgen patrona del pueblo, le conducen también a la catedral, en cuya puerta le está esperando un cura tocado con un roquete y un hisopo en la mano.

Vinieron el Gobernador, el Presidente de la Diputación, el Concejal de Cultura, no sé si el alcalde. Todos ellos se sentaron, creo, en la misma mesa, o en lugares muy visibles.

Naturalmente yo no confesé que la víspera había firmado solo

un libro, para no parecer resentido, cuando no era sino un poco de orgullo.

(…)

Creo que ha sido la primera vez que voy a León y no duermo en casa de mis padres. Me acordé del poema de Unamuno, aquel en el que describe todo lo que sintió, cuando una vez, siendo ya hombre, de vuelta a su Bilbao, tuvo que dormir en la cama en la que dormía cuando era niño.

A mí me pasó algo parecido, pero a la inversa, pues no dejaba de pensar que a menos de quinientos metros estaba la cama en la que dormía de niño y en la que duermo cuando venimos a León. Era, otra vez, como pensar que había en mí dos personas distintas, viviendo cada una vidas diferentes.

Yo creo que a mis padres les produjo cierta tristeza que no fuésemos a dormir y quién sabe si ellos han empezado ya a pensar en secreto, como a veces tienen que reconocer los padres, que su hijo, del que tampoco conocen tantas cosas, es en verdad un perfecto extraño para ellos. Creo que eso me produjo cierta tristeza, porque sé la fuente de donde mana algo así, mortificante y triste para todos.

Por la mañana fuimos M. y yo a ver el claustro de San Marcos. Yo lo conocía desde abajo, desde la iglesia, pero no desde arriba, desde las habitaciones del hotel.

Se veían los parterres descuidados e invadido todo por la hiedra, pero no lo bastante como para que el lugar sugestionase por su romanticismo.

En este mismo lugar, en el que estuvo preso cinco años Quevedo, estuvo preso también Panero y con él muchos otros, durante toda la guerra y después de ella. Panero logró salvarse, pero de aquí se llevaron muchos otros a los que dieron el paseo. Hay un libro del poeta Victoriano Crémer, que también estuvo preso aquí por rojo, que cuenta toda aquella experiencia, pero no es un gran libro, pudiendo haberlo sido. Quién sabe, Crémer es ya un hombre viejo y a esa edad uno ya no recuerda muchas cosas y otras muchas se ha comprendido que es mejor no recordarlas, porque la mitad de los que le tuvieron preso, amenazándole con matarle, siguen vivos y ha tenido que vivir con ellos todos estos cincuenta años, en el mismo pueblo, encontrándoselos por la calle a diario, y

él, para colmo, escribiendo en el periódico del Movimiento. Alguien me dijo cuando era chico que en los sarcófagos de piedra que había en el claustro dormían los soldados falangistas durante la guerra. El lugar perteneció al ejército durante muchos años, primero fue cuartel y cárcel durante la guerra y muchos años después un destacamento de la remonta nacional. Uno de los primeros recuerdos que creo tener de mi vida, tal vez el segundo o el tercero, tiene que ver con ese lugar. Estábamos en la cocina de mi casa. Como ya he dicho, desde allí se veía San Marcos. Entre San Marcos y nuestra casa estaban las Eras de Renueva. En esos descampados había huertos, solares y eras propiamente, donde aún se trillaba, todas esas cosas un poco mezcladas. Nosotros bajábamos, en el verano, a las trillas, y pasábamos allí todo el día. Aquello nos fascinaba. Pues bien, un día, mientras estábamos en casa, con la ventana abierta, se oyó una descarga de fusilería a lo lejos, mitigada por la distancia. Recuerdo que mi padre, con una solemnidad inusual, reconoció: «Ya está», y entonces mi madre, dejó lo que estaba haciendo, se secó las manos en el mandil, y se puso a rezar en voz alta la primera mitad de un Padrenuestro, que concluimos todos los demás, por la salvación del alma de aquel reo al que acababan de fusilar, y que se sabía iban a fusilar ese día, uno del maquis.

Yo he tratado de comprobar la veracidad de este recuerdo, y todos me han confirmado que es imposible que me acuerde de algo que no sucedió, pues los fusilamientos en San Marcos terminaron algún tiempo antes de que nosotros nos viniéramos a vivir a León. Quizá, me han sugerido en casa, yo mezclo sucesos diferentes, como es el hecho de haber oído contar en casa que la partida del maquis que había en la Vega de Manzaneda y que durante unos años extorsionó y amenazó a mis padres y a mis hermanos mayores, todavía pequeños, había caído en una celada, y que sus miembros habían sido juzgados en una causa en la que intervino mi padre y, finalmente, condenados a muerte y ejecutados. Se les fusiló en San Marcos, pero parece ser que esas muertes tuvieron lugar alrededor de 1948 o 1949, cinco años antes de que naciera yo y siete antes de que abandonáramos La Vega. Y sin embargo puedo reproducir uno por uno los fotogramas de esa escena, mi padre sentado junto a la ventana, mi madre secándose las manos y yo de pie, con dos o tres

años, sosteniéndome en la pata de la mesa. ¿Quién ha podido grabar en mi memoria una estampa como esa de no haber existido? Y sobre todo, ¿puede un niño de tres años percibir la gravedad del paso de la vida a la muerte, y en este caso además por un hecho de armas? Y sin embargo, cierro los ojos y allí me veo, mirando hacia la ventana y tratando de imaginarme cómo habrían fusilado a aquel pobre hombre en esa cárcel de San Marcos.

Treinta y siete años después allí estaba de nuevo, con recuerdos de hechos nunca ocurridos y sentimientos que jamás dejaron de estar presentes.

ANTESDEAYER, mientras firmaba libros en El Corte Inglés de Valladolid, apareció en la cola una amiga de entonces. Se me olvidó contarlo ayer porque ahora son muchas las cosas que suceden a la vez. No importa nada que lo haga ahora.

Al principio me quedé sin habla, porque la gente que hace cola en esos sitios para que le firmen un libro suele ser inverosímil por cualquiera de los lados que se la juzgue. Uno entiende las colas del racionamiento o para entrar a los toros o para irse con una fulana, ahora, ¿para que le firmen a uno un libro? ¿No es muy raro? Era yo creo una de las chicas más guapas de Valladolid y lo malo es que lo sigue siendo, más aún si cabe, porque está en ese momento glorioso de la belleza de los treinta y cinco años. Era y es bellísima, pero además estuvo siempre muy buena, por aquello de que las desgracias nunca vienen solas, que es la manera más fina de decir que tiene unos ojos verdes preciosos y unas tetas fuera de toda ponderación. Siempre estaba quitándose los tíos de encima, porque era muy suculenta y en cuanto los hombres se acercaban a ella, por lo que recuerdo, empezaban a revolotear a su alrededor con la esperanza de libar algo. Supongo que ahora debe de seguir ocurriéndole lo mismo, si acaso la cosa no ha ido a más, lo que no sería nada extraño. Allí la tenía frente a mí, como un pastel de manzana. Me contó que había oído mi nombre por los altavoces, de casualidad, pero que no sabía ni que era escritor ni nada. Encontraba muy divertido que yo estuviese allí firmando libros y ella comprando braguitas, ella y yo, quién nos lo iba a decir. Dijo braguitas y levantó una bolsa pequeña que llevaba, para que viera que era verdad. Hace veinte años salimos durante seis meses, pero ella era demasiado guapa y lo tuvimos que dejar. Pasábamos el día

en las últimas filas de los cines, en los portales del barrio de las Delicias, donde vivía, y en el Parque Grande, por la noche, amontonándonos como podíamos. Se había casado con un médico y se acababa de divorciar por lo mismo: su belleza parecía estar yendo en aumento, lo mismo que sus curvas. Lo cierto es que a mí me hizo una pequeña ilusión verla de nuevo, incluso allí, y creo, la verdad, que se me hincharon un poco las plumas, como a los pavos, mientras los vendedores de la tienda y el comercial de la editorial me lanzaban miradas de vago rencor, porque una mujer como aquella hablaba conmigo y no con ellos. Lo peor de todo es que yo, mientras se platicaba de esas cosas que hablan dos que fueron novios hace mucho, me preguntaba todo el rato, con creciente angustia, cómo se llamaba, porque había olvidado su nombre. Uno nunca cree que esas cosas sucedan, pero suceden. Le dices a una chica que la amarás eternamente, pasan veinte años y ya no te acuerdas de cómo se llama. Entonces me pidió con un mohín gatuno que le dedicase uno de esos libros que escribía, porque no podía imaginarse que alguien como yo hubiera acabado en eso. La manera de pedírmelo, como si se tratase de algo excitante, a mí me azoró un poco. Al principio me hice el remolón, dije que no, pretextando que no quería que ella fuese como todos los demás, y le señalé con un golpe de cabeza los que esperaban en la cola, que daban muestras de impaciencia. Le dije también que a lo nuestro no le podíamos poner un colofón como aquel, en un sitio tan vulgar. Yo me refería solo a lo de la firma, porque no me acordaba del nombre, pero me pareció que entendía que le estaba invitando a irnos luego por ahí ella y yo, a amontonarnos otra vez, quizás a mi hotel, de modo que a un pánico vino a sucederle otro, como los monarcas. Ella es una mujer muy tozuda y me dijo que en absoluto, que le hacía mucha ilusión llevarle el libro dedicado a su hijo. Entonces vi el cielo abierto y dije, ya más tranquilo, bueno, se lo dedicaré a tu hijo, ¿cómo se llama? Pero no consintió en ello e insistió en que se lo dedicara a ella, porque lo que buscaba, lo que quería en ese momento, repitió, iba de mí solo hacia ella sola. Me parece que subrayó el tú y el yo solos, aunque a lo mejor son figuraciones mías. Di tantas vueltas, que al final empezó a sospechar y acabó por preguntármelo de una manera abierta. No me puedo creer que no te acuerdas de mi nombre, me dijo con cara

en efecto de incredulidad. Me lo dijo también con una sonrisa, pero era patente su decepción.

Es curioso. Fue una chica por la que durante un tiempo uno penó de modo inelegante por las calles opresivas de la ciudad impar. La vi marcharse despacio, con el libro dentro de la bolsa donde llevaba las braguitas. La estampa era bastante penosa, allí, en El Corte Inglés, ante personas que estaban reclamándole a mi amiga que se diera prisa, después de veinte años, con aquel desenlace, todo como para escribir un poema de la experiencia, solo que en este caso la experiencia no sirve absolutamente para nada, quizá para salar la vida con un poco de ceniza. Daría por bien idas sus curvas si al menos hubiera sabido conservar todos estos años algo de sus ojos verdes.

ENTRE los libros que encontré esta mañana en el Rastro hay uno de citas célebres de hombres famosos y menos famosos. No sé por qué razón sigue uno comprando libros de este género, pues jamás he encontrado en ninguno ni una sola frase que valga la pena recordar. Por lo mismo seguramente es por lo que les son tan aficionados los políticos, que los consultan para sazonar con ellas sus discursos parlamentarios. En este quizás se recojan unas dos o tres mil sentencias. Ninguna me sonaba lo más mínimo, ni siquiera las que suelen recoger de gente célebre por sus máximas o quintaesencias, como Gracián, lo que solo puede significar dos cosas: o que son todas apócrifas o que la celebridad se venga con especial saña en aquellos hombres que lucharon para que su nombre perviviera, recordando de ellos solo dos o tres frases vulgares. El trabajo que se tomó Miguel de Unamuno para sobrevivirse y vencer a la muerte no valió la pena si ha de ser recordado por esa frase: «El hombre solo trabaja para su felicidad». De ese tenor es el resto. Winston Churchill, al que se le suele citar mucho en esta clase de diccionarios de frases: «La guerra es como el bisturí de un cirujano; dependiendo de la mano que lo maneja trae la vida o la muerte». Me inclino a creer que estas y otras frases parecidas son todas apócrifas, escritas a toda velocidad por un hombre de letras oscuro y pluriempleado que cobraba de la editorial a tanto la cita.

HA venido M., el lagarero, contándonos una patraña que le oyó soltar a un vecino, y se ha referido a ella, con bastante indignación,

diciendo que no era más que «una fiel mentira». No he sabido exactamente qué quería decir con eso, ni si se trata de una expresión primitiva o la adulteración de un dicho antiguo. Pero encuentro que sea lo que sea, es algo bonito la unión de la virtuosa fidelidad y la viciosa falsedad, la mentira empecinada en su vicio, al que ha llegado a cobrar afecto, siéndole fiel, y así como existe una pura verdad, desde hoy también existe una fiel mentira.

LA intimidad en un diario no existe, es una de esas ilusiones típicamente francesas por la que se supone que gracias a ella los diarios se alquitaran, como los perfumes, otra ingenuidad como creer que la buena comida se guisa con mantequilla: cuando la intimidad se hace pública en vida de un autor, justamente por ello deja de serlo (has citado muchas veces aquello tan gracioso maireniano: «Nada menos íntimo que un diario íntimo»); y cuando ese autor muere, la intimidad se disuelve o se evade, por la misma razón que los piojos abandonan un cuerpo cuando este muere. Nadie más limpio de piojos que un muerto, nada menos despojado de intimidad que alguien que ha dejado de vivir, si bien lo único que hay verdaderamente íntimo en esta vida es la muerte. De muerto se tiene siempre una gran intimidad para cualquier asunto. Por eso se decía en las comedias de enredo de nuestro teatro clásico, ante la confidencia a alguien al que se le pedía discreción: soy un muerto.

PARADÓJICAMENTE la intimidad en un diario es imposible, pero no la impudicia.

INTIMIDAR e intimidad se parecen mucho. Tiene que haber una causa. ¿Será porque con las cosas más íntimas de alguien podemos intimidarle, chantajearle?

MÁS sobre la intimidad. Hay quienes en las confidencias, cuando las hacen o se las hacen, se quedan desarmados, como si el hecho o sentimiento dado a conocer en ellas fuese un baluarte entregado gentilmente a un enemigo, cuando es uno quien las hace, o un polvorín del que se exige su custodia, cuando es uno a quien se le hacen. Por eso las confidencias solo pueden hacerse o recibirse, en uno u otro sentido, desde la absoluta soledad, sin esperar nada a cambio, por el puro amor, si no, terminan sirviendo, tarde o temprano, como moneda de cambio, y en ese punto dejan de ser confidencias para convertirse en otra cosa, en algo así como

información privilegiada.

DE uno mismo es mejor no decir nunca nada o hacerlo como quien habla de otro.

MIENTRAS el escritor de diarios no se vea a sí mismo con distancia, y aun lejanía, se dará un repugnante trato de favor, porque el yo no solamente es odioso, *le moi est haieux*, decía don Blas, sino altamente contaminante. Al escritor de diarios su propio yo le ha de ser no indiferente, pero sí ajeno, o si queréis, prójimo.

LO mejor es que para un diario todas las vidas sirven, todas, sin exclusión. Si hay diarios malos no es por la vida que en ellos se cuente, sino porque quien la cuenta se puso en el lugar inadecuado para contarla, ya que a diferencia del teatro, hay muchas vidas mucho más interesantes vistas desde los forillos, incluso desde la atalaya del tramoyista, que desde las butacas. El principal error de casi todos los que llevan un diario es que se empeñan en hacer su función no solo sobre las tablas de un gran escenario, sino en el teatro más famoso de ese momento.

ASISTIMOS a un uso generalizado de expresiones como «poesía moral», «novela moral» o «cine moral», sin que sepamos a qué se refieren, aunque lo sospechemos, porque quienes más suelen tirar de esa expresión parecen ser los mismos a los que Dickens se refería en un pasaje que me acabo de encontrar en *Tiempos difíciles*: «No hay charlatán que no haga frases sobre la moralidad».

DESDE el tren el rebaño de ovejas en los campos yermos: la posibilidad de que eso sea todo cuanto nos haya quedado de Cervantes.

CUANDO un escritor joven se ríe de la Academia puede no sospechar que llegará un día en que necesite de ella como de un asilo.

SI las Academias siempre han sido blanco de chuflas no es desde luego por los trabajos que en ellas se acometen, dignos muchos de todo respeto, sino por ver que algunos de los que los llevan a cabo son, los pobres, los más tontos de su quinta, y eso siempre desata la hilaridad.

NO nos igualan a los hombres, como suponía Santa Teresa, esos minutos de las deposiciones, sino ese instante único y solemne, en el que una vez realizadas, nos asomamos todos al hueco del retrete, como a un pozo hondísimo, con una mezcla de tranquilidad y

espanto, temiendo siempre encontrarnos Dios sabe qué clase de anomalía o aborto.

ENTRE las cosas horribles y penosas que ahora *tengo que* hacer estaba la de ayer por la noche.

Cuando no me ocurría nada, venía Miguel el loco a nuestra calle, yo le miraba o hablaba con él si me lo encontraba. No eran grandes conversaciones, pero sabía que él seguía vivo, y solo eso me proporcionaba la alegría suficiente para ese día. O bajaba a perder el tiempo por ahí, callejeando. Me sucedían cosas, ninguna importante, pero que venían siempre en mi ayuda para certificarme que estaba vivo. Todo eso es agua pasada. Quizá Miguel siga viniendo por aquí, pero yo ya no estoy en casa para saberlo, porque tengo que ir cada día a unos lugares extraños. Antes era él el que seguía vivo, en cambio no sé si yo soy ahora el que está muerto o desaparecido.

Telefonean a casa unas gentes extrañas, interesadas, según dicen, en hacerle a uno entrevistas y cosas parecidas. Hablan conmigo con una gran familiaridad, como si fuésemos buenos amigos, aunque no les haya visto en mi vida. Podría envanecerme por el principio según el cual la vanidad es una sed que crece más cuanto más se sacia, pero la mayoría o pronuncian mal mi apellido o citan mal mis libros, y paradójicamente ninguno ha leído la novela por la cual aseguran que quieren verme, lo que pone todo en su sitio más exacto. Me dan también buenos consejos para que no me convierta en ese o en el de más allá, al que acaban de hacer también una entrevista a propósito del libro que acaba de publicar y que tampoco han tenido tiempo de leer.

Ayer tenía que ir a un programa de Radio Nacional, por la noche, después de una cena. Lo emitían desde el restaurante Mayte Commodore. Llegué un poco tarde, y no sabía dónde ir, de modo que me dirigí al comedor y busqué sin saber a quién ni dónde, porque no conocía a nadie de los que habían hablado conmigo. La gente también se fijó en mí, y me puse colorado, porque uno todavía no ha resuelto eso de entrar sin ruborizarse en un lugar donde hay gente. El *maître*, que se apercibió de mi mal disimulado nerviosismo, viéndome errar entre las mesas, vino corriendo a donde ya solo fingía buscar, y preguntó de una manera seca qué buscaba, dispuesto a echarme antes de que me pusiese a pedirles

limosna a los comensales o a cantarles un tango, aunque era evidente que no llevaba guitarra conmigo.

Mayte es a los restaurantes lo que Chicote era a los bares de alterne, en época, en moral, en parroquia.

Ese lugar conoció en los años del franquismo su tiempo de esplendor, pero este no le duró mucho y ahora parece que vive ya una de esas deplorables decadencias, marcadas por periódicas huidas del *chef* o del *maître*.

La dueña se murió hace unos años. Se había dicho que era una mujer cultivada, que se había rodeado de artistas e intelectuales de lo mejor que habíamos tenido aquí durante la larga noche, de talla universal, como don Pedro Laín, y que era una gran coleccionista de arte. Hubo incluso, creo recordar, problemas legales con la herencia, a consecuencia de los cuales se tuvo conocimiento de las alhajas pictóricas que aquella mujer había atesorado a lo largo de su vida, y causaban más que espanto, estupor, pues no solo era desolación lo que provocaba la relación de artistas reunidos, sino la siempre inexplicable sorpresa de ver que alguien podía haber vivido tan engañado.

Mayte ahora es un lugar muy triste y funéreo, con las tapicerías rozadas y el medio pelo gastado por el tráfico humano.

Un día mi hijo, hace ya bastantes años, al salir de la guardería, me apremió a que entráramos en algún sitio, porque precisaba con toda urgencia un cuarto de baño. Lo más cerca que había era Mayte. Jamás había entrado allí. Eran las seis de la tarde y el lugar estaba vacío. Seguramente debería uno haber pasado, haber preguntado dónde estaban los mingitorios, haber ido directamente a ellos, utilizarlos, salir, y despedirse muy simpáticamente. Eso es incluso lo que habría hecho aquel camarero que estaba en la barra. Pero uno, en tales emergencias, se conduce con inexplicables retracciones y complejos y se cree en la obligación de corresponder al uso de esos lavabos con alguna consumición. Mientras esperábamos a que viniera el camarero para pedirnos la comanda se sentó en la mesa de al lado una mujer de una belleza exuberante y confitada, uno de esos frutos de la treintena que por cualquier parte que se le juzgue está en sazón, rezumante de almíbar y sirope como les pasa a las ciruelas Claudias. Al principio no reparé en que pudiese ser ella. ¿Cómo puede uno pensar que de pronto la vida nos

lleva, por el golpe de una ola imprevista, a las playas remotas del glamur? Iba sin maquillar, en pantalones vaqueros, ni siquiera se había pintado los ojos, como si acabara de despertarse y bajase a desayunar a ese bar. Llevaba el pelo recogido atrás, no en la nuca, sino en un moño sobre la coronilla, se lo había hecho de cualquier manera, un nudo que recordaba un poco a los tártaros que salen en las películas. Eso ponía mordiente a su cara de muñeca rubia. Lo cierto es que empezó a hacerle cucamonas al niño, y me preguntó si podía cogerlo en brazos. Se habría podido decir que había sido un amor a primera vista, la mujer había enloquecido con él. Se lo sentó en las rodillas mientras R. la observaba con timidez. Cambié inmediatamente de opinión sobre el lugar y consideré que quizás habríamos podido entrar más a menudo. El caso es que mientras ella hablaba con mi hijo y yo hablaba con ella, me estaba diciendo que aquella cara me resultaba conocida. Tardaron en pasar al menos veinte minutos hasta que me di cuenta de que se trataba de la auténtica Agatha Lys, una de esas cupletistas famosas que durante un tiempo se apoyan en las haches y las y griegas para triunfar y que al final desaparecen por el sumidero de la eñe de la España cañí. Un día le oí decir a ella en una entrevista que había estudiado en Valladolid, en la Universidad, por los mismos años en que lo había hecho yo. Eso me extrañó mucho, porque de ser cierto, de una cosa así me acordaría. Luego me dijeron que sí, que no solo era de Valladolid, sino que su padre, que era numismático, era el amigo íntimo de un tío mío. También me contaron que había descorchado champán en un bar de mala nota, el *Golden gate*, donde se daban espectáculos medio eróticos hacia 1974. Yo entonces trabajaba con la canalla del diario *Pueblo*, en la ciudad impar, y fuimos una noche a verla actuar, pero no estaba ella, de eso me acordaría, sino dos amigas de Cartagena, morenas, con las que no intimamos demasiado por la sospecha de que fueran travestís. De modo que allí estaba ella; hubiéramos podido hablar de la universidad y de una ciudad como Valladolid, archivo de infortunios y soldadura de todas las desdichas, incluso de mi tío V, pero yo no la había reconocido todavía. Hablamos un poco de todo, de los niños, de lo felices que eran las criaturas, de que quién pudiera ser niño, del gusto que tiene que dar que le bañen a uno a diario y le pongan polvitos de talco en el culito y le den todas las

comidas a la hora; en fin. Hablaba con muchos diminutivos, que debía considerar de gran refinamiento. Yo cada vez que ella decía algo estaba tentado de comprometerla un poco. Cuando me dijo que qué felices eran los niños, podría haberle dicho que no lo diría por ella, para empezar una conversación algo más íntima, o aprovechar lo de los polvitos también, aunque aquí el paso hubiera resultado mucho más audaz. Pero no me atreví a tanto, también por retracciones y complejos. Quizás ella estaba esperando que yo la hubiese reconocido, pero cuando comprendí de quién se trataba, ella había terminado su café y se había levantado. Antes de irse, se volvió al niño, juntó y arrugó sus incontestables morritos, los agitó como un sonajero, y de mí, sinceramente, creo que ni se despidió.

Esa noche le conté a M. toda la escena. A mí me parecía que no era una gran cosa, pero cuando a uno no le ocurre absolutamente nada, algo así es más de lo que normalmente tiene uno para el comentario. Yo le dije que si no lo creía podía preguntárselo a R., pero este no pudo corroborar nada porque no sabía entonces quién era aquella mujer tan simpática, de modo que M. terminó creyéndoselo con ese escepticismo con que aceptamos las cosas que nos son absolutamente indiferentes, lo cual, dicho sea de paso, a uno le entristece un poco, pues en tales ocasiones ha de abandonar el balandro del entusiasmo en el que se ha mecido uno a la luz de su propia luna irreal.

Desde entonces jamás había vuelto a ese lugar. Cuando el encargado se cercioró de que uno no era del todo un pobre hombre, me encaminó hacia el reservado donde los invitados, antes de ser entrevistados y participar en la tertulia radiofónica, dan cuenta de una esas cenas que sirven en platos muy grandes con raciones muy escuetas y un chorreoncito de una salsa de color frambuesa que parece haber sido rubricada por el mismísimo Joan Miró, para sorpresa de su propia mano.

Cuando llegué ya habían empezado con algo que era muy difícil saber si se trataba de *foie* o sesos, y la conversación tampoco se sabía si estaba en tesis o en refutación.

Volvió a encendérseme la cara porque todos aquellos desconocidos se volvieron a la vez para mirarme, y mientras pedía disculpas iba estrechando la mano de los que estaban destinados, desde toda la eternidad, a ser mis compañeros de viaje esa noche:

en primer lugar sacudí de una forma tímida la mano auténtica del Presidente de la Junta de Andalucía, y a continuación la de un ministro, la del director del programa, la de una mujer que no supe en toda la noche quién o qué era, la del productor del programa, la de un cantautor argentino que había estado de moda en los años sesenta y la de su mujer, y en último lugar la de *, maestro de periodistas. Podría llamarle aquí por su nombre, o poner sus iniciales o dejarle con una X, que es lo habitual. Pero yo creo que tratándose de un hombre que fue una estrella del periodismo lo mejor es representarle con una *. También prefiero hacerlo así, porque la X la han llevado en estas páginas gentes muy honorables, y no sería justo para con ellas.

Mi primera reacción al descubrir a ese hombre fue de extrañeza, porque nadie me había prevenido de que fuese a intervenir. No creo que en el caso de que me lo hubieran advertido hubiese podido yo hacer nada, y habría acudido igual, pero es como si al lado de la esponja con el vinagre le ponen a uno también el vaso con el aceite de ricino.

Uno ha podido conocer en su vida a algunos fascistas. A unos los ha conocido en la vida y a otros en la familia. Las ideas en casi todos eran más o menos las mismas y no vale la pena ni siquiera el cinefórum. Sin embargo unos, personalmente, le han caído más simpáticos que otros, a unos las cosas les salieron mejor y a otros peor, unos medraron con el régimen y otros no, en fin, que los ha habido de muchas clases. De todas las figuras del fascismo español, sin embargo, la de * yo creo que es seguramente una de las más repulsivas. Su aspecto se asemejaba mucho al de un sapo, con la boca grande y sin labios, los ojos saltones y dos grandes carrillos a cada lado. Cuando me tendió su mano no era exactamente la de un viejo. Era desde luego como muchas de esas manos que no han hecho otra cosa que escribir infamias, blanda y sin temperatura, o sea con la temperatura del ambiente, y a la vez fría como la de las ranas. Había también un detalle significativo que habría permitido a Balzac adivinar su temperamento en dos páginas magistrales: nuestro * llevaba en el dedo meñique un pequeño e insólito solitario con brillantes, simbólico reflejo de todo lo que un hombre como él ha podido exprimirle a esta vida.

Como yo había llegado tarde a la cena tuve bastante con

ponerme al corriente de las conversaciones y del menú, de manera que permanecí en silencio; primero, mientras esperaba el primer plato, para saber de qué hablaban y, después, cuando me lo trajeron, para dar cuenta de la comida cuanto antes, pues noté que todos esperaban que yo acabase para hacernos servir a todos la carne.

Aunque no nos lo advirtieron antes, durante la cena podía hablar el que quisiera, pero en realidad había tomado la palabra * y la detentaba con tal habilidad que habría sido muy difícil que nadie hubiera podido arrebatársela sin antes preparar un asalto en toda regla, lo que hacía que la gente asistiera resignada a las exposiciones *ex cátedra*. Al hablar apoyaba la espalda al curvo respaldo de la silla y extendía un brazo sobre el mantel, cuan largo era, mientras la mano del solitario adornaba los largos períodos retóricos, todo ello como si dictase leyes, aunque los asuntos de que trataba resultaran de una vulgaridad poco frecuente.

De vez en cuando se le secaba la garganta y bebía un poco de agua, momento que aprovechaban los demás para hablar atropelladamente de otros asuntos que les interesaban más, quizá porque sospechaban que contaban con muy poco tiempo para hacerlo, pues el maestro *, en cuanto se había aclarado la garganta, atajaba con un carraspeo amenazador aquellas expansiones y a los dos minutos volvía a enseñorearse del campo de batalla.

En uno de aquellos momentáneos alborotos, escudándome en él, le pregunté en voz baja al productor del programa, que estaba a mi lado, qué hacía aquel hombre en la cena, y que nadie me había dicho nada de que fuese a estar. Entonces me aclaró que era un colaborador fijo del programa.

Después de la muerte de Franco muchos llegaron a preguntarse cómo saldrían adelante algunos personajes como él. La gente se decía: «Veremos qué hace ese o el de más allá». Allí estaba la respuesta, cobrando del Estado, como siempre, solo que ahora quien le paga es un gobierno de socialistas, a quienes, según me ha informado un amigo al que relaté todo lo ocurrido anoche, ese hombre había amenazado con contar todo lo que sabe si no se le socorría con algún empleo, y que el gobierno había preferido meterlo en nómina antes que tener a alguien desestabilizando la democracia con sus patrañas. No sé si es verdad, pero lo cierto es

que hace diez años que los socialistas llegaron al poder y diecisiete que Franco ha muerto, y ese hombre tiene un sueldo como colaborador de Radio Nacional.

Carrero Blanco murió en un atentado, Arias Navarro en el olvido, Fernández Cuesta…, pero a * se le sigue diciendo «maestro de periodistas», lo cual es cosa enigmática y desde luego, una de las pocas cosas de las que se puede decir hoy día que sea ominosa. Al principio yo creía que algo así solo podía ser dicho con sorna, pero no. Después de lo que sucedió en esa cena, aún hubo quien me recordó que «pese a todo había sido un buen profesional». Yo entonces pude decirle que de Goebbels se podría asegurar una cosa parecida, «al margen de sus ideas», pues si nos atenemos a su trabajo como propagandista, «fue un buen profesional», que recogió del pueblo alemán los mejores resultados.

Cuando ya llevábamos tres cuartos de hora sentados, ese pájaro soltó de pronto:

—No se entiende cómo hay en España tanto mariconazo, con las mujeres tan bonitas que hay.

Esas fueron sus palabras textuales, ni una más ni una menos, pronunciadas con el tono del que espera que venga el marmolista para ponerlas en una lápida.

La frase sonó rotunda, quizá porque estaba dicha para ninguno, como esas frases que suelen despachar los paquidermos de los casinos.

Las dos mujeres presentes en la comida, para evitar tener que darle las gracias por la galantería, metieron la cabeza en el plato de los postres, y los demás guardaron silencio, que *, sin duda, creyó de respeto y anuencia.

—Me joden mucho los maricones, tan bien situados, triunfando tanto solo por maricones…

Todo el mundo había bajado la cabeza y mirábamos las migas del mantel o nos ocupábamos de mover la cucharilla de la taza.

Volvía a ser más que una frase. Se veía la irritación de quien ha perdido todo el poder que tuvo antaño (se llegó a decir que desde su periódico era él quien nombraba o cesaba los ministros de los gabinetes de Franco), impotente ante lo que él consideraba un atropello a su deteriorada y mermada virilidad, que podría atajar y evitar si de nuevo estuviera en su mano hacerlo.

Era también la frase del viejo libertino permanentemente irritado por su ya irremediable falta de potencia, subrayada por aquellos otros que incluso emplean la suya sobrada no ya en mujeres sino en el vicio nefando.

Nadie decía nada, mientras él, engallado, iba encenagándose en sus propias suciedades, con la jactancia del que parece estar ya de vuelta de todo.

En aquel silencio tan desagradable nadie parecía querer hacer nada. Yo miraba al Presidente de la Junta, y pensaba: Este, que es socialista y tiene muchas horas de vuelo, sabrá acabar con una situación tan vejatoria para todos. Pero ese hombre había cuajado en la mitad de la boca una sonrisa que siendo de asco no excluía la cobardía. El ministro, en cambio, estaba serio. Los demás tampoco decían nada.

Entonces yo dije «basta». Tampoco lo pensé. Era lo primero que decía en toda la cena. Quizá por eso el silencio aún fue mayor, distraídos momentáneamente más por un tono de voz que desconocían que por lo que acababan de oír.

Nadie se esperaba una cosa así, eso es evidente, ni el propio * a quien, obligado a soltar su presa, se le metamorfoseó la cara, de batracio a ave de rapiña, de sapo a águila culebrera. Vi que todos me miraban primero a mí y luego a él, todos al mismo tiempo, como cuando había entrado, y eso volvió a ponerme colorado. Noté que el «basta» les parecía poco, y que aquel silencio era una invitación a cerrar una frase que yo no había pensado terminar de ninguna manera, quizá porque esperaba que aquel hombre pidiese disculpas o lo diluyese todo en un tono de broma. Pero no. Allí estaba, con su boca sin labios plegada en un rictus de repulsión y suficiencia. Incluso antes de decir lo que tuviera que decir, el viejo depredador se sonrió, estudiando la manera de largarme un par de picotazos que me pusieran fuera de combate. Entonces yo terminé lo que había empezado: «Todo eso no es más que basura».

Tampoco yo me reconocía la voz. Por debajo de la mesa me temblaba una rodilla, como cuando me examiné del carné de conducir, la pierna del acelerador. Me entraron también unas ganas perentorias de ir al cuarto de baño, como si el miedo hubiese apresado entre sus dos manos la vejiga y me la estuviera exprimiendo, pero resultaba evidente que no me podía mover de

allí, que no me podía levantar e irme, porque esas cosas, esas salidas, solo vale la pena hacerlas cuando se tiene cierta vitola. Sin vitola no sirven para nada. Como cuando Ruano se metió en el Ateneo contra Cervantes: «A González no le gusta Cervantes», titularon los periódicos. Naturalmente * no era Cervantes, ni yo querría ser en toda mi vida Ruano, pero con el ejemplo se sabe a qué me refiero.

La palabra basura les salpicó a todos como si se hubiesen salpicado de salsa la corbata o la blusa. Y sin embargo, ni el propio * hizo nada para responder. Era aun como si me pidiera más explicaciones. Como si pensara, sigue hablando, cuanto más digas, más te hundirás tú mismo.

Yo no me atreví a mirarle a * a los ojos, había sido algo que se lo decía yo también a las migas del mantel, lleno de miedo. No sabía qué me podía pasar. Era la primera vez que yo le decía algo así a una persona importante. Hasta ayer yo he discutido con gentes a las que consideraba mis iguales, pero no con quienes se han creído que han entrado en la historia de España, no sé en qué historia, pero que llevan dentro de ella mucho tiempo. No estaba lanzado, pero el silencio de todos era una invitación:

—Se empieza por los maricones y se sigue por los judíos…

Dije maricones y no homosexuales o *gays* para que se viese que tampoco era una cuestión de palabras.

Otro silencio. A mí la voz me salió hecha una lástima, un hilo tan solo. Yo apretaba las mandíbulas, para que se me viese que estaba verdaderamente furioso y tratar en lo posible de que rehusase la pelea. Pero no. Hasta ahí llegó todo mi discurso. Se conoce que era ya más de lo que esperaba oír, y en menos de un minuto se inició una discusión violentísima entre los dos, que empezó con una pregunta: ¿No serás tú otro maricón? La verdad, dijo a continuación con estudiado cinismo e indiferencia, no me lo parecías.

Los demás asistieron avergonzados a todo lo que siguió. Yo miraba al Presidente de la Junta de Andalucía, y le pedía con la mirada que viniera en mi socorro, pero el muy cobarde eludía mis miradas, aunque su media sonrisa, por fortuna, había desaparecido. Entonces miré al ministro, también le lancé una mirada pidiendo auxilio y su complicidad, como si le dijera, sois dos, conmigo tres,

le podemos, lo acoquinamos, le daremos una buena lección. Pero desvió la cabeza a un lado, buscando con los ojos a un camarero, fingiéndose el distraído. La discusión ya era a gritos. Ninguno de los dos parecía escuchar al otro, y las frases se sucedían a una velocidad endiablada, superponiéndose. Notaba el corazón golpeándome el pecho, lleno de ira. Incluso me hacía daño, y ya me temblaban las dos rodillas, debajo de la mesa, porque sabía que lo que tenía que decirle tendría que ser muy gordo, una barbaridad que solo podría desembocar en los puños. No lo pensé, pero fue algo horrible, una enormidad sin límite. Una de esas insidias venenosas y mortíferas. Fue una cuchillada. Quedaron todos espantados de lo que acababa de decir. Incluso el propio * empalideció, como si se desangrara por la herida. No supo qué responder. Tartamudeó. Le temblaron los labios sin labios de su boca y uno de los carrillos. Hizo un visaje extraño con los ojos. Tuvo que entrelazar sus manos para disimular un repentino parkinson. Primero las crispó sobre el mantel. Yo pensé, lo agarra y lo tira al suelo, en un ataque. Pero no. Empezaron a temblarle las manos. La verdad, yo mismo estaba horrorizado de lo que acababa de soltarle a la cara. Y a un viejo. Él sabía que cada segundo que pasara sin responderme, era una manera de reconocer que había perdido. Pero no, no encontraba esas palabras. Al principio creí, te tengo, como el jugador de ajedrez que sabe perfectamente cuándo le ha dado jaque mate a su contrincante, mucho antes de que haya llegado el fin de la partida. También pensé, a este hombre le da un infarto y se le cae la cabeza sobre el café. Por otro lado yo tendría que haber estado exultante, pues lo había vencido en su mismo terreno. Pero eso me repugnó todavía más. Allí estaba yo, a su misma altura, pequeño espadachín, manchándome la boca como un rufián. Me entraron unas ganas horribles de vomitar, no unas ganas literarias de vomitar, sino las otras, las literales, mientras me repetía, ¿por qué, por qué, por qué has tenido que entrar a ese trapo? Has metido la pata. Allá cada cual con lo suyo. ¿Qué me importan a mí los *gays*? Naturalmente que se apoyan entre ellos, como todo el mundo, ¿y qué? ¿Qué me importa ese cretino, que ya no es más que un hombre acabado? Y me pareció que la victoria no había valido la pena, porque aquel pobre viejo ya no era más que eso, un pobre viejo al que se le había pasado la vida, su carrera, su

historia de España, que no era más que un viejo temblón y prostático, que tenía manchadas las comisuras de los labios de una mixtura repugnante, blancuzca, de saliva y café, y los pantalones de micciones incontenidas.

Alguien, creo que el ministro, dijo, dejadlo ya. Fue una voz de mando. El Presidente estaba avergonzado, seguramente porque pensaba que aquella voz de mando la habría tenido que dar él, y porque consideró poco razonable que se le hiciese algo así a una eminencia, y quiso otra vez ponerle a su media boca la flor de una sonrisa, pero titubeó en la elección de su catálogo de sonrisas. Y volvió a hacerse un silencio desagradable. Yo solo pensaba, «este viejo fascista, para recordar los buenos tiempos, en la impunidad de su arterioesclerosis, cuando todos hayamos dado por concluido el incidente y hayamos bajado la guardia, es muy capaz de levantarse a pegarme, y entonces yo tendré que responderle». Es lo que parecía que iba a hacer.

Yo solo he pegado una vez a alguien, una gran bofetada, y otra vez en una pelea de bar. Pero a un viejo jamás le he levantado la mano. Estaba horrorizado de ver dónde me había metido. Ahora que lo pienso, habría sido horrible, haber pasado a la historia como el que había dado una guantada a *. Entran como calosfríos de fiebre de solo pensarlo. Por otro lado tampoco podíamos levantarnos en ese momento porque delante de cada uno habían puesto un café que estaba intacto, y había que dar cuenta de él para simular todos que éramos individuos de una civilización muy avanzada, gentes de mucho *savoir faire*.

La cara de todo el mundo era fúnebre y en el ambiente no solo se mascaba la hostilidad sino la tragedia. Acabamos por levantarnos en silencio, se oyeron los ruiditos de las tazas y el de las servilletas, sin perderse uno solo, como una sinfonía contemporánea, y nos dirigimos al estudio improvisado donde realizan ese programa, en el primer piso. No era un trecho largo, pero sí lo suficiente como para que uno a uno los comensales vinieran a mostrarme en voz baja su solidaridad incondicional. El Presidente, el primero, corrió a emparejarse conmigo, y en un susurro de voz, para evitar ser oído por *, que marchaba muy digno unos pasos por delante, como el pugilista que no ha dado por perdido el combate, decía: Es un tipo impresentable, has hecho muy bien. Y lo mismo el ministro, en

cuanto terminó de confesarse el Presidente, vino a decirme que también él había estado a punto de estallar, y el cantautor, y el director del programa, que se sentía responsable un poco de todo, porque dependía de él tenerlo como colaborador. Fue él el que me dijo que «pese a todo» era un gran profesional, y «maestro de periodistas».

Luego, a la salida, el productor me dijo que el director del programa había estado a las órdenes de * cuando este dirigía su periódico. Ahora podía devolverle los favores. Pero entonces yo no sabía nada, lo único que dije es que yo no pensaba sentarme de ninguna de las maneras con aquel hombre en la misma mesa. Lo entiendo, lo entiendo, repetía el director, os entiendo a los dos, decía conciliador.

El primero en hacer la entrevista fue el Presidente, que no tuvo empacho en ser entrevistado por el maestro de periodistas. Le respondió a todas y cada una de las preguntas con una gran sonrisa, ahora entera, radiante, como si necesitara seducir a la audiencia de las doce de la noche y a su entrevistador al mismo tiempo. Cuando terminaron se despidieron de todos, pero discretamente me aparté a un lado para no tener que estrechar la mano de ninguno de los dos. Siguieron el cantante y los otros. El último fui yo en aquella tertulia despedazada. No sé si fue como represalia o sencillamente porque yo era el último mono. Pudieron ser ambas cosas. Cuando me tocó el turno eran las dos menos veinticinco y tenía siete minutos para hablar de una novela a gentes que no la han leído, a los que seguramente les da igual y que lo que querrían, como yo, era irse a dormir a casa.

Ayer era 14 de abril. Por eso pienso ahora que aunque todo lo de ayer resultó degradante para todo el mundo, menos para *, no fue un modo indigno de rememorar la República, donde hubo muchos hombres decentes que no supieron conservarla porque fueron malos profesionales.

«LO que está oculto no nos interesa» tendría sentido de no haberlo escrito Wittgenstein, que no hizo otra cosa que oscurecerlo todo un poco más.

LA sombra es el alma visible de las cosas.

LOS verdaderos movimientos, el renacimiento, el romanticismo, el simbolismo, nunca se pasan de moda. Podemos decir de alguien

que es un renacentista, un romántico, un simbolista sin que en ello haya asomo de descalificación o de matiz peyorativo. En cambio en todos los demás pseudomovimientos, cuando pasan, no se percibe sino la pátina craquelada. Decir de alguien que es manierista, o barroco, o neoclásico o vanguardista es una manera de señalar que el pescado huele.

EN puridad solo puede rechazar premios y honores quien crea en ellos, lo que no quiere decir que vaya uno persiguiéndolos.

AYER M. tuvo una reunión de trabajo con un amigo suyo de la BBC. Es judío. Un hombre inteligente como pocos, me dice. Fue quien le confirmó que el apellido Moreno es en Israel tan corriente como aquí el García. Hablaron casi todo el rato de Israel. M. no sabe aún si quiere llevarla de nuevo al redil o, si por el contrario, ese hombre es como tantos judíos, incluso como tantos homosexuales, una persona a la que su vida se le ha detenido en ese estadio primero de la identidad. Que se pasan toda la existencia sin poder hacer demasiadas cosas, porque han consumido todo el tiempo afirmándose en lo que son, sin poder dar el paso del ser al hacer.

DESPUÉS de cenar me llevaron a un cabaré, en el que la gente tomaba copas y bailaba.

Me acordé de la época en que nosotros íbamos a diario, antes de los ochenta, cuando todos los demás se dedicaban a la política y nosotros a la antipolítica, cuando todos pedían la amnistía para presos políticos y nosotros la pedíamos para los presos comunes, cuando empezaron a proliferar los libros de política y nosotros vendíamos los nuestros al librero de viejo. Aquellos tiempos.

La música sonaba tan alto que no podíamos hacer otra cosa que hablar a gritos. Era un poco patético, porque no decíamos más que algunas banalidades, solo que gritadas. Si de pronto se hubiese interrumpido la música nos habrían sorprendido gritándole a nuestro vecino tonterías que incluso pensadas producirían bochorno.

Visto desde cierto lado, el *rock* ha sido más nocivo para este fin de siglo que el marxismo-leninismo y el psicoanálisis juntos para el principio del siglo, pero eso ya no tiene remedio, al igual que la irrupción en la vida diaria de los materiales no degradables, pero a diferencia del marxismo-leninismo, que ha sido absolutamente

degradable, o el psicoanálisis, que, tras algunos éxitos inequívocos, ha podido ser al menos biodegradable, el *rock* no, el *rock* ya nadie podrá con él y ha pasado a formar parte de nuestra cultura como las bolsas de plástico, las mismas que arranca el viento de todos los basureros del mundo y esparce por los cinco continentes. (Cuando corrijo estas pruebas, septiembre de 1997, hemos visto con atónitos ojos al Papa Wojtila llevando el compás o acelerando su parkinson por una actuación en directo de Bob Dylan). Los bailes modernos, es decir, ese conjunto de movimientos paroxísticos que presenciamos en las discotecas, son a la música y a la danza lo que la abstracción a la pintura. Hace cuarenta o cincuenta años los jóvenes aún acudían a las academias de baile y de pintura, porque les parecía que a la música, a la danza o a la pintura se les debía dar un poco de su trabajo y de su esfuerzo, en tanto tales artes se concebían, al menos en los primeros pasos, como una *disciplina*. Hasta el *swing*, el chachachá, el *fox* o el tango, los bailes tenían su orden, su proporción áurea. Un baile como el *fox* o el charlestón son todavía bailes cubistas. Con el *twist*, que es el *dripping* de los bailes, el malentendido se generalizó. Fue cuando cuatro pícaros hicieron creer a la sociedad que se podía hacer de la necesidad virtud, o bien de la carencia un don. No sabemos pintar, no sabemos bailar, espurreamos la pintura sobre la tela, nos descoyuntamos mientras oímos tal o tal música, y aseguramos que ese es el arte y el baile que queremos hacer. Para quienes, por temperamento, resultan más tranquilos también inventaron un baile reposado, una pintura reposada. El baile que hoy se conoce como agarrado, en el que dos seres se dedican directamente al froterismo, apenas sin moverse; incluso podríamos encontrar su paralelismo en la pintura y en la literatura. Si Pollock es el *rock* de la pintura, el «agarrao» es Rothko, como se puede suponer. El chachachá podría ser por ejemplo Matisse o Iturrino. En un fin de fiesta, alguien como Tàpies haría un buen papel cantando «Asturias patria querida», el momento en que todo el mundo se va a orinar sobre las paredes desconchadas de las calles oscuras y descubre lo mucho que tiene que ver el arte moderno con toda esta farra que llamamos vida.

«NO, nada vale nada: ni el amor, ni la amistad, ni el trabajo ni ningún placer. Todo es mediocre, pasajero, poco importante, sobrevalorado». La frase es de Léautaud, en *Propos jour*

d'un
. Lo que no se explica es cómo pensando todo eso se toma la molestia de anotarlo en un cuaderno, mandarlo a la imprenta, ¡corregir las pruebas! y hacerlo imprimir en un libro, teniendo la seguridad absoluta de que lo que salga de sus manos habrá de ser igualmente mediocre, al menos para no contrariar la ley universal que acaba de formular. Aunque cuando alguien como Léautaud escribe una frase así es porque en el fondo de su corazoncito alberga la esperanza de ser la excepción a la regla, como de hecho viene a sucederle a la mayor parte de la cultura francesa, que solo ha sido posible *par rapport à* o *par contre* a la de otros lados. Felices los franceses, decía Gombrowicz, que escriben sus diarios con tacto. Podría parecer que no, pero incluso cuando un artista francés dice puaj, véanse las vanguardias, se limpian a continuación los labios en una servilleta, que dejan perfectamente doblada sobre la mesa. Son las normas del juego. Alguien como Cioran, con su perpetua invitación al suicidio, es tolerable siempre que cumpla con estos dos requisitos: tomar a diario el cafelito en el Flore, y tener una prosa bien torneada.

MUCHOS escritores en este siglo han llevado un diario con regularidad. Cada uno con su estilo y personalidad peculiares. Yo he comprobado que por lo general los que adoptan un aire manso y humilde, luego numeran los volúmenes de esos diarios con números romanos, VI, XL, III. No se puede pensar en la contingencia y mediocridad del mundo, y luego ponerle a todo eso, como en los arcos de triunfo, unos bonitos caracteres imperiales, como si se nos fuera a recordar dentro de dos mil años. Uno entonces, no sabe por qué, desconfía de casi todo lo que se le cuenta en ellos.

ETC. suele ser la manera elegante de poner bla, bla, bla.

EL Olimbo.

UN pelibro.

LOS aforismos tienen mucho de pistoleros del *Far West*, por lo rápido que la sacan.

PASA a los aforismos y a las greguerías lo que a ciertas muchachas con los muchachos, y a la inversa. Luego crecemos nosotros o crecen ellas, y no nos reconocemos.

UN aforismo es un fideo. Por eso no se habrá visto que los aforismos se publiquen de uno en uno, como debería ser si los

aforismos fuesen lo que dicen que son.

ESTABA pintando una ventana y me había llevado conmigo el transistor tal como he visto que hacen los pintores de brocha gorda. Sonaba en la radio un motete de Wilhelm F. Bach, el mayor de los hijos del maestro, aquel en el que el padre había puesto mayores esperanzas. Sin embargo, el hijo jamás llegó a nada, llevó una vida de desorden y murió en la miseria. Durante su carrera se apropió de muchas obras de su padre, a las que puso su nombre. Seguramente el mismo Bach no habría tenido inconveniente en permitirlo si con ello hubiese sabido que iba a remediar su desdicha.

La música del hijo infortunado sonaba admirablemente y tenía de la de su padre tal vez no el genio, pero sí el sentimiento.

Hoy es Jueves Santo. Me he acordado de otros Jueves Santos, en la niñez, en el colegio, el ruido de las carracas, los monumentos vestidos de morado, el saturado olor a incienso, los borrachines de León «matando judíos», que es como se llama en la Atenas del Bernesga a emborracharse ese día, cada judío un chato de vino. Vinieron uno a uno esos recuerdos en procesión de olvidos, y yo no quería dejar ese lugar creado por la música del hijo pródigo de Bach.

Se produjo una mezcla agradable, el trabajo manual, el olor de la trementina, que es de por sí un olor suntuoso y litúrgico, el aire sacro de la música, y mi cabeza vagando entre viejos recuerdos, de modo que he tenido que dejar de pintar y he acudido a este cuaderno, mi nona, mi sexta, mi hora tercia…

El diario es para quien lo lleva con cierta tenacidad su Oficio Divino. Yo iba a titular un volumen de esa manera, pero me retuvo a tiempo cierta innata mordacidad para adelantarme a la broma: orificios divinos.

Por la ventana, orificio divino que estoy pintando, se ve el jardín y al olor de la primavera pugnaz se suma el del aguarrás, y yo, de brocha gorda, me creo por un instante que soy uno de aquellos divinos pintores como el hermano Angélico, que pintaba las estrellas del cielo y las hierbas silvestres de rodillas con lágrimas en los ojos, lleno de gratitud por haber recibido de lo más alto su propia Anunciación.

CUANDO se queda en las puntas de los dedos el olor de haber pelado una mandarina, uno vuelve de golpe, de una manera brusca

y valenciana, no sabemos cómo, a la infancia.

EL perfume de las mandarinas gira como los carruseles, solo que sin música, como en sueños.

EN las mandarinas es bonito hasta ese nombre que tiene tanto de ultramarino.

PARECE que pela uno una mandarina y va a salir de dentro una magia, un pañuelo de seda o una oropéndola amarilla.

TAMPOCO sabemos cómo, pero el perfume de las mandarinas, en cuanto se aja un poco, pasa, de golpe, de la infancia, brutalmente también, a hacernos pensar en los asilos y en los hospitales.

SE le formaron unos borboteos en las tripas como cuando oímos, muy lejos todavía y de modo asordado, los truenos de una tormenta que viene rodando hasta nosotros. El hambre.

AYER tuve también mi pequeño Viernes Santo. Han aparecido las dos primeras críticas de la novela, que son tremebundas. Había ido temprano a Madroñera a comprar los periódicos. El pueblo estaba vacío, como abandonado. Es uno de esos pueblos extremeños que tienen una calle principal muy ancha, a cada uno de cuyos lados hay casas bajitas, encaladas, como las que salen en algunas películas del oeste. Después de lo de Puerto Urraco, siempre llego con la ilusión de entrar en el pueblo, y ver venir a alguien con una escopeta pegando tiros. Desde luego los críticos de ayer vinieron como de Puerto Urraco, de eso no hay duda. Las leí en el mismo coche, antes de volver a Las Viñas, con el motor encendido. Al principio no daba crédito a lo que veían mis ojos y me dio incluso un poco de risa. O sea, una de esas risas sincopadas que tienen muy poco de risa, y sí de cuajos hepáticos. Si alguien hubiese pasado en ese momento, viéndome con el periódico en la mano y riéndome, habría supuesto que estaba leyendo el chiste del día. Es cierto que habría sido más humillante si se me hubieran saltado las lágrimas, aunque solo hubiesen sido lágrimas mecánicas y reflejas, como cuando bajan las temperaturas y sopla un aire frío. «Habrán podido darte un premio, pero nunca llegarás a novelista», es lo que suena en una y otra, un triunfal «por fortuna no es lo que nos temíamos. Quédate donde estás, esto te viene grande». En fin, los porteros del club de las almendritas saladas han llegado por fin diciendo que si no soy socio abandone el lugar. Ni siquiera creo que se trate de

unas críticas insinceras. No. En un caso solo es el veneno de alguien sordo, como las víboras. En el otro es lo de «hermafroditas como los piojos», que dijo J. R. J. para defenderse de unos y otros.

Por la tarde estuve hablando con R. G., que me dijo que las críticas eran una buena señal, pero que no me hiciera ilusiones, porque tales estacazos solo le estaban reservados a las obras maestras.

El resto del día fue un poco triste. Yo no quería estarlo, pero lo estaba, y eso me tuvo malhumorado, pues de alguna manera era como haber sucumbido a una debilidad, aunque quería olvidarme de mí mismo, pues eso, como decía la Tsvietaieva, me habría hecho olvidar la propia debilidad.

Esto lo leí a última hora en un ensayo sobre ella de Brodsky en el que decía algo que es un lugar común, pero que encontré muy adecuado a mi estado de ánimo: «Cuanto más a menudo un poeta dé el siguiente paso, más aislado se hallará».

Pero ayer yo no sabía si era ese poeta y si había dado el siguiente paso. Y hoy tampoco.

VINIENDO del Pago nos cruzamos en la calleja con una muchacha del lugar. Ha perdido su juventud, está soltera, previsiblemente se quedará soltera y es fea, de una fealdad extraordinaria. No sabemos si es una buena o mala chica, ni si es hacendosa o haragana, bienhumorada o avinagrada. La vemos siempre sola, yendo o viniendo, por una veredita dentro de la misma calleja, sin amigas, sin familia, en su silencio, cargada a veces con pesados fardos o bolsas. Ni siquiera sabemos si habla o es muda. Cuando pasamos en el coche levanta su mano, si la lleva libre, para decirnos adiós, apenas la despega del cuerpo, por no parecer efusiva, y si no, sacude un poco la cabeza para no tener que despegar los labios. Vemos su cara roja, con las secuelas de haber padecido una rubeola demasiado virulenta y nos da un poco de pena. Es difícil mirarla mucho tiempo sin correr el peligro de que nuestro rostro no se traicione en un gesto de repulsión o conmiseración. Yo procuro siempre aminorar la marcha del coche en lo posible para no dejarla en una nube de polvo, pero ella jamás se aparta, indiferente a lo que debe considerar que es su destino. Hoy venía de la iglesia, que dista de su lagar unos diez minutos, venía a pie, como siempre, por la calleja, entre los olivares. A veces

hemos visto a cuatro o cinco muchachas del Pago juntas, sentadas en uno de los dos bancos del paseo de las mimosas, pero ella nunca estaba entre ellas. Las que eran de su tiempo se han ido casando todas. Solo queda ella. Tendrá unos veinticinco o veintisiete años, esa edad a la que las mujeres en el campo se desesperan si no han encontrado ya un marido. Traía sus mejores galas. Estaba atardeciendo y su paso levantaba del camino pequeñas nubes de polvo que le daban un halo a sus talones. Entonces me fijé en sus zapatos. Eran de charol. El polvo que se había posado en ellos había formado como una película que les quitaba todo brillo, pero seguían siendo de charol negro, como los tricornios de los guardias civiles. Y ese lujo del charol en el polvo, el lujo de unos zapatos que a buen seguro le harán daño, el lujo de esa caminata en una calleja llena de piedras con las aristas vivas, el trayecto solitario en medio del campo, después de los oficios, parecía excesivo, como una obra de arte en sí mismo, y me habría gustado haberle dado un nombre poético, como hacía Jammes con las muchachas del bearnesado, Clara
d'Ellèbeuse,
Zulmira o Clemencia, Silvia o Dominica… Venía sola, lenta y resignada, con la tristeza de quien ya ha consumido los únicos momentos de expansión de la semana. Y era imposible no pensar en ese momento tan próximo a ese instante, en que Clara
d'Ellèbeuse
llegaría a su casa, se quitaría sus galas de domingo, limpiaría sus zapatos y los metería en su caja de cartón hasta el año siguiente.

HOY, bajo el zumbido de las abejas, que tejen un manto con las flores del glicino, he empezado la nueva novela. Es decir, he escrito el primer párrafo de ella. Tal vez no valga y sea a la postre sustituido por otro, pero es la primera piedra, también picuda, para mi charol extraño y polvoriento.

IBA quitando malas hierbas del jardín, y de pronto me asaltaba el eco de las malas críticas del otro día. Del lagar de enfrente, donde vive nuestra pobre Clara
d'Ellèbeuse,
nos llegan en ocasiones unos ruidos armoniosos, los días en que sopla cierto viento, el ruido del hacha cuando hacen leña o lo que se les dice a las gallinas cuando se les echa de comer granos de trigo

o de maíz. Son ruidos muy mitigados, quizá como aquellos que oyera Leopardi en su poema «Sábado en la aldea».

Esos ruidos van primero a una colina de olivos, allí rebotan de modo misterioso y el viento se los arrebata a la tierra y nos los trae en forma de eco, como si fuesen hojas secas.

Como hojas secas me llegan a veces los recuerdos de esas gacetillas. Piso en ellas y se hace un gran ruido, y yo mismo querría salir de ese lugar donde mueren las hojas y huele a algo que se pudre, para proseguir mi camino.

Y entonces desbarato a manotazos los malos pensamientos y me aferro a esta realidad, que es suficiente.

Hacía sol, un sol primaveral que no calentaba o calentaba lo justo para sentarse debajo de una sombra a leer… Los árboles del amor han florecido por completo y son como una catedral iluminada desde dentro hacia afuera, como si dieran al aire el color de sus vitrales rojos. El olor del glicino era tan dulce como el que sale de una colmena cuando se la descasta. Hace un rato el mirlo, uno cualquiera, ese que les representa a todos, vino a posarse a unos metros de donde estaba, y movía a uno y otro lado la cabeza, como si le dolieran las cervicales, aunque me pareció también que solo lo hacía por maliciarme un poco…

Y así, poco a poco, volvió en mí no sé si el sosiego. Yo mismo era hoja seca.

ALMENDROS y estrellas crecen al mismo tiempo. Almendros y estrellas pierden la flor la misma noche.

SoLO a los levantinos se les ha podido ocurrir hacer de una almendra una peladilla.

LA garrapiñada es, sin la menor duda, la greguería de las almendras.

EL verde de los almendros mira desde muy adentro.

TODAVÍA no está todo perdido: los perros siguen yendo desnudos por la calle.

EN uno de los setenta y cinco bares y tabernas de Madroñera, pueblo que debe rondar los mil habitantes, puede admirarse el siguiente cuadro alegórico o mural de gran tamaño en el que se representa, de una manera tosca, desde luego, pero con sus colores y todo, a un hombre con los pantalones caídos, a quien otro tiene sujetado de los tobillos, con los pies en alto, como a mancera. El

que va sin calzones hace de arado. Delante, uncida a él, va una hembra con dos enormes tetas desnudas, que excita a quien hace de arado. Este, enloquecido por la visión de los descomunales melones y sin duda por el olor de los efluvios sexuales de la mula, clava en la tierra un falo gigante, a modo de rejo, al que el artista no ha privado de un solo detalle realista,

falo-rejo

con el que abre un surco. Es el bar desde el que solemos llamar por teléfono. La dueña es una mujer simpática y pacífica de unos sesenta años. Siempre va vestida de negro, de lo que he deducido que sea viuda, pues tampoco he visto tras el mostrador a ningún hombre de su edad. Lleva siempre una cadenita de oro cargada con cinco o seis medallas que destacan en lo negro, y prendido al vestido por un alfiler uno de esos camafeos baratos en el que hay una reproducción de Santa Gemma Galgani o de cualquier otra devoción. Es, a juzgar por sus modales, una mujer dulce, seguramente devota y cumplidora de sus obligaciones religiosas. La mujer despacha vino a los hombres del pueblo doce horas al día y doce horas son las que sus ojos tienen que ver esa alegoría de la diosa Ceres, que está frente a la barra. Creo que sería difícil encontrar nada más deleznable, y no solo en el género de la pornografía al que la pintura pertenece. Un día que estábamos solos en el bar aproveché para preguntarle por esa obra de arte. Se sonrió, se encogió de hombros y respondió, con absoluta indiferencia, que era «cosa de los muchachos». Naturalmente una aberración de ese calibre debería penarse por escándalo público (la fealdad, como la belleza, solo lo es en tanto que acto público). Pero si hubiera que explicar a un niño qué cosa es la tolerancia o la desinhibición habría que llevarles a ese bar de Madroñera como a un museo. Valdría también si hubiese que explicar lo que fue en su día la inocencia del Paraíso Terrenal, donde Adán y Eva miraban todas las cosas con no mayor naturalidad.

A veces, cuando estoy solo en casa, y espero que vengan, descubro en la escalera, a través de la puerta cerrada, remotos y sin aristas, pasos en los peldaños, y sé si suben o bajan, siendo solo unos pasos. Y en unos y otros hay algo muy distinto que no es ritmo, que no es frecuencia, que no es tono, es sencillamente un germen de alegría o tristeza, según vengan o vayan.

CON el verdadero poeta todos reconocemos cosas que nunca habíamos visto, como cuando llegamos por primera vez a un lugar con la sensación de que *ya habíamos estado allí*.

AL llegar a Bilbao estaba todo gris y con niebla. En primer lugar llama la atención en este pueblo, al menos a alguien como uno, con cierto amor por la tipografía, ver cómo proliferan en los rótulos de la mayor parte de los comercios una especie de letra, endémica de la región, que no se ve en ninguna otra parte. Se trata de unas letras horribles cuyo uso debería estar igualmente penado. Pueden verse en la mayor parte de asadores y restaurantes, desde luego, pero también en tiendas de moda o consultorios médicos. ETA las usa para sus carteles o en los sellos que emplea, con la culebra y el hacha, al igual que la mayor parte de los partidos políticos del país, a los que no parece en absoluto molestarles la coincidencia. Son letras de palo ancho, irregular, muy bastas y desorganizadas, siempre mayúsculas, como de quienes no saben hacer uso de las minúsculas, y parecen cortadas con un machete o talladas por un pastor en el monte, con el cuchillo; han llegado a encarnar ellas mismas el espíritu genuinamente vasco, como la gótica es el espíritu alemán o la *baskerville* el inglés o en la letra romana duerme aún el sueño de los césares y del imperio. Es una familia de letras de muy reciente creación, todo lo del nacionalismo vasco lo es. Cuando a Unamuno le mostraron por primera vez una ikurriña como enseña de todas las tradiciones ancestrales de ese pueblo, se desternilló de risa, hasta donde Unamuno podía reírse de las cosas, que era poco, pues había conocido a quien se le ocurrió meter en una tela todas esas franjas de colores, un hombre del que no tenía un buen concepto intelectual, y al sastre que la había cosido, a pocos metros de donde él mismo había nacido.

Se ve también que esas letras, aunque son un atentado a la historia de la civilización, en la medida que ignoran dos mil quinientos años de escritura y cinco siglos de imprenta y avances tipográficos en un país por otro lado en el que el tradicionalismo es su columna vertebral, esas letras, digo, propias de una sociedad sin ninguna tradición literaria o caligráfica, son una especie de «detente bala», una como declaración de principios, algo así como una advertencia o guiño a los recaudadores del impuesto revolucionario, a quienes se recuerda que pese a ser capitalistas y mantener

abiertos sus negocios, son tan vascos como cualquiera, puesto que aceptan las nuevas tradiciones de esa tierra y no tienen empacho en emplear la misma letra que ellos mismos utilizan en el membrete de la carta que la organización les envía para que paguen o se vayan del país, lo que, en un lenguaje comercial, significa que eso bien vale una rebaja o, mejor aún, una exención, encaminándoles de paso a todas las demás tiendas y negocios que no tienen la sensibilidad nacionalista y solidaria de levantar la cultura vasca al puesto mundial que merece.

Claro que estos son pequeños y muy sutiles detalles, como el de comprobar que, de los infinitos uniformes con los que se ha vestido a los ejércitos y policías del mundo, han ido a encontrar para la erchancha el único que podía reconocer el pueblo de esos valles como suyo, que no es otro que el de los viejos carlistas, con sus casacas y chapelas coloradas a las que, sin embargo, han tenido la vergüenza de quitarles la borla amarilla.

Si a un nacionalista vasco se le recuerda que ETA nació en los seminarios y en los primeros viernes de cada mes y que su nacionalismo de fueros vascos parece sustentado en el viejo principio de Dios, Patria y Rey, le mira a uno desconcertado y suele responder lo único que se nos ocurre cuando es difícil negar la evidencia: «es todo mucho más complicado».

Yo creo que si este país fuese ya una nación independiente, lo veríamos con mayor tranquilidad, por lo mismo que siempre estamos más despreocupados con la familia de otro que con la familia propia, y por lo mismo también que los defectos ajenos nos inquietan menos que los nuestros.

A veces tiene uno la impresión, con el nacionalismo de los catalanes y de los vascos, de que persiguen una segregación en toda regla, como ese mecánico que quiere dejar la gran empresa en cuya cadena de montaje ha trabajado siempre, para abrir su propio taller familiar, en los bajos de su vivienda.

Si los vascos se independizaran mañana, uno no podría dejar de sentir que lo más importante y elaborado de lo que espiritualmente han dado al mundo se quedaría entre nosotros: Unamuno y Baroja. Aunque no creo que les importara mucho, viendo para lo que les sirven los dos a los nacionalistas. Ellos, es verdad, tendrían que iniciar el camino hacia una nación espiritual y culturalmente

superior empezando por el aurresku, cometido que en absoluto les importaría, pero si así fuese sería como comenzar a levantar la Acrópolis por la jota maragata.

Habría que empezar, pues, a fomentar la corriente política según la cual España, o lo que quedase de ella, se debería unir a Portugal, que es una gran nación. En ciudades se perdería Barcelona o San Sebastián, pero ganaríamos Lisboa y Porto. Perderíamos la sardana y ganaríamos los fados. Dejaríamos de hablar de la cocina mediterránea como cultura gastronómica y pasaríamos a ser sebastianistas, que es ese estado espiritual y místico en el que lo primero que sobra es el comer… Y en literatura… en literatura podríamos ser compatriotas de Queiroz, de Verde o de Pessoa y dejaríamos de serlo de… ¡Sí! Creo que la lusofilia nos conviene.

Es curioso cómo a uno, que solo es nacionalista de la escalera de su casa, todas esas muestras de las virtudes de la patria le dejan indiferente y vagamente desanimado. Piensa uno en Cataluña y se le viene a la memoria Estonia, Letonia, Lituania y todos los Andorras, todos y cada uno de ellos con sus parlamentos, sus académicos, sus cardenales y obispos, sus literatos autóctonos exigiéndole al foro de las naciones que reconozcan los derechos de su lengua, que la equiparen a la de Shakespeare y a la de Cervantes, y de paso que le den el premio Nobel, para empezar, al poeta local.

Uno apenas puede mantener limpia su casa, como para construir a estas alturas una patria. Mejor, pues, estar en Bilbao como en un país más o menos bonito, porque uno, que ha practicado el absentismo en la multinacional España, S. A. no va a venir ahora a trabajar con entusiasmo en Talleres Maitetxu, piezas de grifería.

El hotel estaba bien, pero yo estaba solo y me sentía fuera no ya de mi escalera, sino de mi calle, porque antes de hacerme nacionalista de ella, he de confesar que lo fui de Conde de Xiquena, lucha de la que también quedé muy desengañado.

Así, pues, salí corriendo hacia el Museo de pintura. Es, para mi gusto, uno de los museos más acogedores del mundo, hecho a la medida de un hombre al que le gusten los museos pequeños y solitarios, con unas docenas de obras sabiamente elegidas. Decía Ridruejo que solo por ver los dos paisajes de Murillo valía la pena ese viaje. Hoy ya no son de Murillo, pues la ciencia los ha remitido a otro negociado de la historiografía, pero son igualmente dos de

los paisajes más hermosos de la pintura española, unos montes azules, velados por esa tristeza que parece mentira pueda ser al mismo tiempo alegre, paisajes de una serranía solitaria, como aquella en la que seguramente se retiró don Quijote para sus meditaciones amorosas. Y están también dos de los cuadros más bonitos de Solana, *El carro de la carne* y el de las mujeres de la vida puestas en la esquina de la mancebía, y la cabeza de un labrador o un pescador de Echevarría, que es extraordinaria, cosa muy rara porque este era un pintor de una superficialidad sin igual. Es verdad que luego hay unas salas con algunos cuadros de Ucelay, aquel pintor que respondió de manera memorable a una señora bilbaína que se quejaba del precio excesivo de uno de sus cuadros, que querría comprar si fuese más barato. Solía pintar en estos langostas, bandejas de plata, copas de cristal tallado, damascos, *bibelots* de marfil. El caso es que el pintor se lo tomó muy a pecho, y le atajó: Mire señora, dijo, de todo lo que sale en este cuadro lo que menos vale, vale mil duros. Claro que son cuadros que no se pueden tener en casa ni regalados, pero en un museo no molestan nada, porque siempre está uno a tiempo de no verlos.

No había nadie allí dentro, absolutamente nadie. Los guardianes y yo, y al andar se oían mis pasos en los suelos encerados. Son los momentos en que uno agradece infinitamente que exista Disneylandia, y que las aguas se desvíen a ese otro curso.

Una de las razones para ir al museo estaba no tanto en esas pinturas que al fin y al cabo ya conocía, como en saber que iba a estar solo, que iba a sentirme enteramente extranjero y provinciano, pero de una provincia diferente de la mía, donde nadie me echaría en falta por lo mismo que nadie se había apercibido hasta ese momento de que estaba allí.

Pero esa ensoñación fue demasiado breve y me tuve que ir. Volví a pie. Fue en ese trayecto donde me fijé en las letras de los rótulos.

En todos estos sitios a donde me llevan de gira o promoción suceden las cosas de la misma manera. Nos espera un delegado comercial. Suele ser una persona amable. En cuanto deja uno la ciudad su rostro se desdibuja para siempre y su nombre se hunde en una memoria de arenas movedizas, y lo mismo le pasará a él con nosotros, pues cada mes le llega un tipo del que jamás había oído

hablar antes y de quien le ha asegurado su jefe que es un futuro Hemingway, autor del que tampoco conocerán nada a menos que alguna de sus obras figure en el catálogo de la editorial para la que trabajan.

Y así sucedió, le llevaron a uno de aquí para allá lo suficiente como para llegar a vislumbrar que el éxito consiste en que le dejan a uno siempre pasar delante, cuando va a cruzar una puerta. Nos empeñamos en que se adelanten las mujeres o los de mayor edad, pero no, porque todos te empujan para que pases delante, considerando que ese es uno de los honores al que no debe renunciarse.

Esta vez iba a suceder todo en una librería. El librero era una persona amable y atenta, no teniendo seguramente por qué serlo. Cuando llevaba unos veinte minutos entraron dos clientes habituales del establecimiento. Que eran habituales lo declaraba el hecho de que saludaron al dueño con familiaridad, como hacemos con el camarero de nuestro bar predilecto, lo cual quería decir que pasaban en aquel sitio algunas horas a la semana. En todas las librerías del mundo, aunque con mayor frecuencia en las de provincias, que acaban haciendo funciones de logia, hay un tipo de intelectual local, mezcla de mitómano y despechado, que alimenta sus mitos o sus desdenes, por igual, tomándole el pulso a la literatura, día por día, con una agitación hipocondríaca extraña. De la misma manera que adoran en cada momento, hasta idolatrarlos, a una serie de escritores, por lo general foráneos, aunque puede que incluyan en el altar de sus manes particulares a uno o dos escritores del país a quienes favorecen con su lectura, y de la misma manera que a estos pocos los veneran de una manera irracional, tienen a gala despreciar al resto, seguramente por la secreta antipatía que nace en ellos de verles en unos puestos que en su opinión en absoluto merecerían ocupar, y quién sabe si también porque ellos mismos son unos escritores que guardan en el cajón de su escritorio alguna obra que bien merecía, con mayores razones, ocupar un puesto en esa misma mesa de novedades de la que sus manos ávidas van tomando con religioso temblor los libros, en cuanto llegan, para arrojarlos lejos de sí, con asco, por miedo a contraer alguna peligrosa enfermedad intelectual o a pecar literariamente.

Así eran aquellos dos que entraron en la librería. Eran amigos,

desde luego, entraron juntos y salieron juntos, colegas en su infortunio, consolándose a diario de la mala suerte o la incomprensión. Me miraron. Mi posición en aquella tienda no era cómoda. Una de las cosas más humillantes de las que tengo que hacer, sin lugar a dudas, es la de exhibirme al público, al que no tengo nada que decir y a cuyas frases amables, cuando se producen, no sé jamás cómo corresponder. Llega gente con un libro abierto y me pide que se lo dedique, y yo no sé nunca qué poner, y me salen unas dedicatorias excesivas llenas de floripondios, en las que dejo por escrito sentimientos y afectos que he estado muy lejos de experimentar por personas que no conozco de nada, que no sé si en un trato merecerían ese «con afecto» o «con gratitud» y a las que muy probablemente jamás volveré a ver en mi vida. Sin atreverme tampoco a no poner nada, más que mi firma, por no parecer grosero, por no parecer, sobre todo, soberbio, pues mi vida y mis libros distan mucho aún de ese momento en el que pueda hacer lo que me dé la gana. Me miraron, los dos al mismo tiempo, y me reconocieron, porque al lado habían puesto una fotografía mía grande, con lo cual la humillación era por partida doble. Pudieron evitar aquella mirada que me juzgaba en una posición tan poco favorecedora. Si vemos cómo se le cae a uno la dentadura de la boca o trae la bragueta abierta, lo normal, por cortesía y educación, es mirar para otro lado, o si hay confianza, decir, fulano, llevas la bragueta abierta. Aquellos, por el contrario, me sostuvieron la mirada, en la que se leían muchas cosas. Por ejemplo, «No tengas tantos humos, también hemos leído las críticas; te está bien empleado».

Me habían puesto junto a tres o cuatro montones con mis libros. Llegaron a donde yo estaba e hicieron ostensible que el libro que tomaban e iban a manosear bien no era precisamente uno de los míos, sino uno que había al lado, de otro escritor español, más o menos como uno, pero distinto. Uno lo tomó de un lado y el otro del otro, retándome con la mirada a que presenciara aquella escena de cabo a rabo. Yo nada podía hacer. Allí estaba, inerme, aparentando una indiferencia que estaba lejos de sentir, como aquellos toreros a los que solo el pundonor clava a las arenas del ruedo. Hasta que el toro doble los remos.

POR la noche dije a todo el mundo que me iba a dormir, tras la

cena. Era muy tarde. Creo que estaba bastante deprimido, pero eso ¿qué puede importar? ¿No he sido yo, al fin y al cabo, quien se ha metido en todo esto? Subí a la habitación y pedí por teléfono un taxi. Le dije que solo quería dar una vuelta por la ría. Me preguntó, ¿hacia Neguri? Yo dije sí, sin saber si era hacia allí donde estaba la ría. El taxista me estudiaba por el espejo retrovisor y como yo no decía ni una palabra, le vi debatirse entre si me llevaba a un cabaré con fulanas o a un sitio de tíos. Cuando vio que seguía en mi mutismo, empezó a ponerse nervioso y me preguntó si seguíamos. Al llegar a la altura de la ría bajé el cristal y aquel aire salado, con olor a yodo y a petróleo, me gustó tanto como el de una rosa cubista. Entonces le dije que se parara. ¿Dónde?, preguntó con desconfianza. Ahí, no sé, dije yo. Era un hombre viejo. Quizá temiera algo, que yo fuese de la ETA y le fuese a robar el taxi o algo peor todavía. Paró el taxi y caminé unos pasos por el muelle, hasta llegar junto al agua. La verdad, no sé a dónde me llevó. Se veía por un lado, a mano izquierda, entre fábricas que parecían abandonadas y unas moles negras, una chimenea de hierro muy alta coronada por una llama perpetua, azulada, anaranjada, como si fuese el monumento al soldado desconocido, y por el otro, mucho más lejos todavía, unas sombras abatidas por el horizonte, que podrían muy bien ser un espigón, ya cerca del mar. Estuve en silencio uno o dos minutos. Uno o dos minutos en silencio, pese a seguir con el taxímetro puesto, pueden hacerse eternos. Oí que el taxista salía del coche y cerraba la puerta. Se puso a mi lado. No sé cómo había recobrado el sosiego. Sacó una cajetilla de tabaco y me ofreció un cigarrillo. Debía sentir que éramos buenos, viejos amigos. Me dijo, ¿bonito esto, eh? Yo le dije que sí que lo era. Volvimos a guardar silencio. Entonces él aventuró la gran pregunta y quiso saber si hacía muchos años que no había vuelto a Bilbao. Le contesté que muchos, en verdad. Entonces él me dijo, lo sabía. Añadió luego, se va mañana. Ni siquiera lo preguntaba, lo afirmaba. Se lo confirmé, le dije que me iba a primera hora y que quería echar un último vistazo a aquello. Debió entender que en «aquello» había algo familiar, como una propiedad privada. Allí estaban los viejos barcos llenos de óxido, las gabarras negras y unas grúas que parecían que llevaran medio siglo inmóviles a falta de grasa para sus rodamientos, como grandes grullas noctívagas. Era como si todo eso

lo hubiesen puesto alguna vez ya viejo y usado, para un momento como aquel, en el nocturno bilbaíno. Es una lástima que los músicos contemporáneos, en vez de perder el tiempo, no escribieran unos nocturnos bilbaínos, con la música que un hombre solo puede sentir ante aquel paisaje mecánico, de hierros monumentales y estrellas tan limpias. Curiosamente ellas eran como los rodamientos de todo aquello, así brillaban, inoxidables y temblorosas desde su desnudo acero.

Mientras estábamos allí parados, pasó un coche de la policía, que aminoró la marcha. No sé por qué sentí el miedo de los delincuentes. Pensé que se bajarían y querrían saber qué hacíamos parados allí a las dos y media de la mañana. Pero siguieron su ronda y terminaron por desaparecer, seguramente con más miedo ellos que nosotros.

El taxista debió comprender que el motivo por el cual le había hecho llevarme a ese lugar era muy importante, porque guardó silencio, pero siguió a mi lado. Cuando me pareció que ya era bastante le dije que nos volvíamos. Lanzó la colilla al agua, que le respondió con un chisporroteo, y nos dirigimos hacia el coche, que se había quedado a unos diez o doce metros.

Poco antes de llegar al hotel noté que el taxímetro estaba parado. Le dije, se le ha olvidado a usted bajar la bandera. Entonces el taxista me dijo, no, la subí en la ría, cuando se bajó usted del coche. Le pregunté por qué había hecho una cosa así, si es que había de pagarle un tanto fijo. Entonces me dijo que no pensaba cobrarme. Me quedé de una pieza, porque era lo que menos podía esperarme, y añadió que no iba a cobrarle a alguien que tenía una necesidad como la mía y que si él volviera algún día a su pueblo y le pasaba algo parecido le gustaría que hicieran con él lo mismo que conmigo, y que las personas estábamos para ayudarnos unos a otros. Entonces me vi en la obligación de preguntarle si acaso no era también de Bilbao. Me dijo que no, que era de Sabero, que había venido a Bilbao con catorce años. ¿Sabero de León?, le pregunté. Sí, me dijo, ¿Lo conoce usted?, me preguntó a su vez. Le dije que me sonaba, pero que nunca había estado allí.

Sabero es un pueblo minero de León, muy pequeño. De ese y de otros muchos pueblos como ese emigró gente a Bilbao. En Sabero nació mi madre y en Sabero fue maestro mi abuelo muchos años.

Probablemente, por la edad, a ese hombre le habría dado clase un Trapiello. Podía habérselo dicho, haberle correspondido con eso, pero entonces yo habría dejado de ser bilbaíno y se le habría quitado la ilusión que había puesto en adivinar o conjeturar toda mi historia, según la cual yo pedía un taxi por la noche. De manera que no dije nada. Además la historia, tal y como había sucedido, estaba bien. Yo no quería hablar con él. No tenía ganas de saber nada de nadie. Me daba igual que fuese de Sabero o de Monforte de Lemos. El que se sentía mal era yo, el que estaba solo era yo, no él, a quien la noche pesaba era a mí.

Cuando me bajé del taxi estuve titubeando si en una ocasión como esa había o no que estrechar la mano del taxista. Pero solo le di las gracias y las buenas noches de la manera más triste que pude, para que comprendiera que era esa tristeza precisamente la que me impedía entrar en otra clase de fraternidades y confianzas.

Cuando me iba a meter en el hotel y él a arrancar le pregunté de lejos, sin acercarme, para no reiniciar la conversación, cómo se llamaba. Le dije que si volvía otra vez, tendría mucho gusto en invitarle a un café. Esta mañana, antes de salir de Bilbao, llamé a casa de mis padres y le pregunté a mi madre si conocía a alguien que se llamaba Amalio Fernández. Me preguntó si sabía de quién era hijo. Le dije que no. Entonces ella me contestó que con esas señas no me podía aclarar nada, aunque seguramente si era como yo decía, que se trataba de un hombre de su tiempo, sí le conocería.

NADA produce mayor desolación que leer el reparto de una comedia de moda, pongamos por caso, de hace sesenta años. Produce siempre un efecto abrasador.

UN actor de otro tiempo podría ser un buen título de algo.

DECIMOS Sarah Bernhard, y en realidad no sabemos nada. Y lo creemos todo, como de la Atlántida.

EL hombre bueno es el hombre justo. El hombre justo es el que ante la injusticia no calla. El hombre malo, el hombre corrompido, es el que administra su silencio a su conveniencia, amparándose en la palabra oportunidad. Una forma de injusticia, o sea, de desorden, es siempre la estupidez o la inmoralidad. Incluso la amoralidad suele presentarse como una forma de injusticia. Restablecer el orden es allanar el camino entre la injusticia y el orden o, si se prefiere, entre el desorden y la justicia. Por eso el hombre bueno ha

de ser siempre un poco malvado, es decir, intempestivo, inoportuno. Un hombre bueno no calla jamás, no otorga, no transige. El hombre bueno desgraciadamente es siempre intransigente. El único que transige, el que hace la vista gorda, el que se reserva, es el hombre malo. Ayer un periodista me dijo que yo tenía fama de ser un hombre intransigente. No sé cómo salí del paso. Solo ahora, doce horas después, se me ha ocurrido una contestación que de todos modos no hubiera podido darle, porque nadie habla así, salvo los que quieran prepararse un camino hacia alguna parte, es decir, los hombres calculadores.

PARA ser bueno no hay otro camino: hay que ser malo.

AL llegar a Santander hacía un sol magnífico, pero estaba todo con una brumilla que quitaba los perfiles a las casas blancas y los ventanales, a modo de veladura.

En cuanto llegamos me llevaron a la librería de aquí, para que admirase los escaparates donde habían puesto los libros de uno. Mostré mi gratitud lo mejor que pude, pero de una manera poco natural, temiendo no acertar nunca o por defecto o por exceso.

Luego me condujeron a una especie de Club Náutico a almorzar. Desde el sitio donde estábamos comiendo, en el Sardinero, se veía por el cristal la playa de oro, y unos jóvenes jugando al tenis y una pareja de novios que paseaban cogidos de la mano… De vez en cuando se oían los barcos, huuuuuu, huuuuuu, los veíamos cruzar a lo lejos. Pasaban muy despacio, como por el grabado de un libro. Fue entonces cuando tuve la sensación de plenitud, de felicidad, uno de esos raros momentos en los que uno es dueño de su vida. Un lugar precioso, una comida agradable, la compañía de gentes que tratan de agradar, un vino excelente, el hotel pagado… En ese momento ese mismo sentimiento me puso al borde de un abismo. Yo mismo me sobresalté. Pensé, cómo es posible que pueda ser feliz, si no puedes compartirlo. Tuve la sensación de haber cometido una pequeña aberración. Pensé en M., nada, un pensamiento fugaz, para decirme, bueno, todo esto está muy bien, pero yo estoy solo, de qué me sirve, y fue como una sombra. Pensé que a ella le habría gustado que yo disfrutara de ese momento, así que me dije que debería hacerlo, pero no sé cómo, ya quería volver, y de ese modo mi alegría fue un poco triste, o mi tristeza un poco alegre, y, por tanto, sin culpa.

Por la tarde me llevaron de nuevo a la librería para ejecutar la misma suerte. Casi sería mejor que la gente no fuera tan amable con uno, porque entonces uno podría mostrarse circunspecto, sin la obligación de sostener conversaciones que le importan muy poco sobre temas universales. A mí de la gente me gusta que me cuente la vida. Que me diga, yo nací de tal familia o tal otra, mi infancia fue buena o mala, he sido o no feliz. Ahora, que venga alguien a decirme que si el crítico tal o el escritor tal ha dicho y hecho, para eso no sale uno de casa. No quiero hablar con nadie a quien ya no voy a volver a ver en mi vida, discutir, mostrar pareceres, intervenir. Soy un hombre pasivo. Los novelistas son seres pasivos, que han de estar todo el día con el oído atento.

Fue lo que hice con uno que apareció por la librería a media tarde. A los dos minutos me di cuenta de que estaba mal de la cabeza. El librero se puso detrás de él y, para advertírmelo, empezó a atornillarse la sien con el dedo índice. Aquel tipo se plantó frente a mí, y aseguró que habíamos sido compañeros en la Universidad.

—¿No te acuerdas? —me gritaba como si en ese reconocimiento le fuese la vida.

La gente que estaba en la librería nos miraba, temiendo quizá que termináramos pegándonos.

Vestía unas ropas viejas, oscuras, sucias, pantalones medio caídos y con grandes bolsas en las rodilleras y una chaqueta de paño indefinible. Las manos también las tenía sucias, y las uñas, con el corondel del luto. El pelo lo traía lleno de rebultos y llevaba una barba negra, espesa, con pelos torcidos y largos, como si se los hubiese transplantado de los genitales a los mofletes. Cuando comprendí que era mejor aceptar lo que decía, se me acercó y me confesó que en ese momento no podía comprar mi libro, porque no traía dinero encima, pero que sería una cosa muy buena que pudiera prestarle algo para matricularse en unas oposiciones, con veinte o treinta mil pesetas se arreglaría, y que me las devolvería en cuanto las aprobara y se pusiera a trabajar.

Me contó otras muchas cosas. Mientras hablaba yo empecé a recordar que en efecto habíamos sido compañeros de clase. He escrito una novela sobre aquellos años y resulta prodigioso todo lo que he olvidado de ellos, para sobrevivir sin duda. Quizás la verdadera novela estuviese en esos otros episodios que yo he

olvidado, no en los personajes de los que hablé, muchos de ellos absolutamente insignificantes y vacíos como personas, sino en gentes como ese, con una verdadera biografía de verdad.

Se conoce que uno imanta a los locos.

En los tiempos de la siempre impar Valladolid aquel hombre que hablaba conmigo quince años después casi a gritos, se convirtió a una extraña religión y formó una secta de la que era todo, Papa, colegio cardenalicio, sínodo de los obispos, feligresía y cuerpo de sacristanes. Fue algo que se comentó mucho entre los compañeros. Trataba de hacer prosélitos sobre todo entre las compañeras, que sospechaban siempre intenciones secretas de finalidad sexual, y se apartaban de él con repugnancia, porque siempre fue un hombre de aspecto poco agradable. Un día se levantó en plena clase, antes de que llegase el profesor, y nos recitó a todos un poema a la Virgen. Gesticulaba como un exaltado, como un furioso. Desde ese día, era algo que hacía con frecuencia, sacaba una cuartilla de una carterita negra de cobrador que llevaba siempre consigo sujeta por la axila, y nos leía unas poesías sin pies ni cabeza, pero nadie se reía de eso porque solo por la manera que tenía de recitarlas se veía que era un hombre violento que estaba al mando también del Santo Oficio. Le pregunté si seguía escribiendo versos. Se le iluminó la cara como al poeta del *Coloquio de los perros*. ¿Conoces mis libros? Yo dije que los conocía y admiraba muy de veras. Pero entonces se quedó muy serio y cambió de expresión, y dijo que le parecía muy raro, porque no había publicado ni uno solo, aunque se tranquilizó pensando que seguramente me los habría dejado algún amigo suyo a quien se los había pasado. Tranquilizado con ese razonamiento, siguió. «Mi tía mandó uno el año pasado a Estocolmo», me informó, «y quedé cuarto, delante de Gimferrer».

Fue entonces cuando comprendí que a lo mejor no estaba tan loco, si decía una cosa como esa.

Antes de irse insistió para que le prestase esas veinte o treinta mil pesetas de nada, aunque podrían ser también cinco o siete mil, pero no se molestó lo más mínimo cuando le dije que no llevaba tanto dinero encima. Entonces me pidió que le regalase mi libro. Al final se fue por donde vino, cojeando mucho, aspeando las manos sin quitarse el cigarrillo de los labios. Tampoco tenía dientes, los dedos negros de nicotina y pringue.

HE tenido que esperar a estar montado en el avión para escribir con un poco de sosiego. Un diario no se puede escribir en un aeropuerto. Eso es otra grosería, como el entusiasmo. Hay que ser un gran entusiasta de la vida para escribir en las salas de un aeropuerto, o subido a un avión. En los aeropuertos debería estar prohibido escribir, como no sea el testamento.

Ahora era Oviedo. Ayer por la mañana me llevaron a la televisión de allí, a uno de esos programas que ni siquiera ven las amas de casa, porque están en la compra o pasando el aspirador.

La presentadora era una joven explosiva, maquillada como una *geisha*, que hablaba con un acusadísimo acento asturiano. Lo uno por lo otro. A mí me hizo una entrevista de seis minutos después de haber entrevistado a un cura a propósito de no sé qué.

Yo no hice la mili, pero tengo la impresión de que todo lo que estoy viviendo es muy parecido. Hay alguien que le manda a uno hacer unas cosas que hace, cosas absurdas como ir a ese programa de televisión. Al momento uno acata esas órdenes con insólita mansedumbre, pero seguramente dentro de unos meses no me voy a creer que yo pudiera obedecer sin rebelarme. Al menos si creyera que todo esto contribuirá a vender el libro, lo haría con otro ánimo, pero me sentiría verdaderamente idiota si llegara a creer que la entrevista en esa televisión ha logrado vender un solo ejemplar del libro.

Por la tarde fue la presentación en otra librería. No creo que hubiese ni siquiera veinte personas. La dueña estaba nerviosa, y mientras un amigo mío leía unas cuartillas, la otra se movía de un lado para otro, por temor a que alguno de los asistentes, que seguían sus evoluciones distraídos, le robara el género.

La presentación no fue más triste ni deprimente que otras, sin embargo, ni las palabras del presentador menos insinceras que en otros lugares. Se terminó pronto, vinieron a saludarme dos o tres que dijeron también que me conocían de los años del colegio, uno o dos que aseguraron conocer a algún primo mío al que también hace veinte años que no veo y dos o tres que me dijeron que esperaban que esta novela les gustara más que la anterior y que en cualquier caso lo que más les gustaba de las cosas mías eran los libros de Trieste, que ya no existen.

Luego fuimos a cenar. Vinieron dos o tres amigos, y amigos de

estos amigos, escritores también, gente de por allí, o de pueblos del país, jóvenes todos. Pero lo más grande de todo es que cuando nos íbamos a sentar apareció la presentadora de por la mañana. X, que hacía las veces de anfitrión, me puso al corriente en dos palabras y me dijo que además de presentar hacía sus pinitos en la literatura, no sé en qué modalidad, si a braza o a mariposa.

La cena transcurrió de una manera lánguida. Se contaron muchos chistes, es cierto, pero por debajo de todo sonaba una música muy parecida a la que descubrimos en *Dublineses*, vidas de provincia, desesperaciones sordas, máscaras del tedio, huidas sin moverse de aquellas cuatro calles sombrías…

Después de eso los jóvenes nos llevaron a X y a mí a un lugar en verdad incalificable, de una sordidez fuera de toda ponderación, uno de esos lugares cuyo éxito estriba en que las copas son baratas y los asientos de cemento con una fina colchoneta encima, y en el que era imposible hablar, porque la música nos sepultaba a todos bajo dos o tres toneladas de megahercios. Algunos se lanzaron directamente al alcohol y antes de una hora ya estaban completamente borrachos, tratando de emparejarse o desparejarse en un *ballet* que se veía que venían ensayando todas las noches desde hacía cuatro o cinco años, para acabar, muy probablemente, de la misma manera a como habían acabado todas y cada una de esas últimas mil y una noches.

La televisiva, que se había presentado con una amiga, se sentó junto a mí, y dejó a la amiga tirada a un par de metros.

Empezó a hablar conmigo, pero para ello tenía que darle la espalda a la amiga, lo que hizo sin importarle mucho. Hablamos durante un buen rato, tiempo en el que nadie se ocupó de la amiga, que ni siquiera bebía. Físicamente contrastaba esta de una manera casi dolorosa con la otra, era más que pequeña, reducida, una de esas jóvenes que parecen perpetuamente desfloradas sin que, por otro lado, jamás lo hayan sido. Estaba allí, furiosa, es verdad, pero como esa perrita desventurada y fiel que las dueñas dejan a la puerta de los establecimientos que tienen prohibida la entrada de animales.

Era muy difícil saber bajo aquellos focos que se apagaban y encendían al compás frenético de la música cómo era exactamente la presentadora. Ni siquiera recordaba su cara, pese a haberla visto

hacía un momento, trataba de recordar cómo era cuando la había visto por la mañana, en el plató y en la cafetería de los estudios, a la luz del día, pero no conseguía más que confundirme un poco, pues era una de esas personas cuyo rostro está en el trance perpetuo de desaparecer, de desfigurarse y borrarse de nuestra memoria, en la que no se sabe por qué jamás logrará entrar. Sabía, desde luego, que era una chica de unos veinticuatro o veinticinco años, redondita, menuda, de una suculencia un poco provinciana, como esas cremas pasteleras que hacen olvidar que no son exquisitas solo porque la cocinera las sirve en abundancia, y en las que uno sacia más la gula que otro apetito o fantasía. Si hubiese que representar a la Regenta habría hecho, me parece a mí, un buen papel, una mujer en la que hasta sus dedos regordetes podían recordar un bizcocho bañado en chocolate. Era, sí, eso que se decía mucho antes en la provincia, un bombón. Hablaba de su vida allí, que era triste, de que quería marcharse de aquel pueblo, porque no soportaba la idea de quemar su juventud presentando un programa matinal de televisión, y confesó cuánto detestaba hacer un trabajo como aquel siendo licenciada en filología. Me pareció que insistía intencionadamente en eso de su licenciatura para que no pensase que se trataba de una mujer sin seso, una de esas caras bonitas a las que han elegido por esa razón para hacer ese trabajo. Hablaba también de un vago sueño de irse a Madrid. Daba la impresión de que me contaba aquellas cosas, no a mí, sino al forastero, como si ese pudiera ayudarla en algo, no como si fuera yo el que le iba a decir, nena, sube, para llevarla de Oviedo-Oklahoma a Madrid-Los Ángeles, no lo decía por eso, desde luego, sino por si acaso fuese, en efecto, ese forastero desconocido al que se le participan unos sueños que se ocultarían a los amigos más íntimos. A veces, mientras hablaba, confieso que se me iba la cabeza a estas cosas, y no por desatención hacia ella, sino porque tampoco hubiera podido oír nada con aquella música.

Era una buena chica. Estaba muy ilusionada con la tesis que quería hacer sobre Carmen de Burgos, que para eso hay que estar muy ilusionado.

Me hablaba también de cosas íntimas, es decir, todo lo íntimas que pueden ser las cosas entre dos personas que acaban de conocerse y que están hablando en una discoteca, y a veces yo me

encontraba riéndome de buena gana, no sabía por qué.

Mientras ja, ja, ja, la amiga estaba a tres metros, sentada en un sillón de color elefante, sola, muy despechada, pero se la veía que ese papel de carabina no era la primera vez que lo hacía.

Frente a nosotros habían quedado también esas personas tristes que no consiguen ni emparejarse ni desemparejarse, que solo están sentadas, que han venido en un grupo, pero que no son de él más que el número. Podrían irse y nadie les echaría de menos, y si se quedan, y de hecho se quedan hasta el final, nada les ocurre nunca. Están y miran a los demás, cómo beben, cómo tratan de ligarse unos a otros. Si beben, ni siquiera darán muestras de que están borrachos. Todo lo que les sucede es secreto e íntimo, en su insignificancia o en su grandeza, quizás más completos que ninguno de los demás, pues que consiguen meter en un mismo recipiente el sueño y la acción, ya que son ellos quienes, viendo a los demás bailar y emborracharse, bailan y se emborrachan por todos, sentados en su esquina, en tanto son superiores a aquellos, ya que no dejan de soñar un solo instante.

De pronto me di cuenta de que dos de esas personas estaban mirándonos. Me veían hablar con aquella chica y daban por supuesto, habituados a ver que las cosas se emparejan y desparejan, que no habíamos más que empezado ese camino que ellos conocen tan bien en otros, estudiado por ellos desde esos mismos observatorios, y me di cuenta de que vivían mi vida en esos instantes, pero se equivocaban, pues, aunque me hablara aquella chica, era yo también el que estaba en su rincón, solo que inactivo y sin sueños.

Salimos todos juntos de aquella discoteca, y empezamos a caminar por un Oviedo deshabitado, con los semáforos parpadeantes, todo él de un color irreal y ambarino, convaleciente de una hepatitis crónica. Algunos de los compañeros de farra se descolgaban antes, en una calle, otros en otra, levantaban la mano, la sacudían un poco en el aire, y los veíamos desaparecer como en una novela española. Al final nos quedamos la moza lozana, su amiga y yo. Íbamos camino de mi hotel. La amiga miraba a su amiga guapa sin llegar a comprender cuáles iban a ser sus designios para los próximos veinte minutos. No sé cómo en un momento determinado la amiga se adelantó unos metros, ignoro si para

subrayar el grado de cabreo que llevaba consigo esa noche o para facilitar la fuga de su amiga con aquel hombre que en cierto modo se la iba a arrebatar a ella para sumirla en las foscas sombras de la noche, etc., etc.

La lozana, que había estado hablando casi durante dos horas de manera ininterrumpida, empezó a hacerlo entonces de una forma nerviosa e intermitente, como los semáforos también. Seguramente pensaba que yo estaría pensando que se aproximaba un momento crucial, por eso casi no podía escucharla, pues también yo pensaba que ella estaba pensando en lo que yo pensaba.

De pronto la guapa, en un arranque que encontré irreal, se colgó de mi brazo y me murmulló cosas en el oído. Las escuché con sorpresa, para qué decir otra cosa, pero procuré recibirlas como lo habría hecho lord Byron. «Esto es», me dije, «la parte agradable de este trabajo». Cuando la amiga se percató de que su amiga había dado el paso decisivo de colgarse de mi brazo, se plantó en dos pasos a mi lado con una expresión fúnebre y hostil, que contrastaba vivamente con el espíritu general de la noche. Pero esa fue la estampa invariable de aquella marcha que duró veinte minutos, con una chica todo risas a un lado y con otra, triste y herida, al otro. En medio yo, irreal también, triste y alegre, tratando de vivir algo que nunca me había importado lo más mínimo, la pura circunstancia. Llegamos al hotel. Detrás de la puerta de cristal el portero de noche se nos quedó mirando, haciendo seguramente la quiniela para saber si subiría acompañado de una de aquellas chicas, de las dos o solo, porque los porteros de noche son gente que ha visto de todo en esta vida y se creen con una gran perspicacia psicológica. Nos quedamos los tres mirando, sin saber cómo proceder a los adioses, cómo solventar aquello de una vez. A mí me pareció entonces que lo galante era decirle algo a la chica. ¿Qué, si no, se le dice a una chica a las tres de la mañana frente a un hotel de lujo? De hecho la chica estaba esperándolo, o eso me pareció a mí. Fue algo arriesgado, pero salió bien. Es cierto que ella habría podido sumarse. ¿Y entonces? Quiero creer ahora que yo habría aceptado igualmente, con caballerosidad, como se pagan las deudas de juego. Pero cuando empezamos a despedirnos, a la amiga le cambió el semblante por completo, como ese enfermo al que se le administra morfina tras padecer horribles dolores, y yo experimenté el alivio

del jugador de póquer que se ha metido en una jugada demasiado arriesgada con muy malas cartas, de la que ha salido indemne. Quizás esperaba que formulase una invitación a tomar la última copa en el hotel a ella sola, y no a su amiga, que tomaría yo esa decisión, pero lo único que tiene de agradable llegar a los cuarenta es saber cosas como esa, que la inclusión de una de ellas significaba la exclusión de ambas. Se hubiera dicho que a la joven comestible no le parecía justo, a última hora, que aquel adiós afectase por igual a ambas amigas, cuando un sí habría excluido a la otra. En eso tenía razón.

Nadie puede imaginar lo dulce que es un no a las tres de la mañana. Abreviamos la escena como en una comedia de Benavente, di dos besitos a la presentadora, dos besitos a la amiga y me volví hacia la puerta, contento, con el ánimo libre de los gitanos, como el que acaba de salir de un trato de una manera mucho más ventajosa de como pensaba en un principio. Allí estaba el portero, que no había perdido ripio de toda la escena. Se me quedó mirando y al pasar a su lado y darme las buenas noches, me dedicó una sonrisa de complicidad. Podría pensarse que era una sonrisa maliciosa, pero no, no era más que el guiño de la solidaridad, y tuve que reconocer que en el fondo los porteros de noche tienen mucha psicología.

Es en todas estas cosas en las que estoy pensando en el aeropuerto. Para mí escribir es pensar.

Así son las vidas. En un momento parecen que se cruzan, pero no hacen más que avistarse, como barcos que hacen la derrota por los mismos mares. Se quedará en Oviedo, como presentadora en la televisión, que detesta mucho menos de lo que ella daba a entender. Probablemente jamás empiece su tesis sobre Carmen de Burgos. Mientras siga siendo joven presentará programas, luego la pasarán a la redacción. Si se casa mientras sea presentadora, será infeliz. Demasiado guapa. Si logra esperar a hacerlo cuando trabaje en la redacción, con un poco de suerte no será desgraciada, porque es una buena chica. Habrá que ver cómo llega a ese estadio. Ayer me contaba que cada día rechaza una proposición de matrimonio, otra de fuga y dos o tres de correrse una aventura con alguno de los hombres más ricos o influyentes de esa ciudad. Con tanto para elegir lo normal es que alguien por muy despierto que sea se equivoque tarde o temprano. Esa es la novela de la vida. Serán

otros, desde luego, los que la completen. Mi avión va a salir dentro de un momento y trato vanamente de representarme su cara, recordar cómo era, cómo eran sus ojos y las formas que me llegan, al mismo tiempo que trasparecer, se esfuman. Como casi todo.

X tiene la teoría, muy acertada, según la cual la razón de que las telecomedias tengan tanto éxito se debe no tanto a su vulgaridad, o también, como a que todo lo que retratan en ellas es de segunda categoría. Los actores no son esas estrellas rutilantes ni las actrices esas mujeres hermosísimas, sino un poco más burdas y baratas, lo mismo que las casas que sacan, esos interiores donde no se ve más que un ambiente ordinario y de un gusto pésimo, parecidos a aquellos otros en los que la gente aspira a vivir. Según X eso está hecho para no humillar al telespectador, a quien, en el colmo de la perversión, es posible que halaguen sacando gentes más vulgares que los telespectadores. Y cuando son más ricos, por ejemplo, los guionistas ya se cuidan de que sean más malos o depravados. O cuando la que sacan es más guapa de lo habitual, ya se encargan también de sacarla algo más puta o con un hijito con leucemia en el hospital.

El argumento, incontestable, es obvio que vale también para la literatura. Incluso vuelto del revés. La razón por la cual cierta literatura no se ve, o ciertos libros, no es sino porque al entrar en la inmensa mayoría de los hogares delatarían el medio pelo, el horrorífico gusto del comprador, su fealdad física y moral, su deplorable vida, el deleznable sillón donde tendría que leerlos, el penoso compañero o compañera junto al que deberían leerlos, las sábanas de la cama en la que los leerían cada noche, los cuadros de las paredes, monstruosos y de mucho peor gusto que los que cuelgan en las consultas de los médicos. En fin, que cualquier proyecto de sobrepasar un número de lectores reducido pasa por adularle a la gente el gusto y confirmarle que el sofá, el marido, la lámpara y la vida que tiene y lleva son los mejores posibles.

ESTA mañana en el Rastro había poca cosa. Vi a una anciana con aspecto de mendiga a la que empujaban cuesta arriba en una silla de ruedas. Luego volví a encontrarla parada en un puesto, al frente de él, en plan gerente como si dijéramos. Llevaba la mujer unas greñas encanecidas, mal cortadas y peor peinadas, y las piernas eran delgadas, como dos palos, sin vida, pero los pies en

cambio resultaban grandes, metidos en unas zapatillas de orillo que los tornaban desproporcionados. Un detalle importante es constatar que las zapatillas llevaban la borra despelujada y por fuera, a la altura de los juanetes.

No se sabía si habían ido allí a vender la silla de ruedas: hubiera podido suponerse, a juzgar por la expresión de la vieja y el mal humor del que había empujado la silla hasta situarla detrás de un montón de piltrafas, un individuo sin afeitar desde la última guerra, no porque tuviera luengas las barbas, sino en ese punto de una o dos semanas, como cuando se está en una guerra.

La vieja nos miraba a todos con una cara de pasmo inenarrable, pues uno de sus ojos era estrábico y el otro de cristal. Cuando la realidad le da a uno todas estas cosas juntas casi es peor, porque tanta abundancia obtura los conductos de la verosimilitud, necesarios para que drene la fantasía. De manera que sería preferible que en nuestras cacerías particulares de realidad, las presas fuesen o más escasas o más modestas.

J. M. me tiró de la manga y me dijo que podíamos irnos ya, convencido de que el solanismo terminará por devorarme un día.

Luego, en un montón de libros, advertí la presencia de uno completamente diferente. Cuando se tiene costumbre de mirar montones de libros puede uno distinguir de un golpe de vista el libro viejo entre los nuevos, el bueno entre los malos, el antiguo entre los que solo son viejos. En este caso se trataba de un tomo encuadernado en toda piel con oros bonitos, aunque fatigados por los tumbos que habrá tenido que dar en esta vida.

Por el aspecto la encuadernación es de hace 130 o 140 años. Tiene numeradas 288 páginas, de las cuales están manuscritas unas pocas, con una letra picuda y armoniosa, en tinta ligeramente violeta, y el resto de las hojas en blanco, aunque pautadas. El papel es bueno también, blanco, de hilo, con el corte estampado. Tiene los cortes decorados con un dibujo de aguas, y en el lomo figura el título *Copiador*.

No es infrecuente que aparezcan en el Rastro tomos como ese, bien encuadernados y con las hojas en blanco. A veces la pasta es de hule, a veces de tela y más raramente, como este, de una buena piel de potro o de cabra.

Solían usarlos como libros de cuentas, para llevar las economías

de las casas importantes.

Cuando aparecen y se da la circunstancia de que el cuaderno donde yo llevo estos diarios se está acabando, suelo comprarlos, ya que las encuadernaciones son más perdurables que las actuales y prometen resistir el trato indiscriminado que tendrán a lo largo de uno o dos años.

Por eso en cuanto tuve ese en las manos, juzgué bueno su estado de conservación y sopesé suficientes sus hojas en blanco, ligero su peso y cómodo su tamaño, y lo compré. Además, estamos hablando siempre de doscientas o trescientas pesetas, un dinero por el que ni siquiera vale la pena haber dado todas estas explicaciones.

En este en el que escribo llevaba haciendo la letra muy menuda, por miedo a acabarlo antes de encontrar su sustituto. Si los cuadernos pudieran hablar, este diría al nuevo que ya puede morir en paz, porque sabe que vendrá otro a sucederle.

Quedaba, no obstante, una pequeña cuestión en absoluto baladí: ¿qué hacer con las páginas ya escritas?

Eliminarlas, en el caso de que haya que proceder en ese sentido, es una operación delicada, consistente en meter una cuchilla entre las hojas, buscando el cuadernillo o capilla completa, a fin de desgajarlo limpiamente, tras un corte preciso en el hilo que lo mantiene unido al resto.

Cuando iba a proceder a esa para mí manipulación rutinaria, eché una ojeada sobre lo escrito.

Ya he dicho que la mayor parte de las veces se trata de tediosas relaciones de cuentas o listados de acreedores o pagadores. A veces resultan verdaderos libros de compras, donde figuran a la izquierda el rimero de las mercancías y en columna al lado los precios, cosa entretenida de mirar una tarde de lluvia, comprobando lo que nuestros abuelos pagaban por una libra de chocolate o una arroba de jabón.

Pero lo que leí fue bien distinto. Desde que el *Quijote* entronizó el hallazgo casual de unos papeles en el zocodover de Toledo como una de las formas más eficaces para hacer pasar por verosímil una historia que no lo es, el procedimiento se ha explotado de mil maneras: un manuscrito hallado en un desván, una carta encontrada entre las páginas de un libro, una confesión enviada a un juez…

He aquí lo que venía escrito en una de sus páginas que pude leer

por casualidad, antes de arrancarlas y tirarlas a la papelera: «Causa seguida por homicidio de Ana Juaqª Borrero a José Julián Parias».

Pensé de inmediato que podría tratarse del cuaderno o diario de algún pasante de abogado o tal vez de algún estudiante de leyes.

Aunque luego todo resultase nada, el descubrimiento me puso muy contento, pues no sé por qué me vi como parte de una historia superior que alguien estuviese contando, como si fuese uno de los personajes de ese zocodover en la mente de un novelista de otro plano superior, ficciones de su capricho.

(…)

En efecto. Se trata del cuaderno de un abogado cubano, en el que se recoge su defensa en tres procesos de 1853. Están copiados con una preciosa, minuciosa y fina letra inglesa que intercala, cuando tiene necesidad de reproducir palabras de declaraciones de segundos y terceros testigos, con letras de otra naturaleza, como redondilla, negrita o semigótica, de carácter romántico. Solo por eso, como un documento primoroso de la época, el manuscrito tendría valor.

La Primera de las causas es la «Contestación de clemencia en cobro de pesos, con reconvención»; la Tercera trata de un «asalto en cuadrilla con heridas al pardo Joaquín López. Causa seguida contra Agustín Guerra y otros». Pero es la Segunda la que resulta apasionante, aquella que nuestro abogado titula: «Causa seguida por homicidio de Ana Joaqª Borrero a José Julián Parias». Hasta los nombres están divinamente puestos, si acaso todo esto es esa novela en la que alguien novela con nosotros.

Se supone que el abogado dirige a un Excmo. Señor la súplica que conmutaría la pena de…

Pero vamos a transcribirlo:

«Exmo Sor.

»En la ciudad de Bayanco a ocho de Diciembre del año pasado, de once a doce de la noche, según unos, de diez a once según otros, se perpetró en casa de José Mª Borrero, viudo de 75 años de edad y de oficio zapatero, pardo y libre seguramente, aunque no se especifica en su declaración, un asesinato en la persona de su hija Ana Joaquina Borrero».

Yo creo que es imposible empezar mejor una novela, ni se hallará un párrafo mejor construido. Un párrafo como ese

entusiasmaría a Ferlosio.

«Apenas tuvo conocimiento de ello la autoridad competente, dispuso que se practicasen las diligencias oportunas a la formación del sumario, y José Mª y Rafael Borrero designaron en sus declaraciones a José Julián Parias, pardo libre, natural y vecino de esa ciudad, de 25 años de edad, soltero y de oficio labrador, como el autor del crimen. Reducido este a prisión, declaróse como tal, describiendo al por menudo todas las circunstancias en el hecho, y elevados los autos a plenario y previos los trámites legales le condenó la Comandancia militar de Bayanco, que conoció de la causa, en virtud del fuero de que disfrutaba Parias, al último suplicio en garrote vil, fundándose en lo dispuesto por la ley 12, tit. 21. Lib. 12. Nov. Rec.

»La pena de muerte, Exmo Sor., legado funesto de la civilización antigua a la moderna, padrón de ignominia impreso aún en la frente del siglo diecinueve, admitida en los Códigos modernos por una triste necesidad según el sentir de sus sabios compiladores, está reservada solo a aquellos crímenes horrendos que conmueven el edificio social en sus cimientos, como el regicidio, el parricidio o el asesinato con circunstancias agravantes.

»Considerada con mucha razón como ejemplarísima, perdería su virtud si se la prodigase a cada paso. Demás que por sus caracteres irreparable e indivisible, toda cautela es corta al aplicarla si en mengua de la justicia penal no se pretende confundir en un mismo anatema al inocente con el criminal, al que delinque involuntariamente con el que lo hace con premeditación, al que por vez primera comete un delito a impulsos de un arrebato con el que avezado en el crimen ha recorrido paso a paso toda su larga, inmunda y tenebrosa senda».

Por lo leído hasta aquí se ve que es el alegato del abogado defensor, suplicando se le conmute esa pena al muchacho, pero se ve también, por cómo lo hace, que el muchacho va a terminar en el garrote y que el abogado lo único que persigue es el lucimiento y mover la mano de arriba abajo, en gallardos molinetes. No hay vuelta de hoja. El tono, que es magnífico, estaría bien en una novela de Dickens, que conocía al dedillo ese pomposo estilo jurídico-literario, pero en la realidad la Comandancia es otra cosa. El caso es que sigue en ese tono un par de párrafos más, igualmente tupidos,

de consideraciones generales y muy loables contra la pena de muerte.

«Si tales son las condiciones de la justicia penal, para que sea verdadera pasemos a analizar lo que de autos resulta en contra de José Julián Parias. (…) La inquisitiva de Parias es lo único, pues, que en estos autos pudiera constituir prueba plena en contra suya. Pero aun esta misma confesión no tiene gran valor si se tiene en cuenta el precepto legal que ordena que la confesión hecha por melancolía, tedio de vida u otro furor semejante es nula y de ningún efecto».

Luego siguen páginas y páginas revisando una a una todas las declaraciones del propio acusado y de los testigos, las contradicciones que hay en ellas, y todo lo demás, para explicar lo que aquella noche ocurrió, cuando llegó Parias a casa de su novia con una escopeta, fue a su aposento, la golpeó con la culata, la sacó sin sentido delante de la casa, y allí, en presencia de dos hermanos pequeños, le pegó un tiro. A medida que el alegato transcurre se van sabiendo algunas cosas, como en una novela de intriga: «Por espacio de tres años mantuvieron relaciones amorosas estrechísimas el agresor y la víctima, y por motivos que a nadie comunicaron, llegó un día en que estas concluyeron. Ana Joaquina, que hacía vida marital con su amante se volvió a su casa paterna, que algunos meses antes abandonara por aquel, y sin duda esta resolución partió de la Borrero, si se tiene en cuenta la resistencia, la poca conformidad que opuso a ella Parias. Este que abrigaba ya sospechas de que Ana sentía alguna inclinación hacia Ismael Zambrano, sintió arder en su alma todo un volcán de celos. Presa de tan funesta pasión…», etc. etc.

Todo lo que sigue es el desesperado intento de librar a ese muchacho, miliciano bajo las órdenes del comandante de la plaza, de una muerte segura, y una ocasión pintiparada para labrarse alguien fama de penalista.

De alguna manera no deja de ser misterioso que tales personajes hayan venido cien años después, resucitados, a estas páginas, breve y temblorosa vida, cien años después de su muerte. Pero no es todo eso lo que me interesaba subrayar, sino aquello que el defensor decía, que no se podía considerar nunca como prueba lo que fue declarado bajo melancolía, tedio u otro furor semejante, que es,

justamente, como están escritos todos y cada uno de los cuadernos de este *Copiador* mío.

NO creo que sea una buena idea nunca, en los diarios de un escritor, hablar de los libros que está escribiendo o ha escrito, como tampoco sería bueno en los diarios de un tornero que hablara de los problemas de su trabajo en el torno. Podrá hablar de los libros de otros, pero no de los suyos propios, podrá hablar de sí mismo en otros libros, pero no en los suyos, porque el que está en sus propios libros no suele estar jamás en los comentarios sobre esos mismos libros. La intimidad excluye la intimidad, resulta paradójico, pero es así. La intimidad se encuentra siempre en las cosas donde no parece que la hubiere, en todas las cosas menos íntimas, en lo que está a la vista de todo el mundo. Los diarios que suelen presentarse como profundos, resultan casi siempre de una banalidad insufrible, vanidosa y estudiada. Por eso no tendré más remedio que referirme previamente a uno de mis libros a fin de que se entienda mejor lo que me sucedió ayer y lo que puede sucederme dentro de un momento.

Uno de los personajes de *El buque fantasma*, un joven de no muy gloriosa y limpia trayectoria, al menos en aquel tiempo, está tomado de otro, que conocí en Valladolid hace diecisiete años. El de la realidad y el de la ficción tienen mucho que ver, y para el tiempo en el que la novela sucede lo más característico de uno y otro, lo que les fijó en la historia como en una plancha de cobre, fue la delación que hizo el primero en una comisaría de policía, y que se novelaría más tarde, delación en la que implicó en actividades subversivas a la totalidad de los compañeros con los que compartía militancia clandestina y a muchos otros a los que ni siquiera conocía ni de nombre, pero a los que también implicó en tales actividades, solo porque así se lo exigió la policía. En aquella lista que firmó a ciegas estaba, según me hizo saber a los dos días de una manera orgánica un compañero al que también terminaron deteniendo, mi nombre. Pero esto es lo de menos. Por otro lado jamás pude corroborar si había sido verdad o mentira que me hubiera delatado, jamás volví a verlo, y el hecho, por un lado, de que me marchara de aquel pueblo a los pocos meses, y, por otro, de que se muriese Franco, metiendo al país en guerras mucho más serias que la nuestra, diluyó todo aquello, que se quedó para unos

en agua de borrajas y para otros en unas cuantas palizas salvajes y unos meses o años de cárcel.

La delación, como se comprenderá, fue uno de los acontecimientos más traumáticos en las luchas estudiantiles antifranquistas de aquella ciudad, y al delator, que no obstante y pese a su colaboración con la policía hubo también de cumplir su condena en prisión, donde se encontró a muchos que estaban entre rejas por su declaración inculpatoria, se le marcó con el estigma de la cobardía, toda vez que aquella declaración que había abierto las puertas a una hecatombe, una caída en toda regla de al menos una treintena de personas militantes de todos los partidos operativos entonces, no le había sido arrancada mediante tortura, como solía ser habitual, sino ante la sola amenaza de que iban a desfigurarle la cara. El muchacho era de una belleza extraordinaria y entre mantener incólume su rostro y enviar a la cárcel a una serie de gentes, eligió esto último, de una manera insensata, que él mismo deploró ya entonces. Se dijo también que en la cárcel los camaradas delatados le habían dado una paliza, cosa en absoluto inhabitual en los partidos de corte estalinista y maoísta, aunque menos en el llamado revisionista y oficialista PCE, que por su larga experiencia prefería el uso de la paliza moral, la infamia y la calumnia, siempre más eficaces a largo plazo.

Aunque es lo cierto que el personaje de la novela está hecho en parte con él y en parte con otro, un tipo de una fatuidad fuera de toda ponderación y que pese a su incapacidad para el teatro se empeñaba en ser actor en compañías de aficionados solo para poder exhibirse y seducir a niñas estúpidas de diecisiete años, pese a que, como digo, el personaje estaba hecho de estos dos seres reales, reconocibles para quienes vivieron como yo aquel momento, en aquel escenario, ayer tuvo lugar un hecho que he de calificar como mínimo de extraño: me telefoneó uno de los dos modelos de la ficción, por fortuna solo su primera media parte. Y no dudo en calificarlo de extraño porque nadie que hubiese leído la novela podría tener ganas de saber de quien, diecisiete años después, desenterraba una tan sórdida historia en la que por otra parte en absoluto quedaba bien parado. ¿Quién, una vez decapitado, querría recoger su cabeza del cesto de mimbre y pasarse por la casa del alcaide del castillo que ha dado la orden al verdugo para charlar

amigablemente de los viejos tiempos?

Eso fue lo que ocurrió. Me telefoneó. Me dijo: Soy fulano. Esperó unos segundos a que yo respondiera algo y me repusiera de la sorpresa. Pero lo cierto es que no dije nada porque me costó encajar un nombre que no oía pronunciar hacía tanto tiempo. Y además uno no concede tampoco demasiada importancia a los fantasmas, sobre todo cuando ha conseguido hacer con ellos unos trapos magníficos para limpiarse los cristales de las gafas y poder mirar hacia adelante. En ese momento tampoco pensé en esas cosas que piensa uno luego, cómo ha conseguido este teléfono, cómo le ha localizado a uno, cómo se habrá decidido a llamar, en fin, de qué piensa que se podrá hablar.

Por teléfono fue una conversación tirante. Yo le pregunté si había leído la novela. Me dijo que sí, pero nada más. Por supuesto quería dar por terminada aquella conversación apenas empezada, pero no sabía cómo hacerlo; no me gustan los epílogos de nada. Mientras hablaba con él me decía, «este querrá ajustarme las cuentas». Pero al final se resolvió de una manera muy rara, porque me dijo que quería hacerme una entrevista para *El Norte de Castilla*, que es el periódico de Valladolid. Resultó una conversación breve y seca, y le cité para hoy, dentro de un rato.

Cuando colgué el teléfono sentí miedo. Se han dado casos. Llega alguien y apuñala a un escritor. Luego la noticia sale en la sección de sucesos, y los escritores vivos que quedan en el mundo para escribir la novela de los muertos, comentan: Parece mentira las cosas que pasan en la vida. Pero al muerto ya nadie le devuelve la vida y sobre la alfombra de su casa queda una mancha de sangre que ya jamás va a desaparecer, aunque la envíen al tinte. El único que saldría ganando sería el editor, que vendería unos miles más, con el escándalo. Yo no sé cómo habrán pasado para él estos diecisiete años. Quizá a raíz de aquel hecho haya enloquecido y venga con la determinación de tomarse venganza. Quizá matarme no. Matar es algo muy serio. Si en diecisiete años no ha matado a nadie, también sería muy mala suerte que el primero fuese yo. Quizá solo quiere verme aparecer en la puerta, soltarme un puñetazo y darse media vuelta, para poder contarlo luego por ahí a sus amigos y restaurarse un poco la honrilla. Pero si viene solo, ¿cómo va a poder demostrar que lo que cuenta es cierto? Quizás

venga con alguien. En ese caso, la cosa podría ser más peligrosa, porque entre dos sí que no tengo escapatoria, y además, como perros de ataque, pueden cebarse en una presa fácil y enloquecer con el olor de la sangre.

Ayer por la noche, cuando vino M., le conté todas estas cosas. No me he atrevido a contárselo a nadie más, porque resulta patético ver preocupado a alguien por algo así. Pero estoy asustado, para qué negarlo. Podría haber telefoneado al periódico y preguntar si ese hombre trabajaba en él. Podría hacerlo todavía ahora, porque estoy a tiempo. Si me dicen que no, con no abrir la puerta cuando llame dentro de un rato, está todo arreglado. Que yo supiera, cuando éramos amigos jamás había tenido que ver nada con la literatura, salvo que era el ahijado de Delibes. En el periódico, por otro lado, ¿con quién podría hablar? Tendría que decir mi nombre. No me siento con fuerzas para ese número. Desde luego estoy arrepentido de haberle dado esa cita. Tendría que haberle dicho, a otro perro con ese hueso. Incluso podía haberle citado en un café. Fue lo primero que me dijo M., cómo no se me había ocurrido citarle en el *pub* de Santa Bárbara. Allí los asesinatos, si se cometen, son mucho más comprometidos. En casa puede clavarme un cuchillo en el bazo y no enterarse nadie hasta después de dos horas, cuando él esté en fuga. A M. le he dicho que si me pasa algo, ha de saber que se trata de tal y tal, y le he dado el nombre con el apellido. Supongo que con un apellido bastaría, en caso de asesinato, aunque la policía en eso se muestra siempre muy escrupulosa. Le pedí que se apuntara el nombre en un papel, pero me dijo que no hacía falta, porque se acordaba de memoria, pero conociéndola yo sé que si le telefonease ahora para preguntárselo, lo habría olvidado ya. De acuerdo. Él podrá venir armado, entonces lo lógico es que yo escondiera ahora aquí, entre los dos cojines del sofá donde estoy sentado, un cuchillo, de canto, a mano derecha. Seguramente no va a pasar nada y las novelas de la vida además son más aburridas que las otras.

(…)

Al final vino con alguien. Se acaba de ir, y sigo vivo. Pero el primer momento, fue un trago duro. Llamaron al portal y yo abrí desde arriba. Sentí cómo se me habían acelerado los pulsos. Pensé de pronto decirle, espera; bajo yo. Pero no. Se conoce que quería

que la novela sucediera en este escenario y no en la calle, porque las cosas que suceden en la calle pierden la mitad de su misterio, aunque no se crea. Mientras subía, yo noté que las pisadas en las escaleras de madera no eran de una persona sino de dos. Cuando se es un nacionalista de la escalera se llega a conocer la patria entera como la palma de la mano. Son dos, me dije. En la escalera solo se oían sus pasos. Nuestra casa está siempre en silencio, somos pocos vecinos, solo seis, y las casas son tan grandes y viejas que si se oyera un grito no lo oiría nadie, y si lo oyera pensaría que es una viga que cruje. Les esperé al acecho, tras la mirilla de la puerta, que alcanza al menos a controlar el último tramo de escaleras del tercero al cuarto y el primero del cuarto hacia el quinto, pero para mirar a través de ella ha de hacerse con suma discreción, pues son de las antiguas, de esas que son como un rosetón gótico en medio de la puerta, que se accionan desde dentro con una palanquita y que hace girar un disco dividido en gajos, y que si bien tienen la ventaja de facilitar sin agobio una panorámica despejada, tienen el inequívoco inconveniente de que los de fuera pueden tener la seguridad de que se les ha estado espiando, hecho muy desagradable cuando se piensa a continuación franquearles la entrada e invitarles a tomar un café.

Les abrí la puerta y allí estaba él, diecisiete años después. Me había equivocado. Venía solo. Como se ve, hasta el nacionalismo, aunque haga los análisis correctos de la realidad, no siempre es infalible.

En aquel tiempo, como he dicho, era un hombre extraordinariamente guapo. Era más que guapo, era bello, como Jesucristo, con un gran pelo undoso y castaño, hasta los hombros, y la raya al medio. Con un pelo así cualquiera hubiera podido andar sobre las aguas con el brazo extendido o multiplicar los panes y los peces. O como decía un amigo: los panes y los penes.

Ahora también sigue siendo guapo, pero ya es otra cosa. Se ha cortado el pelo, que lo tiene como todo el mundo. En la cara se nota una vida de excesos, vagamente hinchada por el alcohol consumido, incluso tiene dos pequeñas cicatrices, como chirlos, cerca de la boca, de esas que se hace uno en un accidente de moto o pegándose por una mujer o por un novio.

Lo más curioso es que yo había olvidado cómo era en realidad,

porque tampoco entonces le había tratado mucho, y siempre cuando iba con su amigo, el exhibicionista del teatro.

Ahora tenía delante de mí a una persona sumamente educada, hasta la exquisitez.

Hablaba de una manera melodiosa, casi en susurros, algo excesivo, incluso, para mi gusto.

Estábamos hablando un poco de todo, hasta que surgió la pregunta fatal. Se me quedó mirando y me preguntó con una tristeza infinita:

—Dime, yo soy Gaztelu, ¿no?

Parecía la última frase de un diagnóstico temido. Gaztelu era el personaje de la novela. Por otro lado yo pensaba que él una cosa así ya la tenía que haber adivinado.

En cualquier caso era la única pregunta para la que yo debería haber preparado una respuesta y sin embargo fue como si no me la esperase.

Le contesté como pude, le dije que los modelos no siempre eran puros, en fin, esas cosas que se dicen.

Me dejó perorar durante medio minuto, y sin ningún convencimiento pasó a hablar de otra cosa.

Los silencios eran cada vez más frecuentes, llenando de vacíos la conversación. No me confirmó ni me desmintió que todo aquello del pasado había sido mentira, ni verdad. No habló de ello. Solo recordó que aquellos tiempos fueron horribles para todos. Me contó algunas de las cosas que había hecho durante todos esos años, tampoco de manera muy concreta, y de algunos planes que tiene para el futuro. Una bella persona. Al final el personaje más siniestro de la novela, en la realidad es una bellísima persona. Tendría que escribir otra novela, pero con epílogos no se hace literatura, sino programas de televisión.

Por último me sugirió que la entrevista prefería abordarla otro día, porque no había podido traerse a ningún fotógrafo y porque de todos modos en el primer encuentro quería hacerse una idea general del asunto. Hablamos un rato más y se despidió.

Yo creo que no va a volver nunca y que lo de la entrevista era una disculpa para verme, para formularme esa pregunta, para saber si me tenía que matar o no.

Durante dos horas ha rondado por esta casa la sombra de aquel

tiempo que en verdad fue horrible para unos pocos, en unos casos por unas razones, en otros, por otras, pero horrible e imborrable, pues por mucho que uno se esfuerce en cerrar todas las puertas, siempre queda una mal cerrada por donde se cuela el siniestro cobrador de las cuentas pendientes, vestido de negro, pero sin la sabiduría de Bernardo Soares.

EL peor de los alcohólicos es el mitómano y está por ver que el alcohólico no sea un mitómano por definición, del mismo modo que el mitómano es enfático. De hecho el borracho es un ser enfático. De esto no hay duda, aunque es cierto que no todos los mitómanos son alcohólicos ni todos los alcohólicos, mitómanos. Pero el mito es ya de por sí una deformación de la realidad, una especie de realidad violentada por exceso, de la misma manera que los borrachos ven las cosas dobles o triples. Y por eso los mitos tardan tanto tiempo en disolverse en la nada de donde salieron, porque su volumen es muy superior a la pequeña anécdota de la que surgieron.

AYER vino con un hermano suyo, que traía una máquina de fotos. Me hizo unos retratos, y luego se fue. Antes de empezar la entrevista me entregó un regalo: las *Poesie Toscane*, de Vincenzio de Filacaia, senador y académico (también en la Toscana las desdichas vienen acompañadas), editado en Parma, en 1726. No tengo la menor idea de quién es Vincenzio de Filacaia. De haber sido un poco posterior podría haber sido impreso al menos con tipos fundidos por Bodoni. Me dijo que sabía que me gustaban los libros viejos, que se lo había dicho alguien. ¿Quién? Es un libro bonito, con una encuadernación de época, en media piel. Ya no sé qué pensar de todo esto. Tampoco sé qué hacer con el regalo, porque sería una cosa rara que ese libro lo fuese a leer alguna vez. Quizá sea una joya para un bibliófilo de Parma, pero yo no conozco a nadie de aquel viejo ducado. ¿De dónde habrá sacado el libro? ¿Por qué habrá querido regalármelo? ¿No es extraño que uno piense que le van a asestar una puñalada y le entreguen un regalo? Yo se lo agradecí, desde luego, pero me quedé tan sorprendido o más que si me hubiera enseñado el cuchillo, para el que estaba preparado.

AH, ¡qué delicioso es ser un poco cínico y qué grata es la insolidaridad! Me imagino, hoy, uno de mayo, ahora mismo, las ciudades llenas de manifestantes, las fiestas sindicales vespertinas, las multitudes detrás de las banderas rojas… ¡Y no tener que estar

detrás de ninguna pancarta! Otra vez me acuerdo de Soares. Llega hasta aquí el perfume del azahar, que se mezcla con los gorgoritos de los gorriones y las arias de una mirla. Sopla un viento templado y la primavera apunta en las yemas de los árboles y los lilos. Que el mundo se hunda, que sea más injusto ahora, que todo el dolor lo desconozca yo, solo por este segundo de egoísmo, gustoso trabajo de estar solo. Para ponerse codo con codo y aupar o derribar gobiernos, basta con dejarse llevar. Para mantenerse a flote, ni arriba ni abajo, el esfuerzo es supremo. Se nada siempre solo, por eso el nadador es el solitario por definición, e insolidario con aquellos otros que se ahogan y por los que nada puede hacer. Quedarse al ras, no borracho de aire ni encharcados los pulmones con agua, solo el solitario lo consigue, como el náufrago.

SÚBITAMENTE, en el jardín, no se escucha sino el merodeo por las hojas y la hierba de un viento templado. Dejamos de hablar para escucharlo mejor, pero le sorprendemos amartelado con el azahar, cuyo cuerpo ha rodeado con los brazos.

HAY perfumes que nos llegan como regalos perfectamente envueltos, como regalos, que no sabemos abrir. Que no queremos abrir.

HOY viene en la primera página del periódico la muerte del banderillero Montoliú, en la Maestranza. En la fotografía se le ve al toro empitonándole el pecho, que le partió el corazón. El cirujano que lo asistió en la enfermería de la plaza dijo: «Tenía el corazón como un libro abierto». Y encuentra uno que la imagen es bonita, en medio de toda esa tragedia.

HE estado almorzando a solas con X. Le llamé por teléfono y le dije, me llamo fulano y querría verle. De acuerdo, me respondió. Venga usted a tal restaurante.

Un día leí un artículo que escribió sobre Tánger, donde vivió unos años, en la posguerra. Era un artículo precioso, evocativo y melancólico, más por lo que en él se insinuaba, más por las sombras que por las luces. También ese es un mérito. Me dije, alguien debería invitarle a que escribiera de aquellos años. Por otro lado X era para mí la evocación de los tiempos de Valladolid. Recuerdo el golpe de Estado en Chile. Me veo en la buhardilla donde vivía, oyendo pasar los trenes, con mis amigos de entonces, leyendo en voz alta aquel artículo suyo de *Triunfo*, con el ánimo encogido.

Me encontré, sin embargo, con un hombre cínico, amargado, del que uno no se terminaba de fiar nunca.

Entre cucharada y cucharada de una fabada que se pidió me decía: «El ideal es no hacer nada. Nada. No escribir, no hacer nada. Eso que escribo no vale nada, y si lo hago es por dinero». En realidad yo le había citado para proponerle que escribiera un libro sobre Tánger, le llevaba el artículo recortado, porque cuando concerté la cita por teléfono no se acordaba de qué artículo podía tratarse.

La idea yo no sabía si le gustaba o no, porque cada vez que salía Tánger a la conversación, y salía cada cinco minutos porque no teníamos otro tema que ese y acabábamos de conocernos hacía diez minutos, cada vez que salía volvía a lo mismo: «Yo creo que no vale la pena. No me quiero acordar de nada de todo aquello». Ni siquiera le estaba pidiendo unas memorias personales o íntimas, sino un retrato de la época, de la ciudad, de la gente que iba por allí, de las ciudades árabes de alrededor. Él fue periodista en aquel pueblo, era director de un periódico, trató a gente del exilio, seguramente conoció también a espías y a colaboracionistas de la segunda guerra, a las autoridades del Protectorado, a contrabandistas, no sé, conocería, digo yo, la novela de Tánger. Esas memorias serían bonitas y llenas de cosas, desordenadas, un poco malvadas, otro poco sentimentales, arbitrarias, pero no, no las escribirá nunca.

Cada frase suya era seguida por otra mía que quería desmentirle: «Hombre, tanto como nada…». «Nada, nada».

Antes de llegar al segundo plato me di cuenta de que era imposible tratar de asunto ninguno. Quizá después de media docena de sesiones se pudiera intentar algo. Pero tampoco creo. Era como si después de probarle por el izquierdo, por el derecho, por alto, por bajo, de lejos, de cerca, se diera cuenta uno de que es hombre a quien han toreado y seguramente herido y desangrado en todas las tientas, y que si le cogiera a uno, le partiría también el corazón en dos pedazos, dejándolo como el libro abierto ese que él no quiere escribir.

En el segundo plato yo intenté conversaciones de tema general. Se le veía tan fúnebre que pensé se tratara de un furor tenebrista pasajero. Pero no, tampoco, porque en un momento determinado, mientras daba cuenta de una merluza a la cazuela, me asustó con

una frase de una amargura solemne, venida a oficiar allí vestida de pontifical: «Yo la muerte, nada tampoco», me dijo. «He visto morir ya a muchos y sé que eso es cosa fácil. Es lo más fácil morirse, pasar de la vida a la muerte». En ese momento me miró con una mueca que le contrajo el párpado y le paralizó la mitad de la boca para que pudiese leerse en ella una risa sin voz, una carcajada muda y siniestra, de desesperación y dolor.

A medida que transcurría la comida, cada uno de nosotros iba haciéndose fuerte en su papel, él en el descreimiento irreductible, y yo, a fuerza de repetir que había cosas que hacer y que algo a fin de cuentas tenía que haber que valiera la pena, en el de pobre entusiasta. Tanto que empezó a preguntarme cuántas horas escribía al día y si lo hacía seguido. Yo le contestaba con toda la reserva del mundo, porque me estaba haciendo interpretar un papel poco grato.

Quizá de lo que tendría que escribir no sería de Tánger ni de las cosas que escribe en el periódico. Su verdad está en su vida, y la suya ha sido trágica, con hijos muertos o suicidados. Todas las verdades, contadas con decencia, son hermosas. Hay que poder contarla. Poder es saber, lo mismo que si se sabe sentir se sabe decir, que decía Cervantes. Y siempre, siempre, perder es saber. Sabemos por lo que se nos arrebata, más que por lo que se nos da. Se sabe lo que se pierde, se canta lo que se pierde. Debería escribir de su vida. No de su infancia, no de su juventud, que es de lo que escribimos siempre. Lo importante en su vida fueron otras cosas. Ese sería un detalle delicado para todos los que aún quisieran destrozarse la vida como él. Sería también un gesto de solidaridad con los que queremos aún conocer todas las vidas.

Llegamos a los postres hablando en voz baja. En realidad era él quien hacía el gasto. Ni siquiera le servía de frontón. Me confesaba que ya solo le gustaba dormir y comer, y que cada mañana al despertarse se preguntaba: ¿Qué hago todavía aquí? Decía también: «No me gusta escribir. Si pudiera hacer otra cosa la habría hecho. Lo que me gusta es estar sin hacer nada, y ser escritor es lo más parecido a eso». Y que le gustaba sacar a pasear los perros y mirar escaparates.

Yo me vine con el ánimo encogido. No sé. Es como si me hubieran hecho una función de teatro con un actor muy bueno, pero sabiendo, como decía Pessoa, que la vida estaba en otra parte,

que él lo sabía y sabía que yo lo sabía. Y por eso no hemos podido entendernos en casi nada.

HOY en la Feria de Libros Viejos de Recoletos nos topamos con X.

La verdad es que hubiera preferido no encontrarlo, pero las casetas son estrechas y tarde o temprano uno se da de bruces con la gente. Se puso muy muy nervioso. La cara se le encendió por completo y pegó dos chupetones a un purito que se le deshacía en la boca, manchada de nicotina. En este caso debió de ser él el que quizá pensara que le iba a enseñar un cuchillo por la crítica que había hecho de la novela. «Tenemos, tenemos que hablar», me dijo a modo de disculpa en cuanto me descubrió. Y yo no he sabido hacer nada, una sonrisa que no era sonrisa y una mirada que tampoco miraba. Si hubiese sabido hasta qué punto me es indiferente ese asunto, no se habría puesto nervioso y habría podido pasar a mi lado no ya sin saludarme, sino sin que yo lo viera, porque si el sentimiento de culpa nos hace visibles (Caín), la deslealtad y la traición nos hace invisibles (El Cid), y la deslealtad es la única falta que justifica un cruz y raya.

EL canto puede ser una necesidad; ahora, el baile es un exceso de ingenuidad y de optimismo, hasta cuando es triste, como el tango.

R. D. trabajó como contable primero en Látex, S. A. durante cinco años y después durante más de dieciocho en Conrado Hermanos, en ambos sitios con un buen sueldo, pero un día se encontró viviendo en la calle con cuarenta y tres años. Por extraño que parezca él no daba ninguna explicación a este hecho. Algunas personas con una vida organizada terminan en el mismo lugar por el vicio de la bebida o por el del juego o por el de la droga. Lo raro es que R. D. ni era jugador ni bebía ni se había drogado. En realidad solo empezó a beber cuando se encontraba ya en la calle. Y tampoco mucho. En invierno lo justo «para entrar en calor», y en verano más o menos por lo mismo, porque hacía mucho calor. Decía que un día no fue a trabajar porque sí, y que al otro tampoco, ya que como no había ido el día anterior tendría que haber dado explicaciones, y que como no quería dar ninguna explicación, pues se había pasado la vida dándolas y estaba harto, dejó de ir. Luego se le acabó el dinero, dejó de pagar el alquiler y se vio en la calle. Decía que no

tenía familia. Que tenía una hermana casada en Barcelona, pero que no se llevaba bien con ella. No estaba loco. Al menos no era uno de esos locos con manías. Sencillamente dejó el trabajo.

En invierno, cuando no tenía para pagarse la pensión, dormía en algún metro, el de Tirso de Molina casi siempre o en los aparcamientos de la Plaza de Benavente, cerca de aquellas pensiones de la calle de la Cruz que no alcanzaba a pagar.

Una noche de esas conoció a una mujer de treinta años, también tirada a la calle. Era una mujer horrible, enganchada al caballo, que no siempre podía costeárselo con la prostitución, porque no siempre encontraba hombres que la encontraran deseable, aunque llegaba a ofrecerse por mil quinientas pesetas, que era lo que le costaba la papelina.

El caso es que ese R. D. se enamoró perdidamente de esa mujer, que era repulsiva y grotesca. Cuando trabajaba de contable hubiera podido casarse con la mujer que hubiese querido, pero entonces no quiso, y cuando no tenía donde caerse muerto se enamoraba de una mujer que llegó a convertirse en la única obsesión de su vida, sobre todo al final, cuando ya estaba en la fase terminal de su enfermedad. La lavaba, la peinaba, iba a la tienda a comprar cosas para que comiera, incluso iba a procurarle la dosis a un piso de la calle Farmacia, donde tenían su guarida los camellos que la vendían. Marchaban a todas partes juntos y no se separaban jamás. Quiso incluso encontrar trabajo, volvió a Látex y a Conrado Hermanos, vio a los antiguos compañeros, pero no había trabajo o no se lo quisieron dar.

El caso es que cuando se murió aquella mujer de una sobredosis que él mismo le preparó, se quedó más solo aún.

Estaba contando su vida en un programa de televisión, cuando me desperté. Jamás había tenido un sueño como ese, con nombres propios y calles concretas. ¿Existirá una empresa que se llama Látex, S. A.? Creo que látex es algo que tiene que ver con el material con el que se fabrican los preservativos y los consoladores, de modo que a lo mejor todo el sueño esconde una significación sexual. Los sueños tendrían que ser todos un poco más absurdos, no como una novela, porque entonces no sirven ni como sueños ni como novela.

HE estado en Castellón y Valencia, haciendo aquellas plazas. El jueves por la tarde, en cuanto mi pie pisó la tierra valenciana, me

puso la mano en el brazo un mecánico y me metió en un Mercedes rutilante. Se le veía al hombre, que no era más que un empleado, conducir aquel coche alquilado por la TV como si le hubieran puesto al frente de una división de hombres y se le hubiese encomendado iniciar las campañas de Italia.

Cada dos minutos llamaba por el teléfono del coche. Siempre decía lo mismo, «Estoy en tal sitio, esquina con tal. Calculo unos quince minutos». A los dos minutos le telefoneaban a él y repetía el mensaje. Cuando tenía que declararse de acuerdo con algo, decía siempre «afirmativo». Al cabo de un rato le dije, usted ha sido taxista. Pegó un bote en el asiento, se volvió para mirarme, y con el rostro transformado por un sentimiento de admiración, como si le hubiese desempolvado sus más ocultos pensamientos, me preguntó cómo lo había adivinado.

Bajé los párpados de una manera significativa que me ahorraba la respuesta y me revestía tal vez ante aquel hombre de poderes extraños.

La última llamada fue en la entrada: «Estoy en la misma puerta. Estamos entrando en este mismo momento», dijo, mientras se veía a unos doce metros a la persona que hablaba con él por otro teléfono portátil.

La presentadora, que no se sabía si era muy guapa o no era nada, pero que en cualquier caso parecía el ama de todo aquello, me llevó en cuanto pudo a un rincón oscuro. Es verdad que en ningún momento llegué a pensar que aquella era la parte agradable del trabajo, pero no dejó de sorprenderme la maniobra. En cuanto estuvimos al abrigo de las miradas indiscretas, como si fuese a confiarme secretos de una intimidad juguetona, adelantó los labios hacia mí en un gracioso mohín afrutado y después de dar algunos rodeos y hacer unas cuantas carantoñas gatunas, me confesó… que no le había dado tiempo a leer la novela, y que si podía le resumiese en un minuto de qué iba, después de asegurarme que por supuesto la iba a leer, dicho lo cual realizó con las pestañas una cosa así, un rápido abaniqueo, y se me quedó mirando como un felino inofensivo que demanda una oportuna caricia. Y sí, le resumí de una manera triste el argumento como lo habría hecho a un tribunal de oposiciones, mientras me decía a mí mismo, para no empezar a llorar en ese mismo rincón, aprovechando que era

oscuro, y a mí qué me importa.

Lo que ocurrió a partir de ese momento fue inenarrable. Cree uno que ha vivido cosas horribles, pero para ir a peor siempre hay tiempo.

No sé cómo alguien tiró de mí, después de llenarme la cara con la costra de un maquillaje que olía a puta, y sin advertirme de nada, me metió en un plató iluminado como la carpa de un circo, en el que había un público numeroso, sentado en unas tribunas de madera. Cuando entré estaba el regidor, con los cascos puestos, frente a las turbas, y aspeaba los brazos para que aplaudieran más fuerte o para que cesaran de aplaudir, lo que daba a la concurrencia un gran parecido con el orfeón donostiarra.

Me soltaron de pronto ante la fiera del público, que me recibió con una entusiasta salva de aplausos. Resultó algo bochornoso. Una vez me senté, vi frente a mí toda aquella concurrencia, no menos de trescientas personas que me miraban con curiosidad, con esa incertidumbre en la que todavía se debatían, no sabiendo si es que siendo algo famoso no me habían reconocido o es que no me reconocían porque no era en absoluto famoso.

«Con nosotros», dijo al fin la presentadora, «está Andrés Tranello, autor de la novela *El buque insignia* que ha ganado el premio tal y tal».

En ese momento el regidor saltó inesperadamente de una especie de puesto de observación u ojeo, se plantó frente a la masa, levantó los brazos y se oyó otra salva cerrada. Cuando creyó suficientes las palmas, bajó de golpe los brazos y cortó los aplausos de un certero tajo.

Yo insinué tímidamente que la novela no se titulaba así ni yo tampoco, pero como lo dije cuando estaba todo el mundo aplaudiendo, no lo oyó nadie.

Fue cuando se oyó una voz de mando por un altavoz que ordenó cortar aquello porque algo había salido mal. Aproveché para apuntarle en voz baja a la presentadora el verdadero título de la novela y mi verdadero nombre, me aseguró que eso es lo que había dicho ella, y pasamos todos a repetir la escena. Me hicieron levantar de nuevo, me hicieron salir, me hicieron entrar, oí los aplausos, me sentaron y la presentadora volvió a repetir su presentación. Cuando llegó al título de la novela no obstante se le oyó que titubeaba por

unos segundos, porque seguramente tenía más querencia por el título suyo que por el mío.

Pese a no haber leído ni una sola línea del libro del que hablaba me sorprendió el aplomo con que lo hizo, hasta el extremo de que podría pensarse que se trataba de una auténtica experta en literatura en general y en mi novela en particular, lo cual me llevó a pensar, no sé por qué, en los críticos literarios.

Cuando terminó la entrevista, y se oyeron de nuevo los aplausos yo fui a levantarme, pero la presentadora me fulminó con una mirada de tal manera que me clavó de nuevo a mi asiento. Entonces vi que lo mismo que habían hecho conmigo se lo estaban haciendo a otro, solo que esta vez el que apareció por la puerta del plató era Raphael, el cantante, que marchaba sobre la pe y la hache como si fuesen coturnos. Si hubiera tenido sentido del humor me habría entrado una risa loca, pero me quedé atónito. Por suerte no lo sentaron a mi lado, sino que se subió a una palestra y se puso a cantar unas cosas indefinibles en compañía de tres chicas inenarrables que le hacían unos coros indelebles.

Al terminar, el cantante se puso en la palma unos cuantos besitos que aventó en dirección del público, y este, enardecido, los recibió con tales muestras de alegría, que me hicieron dudar a mí también, en el sentido de que quizá yo debería haber hecho lo propio, en el momento en que mi entrevista se dio por concluida, haberme besado la punta de los dedos y haber soplado en ellos a continuación, como hacen también las putas, cuando son cariñosas y atentas con la clientela.

Las cosas se sucedían unas a otras encadenadas, no digo como en los sueños, pero sí como en las pesadillas, todas hiladas en una secuencia musical o de cine. Entonces me pareció que ya podía levantarme, pero volvieron a impedírmelo y me sentaron al lado a Raphael, mientras aparecía un actor de comedia, muy facha, que se llama no sé qué Menéndez, y organizaron una tertulia con nosotros tres sin que nadie se pudiera defender. Por suerte se olvidaron de mí a los dos minutos y los dos famosos debatieron unos temas increíbles, como para ponerle a un muerto la piel de gallina.

Durante mucho tiempo creo que no tendré ningún derecho a quejarme de nada ni criticar nada ni a nadie.

Al día siguiente la plaza era Castellón. Antes me llevaron a hacer

una entrevista a la radio de un pueblo, donde otro periodista que tampoco había leído la novela, me presentó el libro de una manera optimista: «Con nosotros está, etc. etc., cuyo libro ha obtenido las críticas más entusiastas».

En la ciudad nos estaba esperando otro librero, en este caso uno de estos perros viejos que lleva comiendo con todos los novelistas que le van llegando por allí desde hace treinta años, y que no se va a dejar impresionar por nada. Él espera en su librería y los naufragios del tiempo le van echando en la playa novelistas, ensayistas, poetas, intelectuales…

Tomó la palabra desde el primer minuto y no la soltó hasta cuatro horas después.

Como es lógico empezó por la historia local, que conocía bien. Se veía que era sobre todo partidario de la patria chica: «Aquí, lo han dicho ya médicos alemanes, respiramos uno de los aires más puros de Europa», o «los azulejos que se fabrican en la tierra se exportan a Japón, África y Oceanía, y están considerados como los azulejos más competitivos del mercado».

Para él esas cuestiones eran muy importantes y no se las habría tomado a broma por nada del mundo, y nosotros tampoco, mientras comíamos con una gran seriedad y aplicación unas gambas, que es algo que no se debería comer jamás en público, entre personas a las que se acaba de conocer, por el salvajismo que encierra chupar el caparazón y mancharse las falanges de los dedos.

Estos almuerzos los paga, naturalmente, la editorial, y acuden a ellos los libreros y distribuidores de la zona, cinco o seis en total, a los que la novela, el novelista y la editorial les importan absolutamente nada, pero no así la comida, que les permite comer un día fuera de casa y pedir ración doble de todo.

Hoy éramos unos pocos más, porque en el almuerzo estaba también X, a la que también habían traído a firmar libros a la feria de Castellón, y los distribuidores de su editorial y de la mía habían decidido aunar esfuerzos y repartir gastos.

Los comensales no hablaron una sola palabra, no decían nada, saludaron al principio, se sentaron, ni siquiera pidieron sus consumiciones en voz alta, sino que siguiendo una estratagema estudiada hicieron como que titubeaban, pidieron de entrada un plato de precio moderado y cuando el camarero se iba a ir

desprotegiendo el flanco, atacaron de frente, y cambiaron en dos segundos lo barato que habían pedido por lo más caro, como un antojo natural al que no debía darse la menor importancia. Fue una jugada magistral. Recordó un número de baile; alguien dijo, mire, me parece que yo voy a dejar el gazpacho y me va a traer esas cigalas, petición a la que siguieron una ráfaga de ah, pues yo también. Al final comimos todos cigalas. Ellos engullían a una velocidad endiablada sin que pudiéramos adivinar cómo era el hermoso timbre de su voz. Podría creérseles vendedores de libros, de cojinetes o de instrumental médico, y a nosotros, los novelistas, lo mismo.

El viejo librero era sin embargo un hombre simpático, con un gran número de muletillas que creía personales y de aguda originalidad. A propósito de la guerra civil debió de repetir una docena de veces lo de que aquella guerra civil había sido en realidad una guerra incivil. Como creía que nadie se había percatado de tan maravilloso matiz, a los dos minutos volvía a repetirlo: «porque aquella guerra fue incivil, no civil»… Y buscaba con sus ojillos vivarachos en aquellos puntos suspensivos que dejaba tras la frase algún olé, sobre todo en X y en mí, porque a los locales, que seguramente le conocían el número, no se dignaba ni mirarlos. Recordaba en cierto modo uno de los personajes que saca Galdós, de manías inofensivas y características, que a base de repeticiones van fijando el tipo a lo largo de una novela.

Por la tarde, apenas hecha la digestión, nos llevaron a firmar a la famosa feria.

Esta estaba plantada al aire libre, en una plaza triste y moderna, con una docena de barracas, seis a un lado y seis a otro, unas enfrente de otras, y en medio, nosotros, en una especie de monumento que habían levantado, expuestos a la curiosidad del pueblo bajo un palio que nos protegía del sol. El pueblo pasaba a nuestro lado y nos miraba con pena, y empezaron a desfilar tipos curiosos de la vida. La señora que escribe finos libros sentimentales, la recién casada que te pide le dediques el libro a su marido, el periodista viejo, alcoholizado, que viene a hacerte una entrevista en cinco minutos y en la hoja de una libreta que le cabe en la palma de la mano garrapatea unos signos extraños que dos horas más tarde, frente a la máquina de escribir, interpretará de una manera

criminal, el delegado del Gobierno y señora, el concejal de cultura y señora, la diputada de no sé qué partido, con su marido… X yo creo que firmó ocho o diez libros, si acaso, y yo, si se descuentan los que allí mismo compraron por compromiso, dos o tres, lo que hace que uno se pregunte de dónde sale el dinero para las cigalas, estos viajes, estos hoteles. Todo lo cual nos lleva a suponer que lo que vivimos es ilusorio y que en realidad estamos blanqueando el dinero de los narcotraficantes, porque si no es muy difícil explicar la mitad de las cosas que pasan.

En Valencia fue lo mismo, pero por suerte mi hermano y los P. se apiadaron de mí y fuimos a la Albufera. Estaba preciosa, con sus huertos y el cielo azul. Uno es sensible a los huertos de manera fatal, porque uno tiene el corazón de Caeiro, aunque le embarquen en el paquebote de Álvaro de Campos, en el absurdo de la vida. La gente se afanaba sacando patatas moradas de la tierra, y las iba dejando en pequeños montones, todos iguales, cónicos, en una simetría poética. La escena tenía algo de una estampa china, así como todo aquel paisaje extraño de aguas y hazas negras, que podía incluso hacer que uno se olvidase de la razón por la que había venido a Valencia y Castellón, incluso hacerle olvidar esas dos horas metido en otra barraca, para firmar seis ejemplares, mientras me preguntaba una y otra vez si no sería mejor pagarlos yo de mi bolsillo y ahorrarle al mundo este espectáculo patético.

FUE X, ya en Madrid, quien me convocó para que conociese a una escritora de la Argentina, amiga suya, una mujer mayor, finísima como poeta y como persona. Esta refirió cosas de allí, anécdotas, cosas tremendas sobre los celos de Gómez de la Serna y sus excentricidades. Fue un almuerzo distraído, que yo debería consignar ahora, porque se supone que en un diario son esas páginas las que le dan pátina y categoría, que es lo que dicen los gitanos de las antigüedades. Decir, contó tales y tales cosas, desconocidas unas, interesantes otras. Yo creo que tratándose de Gómez de la Serna, que es un escritor notable, esas anécdotas tendrían cierto valor, porque son justamente las que jamás aparecerán en los libros de literatura. Ni siquiera en las biografías, y sin embargo explican más la personalidad del escritor que cien análisis de sus libros. Eran además anécdotas de primera mano, porque le habían sucedido personalmente a ella, pero se quedarán

sin recoger, yo las olvidaré dentro de unos días y Gómez de la Serna me lo agradecerá, si es que entre los muertos se estilan las finezas.

USUARIO: palabra y concepto son sencillamente deleznables.

AYER beatizaron a Escrivá de Balaguer y aquí todo el mundo, sobre todo en la llamada izquierda progresista o liberal, ha puesto el grito en el cielo, aunque no se sabe muy bien por qué razón, pues es cosa que debería afectar únicamente a los católicos y a quienes crean en toda esa liguilla romana. Lo demás es hipocresía. Si se es partidario de la revolución y de las ejecuciones sumarias se comprende que sea un motivo serio de preocupación lo que hagan con la momia de Lenin, tanto si deciden dejarla en Moscú, tras proclamarle profeta como a Mahoma, o trocearla y tirársela a los perros de los trineos. Si uno no cree en el bolchevismo, la cuestión le dejará frío.

A quienes no somos católicos debería sernos indiferente que hagan beato a uno o a otro, a menos que pensemos que la Iglesia, señalando a este o aquel puede estar subrayando valores o virtudes universales e indiscutibles. En cierto modo me recuerda a aquellos colegas escritores que no creen en la crítica literaria, pero leen de cabo a rabo las que se les dedica a sus libros.

Pero no. Se ha producido un verdadero guirigay, quizás porque la izquierda enarbola la coartada de que no es lícito que la Iglesia, con predicamento entre las clases pobres e iletradas, avale la misión de un hombre que fundó una secta solo comparable a la Compañía de Jesús, al menos aquella que intelectuales y gobernantes despreciaron, persiguieron y atacaron desde el siglo XVIII hasta bien entrado el siglo XX. Podríamos descubrir en el Opus de hoy el mismo amor al dinero, al poder, a la influencia que en aquellos padres jesuitas que se amparaban junto al poderoso del lugar, en las casas de los nobles, en la sombra de los ministros, en el confesonario de las amantes de los reyes.

Nos ha dicho G., sin embargo, que ninguno de los periódicos italianos traía nada, solo la recomendación de que los romanos abandonaran la ciudad y se la dejaran a las *hooligans* del Opus que se esperaba viniesen desde España. Lo contrario que aquí. Aquí la prensa lleva tres meses escudriñando en la vida de un hombre que plagió a Kempis, con mucha menos poesía, y que a juzgar por las películas que se conservan de él y que han pasado por la televisión

no era más que un ególatra afeminado, que hablaba a la gente como si esta fuese tonta de baba y que lo hacía con el peor de los amaneramientos, el de la sencillez. Por eso no merecía la pena todo eso. Conseguirán ser como esos pirómanos que se ofrecen voluntarios a los bomberos durante un incendio. Una noticia que en principio no interesaba más que a los quince mil de la secta, hemos tenido que sostenerla entre quince millones, sin comprender que para que las cosas desaparezcan el primer paso es no saber que existen.

AYER nos tropezamos en el Rastro con una punta de libros de la biblioteca de Panero, la última por el momento, en una almoneda a trasmano del circuito habitual. Allí estaba la vieja edición de principios de siglo de los diarios y la correspondencia de Pepys, en cuatro voluminosos tomos encuadernados en tela azul parafinada que yo había visto alguna vez en el piso de la calle de Ibiza. Yo no creo que vuelva a leerlos, porque lo que conoce uno de esos cientos de páginas tampoco le interesaba a uno nunca mucho, pese a lo primoroso del trabajo. Es un diario que se parece mucho a un postre casero, con una costra dorada de azúcar por encima. Incluso cuando tienen más chispa, resulta bienpensante y con un humor que halla uno tan fino que no se le encuentra por ningún lado. Por otro lado hay que estar loco para inventarse un lenguaje cifrado en el que escribirlo, con el solo propósito de referirnos indiscreciones de cotilla. Sin embargo pensé que era el ejemplar que Panero habría comprado en Londres y bastó eso para que me los llevara de allí, acortándoles quizá un poco tan penoso éxodo. Pocas veces, sin embargo, fue tan triste pagar tan poco por nada, porque si yo pagué por los cuatro cuatrocientas pesetas quiere decir no solo que su hijo percibió por ellos del chamarilero cuarenta, sino que los vendió porque necesitaría seguramente ochenta para poder vivir ese día.

SE han saldado los libros de Trieste en Vips. Tarde o temprano termina saldándose todo, en la reventa, en la almoneda, en el trapero de menor o mayor lujo, pero en el trapero. Jamás pensé que eso me haría saltar las lágrimas, no las lágrimas del cuerpo, sino las otras, las secas lágrimas del alma, reserva para cuando las del cuerpo se han agotado. Me telefonearon dos amigos para anunciarme que habían visto todos nuestros libros saldados. Ellos estaban contentos, como si hubieran encontrado en el campo un

pequeño tesoro, y habían comprado ejemplares repetidos para hacer regalos, los *Pombo, Des imagistes, Venecias*… Ocho o nueve años de un trabajo tenaz, pequeño y gustoso malvendidos de cualquier manera. Naturalmente he pensado durante todo el día en V., y en su nombre y en el mío he tomado la determinación de no entrar en ninguno de los Vips hasta no cerciorarme de que tales restos hayan desaparecido. Tendría la sensación, después de haber sobrevivido al naufragio, de participar en el saqueo de lo que la marea ha depositado en la playa o en los arrecifes, en compañía de los habitantes de los pueblos costeros. Lo más que podría hacer, hoy al menos, sería tomarme una copa de vino caliente, fumar una pipa y recordar a V. cuando era joven y levantaba su copa para celebrar la botadura de aquel barco que creímos indestructible.

SE han publicado los ensayos y artículos reunidos de S. F. en dos gruesos volúmenes y la noticia es reseñada en el periódico, cosa muy lógica, con arrebato. Incluyen también una entrevista o mejor, las respuestas del propio F. —por escrito— a un cuestionario, en las que declara «someterse a esa tortura por deferencia hacia la editorial que le publica los libros». Los demás vamos a Burgos y concedemos entrevistas a *La Nueva España*, o al periódico que haya allí, por alegría y por vanidad.

No sé por qué todo el mundo, incluso los misántropos como F., terminan mirando con benevolencia las pequeñas tachas, por lo mismo que todos los hombres, sin excepción, encuentran sus deposiciones más humanas y menos fétidas que las del vecino.

¿Por qué será, sin embargo, que uno siente una gran simpatía por ese hombre? ¿Su personaje paradoxiano? ¿Su estampa, por los bulevares, con zapatillas de paño y una garrota? Hay en él un poco de un Mairena descacharrado que puede pasar sin transición en un escrito de analizar el *Tantum ergo* a la historia colonial británica desde 1825, sin olvidarse una mención a la ceguera de Isaac y la historia de Esaú ni del *Lord Jim* de Conrad…

Es verdad que raramente se entiende casi nada de la jerga hermética que utiliza, o de su retórica, propia de aquellos viejos geógrafos, que a base de querer ser precisos y claros, terminaban haciendo de los lugares que describían verdaderos utopismos irreconocibles. Es el problema de querer estudiar el vuelo de las moscas con microscopio. Con F. nos encontramos también con una

inteligencia ociosa y por tanto fría, sin sentimientos, y a diferencia de la prosa de Machado, cuya obra es fruto siempre de un pensamiento sentido, el pensamiento de F. es calculado, medido, regulado, de la misma manera que el jugador de ajedrez no siente matar un caballo o proyectar, mediante un ardid, una celada contra tal alfil o torre; lo sorprendente en este caso es ver a buena parte de sus lectores entrar en este juego, seguirle, como decimos, la corriente, aunque no tanto porque le crean iluminado, como porque consideran que esa representación del mundo es el mundo.

Y sin embargo es un hombre sentimental, pero el enemigo principal de los sentimientos es el ocio. El ocio enfría cualquier cosa, el ocio todo lo vuelve innecesario.

En el transcurso de esa entrevista se refería F. a una definición de poesía, realizada por él en un texto suyo antiguo, y de la que se sentía especialmente orgulloso.

Busqué el libro, encontré el pasaje citado, pero no comprendí gran cosa. Es decir: sí entendí, después de no poco esfuerzo, como a veces nos ocurre con una página de Kant o una oscura de Nietzsche. Pero una vez comprendido su significado, estaba en el mismo lugar de partida, sin que aquello me hubiera servido ni para escribir la poesía que en adelante pudiera escribir ni para leerla, cuando la lea.

Lo más curioso de todo es que en el libro a donde fui buscando esa cita me encontré, como señalador, en las mismas páginas que él proponía como modelo de perspicacia (él hablaba de un texto «canónico»), un billete de metro.

Me admiró más que esta coincidencia el billete de metro. Es, sin lugar a dudas, un billete utilizado por mí. A veces han sido billetes de otros los que le salen a uno al paso. En este caso el billete es mío, tanto por la fecha, 27 de julio de 1976, como por el lugar donde lo expidieron, la estación de Empalme. Lleva el libro también su fecha de compra, junio de 1976, y las páginas en las que lo encontré indican seguramente que ya entonces no pude acabar su lectura. Ese billete de metro vino a recordarme los larguísimos trayectos que yo hacía entonces para ir a trabajar a una revista de arte moderno, en la que aprendí muchas y bonísimas cosas de la vida, bien de mi patrón, que me explotaba sin consideración ninguna, bien de los artistas pintores que compraban a buen precio críticas y gacetillas. Pero incluso aquella época, si la recuerdo, aparece más que borrosa,

incomprensible, pues lo lógico es que en algún momento yo hubiese asesinado al patrón, le hubiese robado el dinero que le traían los pintores en unos maletines y me hubiera fugado, como habría hecho el Caravaggio o cualquier pintor surrealista.

Por eso quizá lo más sorprendente era tener en mi mano dos incomprensiones, la que producía la literatura de otro y la que me venía de mi propia vida, ya vivida y olvidada, y eran en el fondo las dos un poco parecidas, solo que de la otra podría prescindir, pero con la mía tengo aún que vivir hasta que me muera, incomprensión que como verdadero hurmiento fermentará toda la masa de lo porvenir.

EN todo diario hay un proyecto de literatura, en la medida que la realidad y la ficción se articulan mediante la verdad. ¿Pero qué quedaría de literatura, o sea, de realidad, en los diarios de Azaña si se les quitara la ficción de la política? Dicho de otra manera: ¿esos diarios tendrían el mismo interés para un extranjero, desconocedor de nuestra historia e indiferente por la erudición política, que tienen para nosotros? Esa sería la prueba de fuego a la que habría que someter a todo lo escrito: no leas nada que tu vecino no pueda comprender, valorar y estimar, a menos que entremos en nacionalismos literarios.

ESE volumen de frases de Oscar Wilde te ha recordado una colección de mariposas, con las alas abiertas y un alfiler atravesándoles el abdomen. O más todavía. Un conjunto de corbatas de antaño, que fueron sumamente vistosas. Pero ¿quién se pone una corbata de hace cien años, aunque sea de seda?

CUANTO más tiempo pasa sobre una frase ingeniosa, más polvo coge, como las mariposas muertas.

LO agudo no siempre es verdadero. La verdad nace y brota hacia afuera, al contrario que el ingenio, que se hunde siempre, como las dagas. Wilde es casi siempre agudo, y por esa razón sus célebres frases dan un poco lo mismo, porque se puede enunciar al revés y ser igualmente ingeniosas. «El hombre destruye lo que ama», es ingenioso, pero nada más.

TODA frase ingeniosa lleva fecha de caducidad. Otra de sus limitaciones es que la frase ingeniosa precisa de un ingenioso más o menos célebre, una figura por así llamarla. Si la frase ingeniosa es anónima, lo normal es que se olvide a los dos minutos. Si, pese a la

insignificancia del hombre o mujer de ingenio que la ha pronunciado, aún se recuerda, es que hablamos de poesía.

LA poesía es al ingenio lo que la sal al agua marina. El ingenio sin poesía sería tan inútil como el mar sin sal.

EN el fondo de su corazón sentía por su padre un inconfesable y triste odio, no tanto porque se hubiese suicidado, como porque habiéndose pasado la vida huyendo de parecerse a él, aquel suicidio había cerrado para él esa posibilidad de acabar con una vida que empezaba a asemejarse demasiado a la suya.

AYER volvimos otra vez a la almoneda donde nos aparecieron los libros de Panero. Nos sucede siempre. Después de haber descubierto uno de esos nidos, acudimos durante tres o cuatro semanas más, por si acaso hubiéramos olvidado de rebuscar en algún rincón o si hubieran nacido más, como los champiñones.

Yo encontré un ejemplar de *Comme qui coule d'eau*, de Marguerite Yourcenar, con la firma de su anterior propietario, uno de los hijos del poeta. Pero no era lo más importante el libro, sino el trozo de papel que encontré entre sus páginas.

Dentro, recortada de una vieja revista, aunque no creo que fuese de una revista porque en el dorso no había nada escrito, alguien había olvidado una fotografía del zar Nicolás II.

Se le ve sentado en un sofá, frente a una mesa camilla. En las paredes, de tablas desnudas, cuelgan algunas fotografías enmarcadas, algunos retratos. El zar parece concentrado en la lectura de un periódico o despacho de gobierno. La mesa camilla la cubre una amplia tela turca, un tapiz que imagina uno con tonalidades otoñales, pese a que la foto es de mala calidad y en blanco y negro. Viste Nicolás II guerrera blanca con botonadura de oro y pantalón oscuro.

Esta tarde en el telediario han dado la noticia de que en Rusia han abierto los archivos de la Revolución. Han aparecido gran número de fotografías inéditas de la familia imperial. Algunas de gran hermosura. Todas son del último año de sus vidas, el año del cautiverio. Se les ve trabajar la tierra o tomar el té en la humilde cabaña donde los tenían confinados. Según cuentan, el zar pensaba hasta el último momento que le habrían de liberar. Sus últimas palabras fueron: «Hace bueno…». Se ha encontrado también en ese

macabro archivo un sobre que contiene un mechón rubio de la testa coronada y destronada.

Shakespeare necesitaba mucha menos tragedia para llenar de vida algo que al hombre pudiera parecerle distante. El hombre tarde o temprano habla de lo que tiene por encima, dioses o reyes. ¿Dónde están los autores de este siglo? Asesinan a toda una familia real, acaban con una dinastía, niños incluidos y princesas de una belleza digna de ser cantada por Homero, y el arte mira indiferente hacia otra parte, con Malevich al frente. Las zarinas eran unas muchachas de una hermosura tan extraordinaria que difícilmente habrá habido en Europa nadie que haya subido en menos tiempo la montaña de las contradicciones, y la belleza es algo en sí misma cuando es tan atacada. ¿Es que a nadie le ha conmovido una historia como esa? ¿Por qué tuvieron que pagar unas niñas y un muchacho por los pecados de sus antepasados? Eso solo puede explicarse desde la creencia: si los bolcheviques creyeron que la culpa se trasmite, es porque pensaban en el fondo que también los linajes se trasmiten, y por eso quisieron acabar con aquel, para evitar en lo sucesivo que se reprodujera. ¿Cuánto tiempo tardará en aparecer un nuevo Tolstoi que recoja todo eso que la historia de su país ha dejado a un lado como nieve pisoteada, como fétido lodo?

Las dos coincidencias le dejan a uno pensativo. De momento la fotografía encontrada ayer en el Rastro la guardo en este mismo cuaderno para no interrumpir su viaje.

UNA copa con las primeras rosas. Amarillas y blancas. Una pequeña es rosa, casi roja. Caen sus pétalos sobre la mesa, han muerto ya, y en todas queda aún el apretado centro, un corazón sin conocer la luz, y sin abrirse a ella. Hablan de ti esas flores, busca lo muerto en ti y no muy lejos hallarás también un corazón que resiste todavía.

AYER cerró «Mirto». Era la librería de viejo más bonita de Madrid. De alguna manera era también una de las más bonitas de Europa. Estaba en una de las casas que dan al Botánico y al Museo. Ocupaba los bajos, siempre cerrados, un sótano o cueva, donde guardaba las provisiones, y el primer piso, que era propiamente la librería, con ocho o nueve grandes balcones desde los que se veía la glorieta que separa el Jardín y el Prado y los cuatro magnolios centenarios. Hacía ya muchos años que no tenía grandes libros,

porque el negocio había ido decayendo y la librera y su marido, que hablaban de jubilarse desde hacía lo menos diez o quince años, no renovaban las existencias y habían dejado de comprar libros. La librera era ella. El marido, hermano del arquitecto que hizo el Palacio de la Prensa de la Gran Vía y el Valle de los Caídos, era arquitecto también. Aquel era un hombre alto, fuerte, vascongado, de muy buen humor, a la antigua usanza, uno de esos caballeros para los que la palabra era ante todo el principio que había de regir las relaciones entre los hombres de honor.

Una vez me contó que fueron a visitar a cierto librero de Levante. Ese hombre tenía la mejor librería anticuaria de España, en cuanto a fondos se refiere. En realidad ni siquiera era una librería, sino que tenía los libros en un chalet. La librera y su marido el arquitecto se veían con él para asuntos de negocios. En cierta ocasión estuvieron a visitarle. Entonces el librero levantino les mostró un libro valioso y raro en todos los sentidos, y para el que era difícil, por lo mismo, encontrar un comprador, de modo que les pidió que se lo llevaran a Madrid con el fin de venderlo en su librería. Acordaron para el libro el precio muy elevado, años sesenta, de cincuenta mil pesetas. En la tasación intervino desde luego el instinto, porque no tenían ni idea de lo que podía ser aquel libro, solo que por su aspecto, su conservación, la fecha de publicación y la materia tratada era raro.

Esa noche, en el tren, hojeando al azar el libro, el arquitecto descubrió en él algo que le hizo sospechar que podría tratarse de un ejemplar mucho más importante de lo que habían juzgado en el primer momento.

Al llegar a Madrid llamó a una persona que podría estar interesada en él, cliente de su librería, y se lo ofreció por quinientas mil pesetas, cantidad desorbitada para aquellos años, pues por esa suma se podía comprar en aquella fecha, por ejemplo, una finca de veinte hectáreas en Extremadura, con caserío incluido.

Telefoneó a continuación al antiguo propietario del libro y le comunicó que acababa de venderlo no en cincuenta sino en diez veces más. El librero levantino se azorró, y le libró la comisión también estipulada, un diez por ciento de la venta, pero no del precio en el que había logrado venderlo su colega, sino en el antiguo, de modo que le entregó cinco mil pesetas. Eso fue

suficiente para que el arquitecto, que era todo un caballero, dejara de considerarle una persona seria. Y desde luego no por el dinero, del que él no precisaba para vivir. Ni siquiera se tomó la molestia de discutir sobre el particular. Tampoco rompieron las relaciones. Sencillamente lo colocó en su sitio, el de los comerciantes.

Los libreros cuentan siempre historias como esas, para las que tienen una gran memoria. Son como los cazadores. Pueden llegar a viejos, pero jamás confunden en qué lugar cobraron una pieza excepcional, ni las circunstancias que rodearon el lance.

Con motivo del cierre de «Mirto», H., la librera, daba un té en la librería a los libreros de viejo, con los que por otra parte jamás se mezcló. No estuvo nunca en ninguna feria, no iba de librerías, en fin, era y no era una librera. De todos modos quería retirarse con un *beau geste*. No era una mujer mundana, en absoluto, pero le gustaba de pronto tener pequeños detalles de cierto sabor proustiano. Alguna vez he contado que era la única librería del mundo donde según a la hora que uno llegara, podían agasajarle a uno con una copa de Jerez. Le sentaba a uno en uno de los tresillos que había frente a la ventana, y la misma librera le servía al cliente un vino oloroso. Es verdad que la mayor parte de sus clientes eran, claro, viejas amistades de la casa, bibliófilos, estudiosos, historiadores, hispanistas. Incluso no era infrecuente llegar y encontrarse allí a viejos amigos. Al final a H. parecía serle indiferente vender libros, y en cambio ponía mucho interés en la tertulia y que le contaran cosas del mundo. Es la única persona a la que he oído llamar a Caro Baroja Julito, sin que a este le molestara, porque se conoce que eran buenos amigos desde hacía lo menos cincuenta años. Don Julio, incluso en los últimos años, ya enfermo, suele ir por allí y se queda sentado un rato, hablando o escuchándola. El día que se presentó *El gato encerrado* H. le telefoneó para que viniese, pero al cabo de unos minutos telefoneó él para preguntar si en la presentación iba a estar algún periodista. H. le dijo que sí, que era una presentación para que viniesen mayormente los periodistas. Entonces él se excusó de venir, porque no soportaba que los periodistas hubieran tomado la costumbre de preguntarle estupideces, en cuanto le tenían delante. Al final la presentación fue un fracaso completo, porque no vino ni un solo periodista. Estuvimos diez o quince amigos, pero periodistas no

apareció ni uno solo, aunque todos habían confirmado su asistencia al editor. Fue una cosa cómica, de verdad, todos allí, en el altar, esperando, descompuestos y sin novia, que era la prensa. Yo pensaba todo el rato que habría podido venir don Julio, y habríamos hecho una tertulia, como en los tiempos del Lyon. Pero no. Se conoce que la vida está montada siempre sobre esta clase de actos *ratés*, un poco chuscos.

Cuando se murió su marido, hace cuatro o cinco años, H. dijo que iba a continuar, con ese coraje que ponemos en las decisiones que más nos cuestan tomar.

Yo llegué ayer antes que la mayoría de los libreros. Me enseñó un libro de firmas que le habían regalado sus colegas, que jamás han dejado de tratarla con un gran respeto, con un tratamiento de doña que en ese negocio es inusual.

Antes de irme me había envuelto en un papel el pequeño rótulo de la librería. Es un marquito dorado, una media caña de unos veinte centímetros de largo por diez de alto, enmarcando la palabra Mirto, rotulada en una letra romana muy bonita, de color rojo sangre de toro. El marco, dorado con panes de oro viejo, está saltado en algunas partes, y eso le da aún mayor sabor. Era el cartel que estuvo en la puerta durante todos estos años. Me contó que lo hizo personalmente su marido, cuando se trasladaron a ese piso.

Al llegar a casa lo coloqué en uno de los estantes de la biblioteca. Destaca mucho porque es el único objeto en ella que no es un libro. Siempre me figuré que esa media caña dorada con la palabra Mirto pudiese ser el nombre de un viejo barco, clavada en el armario del ron del camarote del capitán. Era un nombre precioso para una librería, pero también lo sería para una goleta.

Como nunca tendrá uno un barco, ahí se quedará para siempre. Me recordará viejos tiempos, y sobre todo travesías jamás emprendidas, pero cuya memoria me servirá de consuelo cuando la mente confusa y fatigada crea sucedidos hechos nunca realizados, e inexistentes hechos que fatalmente hicieron de nosotros lo que somos.

LE gusta tener la seguridad, para los libros que han de correr el mundo bajo el doble yugo de su nombre, de que puedan mirarse las manos y no encontrárselas enteramente vacías. Que nadie pueda decir de ninguno de ellos que nacieron estériles como vástagos de

una raza cansada. Por eso en cada uno escoge las palabras de un maestro y las pone en sus páginas, como quien entierra en la montaña la gema preciosa. Frases que no precisen glosa, que puedan entenderse hoy y dentro de cien años, divisas que hagan no solo sus libros, sino su misma vida, digna de ese nombre: «Vemos una escultura», nos dice J. R. J., «leemos una poesía, oímos una música antigua, y nuestro mayor elogio es: "Parece de ahora". Pues pensemos que el elogio mayor que un antiguo resucitado pudiera hacer de lo nuestro sería: "Parece de entonces". Porque el espíritu y el arte (como el sol, el desnudo, el oro, la rosa, el rayo, el mar y la muerte) son siempre iguales».

A don Francisco Giner de los Ríos le dijo un labriego: «Todo lo sabemos entre todos».

AYER, antes de que la cerraran, fuimos a Toledo a ver la exposición *Reyes y mecenas*.

La exposición era bonita y entretenida. Bueno, todo lo bonita que puede ser una de esas exposiciones de asunto medieval llenas de armaduras, arneses, pragmáticas, libracos con iluminaciones a mano, cálices, muchos cuadrancos inadmisibles y uno o dos bellísimos, dos o tres casullas y un puñado de monedas de oro mordidas por el tiempo. Si fuésemos sinceros tendríamos que decir que esas exposiciones se parecen mucho a la tienda de un anticuario bueno.

Nos encontramos con una multitud que esperaba entrar. Hicimos nuestra cola durante diez minutos, lo que nos sirvió para rozarnos con el pueblo llano. Con las turbas se puede hacer una revolución o armar una guillotina o celebrar durante una noche de frenesí pánico una victoria patriótica. Pero todo el amor que pueda tener uno por la gente, se le evapora en dos segundos si tiene uno que hacer cola mezclado con ella, esperando entrar en un museo, siendo testigo de unos comentarios que deberían cerrarles por sí mismos la entrada de ese mismo lugar al que pretenden pasar. Y no por lo que tienen de pueblo, como por lo que quieren adquirir de burgués y vulgar. Sus comentarios no eran pueblo, sino de un medio pelo espeluznante.

Hace cuarenta años iban a las ferias o las romerías y encontraban en ellas una distracción a su medida. O cantaban unas canciones llenas de poesía, o se arrodillaban ante una imagen del

siglo XIII patética y hermosa. Ahora, al salir del museo, seguirán con sus hábitos, encenderán la televisión por su canal más abyecto y mirarán con desdén a ese mismo hombre de espíritu que decían admirar media hora antes solo porque llevaba siete siglos muerto.

Resultaba descorazonador ver cómo solo eran sensibles al esfuerzo visible de las cosas, convencidos de que el arte que no descanse en una labor artesana y minuciosa no es sino una estafa urdida por creadores haraganes o artistas demasiado vivos. Todo el mundo miraba entusiasmado una custodia en cuya filigrana se dejaban los ojos. No miraban admirando, sino tasando, como los comerciantes. Si hubieran tenido que escoger entre aquella custodia, que no era más que un salero grande, y el Crepúsculo de Miguel Ángel, no lo habrían dudado lo más mínimo. La gente, en grupos familiares, hablaba en alto y corría de un lado a otro, de vitrina en vitrina, alborozada a cada nuevo hallazgo, como si fueran tesoros recién descubiertos que les fueran a ser entregados a la salida. Los que jamás se hubieran tomado la molestia de recorrer cincuenta metros para visitar el retablo de esa iglesia que ahora les hacía prorrumpir en exclamaciones desmesuradas, gastaban ayer dos o tres horas para ver la exposición masticándola concienzudamente. Eso en el mejor de los casos. La mayoría eran hombres rudos y mujeres de pueblo, que caminaban despacio, con los brazos caídos y pegados al cuerpo, sin detenerse, con la vista ladeada, como si fuesen revistando unas tropas en exceso numerosas, con una expresión de no comprender nada en absoluto de lo que estaba ante sus ojos, aunque, eso sí, mostraban más respeto que otros, como cuando asistían a las misas en un latín del que nada entendían.

Estos desde luego llegaban a enternecer más que aquellos, pues al fin y al cabo parecían las víctimas de un malentendido, de la perversa maquinación de un ser que los había arrastrado hasta allí mediante el engaño.

Incluso entre ellos los había exhibicionistas y de un ego imposible, que veían todas y cada una de las piezas expuestas con una gran parsimonia. Ante un manuscrito de letra gótica, incluso deletreaban en voz bien alta para que se les oyese, entusiasmados por la empresa de descifrar algunas letras, después de haber encontrado tan fácil las dos primeras palabras: «Fer-di-nando…

rex… elo… no… et… o…». Cuando después de esas dos primeras palabras el resto se levantaba ante ellos insalvable, como obstáculos de un *derby*, desinflaban la gaita torácica con satisfacción, y dejaban esa tarea, dispuestos a arrostrar la empresa que medio metro más allá les estaba esperando, en otra cartela, en otro manuscrito.

Yo estoy convencido de que si por ellos fuese exigirían a los escritores que escribieran sus obras en letra gótica.

Lo cierto es que vimos la exposición en un grado de irritación bastante patente y mortificante, que apenas nos permitió mirar con la imprescindible serenidad el célebre retrato de Catalina de Aragón, de Michel Sittow, del Museo de Viena. Se trataba, supusimos, de uno de esos retratos protocolarios que se enviaban de corte a corte para concertar casamientos. Consistía en una tabla pequeña de un refinamiento fuera de lo común, para la pintura de la época. Catalina de Aragón llevaba al cuello un discreto collar de oro y será uno de los pocos retratos en los que a la retratada no se le veían los ojos. Miraba hacia abajo, como si el artista hubiera querido, sustrayéndonos su mirada, darnos el retrato moral de una joven que debía ser tímida y pudorosa hasta extremos enfermizos.

Después de ver la exposición fuimos a pasear un rato por Toledo. Hacía un día desapacible, medio de lluvia y con un frío emboscado y hostil. Entramos también en la catedral, aunque la vimos como si en realidad no hubiésemos interrumpido el paseo callejero, sin detenernos en ninguno de los altares. Al salir, y mientras M. y los niños entraban a tomar un *sandwich* en un bar, yo me quedaba en la librería de viejo que está al pie de la catedral.

Esta es una de esas librerías que salen en los grabados de Daumier y de Sancha, con legajos en pergamino comidos por los ratones y unos cientos de libros amontonados de cualquier manera, apilados en rimeros, en batería, al revés, con los lomos hacia dentro… Para mirar un libro había que mover dos docenas, como cuando de las tristes fosas comunes se exhuman los cadáveres de unos seres desdichados que no solo llevaron una vida triste sino que encontraron una muerte injusta.

En un extremo de la librería se abría un pequeño cuarto tenebroso en el que había aún más cochambre que en el principal, y en el que se amontonan junto a dos o tres arrobas de azulejos

morunos arrancados de algún derribo, puestos en un informe amasijo, grandes hojas de cantorales góticos y algunos cientos de libros de música del siglo pasado, sin contar algunas de las estampas de Parcerisas que habían subido a un facistol que por sí solo llenaba ya ese pequeño cuarto y que obligaba a recorrerlo pegándose a las estanterías sin poder ni siquiera agacharte para mirar los libros de los estantes más bajos porque se le habría clavado a uno el pico de la esquina de ese atril gigante en la espalda.

Hace un rato, mientras escribía estas líneas, una azafata vino repartiendo periódicos entre la gente. A mí me dio uno en el que venía otra crítica más de la novela: «El autor utiliza una prosa poco cuidada, carente de tensión y de brillo». Si yo fuese capaz de escribir con tensión y brillo, lo haría, eso sin duda. En cambio tengo conciencia de haberla cuidado todo lo que he podido. Después de leerla me puse a mirar las nubes desde la ventanilla, allí abajo, como unas enormes coliflores. Creo que ni siquiera me escuecen esas pequeñas contrariedades. O me escuecen, pero resisto bien, como cuando de niño vertían agua oxigenada sobre la rodilla desollada jugando al fútbol. Pero me quedé en silencio. Quiero decir, no iba hablando con nadie. Iba escribiendo en mi cuaderno, porque es así como trato de rodear de normalidad un viaje en avión. Pero después de leer la reseña, aún guardé mucho más silencio. Y eso es lo que me pareció más extraño. La posibilidad de recorrer nuestro silencio, ver que el silencio no es una estación término, sino una más de un recorrido interminable.

Si por mí fuera no seguiría escribiendo ahora. Pero lo hago para no sentirme vencido. Y, triste, he de confesarme que lo haré con la misma prosa sin brillo y descuidada.

¿Por dónde iba? En aquel zaquizamí toledano, en la hora crepuscular de los desalientos y la sorda derrota de los sueños, vi un montón de libros que eran, a buen seguro, expresión de un fracaso y unas horas amargas robadas a un tiempo no menos desalentador que el nuestro, heridos por la envilecida sucesión de los días. Al igual que hace cuatrocientos años Apolo amaneciera sobre los célebres campos de Montiel, ayer un hamletiano Febo, más Bogart que nunca, se despedía de la ciudad de Toledo con la incertidumbre de los seres cuyo destino les ha sido negado.

Yo creo que este párrafo me ha salido más cuidado y esplendente.

Al volver a Madrid nos tropezamos con la manifestación de la huelga general y nos costó casi una hora recorrer la distancia que va desde Atocha a casa, porque la manifestación había salido hacia la Puerta del Sol, es decir, la Puerta de Febo Apolo, Humphrey para los amigos, desde la de Cibeles, la Bacall del agro. El único consuelo era que llovía, bueno para las mieses.

Dios mío, lo peor de todo esto es cómo sin darnos cuenta va desapareciendo de uno la alegría, la íntima alegría que celebra las cosas más pequeñas, y va asomando el hongo sardónico. Sobre la visión de Toledo, que era nítida hasta hace un momento, llena de eso que Rilke descubrió en ella, espíritu, llueve también ahora, desde hace solo unos instantes. Es como si entre la ciudad y uno se hubiera interpuesto el cristal de una ventana en el que gotea la lluvia. Y esa visión es ahora imperfecta y triste. El espíritu llora también como la lluvia. La lluvia de París, la de aquí, la del corazón, la lluvia universal de las horas grises como el papel de los periódicos.

ME encontré haciendo la compra con X, un viejo poeta que tiene tienda abierta de antigüedades desde hace treinta años. Fue en la tienda de ultramarinos de Loren (no confundir con Lauren de Bacall; este es Loren de Lorenzo).

Vive mi amigo justo aquí, en Bárbara de Braganza, en un piso viejo y grande. Suele salir con un perrito poco antes de comer, entre las dos y las dos y media, cuando llega de su tienda. Sube, recoge al perro y sale a hacer las compras. Va siempre muy deprisa, porque en media hora ha de hacer las compras de todo el día. Anda a la carrerilla, como si le hubiesen dado cuerda por detrás, sin despegar los pies del suelo, lo mismo que el perro. Yo les veo a veces y parecen los dos una película cómica, de esas en las que los personajes van andando a toda mecha, con pasitos muy cortos, mecánicos y precisos. Vive solo, pero no es un hombre triste. Es, tal vez, un personaje trágico, pero no triste. A veces se le ve con algún muchacho de los que patinan en el paseo de Recoletos. Anda siempre de la misma manera, rígido y con la cabeza escorada como si le faltara una de las vértebras del cuello y se le hubiese caído a un lado. Cuando va con el perro, uno de esos perros que sacan en

los circos para hacer sumas y multiplicaciones y saltando por aros de fuego a cambio de un terrón de azúcar, andan los dos de la misma manera nerviosa, él y el perro en el extremo de una correa. Suele llevar la bolsa con una barra de pan en la otra mano. En una lleva el perro y en otra el pan, pero los brazos, sin embargo, los lleva siempre pegados al cuerpo, un poco como una caricatura.

Cuando pasea con uno de esos amigos casuales, anda un poco más despacio, pero la posición de la cabeza, tumbada sobre el hombro, le viene bien, pues suelen ser mocetones altos, que mira embelesado, y entonces el grupo contrasta de puro extravagante, uno traspuesto el umbral de senectud y arrugado, y el otro en su vigorosa primavera, como para anunciar pantalones vaqueros; el perro siempre dos pasos por delante, tensando la correa, con sus pasitos menudos.

Durante años, cuando pasaba a su lado me preguntaba si me saludaría o no, porque nos habían presentado ya tres o cuatro veces, pero jamás me veía, con sus pasitos cortos, tris, tras, tris, tras, él, el perro y la barra del pan colgando o debajo del brazo como una fusta. Le observaba y estaba atento por si descubría en él algún gesto que iniciara el saludo, pero pasaba como flotando en una nube. Después de ocho o nueve años, y después de que nos presentaran una vez más, decidió saludarme. Pero lo hacía sin detenerse, levantaba un poco la cabeza y la echaba hacia adelante, como si tuviese prisa por perderme de vista, y se ponía colorado. También coincidía con M., a quien no conoce, en el ultramarinos, y hacía siempre todo lo posible por saltarse la cola de la caja, a la salida, aprovechando que era hombre y que era viejo.

Yo jamás me molestaba con ninguna de esas evasivas suyas para no tener que pararse nunca. Al contrario, me han caído simpáticas siempre, porque no se habrá visto que haya habido muchos chamarileros poetas, aunque el grupo *Cántico* haya dado algunos.

El caso es que ahora cuando coincidimos podemos hacer juntos el circuito de frutería y ultramarinos. Compra siempre unas cosas raras. Yo le pregunto, ¿te alimentas de eso? Él me dice que sí, entusiasmado, como ese niño que puede por un día liberarse del régimen de comidas de la casa paterna. Suele comprar siempre una bolsa de patatas fritas o de gusanitos, unas latas de agua tónica, un paquetito con pastas forradas de chocolate, un tarro pequeño con

pepinillos en vinagre, y unas galletas de coco. En la frutería todo lo compra por unidades, una manzana, un plátano, si acaso dos o tres cerezas o dos o tres uvas, en el tiempo de las uvas.

A veces charlamos del negocio y me cuenta cosas. Tampoco muchas. Hace buenos negocios, pero no le gusta alardear de ello. Tampoco se le ve una persona codiciosa, que atesorara bargueños y lámparas de Bohemia. Es de los que ha calculado que para vivir precisa de tanto; si lo vende en la primera hora de la mañana, cierra el negocio y se marcha por ahí, se sienta en uno de los bancos de Recoletos y se pone a mirar los patinadores, que evolucionan a veces para él solo, sabiendo que les está mirando.

Una vez le pregunté si había otros hombres como él, en la observación recoleta. En realidad estaba pensando en si habría otras personas como él, ya viejos, que fuesen allá a ver a los muchachos, pero esa es una pregunta que jamás la habría formulado de esa manera. También me pregunto cómo será tener setenta años e irse a la cama con alguien de diecisiete, uno con la virilidad por todo lo alto y el otro en cambio con ella en la más resignada de las postraciones. A lo del Paseo me confesó muy orgulloso que solo iba él, como si fuese un caladero que solo él conocía, o que al menos él había sido su descubridor, así como que los chicos le conocían y le tenían cariño. A alguno de ellos se lo lleva a casa a vivir con él amores mercenarios. Otras veces no, lo hacen por gusto. Son chicos sin casa, solo con el monopatín y un par de glúteos pequeños y duros que exhiben en Recoletos cada tarde. A veces se instalan en su casa con alguna novia. No le importa tampoco que algunos tengan novia, pero eso no le gusta mucho. Una vez escribió un poema sobre ese asunto, que terminó con unos versos increíbles que decían: «Menuda hija de puta que es la chavalita / que a mi Gianni lo absorbe, / y a mí ración me quita».

Antes era un poeta de corte elegiaco y serio, bajo la sombra de Cernuda. Pero últimamente solo escribe poemas burlescos, bárbaros y latinos. Tampoco es infrecuente que sean desgarradores cantos de amor a alguno de esos novios, que se aprovechan de él, y de los que se venga en versos medidos y rimas tan disparatadas que hacen pensar en un humor venenoso, como la cicuta de Sócrates. A veces, sabiendo que me encontrará haciendo la compra, se mete algunos de esos poemas en el abrigo Loden, y al encontrarnos me los

entrega.

Durante un tiempo se enamoró del hijo del sacristán de la iglesia de Santa Bárbara. Le veía sacar la basura cada tarde y lo miraba desde su ventana. Le hizo un poema que empezaba como la marcha triunfal de Rubén, y que tituló «Basilicata o el canto de las arpías»: «Ya no baja Carlos por la escalinata, / ya no saca el cubo de la porquería, / no huele la perra, no busca la gata / los sacros despojos de la sacristía». Ese es el poema que termina de una manera que es de lo mejor de la poesía de ese corte: «Vuelve al templo, Carlos, no los abandones, / no dejes tan solos a tus maricones».

Seguramente todos esos versos son a la poesía lo que la cuchara tallada por un pastor a una escultura de Fidias, pero me parece que habría que valorarlos en lo que tienen de tosco y genuino, y de ahí nace mi simpatía hacia ellos y hacia el poeta que los escribe, y quizás también, como él escribió en uno de ellos, «Porque tú sabes y yo sé, / que tu esquela y mi esquela / no son de las que salen en el *Abc*».

Bueno, el caso es que ayer, al preguntarle por unas cosas de su negocio me contó que las tallas de santos y ángeles y arcángeles góticos o barrocos que compra él en la costa —Barcelona o Valencia o Málaga—, vienen todas con su grado elevado de humedad en la madera. Algunas veces antes de llevarlos a la tienda para su venta, las encierra una temporada en su casa, para disfrutar un tiempo su compañía, antes de pasárselas a otros. Igual que hace con sus jóvenes amantes. En Madrid toda esa humedad de la madera se va secando y aquí viene el fenómeno, porque durante la noche la madera cruje con escándalo como si los santos hablaran, y una vez que compró diez o doce tallas de esas, pudo escuchar por la noche cómo gemían y se cambiaban plantos.

Estaría bien escribir un relato con un argumento como ese, con santos de palo que hablaran, y titularlo *Las figuras de palo* o *Los secretos de Santa Bárbara*, entre Bécquer y Baroja. Aunque creo que sería mejor un relato del anticuario, con los chicos que se sube a casa y a los que tratará de seducir ante todas esas imágenes consagradas al culto.

«¿POR qué habrá siempre una espada de fuego a la entrada del Paraíso?». E. Zamacois. *Un hombre que se va*.

LAS cosas transitorias. Sería un título bonito para un libro donde

solo se describieran las entradas a los lugares donde vamos a estar de paso, como los postaleros antiguos, como un álbum de fotografías. La entrada en Palma vista de esa manera, desde el avión. Se veían abajo todas sus casitas, cuadradas, de color de corcho, de color avellana, de color rojo seco, como figuras de un belén, con sus palmeras y sus pozos con aspas y molinillos de aire en medio de cada huerto. Y había muchas de esas casas por todas partes, parcelando el paisaje.

ERA muy extraño. La ciudad vieja estaba como cerrada en sí misma, incluso las ventanas estaban tan perfectamente cerradas que parecían pintadas sobre los muros de color gamuza, como consumados trampantojos. Empezamos a pensar que de todas las ciudades esta era la que seguramente tenía muchos más secretos que ocultar, al ser una isla. El hecho de vivir aislados les ha hecho mucho más cautos y todo lo cierran para que nada circule ante los ojos de los demás. En otras ciudades, como en Lisboa, uno descubre que hay en realidad dos ciudades, una la que está a ras de suelo, en la calle, en los comercios, en las tiendas, y otra la que mira esta ciudad desde los balcones de las casas, ciudad no menos populosa que aquella. Luego están aquellas otras ciudades donde las gentes se espían unas a otras detrás de las ventanas, como en esos pueblos levíticos de Castilla, pueblos vacíos de Falencia o de Tierra de Campos en los que uno puede sorprender o notar el peso, aquí y allá, de las miradas que le vigilan. Hay ciudades también, como Sevilla, donde todo lo que ocurre, ocurre en la calle. A las casas llegan tan cansados, que se duermen, y en cuanto se despiertan vuelven a lanzarse al callejeo. Y luego está esta ciudad de Palma, donde no hay nadie ni dentro ni fuera. Quizá estén en el campo. Yo he leído en los Villalonga que la gente notable de este lugar tenía fincas y casonas en medio de huertos y viñas. Es posible. Me imagino unas casas un poco rancias, sin un estilo preciso de muebles, medio ingleses, medio franceses, medio góticos, medio suizos, así como con el resto del ajuar. Otro detalle curioso fue ver que apenas nos cruzamos con nadie, mientras paseábamos. Los turistas que vienen aquí por miles, apenas asoman por esas calles viejas. Lo viejo no le interesa a nadie, saliéndose de un par de avenidas y paseos concurridos, donde se aglomeraban los comercios y las pastelerías. Muchas pastelerías. Toda Palma huele a crema

pastelera y a cabello de ángel. Quien puso a la calabaza confitada ese nombre era un poeta de la escuela gongorina, no hay duda, es un nombre confitado, desde luego. Palma huele también, un poco, a canela, quizás porque las casas tengan ese color.

Mientras nos enseñaba la ciudad, X relataba historias locales, de archiduques, banqueros judíos, amantes despechadas y clubs que expulsaban de sus salones a los señoritos calaveras de las mejores familias de la isla. Eran historias de hace cincuenta años, pero parecían todas de ayer mismo, conservadas entre cuatro paredes de cristal, como la maqueta de un viejo velero.

Las ciudades, todas, deberían verse de la misma manera, enseñadas por alguien sensible que mientras te va guiando, evitando las pifias y repeticiones, relata viejas historias locales. Es como ir mirando fotografías mientras suena en los oídos una música tenue y amiga, que no distrae, y ayuda a grabar las impresiones oportunas. Cierta música es como esos líquidos imprescindibles para fijar las imágenes en el papel emulsionado de las fotografías.

Luego nos llevaron a Valldemosa. Uno, sensible al campo, observaba el labrantío y las artes agrarias. El color era parecido al de otros campos, en Extremadura, solo que aquí el campo estaba perfumado vagamente por la brisa marina, como si de las páginas de un libro se elevara de pronto, si ello fuese posible, el perfume de la violeta seca que se ha puesto a secar entre sus hojas. El olor del campo de la isla era así, seco, pero con ráfagas marinas y algo parecido a perfume de leche de almendras. Quizá porque hay muchos almendros por todas partes. Las casas en medio de campos llenos de ellos se veían magníficas, grandes, cuadradas, con escaleras adosadas a los muros y arcos de hierro, muy adecuadas para hacer que transcurriera en ellas una novela de Verga, una de esas novelas rurales que ya no interesan. Hace poco oí que un crítico aseguraba no haber tenido ninguna duda en un jurado literario del que formaba parte al elegir entre dos novelas. Una transcurría en una ciudad y la otra era «un drama rural, y ya hemos tenido bastantes dramas rurales». Por supuesto ni lo leyó, como aquellos que hace treinta años decían de un cuadro: «Es un bodegón», y se daban la vuelta. Solo han empezado a volver, y no siempre, cuando se les consigue engañar asegurándoles que eso que creen bodegón es una «naturaleza muerta». Lo rural, en cambio, lo

tiene aún difícil.

Al llegar a Valldemosa visitamos, claro, la famosa Cartuja. Olía todo a arrayán, que es un olor tan litúrgico como el romero, pero sin convertir aún, sin haber pasado por el bautismo de nuestra civilización. El arrayán es en olores lo que una joven mora para el caballero cristiano, con idéntico atractivo.

Nos enseñaron las habitaciones donde nos aseguraron que vivieron Chopin y la Sand, aunque nuestros amigos, oriundos, y en los secretos locales, nos tranquilizaron al hacernos saber que se trataba en realidad de una réplica, pues el músico y su amante ocuparon no las celdas que enseñan, sino otras, que no suelen mostrar porque son de otro propietario. Aunque he de confesar que no es fácil hacerse una idea de lo que sucedió en ese lugar, porque al final terminamos viendo esas otras habitaciones prohibidas, lo que nos hizo sospechar a todos que se trataban también de una mixtificación, existiendo unas terceras dependencias, que serían las auténticas y que nadie ha visto.

Toda la cartuja es ya una sociedad anónima que explota las alcobas y yuxtapuestos gabinetes como atracción turística.

Vimos, pues, dos dormitorios, dos salitas e incluso dos pianos, pero ninguno de los dos era el auténtico, porque se sospecha que el verdadero lo quemaron los payeses por miedo a contagiarse de la tuberculosis del músico.

También nos hicieron visitar algunas dependencias, con boticas, y otras donde se guardaban unos muebles vitrina con libros. En la celda oficial había algunas partituras originales de Chopin y otros recuerdos igualmente originales; en tanto que en la espuria se conformaban con fotocopias.

El paisaje que se veía desde unos jardinillos que había detrás era bellísimo, lo mismo que aquellos dos recogidos jardines, con una pequeña glorieta formada por cipreses y unos minúsculos setos de arrayán, los que expandían su olor por todos los claustros y habitaciones. Lo cierto es que estaban resultando momentos preciosos que quedaron en parte interrumpidos cuando X y yo nos acercamos al busto-medalla de Rubén para hacernos una fotografía. En el momento en que sonó el clic de la máquina de retratar fue como si algo, lejos de quedar fijado en la placa, se hubiese escapado para siempre, quién sabe si la magia de aquel lugar que ya nos

había sido franqueado.

Yo creo que donde hemos sido felices no se deberían sacar fotografías, porque algo de esa felicidad se pierde en ese instante, como si los lugares se vengaran así de nuestra presunción de querer meter el océano en un hoyo, ayudados de una venera.

El día era precioso y de vez en cuando soplaba una ligera brisa, venida Dios sabe de dónde, que nos envolvía los brazos desnudos y el rostro con un tacto sedoso y tibio.

EL Archiduque Luis Salvador de Habsburgo-Lorena y Borbón, durante su estancia en Mallorca, se dedicó a trabajos de vaga erudición para entretener su diletante tedio. Entre su legado, según cuenta Llop en el prólogo a la biografía que le hizo Juan March, se encontró un dibujo realizado por aquel hombre taciturno y romántico. Se trata de una mano que recordaría el cuello de un cisne, la mano de una joven debajo de la cual el mismo archiduque escribió: «Una mă correguda». También sería un buen título para un libro, para un diario: *De mano corrida* o *De primera mano*. Todo en la vida debería estar realizado de esa forma, como los bocetos de un viejo pintor, como los titubeos de un niño.

SoLO son libres los que viven solos. Solo están solos los que viven locos. Solo están locos los que fueron libres. Aunque de todo esto tampoco está uno muy seguro.

VIVIMOS en un hotel llamado Saratoga, muy años sesenta, con curvas y tubos cromados por todas partes. Por las noches aún puedo leer unas páginas de las memorias de Zamacois: «Nunca fui completamente dichoso. Y lo que es harto peor: que no obstante haber antepuesto el bienestar ajeno al mío, jamás he podido hacer feliz a nadie». Es una confesión enternecedora y patética, solo que resulta intrascendente porque quien la hizo fue un hombre al que se le escapó su posteridad. Esa frase en otro, pongamos por caso Cernuda o alguien como Unamuno, habría dado origen a cientos de tesis y hoy sería una frase célebre. Viniendo de Zamacois, como otras inesperadas y hermosísimas de esas memorias, quedará sepultada para siempre en las páginas de ese libro.

Mi vida, como en las últimas semanas, es la de Hyde y Jekyll en un plano sin brillo y provinciano. La noche anterior había cenado en el Racket Club, un lugar postinero en el que todo el mundo, si se es varón, parece llevar una chaqueta blanca. Luego, a primera hora, se asoma uno a la bahía de Palma, bajo la lluvia, con algunas figuras pasando bajo paraguas negros. Entonces es fácil vivir la ensoñación de un personaje de vaga literatura.

Pero por la tarde le llevan a uno a la presentación de su propio libro. La humillación de lo uno está pagada con la ensoñación de lo otro. Presentamos el libro en una estación de ferrocarril de vía estrecha, donde celebraban también una pequeña feria del libro.

Éramos el presentador, yo, la familia de la chica que hace de relaciones públicas, que es de este pueblo, y dos viejos.

La reiteración de esa escena patética podría haberle dejado a uno insensible, pero no. Asiste uno a ella con una curiosidad morbosa, como si empezase a desear que fuese todo un poquito peor, como ese enfermo que solo desea el empeoramiento para librarse de la enfermedad.

EN las memorias de Zamacois se acuerda este del autógrafo de Verlaine que Sawa tenía colgado en su casa. ¿Adónde habrá ido a parar? También el relato de su muerte. Ya en el cajón mortuorio un clavo le había machado la sien, de donde salió un hilillo de sangre que cuajó pronto. Una corona de clavos. Su eternidad descansando sobre un clavo.

SABEMOS que Cristo lloró en tres ocasiones al menos. Lo raro es que hablando tanto de la alegría, nadie sepa que riera nunca de nada; por ejemplo, ¿a quién multiplicando cinco panes y dos peces no le entraría una risa loca de incredulidad ante el prodigio? Andar sobre las aguas no tiene el menor mérito ni misterio. Lo difícil habría sido patinar, correr, saltar como en la cama elástica, pasárselo bien sobre las aguas. Para andar únicamente, no había valido la pena el milagro.

¿POR qué Cristo, que relató tantas parábolas, no contó ningún chiste? De las religiones y de los hombres sin sentido del humor habría que desconfiar siempre. El primer paso es estar triste; el segundo, amargarle la vida al prójimo.

LA ironía es una sofisticación del lenguaje, por eso está tan poco desarrollada en los pueblos bárbaros. Las religiones han nacido siempre entre nómadas, entre pastores.

LA religión es incompatible con el humor. En todas las religiones hay, no obstante, santos bien humorados, pero las religiones son tristes. Por lo mismo, el humor será siempre mucho más perdurable que la religión. Lo último que se oiga el día del Juicio Final será la carcajada de alguien que viene borracho de una fiesta y aún no se ha enterado de nada o que al oír las trompetas crea que la juerga siga aún en otro sitio.

SI las religiones no pueden hacerse con el humor, es porque el dogma es la base del chiste.

VENDRÁ el Apocalipsis, de acuerdo. La Tierra quedará arrasada.

Pero no os quepa la menor duda, el día de la resurrección de los muertos habrá uno, seguramente de los primeros, que haga un chiste sobre todo lo que está pasando, un buen chiste, seguro. El único misterio será saber si Dios se lo tendrá en cuenta como agravante o como eximente en el Juicio Final que vaya a celebrarse a continuación.

SI Cristo además de contar parábolas hubiera contado chistes habría tenido muchos más adeptos.

ÉRAMOS cinco personas en la mesa de La Casa de Vacas del Retiro; a 50 000 pesetas cada una, 250 000 pesetas. En el público, contadas por mí mientras disertaban mis ilustres colegas, había dieciséis personas. Si se hubieran repartido las 250 000 entre los asistentes, habrían tocado a unas 15 000 pesetas, que habrían bastado para comprarles a cada uno de ellos un lote de libros de los disertantes.

De los que estábamos en la mesa, cuatro eran novelistas conocidos y reconocidos, con premios y lauros, de esos de los que uno piensa que siempre les irán muy bien las cosas, que tendrán sus miles de lectores y sus contratos ventajosos. El otro era yo.

Nos presentaba un tipo triste, oscuro, con una voz opaca que mezclada con el calor de la tarde adormecía a la concurrencia. Hace 70 años en la literatura se refugiaban los bohemios, los sablistas, los perdularios, y pasaban penalidades. Hoy se refugian en la cultura y siguen pasando penalidades, aunque con el dinero público.

Resumía las novelas de los participantes con hipérboles increíbles. Le llegó el turno a la mía y el tono cambió de una manera radical: «Empieza con la muerte de Carrero Blanco», dijo, «que en la novela, *curiosamente*, se llama asesinato…».

Subrayó el adverbio, como un guiño a los dieciséis asistentes, dándoles a entender qué clase de tipo podía ser alguien que pensaba que aquella muerte había sido un asesinato.

También era una advertencia para mí. Me estaba diciendo: «No te llames a engaño. Te presento porque no me queda más remedio. Pero que lo sepas, dos pases por bajo, y entraré a matar».

Así lo hizo y a continuación me pasó el micrófono y regaló a sus oyentes un gesto de inequívoca repugnancia, como si en mi intención hubiera estado inficionarle con algún miasma. Le prometí

entonces que en las futuras ediciones no se diría que Carrero murió asesinado, sino de infarto, el que le causó la explosión. A mí me parece que la frase dicha allí tenía una cierta gracia, pero por lo que vi a él no le hizo ninguna, porque tenía la mirada baja, escarbando con ella en un punto indeterminado del patio de butacas, escarbando como los toros mansos. Después terminé en cuanto pude, con la esperanza de salir de allí lo antes posible, porque yo era el último en el turno de intervenciones.

Pero como los males nunca llegan solos, hubo coloquio, que forzó nuestro presentador, seguramente para convencerse de que en la soldada entraban los coloquios: «En mi barrio, que era San Blas, festejamos la muerte de Carrero con champán, porque en aquel barrio las bases sabíamos qué clase de sujeto era ese Carrero», empezó diciendo. Un murmullo de asentimiento recorrió el público, pese a ser este tan escaso y disperso en la sala. No supe si todos lo habían celebrado con las bases en San Blas o cada cual en su barrio, con las bases propias. El caso es que no era difícil adivinar de parte de quién estaban. El presentador se dio cuenta y repitió la frase, que arrancó un aplauso de una mujer de unos cuarenta años, un aplauso cerrado, de ella sola. Los demás se volvieron a mirarla y hubo un conato de solidarizarse con ese aplauso. El presentador tomó alas y volvió a repetir la frase casi textualmente, en vista del éxito que había tenido.

Podría llegar a suponerse que en la segunda versión subrayaba la palabra bases, pero no, subrayó de nuevo la palabra ejecución, para oponerla a la palabra asesinato. Siguió hablando, pero yo apenas escuchaba ya y preparaba la manera de responderle, y lo hubiera hecho de no haber oído «a nivel de todo el Estado». Esa frase surtió en mí el mismo efecto que en un boxeador sonado el frasco de amoníaco. Me estremecí un poco, y logré darme cuenta a tiempo de todo lo que estaba pasando, de modo que pude detenerme al borde de aquella discusión violenta que estaba a punto de armarse. Miré hacia mis pies y vi el abismo de las disputas inútiles, di un paso hacia atrás y respiré aliviado.

Todo el mundo tenía fijos los ojos en mí porque esperaban que sacara la faca y allí mismo me pusiera a dar cuchilladas al aire, pero al contrario, dije que todo me parecía muy bien, que estaba de acuerdo en todo, que dónde pagaban y que por mí podíamos todos

salir de una vez a tomar el fresco.

Esto último lo dije mientras separaba mi trasero del asiento, para dar a entender que seguía siendo un hombre de acción.

Y así terminó aquello, de la misma patética manera que había empezado.

Alguien me dijo entonces, saliendo, que el presentador era también novelista. Pensé que quizás fuese por eso por lo que se le veía un poco furioso y dolido, en el papel de Cenicienta. Quién sabe.

Salió el público de la sala y nos quedamos solos los ponentes, que no sabíamos cómo escapar también de allí huyendo, cada cual a su cubil, horrorizados todos de vernos en el papel de hijas de la madrastra.

También creo yo que tenían otra razón para la huida, y era que un acto como ese a todos ellos, con un *caché* alto y prestigio bien cimentado, tenía por fuerza que significarles un desdoro grande. Sobre todo que hubiese testigos. De eso no hay duda. Los escritores, mientras acuden solos a sus conferencias y bolos, mientras peregrinan por los pueblos de la España, mientras no se exponen a los ojos de los colegas, mientras lo que hacen queda sin testigos, pueden contar y aun creerse lo que les venga en gana, conforme a su vanidad o a la encáustica que les preserva de humedades morales, y pueden contarse lo que quieran de lo que les han pagado, los que fueron a sus conferencias, los libros que han firmado, en fin, lo que quieran. Ahora bien, si su poder de convocatoria es de dieciséis personas, cuando vienen precedidos por la leyenda y la fábula, es mejor no salir de casa. En cambio yo prefiero pensar que ninguna de las personas que fueron ayer a la Casa de Vacas lo hizo por mí. También tengo esa fantasía, aunque de orden inverso. Unos se quitan y otros se ponen. Ahora bien, juntarse tres o cuatro escritores para certificar el medio pelo de todo el mundo, no es agradable, y la gente se incomoda. Aunque también se da el caso contrario, escritores a los que todas estas escenas patéticas les dan lo mismo. Es posible. Uno piensa que ser enterrador es un oficio malo, luego habla uno con el enterrador y dice que hay otros oficios peores. Aquí lo mismo. Aunque en ese caso yo debo de ser un enterrador que no se termina de acostumbrar a echar conferencias por ahí, en el oficio denigrante

del charlista.

Desde luego es legítimo ganar cincuenta mil pesetas en una tarde, en un rato, pero entonces a eso podíamos llamarlo de otra manera.

El caso es que antes de salir de aquel lugar testigo de nuestra humillación, nuestro magnífico presentador aprovechó para hacer ostentación de su último y estudiado *beau geste*: fue poniéndoles a cada uno de los cuatro colegas la novela que acababa de presentar de cada uno de ellos, para que se la dedicaran, menos la mía. Los otros cuatro, que se apercibieron de la grosería, se pusieron más nerviosos, y más que pena por mí me dio la sensación de que la sentían por ellos mismos, como cuando se nos hace testigos de una pequeña vejación.

Cuando en casa me preguntaron qué tal había marchado todo, me encogí de hombros y solté encima de la mesa el talón, como quien ha traído un jornal ganado honradamente. Y yo sé que lo había ganado honradamente, aunque el dinero lo hubiera robado alguien a las arcas del Estado. Pero esa es otra historia.

ESTÁ uno en ese punto en que le parece bueno todo lo que no es suyo, solo porque no es suyo. Mañana hay que ir a la imprenta. En otras épocas estos trabajos mecánicos te distraían. Ahora te angustian porque no encuentras nada en ellos que te seduzca, como arreglar un enchufe. Antes lo arreglaba uno y pasaba la luz. Ahora lo arregla uno, y sigue todo a oscuras. Ni siquiera el suspense del calambrazo. Con los años hemos aprendido a no tocar a la vez los dos polos y si por accidente eso ocurre alguna vez, la experiencia no deja de ser algo desagradable y sin demasiada transcendencia.

ES una ingenuidad pensar que los pobres desaparecerían con la distribución equitativa de la riqueza, lo mismo que imaginar que dejaríamos de ser vagos o maleantes si se nos proporcionara una ocupación. Habrá pobres siempre por esa alegría especial de la pobreza, y vagos por la incontenible fantasía que es vagar, andar y recorrer el mundo como el sol alrededor de nuestra tierra, como los muertos alrededor del sol.

EL contento de las brevas. Compramos brevas, cerezas, melocotones tempranos. Esta mañana al observar las brevas, que anoche no quise probar, magníficas, con la piel negra estriada y tersa, maduras, pero sin derramar aún una sola gota de su jugo

azucarado, me entraron unas incontenibles ganas de probarlas, pero una prevención extraña me detuvo ante las puertas mismas del deseo: el temor de una decepción. Era todavía un temor vago que sin embargo vencí. Y al pronto, mientras aún no se había deshecho el primer bocado del fruto contra el paladar llegaron hasta mí sin alteración los años de la infancia, en que tanto me gustaba esa fruta, cuando las brevas eran el mismo sentimiento de libertad, ya que no se compraban en las tiendas, o si se hacía, lo hacían otros, sino que se robaban en las mismas higueras. Y cómo ha sido mi contento al gustarlas y alcanzar el olor del árbol, el arroyo a cuyo pie crecían aquellas otras, el tacto áspero y pegajoso de las hojas y la sensación de peligro, de estar cometiendo una falta y por tanto el placer de poder sumar un secreto a los otros secretos, como bolas de cristal en el tarro de los tesoros.

«LA moda», dice Leopardi, «es la madre de la muerte». Y no es esto exactamente cierto. El parentesco es, en verdad, igual de estrecho, pero invertido. La moda es hija natural de la muerte, y como ella alocada, con dos rostros, ofreciéndote con una sonrisa unos labios comidos por los gusanos.

EN una conversación sobre la Restauración canovista y esta otra bajo la que vivimos, nos surge la duda sobre el día en que entró don Alfonso XII en Madrid, y entonces le digo a A., que es historiador: «¡A ver!». Y contesta: «Ahí están los libros, míralo. Yo lo que sé es que fue el día en que, estando en el balcón para ver esa entrada del príncipe en Madrid, Jacinta se enteró de que su marido le estaba siendo infiel con Fortunata».

Y comenta Jiménez Lozano: «Es cierto. ¿Y cuál de esos dos hechos es ahora más verdadero para nosotros?». *Segundo abecedario*.

NO sé cómo ha llegado, cómo ha sabido mi dirección ni quién es él, pero tales insultos me han dejado un rato pensativo. M., que pasó a mi lado y debió sospechar algo, pues estaba abstraído, me preguntó si ocurría algo anómalo. Nada, respondí. Y cuando al meter la carta en su sobre sin saber si la iba a tirar al cesto de los papeles o me la iba a quedar como monumento a una infamia, observé que el matasellos había respetado casualmente el sello de veintisiete pesetas. Tomé unas tijeras y lo rescaté. Más tarde lo meteré en un vaso de agua templada y el sello se desprenderá

limpiamente del papel, dejando la cola en el agua. Lo pondré a secar y me servirá para una carta mía. Y ha sido toda esa operación, digna del amigo Grandet, la que me ha puesto de un humor excelente. Veintisiete pesetas, me repito, y casi he soltado una carcajada al imaginar la cara que habría puesto el anónimo corresponsal de haber adivinado el colofón a su pequeña bellaquería.

AYER tuve que ir otra vez a la Feria a firmar libros. Fui cruzando el Retiro, desde la Cuesta de Moyano donde compré más y mejores libros que los que podría encontrar en toda la Feria del Libro: un tomo de artículos de Chesterton, *Gracia y desgracia de Castilla la Vieja*, de Carnicer, un tomo de crónicas de Neville, una biografía interesante de Cervantes y un ejemplar de la primera edición de *Automoribundia*, que regalaré a alguien. Y dos números de «El lunes del Imparcial», uno dedicado a Romero de Torres, con colaboraciones de Machado, Ramón y Valle. Lo dejé todo en el coche y me dirigí andando a la caseta. Para ello tenía que atravesar la floresta de castaños y pinos. Antes de hacerlo me encomendé a Baroja, al pie de su estatua, como los toreros delante de los altarcillos donde ponen las estampas y medallas con sus vírgenes y cristos. El lugar donde tienen la estatua de Baroja se ha convertido en el punto de encuentro de los rateros y camellos, y por la noche es mejor no acercarse por allí, si no quiere uno que le saquen una navaja. Es bonito que eso le pase a Baroja, rodeado de golfos y gente de la busca. Al pasar a su lado, tuve la impresión de que Baroja, desde lo alto de la peana, me echaba una mirada, como diciendo, criatura.

No había gente, porque la mañana amenazaba lluvia. Amenazaba y cuajó lluvia. Había algunas personas aquí y allá paseando su misantropía. Otros estaban sentados en los bancos. A persona por banco, lo cual daba una impresión lamentable. Esas personas que van a sentarse a los bancos del Retiro a media mañana parecen todas que están haciendo las últimas consideraciones terribles antes de dejar esta vida. Es como si estuvieran allí a la espera de que una voz interior les arrancara de aquel lugar y les ordenara: «Ea, en pie. Al viaducto».

Me dieron ganas de sentarme yo solo en el primer banco desocupado que encontrara. Y eso fue lo que hice. Iba con el tiempo

justo, pero me senté como los demás. Frente a mí había otros dos bancos, los dos ocupados; uno con una especie de *clochard* que hubiera pasado la noche al raso; el otro era una joven con su semblante desolado. Los dos me miraron y me pareció que dejaban escapar un hondo y desasistido suspiro de solidaridad. Les acababa de llegar otro cofrade del club de los suicidas.

A mí me hacía bien pensar en el nerviosismo de los empleados de la caseta a donde tenía que ir, viendo que me retrasaba tanto. Hasta que después de ocho o diez minutos de silencio y de considerar mi suerte, también yo logré escuchar con toda nitidez la voz interior que me ordenaba: «Ea, en pie. Al viaducto».

Llegué a la caseta, eso, quince minutos tarde. Y fue otra vez enfrentarme a gente que me preguntaba. Unos eran espectros del pasado, otros espectros de lo porvenir. Yo les sonreía a todos, es verdad. Pero por qué quieren ver a los escritores, por qué quieren estrechar su mano. Yo no quiero estrechar la mano de nadie. Si me gustan los leo. Si no, no, cierro el libro y lo mando al librero de viejo. Pero no quiero hacer una cola para llegar delante de un escritor, extender un libro y pedir una dedicatoria, casi siempre insincera y banal. ¿Qué quiere decir toda esta locura? ¿Hay que agradecerle a alguien que se haya gastado dos mil pesetas, de las que uno cobrará doscientas? Estaría dispuesto a reintegrárselas de mi bolsillo. No las quiero. El precio es a todas luces desproporcionado por una sonrisa. Las sonrisas valen mucho más que eso. ¿De dónde se han sacado los escritores de ahora eso de que necesitan el contacto con sus lectores? ¿Nadie percibe lo que hay de hipocresía en todo eso? ¿Puede llamarse contacto a un roce que dura diez segundos, mientras el siguiente en la cola apremia para que le llegue el turno? ¿Cuántos de esos escritores que dicen necesitar de sus lectores como del aire, para respirar, para tomarle el pulso a la vida, tomarían una sola cerveza con ellos? ¿Han oído lo que esos escritores dicen de ellos, a sus espaldas, cuando salen de esas casetas y se reúnen con sus colegas para beberse su *whisky*? ¿Saben cómo les desprecian? ¿Saben cómo les motejan de pelmas? ¿Saben cómo se ríen de las cosas que les dicen, de la seriedad con que se las dicen, de la angustia con que se las dicen? ¿No saben que el escritor acude a la feria no a estar con ellos, sino a utilizar su número, sumarlo al de otros, y arrojárselo a la cara a su rival? No,

no saben nada de ello. Pero yo se lo he oído decir, incluso a los demagogos, a los que precisan el baño de multitudes como los dictadores y levantar en brazos a todos y cada uno de sus lectores, como el dictador que levantaba en brazos a una niña rubia antes de ordenar la invasión de Polonia. ¿Qué saben los lectores de mi vida, de las cosas que pienso en realidad, de las palabras que me gusta oír, del tono en el que quiero escucharlas? ¿Saben acaso de qué modo me molesta esa camisa pretenciosa, o ese perfume, o ese peinado, o esa conversación, o esas ideas? ¿Saben hasta qué punto me veo humillado teniendo que sonreírle a todo eso, a la camisa, al tono, a la idea vulgar, al perfume que tanto me hostiliza y anonada, a mí mismo, viéndome ahí, sin el valor imprescindible para salir huyendo? Todo lo doy por supuesto. Si les ha gustado el libro, se lo agradeceré lo mismo si no me lo dicen. Tampoco quiero que me digan lo contrario. A mis lectores no los puedo elegir, pero quiero poder elegir a mis amigos. Sería un hipócrita si tratara de convencer a los lectores de que son mis amigos. Si lo son, me los encontraré, pero no en una caseta de la Feria del Libro. Sería mucho más fácil encontrar novia y mujer en un burdel que buscar un amigo en cualquiera de esas casetas. Soy una persona amable, me parece. Incluso simpática. Si me llevan a firmar libros, sonreiré, pero se llevarán una idea falsa de mí. Pensarán que soy amable. ¿Cuántos de esos lectores a quienes firmé un ejemplar de mi libro saben la enorme tortura moral que estaba suponiendo para mí poner en el libro «A fulano de tal, con la mayor cordialidad»? ¿Sospecharon siquiera que estaba a punto de echarme a llorar, desesperado, aniquilado por toda esa farsa? ¿Habrían podido adivinar en mi sonrisa la desolación absoluta en la que me encontraba? ¿Me la habrían evitado, si hubiese estado de su mano? Podría hacerlo en otro lugar. No me gusta, pero podría hacerlo. Ahí no. Ante la vista de todo el mundo. Las dedicatorias nacieron en un momento de la historia. Son hijas del romanticismo, cuando se pensaba que los escritores pertenecían todos a la misma hermandad. Empezaron los escritores dedicándose sus libros entre sí. Luego quisieron las señoritas que los poetas con cuyos versos soñaban estampasen su nombre en álbumes y abanicos. Después fueron los poetas los que se lo dedicaron a las madres, para obtener los favores de las hijas. Fue el paso del romanticismo al naturalismo. Y hasta hoy, en que los

grandes almacenes organizan firmas con escritores que no tienen inconveniente en pasar dos horas ante colas de trescientas personas que se llevan unas palabras garrapateadas y una rúbrica indescifrable.

No. Imagina uno sus lectores como uno mismo. No quieren ir a parte ninguna, no quieren hacerse cómplices de nadie, más que en el salón de su casa, leyendo un libro. Tal vez luego en la calle, recordando por un momento un pasaje de la lectura, como nos alcanza una ráfaga del viento, piensen en uno. Le tienen a uno en las páginas impresas. Alguna vez algún lector me ha parado en la calle y me ha saludado. Y eso, en cambio, se lo he agradecido, porque éramos los dos unos desconocidos. Todo lo demás es parte necrosada de la vida. Uno solo es lo que escribe. El resto es la casa de uno, su mujer, sus hijos, su vida cotidiana, el silencio de donde salen esos libros que tanto dicen admirar. ¿Quieren los lectores acabar con la vida rutinaria del escritor, para que deje de escribir? Visto desde ese ángulo podría cobrarles cierta simpatía. De no ser así, para qué mirarnos a los ojos si no tenemos nada que decirnos.

Por eso me he hecho el juramento de que nunca más volveré a ninguna feria para firmar libros. Por ahora ya está bien de charlotadas. Y lo escribo como aquellos que se ligaban a un voto, pues si acaso he de ser débil, que me acuerde de estas líneas, y su memoria me ayude a ser fuerte, que es ser mejor. Y si la vida me lleva de nuevo a una caseta de feria, apiadaos de mí, no por no haber sido fuerte para decir no, sino por seguir siendo un hombre débil que tiene que decir sí.

A VECES, en momentos de hiperestesia y en el completo silencio de la noche, llega uno a *oír* la luz de la bombilla de la lámpara de la mesa donde trabajo. Se oye *trabajar* la luz en el filamento, como un mínimo gemido, como si alumbrar fuese el efecto de algo doloroso, sacar a la luz la misma luz, desde el útero de la tiniebla. Sí, se oye, ahora, y eso, oír la luz, me parece algo poético, como oír luciérnagas, como sentir sobre el corazón mismo el latido de la tierra en el instante en que un copo de nieve alcanza el suelo o en el que un grano de trigo rompe y germina.

ESE escritor habla a todas horas de una sociedad civil, una moral civil, una conciencia civil, pero su prosa es empastada, ampulosa, litúrgica, como la música de un órgano, plúmbea como

sus tubos, como el sermoncico del canónigo.

SI al menos hubiera tiempo para conocer el origen de este desorden. No pide uno tiempo para ser feliz. Se contentaría solo con saber por qué no puede serlo.

NIETZSCHE comenzó a escribir su primer diario, *De mi vida*, un día de Navidad. Son anotaciones de un joven, pues escribe en 1856. Tiene catorce años. Sin embargo hay algo emocionante en ellas. Al saber cómo acabó, cuál fue su final de locura y soledad, vamos leyendo esas páginas que solo escribió un muchacho buscando en ellas los indicios que habrían de llevarle a ese trágico fin. Así ni estas páginas mías ni las de cualquier otro que escriba su diario se entenderán hasta que haya muerto, cuando el lector pueda completar la peripecia de una vida, algo que ni uno mismo puede sospechar mientras escribe, pues en una novela como la vida los finales son primordiales, tanto si son extraordinarios como si no.

A LA Ley no le interesan los principios ni las causas, solo los desenlaces o finales, a diferencia de la literatura, para la que estos son irrelevantes. Por eso hay siempre dos clases de escritores: los que disponen en sus libros todo de acuerdo a los finales y quienes indagan continuamente en el principio, quienes trabajan para la Ley (mecánica, orden, ciencia), como Flaubert, o quienes trabajan para la literatura (vida, deseos, sueños), como Proust.

«EL escritor que no sabe escribir de sí mismo es incompleto», afirma Gombrowicz en uno de los tomos de su diario. Esta clase de anotaciones, por muy exactas que pudieran ser, y no es el caso, deberían estarle vetadas por obscenas a quien escribe un diario.

ALGUIEN que se cree mucho, nos decía el otro día G., no puede ser vanidoso. El vanidoso es quien se sabe poco y quiere hacerse pasar por lo que no es ni vale.

EL elogio es aún más desagradable que la crítica que nos censura. Con esta uno está excusado y puede irse. El elogio parece que te obliga a quedarte, de la misma manera que resultaría una grosería levantarse de la mesa cuando vas ganando. De hecho aceptar un elogio es, muchas veces, franquear un umbral peligroso, como cuando aceptamos la invitación de alguien a quien apenas conocemos a pasar una temporada en su casa, entre los suyos, asistiendo al espectáculo de sus comidas, sus veladas y su intimidad.

«INDIFERENTES a la vida como a la muerte, a los lacedemonios

solo una cosa importaba: vivir y morir con dignidad». Vienen conmigo en pequeño volumen los escritos de Beethoven, aunque le sirven a uno de poco, si todavía nos escuecen los aguijones de las cotillas. Pero tiene uno derecho a querer ser mejor. Es lo único que puedo leer en estos viajes tan cortos, cuando tan difícil le es a uno vivir con dignidad, sin tener que avergonzarse de ese papel que si bien no lo has elegido del todo, lo has aceptado interesadamente.

RESULTÓ una de las tardes más hermosas de estos últimos meses. En muy pocos minutos logré olvidarme de la razón por la cual estaba allí. Ya no me acordaba de nada, solo de que yo mismo podía ser otro. Fue empezar a callejear y olvidárseme todas estas mortificaciones de los tres últimos meses. Era como otra persona, que había llegado a esa ciudad no se sabe muy bien por qué razón.

No conocía Santiago. Tengo treinta y nueve años, pero no conocía Compostela. ¿No es absurdo entonces cualquier pretensión? Deberían prohibir que nadie escribiera novelas si antes no ha conocido Santiago.

Pasé toda la tarde zurciendo el viejo barrio de un lado para otro, muy despacio, con las manos en los bolsillos del pantalón, sin pensar en el tiempo que pasaba ni en nada. No pensaba en mí, en nadie, ni siquiera en ti. Pedí, me acuerdo, al señor Santiago que nos lloviera un poco, pues el aire estaba cargado de eléctrico bochorno y nos hacía falta un chaparrón de verano, y el señor Santiago llovió de allí a un rato. Luego volvió a salir el sol entre nubarrones barrocos de color azafrán y color oro. Los curas que iban por la calle, con su sotana negra, entraron en sus casas y salieron con los paraguas negros abiertos, como los *chovendo*. Cuando salió el sol, entraron de nuevo en sus casas, dejaron los paraguas, y siguieron su paseo. Eran como figuras de un carillón, de esas que salen por una puertecilla, hacen un recorrido circular, saludan al público y desaparecen.

Es una ciudad preciosa, pero muy triste, y dulce también, recuerda esos jarabes espesos y almibarados que curan los catarros.

Debajo de unos soportales descubrí una librería de viejo. No sabía que había librerías de viejo, de modo que me alegró doblemente el hallazgo, y entré en ella buscando Dios sabe qué otro jarabe para qué otros catarros. Incluso encontré dos libros de Valle-Inclán y otro de Alfonso Reyes, editado por Tezontle. Me habría

gustado que los libros hubiesen sido de otros, pero me alegré como ese cazador que se conforma lo mismo con una becada que con una tortolica. Los dos libros de Valle es lógico que estuvieran en Compostela, incluso no deberían haber salido nunca de Compostela, pero ¿el de Reyes? ¿Qué habría venido a hacer a estas tierras húmedas y sombrías desde México?

Durante el tiempo en que permanecí en la librería no entró nadie. La librería, a media tarde, tenía que valerse del encendido eléctrico, pues sin él no se veía nada, metida como estaba bajo los soportales.

Mientras buscaba, la librera me dejaba hacer con una de esas indiferencias que con tanta propiedad se llaman perfectas, de lo cual deduje que no era ella la librera, sino todo lo más la consorte.

Y así fue. Al preguntar el precio de las piezas cobradas, me dijo que debería esperar a que llegara su marido. La mujer, de unos cuarenta años, tenía un buen bigote negro, que a pesar de afeitárselo, le sombreaba todo el bozo. Pero sonreía y era feliz, llena de redondeces, cara, busto, brazos. No dejaba de comer pipas un solo instante. Lo hacía con gran maestría, como hacen los loros y las aves del trópico. Yo le pregunté si el marido iba a tardar mucho, y me respondió que no. Uno frente a otro, yo en silencio y ella mirándome con una sonrisa seráfica, sin dejar de comer pipas de girasol, con movimientos precisos, mecánicos, exactos. Cogía una en la mesa, se la llevaba a la boca, tras, la vaciaba de contenido con la punta de la lengua y depositaba las cáscaras en un montoncito, llevándole toda la operación dos o tres segundos a lo sumo. A un lado las pipas y al otro las cáscaras. Entonces, viendo que tardaba, inicié un movimiento audaz, que fue decirle que si iba a tardar mucho dejaba los libros y me iba. Eso era mentira, porque no iba a soltar aquellas piezas después de haberlas cobrado, pero quería forzarla a que fuese ella la que les pusiera el precio, ya que eso a todas luces me favorecía, pues con aquel aspecto, juzgando el tono de la librería, aquella mujer no se habría creído que cada uno de los libros de Valle-Inclán valía quince o dieciséis mil pesetas cada uno. El misterio era descubrir si el marido lo sabía también. Llegó en ese preciso momento y todo mi gozo quedó desbaratado. Inspeccionó los libros que le mostré. Los acogió con una amplia sonrisa. Me dijo, ah, amigo, primeras ediciones. Yo pensé entonces que no había

nada que hacer, y que tendría que abandonarlos a su suerte con cierto dolor de corazón. Se tomó sus buenos dos minutos para tasarlos, se los pasaba de mano en mano, me miraba la cara, miraba el libro, miraba al techo como haciendo complicadas operaciones mentales de lo que le habían costado, de lo que podían valer y de lo que podría sacarme. Son libros caros, concluyó de pronto. Yo sonreí de una manera idiota, como si no entendiera de lo que me hablaba. Comprendí que quería sondearme. Al fin se decidió y me preguntó tímidamente si me parecían demasiado caros uno por ochocientas pesetas, otro por mil trescientas y trescientas por el de Reyes. Se veía a todas luces que esos precios le parecían a él un robo manifiesto, pero me limité a sacar el dinero, sin modificar un solo músculo de la cara. La mujer y él se miraron de una manera significativa. Estaban convencidos de que quizás hubiera sido mejor pedirme menos, porque a ellos mismos les repugnaba el volumen del robo. Comprendí que era una mirada de lástima por mí, una pena sincera, arrepintiéndose de su mala acción ya mientras la estaban cometiendo. Mentiría si no confesara que se me espumó el ánimo, aunque ya en la calle me pregunté para qué había comprado esos libros que ya he leído, que no voy a volver a leer en mi vida y que ya tengo en mi biblioteca. Y algo como la tristeza me arropó el ánimo. Pero no quise pensar más en ellos, como tampoco quería pensar en todos los defectos que impiden que uno no acabe de levantar el vuelo de las cosas de este mundo y vuelva, como las moscas, a las mismas cosas fermentadas por los viejos hábitos.

Me quedaba todavía buena parte de la ciudad que ver, así es que coloqué el paquete de libros en un extremo del paraguas, como atillo de vagabundo, y seguí mi lento peregrinaje.

Llevaba ya andadas dos horas cuando, hacia las nueve, llegué a la catedral y me colé dentro.

No había en la muy metropolitana iglesia ni una sola persona. Se oían pasos aquí y allá, pero no se veía a nadie, sonaban siempre detrás de una columna, por entre las sombras del aire, incluso se oían murmurios, pero no se lograba ver a nadie.

Era todo de un penumbrismo generalizado y contundente. Por fin descrubrí, de rodillas, a dos mujeres, postradas una muy lejos de la otra. Llevaban las dos un velo negro y estaban muy absortas en sus devociones.

Yo me senté en un banco negro. Toda la iglesia olía a piedra mojada y a incienso frío. Me habría gustado también rezarle a alguien, porque el corazón a esas alturas de la tarde había madurado ya de tristeza y de silencio. Pensé en ti y hube de suspender los pensamientos, porque noté síntomas de recaída. Pensé en R., en G., y al punto hube de abandonar también esas ensoñaciones, porque imaginé que de tenerlos conmigo hubiera tenido que renunciar a aquel silencio, graso como una pomada, benefactor como un bálsamo. Y luego aquel olor, cada vez más intenso. Iba entrándome el frío por los huesos, ese frío de las iglesias que en vez de curarte la tuberculosis, te la despierta o te la subleva, si acaso ya la tenías. Pero no me importaba, hasta me gustaba ese olor a siglo XIII.

Pasaba el tiempo muy despacio. Primero se fue una de las mujeres de negro. Luego la otra. Y me quedé solo. Después entró una chica, rezó lo suyo, algo breve, y desapareció también. Allí estaba yo, mirando, esperando no sé qué. Poco a poco fue el alma cerniéndoseme de toda impureza y a mis pies noté, como serrín, el salvado del tiempo. Y fue como volverme espíritu puro, pero oscuro, muy sombrío también. Cuando noté el benefactor efecto de la soledad, nada me pesaba. Y entonces me levanté del banco y me dediqué a mirar la catedral por dentro, capilla por capilla, como un viajero que hubiese llegado de muy lejos. Todo lo encontraba muy apropiado, quizás porque venía yo de muy lejos, desde la misma muerte, tal vez de mucho más lejos. El altar mayor me pareció una mezcla de relicario y castillo de galeón, con el santo Yago en el medio, fosco y monumental, con esa extrañeza que se les pone a todos los mascarones de proa, que terminan estrábicos de mirar tan fijamente cómo les rompe el mar en las mismas narices. No pude en cambio ver el Pórtico de la Gloria, vedado con barreras, andamios y plásticos oscuros que lo ponían a salvo de los indiscretos. Tenía todo el aspecto de una tramoya. Dentro se oían las conversaciones de los restauradores. Por la hora que era no podía tratarse de obreros, sino de gente cualificada, porque el obrero a las seis en punto o a las siete en punto, deja las cosas como están y se va, como le aconseja su sindicato, así se hunda la catedral. No sé por qué pensé que quizá estuviera allí dentro X, mi amigo el restaurador de catedrales, pero no me atrevía a saltar entre los andamios para

preguntar por alguien que ni siquiera sabía si estaba trabajando allí.

En uno de los confesonarios, con las puertas entornadas, se veía la luz de una bombilla, una bombilla de muy limitado voltaje, como las que usa el librero de Valladolid, y vi a través de la celosía a un cura cuya calva relumbraba bajo la lámpara que pendía de un hilo. Estaba leyendo el breviario. Lo que entreví de su cara no me gustó. Hacía también muchos años que no veía yo a ningún cura en el kiosco de la penitencia. Pasé de largo. Quizás me hubiera gustado que una fuerza exterior me hubiese arrancado de mi agnosticismo para arrojarme de rodillas allí mismo. Una conversión en toda regla, en una iglesia tan historiada como la de Santiago, debe de ser algo magnífico, como enamorarse de una joven. Pero yo no tuve esa suerte. Está uno ya muy encallecido, se conoce.

Cuando salí, atardecía de verdad. Era un atardecer atlántico, que empañaba de vaho los montes verdes que circundan el viejo burgo. A pesar de haber echado unos céntimos en el limosnario de la cripta donde guardan sus huesos o los de un apócrifo, Santiago podía haber llovido algo más, porque uno tenía ese antojo. Pero ya no llovió. Al contrario. Un sol de plata daba tras las nubes unos tenues reflejos sobre la fachada del Obradoiro. Los últimos curas de negro daban la última ronda, andando muy deprisa, nerviosos, mirando hacia atrás, como si huyeran del mismo diablo. Atravesé la plaza medio vacía. En un extremo, un muchacho del conservatorio tocaba con su clarinete un aria de Mozart. Era un timbre afónico y apagado, pero envolvente y evocador, oído también como entre calimas sin contorno.

Luego me senté en el banco de piedra corrido que se extiende junto al Hostal de los Reyes Católicos. Junto a mí vino a sentarse también una mujer de pueblo, vieja, vestida de negro, con medias negras y zapatillas negras. Llegó perseguida por el cansancio. Sus pies no le llegaban al suelo y jugaba con ellos cruzándolos y descruzándolos. Y en ese movimiento había algo de la niña que fue, ya olvidada. Cuando creyó que había descansado, se levantó y se marchó como había venido, con grandes movimientos de cadera, como si tuviese una pierna más corta que otra. A ella le estará seguramente esperando en alguna parte una luz hospitalaria, también de voltaje reducido, pero hospitalaria.

Y aquí estoy yo, en este banco, anotando todas estas cosas sin

que sepa muy bien para qué las anoto. Bueno, sí, para ese momento en que a mí también se me quede una pierna más corta que otra. Dentro de un rato, aunque yo no haya descansado como ella, también me levantaré, para meterme en la habitación 608 de mi hotel, El Peregrino, que es seminuevo y horrible, y está en unas afueras que podían ser de Santiago de Compostela, de Burgos o de Astorga.

Aunque antes procuraré demorarme aún un poco por estas calles y pensaré en cosas tristes de las que alegran el corazón, removeré las ascuas del amor y sin llover y sin llorar, yo mismo viajero de ninguna parte a ninguna parte, etc., etc., etc.

PUES no. Ayer no me fui al hotel, como había decidido, sino que seguí errabundeando durante una hora. Me resistía a recogerme temprano y en Santiago como no ligues a un canónigo es muy difícil todo lo demás.

Cuando me cansé me senté en la terraza de un barcito de la Rúa Nova, y desde allí me entretuve en curiosear las mercancías de los vendedores ambulantes de baratijas, cinturones y pañuelos de gasa, que habían puesto su buhonería enfrente y al lado de mi silla.

Faltaba muy poco para que se hiciera de noche. Frente a mí, a menos de dos metros, el cura párroco de la iglesia de Santa María Salomé despedía a dos beatas. No parecía, sin embargo, que estuviesen flirteando. También iba vestido con sotana negra y llevaba el pelo alborotado y sucio. Era un cura viejo. Cuando acabé mi cerveza, me levanté y me metí en un teatro que estaba allí mismo, en el portal de al lado. Tenía un nombre que me pareció bonito: Salón Teatro. No sé cómo empecé a sentirme triste de veras, no con la tristeza que le pone a uno contento, sino con la otra, con aquella que nos desespera sin darnos a cambio nada, ni sabiduría ni resignación, y de pronto me encontré el corazón lleno de ansiedad, que se hubiera llenado sola, goteada de no sé dónde.

El Salón Teatro lo habían convertido en un cine. Me puse a hacer cálculos. Hacía lo menos veinte años que no entraba en un cine solo. Saqué mi entrada en una de las taquillas que tenían un frente de madera tallada, lo que le daba también un gran parecido con el confesonario o con las ventanillas de los ferrocarriles antiguos.

Todo el cine por dentro era de una moda vieja, desusada, de

hacia 1930, con ese racionalismo berlinés o suizo que les llegó ya extenuado por un viaje tan largo que apenas pudo imponerse al modernismo aborigen que en su día había hecho un viaje no menos agotador desde Viena o París, o ni siquiera, desde la Pedrera, en Barcelona. Así, pues, era un cine de estilos trotados, indefinidos, espurios. Lo normal es que esos cines hayan desaparecido todos, uno tras otro. Todo el suelo era de tarimas de pino, muy blancas, de haber sido lavadas incontables veces con lejía, y estaban sembradas de peladuras de pipas. Se conoce que en Santiago son grandes consumidores de esas semillas. Era una alfombra tupida, de las sesiones de muchos días, quizás semanas, como si nadie se hubiese tomado la molestia de quitarlas de allí.

La sala estaba vacía y el aspecto era desolador. No había literalmente nadie. Era un local pequeño. No creo que tuviese capacidad para más de trescientas personas, si acaso. Empecé a temer que si no venía nadie quizá me devolvieran el dinero y me echaran a la calle, y esa posibilidad me llenó de zozobra y angustia. Por nada del mundo habría querido verme fuera. Quería estar con alguien, aunque estuviera solo, como allí. Mientras tanto di en imaginarme los mítines que habrían tenido lugar en ese sitio, las derechas gallegas, el menguado partido galleguista, los republicanos de Lerroux… Algo de todos los idearios no cumplidos, de todos los fracasos, de todas las mentiras e ilusiones se había quedado en las paredes.

Apagaron las luces y empezó, sin *nodo* ni anuncios, la película, *Tomates verdes fritos* o *Tomates fritos verdes*, ya no recuerdo. Cuando la proyección llevaba cinco minutos se oyeron unos pasos que avanzaban con aplomo por el pasillo central, resonando con escándalo en las tablas de madera, rompiendo las cáscaras de las pipas y pisando los papeles de celofán de los caramelos.

La película era bien triste, y daban ganas de llorar y disolverse de una vez por todas en las penas del mundo.

Cuando terminó salimos las tres personas que habíamos estado parapetadas más que sentadas, y lo hicimos con la cara acontecida, a tono con el final del drama, y dimos las buenas noches al acomodador. A mí me entraron ganas también de subir a saludar al proyeccionista, estrecharle la mano, preguntarle por la familia e invitarles a todos al bar de la estación a un pepito de ternera y un

jarro de cerveza, a la espera del primer tren correo que pasase para arrojarse a continuación entre sus ruedas. Pero tampoco. En cuanto salimos a la calle, cada cual tiró para su lado y a los dos minutos yo estaba solo de nuevo. Regaban con una manguera y hacía la patrulla un coche de la policía, con las ventanillas bajadas, muy despacio, el conductor con el codo por fuera, como si fuese de paseo en una carroza.

Bajé andando hasta el hotel. Al cruzar la alameda me brotaron pensamientos sombríos de que me atracarían y me robarían los dos valleinclanes. Entonces no sé cómo casi deseé que ocurriera algo así. Ya no se veía el coche de la policía, que había torcido para otro lado con el fin seguramente de facilitar que me asaltara el caco, pero en vez de salirme de la parte oscura y tenebrosa del paseo, hacia la parte iluminada por las farolas, seguí en la vereda de los forajidos. Paseaba su perro un noctámbulo. Oí, a lo lejos, las campanadas de los cuartos. Casi la una. En la puerta del hotel me tropecé con dos hombres jóvenes, trajeados, que venían con una buena cogorza. Al entrar, se irguieron e hicieron el esfuerzo por parecer honorables y estrictos. Venían con una chica que tenía todo el aspecto de ser del alterne, aunque se tomaba el oficio con seriedad, porque ni siquiera hablaba, tampoco sonreía, se limitaba a seguirles a través del vestíbulo. Subimos en el ascensor los cuatro, muy serios. Me bajé yo primero. Entonces oí a mis espaldas, en cuanto se hubo cerrado la puerta del ascensor, una explosión de risas de todos ellos, represadas hasta ese momento por las apariencias. ¿La compartirían? ¿Se lo harían a la vez? ¿Les cobraría lo que dos servicios por separado, o más, por el número?

A la mañana siguiente subí temprano a la ciudad vieja para dar el último paseo y tratar de llevarme un poco de la poesía de estas calles. Hay algo en ellas que crece en silencio, como el musgo, como el verdín que nace del granito. Y aun dentro de la piedra, algo que es de agua, y de cielo, y de un aire tibio y marino. Y se vuelve uno aquí un peregrino, y querría regresar a alguna parte, a una patria remota, pero en el finisterre no se sabe si es principio o fin de qué vida. Y eso fue lo que iba buscando, algo que me pareció que se me había escapado por completo. Como un estado del alma. Primero la sensación de placidez, al encontrarme solo, por la tarde, paseando. Poco a poco la melancólica certidumbre de que me hallaba solo, y

después, la seguridad, la angustia de que quizá lo estuviera ya para siempre, algo muy próximo a la muerte. No una muerte literaria, sino la otra, la de morirse y desaparecer sin dejar rastro ni memoria de nuestro paso por esta tierra.

Desayuné en un viejo café en el que se encontraban algunos aldeanos. Luego subí lentamente por la Rúa do Vilar. Había joyeros y plateros muy lustrosos a la puerta, esperando los primeros clientes, esos que vendrán de una aldea vecina a encargar una alianza o aquellas dos mujeres de Flandes que a modo de gorro llevaban un plástico impermeable atado de cualquier manera, y que miraban indecisas uno de los escaparates congestionados de bandejas repujadas, trofeos deportivos y una batería de botafumeiros en todos los tamaños, alguno de los cuales terminará, en efecto, encima de un encaje de Malinas, sobre el televisor.

Entré todavía en dos o tres librerías, que debieron ser modernas también hacia 1930. Pero estaban vacías, sin existencias, con los estantes llenos de polvo. Era un espectáculo lamentable. Vendían únicamente cuadernos escolares, almanaques, misales del rito romano y unas docenas de *bestsellers* de hace dos o tres años.

Luego fui a sentarme un rato en la plaza de la Quintana. Desde donde estaba veía sobre la piedra el nombre de José Antonio Primo de Rivera y la cruz que le pusieron. Algún día habrá que ir por todas las iglesias de España borrando los *¡presente!* y los *¡Arriba España!*, y el nombre de todos los caídos, hasta no dejar uno solo. No habrá más remedio. Claro que eso es una cuestión que solo incumbe a las iglesias. Si quieren poner esos nombres es asunto suyo. Pero en caso de que decidan seguir con ellos, debería obligárseles a los curas y obispos que los pusieran dentro, en los muros interiores, por la misma razón que a las revistas de pornografía no se les permite poner cochinadas en las portadas. Y en toda esa exhibición de la victoria y la muerte de todos esos hombres hay algo pornográfico. Inadmisible también compensar las listas poniendo a los caídos del otro bando. Porque entonces se pasaría, una vez más, de la pornografía al bestialismo. Las paredes de las iglesias góticas no están para escribir en ellas el listín telefónico, sin considerar lo que eso tiene de agravio comparativo para los muertos de las otras guerras civiles pasadas, o venideras.

Desde donde yo estaba se veían también los muros del convento

de San Payo. Miré buscando la ventana desde la cual se cayó una vez un estudiante de medicina que fue a robar una novicia, y se mató. De ese en cambio estaría bien que pusieran el nombre en el muro, porque es una historia bonita y para recordarles a las novicias que no deberían desesperarse.

No hacía sol, tampoco llovía, pero brillaban las piedras de una manera extraña. Es tal la exuberancia de ese clima que sobre el granito crecían a veces unas hojas verdes y carnosas como las lechugas, y jaramagos llenos de flores amarillas, como ramos de novia.

Era la hora en que iban abriendo los comercios, la fábrica de paraguas, el guarnicionero, que se veía que los curtidos ya no le daban dinero y había tenido que dar paso a las maletas de guaflex. Este era un comercio bonito, con su carácter antiguo, como un negocio para un poeta como Pessoa o Alonso Quesada. Según se entraba había a un lado una oficina vieja, separada del resto por una mampara de madera y cristal, con un par de ventanitas en forma de tablas de Moisés, que me recordó mucho las taquillas del cine de ayer. Seguramente las hizo el mismo carpintero modernista. Cuando llega a esta tierra un cantero, un albañil, un artesano, ya no lo sueltan y lo ponen a hacer de todo.

Al pasar por delante de una imprenta se oía el quejumbroso traqueteo de la minerva, como el motor de un barco.

Había también un gran número de tiendas de ultramarinos, con sus estanterías de madera y el género colocado con el mismo orden y mimo que si fuesen los libros de la biblioteca Vaticana, como no lo estaban en las librerías, y muchas pastelerías, por todas partes, llenando las calles de un olor a almendras amargas y a azúcar en polvo. Se conoce que en las capitales de provincia están todo el día comiendo pasteles, a falta de nada mejor. Tenía también la sensación de que todas esas tiendas, la próxima vez que vuelva, habrán desaparecido, la cestería donde vendían tablas para lavar la ropa en los arroyos, tablas onduladas como las que copiaba Brancusi, y los cestos de corteza de castaño, y las alpargatas de esparto. Y la taberna en cuyo rótulo había un pulpo mal pintado, y la otra que tenía en una exigua vitrina expuesta a la calle dos guindillas secas, tres cabezas de ajo y un pez con la piel reseca y dos ojos llenos de espanto de lo que seguramente había visto en

cuanto lo sacaron del agua.

En una esquina de la plaza de Quintana vi a un músico pelirrojo, con barbas, que le daba vueltas a la manivela de una zanfoña. La gente se paraba a oírle, porque lo hacía muy bien. Parecía salido de un cuadro de Franz Hals, la misma cara, la misma barba colorada, las narices anchas, la piel blanca salpicada de pecas, los ojos líquidos y azules como el agua de una fuente. Sería un hombre de cuarenta años, un peregrino, con la venera cosida a la camisa. La gente le echaba unas monedas pero le costaba irse de allí a sus obligaciones, porque aquella música tenía algo de encantatoria y materna; quizá lo primitivo.

Cuando quise darme cuenta, se me había hecho tarde. Corrí hacia el hotel para recoger mi equipaje e ir al aeropuerto, pero de pronto, de manera inesperada, me tropecé con X, el restaurador de catedrales, que me contó que llevaba tres días restaurando el Pórtico de la Gloria. Le dije que lo sabía porque les había oído hablar por la noche, aunque yo creo que no me creyó. También le informé de una manera atropellada que no podía entretenerme ni un solo minuto porque iba con el tiempo justo. Entonces él se negó en redondo a que tomara ese avión, me llevó a una oficina de Iberia y allí mismo hizo que cambiaran mi vuelo. A los dos, solos en aquel pueblo, nos había producido el encuentro la euforia de toda alegría inesperada.

Fue desde luego una de las decisiones más providenciales, y no porque el avión que iba a ser el mío se estrellara, sino por lo que vino a suceder en las horas siguientes.

Me llevó de nuevo a la catedral. Los dos guardias municipales que estaban en la puerta le saludaron como hacen en las capitales de provincia a las autoridades. Aquel saludo me llenó de contento, porque de haberme marchado no habría sabido lo que se siente cuando le saludan a uno dos guardias gallegos, aunque soy consciente de que el saludo no me lo hacían a mí. Pero sentí también la alegría de ser el alférez de un hombre importante y comprendí de golpe por qué todos los que salen en los telediarios, un paso por detrás de primeros ministros, presidentes, ministros o gobernadores, tienen todos esa cara de felicidad y la alegría con la que corren a recoger el abrigo que se quita su jefe o a llevarles las pesadas carteras.

Me hizo pasar mi amigo entre los cortinajes de plástico y los tubos de los andamios para mirar el Pórtico. Se encontraban allí dos mujeres con batas blancas y un bisturí en una mano y una lupa en la otra. Se acercaban a la piedra como al hígado de un paciente, lo raspaban incluso con más delicadeza, y guardaban esos cálculos de piedra en unos sobres de color crema. Estaban sacando pruebas de las encarnaduras. El Pórtico estaba encofrado por completo con andamios, de modo que pude subirme a uno de ellos y mirar de cerca aquellas figuras agrestes y rudas, con Santiago, el Pantocrátor y toda la corte celestial. Eran figuras como talladas por alguien solo con el oficio a medias, y tomadas una a una, aisladas, producirían escasa impresión o una impresión penosa, ya que no eran más que trozos inexpresivos de piedra. Muchas esculturas del románico es lo que no tienen, su barbarie, su carácter elemental, como esas figurillas que se venden para hacer los belenes. Como a las figuritas de Belén no se les podía pedir a aquellas esculturas del Pórtico emociones, sentimientos, ni siquiera la belleza del cuerpo. Casi se diría que no tienen alma. Ahora, juntas, formaban un conjunto admirable, como esas polifonías antiguas que se sostienen únicamente en la voz. Emocionaba de ellas saberlas depositarías de una fe y unas vidas extraordinarias, las de todos los peregrinos que han llegado hasta ellas desde los confines de la Cristiandad.

Imaginaba lo que sería un lugar como ese hace solo ochenta años, antes del *boom* del turismo. Un día de lluvia, un corto día de invierno, los soportales de techo tan bajo, las calles estrechas, los comercios angostos y profundos, las bombillas avaras de los curas. Cuando se ven las fotografías en blanco y negro en las guías antiguas de Otero Pedrayo, en la de Castroviejo, en los libros de Cunqueiro, se le encoge el corazón a cualquiera, del tenebrismo levítico de la localidad. Y escuchar la lluvia perpetua sobre las losas que empedran las calles, todo el día, lenta y suave, interrumpida cada hora por las campanadas graves de las iglesias y los conventos, percutiendo en un cielo blando y gris de plomo, y así un día y otro día… Dejémoslo ya porque me estoy deprimiendo yo solo.

Luego me preguntó mi amigo si quería subir y ver los tejados de la iglesia. Me mostraba encantado, como si me fuesen sacando postre tras postre. Yo jamás había visto el techo de una catedral y no sé si eso sirve para nada, pero me dispuse a no dejar un rincón

sin escudriñar, porque no sabe uno nunca si no va a escribir uno alguna vez una novela en la que al final alguien suba a una iglesia y se tire desde el campanario, como esa película de Alfred que tanto les gusta a los cinéfilos, *Vértigo*, esa tragedia que es de risa, y que no se sabe si les gusta porque es tema de iglesia o por qué otra razón.

El caso es que tuvimos que salir de allí para buscar al sacristán que tenía las llaves en unas dependencias anejas. Lo encontramos al fin en una especie de sacristía abandonada. Era un hombre de mala catadura, que olía a incontinencia urinaria todo él, como si fuese prostático y se le manchasen los pantalones cada media hora.

La sacristía era en realidad una lonja de cincuenta o sesenta metros de largo, en una de cuyas paredes había, corrido, un armario de eso, de cincuenta metros de largo, con todas las puertas abiertas de par en par, como las ventanas que tenían enfrente, y los cajones sacados, y de los cajones puestas como a secar las más variopintas vestiduras y objetos.

El hedor de aquel lugar era grande, que producía mareos, y la humedad alta y sofocante, de país del trópico, y no celta. Nos contó el viejo que aquello tenía que hacerlo una vez al año, por orden del canónigo responsable, pues de lo contrario, de no orear el patrimonio, todos aquellos damascos y brocados, casullas y mitras, se terminarían pudriendo. Comprendimos que lo que le había puesto de mal humor era la orden del canónigo y tener que trabajar.

Tenía mucho el lugar de una guardarropía de teatro, donde se conservaran los trajes entre bolas de naftalina. Así vimos en uno de los cajones unas chinelas rojas bordadas con pedrería y perlas pequeñas, de las llamadas de río. También vimos otra clase de zapatos, en raso blanco, en raso morado, en raso negro, deformes por el tiempo, pero no ajados. El olor a orines, superior al de la naftalina, era tan intenso que solo se podía concluir una cosa, y era esta que el prostático debía serlo no solo el sacristán, sino los curas de las últimas cuatro o cinco generaciones.

Cuando obtuvimos las llaves comenzamos la ascensión a las cubiertas. Había que subir por la torre. La escalera era pina pero no estrecha. De vez en cuando dejábamos atrás pequeñas puertas cerradas. Entraba el aire no se sabía por dónde, pero se formaban

grandes corrientes que terminaron ventilándonos de la pituitaria el olor dulzón que traíamos de la vieja sacristía.

Cuando creímos haber llegado, X abrió por equivocación una de esas pequeñas puertas y lo que encontramos fue prodigioso. No era muy grande la habitación, quizás de dos metros por dos. Toda ella estaba llena de los excrementos de las palomas que tienen en la torre sus nidos. Allí estaban amontonados hasta la altura de un metro todos los tubos originales del órgano de la catedral que desmontó en los años sesenta Amezúa. Eran tubos barrocos, en perfecto estado, algunos abollados por el maltrato, pero perfectamente reparables. Cambió estos por unos tubos nuevos, y los viejos, abollados, monumentales como colmillos de elefante y diminutos como silbatos, estaban allí cubiertos de polvo y guano, y estaba claro que esperaban la camioneta del chamarilero.

Cuando estábamos absortos en esa visión fantástica oímos un ruido agudo que nos sobresaltó. Guardamos silencio y nos pusimos a la escucha. Pensamos que el sacristán nos había seguido. Pero no venía nadie. Volvió a sonar la misma nota en uno de los tubos, junto a una ventana, por donde entraba el viento. El misterio era ese, entra el viento y se mete en los tubos, de los que arranca una nota. En un día de temporal seguramente el viento arrancará de aquel montón de despojos admirables melodías como para un relato de Castroviejo o Cunqueiro. Abandonamos aquella cámara y seguimos nuestra incursión, con el firme propósito de no abrir más puertas, convencidos de que terminaríamos encontrándonos el esqueleto de alguno que hubiese muerto del susto.

Las cubiertas eran en verdad algo por encima de todo calibre, hechas de grandes losas de granito, desafiando las leyes de la gravedad. Desde lo alto, junto a las campanas, echamos una ojeada al panorama de montes y casas dispersas. Allí arriba el viento soplaba con fuerza y al pasar rozando las campanas descomunales sacaba de ellas un como gemido lejanísimo, teniéndolas al lado mismo, no sé, como si el viento afilase en ellas un sable. Creo que fue ese uno de los momentos más completos que he vivido nunca, en la altura, viendo el mundo desde aquella cúspide, allá abajo la vida, las figuras pequeñitas cruzando la plaza, las nubes a la altura de nuestros ojos, las aves agoreras, chovas y cornejas volando a nuestro lado, y luego aquel sonido ultraterreno del viento corriendo

entre las campanas, blandiendo sus bayonetas.

Después de comer en una taberna, precisamente en la que tenía el pulpo pintado fuera, volvimos al Obradoiro. Mientras mi amigo analizaba las muestras de piedra en un microscopio y yo tomaba las primeras notas de este viaje, escribiéndolo allí mismo, a un paso del Pantocrátor, sobre una mesa de campaña, a la luz de una lámpara, sintiéndome un arqueólogo, oímos a lo lejos una música celestial.

Yo dije que se iba a tratar del músico de la zanfoña que había visto por la mañana. Las ayudantes de mi amigo también lo habían visto. La música cesó. Debían de ser las siete o las ocho de la noche. La catedral, como el día anterior, estaba vacía. Entonces se sintieron unos golpes muy fuertes en una tabla que hacía las veces de puerta. Desde lo alto del andamio preguntaron quién era. Pero no respondió nadie. Volvieron a oírse los golpes y tuvo que bajar uno de los aparejadores. Al cabo de un rato volvió a subir para informar que abajo estaba el músico, pero que no sabía lo que quería, porque no le entendía. Entonces X dijo que ya había venido ayer, porque quería ver el Pórtico, pero que las órdenes eran estrictas y no se podía enseñar a nadie, pero yo dije que no era justo hacer eso con alguien que era tan perseverante, y que se le podía hacer pasar. Los demás se sumaron tímidamente a mi petición, pero sin perder de vista a su jefe, por si este decía que no, decir ellos también que no. Pero mi amigo consideró que por un amigo se podían saltar las normativas, y lo mandó llamar.

Bajó de nuevo el aparejador y vino seguido del pelirrojo. Vimos también cómo dejaba este su macuto al pie del andamio, pero no la zanfoña, que cuidó de no golpear con los hierros, mientras trepaba por ellos.

Cuando estuvo con nosotros, en la plataforma de madera, frente a todo el pórtico, se quedó anonadado. Echó una ojeada al conjunto. Era un hombre tímido, educado y ceremonioso, luego nos brindó a los presentes una generosa pero discreta sonrisa y tres o cuatro reverencias, sin pronunciar una palabra, como si fuera mudo. Tenía unas manos grandes como remos, fuertes, llenas de pecas también.

Mi amigo le preguntó qué quería, porque el Pórtico estaba cerrado al público. Solo hablaba alemán y un poco de inglés. Era austríaco. Se tomó un tiempo para decir algo. Seguía temiendo que

no le dejaran quedarse allí ni siquiera un momento. Entonces empezó a decir, muy despacio, en voz muy baja, que había hecho tres mil kilómetros para ver aquello, que no era un hombre rico, que se volvía a su país al día siguiente y que no se podía marchar de vacío, y también que se había pasado los dos últimos años construyendo aquella zanfoña como la que se veía tañer a uno de los músicos del Pórtico, que era una réplica exacta a la que había tallado en la piedra el maestro Mateo. La acercó a la que en efecto sostenía uno de los músicos de la fachada y pudimos comprobar que era exacta. Nos quedamos todos en silencio, comprendimos que quizás el único que tenía derecho a estar en aquel momento ante la gloria de piedra era él. Mi amigo cambió enteramente de actitud, un poco avergonzado de haberle negado la entrada el día anterior y haber estado a punto de negársela en ese momento, y le rogó que se tomara cuanto tiempo quisiera para admirarlo a sus anchas, y que no solo iba a ver el Pórtico como se había visto siempre sino como muy pocas personas habían podido verlo en toda su historia, subido a un andamio, pudiendo tocar con sus manos todas y cada una de esas figuras.

El joven pelirrojo agradeció todo con una nueva sonrisa, sobrecogido por el lugar y retraído por las batas blancas de los científicos, y le dejamos allí un buen rato. Quizás se pasó un cuarto de hora. Lo miraba todo atenta, religiosamente, centímetro a centímetro. Yo le observaba, hacía como que escribía en mi libreta de hule negro, pero en realidad no le perdía de vista, a la luz del *camping-gas*. Entonces, cuando se iba a ir, vimos que quería decir algo, pero que no se atrevía. A lo último se decidió y le pidió permiso a mi amigo para tocar una pieza en su zanfoña, en homenaje a sus colegas románicos.

Dejamos cada cual de hacer lo que estábamos haciendo, las chicas dejaron sus bisturís, mi amigo levantó la vista de su microscopio, yo cerré mi libreta, y el *músico-luthier* empezó a darle vueltas al manubrio de la zanfoña. Sonaron unos aires celtas admirables y conmovedores, llegados de la alta Edad Media, temblorosos como una corza, pegadizos y elementales, y de pronto a nuestro amigo empezaron a rebosarle unos lagrimones como uvas, que le rodaban hasta las barbas, donde desaparecían. No pestañeaba siquiera, solo lloraba abundante y silencioso un llanto que no

parecía tener fin, sin dejar de maniobrar en la manivela, música y lloro, música y lloro. Creo que se nos hizo a todos un nudo en la garganta. Sabíamos que el corazón de aquel hombre apenas podía contener el hondo gozo de estar allí con sus santos de piedra, a la misma altura que ellos, como ellos mismos, como jamás había soñado estar, parte él mismo viviente del mismo Pórtico. Cuando terminó, se secó las lágrimas con la manga sin volverse, para que no le viéramos, se sorbió los mocos, volvió a dar unas cabezadas delante de cada uno de nosotros, a modo de despedida, se colgó la zanfoña a la espalda, bajó por el andamio y salió de nuestras vidas para siempre.

Si alguien nos hubiera asegurado que aquel personaje era de ficción, le habríamos creído. Si alguien nos hubiese dicho que no era más que el personaje de una de las fábulas o leyendas de Bécquer, también, o de una saga celta, recordada otra vez por Castroviejo o Cunqueiro, lo mismo.

En el eco de cada una de aquellas notas quedó flotando todo el sentimiento de la vieja ciudad de Compostela, sus soportales, la lluvia, el olor húmedo de la piedra, las calles vacías de la madrugada, las sombras de los clérigos y el cine espectral. Todo en una melodía que había venido a buscarnos desde unas tierras que hace siete siglos aún estaban en poder de los magiares.

EL haikú: los dos primeros hilos de una tela de araña.

EN Venecia se publicó un libro en 1525 que se titulaba *El modo de consolar las penas con los diversos tipos de letras*. Ah, los italianos, qué presencia de ánimo, qué irreductible fe en el espíritu del hombre.

LAS pistolas son a las novelas contemporáneas españolas lo que los nenúfares a la poesía de Villaespesa.

AYER se presentó el libro en Sevilla. Apenas tengo humor para venir a este cuaderno como no sea para anotar los ciclos de un periplo que al fin ha terminado para siempre. De todo él he sacado dos determinaciones tajantes. Va a ser muy difícil que vuelva a pisar una sola feria del libro y va a ser más difícil todavía que me embarque en la locura de ir de pueblo en pueblo presentando una novela a gentes y periodistas a los que les da perfectamente lo mismo que la haya escrito o que me vuelva sarraceno.

Al menos este viaje tuvo la utilidad de que llevamos a los niños

a ver la Expo. La mañana la pasamos, pues, allí. Ellos estaban entusiasmados y todo les parecía también como un prodigio, no celta, pero sí galáctico. Gracias a nuestra amiga M., que nos facilitó unos pases, logramos evitar las colas interminables que se formaban allí para todo.

En dos meses todo el mundo en España se ha dividido o, mejor, se ha pasado a uno de estos dos campos: el de quienes están a favor y el de los que están en contra de la Expo.

Después de haberla visto se entiende mal tal apasionamiento. Aquello no es más que una feria con sus barracas. Entra uno en ellas y ve que lo de dentro siguen siendo fenómenos, monstruos, mujeres barbudas, mujeres serpientes, solo que de una mayor sofisticación, con *chips* informáticos. El efecto es el mismo. El público llega, descuelga la mandíbula, dice aaah con incredulidad, y se vuelve a casa, para seguir haciendo la misma vida anodina.

Mientras tanto, tenían todos que orientarse en aquel cafarnaum, lo que no era sencillo. La gente iba derrengada de un lado para otro con las manos hinchadas por el calor y los pies como botas por las larguísimas caminatas y los plantones de dos horas que había que hacer para ver cualquier cosa.

Todo el mundo soportaba con estoicismo las interminables esperas de las colas. La tónica general era de caras largas, a veces prendía una disputa violenta con los organizadores o con quienes querían colarse, pero llegaban los guardias con un aspecto intergaláctico, e imponían el orden. Al final las gentes acusaban el abatimiento y la deshidratación, pero todo lo daban por bueno para poder entrar en espectáculos que apenas duraban diez o doce minutos, y que a buen seguro se les olvidarán pasados cinco días. Incluso vimos algunas personas furiosas consigo mismas por haberse metido equivocadamente, sin querer, después de la espera, en una exposición sobre el siglo XVI, tal vez la única interesante, donde podían verse dos dibujos de Miguel Ángel hermosísimos; iban nerviosos de una vitrina a otra, decepcionados, pese a ser de esas exposiciones que hacen ahora para la gente que odia el arte, y en la que meten custodias, alfombras y cimitarras.

Por la tarde era la presentación del libro. Teníamos curiosidad por saber cómo iba a resultar eso. Fue como ir a una cita a ciegas. Un día me llamaron de la editorial y me preguntaron si me parecía

bien que en Sevilla me presentara X. Yo dije que no lo conocía de nada y que tampoco sabíamos si la novela le iba a gustar, ni siquiera si gustándole iba a querer presentarla. Me volvieron a telefonear a los dos días y me dijeron, todo arreglado. De modo que sentíamos cierto suspense por ver a un hombre de una celebridad, digamos, tan heterodoxa, con una biografía como la suya. Es curioso cómo suceden las cosas. Hace un tiempo a mí se me ocurrió que podía hacerse un buen libro solamente contando su vida. Ni siquiera hubiera hecho falta fabular demasiado. Pero ¿cómo hacerlo, si él mismo es escritor, aunque no escriba, aunque sepamos que jamás va a escribir ese libro que le singularizaría en la literatura española, precisamente porque no creo que haya habido nadie con una vida como la suya? Sería como robarle la mejor historia a alguien que lleva persiguiéndola durante muchos años, como decirle a un buscador de oro que lleva toda su vida tratando inútilmente de encontrar la gran veta, que no la encuentra porque está encima de ella, tapándola con los pies. Es lo de siempre: los que no tenemos historia, no hacemos otra cosa, con una tenacidad inexplicable, que inventarla a cada instante; en cambio los que tienen una vida increíble, la dejan a un lado, y termina perdiéndose para siempre en cuanto desaparecen de escena. Quizá sea esa la razón por la que los escritores fabulan, para que al menos la ficción conserve algo de lo que la realidad se lleva a ninguna parte.

En cierta ocasión nos contó la madre de una amiga nuestra una historia divertida. Era divertida para nosotros, aunque desde luego no para ella, y nos guardamos mucho de manifestar nuestro jolgorio, al contrario, nos sumamos cínicamente a su indignación y le dimos la razón de que había sido una desvergüenza intolerable.

La historia tiene mucho de aquellas que contaba Stendhal.

Cuando ese X aún era cura, esta señora le alquiló un apartamento en su casa de El Viso, encima de donde ella vivía. Debió ocurrir esto en los años sesenta, más o menos, aquel momento en el que los curas poco convencidos acudieron con júbilo a secularizar sus vestimentas y costumbres, ilusionados por aproximarse al siglo vestidos en *clergyman* y conduciendo coches utilitarios. Nuestra amiga le había alquilado el apartamento precisamente porque era cura, aunque un cura lo bastante moderno y rico como para irse a vivir a esa colonia. Las relaciones con su

inquilino habían sido siempre excelentes, hasta que cambiaron de manera radical una tarde. Fue una tarde de verano, un domingo, día del Señor. A cierta hora descubrió alarmada que el techo de su casa se llenaba de goteras, prueba inequívoca de que alguien se había dejado un grifo abierto. Ella sabía que su inquilino, porque se lo había dicho él mismo, se había marchado del piso el día anterior, para empezar las vacaciones, de modo que buscó una copia de la llave del apartamento y corrió a poner fin a la fuga, en el convencimiento de que la casa estaba vacía. Pero la escena que se encontró fue bien diferente y tal como la buena señora la describió no dejaba de ser un poco cómica: el cura, al que sorprendió en una cama con dos efebos desnudos a los que estaba adoctrinando, uno a cada lado, en evangélico abrazo, se había olvidado de cerrar el grifo de la bañera donde seguramente pensaban continuar el catecismo. Recuerdo que mientras nos contaba de nuevo aquella historia tan libertina a la pobre mujer volvía a subírsele la sangre a los ojos y se enfurecía de nuevo y de tal modo que nos daba un amplio margen para imaginar lo que una mujer como ella había tenido que presenciar, seguramente por primera vez en su vida, aunque por la rabia con que lo contaba parecía en realidad que hubiera descubierto aquella *cochonnerie*, como la llamó, el día anterior y no hacía veinte años. Salió corriendo de allí, telefoneó a uno de los obispos de Madrid, que era amigo suyo, y parece que no descansó hasta ver al sacrílego suspendido de sus órdenes divinas.

Otro día, no hace mucho, hablando con L. A. de V., se recordó el viejo proyecto de hacer con X ese libro, una pequeña crónica italiana, y le referí la historia de los efebos. No la conocía, pero me contó otras parecidas de los tiempos en que coincidía con él en algunos bares de alterne.

Dejó de ser cura, abandonó su ministerio y se dedicó de lleno a su editorial, a sus filósofos austríacos y alemanes. En muy poco tiempo se hizo una reputación de intelectual madrileño, que es como decir de hombre triste durante el día en su oficina, y más o menos ligero durante la noche, que compartía con novelistas, escritores y noctámbulos, amigos suyos. Alguna vez le habíamos visto por la televisión, en entrevistas y cosas así. Un hombre mundano, atractivo, personaje stendhaliano por los cuatro costados, ingenioso, descreído, voltairiano, cáustico y sin complejos

aparentes, con un dandismo peculiar.

Vino luego lo de su boda con la duquesa. Cuáles fueron las razones, cómo él, apuesto, con cierta planta, había seducido a una mujer como ella, cómo ella se enamoró de él, en el caso de que se enamorara, y cómo dio un paso como ese, con la oposición de sus hijos, al menos de los mayores, según se dijo, y cómo se decidía a ese paso, conociendo su pasado, si lo conocía, o si precisamente lo daba porque era ese pasado lo que le atraía en él, en fin, innúmeros misterios para un contrato de matrimonio que dejaba en cuento de niños los que relató cien veces Beyle en la era napoleónica, la era de los arribistas sublimes.

El caso es que la boda fue un gran escándalo, pues no es lo normal que un cura relapso se despose con la primera y otoñal dama de la aristocracia española, con una mujer que puede llamar primos a todos los reyes de Europa. Muchos aristócratas, que habrían sin duda aspirado a la mano de la viuda, por el señuelo de la dote, recibieron la noticia peor que si les hubieran lanzado un guante en la cara. Lo recogieron y poco a poco, en unos años, trataron de ridiculizar a un hombre que apenas llevaba cuarenta y ocho horas casado cuando publicó un artículo en el periódico más importante de España solo para poderlo firmar con el título que acababa de llegarle por la vía del matrimonio. El estupor general fue enorme. Aquel oscuro huérfano, que había encontrado en el altar la única manera de huir de la grisura y lavar la afrenta cometida con su madre, osaba usar el título de un héroe que lo había bruñido en cien batallas y a quien los reyes no le ordenaban las cosas, sino que se las suplicaban. Se contaron entonces las incontables celadas que los aristócratas le tendieron con el solo objeto de humillarlo y algunas, como los desplantes de que fue objeto durante la ceremonia del traslado de los restos de Alfonso XIII al Panteón de El Escorial, en la que fue relegado a un lugar subalterno después de que alguien sugiriera que su puesto estaba en el altar, se hicieron célebres.

Pero como en España vence quien resiste, poco a poco terminó por aceptarse «la idea» de esa pareja. Quizás se cansaran del acoso. Primero se pensó que aquella extravagancia no duraría unos meses, y todos aguardaban el desenlace, y saboreaban de antemano la chanza. Pasado el primer año la gente empezó, sin embargo, a

asombrarse de la estabilidad de una unión que encontraban antinatural. A los cinco años, casi nadie hablaba ya de ello y dos años después, ni siquiera las fotos de la pareja, en bañador, en sus casas de veraneo, provocaban comentarios demasiado sangrientos. Bien, ese era el personaje que iba a presentar la novela, y, como es lógico, tenía cierta curiosidad, pues no creo que después de ayer vuelva a tener relación ninguna con él, no por nada, sino porque la vida es así; aunque nunca se sabe.

No obstante, antes aún nos dio tiempo de pasar por Renacimiento. Nos encontramos en la librería con A., a quien hacía dos minutos habían dado la noticia de la muerte de un amigo nuestro, especialista en Cernuda. Estaba afectado, pálido, un poco aturdido, como buscando aún la mejor manera de encajar algo así. Este amigo iba en moto por Barcelona y le atropelló un camión. Murió sobre la acera. Y eso era para lo que seguramente tratamos de encontrar una explicación que no hallábamos por ninguna parte. Nos quedamos en silencio, sin saber qué decir. De pronto la presentación de la novela pasó a ser un hecho casi absurdo, algo de una banalidad ostentosa. Me vino el recuerdo de la última vez que lo había visto, hace apenas dos meses, en una buhardilla del barrio, creo, de Gracia. Un lugar modesto al que se accedía por una escalera pina y estrecha de madera, con muy pocos muebles y lleno de libros, una mesa, una silla, unas carpetas, todo muy ordenado. Allí hablamos de Cernuda, a quien había consagrado años de estudios, y yo imaginaba que llevaba la misma vida que el poeta, retraído como él, pero amable, con una voz dulce, casi triste.

Dejamos de hablar de ello, pero el ánimo con el que nos dirigimos al lugar donde iba a ser la presentación fue bien distinto.

Llegamos puntuales, ni un minuto antes ni uno después. Se trataba de un local entre café oriental y club inglés de Bombay, metido en un patio andaluz, agradable y decorado con una vaga afectación y esnobismo.

X, con unos amigos y partidarios, estaba en la puerta. Cuando uno ha oído tantas cosas de alguien, a saber si ciertas, los primeros momentos de ese encuentro se dedican a unos juicios velocísimos, como si en nuestro interior buscáramos que nos cuadrasen las cifras de complejísimas operaciones de sumas y restas. Con X todo el mundo, venga o no a cuento, suma y resta, ve argumentos a favor y

en contra de inmediato, como con la Expo, pero desde el momento en que lo tuvimos delante uno se daba cuenta de que con sumas y restas no se iría muy lejos. Resultaba evidente que con una persona como él estábamos necesitados al menos de raíces cuadradas y tablas de logaritmos.

Parecía un hombre simpático. Es verdad que iba vestido de una manera llamativa, no diríamos elegante, pero sí con esa sofisticación del dandi que no sabemos muy bien en qué consiste, si en la originalidad del corte del traje o en la extravagancia de no haber pasado por la *toilette*, de modo que en su semblante y en su vestimenta, lo más llamativo de la cual era el chaleco rameado a la *balzacquienne*, parecían quedar restos de una juerga de hacía dos días que aún no hubiese concluido, pero de la que se exhiben con descaro y orgullo los evidentes estragos.

Así, pues, nuestro querido noble no parecía haber dormido ni demasiado bien ni mucho, estaba sin afeitar y en los ojos parecía acusar quién sabe qué secuelas de quién sabe qué excesos.

Llevaba una camisa de seda color hoja seca, como de oro viejo; una corbata también de seda en esos tonos autumnales (con un hombre decadente los adjetivos han de estar a la altura) y el ya aludido chaleco de corte audaz, con solapas, de una tela gris claro. En la mano afilada, con las puntas manchadas de nicotina y las uñas con restos de las sombras nocturnas, algunos anillos que parecían buenos, en uno de los cuales las armas de casa tan nobiliaria crujían como tibias de sepultura.

Antesdeayer un amigo me dijo que se lo había encontrado en no sé dónde, como a las cinco de la mañana, en plena farra, con dos o tres amigos más jóvenes que él, y que le había confesado que no se había leído todavía la novela, a pesar de que a los periodistas ya les había asegurado no solo que la había leído sino que le entusiasmaba.

A otros tal vez un cinismo como ese les puede resultar intolerable, como la desvergüenza. A mí sin embargo me hace hasta gracia. Es el justo pago a haber transigido en que la presentara. Lo anormal habría sido lo contrario. Yo no conozco a nadie que haya llegado a nada leyendo novelas, y menos un hombre que puede dormir en una docena de palacios y castillos propios, a cada cual más suntuoso. Incluso me alegro de que las cosas fuesen de esa

manera, y de que él fuese ese personaje, pues de lo contrario, ¿de qué estaría yo escribiendo ahora?

Solo me intrigaba ya saber de qué demonios hablaría en la presentación.

Dentro nos esperaba mucha gente, personas de la alta sociedad sevillana que había convocado él. En cuanto puso el pie en la sala se le formó una corte. Se veía de lejos que él era el protagonista de la tarde y no mi novela, lo que en absoluto me disgustaba porque me permitía observar mejor y más de cerca aquel salón dieciochesco donde no faltaba ni la vieja figura del toreo, ya retirada y rica, ni la no menos gloriosa marquesa, que tuvo juventud tronada, ni el mariquita que dejó de ser joven hace treinta y cinco años, pormenor del que todo el mundo parece haberse percatado menos él, y…

Por fortuna habían acudido a la justa de la presentación media docena de amigos leales que me ponían la mano en el hombro, como al que se le da el pésame. «Te acompaño en el sentimiento», parecían decirme cuando yo oía «enhorabuena», «ánimo», «este trago se pasa pronto».

Nos sentamos en la mesa que nos habían reservado, frente a todas las otras mesas, lo que le daba al acto aspecto de *cabaret*. Se hizo un gran silencio. El local estaba a rebosar. Cuando se extinguió el último bisbiseo X empezó a oficiar, como en los viejos tiempos. Los concelebrantes, mi editor y yo, nos oscurecimos a su lado. Cuando ya no se oía ni una mosca, ese hombre levantó la mano sin decir nada, como para amansar las aguas del Tiberíades u ordenar a Lázaro que se dejara de bromas y saliera de entre los señores muertos, y chascó los dedos. Pensamos que quizá llamara a un camarero, pero no. Daba la orden a alguien para que sonaran los primeros compases de *El holandés errante* de Wagner, empastados y potentes. Yo miré a M., que tenía enfrente, nada, apenas un segundo, lo bastante como para advertirnos mutuamente de que a partir de ese instante los cerros podían salir todos por Úbeda.

Levantó de nuevo el brazo, lo tuvo un rato en alto, y cuando creyó que podía cortar la música, sin herir demasiado el pasaje, volvió a chascar los dedos, zas, y la música se interrumpió.

El efecto teatral fue grande. La gente estaba satisfecha y después de ese comienzo esperaba más. No sé.

Empezó a hablar. Hizo un pequeño y caótico recuento de mis actividades literarias, me hizo editor del libro sobre Saint-Simon de Pujol, que elogió con unos afarolados irreprochables, y autor de una traducción de Mallarmé inexistente, confundió el título de tres o cuatro libros míos y de la editorial Trieste habló como de una de las editoriales con más futuro de España, sin saber que hace al menos dos años que no existe y más de seis que yo ya no trabajaba en ella. Hablaba y hablaba, pero era difícil seguirle, no se sabía ni de dónde venía ni a dónde quería ir a parar. Parecía que estuviese haciéndome la oración fúnebre, y los elogios eran tan hiperbólicos que había que deducir sin remedio que la novela seguía sin haberla leído. Citó a mucha gente. Lo hacía siempre en la lengua original del citado. Menos en latín, trajo a aquel salón todas las lenguas de la cristiandad. La gente empezó a aburrirse, divagaba sobre Wagner, Malher y Brückner, seguramente porque el título de la novela le indujo al error de creer que se trataba de un asunto musical. Empezaron a oírse las suelas de los zapatos sobre el suelo de mármol, como pidiendo con apremio que abreviara, así que cuando él, atento a esos pequeños indicios, se dio cuenta, terminó de cualquier manera la homilía y me cedió la palabra: «Sr. Trapiello…», dijo. Me había estado llamando así durante todo el rato, cosa que no dejaba de parecerme una pequeña afectación, de manera que empecé yo la mía de la misma manera, para no ser menos: «Sr. duque, gracias por…».

Hablé en voz muy baja durante tres minutos. Volvió a hacerse de nuevo un gran silencio. Quizás la gente, después del arranque espectacular que había tenido el presentador, esperase de mí que estuviese a la altura. Quién sabe. Que me arrancase allí mismo con unos pases de zapateado, tocando las castañuelas. En fin.

Me había bebido una jarra de agua y me sudaban las manos, que tenía heladas…

Cuando terminó todo aquello nos levantamos y se formaron algunos grupos. X nos presentó a su dama. Sabía que tenía muy pocos minutos para estudiarla, así que me volqué en ello de una manera concienzuda, con la avidez del biólogo que no sabe si todo eso que ve en su microscopio es fruto de un azar irrepetible. Tuve la certeza de que aquella mujer, ya vieja, de no haber nacido en un palacio, estaría ahora mismo mendigando por las calles como una

de esas frágiles mujeres, dobladas por la artrosis y el reumatismo, recogiendo cartones y tirando de un carrito de bebé muerto. Al poco rato, volvió a donde estaba su marido a preguntarle una aclaración sobre cierto envío que había llegado esa mañana a casa, cuando, por lo que se ve, él no estaba. La verdad es que no se sabía si la pregunta, demasiado idiota, tenía como finalidad declarar ante todo el mundo que el golfo de su marido no había pasado la noche en casa o sencillamente mostrarle que estaba furiosa por esas escapadas. No les conoce uno para tanto. Entonces X, con infinita paciencia, le respondió de una manera satisfactoria, diríamos. La respuesta, no obstante ser sencilla, no pareció comprenderla del todo, por lo que su marido, subiendo el tono de voz, para hacerle ver que la paciencia tiene también fronteras que no lindan con la educación, volvió a repetirle una por una todas y cada una de las palabras de su anterior contestación, francamente irritado, palabras que la pobre mujer seguía sin entender, pero ya no se atrevió a requerir más aclaraciones. Incluso se diría que se había echado atrás, que se arrepentía de haberle enfadado, y si se hubiera echado a llorar como una niña nos habría parecido algo normal. Era difícil no sentir en ese momento por ella una gran ternura, quizás una pena inmensa. El hecho de ser seguramente una de las mujeres menos agraciadas de España, como un rizoma al que se le hubiese proporcionado una escarola por cabellera, hacía más patética y enigmática su figura. Y aquella voz nasal, con un dengue que tan poco la favorecía y que incluso puede inducirnos a error, cuando hasta es posible que sea verdaderamente la parte inteligente de esa pareja… Alguien nos contó una vez que había sido ella la que le había elegido a él, la que organizaba su vida y la de sus hijos, y de modo admirable y justo. Quién sabe. Quizá la novela la tenga ella y no él. Aunque lo más novelesco es pensar que los dos son conscientes de sus propias vidas, y personajes verdaderos, en lo que valgan, como el conde Mosca o la Sanseverino.

Al final el propio X terminaba yéndose con sus amigos y partidarios, en una juerga que seguramente venía ya de atrás. Su mujer se marchó también un poco antes, con un par de camareras de su corte. Nos despedimos de él con simpatía. Ella no se fue, sino que se evaporó, no dándonos tiempo a despedirla. Él, en cuanto me miró, supo por mi mirada que podía haber engañado a otros con

aquella presentación demencial, pero no a mí, no a él. Y eso me lo hizo más simpático aún.

La noche terminó pronto. Nos fuimos a tapear por el barrio y a mí me tocó al lado hasta las doce de la noche una princesa madurita que tuvo la suerte de haber sido una belleza, la belleza pasó, y ¡*hélas*!…

Estoy cansado, diría que muy cansado si pudiese quitarse a la repetición el énfasis, pero no la verdad. Ha sido como el fin de una comedia en la que nadie queda ni bien. Una comedia innecesaria, pero a la que sin embargo hay que mostrar cierta ley, solo porque es la nuestra.

A TODAS luces ese mendigo, apicarado por la vida, con la cara enrojecida por el vino y erosionada por unas viruelas, fingía llorar mientras pedía limosna, gimoteando de un modo patético. Pero ¿por qué fingir si tenía tantas cosas por las que llorar verdaderamente? ¿No nos ocurre algo parecido?

FUI, por última vez, a la casa de González-Ruano. Era la llamada a ser la última de todas esas visitas. En ocho o nueve años ha sido ir viendo el declive definitivo. La habían levantado ya por completo, los cuadros, las estanterías, los muebles, las columnas barrocas desvalijadas de un retablo, el famoso samurai que guardaba con su espada la alcoba donde murió, los Matisses falsos, la colección de piezas de peltre, la colección de relojes antiguos de bolsillo y pitilleras de plata, no quedaba nada. Habían entrado los albañiles, que parcheaban las grietas de las paredes. Quizás llevara la casa más de treinta años sin pintar. Al principio recuerdo que en la casa olía un poco a polvera, a esa clase de cosméticos que usan las mujeres mayores, que huelen diferente así se apliquen sobre la piel de una chica o sobre otra apergaminada y sin alicientes. Ese olor se había ido y lo había sustituido otro seco y picante a yeso muerto.

Todo lo que quedaba de aquellas dos vidas que conocieron días de vino y rosas era, en las paredes, el vestigio sucio de unos cuadros. Quienes no los hubieran visto nunca, podían pensar que fueron cuadros buenos, al menos.

Al final tuvieron que llevar a la madre de mi amigo, medio ciega y con problemas de salud, a una residencia, donde la tendrán mejor asistida. Recuerdo que había carpetas con originales y recortes de prensa, y todavía muchos libros. Me contó X que se lo habían ido

repartiendo su hermana y él. Hasta donde pudieron. Quedaban, únicamente, en una habitación, metidos en unos cestos de mimbre, la colección de niños jesuses y santos de palo, y dos estanterías con libros, los restos que habían ido dejando después de las sucesivas *razzias* los libreros de viejo. Todavía le señalé alguno de los volúmenes, en fin, cosas que me parecía que tendrían algún interés para él. Me confesó apesarado que no podía llevarse ya ni un solo objeto más, ni un libro, ni una miniatura romántica, nada, porque en su casa, pequeña, no cabía materialmente nada más. Ni siquiera en el pequeño guardamuebles que había alquilado, que tampoco sabía cómo vaciaría, porque era demasiado costoso para él. Decía adiós a lo que quedaba como quien arroja la impedimenta por la borda para evitar un naufragio que está, no obstante, mucho antes de lo que se podría pensar. Quería que le dijese lo que podía pedirle al librero por aquellos libros. No eran más que montones de papel, algún tomo suelto de revistas como *La Esfera*, en cuyas páginas había entrado incluso la tijera para hacer algunos recortes… No pareció sorprenderse ni entristecerse con la cantidad que le dije. Se encogió de hombros. Solo quería dejar limpia aquella habitación en un par de días, pues su hijo necesitaba meterse a vivir en el piso cuanto antes. Me preguntó también lo que podía pedir al anticuario por los santos de palo y tallas de madera. Les eché un vistazo. Había de todo, en general la escena no era agradable, porque parecían las canastas de la degollina del día de los inocentes. No había una sola talla entera. Estaban desnudas, unas sin un brazo, otras con un desconchón en la cabeza, como si les hubieran realizado la trepanación, otras muy poco afortunadas en la expresión, que parecían más lechoncillos que niños jesuses, algunas cabezas sin cuerpo y muchos cuerpos sin cabeza. Algunos estaban tuertos y en el fondo del cesto había sueltos dos o tres ojos, que recordaban a unos peces de colores. En unos, como en un San Roque pequeño, la llaga era visible, en otros la roña y el tiempo habían ulcerado todo el pan de oro. Yo le dije, la verdad, que no sabía lo que podía pedir por aquello, que no conocía el mercado, pero que no creía que mucho, aunque no se podía saber, porque los coleccionistas son gentes muy caprichosas. Antes de irme, me pidió que si veía algún libro que me apeteciera llevarme, me lo llevara. Creo que le dio un poco de vergüenza corresponderme con algo que acababa de decirle

yo mismo que no valía nada. Es verdad que podía haber metido la mano en el cesto de los degollados y haber sacado uno de aquellos santos de palo, pero se contuvo por temor a ponerme en las manos algo que quizás pudiera valer una fortuna, como yo mismo le había advertido. Entonces indiqué que era mejor dejarlo y que se lo agradecía de todos modos. No le conté en cambio que ya había comprado algunas veces libros a su madre, que me llamaba cuando estaba necesitada de dinero, porque los libros le daban absolutamente lo mismo y para ella no tenían el menor valor. Si hubiera habido algo, pues, lo habría cogido, pero no veía nada que me pudiera interesar. De modo que le dije que no. Pero él no quería que me marchara de allí sin un regalo, después de haberme tomado la molestia en ir. Le aseguré que para mí no era ninguna molestia, y que lo había hecho con mucho gusto, por él y por su madre, aunque fuese a la vez para algo tan triste. Entonces él, en un arranque sentimental, dio dos zancadas, se plantó delante de la última estantería y lanzó una mirada rápida sobre el conjunto, como quien tuviese que escoger uno de esos libros, sin tener por otro lado ningún criterio para decidirse. Titubeó unos instantes, pero al final vio un libro de lomo algo menos machacado que los demás, se echó sobre él, lo tomó en sus manos, lo miró, y me preguntó si lo tenía ya. Era una guía vieja de Guadalajara y provincia sin el menor interés. Yo, un poco atónito, le dije que no. Entonces me la tendió para que la tomara como un presente. Yo, la verdad, titubeé al principio porque no sabía qué hacer con aquel libro, que no quería para nada, pero le di las gracias igualmente, traté de sonreír en ese momento como si se hubiese tratado de la primera edición del *Quijote*, nos despedimos y volví paseando, Zurbano abajo, hasta casa.

Iba pensando en todo lo que había visto, en ese final, en la mala suerte de los hijos, que no habían podido conservar el patrimonio del padre, aunque fuese un patrimonio ful, lleno de cuadros falsos y libros descabalados, pero él, como escritor, también era eso, aunque, en medio de todo, también era algo más, como los libros y objetos de la casa. Y pensaba uno en su dolor real, en su resignación y su tristeza.

Al llegar a casa, cuando le estaba contando todo esto a M., esta tomó el libro y lo hojeó distraídamente, como quien abre un

abanico, sin dejar de prestar atención a lo que le estaba diciendo. Entonces fue cuando encontró una hoja entre sus páginas. En los libros aparecen siempre cosas muy increíbles. Yo ya conté una vez el día en que a mí me apareció en uno un billete de mil marcos, de la vieja república de Weimar. Le pedí que me dejara ver de qué se trataba. Era un trozo de papel muy sobado, escrito todo él por las dos caras, a lápiz, sin margenes, para aprovechar el espacio (los puntos y aparte están indicados con una =) y casi ilegible, pero con la letra inconfundible de Ruano. Los bordes están rotos y el aspecto general es tan frágil, que a su lado el mapa del tesoro del que nos habla Stevenson es una hoja inmaculada. Tiene dos tachones de la censura de la cárcel, también a lápiz, solo que morados. Un tachón corto, de una palabra, y otro largo, de un párrafo. La hoja por otro lado está rozada como de haber permanecido durante muchos años en una cartera, a modo de estampa o talismán, y el grafito en algunos pasajes casi ha desaparecido, como si hubiera sido sacada y metida muchas veces para ser mostrada y, quién sabe, solicitar el favor que en ella se pedía o mover a compasión a los poderosos. Recuerda en eso un poco a los memoriales de Cervantes, otro al que las desafortunadas manipulaciones le llevaron a prisión.

Se trata de una carta. De no haber hojeado M. el libro, lo habríamos puesto en el montón de libros para el librero viejo, y jamás habría descubierto esa hoja. Incluso quien lo encontrara es improbable que llegase a saber de quién se trataba, si acaso no se perdía por el camino. ¿Por qué X quiso hacerme un regalo a toda costa, por qué se fijó en ese libro absurdo y no en el que estaba al lado, igualmente absurdo? ¿No es todo muy extraño?

Antes de ponérsela en el correo a X esta mañana, la transcribí. Quizá él no le dé a ese pequeño papel el valor que yo le he concedido, porque tenga otras muchas cartas de su padre, aunque no creo, porque en ella me parece que se habla de él, cuando no era más que un niño; quizá el hijo la vuelva a guardar ahora en otro libro y se pierda para siempre, quizá nada de lo que hagamos pueda vencer al tiempo. Pero a pesar de todo, mi deber era quedarme con una copia y darle la vida que no había tenido hasta hoy, después de haber llevado la suya hace ya tantos años. A Ruano, pienso, le habría gustado que ahora se conociera. Se le ve lleno de miedo, y el miedo vuelve sensibles a las gentes, y por eso no hay que fiarse

demasiado. De todos modos parece sincero en ella, más sincero que lo fue nunca, él, un hombre que jamás pudo dejar de ser un cínico. Es también una carta de amor. Es de suponer que a su mujer, puesto que la carta viene de la casa donde vivió con ella. La escribió desde la cárcel de Cherche-Midi, en París. Pertenece, pues, al período más oscuro de su vida. Hemos llegado a oír versiones de aquella época para todos los gustos, pasaportes falsos vendidos a los judíos, negocios con las antigüedades que estos abandonaban en París huyendo de los alemanes, apartamentos de postín, dinero negro, brillantes, lujo absoluto, delaciones… Hasta que la Gestapo no se fio en absoluto de los negocios de aquel hombre que confesaba ser amigo del Reich y de Vichy, y terminaron encarcelándoles también, a él y a su mujer, con la que ni siquiera pudo casarse, porque aún vivía la legítima. Movió entonces Ruano todos los resortes que conocía para que le liberaran, Marañón, cancillería, generales… Pasó tres meses preso. Allí escribió el que tal vez sea el más sentido y hermoso poema que concibió nunca, *La balada de Cherche-Midi*. Todo lo que cuenta de esos meses en sus memorias es una nebulosa sabiamente desdibujada. En fin. No sé cuántos testimonios quedarán de ese momento. Es seguramente la primera carta que le escribe a su mujer desde la cárcel. Se trata de una confesión interesante, sin duda, y una carta también en la que Ruano gitanea y gimotea un poco y en la que escribe algunas palabras para adular a sus carceleros, que sabe van a leerla. Eso da un poco de asco, la verdad, ese tono lacayuno, sabiendo que «los gentiles inspectores» eran de la Gestapo. Dice así:

«30-julio-1942.

»Cherche-Midi

»Mi vida: ¡Cómo he pedido, yo también, tu libertad desde que supe que no la tenías: el dos de Julio! Mis días terribles supongo ahora que correspondieron exactamente a los tuyos: fueron los de la absoluta incomunicación en celda individual durante veintidós días. Luego, gracias a la enorme gentileza de los inspectores, supe de ti y me pasaron a la celda en que estoy ahora, instalada en la capilla de la cárcel; aquí somos veintiuna personas y es, en todos sentidos, más llevadero. ¡Cómo te agradezco —¡qué expresión más tonta!— el que pasaras por aquí, mi vida! No puedo verte pasar desgraciadamente. No veo de la calle —el mismo Boulevard Raspail

— más que el cielo —poblado ya para mí de realidades protectoras de las que soy creyente— y los últimos balcones del Hotel Lutecia, donde recogí, estando solo en París, el permiso para ir a encontrarte cuando venías a Francia. Mis cuatro ventanas son ventanas pequeñas. (Sigue párrafo censurado, seguramente dando información de la cárcel). Mi vida: me levanto a las 7, me acuesto a las 9. No pasa ni un minuto que no sea para ti, que no te lo consagre íntegro mi pobre memoria dolorida y alegrada solo con tu recuerdo. Tengo tuyas ya dos cartas, tres fotos y la imagen del Cristo de Medinaceli… ¡Qué emoción, Dios mío, cuando me dieron esta estampa! ¡Llenaba, tan pequeña, el mundo!

»Imagínate cómo me ha afectado lo del niño. Es realmente extraordinario. Espero que no me ocultes nada y que verdaderamente esté ya bien. Cómele a besos a mi pobre Cuco. Háblale de mí.

»Yo había escrito a Mademoiselle el día 3 de este. No sé cómo ha recibido la carta.

»El papel que dan aquí no es grande y puedo solo escribir cada quince días desgraciadamente, de modo que paso a hablarte, telegráficamente, de las cosas importantes.

»Supongo, claro, que hayas venido a verme. Dirígete para todo —es más, debes verlos en todo caso— a los inspectores que llevan mi asunto: los dos están en el tercer piso del número 78 de la Avenida Foch. Uno, el primero que vimos, se llama Friedrich y el otro creo que (nombre tachado por la censura). Los dos han sido un modelo de gentileza continua para mí.

»Me preocupa tu situación económica, los gastos que tienes aquí y en Barbizon. Creo que debes dirigirte a la Gestapo y pedir la devolución de tus joyas puesto que son personales, y empeñar algo entre tanto. Hace falta también pagar 4500 francos al relojero de Fontainebleau, en la calle larga por donde viene el card, antes de llegar a la plaza, a la izquierda cerca del cine, enfrente casi de la verdulería española. Pagado ese dinero, resto de la sortijita que compré, debe darte el reloj Movado que dejé a arreglar. Esto se lo explicaba también a Mademoiselle.

»Conviene que sepas que Urraca y Velilla conocen el depósito que se hizo de nuestras cosas y pueden también orientarte. Velos y a ver cómo se informa a Lequerica de cómo la famosa y desdichada

carta no tuvo otro alcance como saber que Rubio me pagara y que mi crédito moral subiera un poco atendiendo que llegara el dinero de la Antología. Lequerica con Marañón y otros quizá —yo he pensado— con el padre de Corina, los de Barbizon, podían hacer mucho. Pero tú visita en todo caso a nuestros buenos inspectores y consúltales en todo. Ya sé, mi pobre, que tú estás haciendo más que puedes. ¡Cómo me preocupa tu estado de salud! Cuídate todo lo posible. Yo creo que debías pasar siempre parte de la semana en Barbizon, y aquí o vivir con alguien o llevarte a alguien al estudio —esto sería lo mejor— o vivir en un hotel. Te pido por Dios que no te arrincones. Ve a los restoranes, vístete muy bien, etc. Todo eso es compatible —y conviene— con la fe que yo ahora también tengo. Me preocupa mi madre. Debe estar loca sin noticias. Escribe tú. Di que estoy en una misión y que por eso no escribo. Ya sabes que hay que mandar la carta a Vicuña, Consulado de España, San Juan de Luz, y dentro otro para Logendio, Saribas 20, San Sebastián. Cuídate mucho, mi vida. Aprovecha todos los medios posibles para que yo sepa de ti. Yo estoy contento y feliz sabiendo que estás en la calle. ¡Lo que he sufrido antes! Abrazos para todos y para ti, mi alma, todo el amor de tu César. Me acordé muy bien de tu 18 de Julio. ¡Pobretina mía!».

Es una carta para empezar con ella una novela a lo Modiano, una de esas novelas que crean un gran clima, pero que luego no son nada más que nombres, puntos suspensivos, bruma sobre los *quais* del Sena, sombras en medio de la noche, un prestamista judío, un colaboracionista, una mujer rubia paseando por delante de la cárcel de Cherche-Midi, el tipo de la Gestapo llevando la amabilidad hasta la seducción de la paseante, en fin, una de esas novelas que se dejan leer muy bien, pero que cuando uno las ha acabado de leer, se pregunta, como aquel torero al que llevaron a ver en Barcelona una ópera: Bueno, ¿y todo eso a dónde conduce?

EL crítico no está para explicar una obra, un libro, un cuadro, una película. Ni mucho menos para resumírnosla. Crítico es aquel que se contagia y transmite una epidemia o un mal, incluso los pequeños y beneficiosos anticuerpos que nos harán inmunes, siquiera temporalmente, al mal, a las epidemias.

EL escepticismo es óseo y el entusiasmo una víscera. Con el tiempo solo queda el esqueleto.

EL héroe, y todo hombre noble aspira al mismo tiempo a la aristocracia y a una cierta heroicidad, necesita de la grey para cumplir su naturaleza. Desde el Aquiles homérico hasta la pequeña Teresa, que escribió la historia de su alma en Lisieux como una desposesión y una renuncia. No es posible un héroe solitario, en el anonimato. La heroicidad solo lo es en tanto que ejemplar y modélica para los demás.

Por su parte el solitario es en sí mismo un pueblo sin gloria ni laureles. El solitario no es ejemplo de nada, porque al estar solo nadie repara en él, salvo mucho más tarde, cuando su obra empieza a congregar a algunas gentes a su alrededor.

Del héroe se recuerdan sus hazañas, pero el solitario, al ser olvido, no puede ser olvidado. Y uno sabe, desde que es niño, qué camino elegir, es posible que sin suponer que ambos conducen a la misma tierra.

EL drama de los actores es que solo consiguen ser naturales cuando hacen de otra persona. Y eso únicamente los buenos. Los malos actores, mayoría, ni siquiera cuando hacen su papel son convincentes.

EL canto sostenido del gallo y el alba son líneas paralelas que solo se juntan en el horizonte.

A algunos les premian de viejos, cuando ya no pueden morder.

LOS premios se pasan sin dientes, pero eso no quiere decir que no sean indigestos.

ALGUNAS novelas son como un juego de magia: por más que observemos nunca terminamos de descubrir su truco, de efectos extraordinarios y prodigiosos. Aunque también es verdad que tampoco nadie puede convencernos de que *eso* no guarda relación con la realidad. Y no tanto porque lo creamos *falso*. En la magia no hay nada falso, sino peregrino, minúsculo, intrascendente. Al mago, como a algunos novelistas, dan ganas de decirle, después de que se haya sacado unos lechones de la manga y de la chistera un asno viejo, o después de que han partido en cinco pedazos a una bella señorita de Chipiona o realizado un *increíble* juego de cartas, dan, digo, ganas de preguntarle: «De acuerdo. Lo creemos. ¿Y qué? ¿Cómo nos ayudará *eso* ahí fuera?».

EMPECÉ ayer a leer por la noche *La arboleda perdida* en un ejemplar que X me trajo el otro día desde Caracas. Estaba intonso,

de modo que metí en él el abrecartas como quien ha de abrirse paso con su machete en la selva virgen, con paso alegre y decidido, que diría nuestro amado Tintín. Pero pronto me cerraron el camino las sombras alevosas del estilo y los helechos y lianas de la moral.

Primera línea del primer capítulo: «1902. Año de gran agitación entre las masas campesinas en toda Andalucía, año preparatorio de posteriores levantamientos revolucionarios. 16 de diciembre: fecha de mi nacimiento…».

Qué candidez. Hay que estar muy convencidos del yo de uno, para adosarlo con tanta seguridad a la Historia. La Historia y yo somos así, señora, cabría decir. Por otro lado, no sabemos cómo, pero quienes se refieren a las «masas» suelen ser quienes en el fondo más desprecio sienten por ellas. No puede uno referirse a algo o a alguien usando la palabra o expresión que más lo degrada moralmente. Lo único para lo que ha servido el psicoanálisis es para demostrarnos que el lenguaje es culpable. Se podría pensar, incluso, que estaba arrimando el ascua a su sardina, pero, cincuenta años después, hemos visto que ni ascua ni sardina, pues a las masas campesinas les daba igual el campo, la masitud y la revolución. Sin contar naturalmente con esa forma tan peculiar de empezar un relato por el tejado. Es como si alguien dijera: «1902. La Virgen de Fátima se aparece a los tres pastorcicos, preludio de transformaciones formidables. Al mismo tiempo vengo yo al mundo…». Y otra cosa: ¿Cómo podría mirar desde la cuna a las masas campesinas? Por otra parte algo así solo podía contarlo con ese estilo de secretario de pueblo. Ya sabéis: «íbamos el otro día yo y fulano por la alameda, el cual me dijo…».

VEMOS todos los días por la televisión los horrores de las guerras en el corazón de Europa. ¿De qué les ha servido el marxismo-leninismo? Es como si durante estos setenta años no hubieran sido capaces de inculcar en los hombres otra cosa que la sed de venganza y una crueldad insaciable. ¿Dónde está el hombre nuevo en cuyo nombre asesinaron a millones de hombres viejos? Han tenido más tiempo y medios que nadie ha tenido nunca para el experimento. ¿Cuándo se les juzgará como se les juzgó a los otros en Nüremberg? Ni siquiera para condenarles. Solo para advertir a los próximos que quieran fabricar un hombre nuevo que sus crímenes no quedarán impunes. Es más. Desde los presupuestos

ideológicos del nazismo resulta «lógico» que exterminaran a seis millones de judíos, pues el nazismo es un régimen que nacía para exterminar y aniquilar. Ahora, el comunismo, que nació *in partenza*, para redimir al género humano, no tendría que haber manchado sus ideas con ni una gota de sangre, y sin embargo cometió diez veces más asesinatos y crímenes que el nazismo y el fascismo juntos. Aunque no podamos equiparar al nazismo con el comunismo, puesto que la aplicación ortodoxa de uno y otro no llevan al mismo lugar, o dicho de otro modo, al nazismo le llevaría exactamente a donde lo llevó, en tanto que al comunismo habría tenido que llevarlo a un lugar en el que los hombres fuesen justos, buenos y pacíficos, aunque no se pudieran equiparar, ¿cuándo desaparecerá de la palabra comunista o trotskista o leninista su timbre de gloria, en tanto son el origen de tanta destrucción? Es cierto que no todos los cristianos ni todos los obispos han sido Torquemada, pero cada comunista que ha tenido el poder ha sido para atentar contra la humanidad. De ahí que sea legítimo preguntarse cuándo veremos a los viejos jerarcas comunistas pedir perdón.

Mientras tanto, los viejos totalitarios se las han apañado muy bien para hacer creer a todo el mundo que aquellos que denuncian sus crímenes son en realidad fascistas emboscados. Y lo que es más increíble, la gente sigue creyéndoles, por el momento.

Las escenas son desgarradoras siempre. Mujeres que lloran. Niños que ya no pueden ni siquiera llorar, con una manta echada por su cabeza y unos ojos claros mirando con infinita pesadumbre y misterio… Todo como mucho antes de la revolución, como en 1340, por ejemplo, cuando además el hombre viejo empezaba a levantar en Florencia el Renacimiento.

SI las cucarachas no fuesen tan esquivas y medrosas, si no salieran huyendo en cuanto se enciende una luz a meterse por las rendijas más oscuras como seres culpables, ¿nos resultarían tan repugnantes? De ser como los grillos, sociables y con un *bel canto*, ¿no las meteríamos en jaulas con un poco de lechuga? (Para el estudio sobre la misantropía).

DEJO las memorias de Alberti por imposibles. En la página 19, tercera de su texto, escribe: «era que mi abuela Josefa acababa de fallecer». Un poeta que escribe fallecer, y no morir, no sabe tras de

lo que anda. Como no quería tampoco sorprenderle diciendo sepelio por entierro, cerré el libro. *Requiescat in pace*. Fallecer, como decir esposa, a menos que haya ironía en ello, está bien para empleados y señores que van al teatro una vez al año, donde aprenden a hablar como lo hacen.

(…)

Es uno un hombre sin palabra. Con todo, estaba dispuesto a transigir, y volví a abrir el libro, hasta que dos páginas más adelante tropecé con «tías y tíos, también, los que celosamente consiguieron mi expulsión fulminante del religioso centro de enseñanza». Debe referirse a «colegio». Sin entrar en esa presunción de creerse ya desde muy pequeño lo bastante revolucionario como para merecer la persecución de los siniestros padres jesuitas. En el fondo es lo mismo: unos quieren la medalla de San Estanislao de Kotska o de San Luis Gonzaga y otros las de Lenin; unos se fabricaron una leyenda y otros la contraria, el que meaba agua bendita y el que meaba gasolina para quemar iglesias. Lo verdaderamente repulsivo es la medalla. Lo que representa la medalla es siempre lo mismo. Esto también debería estar al cabo de la calle para un poeta. Todo un poco apestosito. El hombre es el que tropieza tres veces en la misma piedra. Discretamente dejo el libro, pero sin dar portazo, como la segunda vez, aunque sé que no son tanto estas memorias las que pueden irritarnos pasajeramente, sino aquello sobre lo que se sustentan, la ortodoxia moderna y esa impunidad de alguien que aseguró, cuando se desmoronaron los regímenes soviéticos, que para él la Unión Soviética siempre existirá en el corazón. ¿Qué pensaríamos de alguien que sostuviese que el tercer Reich aún seguía vivo en su pensamiento y en sus afectos? Las memorias, por otro lado, literariamente no son nada más que eso, algo muy débil, algo insostenible, como la Unión Soviética.

ME parece que unos gorriones han hecho el nido encima de la persiana del balcón del salón, sobre el dintel. Les oímos reír todo el día y enfadarse y salir a dar una vuelta. Y su contento es el nuestro y su poca tristeza.

SOLO el que haya vivido en el campo y visto lo asustadizos que son los gorriones, que hasta los espantapájaros logran ahuyentarlos, podrá valorar el hecho extraordinario de ver cómo se posaban en los hombros de San Francisco. Seguramente no es más que una

leyenda. Pero es una imagen bellísima para significar la mansedumbre y bondad de un hombre.

ESTA mañana, con un sol esplendente que se desbordaba por el balcón abierto, entró, mientras desayunábamos, un vencejo. Las mujeres se asustaron y me tocó hacer el papel de Indiana Jones. El vencejo voló muy nervioso y no conseguía evitar las paredes de la casa, se chocaba contra ellas, y sonaban los golpes de una manera patética, caía al suelo, corría yo a recogerlo, pero levantaba el vuelo, para volverse a estrellar en la pared de enfrente, sin atinar con la salida. Me acordé de un soneto de J. R. J. sobre ese mismo asunto. Al fin, extenuado, llegó hasta el balcón. Se agitaba su pecho, pero no logró levantar el vuelo. Acercaste la mano y se encogió aún más. Pensaste que se habría herido en un ala, lo apresaste sin dificultades como si fuera un cachorrillo. Era un pájaro de extraordinaria belleza. Sus ojos negros y fríos te miraron sin miedo ni esperanza. Ni siquiera luchó para escapar a tus dedos, como hacen otras veces. Sacaba entre ellos su cabeza, como entre barrotes. Era negro, un negro muy intenso, una suma de negros diferentes. Te asomaste al balcón para soltarlo. Antes te dejó la mano perdida con un excremento amarillo limón. Fue como la ceniza del miedo. Y sentiste hacia él algo parecido al amor, cuando ya no estaba ni siquiera en el cielo.

HACIA las ocho de la tarde dijimos, de pronto, ¿por qué no vamos hasta Toledo? Cuando llegamos, al atardecer, la ciudad estaba vacía, todo, las plazas, los restaurantes, las calles de la judería. Había luna llena sobre el Tajo. El cielo estaba cuajado de vencejos, quizás el mío de ayer por la mañana, que tendían sobre la ciudad una red tupida y activa que tiraban, recogían y volvían a tender sobre las aguas como hacen con sus artes de pesca esos pescadores de las costas africanas. ¿No hay una leyenda según la cual Dios para crear los pájaros tiró una piedra al cielo? La ciudad tenía aún los toldos y colgaduras del Corpus Christi. Y se oían nuestros pasos siguiéndonos muy de cerca. Sensación de misterio, pero no de peligro, al contrario que en otras ciudades donde va uno por la noche con sensación de peligro, pero no de misterio. Y no queríamos irnos, esperando quizá que alguna de aquellas puertas bajas de un callejón se entreabriera de pronto y nos invitaran a cruzar el umbral.

EN los tres últimos días hemos ido a las Vistillas cada noche paseando, porque el calor se ha empezado a hacer sofocante. Antes de que se pusiera de moda, embarazada M. de R., íbamos también cada noche a cenar allí, aquel verano, 1980, en el que se instaló sobre Madrid una nube de polvo del desierto, como un toldo de color fuliginoso, ardiente e impenetrable. Llegábamos al chiringuito, estaba sin nadie, todas las mesas vacías, dos o tres parejas a lo sumo, bajo los chopos, un poco en vilo todo el mundo por si teníamos la fatalidad de ver tirarse a un desesperado Viaducto abajo. Eran cenas modestas, como de una fonda de pueblo, siempre lo mismo, una tortilla de patatas y unos trozos de pollo al ajillo. No había más. Vino y gaseosa. Los parroquianos eran también de clase modesta. El que vinieran las parejas allí a solventar o ratificar sus cuitas de amor, hacía al lugar silencioso y discreto. Algunos sábados se citaban uno o dos grupos de reclutas de permiso, vestidos de paisano, pero a quienes delataba su corte de pelo. Podía pensarse que meterían ruido y alborotarían, pero no, porque eran siempre gentes de la provincia a las que Madrid imponía un respeto.

Luego, a los dos o tres años, las Vistillas se pusieron de moda. Era imposible ir a ninguna hora. Fue cuando le amenizaban la cena a uno los de la tuna o unos rumberos, que no le dejaban a uno ni hablar, o tenía que hacerlo a gritos, para poder entenderse. Se multiplicó por cuatro la dotación de camareros que corrían sudorosos entre las mesas. El menú no cambió, quizá se ampliara algo, pero la base era la misma, y los modernos empezaron a encontrar de un casticismo divertido lo de comer pollo al ajillo, aunque en realidad encontraban mucho mejor el que el precio se ajustara a sus bolsillos.

Las Vistillas de estos días atrás estaban como siempre, con el suelo de tierra pisada, el temblor de las hojas de los árboles, el crepúsculo sobre la Casa de Campo, los azules del Guadarrama y enfrente la fábrica a medio terminar de la catedral de la Almudena, con ese aspecto funerario del granito recién pulido, con las aristas a escuadra y el color de los huesos. Hubiera estado bien que esa catedral no la hubiesen terminado nunca, porque entonces habrían plantado hiedras voraces que cubrieran todos los muros, por dentro y por fuera, y de una obra en marcha habría pasado a ser una ruina

en marcha, lo que en determinados proyectos es siempre más conveniente. Y esa catedral sin techo, viendo los vencejos entrar por los huecos de las ventanas en ojiva y volar entre los arbotantes como costillares de una nave naufragada hace años… eso habría sido bonito, con algunos *clochards* por allí y algunas fogatas, y algo también de prostitución y de ambiente.

Cuando estábamos cenando tranquilamente, como bohemios del año diez, vinieron unos músicos ambulantes. Empezaron con un *jazz* ratonero. Interpretaban una música desagradable y convulsa, pero peor todavía era la pena que daban. Cuando pasaron el platillo pensé que si echábamos unas monedas, para que se fueran, podrían interpretarlo de manera equivocada, y seguir un rato más, para agradecerlo. Me habría gustado ayudarles un poco, pero habría sido a costa del silencio que habíamos ido a buscar allí. Si hubiesen sido unos músicos que se dedicaran a decir a la gente que no hablara en voz alta y a desviar el paso de los coches para que no se oyeran, yo creo que habrían sacado mucho más, y yo estaría echándoles continuamente propinas. Tendrían que inventar unas máquinas que se pusieran en los bares, como las de los discos, y por un duro, conseguir que se hiciera el silencio, como si le quitaran el sonido a la realidad. En fin. No les eché nada. Al rato, ante la indiferencia de las quince o veinte personas, se marcharon y vino entonces otro, con un acordeón.

Empezó a tocar unas canciones tristes, melodiosas y asmáticas, que se balanceaban en el aire como las viejas gabarras del Sena, amarradas a la orilla. Todas las canciones de acordeón suenan tristes, entre la liturgia del armónium y la canción del suburbio y del apache, de modo que no sabe uno si hacer examen de conciencia o subir a la habitación con la suripanta. Cuando nos pasó la cestita de mimbre se la llenamos de monedas. Sonrió el músico, pero de una manera como si nos estuviera dando una mala noticia inevitable. Pobre hombre. Es cosa bien penosa tener que andar por Madrid como tuno de sí mismo, y lo natural es que a uno no le salgan ni sonrisas ni nada.

POR CIERTO, ayer tenía un rato libre, y releí por gusto *La Leyenda de San Julián el hospitalario*, de Flaubert. El estilista, el hombre escrupuloso para los detalles exactos, para las palabras justas, escribe: «La escarcha acuchillaba sus manos, la lluvia caía

por su espalda…». Todo el mundo sabe que si llueve no puede haber escarcha. ¿Entonces? ¿Estilo? ¿Lapsus de Flaubert? ¿Solemnidad para impresionarnos? Podía entenderse que Flaubert trataba en esa frase de reunir estaciones diversas, para dar mayor profundidad al plano temporal, como cuando decimos «de uvas a peras» o «los rigores del estío y los crudos inviernos». O una impresión transitiva, como sugiriendo que no se libraba de ningún rigor, fuese lluvia o escarcha. Otro buen trozo para el comentario de textos. Está sacado también de Flaubert. En este caso del cuento *Un alma de Dios*. La buena de Felicidad, la criada, decide ir personalmente hasta Honfleur para llevar su loro muerto. Le han dicho que un tal Fellacher, de Le Havre, es un buen taxidermista. Es invierno. «Las cunetas estaban cubiertas de hielo… detrás de ella un coche correo envuelto en una nube de polvo…». Señores críticos ¿es posible el polvo en medio del hielo? ¿No es el polvo un fenómeno de estaciones secas? ¿No tendríamos que pensar mejor en el barro, puesto que si había hielo en las cunetas hay que pensar en un barrizal en la calzada? ¿En qué medida estos detalles afectan a unas páginas por lo demás bonitas? Es obvio que en Flaubert no las han descubierto los críticos, pero ¿cuál es el mecanismo por el cual los críticos serían lo único que habrían descubierto en cualquiera que no fuese Flaubert? Les dejo, pues, con tan entretenido ejercicio. Mañana será otro día.

NIETZSCHE llamando a Schumann pequeño tal vez tendría razón, ¿pero de qué habrá de valernos esa razón si esa pequeñez nos sigue emocionando, es decir, conmoviendo? ¿Qué dice contra el amor el hecho de que la amada sea de baja estatura y de facciones poco agraciadas?

FRENTE a la casa de Las Viñas el tendido de la luz se comba entre poste y poste. En el último tramo las golondrinas han tomado la costumbre de venir a posarse en el cable, veinte, treinta, muchas. Muy de mañana. Da la impresión de que lo están sosteniendo para que no se caiga. O mejor, de que pinzan un trozo de cielo azul, puesto a secar del rocío temprano.

HOY, dos de julio, ha muerto Camarón de la Isla. La luna crece y los gitanos lloran.

AL salir de ver *Rif Raf*, de Ken Loach, estábamos sin habla, con el corazón en un puño. Es una película sobre el proletariado

británico. Obreros de la construcción en Londres, galeses, escoceses, *lumpen*, negros, medio presidiarios, insolidarios hasta la brutalidad, viviendo entre ratas, rodeados de miseria, trabajando en condiciones infrahumanas, haciendo más soportable la esclavitud de su trabajo con el alcohol y la droga de los fines de semana.

Fue como volver a pensar las cosas. Uno se olvida de ellas, cree que ya no hay obreros, solo porque no se trata con ellos. Ve uno por la calle un albañil, viene un carpintero a casa, y sabemos que existen, pero no son nada para nosotros, porque no les vemos haciendo las mismas cosas que nosotros, lo que les hace iguales: no les vemos comer, ni sentarse frente al televisor con una cerveza en la mano, ni discutiendo con su mujer, ni pegando a sus hijas. Sí, pegando a las hijas o discutiendo con ellas por un cuarto de hora en su licencia nocturna. Les vemos trabajar en nuestra casa, y creemos que su vida será siempre así. Pero lo que verdaderamente es descorazonador es sorprenderles cuando dejan de ser obreros para ser personas, la ratonera en la que están metidos, la condena que cumplirán hasta su muerte.

Esta mañana al levantarnos, hemos pensado los dos de nuevo en la película, bajo los efectos todavía de las fuertes impresiones recibidas, heridos por ellas, preguntándonos qué hemos hecho para que eso cambie. Qué podemos hacer, aparte de demagogias. Y uno sabe que solo hará algo a espaldas de todo eso. Y esa distancia aún es más dolorosa y triste. Llegar al corazón de gentes que sienten desprecio por lo que haces, o lo ignoran. Y saber, además, que todo lo que vale la pena sale de una minoría.

HAY grillos que parecen llevar el compás con el parpadeo de algunas estrellas.

¿CUÁNTAS cuartillas harían falta para escribir toda la vida de un hombre? En el cine, en la música, las obras se miden por tiempo. ¿Cómo se mide la literatura? ¿Cómo podemos medir la vida con palabras? ¿El metro Proust? ¿El metro Lampedusa?

LA mayor parte del arte contemporáneo no es sino fruto del desarrollo de las técnicas de publicidad. Y será tan efímero por eso mismo, porque cuando los valores que publicitaban cambien, los cuadros y esculturas que los publicitaban se quedarán viejos.

FUIMOS hasta Manzaneda. La vieja ermita, el prado que hay frente a ella, la cerca de piedra y dentro, a unos cincuenta metros,

el caserío también de piedra, apenas entrevisto, con sus galpones y establos. Es llegar a ese lugar y es notar por dentro como las capas de una tristeza consuntiva y vegetal. ¿Por haber nacido en aquella casa? ¿Por habernos ido de allí? ¿Por haber vuelto?

Hacia 1955 nuestro abuelo vendió esa finca y la casa a unos belgas, que confesaron comprarla por sis en Europa se desataba otra guerra, para refugiarse en ella. ¿Eran judíos, fueron acaso colaboradores de los nazis? Tenían otros negocios en Ucrania, rebaños de ovejas karakul y astracanes. Pusieron al frente a un guardés belga también. Se hizo popular en la región. Era joven, pelirrojo, fuerte, con la piel blanca y ojos claros. Aprendió el idioma y se casó con una lugareña, pero no debió de ser un buen administrador. Los dueños jamás venían. Dedicaron la finca al monocultivo del lúpulo. Sembraron las tierras de postes de cuatro o cinco metros perfectamente alineados e hicieron crecer de los alambres la enredadera del lúpulo. En septiembre todo el valle olía a esa planta trepadora, un olor seco e intenso a cerveza, exótico y afrodisíaco. Hace poco nos contaron que la finca padecía una o dos hipotecas de los bancos, que la habían vendido para que construyeran en el lugar un parque acuático.

Al principio me dije, ¿qué me importa a mí? Yo he muerto hace mucho tiempo para este lugar. ¿Qué me importa que destruyan uno de los parajes más hermosos de la provincia? En la pradera frente al santuario harían un aparcamiento de coches y autobuses, para recibir a todos los que vinieran de León. Un Acuapark en una tierra como esta, que da las temperaturas más bajas de España todo el año y que solo tiene doce días de verano, del día de Santiago al de la Virgen de agosto. A partir de ese día hay que dormir con una o dos mantas y meterse en una chaqueta de lana a partir de las ocho de la tarde. Y quizá fuese eso, saber que estaba mirando por última vez aquel lugar, que cuando volviera ya no reconocería nada. Me disponía a salir definitivamente de mi infancia, una expulsión del paraíso en toda regla.

Por otro lado estaba el campo como muy pocas veces lo hemos visto, como yo casi ni recordaba. Me decía, míralo bien, todo verde, el aire lleno de pájaros, una brisilla perfumada con las flores silvestres, a veces el humo muy lejano de una cocina de leña. Todo esto ha acabado. Subimos al monte verde que hay por encima del

santuario, tomamos una vereda entre los robles y anduvimos durante una hora por aquellas soledades en las que solo los pájaros nos hacían compañía, y unas mariposas pequeñas que nos escoltaron a uno y otro lado.

De vuelta me senté en lo alto de aquella verde colina. Abajo se veía en primer término el santuario y un poco más allá, el caserío. No había nadie. Creo que ya ni siquiera viven en él, aunque los dos mastines, sueltos, mantenían aún una apariencia de vida en tanto que había una evidencia de peligro. Hacía una de esas mañanas frescas de León. Las altas acacias del santuario tapaban la torre, pero no la vista de la casa. La brisa caía sobre las hojas, pero no las sepultaba. El corazón se elevaba, pero no se perdía.

Esa casa la levantó mi padre, sobre la vieja casa que se perdió en un incendio que provocó un cortocircuito. Muchas veces hemos oído relatar la historia de aquella desgracia. En unas horas se quemó todo. Hubo que volver a levantarla. Buscaron obreros que supieran cortar la piedra y bueyes que las traían del río y de una cantera. Es una casa como las del país, de piedra rodada y mampuesto, de dos pisos, con ventanas pequeñas y armoniosas… A un lado se alineaban los tendejones, las cuadras y el establo, lo mismo que una tejavana en la que se veía metida leña, a continuación una gran explanada y por último la vivienda propiamente dicha.

Yo la he visto siempre desde ese altozano, jamás he entrado dentro. Es muy extraño ver dónde has nacido sin poderte acercar, como mirar a una madre tras los barrotes de la ventana de un hospicio. Cuando se acerca uno, ladran los mastines, y solo cuando uno se aleja logra que se tranquilicen. Desde que la vendieron mis padres no volvieron a entrar, o al menos estando yo con ellos. De modo que estuve un buen rato contemplándola, despidiéndome de ella en lo más íntimo, mientras respiraba aquel aire perfumado de tomillo. Un poco más allá había una gran retama florecida, parecía una enorme llama de fuego, y también mandaba sus suaves efluvios, como evacuados de allí por las alas de las abejas que laboraban sin descanso sobre los racimos amarillos.

Y, claro, ante mí, hasta la lejanía, el panorama de la Vega. Julio es el mes de esta tierra. Tiene todo el aspecto de un templo floral, levantado a una deidad antigua. Los chopos tienen algunos más de

quince metros de alto… Crecían en las orillas de los regatos lirios amarillos, y en los altos cerros un tomillo perfumado florecido también con pequeñas flores blancas, los cerros desde donde los del maquis vigilaban los movimientos de mi padre, desde donde bajaban con sus metralletas soviéticas a buscar ropa y víveres, para después desaparecer de nuevo en el monte…

Mientras permanecí allí yo solo, en la Arcadia de mi infancia, oía cómo los niños estaban jugando junto a la fuente. M. se había ido a buscar flores silvestres. Al poco pasó delante de mí una avutarda, voló lejos una cigüeña y un milano, y a todos los anteriores perfumes corrió a sumarse uno más universal aún, uno como que los envolviera a todos ellos sin destruirlos, conservándolos en lo que eran, el cofre de todos los perfumes, el de la hierba recién segada, tumbada en haces, secándose sobre los pequeños prados.

Luego seguimos nuestro camino hacia Ruiforco. Carreteras estrechas, continuamente interrumpida la marcha por rebaños de ovejas y, sobre todo, por las soñolientas vacas del país, que tienen la fantasía de levantar el rabo en cuanto ven un coche y ponerse a cagar unas boñigas que quedan en el suelo como tortas calientes echando vaho.

Y así con todo, todo lo que uno ha sido de niño, en cada revuelta del camino, temblando en cada una de las hojas de los álamos y chopos, flotando en el aire sin otro sostén que el de su propia voluntad y el de una cierta y pagana providencia.

SI no fuese una imagen en exceso bella e inapropiada para muchas de esas personas, se diría que el brillo que parecen tener algunas de ellas no es sino un resplandor referido, como el que la luna recibe del sol. Si se les apartase de la órbita de esos astros, periódicos, poder, dinero, medios de comunicación, no serían más que un pedazo de roca frío y muerto. Pero la comedia humana a menudo está sostenida sobre los satélites, y el astro apenas amanece.

NATURALMENTE si un día descubriera en el Rastro o en un anticuario de pueblo, pongo por caso, el documento irrebatible según el cual quedase probado que Cervantes prevaricó y se apropió de dineros públicos, lo rompería en el acto, sin el menor titubeo, sin comunicárselo a nadie destruiría esa prueba. Lo mismo que aquella

que hiciese irrebatible su condición de judío o de sodomita o de cualquier otra particularidad escandalosa, pues de no hacerlo así estaríamos condenados en los próximos dos siglos a tener que oír un gran número de tonterías, en detrimento de su obra. Preferible la situación equilibrada de ahora, en la que fuera del ámbito inane de los académicos, no se habla ni siquiera de ella.

HACE un rato que se marchó M. para Madrid y nos hemos quedado solos. Quizá por ello haya venido a este cuaderno para contar en él algo de lo que fueron estos últimos días. Podría no anotarlo, pero con los días se hacen los años, con los años, la vida, y todo el mundo tiene en la suya momentos de transición. Tómese este como uno de ellos.

Antes de venir a Las Viñas estuvieron los carpinteros alargando las estanterías de la biblioteca del pasillo, porque las que había, congestionadas desde hacía tiempo, se habían quedado pequeñas. Después de eso hubo que ordenar de nuevo todos los libros, tres días completos, con interrupciones de comidas y sueño, como en un relato kafkiano. Era como si no se avanzara nunca. El suelo estaba lleno de montones informes de papel. A veces me veía con un libro entre las manos, me quedaba mirándolo, me traía recuerdos, trataba de acordarme de su argumento, o experimentaba una súbita alegría porque ni siquiera me acordaba de que lo tuviera. También pensaba que de todo aquello, que era la labor de una vida de búsqueda, no quedaría nada si yo desapareciese en ese momento. También me decía que con una décima parte de todos aquellos libros me bastaría. ¿Qué ocurriría si tuviese que marcharse uno del país al destierro, al exilio? ¿Por qué apoyarse tanto en esas cosas? Benjamin llevaba solo una maleta, antes de morir. ¿Cuáles eran los libros de Pessoa? ¿Los arrastraría de pensión en pensión? ¿Haría lo mismo Baudelaire? ¿Cuántos formaban la biblioteca de Antonio Machado? ¿Cincuenta, cien? Tras la guerra, Juan Ramón apenas tenía libros consigo. En realidad, ¿con cuántos libros puede vivir un hombre? Creo que si tuviera que hacer una reducción drástica podría sobrevivir con cinco o seis, libros inagotables, y una colección de poesías. ¿Por qué no empezar ya? Un día, hace años, leí que el poeta Gil de Biedma contaba que él vendía todos los libros al librero de viejo. Eso era verdad, porque yo había visto algunos, uno de ellos de X, que se lo dedicaba llamándole «fraterno

amigo». Pero eso me daba igual. Recuerdo que me irritó que dijera que jamás tendría en su casa por encima de cinco mil libros, que todo lo que sobrepasara esa cifra era algo antinatural. Aquello me rebeló. Por entonces yo acababa de alcanzar aquella cifra con un gran esfuerzo y no pensaba deshacerme de una sola de aquellas obras tan penosamente reunidas. Y sin embargo cada día está uno más cerca de esa sabia determinación. Incluso habría que ir reduciéndola aún más, hasta dejarla en mil o mil doscientos. Y digo mil doscientos, porque esos doscientos son muy importantes, seguramente los más importantes.

Ahora bien, yo no sé si seré capaz de llevar a cabo una degollina de tal magnitud.

Uno se acostumbra a los libros, porque le acompañan, porque le defienden, porque le esperan. No me imagino a Baroja sin libros, sin miles de libros, pero tampoco me imagino a Machado con más de quince o veinte metidos en el cuarto de su pensión. Uno, que no es ni uno ni otro, anda en un término medio.

Con los míos hace unos días iba haciendo tres montones, los que había que volver a colocar, los que traería al campo y los que se irían al librero de viejo.

Cuando este se llevó por fin su parte, la casa parecía más ligera, no se notaba mucho, pero en aquellas veintisiete cajas se iba sobre todo mucha vida de uno, libros viejos que habían sobrevivido a otras purgas, libros que uno compró pensando que le servirían para no sé qué novela que jamás se escribió ni se escribirá nunca, libros que a uno le gustaron en la juventud remota y que hoy nos avergüenzan como repensar en el amor que sentimos por algunas mujeres, y esos eran los primeros libros que uno metía en el fondo de las cajas de cartón para que ni siquiera el librero de viejo, que es un buen amigo, sospechara de nuestras pasadas perversiones, libros de *razzias*, libros de batallas, libros de derrotas, libros de tregua…

Luego estaban los libros del campo, autores enteros sobre los que uno no se atreve a dar un paso irreversible. Tras las purgas, las deportaciones, el gulag. Confía uno en que allí puedan redimirse, que un buen día, una tarde de verano, una de esas tardes que tan bien conocemos, agobiantes y pesadas, volveremos a tomar uno de esos volúmenes, y nos revelará los encantos que en Madrid no supimos encontrarle. Quizá también porque en el campo se vuelve

uno a un tiempo más relativista y menos intransigente, después de comprobar lo efímero que es todo. J. M. me contó un día que hacía uno o dos años había empezado a comprar de nuevo los libros de dos o tres escritores que había vendido por creerlos faltos de interés, pero que la lectura casual de uno de ellos le había decidido a reconstruir esa casa que él mismo había desbaratado. ¿No es todo rarísimo?

Como se ve, esto no es más que una Torre de Babel, proyectada por Penélope y al mando de un Josif Stalin.

A partir del segundo día empezó todo a tener otro aspecto, los libros aparecían perfectamente alineados, sin sobresalir un milímetro de su balda correspondiente, y en ese punto la biblioteca pareció muerta. La verdadera cultura nace siempre de cierto desorden, al contrario que la justicia.

(…)

El otro día interrumpí mis anotaciones en ese punto, ha pasado ya una semana, y no creo fácil que vuelva sobre ellas. También la vida tiene ese ritmo. Estábamos con un pensamiento, pasa una mosca, el zumbido de su vuelo nos distrae, imposible retomar el hilo, no solo porque hayamos olvidado lo que estábamos pensando, sino porque eso, tres segundos después, dejó de interesarnos para siempre.

Hoy fuimos a esperar a M. a la estación de autobuses. La semana se ha ido en algunos trabajos de jardinería. M. llegó con cargamento de periódicos, revistas y cartas. Algunos artículos sobre el caso Enrique Ruano, aquel estudiante que apareció un día muerto en el fondo de un patio de luces. La policía mantuvo entonces, primeros años setenta, y luego, sin desmentirse, que se había tratado de un suicidio. Así lo difundieron muchos periódicos, entre ellos alguno en el que ahora se escriben unos editoriales preciosos sobre la democracia y los derechos humanos. Otros se han sumado a la iniciativa de la familia para reabrir el caso y restituir la verdad, que no es otra que constatar que se trató de un asesinato.

Tal vez a la tragedia de perder a un hijo o a un hermano o a un novio venga a sumarse esta otra, de tintes griegos, de tener que reabrirse cada mañana la herida, sin poder cerrarla, enloqueciéndose cada minuto por un dolor que no ha de remitir, al igual que les ocurre a los insomnes a quienes la imposibilidad de

conciliar en paz el sueño les lleva a la desesperación.

Al fin, es posible que sienten en un banquillo a los criminales, pero ¿les compensará la restitución de la verdad, sabiendo que ninguno de ellos podrá ser condenado legalmente, por haber prescrito su delito?

Es fácil imaginar la tortura de esa familia durante todos estos años, pero ¿qué ocurrirá si la justicia determina que esos hombres no lo asesinaron? No será aún más amarga su pena. Hay asuntos que los jueces no tienen el menor derecho a juzgar, de la misma manera que hay psiquiatras que no tienen la menor competencia sobre la cabeza de algunas personas. ¿Qué pensaban estos jueces en 1968? ¿No fueron muchos de ellos abiertos partidarios de la dictadura o de aquello que se llamó «la mayoría silenciosa»? ¿Tiene competencia un juez que ha sido fascista para juzgar y condenar por fascistas a sus colegas de la policía?

En Valladolid vivimos un caso parecido. Un muchacho, compañero de la Joven Guardia Roja, al que la policía interrogaba torturando, se arrojó por una ventana en un descuido de los simpáticos inspectores. De las heridas quedó paralítico, en una silla de ruedas. Recuerdo también la reunión en la que, pese a conocer la verdad, se acordó, con la discrepancia de algunos camaradas, propagar la noticia de que la policía le había defenestrado, y ello por dos razones: 1.ª, porque ningún miembro de la Joven Guardia Roja se intentaba suicidar, ya que el suicidio era contrarrevolucionario, como muy bien habían determinado Marx, Engels, Lenin, Stalin y Mao, manes protectores de la JGR, y 2.ª, porque la rentabilidad política era mucho mayor de ese modo que con la otra versión.

Los dos casos, el del estudiante Ruano y el de nuestro camarada, vienen, pues, a ser uno y el mismo. Habría que sentar a muchos en el banquillo. Pero ¿seríamos justos si no los sentáramos a todos? ¿No habría que sentar también a todos aquellos periodistas que escribieron unas cosas increíbles contra la subversión comunista, adulando al Caudillo y recordándole cada mañana lo mucho que había hecho por España y la deuda que la patria tenía para con él?

Por eso es mejor, me parece a mí, mirar ya hacia otra parte, y hacer la obra lo más lejos posible de todo aquello, de todos aquellos, si es que puede hacerse una obra que no sea eso

justamente, como cuando los que perdieron la guerra o la ganaron, se pasaron otros cuarenta años perdiéndola o ganándola cada día, sin poder hablar de otra cosa. Eso, o hacer directamente literatura, ganar nuestras batallas políticas en las novelas.

EL famoso soneto de Góngora a Córdoba. Ejercicio de retórica. Pruébese a traducir a una lengua no romance. El inglés estaría bien. De esta traducción inténtese verterlo de nuevo al español sin tener en cuenta, naturalmente, el original. Lo que quede de él perdidos ya ritmo y rima, eso alquitarado y pasado por el helado serpentín de las versiones, será lo que reste de poesía, y veremos que cualquier diputado dice cosas más hermosas de su pueblo cuando quiere ganar unas elecciones a Cortes.

DE todo lo que ha ido saliendo este año (centenario de Benjamin) nada tan conmovedor como tres cartas de su exmujer Dora al amigo íntimo de Benjamin Gershom Scholem y que se publicaron antesdeayer en un periódico.

La primera está escrita bajo la impresión de la muerte de su exmarido. Se ve a una mujer inmovilizada por el dolor, escéptica y amarga: «Esto te sorprenderá», le dice, «porque yo ya no formaba parte de su vida, pero él sí que formaba parte de la mía».

En otra se lamentaba de no tener «nada de él, ni un retrato, ni un libro, nada en absoluto. Todos mis libros han sido destruidos».

Es curioso observar cómo el tiempo, y solo el tiempo, va encomendando a los muertos más oscuros —Kafka, Pessoa, Benjamin— la responsabilidad de explicarnos su siglo. Y lo hacen con una brillantez a veces milagrosa, pese a verles arrinconados en su decorosa pobreza. Como si se le pidiera a los cartujos que nos dieran una visión del mundo moderno.

La sombra de Benjamin ha ido viendo cómo sus obras *decían* un espacio ocupado ayer por otro sentir y otras palabras. Las suyas han ido desplazando a las otras sin violencia ni abuso, con la misma suavidad con la que en las tierras de Egipto se asienta el limo feraz. Cuanto más altas las crecidas, más revueltas bajan las aguas, y menos poder de fecundación dejan sobre el suelo.

No es ni siquiera achacable al propio Benjamin que muchos de sus escritos sean sencilla y llanamente ininteligibles (pensemos en su *Origen del drama barroco alemán*), ocurre con muchos, sino que como siempre sucede, hay que buscar en los creadores el campo de

luz o el «aura» que ilumina una época, no las sombras que esta misma luz origina de manera natural, y en las que a menudo parasitean los filósofos que se mueven por ese cieno residual (no confundir con el limo) como pez en el agua.

El empeño de explicarnos el presente no tiene que ser nunca una partida de ajedrez, por lo demás irresoluble. Hay que aislar el mal que hace que seamos unos seres insatisfechos no tanto por darle nuestro nombre a la dolencia como por encontrar un remedio que ponga nuestra vida un poco más arriba de las aguas crecidas. Nuestra pobre época atraviesa días de una lasitud vergonzante. No pide uno que sobreviniera una guerra. Con el balcón de Yugoeslavia abierto cada día sobre nuestras bien abastecidas mesas, desde la televisión, es suficiente como para desear que tal pesadilla venga con nosotros. Pero antes los hombres soñaban y tenían, por tanto, pesadillas. Hoy esos sueños los tiene por nosotros la televisión, como también las pesadillas. Pero sería conveniente, para fortalecer nuestra alma, tratar de cerca la naturaleza humana. Esta visión pesimista del hombre de nuestro tiempo no será convincente para algunos, pero para todos los que hoy abanderan el nombre de Benjamin (ayer enarbolaron con la misma pachorra el de Sartre), tiene que serles oportuna: el hombre moderno que defendió él murió en 1945. ¿Qué es, pues, el hombre que conocemos ahora? Modernidad… La propia palabra tendría que hacernos sonreír.

«Articular históricamente el pasado no significa conocerlo como realmente ha sido. Significa apropiarse de un recuerdo tal y como relampaguea en un momento de peligro» (W. B.), lo que quiere decir que «solo en situaciones históricas de crisis y mediante la reflexión sobre sus momentos específicos de peligro es posible retener una imagen verdaderamente del pasado».

REGLAMENTOS y ordenanzas son propios de cuarteles y academias, donde la gente es tan idiota que piensa que los ascensos remedian algo.

EN cuanto condecoran al soldado por una acción heroica, le invitan a beber en el bar de suboficiales, con el secreto propósito de que el alcohol le restituya a la vulgaridad de donde procede, y a ser posible, que le devuelva al patio de armas, para allí arrancarle los galones públicamente por conducta impropia en un soldado laureado.

QUE los militares simbolicen sus grados por estrellas es uno de esos misteriosos sinsentidos de la vida. Los poetas del mundo deberían acordar en una asamblea mundial la prohibición de su uso para fines bélicos.

ESCRIBIENDO el prólogo para *El Angelus* de Jammes, he tenido que recurrir al *Petit Larousse Illustré*. Se trataba de una de esas palabras de las que Jammes gusta, sencilla, singular, algo exótica… una pequeña flor que crece en la región del Bearn. Ese diccionario es el único con que contamos en el campo. Debería tener el *Littré*, que usaba tanto Ponge. Pero no llega uno a ese refinamiento. El *Larousse* es de 1912 y es como deberían ser todos los diccionarios, en cuarto, voluminoso, como el Código Penal y cuajado de miles (aquí se declaran 5600) de grabados al acero, con los asuntos más varios, desde una página dedicada a las llaves de la esgrima, a otra en la que se ven, con colores ya muertos, las banderas de Europa antes de la gran guerra. Por curiosidad y ociosidad me entretuve en algunas entradas biográficas en la parte final del diccionario, dedicada a Geografía e Historia, que va de la página 1100 a la 1664, a dos columnas por página y con tipos del 7 y del 6.

Baudelaire (Charles), *poète français, né à Paris, auteur des* Fleurs du mal, *poésies souvent étranges, mais forme savant et curieusement trauaillée*
d'une
.

Verlaine (Paul), *poète français, né à Metz; auteur des* Fêtes galantes, *de* Sagesse, etc. *Écrivain déconcertant, à la fois subtil et naïf, mais remarquable puissance*
d'une
d'expression
.

Rimbaud no viene, Mallarmé tampoco, lo cual tampoco es tan grave.

Los grabados al acero tienen un aire ingenuo y expresivo, tal vez más gráficos que las ilustraciones fotográficas de los diccionarios modernos. Pero nadie querría comprar una enciclopedia con dibujos hechos a mano.

La página de los pabellones o banderas del mundo es deliciosa,

cuando en el mundo había setenta naciones, ni una más. Admirar lo que a nuestros abuelos admiraba, una lente de aumento, un piróscafo, una colmena según las nuevas ciencias de la apicultura, los escudos nobiliarios…

Ayer, hablando de unas fincas de caza, salieron a colación las que aquí al lado, a nuestras espaldas, tiene el conde de Cartago. Ese sí que es un buen título. Por un título así, y de no poder ser Marqués de la Comuna, me gustaría ser monárquico. ¿De dónde provendrá? ¿De las Cruzadas? Si yo fuera Conde de Cartago me haría imprimir papel de carta con una leyenda clara y una corona con las puntas justas. Y en las tarjetas nada más que ese título, sin dirección ni números de teléfono, EL CONDE DE CARTAGO. Si Dios se hiciese unas tarjetas las haría también muy parecidas. *Ah, insensé qui crois que je ne suis pas toi*, decía Victor Hugo.

NOS dio la noticia M., que la trajo de Madrid. L., nuestro buen vecino del tercero, se murió el otro día. En una casa como la nuestra, donde solo diez personas se reparten los cinco pisos, sin contar a la portera, que no es humana, sería abusivo asegurar que se trata de una gran familia, porque no sería verdad, pero entre todos se ha establecido como una cordialidad quizá imposible en otras comunidades.

Hasta que nacieron nuestros hijos, él y yo éramos los únicos hombres de la casa. Me lo hizo notar un día. Se le ocurrían cosas como esa, en las que nadie repararía nunca. Quizá me lo dijo para que me fuese haciendo a la idea en caso de tener que apencar con una invasión de bárbaros y de que tuviésemos ambos que defender a las mujeres de sus tropelías. Era un hombre encantador. Al final de todo, estos últimos meses, daba lástima verlo. La cara se le había llenado de unas manchas como de café con leche y otras, en cambio, se le habían sonrosado. Tenía el semblante como un mapa de continentes y mares, un poco de camuflaje. El borde de los ojos, hinchados e inexpresivos, estaban siempre como llenos de agua, con las mucosas rosadas también. Sabía que vivía el declive, la disolución; yo le decía, te encuentro muy bien, pero meneaba la cabeza y aunque no llegaba a quejarse, su actitud era de total entreguismo.

Pobre hombre. Esas últimas veces que me lo encontré en la escalera hacía todos los esfuerzos por aparentar que se encontraba

bien, incluso mejor. Se ponía contento, como un niño, pero la cabeza se le iba a los dos minutos y sus piernas le ayudaban poco a subir los peldaños, que se le multiplicaban inmisericordes. Cuando se cruzaba con mis hijos quería echarles mano para acariciarles el pelo y revoltijárselo un poco, pero ellos, más gamos, saltaban y le dejaban palpando el aire. ¡Cómo crecen!, exclamaba con infinita nostalgia y admiración, y mezclaba en la frase la alegría del que ve crecer fuerte y sano a un animalito, y la melancolía de la decrepitud.

Cuando nos encontrábamos en la escalera yo le preguntaba siempre: ¿Qué tal? Se encogía de hombros y durante unos instantes podía verse a cámara lenta su pensar, su discernir si me contaba la verdad y el relato pormenorizado de sus sufrimientos e incapacidades o si por el contrario optaba por un convencionalismo agradable. Terminaba por articular un indefinible ¡humm!, de amplia interpretación, y se encogía de hombros acompañándolo todo de una sonrisa vaga y triste. Ya no salía de casa. Era raro verle fuera. A su mujer, por el contrario, me la encontraba a diario, en la tienda de ultramarinos, cargada de bolsas que le doblaban la espalda, en la panadería, en el descansillo de la escalera, buscando como yo en nuestros buzones vacíos… Me pasaba el parte diario y era muy penoso escucharla, pues la agonía de ese hombre estaba siendo muy patética y aflictiva: se le iba la cabeza, se le olvidaba comer, decía tonterías, y por la noche se tiraba de la cama y había que levantarlo. Ella, que es una señora pequeña y frágil, no podía hacerse con él, y yo la veía cada día más encorvada. «Me va a matar con este suplicio», se quejaba de pronto con un fondo de desesperación y de resentimiento, pero al pronto se daba cuenta de un comentario tan antinatural y egoísta y se disculpaba, suspirando y levantando los ojos al cielo, como para reclamar en esas instancias paciencia y resignación…

Hace cuatro años o así, una noche, a las dos de la mañana, sonó el teléfono. La verdad es que no me asusté, porque pensé que se trataba de M., que me telefoneaba desde el Japón, donde llevaba ya más de dos semanas. Fueron unos días muy raros, porque yo pensaba siempre que cuando me levantaba, ella se acostaba, y que no había un solo instante en el que ambos pudiéramos ver un trozo del mismo sol. Son esas las cosas extraordinarias que se fijan a la

memoria. Pero no era ella. Nuestro dormitorio está justamente encima del suyo, nosotros en el cuarto piso y ellos en el tercero, una de esas alcobas llamadas italianas. Algunas noches, cerca de la madrugada, nos despertaban sus gemidos y súplicas para que todo acabase de una vez, lamentos de una aflicción desgarradora, y oíamos también cómo su pobre mujer trataba, en todos los tonos, desesperada, primero, de consolarle, le pedía paciencia también y resignación, pero a veces a la mujer le entraba al mismo tiempo el desespero y la angustia y le decía que no podía ser y que no tenía consideración para con nadie, que era un niño, en fin, esas cosas que se dicen a los enfermos. Nuestras casas son viejas, tienen los muros anchos y los techos altos, pero en medio de la noche esas palabras de congoja y tormento se oían, porque son esas precisamente las palabras que se oyen antes que ningunas otras.

Esa noche, antes de que sonase el teléfono yo había oído como en sordina las voces acostumbradas de la madre y la hija, y las del enfermo, gemidos sostenidos llenos de lástima y desasistimiento, pero no pensé que la llamada podía provenir del piso tercero, porque jamás habían llamado hasta entonces pidiendo socorro. Comprendí al punto la gravedad de la situación, e hice ver que no me despertaban, que estaba al tanto de todo, y le pregunté por su padre. Entonces me pidió que bajara porque se estaba muriendo en medio de unas convulsiones espantosas y ni ella ni su madre eran capaces de sujetarle para evitar que se tirara al suelo.

Me puse la bata y bajé. Era en invierno. También me acuerdo de esto, porque hacía una semana que había caído el muro de Berlín. Es lo que decía antes de la memoria, las cosas que va ensartando en su rosario, cuentas heterogéneas, una detrás de otra.

Me esperaba la hija en la puerta. Es una chica encantadora, muy joven, con unos ojos verdes preciosos, dulces y verdes, delgada, pequeña y frágil como su madre. Es una buena chica, terminó la carrera de derecho y se puso a ayudar a gentes del arroyo, choricillos y rateros de poca monta, siempre jóvenes, con la ilusión de redimirlos del hampa. Lo hacía por solidaridad, convencida de su reinserción. No sé si lo sigue haciendo. Seguramente. Cuando me encuentro con ella en la escalera le pregunto por sus pequeños golfos, y ella me cuenta alguna vez cosas de ellos y de las causas que sigue en los juzgados. Entonces me gusta escucharla, y no doy

muestra ninguna de impaciencia, pero cuando llegamos al portal o a la puerta de su casa, nos despedimos siempre, según bajemos o subamos, nunca hemos alargado más nuestras confidencias.

Estaba en la puerta, desencajada, a punto de derrumbarse. Ella adoraba a su padre, lo quería con verdadera locura, le hacía carantoñas, lo trataba como a un niño a quien se le dieran esperanzas de que pudiera llegar a ser también un novio. Era una maravilla verles juntos, el padre tan orgulloso de su hija, y su hija, colgada de su brazo, presumiendo de padre.

Me pasaron al dormitorio. Me sorprendió ver un dormitorio que era igual que el nuestro, al menos las paredes, las puertas, todo, solo que dispuesto de otra manera y con muebles diferentes. Era como una vida nuestra, de otra forma, y esto confieso que resultaba inquietante. Estábamos los tres en pijama, con nuestra batas, con los pelos en desorden, con la expresión alterada de quien ha sido sustraído del sueño de forma violenta, y esto daba un aspecto extraño a la escena.

La habitación olía toda ella a ese olor acre de los medicamentos cuando se combina con el del sudor de un enfermo, impregnado de toxinas medicamentosas y virulentas, frío sobre unas sábanas revueltas. Y allí estaba el pobre L. El cuadro era patético, gritaba, quería arrancarse la chaqueta del pijama y arrojarse al suelo, daba unos vuelcos violentísimos con el cuerpo y agitaba a un lado y otro la cabeza, con sacudidas que amenazaban arrancársela del tronco. Había que sujetarle los brazos y las piernas. Parecía mentira que un hombre viejo que se estaba muriendo en medio de tales ataques sacara aquellas fuerzas que incluso a mí me costaba mantener a raya. Tenía los ojos desencajados y miraba todo con una expresión de espanto angustiosa, sin reconocer nada ni a nadie. Pero no siempre era así. Estos accesos le duraban unos tres o cuatro minutos, luego recuperaba la consciencia, se tranquilizaba, respiraba hondo, dejaba la cabeza tranquila sobre la almohada e incluso pedía que le dejáramos, que ya se encontraba bien. La mujer me miraba a mí dando a entender que el pobre desvariaba. En la primera de estas treguas, me reconoció y se puso muy contento, hombre, Andrés, me dijo, tú por aquí, qué alegría. Como si nos acabáramos de encontrar en la escalera. ¿Qué tal, decía, has venido a dar una vuelta? ¿Qué tal van esos libros? Has tenido un éxito

enorme, ¿no?… Podía producir incluso un poco de risa, como cuando hablan los locos y dicen cosas graciosas o fuera de lugar, lo que produce, sí, una tristeza muy honda, sin dejar de producir al mismo tiempo una hilaridad inocente, sin malicia. Eso que hemos dado en llamar los españoles «reír por no llorar». Qué tal, qué tal todo, y me preguntó muy excitado por M., por los chicos, pero también me preguntó cosas disparatadas, si nos íbamos a Ribadeo y para cuánto tiempo, y si me habían dado ya un nuevo destino de fiscal, seguramente porque de pronto me confundía con su hijo, que es fiscal, y le decía también a su hija, anda, tráele algo para beber. Me decía, ¿quieres algo?, ¿quieres un *whisky*? Pero cuando ya creíamos que había pasado todo, arreciaba en un nuevo ataque. Cuando este se repitió tres o cuatro veces, con sus respectivas mejorías, yo dije que había que llamar a un médico de urgencia o llevarle a un hospital, porque el cuadro era alarmante. Entonces las pobres mujeres, asustadas, me confesaron que ya le había visto un médico a las once de esa noche y que le había recetado unas pastillas, porque era un ataque de hiperglucemia, y que no se podía hacer otra cosa que esperar. El caso es que volvimos a llamar de nuevo a urgencias y esperamos a que llegara el nuevo médico, atendiendo como podíamos al enfermo. Se nos hacía eterna aquella espera. Las mujeres me pedían cada dos minutos perdón por haberme levantado, casi a punto del llanto. Se sentían solas, indefensas, aniquiladas, sufriendo en ellas el dolor de aquel hombre al que querían, que era para ellas toda su vida, pero sin pensar en nada, solo en salir de ese paso horrible, en ver amanecer aquella noche eterna. Llegó el médico, se le explicó de lo que se trataba y vio con sus ojos el ataque. No decía nada, no hablaba, se limitó a abrir el maletín y sin informarnos de nada le puso allí mismo una inyección. Nosotros le preguntábamos qué tenía, pero el médico jugaba con los silencios para hacerse el interesante. Cuando al fin el enfermo pareció sedado y sumido en el sueño, se rebajó a informarnos que tales ataques se debían a una bajada de glucosa y que le había inyectado algo para subirle el azúcar. Las mujeres dijeron que eso no podía ser, porque el médico que había venido a las once había dicho lo contrario, que era una subida de azúcar, y que lo que había que hacer era bajársela. El médico se encogió de hombros y nos preguntó si nosotros le veíamos tranquilo, ¿no?,

pues que a él no le viniéramos con cuentos, y que él del otro médico no sabía nada. Se fue el médico y nos quedamos junto al enfermo, ya dormido, unos minutos.

Es curioso. Yo por entonces ya llevaba este diario, pero no escribí nada en él de todo lo sucedido esa noche. Solo ahora, que han pasado los años, puedo hacerlo con alguna presencia de ánimo. En aquel entonces estuve sugestionado con aquella escena durante semanas. Me despertaba en medio de la noche, como si el agonizante fuese yo. Si oía ruidos en el piso de nuestros vecinos, me despertaba igualmente y me ponía a la escucha. Se conoce que los espíritus impresionables no podemos llevar un diario en condiciones, y que hemos de dejar que los recuerdos se posen y literaturicen un poco, como los vinos.

Desde aquella madrugada se estableció entre nosotros un vínculo de solidaridad. A mí en el fondo me gustó que me llamaran pidiendo auxilio. Desde luego no fue algo agradable, pero me hizo un poco más persona, porque vi que eso era algo muy real, ese dolor, y luego, esa noche en vela, quién sabe si presagio de la muerte que a uno le espera en otra noche, igualmente absurda, a merced de médicos ignorantes e insensibles, tal vez sin nadie al lado.

Estos son los recuerdos que esa muerte ha removido. Y también otros más amables, su manía de recibir a diario los periódicos de Galicia, para estar atento a los vaivenes de la vida gallega, conocedor como era de su tierra, parroquia por parroquia, aldea por aldea. Por estas fechas se iban todos los años a Porto do Son. Yo tomé este nombre para una colección de poesía gallega que salió en los primeros tiempos de Trieste, porque me gustaba. Y aquellas historias suyas de primos y abuelos suyos, que contaba siempre con su acento gallego, lo que hacía de ellas como historias del siglo XIX. Pobre amigo, descansa en paz. ¿Qué será ahora de nuestra escalera? Solo quedo yo para defenderla de los bárbaros.

(…)

También hoy aparece en la portada de los periódicos el cuerpo sin vida de Urtain, que fue un boxeador de hace veinte años. Era la suya como muchas historias de boxeadores, tuvo éxito, ganó dinero, lo gastó, se alcoholizó, le dejó su mujer, le dejaron sus hijos… En los últimos tiempos vivía con una mujer, a la que los periódicos

llaman compañera, para insinuar con esa palabra toda clase de desarreglos. Parece ser que ayer era el último día en que Urtain podía estar en ese décimo piso. Por impago de alquiler lo tenía que abandonar mañana mismo. Prefirió tirarse al vacío.

En la televisión salió ayer un hermano suyo. El escenario que se veía a su espalda era bonito, con un monte verde y unos caseríos, se podía oler incluso la hierba segada que se veía sobre un prado. Se ve que no quería hablar, no tanto de dolor, sino de amargura. Era como si esa muerte no le sorprendiera nada y les hubiera descargado de un gran peso. Luego sacaron unas imágenes en las que hablaba el boxeador. Tenía un dengue nasal muy acusado, como si desviara la voz a los senos de sus narices, no se sabe si por los golpes que recibió o por las copas que llevaba encima. Decía: «A mí el pueblo me ha querido siempre. No los *managers*, los periodistas, los promotores. Esos se han aprovechado siempre de mí, me lo han sacado todo, pero el pueblo de aquí, de Madrid, de España, de Europa, y de América»… Aquí se paró, porque le debió parecer también a él un poco excesivo, y matizó: «Y una parte de América». Pobre. La historia tiene todos los ingredientes de la literatura de serie B, con la que tratarán de lucirse en los próximos días seguramente algunos novelistas de aquí. No creo que desaprovechen una de las pocas ocasiones que la realidad española les brinda para intentar su articulito a lo Hammett, ya sabéis, alguno de esos párrafos en los que puedan afarolarse un poco: Tiró la toalla, acorralado contra las cuerdas, noqueado por la vida, sonado de sufrimiento, borracho de fracaso. Lo titularán *El último combate*, o cosas por el estilo. Etc.

Por otro lado es curioso constatar cómo son a veces muertes como esta, o como la de nuestro vecino, que no nos impiden proseguir nuestra vida, las que más nos la cuestionan, mucho más incluso que muertes más próximas.

CUANDO esperaba en la carnecería de Trujillo a que me despacharan, estuve hablando con un desconocido y con el carnicero. Era muy temprano, las 8, y se conoce que a esa hora las mujeres están todavía en la cama o haciéndola. El viejo contaba cosas de sus tiempos, cuando trabajaban de sol a sol. «Comíamos», y a eso vengo, «un gazpacho fresco, y yo le migaba en taquitos un buen tasajo de tocino crudo». Por la cara con que recordaba aquel

tocino, se diría la magdalena de Proust.

El carnicero, que le escuchaba, había dejado de cortar los filetes y apoyando la cuchilla en el tajo, levantaba la cabeza como tratando de recordar también los tiempos viejos.

«Y bien rico que estaría», reconoció por fin tras un hondo suspiro.

Luego el viejo añadió: «por aquel entonces, tu padre tenía que vender muchas hojas de tocino». No llegaba ni siquiera a preguntarlo, era como un gran arco de la memoria, que tensado hasta el límite, disparara la flecha.

Y eso era bonito, llamarle hoja a toda la plancha del tocino. Una cosa como esa, es curioso, a veces justifica todo un día, como el arqueólogo cuya alcotana, tras unas jornadas desesperantes y estériles, tropieza con un pequeño fragmento de vasija.

Y salí de allí contento, aunque es muy probable que jamás pueda yo utilizar esa expresión, hoja de tocino, porque ya no hay hojas de tocino y porque ya nadie come tocino.

Después de dejar la carnecería me encontré, en la plaza, con el alcalde de Trujillo, que me pidió que les echara yo el pregón de las fiestas, y le respondí que sí, aunque no se me escapó que a juzgar por la fecha seguramente me lo pedía a mí porque les ha debido fallar alguien de relumbre. Si no, no se comprende que me lo comunicara con veinte días de antelación y por casualidad. ¿De no haberme encontrado, me lo habría dicho? ¿Habría ido a buscarme al campo? Pues al contrario. Me lo ofreció como un gran favor que me hacía, como algo que yo debía estar deseando en secreto desde que vine a este mundo, razón por la cual le aclaré a continuación que nada podía ilusionarme tanto, y que cuánto. ¿Cuánto qué?, preguntó él con enorme sorpresa. Al comprender que yo tenía la increíble e infundada pretensión de cobrar, pegó un bote de un metro hacia atrás y no se cayó de espaldas porque es muy bajito. Se me quedó mirando lleno de asombro, con una media sonrisa, pues no terminaba de creerse que yo iba a pedir dinero por «eso», pero al mismo tiempo se azoró algo, porque no quería hacer el ridículo, como ese pobre hombre de pueblo que entra en una cafetería de la capital, por darse el gusto de tomar café donde los millonarios. Luego le traen la cuenta del café que en su pueblo le cuesta setenta y cinco pesetas, y lee mil trescientas por un café, una tostada y un

zumo, y aunque es presa de una congestión nerviosa, no le queda más remedio que pagarlo. Puede incluso que pida un vaso de agua con el fin de pasar el trago, aunque cuando el camarero le anuncia que en un lugar como ese solo sirven agua de botella, el hombre desecha la idea con indiferencia, haciéndole ver que en ese momento se le ha quitado la sed de cuajo, tras calcular lo que podrían llevarle en un local como ese por la botella de agua a tenor de lo que le han pedido por el desayuno. Así reaccionó conmigo. Ya me había pedido el café, y no podía salir de allí sin pagármelo, de modo que reaccionó como un hombre bravo y me aseguró con todo el aplomo que el año pasado había estado X, y no había cobrado nada, en lo que también había una segunda lectura: ahí tienes a X, todo un premio Nobel, que no pide nada, y en cambio tú, que no eres más que un pringao, tienes unas pretensiones ridículas. Yo me sonreí. Pero no por lo que el alcalde podía imaginar, sino porque me hizo una gracia loca saber que X había venido a Trujillo no solo gratis, sino a qué, invitado por los socialistas, con sus palabrotas para epatar a menopáusicas y arrancar las risotadas de los viejos jefes locales del Movimiento. Piensa uno que esos hombres infatuados andan por ahí sin mezclarse con nadie, y luego corren de un lado para otro para recordar al mundo que existen, y, cosa que no sabe este alcalde ni otros, pagarían para hacerlo. Lo cierto es que yo no quedaba en muy buen lugar, y dije que bastaba que X no hubiera cobrado nada, para que yo lo hiciese, aunque me permitía dudar de que ese hombre había venido gratis. El alcalde se tomó muy a pecho defender por su honor lo que acababa de contarme, y juró por la Virgen de la Victoria que ni un solo céntimo. Los gastos. ¿Qué gastos? Era una de esas conversaciones en las que uno se siente humillado y divertido al mismo tiempo, y de las que resulta muy difícil salir sin dar un portazo. Me aseguró entonces, con cierto despecho, que hubo que pagarle los billetes de avión desde Mallorca, ida y vuelta, el taxi desde Madrid, y vuelta, y el hotel. En ese momento para él X había sido un caballero, en tanto que uno no era más que un gitano indecente, un feriante de reses fules. Se hizo un silencio. Me di cuenta de que estaba calculando a quién le podía pedir, si no, el discurso. Por eso cuando me confesó a continuación, y en otro tono de voz bien diferente, que X les había dejado una cuenta de ciento y pico mil pesetas de teléfono y de *whiskies* en el

hotel, no lo tomé como una confidencia, sino como una claudicación y un codazo de complicidad, porque yo le había dicho qué hacía un ayuntamiento socialista trayendo a un tipejo tan impresentable. La cosa ha quedado, pues, como tenía que haber quedado al principio, ahorrándome aquellos veinte minutos de regateo indecente.

EMPIEZAN a caer los primeros goterones del chaparrón Urtain. «Hinchado y roto»… leemos en alguna parte. Literatura triste, de repertorio. Vuelvo a recordar ahora las imágenes que pasaron el otro día por TV del entierro. La verde Cestona, valles, caseríos. Un gorrión revoloteó sobre el ataúd, pero el gentío le asustó y salió de encuadre. El artículo de hoy era lo esperable. El día del entierro salió Legrá, un boxeador de su tiempo también, un negro cubano que ha debido de recorrer el mismo camino de desbarajuste que el otro: «José Manuel lo que no tuvo…», empezó diciendo. Los amigos que tenía al lado, esas gentes que siempre se ponen detrás o al lado de los famosos, intentando salir en el mismo plano, le tiraron de una manga y le ordenaron: «Calla». Daban a entender con ello que los trapos sucios era mejor lavarlos en familia, entre los amigos, que a nadie le interesaba nada cuál había sido la vida del muerto, ni la de ninguno de ellos. Pero Legrá quería decirlo. También a él hacía muchos años que se le había pasado la hora de salir en la televisión, y no quería desaprovechar la ocasión. No le dejaron. Dio mucha pena ver a aquel hombre dejarse mandar por gentes que seguramente han expuesto en la vida mucho menos que él, y verle a él mismo queriendo conducirse como cuando era campeón, solo que un poco sonado ya, pobre y con la vida igualmente echada al traste.

Del chaparrón Urtain es evidente que caerán cuatro gotas. Nos olvidaremos todos. Se olvidarán esas bonitas frases, que volverán a utilizarlas para otro, como hacen los sepultureros con sus galones, tras cada enterramiento.

LAS rosas de olor duran mucho menos cortadas que las otras, lo que seguramente significa algo. Quizás sea esa la razón por la que en las floristerías, las rosas, de una perfección estilizada, no huelen absolutamente a nada. Los que realizaron los injertos para conseguir esas especies de flores irrompibles podrían haber primado el olor sobre la forma, lo sutil sobre lo evidente. Basta oler la fragancia de una rosa con los ojos cerrados para imaginarnos todas las rosas. Por

el contrario, una rosa sin olor es un ruiseñor sin habla o un hombre sin memoria.

VIENE citada en el periódico, a propósito de no sé qué, la hija más pequeña de Tolstoi, que vive aún en Rusia. Sentí un estremecimiento, como si verdaderamente él siguiera vivo, algo así como una infinita gratitud de respirar el mismo aire de alguien que lo tuvo cerca. Fue como si de pronto no solo él, sino Leopardi, o Shakespeare, o Cervantes, hubieran venido hasta nosotros, en carne y alma. Murió Tolstoi en 1910 y en 1910 nació R. G., quien a su vez trató a Juan Ramón o a Machado. Y así, cerezas de un frutero común, van saliendo los nombres, y siente uno que la vida, al menos en sus más agudos vórtices, se clava en nuestra carne, como el espíritu, desde remotísimas regiones.

CASI todas las palabras relacionadas con la navegación están rodeadas de una poesía innegable, y eso es lo que hace en parte tan atractivas las novelas de Stevenson, Verne o Salgari. Pero de todas esas palabras es la más hermosa y poética la que llama derrota a la travesía.

POR la mañana, día de Santiago, estuvimos en Guadalupe. Apenas llegamos nos sumamos al último grupo para visitar el monasterio.

El grupo, bastante numeroso, era, como suele suceder, muy heterogéneo, gentes de Extremadura, de los pueblos de los alrededores, turistas de autocares diferentes, todo lo cual favorecía un interesante olor a cebollino que el calor sofocante mantenía sobre nosotros como una losa.

Casi todos los veranos vamos a Guadalupe a ver los cuadros de Zurbarán. No es que nos guste mucho Zurbarán, pero es lo que más se aproxima a la pintura en cien kilómetros a la redonda, sin contar con algunas tablas del Divino Morales, ingenuas y sensibles. Zurbarán tuvo su época hacia los años cuarenta, entusiasmó a algunas personas con una gran inteligencia como María Zambrano, que lo aprovecharon muy bien para hacer su particular estudio de lo español, pero se ve que de lo que escriben podría ser sobre Zurbarán o sobre Valdés Leal. Les gusta la literatura de la pintura, la pintura de la pintura la ven menos, porque no es posible echarle unas azucenas a Zurbarán y tres páginas más adelante a Luis Fernández, un pintor abominable surrealista que quieren resucitar

los más modernos, solo porque era partidario del misticismo y la pornografía al mismo tiempo, y se rodeó de su bonita leyenda, pero que era un pintor poco o nada dotado para ese arte. Cuando le cuentan todo eso a uno, le dicen, un surrealista, español, viviendo en París, amigo de la Zambrano, que pintaba calaveras o palomas blancas sobre fondo negro, como los bodegones de Zurbarán, que conoció a todos los surrealistas, amigo de Picasso que decía que era un genio y a saber si lo decía y a quién y por qué, en fin, cuando se hace la ficha, puede pensar uno, ¡qué interesante! Luego le llevan delante de uno de sus cuadros y ve que eso no es más que una castaña que podría venderse en las almonedas del Rastro sin despertar la menor sospecha ni de falsedad ni de robo, porque una cosa así no la querría robar nadie y sería muy tonto falsificarla, por lo mismo. Un día X nos contó cómo le conoció en París, presentado por M. Z., que se lo quería colocar a todo el mundo por las razones que fuese. El caso es que X llegó a su casa. Aquel hombre enseñó sus cuadros, pero sobre todo mostró mucho interés en enseñarle un dibujo de Picasso. Era un dibujo grande, espléndido, uno de esos dibujos que valen tanto como una pintura, pero aquel pobre diablo lo había corregido con gruesos trazos de tinta china allí donde no le gustaba, y había pintado encima un falo descomunal y un coño a juego, porque en aquella época él pintaba esa clase de asuntos. Se lo mostró para epatar al pobre provinciano que llegaba a París, para decirle, ya ves las cosas que puedo hacer sobre los dibujos de mi amigo Picasso, solo porque me sale de donde me sale. Esa chulería del surrealista, tan parecida a la chulería del señorito fascista. Cuando alguien es tan tonto como para pintar sobre el dibujo de nadie una señorita a la que le están manipulando los orificios, es una de estas dos cosas: o que está loco, en cuyo caso es mejor dejarlo y marcharse, o que se lo quiere hacer, en cuyo caso es lo mismo, hay que irse. Pero si uno comete esta clase de tonterías con cierta unción y al mismo tiempo pronuncia el nombre de Zurbarán y tiene cerca a una persona inteligente para la mixtificación, entonces se forma un bonito galimatías para veinticinco años, de eso no hay duda.

De vuelta, reparamos en el

Rubens' Pub,

el puticlub que hay en la carretera, entre Cañamero y Zorita. Seguía

igual de abandonado que siempre, solo que las zarzas habían crecido un poco más y se metían por las ventanas, a través de los cristales rotos, y la puerta la habían saltado a patadas. Habría sido interesante haber conocido al encargado que le puso ese nombre y a las chicas que trabajaran en ese local, allí, en medio de un secarral, junto a una carretera por la que pasarán unos treinta o cuarenta coches al día. Sería bonito para la literatura que las putas llevaran diarios como los nuestros. Se vería que tampoco hay tanta diferencia.

AYER se inauguraron los Juegos Olímpicos. En cierto modo era todo como la fiesta de fin de curso. Himno catalán, sardanas, canciones populares catalanas y en la megafonía continuos avisos y anuncios en catalán. En las voces de todos se percibía un entusiasmo comprensible. Incluso cuando salió a cantar José Carreras, se le anunció como Josep Carreras. A continuación salieron medio desnudos unos que saltaban como furiosas bacantes, pegándole fuego a todo, fu, fu, resoplando y aspeando los brazos. Parecía una obra de Lorca montada por Nuria Espert. El estadio bramaba de entusiasmo, contento con las contorsiones y los fogonazos. Pero de pronto se hizo un gran silencio, se apagaron las luces y salió un arquero. En la punta de la flecha tenía un trapo mojado también en petróleo, le arrimaron una cerilla y la lanzó al aire, a lo lejos, a un pebetero que estaba a más de cien metros. La flecha al pasar por encima y entrar en contacto con el gas, prendió la llama olímpica. Fue algo bonito, en verdad. Como la representación de un mito. Fue una lástima que el arquero, medio calvo, con pantalones con raya al medio, llevara gafas y tuviera una tripita impropia de un atleta. Pero aquel momento hubiera arrancado unos versos preciosos de un poeta griego, porque iban en aquella flecha todas las flechas de los aqueos y de los troyanos.

ESTA mañana empezaron muy temprano a cantar los pájaros. Me levanté y me senté en la terraza; todavía el sol no había remontado la cumbre de la colina. Al hacerlo los primeros rayos fueron para iluminar cuatro oropéndolas, amarillas como limones. Cantaban, revoloteaban, se esquivaban. Son huideras y asustadizas estas aves de costumbres antisociales y suficientes. Son a la ornitología lo que el simbolismo a la poesía, van juntas y se bastan entre las de su especie.

Ha transcurrido el día. De esta mañana a ahora, el tiempo ha tensado su arco también. Yo he vuelto a la terraza, solo que tenemos encima una tormenta anubarrada y azul, y ha empezado a llover. Vienen de lejos los truenos rodando y retumbando, y de la tierra se ha levantado ese olor que arranca el agua de la paja seca y de los caminos polvorientos, un olor como no lo habrá igual en ninguna otra parte. Ha sabido el hombre reproducir en perfumes el olor de las rosas, de las violetas, de las naranjas. Pero ¿cuándo podremos llevar con nosotros, para los días de invierno, un frasquito con olor a tarde de verano, con olor a heno segado, con olor a rocío de la mañana?

EN realidad si el olor a tierra mojada, en el verano, es tan penetrante es porque nace siempre de muy atrás, de nuestra infancia.

CREÍ que había perdido este cuaderno. Y de pronto fue sentir un vacío, algo parecido al pánico, como si hubiesen dado la voz de que se hundía el barco y no encontrara mi bote salvavidas. Y no por el cuaderno, claro, que me es indiferente. Fue algo distinto. La noción de pérdida no fue, tampoco, ni total ni irreversible desde el primer momento. Como suele ocurrir en estos casos, en los primeros minutos traté de reconstruir todos aquellos pasos que podrían llevarme hasta él, como si pudiera echar hacia atrás la película de la vida. Es admirable comprobar cómo la memoria llega a reconstruir los menores detalles, en cuanto algo le incumbe de una manera especial. Por eso es tan buena la memoria de los asesinos para con sus crímenes y por eso está justificado que los abogados y fiscales pregunten a veces hasta las más pequeñas minucias; pero de pronto algo falla y se advierte con alarma cómo se inundan bodegas y salas de máquinas.

Curiosamente en tanto que la noción de pérdida se va consolidando y nuestro sistema lógico abre vías de agua, empieza en nosotros, por la glándula épica que segrega leyenda y mito, a magnificarse el valor de lo perdido. Al tiempo que empezamos a llorar lo perdido, comenzamos a magnificar su importancia y glorificar su ausencia.

Pero resulta esa una glorificación poco fecunda, pues lo que queda en nosotros de ella es una memoria imperfecta, cuanto persistente y obsesiva.

Yo, por mi parte, no recordaba exactamente las cosas que había escrito en él, pero empecé a hacerme la ilusión de que serían algo que valdría algo, de haberlas conservado. Y tal vez empezara a desear que no apareciera, para poder convivir con un ausente de verdad, con algo de mí verdaderamente náufrago. Podría empezar a lamentar algo, a creer que jamás había escrito nada como lo contenido en aquella, esta, libreta, formando parte de otras pérdidas gloriosas.

De ese modo, cuando por fin la encontré, al tiempo que experimentaba una alegría grande, sentí una pequeña decepción, pues recobrar el objeto perdido era recobrar también un espejo insobornable, en el que no cupiese siquiera la sombra de la duda, la nube de la leyenda, la niebla del mito.

UNA prueba de que lo que en alguien es virtud es defecto en otros y, por tanto, una prueba de la desigualdad e incoherencia de los sistemas morales de todas las épocas, la tenemos en la puntualidad. Se ha dicho que la puntualidad es la virtud de los reyes. Pero qué triste verla en los pequeños minoristas comerciantes, abriendo cada mañana, ni un minuto antes ni un minuto después, así durante treinta años, primero el padre y luego su hijo, y luego… En un caso, porque se supone que los reyes, que no tienen tiempo de nada, tienen esa cortesía de llegar puntuales. En cambio, se supone que el comerciante tiene tiempo de todo. Y sin embargo es exactamente al revés. Los reyes la única virtud que pueden tener es la puntualidad. En tanto que los pequeños comerciantes han de andar azacaneados todo el día de una parte para otra para buscar un sustento siempre difícil… Fundada en 1889 se lee sobre una ferretería de Madrid, cerca de nuestra casa, y al imaginar todos y cada uno de los días en que han abierto y cerrado, me ha entrado, por una parte, como un ahogo, y luego un abatimiento, y vi mi vida como cuentas de un collar al que se le rompió el hilo.

BAJAN las golondrinas a beber a la alberca. Vuelan y desvuelan. Las miro desde lo alto. Parecen dibujar en el aire la cinta de Moebius, una madeja. Luego se van, y dejan el testigo a los murciélagos, que también dibujan algo en el cielo. Algo indescifrable, como ideogramas chinos. La verdad es que los murciélagos tienen todos un poco cara de Fu-Man-Chú, que se

emboza en una máscara membranosa.

SENSACIÓN penosísima de haber terminado con la relectura de *Automoribundia* una larga relación con Gómez de la Serna. La separación es cosa ya inevitable, aunque se lleve a efecto de manera amistosa. A Ramón no se le puede leer. Es bueno haberlo leído, pero no se le puede leer. Ochocientas páginas para contar su vida, cuando se ve que en el fondo la vida le ha dado lo mismo. Le gustaba la literatura, los literatos, y, sobre todo, el laboratorio de la literatura, meterse solo en él y empezar a hacer experimentos, con retortas y morteros. En algunas fotografías de su torreón se le ve con un tarro de farmacia, donde pone *ideas*, y con una especie de alambique, de donde decía sacaba destiladas las greguerías. Pero la vida propiamente le dejaba indiferente, no obstante producirse entre ambas asombrosos cortocircuitos, y del cable-vida y del cable-literatura sacaba a veces deslumbrantes chispas, cuando los juntaba. Por eso esas memorias son una huida hacia adelante, la verborrea es eso, negarse a reconocer que le falta la vida que está contando.

Díez-Canedo decía de él: «Todo lo hallaréis en estos libros; no los terminaréis nunca, no los abandonaréis nunca; hoy os irritarán, para encantaros mañana. Y, en pocos minutos, sin volver la hoja, encontraréis, acaso, después de treinta líneas que nada os dicen, lo que habéis buscado inútilmente en centenares de libros». Eso, cuando se juntan los cables. Por eso Ramón no es corriente continua, porque se fundirían los plomos.

Pero llegados a un punto uno comprende que la relación es imposible. Es esa una cosa que solo puede comprenderse tras muchos años de convivencia, no antes. Llegados a un punto, las vidas se separan, porque la vida va por un lado y la literatura, verde, azul, tornasolada, más vistosa casi siempre, por otro.

LA literatura tira al monte.

ANTES de ayer, al ir a Trujillo a hacer la compra, me encontré en la plaza a X. En la Plaza de Trujillo se encuentra uno a todo el mundo, a poco que vaya uno mirando. Me contó que estaba rodando *La Marrana*, un título digno de Felipe Trigo, que era también de esta tierra.

La gente, que se fija mucho cuando va a la plaza, observaba a X, alto, corpulento, con su barba blanca, en calzones cortos y unas medias de lana blanca, como los *boy-scout*.

Tenía todo el aspecto de un Welles de Albacete, solo que más gordo, si cabe, con unas pantorrillas que harían la boca agua a los caníbales, un sombrero de paja y la gota gorda y la gota menuda sudadas sobre una camisa empapada.

Por la noche llevamos a los niños a ver el rodaje. Había muchos mirones como nosotros, observando de cerca a los actores que conocen bien de la pantalla. Cuando estos pasaban entre la gente, caracterizados en sus ropas de la Edad Media, fumando o bebiendo una cocacola, se les acercaban y les ponían el brazo por encima, solo porque eran actores de comedia, Alfredo Landa, Resines, actores así, sin poder establecer una separación entre la realidad y las películas que han visto de ellos. Los actores se los quitaban de encima con más o menos educación, con estudiado salero y muchas tablas. Cuando R. me vio vino a saludarme y la gente se apartó respetuosamente para que pudiera pasar, como a un rey. Al momento hicieron círculo alrededor nuestro y escuchaban sin ningún recato la conversación. Cuando le llamaron de nuevo para el rodaje de la escena, la gente nos miraba por el rabillo del ojo, con mayor consideración. Nos quedamos un poco y nos fuimos, porque no se podía estar, con aquel calor, a las dos de la mañana, friéndonos a la luz de los focos, viendo subir y bajar por la misma calle a una guarra de doce arrobas que no quería quedarse en el plano, al contrario que le sucede a la mayoría.

ALGUNAS avispas, al picar, parece que le contagian a uno la rabia.

LOS escritores son un poco como las señoritas del descorche. La mayoría toman té en vaso de cristal, para que parezca *whisky*.

ESTA mañana M. tenía que volver a Madrid, de manera que nos levantamos muy temprano, antes de las seis, para ir a la estación de autobuses. Ni siquiera había amanecido.

A pesar de que por la noche hubo de nuevo una pequeña tormenta, se adivinaba a esa hora el calor que luego iba a hacer.

La tierra olía aún a mojada, a paja mojada, y al aire, al aire de los jazmines y al rocío azucarado que destilan las plantas y las hierbas.

La dejé en la estación. Por fortuna es una estación pequeña, en la que las cosas parecen suceder de una manera provisional, como un ensayo, no es una de esas estaciones que salen en las películas

americanas en las que la gente parece que se va a morir de alcoholismo o a separarse para siempre. Pero fue horrible de todos modos, y luego la indefensión de una tristeza o la tristeza de la indefensión, no sé cuál de las dos.

Lo noté mientras volvía solo en el coche. En los quince kilómetros de carretera no me crucé con nadie. Los faros iban delante de mí abriéndome un camino que me costaba recorrer. La escena se ha repetido muchas veces, pero siempre es distinta, piensa uno que será la última, que no habrá más veces, y es como pensar sin pensamientos, como desgarrarse sin lesiones.

Al llegar a casa, subí a la terraza. La casa olía al sueño de los niños, al embozo tibio de sus camas y al ya lejano eco del primer café, hecho aún en silencio, adormilado por la corta noche.

Iba haciéndose de día muy deprisa, se oían sueltas, vinieron como estos días pasados, las esquivas oropéndolas y, gran júbilo del día, vi a un pequeño pájaro carpintero subir la pared que se encontraba a mi espalda, de modo que aunque de lado, para no moverme y asustarle, pude verle a mis anchas escalar ese muro como un alpinista.

Miraba todas esas cosas y empecé a escribir un poema como el pintor que llena una tela con aquello que la vida le pone delante, con unas rimas pobres y una música pegadiza y elemental. Fue así hasta que dieron las doce del mediodía, pero hubo interrupciones, levantar a los niños, hacerles el desayuno, nuestra cama, vigilar que hicieran la suya, recoger la cocina, controlar que cumplían los ritos de su aseo, pero la cabeza estaba todo el rato puesta en ese momento primero en que el día levantaba el velo de la noche, lo retiraba hacia arriba, y dejaba ver, debajo, toda la luz azul, con los olivos, con los lagares viejos que se ven desde aquí, y aquella palmera, y el ladrido del perro, y ella que subía en un autobús y me decía adiós con la mano desde su asiento, y me decía algo que no llegué a oír, solo el movimiento de sus labios movidos también por otra tristeza y otro desvalimiento…

Las rimas me costaban un poco, y a veces me llevaban por donde no quería ir, e iba o no, según, porque esas son las leyes.

Luego por la tarde, a la hora de la siesta, leí unos cuentos de uno. En uno de ellos habla de su amigo Pablo Neruda.

Le recuerda en Barcelona, mientras ambos se atracaban de

mariscos, en una comida pantagruélica. Allí estaban los dos, Neruda y él, muy defensores ambos de levantar en armas a la famélica legión, devorando con las manos colas de langosta y buscando en las corazas de centollos y nécoras su tierno corazón. Bebían, hablaban, pedían más mariscos.

Es un dato irrebatible: entre los comunistas hay demasiados *gourmets*. Y eso tendría que hacernos pensar algo. Se conoce que como ya no pueden creer en el más allá ni en la revolución, creen en el *foie* de pato a la pimienta. Hay que desconfiar de los que comen mucho y de los que comen bien, por si acaso pensaran para nosotros una revolución, tras una de sus digestiones.

No se habrá visto a un solo hombre grande que le haya dedicado a la comida ni dos minutos. La gula es el único vicio antiestético, porque está al alcance de todo el mundo. Es el vicio plebeyo por antonomasia. Para todos los demás pecados capitales, con excepción del de la envidia, hay que ser alguien, tener un carácter. Incluso el de la lujuria o el de la avaricia son vicios que exigen cierta dedicación y cultivo, y se podría montar con ellos un drama shakespeariano.

El espíritu humano para elevarse un poco debe ayunar. No se verá a uno solo de estos rabelaisianos remontar el vuelo. No está diciendo uno, desde luego, que ayunando se adquiera el genio. Solo que cebándose el hígado no se llega muy lejos en las disciplinas del alma.

No es Neruda, como sostenía J. R. J., un gran poeta menor, lo que sería ya mucho, sino peor aún, es el poeta falso, lanzando a los mineros chilenos y proletarios del mundo a la revuelta e incluso a la muerte, mientras él, con su compadre colombiano, también muy partidario de los famélicos cubanos, se atiborraban en almuerzos de diez mil pesetas del año 70. Naturalmente un hombre puede hacerlo todo en esta vida, incluso comer de esa manera, si su estética se lo permite, pero lo que no es compatible es montar una literatura sobre cimientos éticos y públicos, que serán sistemáticamente traicionados en privado. Si se quiere predicar y ser obispo, o tribuno de la moralidad pública, está muy feo pasarse por el burdel, que solo les debería estar permitido a los particulares. Por otra parte, puede uno haber participado en una comilona, desde luego, y todos lo hemos hecho. Lo que no tiene el menor interés estético es

recordarlo. J. R. J., que era por cierto, como recuerda María Lejárraga, muy partidario de la longaniza y el chorizo picante, creía en la poesía que hacía, en cantar la belleza, la armonía, el silencio, y llevó una vida en belleza, en armonía, en silencio. No me imagino a Unamuno predicándoles austeridad y trabajo a los españoles en sus célebres artículos, y luego haraganeando en una villa como Blasco Ibáñez. Hasta este siglo había sido solo la derecha la que tenía una doble moral. Ahora es la izquierda la que ha hecho la suya propia. La de la derecha solía siempre relacionarse con el sexo y las cuestiones de alcoba, predicaba la continencia y la castidad, pero toleraba que los burgueses mantuvieran a una o dos queridas. Como la izquierda jamás ha condenado la práctica del sexo y las uniones libres, puede mantener a las queridas sin que le remuerda la conciencia, solo que además las lleva a los restaurantes para que coman mariscos hasta reventar.

Un kilo de percebes es lo mismo y saben igual si el que los come es narcotraficante, Neruda o el burgués bienpensante. Para los únicos para quienes los percebes no saben nunca a percebes es para quienes los pescan, todos esos que mueren golpeados por las olas, los mismos desheredados a quienes esos hombres suelen arengar subidos a sus gemelos de oro: «No pesquéis más en esas condiciones. Protestad al sindicato. A la huelga».

Nota breve. Por cierto, todos los cuentos de X incurren, y no una vez ni dos, en muy abundantes galicismos: «Fue por eso que», etc. Afortunadamente los críticos, tan suspicaces en otros casos, no se han apercibido de esas incorrecciones, de modo que pueden seguir llamándole maestro a un hombre que es el director de la academia donde a los jóvenes escritores se les enseña puntualmente a llamar corceles a los caballos.

LES trois adjetifs les plus employés en Francis Jammes sont, à pas douter, vieux, triste et doux
n'en
. Robert Mallet. *Le jammisme*.

VIENEN hoy en el periódico largos y rendidos artículos sobre la Monroe, de quien se recuerda el día de su suicidio, hace treinta años.

En realidad no puede llamársela la Monroe, como a una gran actriz, sino que ese apellido es impensable sin ese Marilyn que

parece reclamar de nosotros atención, protección, cariño.

Entre los artículos hay uno interesante del inglés A. Burgess. Muy sensato. En él refiere que en las memorias de Arthur Miller, este cuenta cómo algunos hombres se masturbaban a escondidas en presencia de la que fue su mujer. ¿Cómo lo sabría? ¿Les descubriría él? ¿Se lo contarían a él, a ella? Uno de los más indescifrables misterios de M. M. tal vez será ese: cómo llegó a convertirse en símbolo sexual, siendo solo una mujer bonita y, desde luego, muy simpática. ¿Fue el suicidio lo que la hizo grande, el haber mantenido amores con el presidente de los Estados Unidos, con este, con el otro, con el medio mundo que la incomprendió? También revela A. Burgess que parece ser que M. Monroe no buscaba jamás a un hombre para llevárselo a la cama, y que una vez en ella «obtenía escasa satisfacción». ¿Cómo llegan a saberse esas cosas? Como literatura, las admito perfectamente, pero me resisto a aceptarlas cuando se me dan como parte de la realidad, de la vida real, con ese valor añadido.

En las fotos es bonita esa expresión que solía poner. Parece estar diciendo siempre: «Tú, sí, eres mi preferido. Estoy esperándote porque me muero de ganas de ver qué cosas malas me vas a hacer»… En eso se ve que es un mito hecho por los hombres para su uso personal. Las únicas mujeres que valen algo son las que les gustan a las mujeres. Las de M. M. son sonrisas algo pornográficas, destinadas a todos los hombres… y como en la pornografía, a ninguno. A las mujeres las excluye, desde luego.

Bueno. Voy a dejarlo, porque de lo contrario terminaré haciendo aquí el artículo Marilyn Monroe, solo que gratis, o lo otro, lo que estaría muy feo.

HE visto hace un rato en el Pago un camión de materiales de la construcción que tenía pintado en el morro y en la visera-marquesina que sobresale del parabrisas el nombre de la empresa a la que pertenece: «El hijo del agrario». ¿No es como el título de una novela naturalista del XIX? ¿No suena a título de una revista anarquista? Seguramente su dueño, de Madroñera, querría haber puesto «El hijo del agro», pero le ha salido esa pequeña joya rodante que admirarán las carreteras solitarias de Extremadura.

ANTES de la cena, leyendo una historia del toreo, me encuentro con el nombre de Saturio Torón, torero navarro del siglo XIX. Podría

meterse en la novela *El hijo del agrario*.

SIGUEN las Olimpiadas. A veces vemos algunas competiciones. Saber que hay uno que llegará antes que los demás o que se levantará unos centímetros más del suelo nos hace permanecer dos horas frente al televisor. Y así desde Grecia. Todo lo contrario de este oficio nuestro. Nunca se llega a ninguna parte y cuando llegas nadie puede asegurarte que has sido el primero, porque cada diez o doce años cambian los jueces y los reglamentos. Cambian incluso los baremos; cuando crees que te están midiendo la longitud, te miden la altura. Lo normal es que, si no se tiene muy presente eso, el atleta termine viejo, loco, andando por las calles solo, llevando zapatos sin calcetines, relatando a quien quiera oírle sus hazañas pasadas.

LES oíamos jugar a no sé qué, y oímos que R. nos llamaba a voces para enseñarnos un descubrimiento que pensó sería de nuestro interés y, acaso, de la humanidad.

Explicó más o menos las fases de su ocupación. Primero, con la redecilla del bichero, da caza a las libélulas que vienen a posarse sobre las espigas de lavanda. Utiliza la redecilla como una raqueta de tenis, y ayudándose del golpe consigue arrastrar hasta el agua a la desprevenida libélula, a la que mantiene allí un par de minutos, hasta conseguir ahogarla o aturdiría.

G., mientras R. explicaba estas operaciones, miraba a su hermano con ilimitada admiración por su habilidad tanto como por la persuasión que ponía en sus comentarios.

Una vez ha ahogado o aturdido lo suficiente al caballito del diablo, generalmente rojo y con alas de celofán, lo rescata y lo pone en el suelo, de donde no puede huir por tener las alas pegadas por el agua.

¿Y entonces?, pregunté. Empezábamos a mostrar una cierta ansiedad, porque la cosa llevaba visos de alargarse media hora. Pero sus explicaciones dieron paso al empirismo puro, porque allí mismo dejó, a mis pies, una libélula.

Espera, me respondió en voz baja con la gravedad del que prepara un experimento peligroso.

Al cabo de dos minutos en que observábamos atentamente, conteniendo la respiración, hizo acto de presencia una avispa que se lanzó directa al cuello del insecto, como lo haría un lobo al

pescuezo de un cordero. Aquella no estaba aún muerta, ni mucho menos, y doblaba el abdomen en medio de dolorosos estertores, contemplados con indiferencia por los niños. Después de la primera avispa llegaron tres. Como R. ya conocía el argumento de la obra, me adelanté al desenlace.

—Le arrancarán la cabeza.

Mientras tanto las avispas seguían aplicando sus potentes mandíbulas para separar la cabeza de la libélula del resto del cuerpo. Imaginé que quizás sean las avispas gustadoras de sesos de libélula, porque encuentren en ellos una clase de proteínas. Según me contó R., una vez arrancada la cabeza, solo se comen esta, despreciando el resto.

Las avispas se peleaban entre sí con gran ferocidad, defendiendo cada una su bocado, como hemos visto en la televisión que hacen los chacales o las fieras carroñeras.

—Son como buitres —sentenció R. con desprecio.

En ese momento una de las avispas logró seccionar de una vez el cuello que unía la cabeza al tronco, momento que aprovechó R. para ahuyentarlas y hacerse con la cabeza, entre las puntas de sus dedos, con cuidado de no aplastarla.

Entonces le pidió a su hermano pequeño la caja de cerillas, que este extendió con solicitud y seriedad, como el auxiliar de quirófano que asiste al cirujano. Abrió R. la caja y allí depositó su cabeza, entre otras diez o doce. Quedé espantado por la visión, pero no supe qué decir. Me aseguró que todas aquellas víctimas lo habían sido con fines «científicos». Le hablé de los nazis y de sus experimentos, y le recordé lo hermosas que eran las libélulas volando sobre el agua, al caer la tarde. R. me escuchaba con atención y G. con cierta ira, porque aun sin comprender exactamente de lo que se hablaba, intuía que iba directamente contra el núcleo de sus expansiones recreativas.

Cuando terminé de sermonearles, se fueron muy seriamente, R. dio la cajita a su hermano, que se la guardó en un bolsillo, pero dejaron el bichero en un banco y buscaron otro modo de matar el tiempo.

El otro día les vi a los dos sobre un hormiguero con una lupa quemando vivas a las hormigas. Pueden pasarse así horas. En cambio llegan a ser sumamente respetuosos con una lagartija. La

otra tarde cayó una por accidente en el agua. Se estaba ahogando. Uno de ellos se tiró a la piscina con camiseta, la rescataron, aunque la partieron el rabo por accidente, y la libertaron. ¿Por qué son implacables con las hormigas? ¿En función solamente del número, ver que aunque ellos maten unos cientos, siguen saliendo del hormiguero con entusiasmo a ganarse la vida? Demasiado literal como para no sacar una moraleja sobre la vida.

REGLA Torres, jugadora cubana de balón volea.

ESTABAN los niños buscando nidos con los chicos del Pago. Les capitanea uno casi raquítico, aunque duro como un garbanzo. Él les dice, con esa autoridad de los niños de pueblo para con los niños de la ciudad: «Este es de herrerillo, este de colorín, aquel de *rabúo*», mientras todos acatan el magisterio. Venía de pasear y coincidimos en la calleja. El muchacho del Pago, ante mi presencia, se inhibió de su activismo, al igual que los demás, menos, claro,

R. y G.,

que estaban deseando que yo desapareciera por donde había venido. De pronto el caudillo dio la voz de alarma porque había descubierto un nido de rabilargos, esos córvidos que solo se crían aquí y en la China. Antes de que los demás pudieran adelantarse, se había subido a un viejo alcornoque. El nido estaba en una rama inaccesible, a la que no se podía llegar cómodamente. Desde donde pudo, el chico extendió el brazo y consiguió meter la mano dentro del nido. Los demás estábamos abajo esperándole. Tiene, afirmó muy serio, y entonces cogió el huevo que había dentro y lo estrelló desde arriba contra una piedra. No lo dudó un instante. Esos pájaros se comen los huevos de las perdices, de las mirlas, de los colorines. Fue como ver un duelo terrible, entre aquel chico y todos los *rabúos* del país.

Seguimos un rato juntos. A la vuelta vimos en la calleja, serpenteando, una pequeña culebra. Cruzaba entre las piedras con despreocupación, de extremo a extremo. Aquella sucesión de acontecimientos, con tan poco espacio entre unos y otros, configuraba el lugar como una especie de Paraíso, o mejor, el espacio de una fábula. Dimos todos un paso hacia atrás con cierta repugnancia. Pero nuestro capitán reaccionó con un júbilo salvaje, buscó en dos centésimas de segundo la piedra más gorda, la arrancó del camino, la levantó con furia y la arrojo sobre la culebra.

Apuntaba a la cabeza, pero no acertó sino a partirle el espinazo. El reptil se retorció de dolor. Entonces el muchacho se lo tomó con más calma, porque sabía que no podía huir. Nos fuimos acercando todos no sin cautela. Le pedí entonces con autoridad que no le dejase sufrir demasiado y que acabase cuanto antes con aquel espectáculo, pero no pareció oírme.

Tomó de nuevo otra piedra y en esta ocasión acertó a machacarle la cabeza. Siempre desde una distancia prudencial, sin acercarse mucho a ella, y dando un pequeño paso atrás una vez lanzada la piedra, como si pensase que se podría revolver y morderle, aunque sabe bien que esas culebras no muerden.

Yo le dije que me parecía bien que destruyera los nidos de los rabudos, pero que las culebras eran beneficiosas, se comían ratones y ratas, sapos, y otros bichos. Intentó darme una explicación, pero no la tenía, y eso tal vez le molestó. No sabía que la bicha es uno de esos tabúes que nacen con un pueblo. Ni siquiera habría admitido que era un tabú, en el caso de que hubiese sabido qué denominamos por tal. Solo supo, en cuanto la vio, que tenía que acabar con ella. Por encima de todo, y al final levantarla, muerta, en el extremo de un palo, y mostrarles a todos el trofeo, antes de arrojarla todo lo lejos que pudo, entre unas zarzas. Curiosamente suele hacerse algo parecido, en todas las épocas, en todos los países, con algunos hombres. Lo más gracioso de eso es ver, al cabo de ochenta años, a otros hombres, armados también con palos, removiendo entre las zarzas, buscando esos restos antiguos, con el objeto de llevárselos al museo de Ciencias Naturales, a la universidad, a la academia, a la historia de la filosofía, del arte, de la literatura.

ME he pasado el día de ayer y hoy —de sol a sol— ocupándome de la maquetación de un catálogo.

Se trata de un catálogo sobre los cuadros de un pobre muchacho que murió hace unos años y para con quien la Diputación de su pueblo va a tener el salero de gastarse quince millones del presupuesto.

Por lo que he podido observar y leer en los muy numerosos testimonios y textos que se ocupan de su vida y su pintura, todos vienen a hablarnos de que en el caso de ese pintor era más importante su simpatía que su pintura, de la que ninguno habla con

entusiasmo, e incluso de la que prefieren no hablar.

Yo iba leyendo, cortaba, pegaba. Alguna vez ha dicho ya uno que se ve en esas circunstancias como un sastre de pueblo, con los patrones delante, cosiendo y armando un traje para que lo luzca alguien. Encorvado bajo la luz de la lámpara y con el transistor puesto, también como los sastres y los zapateros remendones, sonaron los compases de *Noches en los jardines de España*. En *Locuras sin fundamento*, que corrijo estos días, se lee un pasaje en el que se cuenta esto mismo, un día en el que estaba enmaquetando algo y vino a sacarme de mi atroz melancolía una pieza de Falla. Esta coincidencia me ha dejado pensativo. Es como si la rueda maciza, herrada e inexorable de mi existencia sufriera cada cierto tiempo la sacudida de unos baches terribles, en medio de un camino pedregoso. Y comprobar que nada cambia, como en el reloj de cuco. Suena la hora, se abre la puertecita y sale un pajarillo de madera que canta, y su canto parece nuevo, y luego se vuelve a meter en su tumba de trino y monotonía. Así mientras que alguien se acuerda de darle cuerda. Luego, ole, ole, ni eso.

JAMÁS se había tirado un pedo a solas. Por respeto hacia sí mismo. Con esto está dicho todo. Esa es a la clase de gente a la que habría que pedir que dirigiera el mundo.

HAN venido otra vez
R. y G.
con un nuevo descubrimiento naturalista. Las avispas también se comen entre sí las cabezas, si acaso tienen la suerte de cruzarse en su camino con una compañera muerta. Entonces, lo he visto con mis propios ojos, se la arrancan sin piedad, de un golpe certero de la mandíbula. Quizás se trata solo de una tribu de avispas cazadoras de cabezas.

SE ha muerto John Cage. El periodista que firma su necrológica la titula «John Cage descubrió el silencio». Se debe referir a lo contrario, lo que el silencio se valoraba después de escuchar alguna de las piezas que aquel hombre componía, los agudos y sostenidos pitidos que le reventaban a uno el tímpano al meterle por la oreja ese agudo berbiquí que llamó música.

¿POR qué razón no hay un solo obispo con bigote o barba y en cambio van todos en sus trajes grises como bracitos de mar? Esto me recuerda que hace unas semanas me contaron que el cura que

hacía tertulia en la caseta de R. en Moyano está amancebado con una muchacha a la que presenta como su sobrina. Un cura cabezón, de pequeña estatura, siempre con un traje negro impecable, con alzacuellos y un sombrero rígido. Lo más gracioso de todo es que es un cura integrista y lleva la ficción hasta tal extremo que para evitar sospechas se pasea con ella en público del brazo, para demostrarle a todo el mundo que en esa relación no hay nada que ocultar.

TODOS los días nos despiertan las oropéndolas cantando frente al balcón. Ningún año era así. Veíamos, si acaso, alguna, al atardecer, volando de un olivo a otro, escondiéndose siempre. Llegan al amanecer, han tomado la afición de posarse en las ramas de un cerezo seco y durante veinte minutos modulan su canto, que tiene mucho de una de esas pequeñas cantarinas de barro en las que el sonido se produce al entrar en contacto el aire con el agua. No dejan de trinar un solo instante su «cantar sabroso y no aprendido», mientras permanecen en el cerezo seco. Luego levantan el vuelo y parten hasta el día siguiente. Impresionan más cuando las sabe uno unas aves tan retraídas. Algún día he conseguido acercarme a ellas. Al principio dejan la rama, pero vuelven a ella después de dar dos o tres vueltas por el aire. Siempre con sus alas amarillas y su cola negra, inconscientes de su belleza. Las mañanas son también más claras y limpias que nunca, porque no deja de correr un vientecillo fresco que arrastra lejos las miasmas y el polvo de agosto…

Mañana salimos hacia Portugal, y ya nadie en casa está a lo que hay que estar, sino que a todos nos ha puesto un poco nerviosos el viaje.

ESTAMOS desde ayer en Obidos, que es un pueblecito pequeño, cerca de la costa, por encima de Peniche, a unos cien kilómetros al norte de Lisboa.

EL reencuentro con Portugal le produce a uno siempre la misma emoción porque es el reencuentro con un sueño irrealizable. Tal vez sea el aire, fresco y húmedo, del Atlántico, ese mar que Unamuno vio, tan pessoanamente, como aquel en el que el mismo Portugal, melancólico y triste, va a mirarse esperando con desesperanza el regreso del rey don Sebastián.

Y encuentra uno esa pobreza tan digna, sus carreteras atestadas de gente, con mujeres como las que hoy vimos, alguna de las cuales

llevaba un baúl en la cabeza, como las lavanderas antiguas, un gran baúl en el que podría caber todo el ajuar de una reina, de una reina pobre… y sus motoristas tan atómicos, ovillados en sus motitos y motocarros increíbles, tocados ellos con el indefectible casco esférico (por eso parecen atómicos, por esa redondez reluciente de un átomo en la cabeza…) y gentes y gentes andando por las cunetas, en un sentido, en otro, niños, viejos, muchachas, muchachos, de un lado para otro, como si no supieran a donde ir.

El reencuentro con el mar fue extraño. A dos kilómetros de la playa de Baleal lucía un sol fuerte y picante, pero en cuanto llegamos a la playa se había nublado por completo. Esta estaba casi vacía. Reconocimos el hotelito a donde íbamos otros años, solo, al final de la península, como la casa de *Psicosis*. Hacía tanto frío y tanta niebla, que los pocos bañistas se veían forzados a mirar con desolación la bandera roja y a permanecer con gruesos jerseys de lana.

Paseamos descalzos por la playa, sin desprendernos de nuestra ropa, que es la mejor manera de estar en una playa.

Luego nos llegamos a los acantilados que se encuentran a la espalda de la Casa das Marés. Allí estuvimos un buen rato, contemplando el mar. Son unas rocas que se adentran en el océano, batidas por él por los dos lados. A veces llegan paseando hasta allí, al caer la tarde, dos o tres parejas de novios del pueblo, porque es un lugar tranquilo. Ellos son pescadores y ellas trabajan en las fábricas de pescado de Peniche. No quieren estar a la vista de todo el mundo y bajan un poco por las rocas, para buscar un refugio, como las gaviotas. No son del todo rocas peligrosas, pero un traspié podría llevarles al fondo del acantilado y a matarse. Lo hace primero el joven, que va ayudando a la novia a descender y le indica dónde tiene que apoyar los pies; luego tiende él sus fuertes brazos hacia ella, que se deja caer, y aprovechan para darse ya los primeros achuchones, que ella recibe entre risas. La escena suele repetirse dos o tres veces. Cuando otros años nos alojábamos en la Casa das Marés, llegamos a tener cierto trato con dos o tres de esas parejas, eran siempre las mismas. Como estaba con M. no desconfiaban, pensaban que también subíamos hasta ese lugar para estar solos y besarnos, de manera que se conducían con completa complicidad y no les importaba compartir con nosotros aquellos

magreos que solían conducir siempre a espasmos reprimidos entre bisbiseos de la novia.

A última hora, como el día no se arreglaba, decidimos irnos a Peniche, que es un pueblo pequeño, tristemente célebre porque en él la dictadura mantuvo durante muchos años un penal en el que encarcelaba a los disidentes del régimen. Ahora es un pueblo de pescadores al que se llegan los fines de semana familias portuguesas del interior, incluso de Lisboa, para bañarse y comer en alguno de sus restaurantes económicos. Siempre son portugueses, raramente se ven extranjeros, y cuando es así se trata de una de esas furgonetas de matrícula alemana que llevan en la baca dos o tres tablas de *surf*.

Después de comer y descansar un poco en el hotel, nos acercamos a Caldas de Reinha.

¡Esa sí que es una capital de provincia! Es como las que había en España hace 30 años, a pesar de que notáramos al volver la paulatina destrucción, inexorable, de los últimos años. Pero aún es lo que fue, casas de dos o tres pisos a lo sumo, modernistas, modestas, de colores pastel; la plaza mayor, el parque provinciano con su museo más provinciano aún, llena de comercios de cierto viso, botillerías, bacaladerías, confiterías, siempre con gente de la región, hombres con sombrero negro y mujeres que llevan en la mano fardeles de telas percales. Todo el mundo anda muy lentamente, haciendo sus compras, con listas en la mano para que nada se les olvide. A veces se ve a un hombre con una guadaña cuya hoja afilada han tenido buen cuidado en la ferretería de envolverle con papel de color garbanzo. O a una mujer que lleva apoyado en la cadera un perol nuevo, cuya forma apenas pueden disimular los envoltorios.

Pero no deben estar a gusto en esa ciudad o no les debe gustar, porque han empezado a tirar algunas casas, siguiendo el procedimiento que se siguió en España. Dejaban primero que la casa se derrotara sola y luego declaraban la ruina. Desalojaban el solar de escombros y levantaban en su lugar un edificio por el cual los arquitectos deberían ir a la cárcel. Las viejas es posible que no fuesen casas importantes, ni siquiera levantadas conforme a las ordenanzas del Colegio de Arquitectos, pero estaban hechas en un momento en que el hombre todavía contaba algo, estaban hechas a

su medida, sin pretensiones, con sus adornos incluso, para que cuando la gente las viese se sintiese orgullosa de vivir en una ciudad como esa, para que los forasteros de los pueblos vecinos las encontraran deseables. Todo lo que venga después será mucho peor, de eso no hay la menor duda. Y eso es lo que a uno le vuelve conservador, comprobar que nadie quiere conservar la belleza.

Caldas, por lo menos, es todavía lo bastante reaccionaria para conservar su plaza mayor, con casales modernistas y modestas casas racionalistas, conviviendo todas buenamente como pueden, ni el modernismo es radical ni el racionalismo tampoco. La mezcla es rara, pero digerible, porque ninguna de ellas tiene más de dos pisos. Y sigue al menos en pie aquella casa pequeñita, de un solo piso, de color rosa sucio, con ese magnífico cartel en uno de los balcones: «Saudade e Silva, Solicitador», que es como la entrada de uno de los fragmentos de Bernardo Soares.

Era, en verdad, como pasear por algo mucho más que por una vieja ciudad. Como hacerlo por la infancia, y más allá aún, por la felicidad de nuestros padres, antes de que la perdieran, cuando aún eran novios, cuando no habían llegado los hijos, cuando sabían bailar y mirarse a los ojos, sin empañar la mirada de silencios.

Y volvimos al vetusto parque provinciano tan decimonónico, con esos plátanos a los que han dejado crecer durante ciento cincuenta años, sin cortarles por la mitad, que no han querido arrancar para plantar en su lugar sauces llorones o unas especies de palmeras tan enanas como extravagantes…

A las nueve de la tarde la ciudad se vació súbitamente. Vimos cómo los coches de línea, llenos de vecinos de los pueblos cercanos, daban la vuelta a la plaza antes de emprender el viaje de regreso. Cerraron los comercios, las consultas de los dentistas, la oficina del procurador, todo, y el guarda municipal se quedó solo en una esquina y también miraba cada cuarto de hora el reloj, y nosotros también tuvimos que irnos, con la extraña ilusión de que podíamos haber vivido allí, sabiendo que no teníamos que vivir en un lugar como ese que será un lugar de venenosos efluvios.

AYER volvimos a Caldas en busca de un librero de viejo que nos habían dicho que había, y de un anticuario. El librero de viejo tenía una pequeña tienda de cuatro o cinco metros cuadrados, sin trastienda, en unas galerías comerciales modernas, en frente del

parque. Vendía libros viejos, material escolar, sellos y tabaco. Era un hombre muy atento, que se quejó de no comprar ya nada. De entre los libros de viejo saqué unos cuantos de Torga, que ya tenía y otros que no, algunos más de poetas de los años treinta, publicados por *Presença*, y dos tomos de la revista *Sicalíptica*, de Barcelona, (1904-1915),
con fotografías de unas señoritas jamonas que sacaban la cadera desnuda como para guiñar el ojo. Uno compra cosas que piensa que le servirán, solo porque son viejas. Si la revista no hubiese sido de esos años, la habría mirado sin interés. Pasa hoy uno por delante de los kioscos y ve su equivalente en revistas del psicalismo de ahora, y le resultan extrañas. En cambio ve uno unas revistas viejas, con mujeres en blanco y negro, cubiertas por taparrabos ridículos, y piensa que ha visto algo. Las ve uno desnudas a todo color, y no tienen el menor interés. Quizá este estribe en el taparrabos, o en las sombras. Somos todos muy extraños.

Luego, por ver algo más de mundo, bajamos hasta Nazaré. Nazaré es un pueblo en el que de antiguo hay una gran tradición turística, tal y como se entiende aquí. Es decir, una playa en la que se alinean dos o tres filas de casetas de baño, como las que había antiguamente, casetas de lonas listadas y un techo en punta, lo que recordaba un poco a un ejército turco que hubiera acampado allí disciplinadamente.

Para llegar hasta el mar había que atravesar esa aglomeración de tiendas, que mantenían las puertas abiertas o recogidas hacia arriba. En ellas se veía a familias enteras portuguesas, modestas, hombres gordos sin afeitar, mujeres ballenáceas con bañadores negros y pendientes de oro, las piernas acordonadas por varices de color azul y los muslos como morcones, y niños que correteaban llevando mocos de color verde, unos hablaban o discutían, los niños lloraban, otros pedían un poco de tranquilidad, la mujer vieja y gorda se comía un helado del tamaño de una de sus tetas, y todo tenía el aspecto de un zoco floreciente.

R. y G. quisieron bañarse y no hubo manera de convencerles de que aquel no era el mejor de los lugares para hacerlo; todas nuestras dotes de persuasión se estrellaron con su obstinado deseo de meterse en el agua. El mar se veía magnífico, a lo lejos. Al llegar advertimos que la gente apenas se adentraba en él, porque las olas

eran fuertes y la resaca grande. Yo me metí hasta las rodillas. Llevaba a G. de una mano, sin atreverme a soltarlo, porque cada vez que venía una ola, socavaba de debajo de nuestros pies una carretada de arena, con lo que se corría el riesgo de perder el equilibrio. El niño estaba entusiasmado, pero llegó una ola de pronto que al retirarse noté que me llevaba a mí y sobre todo que se llevaba a G. Estaba rodeado de gentes, todos gritaban excitados por la diversión de luchar contra el mar, pero lo mío noté que era más grave, porque era como si el mar me lo arrancase de la mano y se lo llevara. G. empezó a llorar y yo traté de traerlo hacia mí, después de mandar a la orilla a R., y ponerle a salvo. Cuando al final pude hacerme con el niño, salimos de allí huyendo. Al poco rato la muñeca se me empezó a hinchar, como si se me hubiese abierto del esfuerzo realizado. Toda nuestra curiosidad fue conocer cuántos se ahogarían cada día en esa playa, porque lo que es seguro es que ahí se deben ahogar a diario cinco o seis, de eso no hay la menor duda, solo que al ser portugueses es noticia a la que no se dará trascendencia.

Luego subimos al pueblo de Nazaré, que está en lo alto de la montaña. Abajo están los hoteles y casas de veraneantes y arriba el pueblo de pescadores. Se ve desde lo alto, allá a lo bajo, como un montón de casitas diminutas. Cada hora sube como un tranvía arrastrado por cables de acero. Daba vértigo verlo trepar por los cantiles desde donde estábamos, porque era un cortado de más de cincuenta o cien metros. Nuestra atalaya, en un extremo de la plaza del pueblo, tiene al otro lado ese precipicio, del que lo separa como un murete o antepecho de un metro de alto. Algunos jóvenes se sentaban allí, con las piernas colgando hacia afuera. Si viniera alguien por detrás y les rozara un poco, se irían al vacío, por lo que era muy desagradable permanecer mucho rato en ese lugar, ya que la posibilidad no tan remota de que alguno de esos muchachos se despeñara, mientras se suben al murete a sentarse o cuando se van a retirar, termina por revolverle a uno el estómago.

Por fin encontramos un poco de tranquilidad visitando el faro de Nazaré, que es uno de los lugares más bellos de la tierra. Estaba, como todos los faros, en un saliente sobre el mar, en lo más alto y arriscado. A la hora en que fuimos no había nadie. A un lado se veía la playa de Nazaré, llena de gente, las tiendas de baño alineadas

unas junto a las otras, con la luminosidad de esos pequeños óleos de Sorolla o de algún impresionista a lo Cecilio Pla. Se veían las casas de colores pastel, más atrás algún hotel modesto, de dos o tres pisos. Pero al otro se veía una playa de kilómetros y kilómetros, ancha, de arena blanca, pero vacía. El contraste entre las aglomeraciones humanas de una y la vaciedad de las otras era llamativo pero lógico, porque en esta última las olas eran de unos tres o cuatro metros de altas, y llegaban a la playa con toda la violencia. Desde arriba, pese a que estábamos a más de cien metros, oíamos el rugido pavoroso del mar. Nos fascinaba presenciar aquel espectáculo, pero ni siquiera tan arriba parecía que estábamos a salvo. Descubrimos de pronto a dos personas paseando por esa playa, en la lejanía. Eran apenas dos puntitos que caminaban a una prudente distancia de donde rompían las olas. Temimos no obstante que se acercaran demasiado, porque habría bastado que una sola puntilla de sus volantes les rozara, para que se los llevase consigo, y los engullera.

Por el mar pasaban muchos barcos, la mayoría volvían al puerto de Nazaré, después de haberse pasado la jornada pescando. Oíamos sus motores con nitidez. Estaba atardeciendo. Sentados en unas rocas, admirábamos aquel mar bravío. Tenía el espectáculo algo de grandioso, el océano era como un coloquio a voces entre dos dioses que se incomprendieran, disputándose un pedazo de tierra. Seguramente ese mar es de los que devuelve a los ahogados. Empezaron a brillar algunas estrellas en el cielo. Tanto desasosiego de las olas nos fue como serenándonos y cuando nos habíamos levantado para irnos, desalojados por el fresco que empezaba a hacer, llegaron montados en una moto vieja que pedorreaba de una manera cómica, un chico, con aspecto proletario, y su novia, que se había puesto un vestido limpio. Les vimos dirigirse abrazados a donde habíamos estado nosotros. De lejos, de muy lejos, se veían cruzar los grandes barcos. Lo hacían muy lentamente. Vistos a lo lejos, parecía que lo hiciesen de una manera triste. Lo terrible de la tristeza de los que ven pasar los barcos, o los que ven pasar los trenes, o los que ven cruzar los aviones… La chica llevaba una de esas camiseras ombligueras, y el novio le metía la mano por detrás, por el pantalón, para tocarle las bragas con la punta de los dedos.

ESTUVIMOS almorzando en la Pousada de Obidos, una vieja casa señorial, de piedra, medieval, como todo el pueblo. Obidos es un pueblo más turístico y pintoresco que los que se ven por los alrededores, por lo que a veces llegan a él, de otras partes, autocares con gente del Inserso de allí, y también turistas alemanes e ingleses. Les gusta el pueblo, disparan algunas fotografías y si se les hace tarde buscan algún restaurante para comer. No hay muchos en el pueblo, uno de ellos el de la Pousada. Entran admirando el lugar, que es como uno de nuestros paradores, uno de esos hoteles silenciosos, con patios muy bien puestos, muebles tradicionales en los pasillos y suelos encerados. Al llegar a la puerta del restaurante se detienen ante la carta, que estudian meticulosa y lentamente, mientras traducen escudos a marcos, para acabar dando media vuelta, con la satisfacción en el rostro por haber descubierto una estafa a tiempo.

Al entrar nosotros solo había en el restaurante ocupada una de las cuatro o cinco mesas, con ocho o nueve personas. También eran alemanes. Vestidos todos con inusual etiqueta para comer o en contraste con la ropa que la gente suele llevar en vacaciones ya en todas partes, los hombres con chaquetas, pantalones largos y polos si eran jóvenes y camisas de *sport* los mayores, y zapatos, desde luego, nada de zapatillas deportivas ni náuticos. Las mujeres llevaban blusas y pantalones, las más jóvenes, y faldas, las dos mayores. Era la familia al completo. Al abuelo, un hombre de unos ochenta y muchos años, con el pelo blanco y un bigote también canoso, de porte militar, le habían reservado una de las cabeceras. Era un hombre al que se le marcaban todos los huesos de la cara y parecía un hombre muy alto. Vestía un traje claro, de hilo, y ¡corbata! en agosto, como aquellos viejos caballeros que jamás se la quitaban mientras permanecían en sociedad. Creo que fue la única corbata que hemos visto en todo el verano. A su lado tenía a una que parecía su nieta, o quizá solo fuese la mujer de uno de sus nietos. Era una muchacha bellísima, rubia, como una de las princesas de las que habla Rubén Darío, con los ojos verdes y unos labios gruesos. Llevaba una blusa de seda de color marfil y un collar de perlas. Bajo la blusa se marcaban los dos puntos de unos pechos como limones. El corte de pelo era corto, lo que hacía que su cuello,

largo y torneado, destacase aún más. Se quitaba a menudo el pelo de la frente, porque le molestaba, pero el pelo, sedoso, volvía una y otra vez a sombrearle el rostro. Hablaban en alemán, en voz muy baja, pero el ambiente era verdaderamente distendido. Era como presenciar la escena de una película viscontiana, el lugar, aquel comedor de bastante buen gusto, los camareros vestidos de blanco, con guantes blancos, a cierta distancia, y aquella mesa con seres como venidos de otro siglo, pese a su indumentaria que los declaraba de este tiempo. Había tres jóvenes, dos de la misma edad que las chicas, y otro como de unos veintiuno o veintidós años. Los otros debían de andar por los veintinueve o los treinta. Todos eran rubios, menos uno, moreno, que dedujimos podía ser uno de los yernos. Los padres estaban también mezclados entre ellos. Él era un hombre de unos cincuenta y cinco o sesenta años y la que parecía su mujer más joven aún, fumando con mucha distinción. Estaban todos ellos perfectamente sentados a la mesa, los muchachos muy derechos, con los antebrazos pegados al cuerpo, con el pelo corto, como recién salidos del Gimnasio de Jena. Lo mismo se podía suponer que iban a dar su vida por el emperador que a fundar el tercer Reich. Era evidente que esperaban a una persona, pues la otra cabecera de la mesa permanecía vacía. Debían estar alojados en la misma Pousada. Al fin llegó la persona esperada. En cuanto la avistaron los hombres, con un movimiento concertado, se pusieron de pie, menos el abuelo, marido de la recién llegada, que solo hizo el amago de levantarse. Era una mujer también de unos ochenta años, pero con movimientos muy vivos. Llevaba un bastón de malaca con empuñadura de plata, pero a juzgar por la agilidad de sus movimientos, no parecía necesitarlo en absoluto. Venía vestida de colores marfil, con un collar de perlas y el pelo recogido en un moño sobre la nuca. Agradeció a los hombres la cortesía, pero les ordenó con la mano y dos o tres frases cariñosas que tomaran asiento, en tanto que la muchacha que estaba junto al abuelo se levantó a darle un beso y le ayudó a tomar asiento, apartando primero la silla y acercándosela luego. En cuanto estuvieron todos sentados se aproximó el camarero, hicieron su comanda en inglés, y siguieron hablando distendidamente. Fue una escena magnífica, como sacada de un álbum familiar de la época del Káiser. Solo que nos quedamos sin saber qué hacían allí, en Obidos, qué les había

congregado a todos ellos, al completo, sin niños, sin criaturas, cosa rara, porque las dos parejas de jóvenes eran lo bastante guapas y sanas como para haber intentado muchas veces traerlas al mundo. Quizá fuese el abuelo el que había querido tenerles cerca para repartirles a todos ellos la herencia de unas acerías en Hannover. Es decir, estaba la novela sin hacer. Nos pareció de muy mal gusto preguntarle al camarero, deslizándole una propina, quiénes eran aquellos eminentes huéspedes. Sobre todo porque, ¿de qué serviría? Supongamos que yo ahora supiese su verdadera historia, ¿y qué? Podría incluso inventármela. Lo que teníamos que ver, ya lo habíamos presenciado: aquel instante en el que los hombres se pusieron de pie para recibir a la abuela, la seriedad con que lo hicieron, el respeto y la devoción en sus rostros.

ALGUNOS poetas conciben la poesía como el álgebra, algo cuya representación es misteriosa armonía, pero indescifrable para los legos.

AYER descubrimos en Peniche un lugar extraño y maravilloso al mismo tiempo. Lo llaman «La nao dos corvos», está junto a un faro. No sé cómo, pero terminamos siempre cerca de un faro, mirando el mar, mirando pasar los barcos, mirando pescar a esos viejos que llegan con una caña de tres o cuatro metros de largo y un caldero de plástico, en el que no se sabe si llevan el cebo, la merienda que se comerán ellos o, en fin, las bolsas de plástico para meter los peces que jamás les hemos visto pescar.

«La nao dos corvos» es una eminencia rocosa, que sale del mar como una poderosa columna de unos quince o veinte metros de diámetro y unos cuarenta o cincuenta de alto, batida por todas partes por olas furiosas e impacientes. Parece el diente de un monstruo marino, de una morsa gigante. Sobre ella se posan los cuervos y las gaviotas. Ver allí posados durante horas a los pájaros negros impresiona. Se van unos y vienen otros, como si estuvieran velando el cadáver de alguien. Recuerdan mucho a un grabado de Haes, un aguafuerte pequeño en que unos pájaros negros se posan sobre unos acantilados. Llenan el aire de graznidos desgarradores y estridentes que vienen a mezclarse con el ruido que hacen las olas al romperse en los cantiles.

Pudimos quedarnos a comer en un restaurante que había allí mismo, uno de esos locales hechos a las modas de los años sesenta,

con una arquitectura moderna, entre búnker y puente de barco, con las paredes de cemento blancas y grandes ventanales. Estaba lleno de gentes de por allí, ejecutivos y algunos alemanes e ingleses, pero como eran todos muy ricos, hablaban en voz baja, lo que era sumamente agradable. Para entonarnos con el espectáculo de la «Nao dos corvos», nos dieron para comer un arroz de color negro. Era imposible no estar mirando todo el tiempo aquel lugar. Le preguntamos al camarero si alguien iba hasta ese peñasco y nos dijo que a veces algunos pescadores de caña, que llegaban en una barquita pequeña, los días en los que la mar estaba muy calma, pero que si no, era peligroso, y que ya habían muerto algunos. Esa fatídica querencia al peligro es misteriosa, es raro que sigan exponiéndose a morir por la promesa de unas capturas dudosas, aunque podría ser que encontraran esos peces un bocado exquisito solo porque se cebaron en los ojos de los ahogados.

Por la tarde seguimos haciendo nuestro turismo de ver más paisajes, más pueblecitos, todo en distancias de quince o veinte kilómetros. Son decenas de aldeas y lugares, cada uno con sus casas pequeñas y sus casonas hidalgas, su iglesia llena de azulejos azules, y a las afueras su quinta, de la que apenas puede verse la casa porque la celan unos árboles centenarios, quintas en las que uno se imagina, no sé por qué, una señorita con una pierna ortopédica tocando al piano sonatas de Liszt, acechada por el administrador, un hombre casado comido por la lascivia como los peces por el canibalismo.

En la laguna de Obidos estuvimos una o dos horas, una gran laguna que evacúa el agua por un río que va a morir a los doce o trece kilómetros de allí, en el mar. Fue por donde los romanos llegaron al pueblo, siguiendo ese río, según leímos en una guía, lo que nos hizo sentir de pronto por ellos como un amor súbito y una admiración sin paliativos.

La laguna está, sin embargo, tierra adentro en un lugar fantástico, rodeada de pinos que llegan hasta la misma orilla donde los detiene una cortina de cañas altas y musicales.

La evaporación producida por las altas temperaturas empaña las colinas de los alrededores, dándole a todo un aire medio chino y si de pronto asoma por la bruma una gaviota se tiene la impresión de que emerge del cielo la esquina de una pagoda. No hay casas, por

los caminitos de tierra no van ni vienen coches, no hay luces eléctricas, nada, y sí, en cambio, un silencio enrarecido, interrumpido por el canto de unos pájaros extraños que cantaban en lenguas irreconocibles, gritos sostenidos que se prolongaban sin eco, y luego se interrumpían, dando paso de nuevo al silencio. Eso, muchas veces. Había un gran número de ruidos en la floresta, y de pronto se interrumpían con brusquedad. Nos podrían haber asesinado perfectamente y no haber aparecido los cadáveres en ocho o nueve días, o nunca, de habernos tirado a la laguna con una piedra atada al tobillo. Y aquellos pájaros cantando desde lo espeso, en lo más oscuro, como si fueran pájaros de las selvas angoleñas traídos por los colonos.

Llegamos a la hora en que estaban tirando las redes unos pescadores desde una de sus viejas y sucias barcas, tan primitivas y desclavadas. Vimos una de ellas por la mañana, cuando pasamos por aquí: era una barca grande, como las de las albuferas y pantanos, sin quilla, como cajones de muerto, de tablas despintadas y con un palmo de agua podrida en el fondo. Por la hora que era los pescadores no podían ver siquiera. Brillaban en lo alto las estrellas. Estaban muy cerca de la orilla y dejaron de trajinar sobre sus redes en cuanto descubrieron el coche, y se incorporaron para observar nuestros movimientos. Estaban a unos diez metros de la orilla. Debían estar extrañados. Uno de ellos levantó la mano, quizá para saludarnos, quizá para que nos alejáramos de allí, porque habíamos dejado el coche junto a una casa, tal vez la suya. Era casi una chabola, con el tejado a remiendos de tejas y planchas de zinc con piedras encima para que no se las llevara el viento. Al lado había un pequeño huerto donde crecían coles y tomates, pero todo aparecía sembrado de desperdicios de comida, bolsas de plástico, latas de conserva vacías y forroñosas y muchas inmundicias. No olía bien, pero el paraje era magnífico. En cuanto observaron que veníamos con dos niños, reemprendieron su faena. Quizás estuvieran pescando anguilas. Era un sitio propicio para ese pez. Uno de los de la barca encendió un cigarrillo. Brilló la llama de su mechero y luego la brasa de su cigarro. Flotaba sobre el vapor que despedía la laguna, semejaba una luciérnaga. Al cabo de un rato nos fuimos de allí. En el horizonte quedaban los restos de la tarde de un color anaranjado y dorado, que recortaba los árboles negros. Los pájaros

raros dejaron de cantar. No se oía nada. Nada. Entraba un poco de miedo, porque, lo dicho, podrían haber venido unos bandidos, cortarnos con una sierra mecánica, tirarles los trozos a las anguilas, y no darse cuenta nadie, solo para apoderarse del coche y de los pasaportes.

VOLVIMOS de Portugal antesdeayer. Estos viajes cortos son los que al final mejor soportamos todos, tres o cuatro días, a la provincia, al pueblo, sin rozarse con turistas, olvidando que nosotros lo somos, sin la pequeña humillación que es sentirse de otra parte, como muertos de otros lugares, sin llegar a estar del todo vivos en esta. Y entonces ocurre. Al volver, imagina uno la vida que podría haber llevado en otra parte, y se hace la ilusión de que sería una vida como la que ha visto, como la que ha amado solo porque no era la suya, pero también porque sabía que apenas le iba a durar unos días, feliz de poder abandonarla. Entonces el ensueño es completo, porque logra uno de veras no ser de ningún sitio, ni de donde estuvo ni de donde está, ni del lugar al que soñaba llegar ni de ese mismo lugar, cuando le entristeció dejarlo. Y así, ahora, vuelvo a pensar en todos y cada uno de los minutos vividos en el viaje. M. y yo los repasamos, nos los recordamos a cada paso. ¿Te acuerdas? ¿Y allí? ¿Y «La Nao dos corvos»? ¿Y Caldas? Tratando de que no se esfume ni uno solo de los detalles, luchando desesperadamente para que eso no se vaya por el sumidero de la vida presente. Sabiendo que allí, al menos, fuimos felices una vez.

VIENE su fotografía en una revista. Esa mujer viste un traje de hombre, con su chaqueta y su corbata. No es en absoluto una mujer estúpida. Ha luchado durante cincuenta años por que la mujer sea más libre. Su traje de hombre quiere ser un símbolo de esa lucha, como un reto a la sociedad machista, incluso una pequeña provocación. Seguramente cree que el exhibicionismo, en ese punto, es necesario. Y sin embargo es esa corbata la que le convierte en un ser patético, porque incluso cuando quiere prescindir de los hombres, no llega a olvidarse de ellos. Al contrario, busca ocupar su plaza, llevar sus pantalones y ponerse sus corbatas. Hasta que las mujeres no se olviden de los hombres no harán nada valioso. La corbata en una mujer nos habla no de la mujer que quiere ser más libre como mujer, sino más hombre, y, por tanto, con sus mismas limitaciones, pues ni siquiera considera que somos muchos hombres

los que encontramos la corbata una prenda completamente ridícula, como el redingote, el paletó o la peluca empolvada.

LLEGÓ X al mediodía y por la noche fuimos a Mérida, que está como a una hora del Pago. Jamás habíamos ido al teatro de Mérida, y menos para ver una ópera. Mientras estábamos en camino nos daba un poco la risa cruzar por unas carreteras, las que llevan de La Herguijuela a Santa Cruz, entre dehesas y olivares, para ir a la ópera. ¡Y a Mérida, en el teatro romano! Advertíamos como un desajuste, algo un poco disparatado. Nos preguntábamos: ¿Y quién irá en agosto a una ópera en Mérida, con este calor? Además estos días las temperaturas han alcanzado unas cotas de altos hornos. Aquí los del lugar lo llaman «la flama», cuarenta y cinco o cincuenta grados a las cuatro de la tarde. Luego bajan, sí, pero por las noches, en ciudades de piedra como Trujillo o Mérida, el efecto parece el contrario, como si fuese por la noche cuando más calor hace, pues las casas y plazas de piedra sueltan todo el calor que han ido absorbiendo durante el día. Como hornos de piedra. Y eso fue lo que ocurrió. Apenas bajamos del coche, nos aplastó una masa de fuego oscuro, como brea.

Llegábamos con cierto retraso y el pueblo nos recibió con embotellamientos inauditos. Los guardias urbanos, desbordados por las aglomeraciones, no hacían sino empeorar la circulación con indicaciones contradictorias, que lejos de enfurecer a la gente, la ponían de muy buen humor, pues era seguramente ese el primer atasco que conocían en el pueblo, y les parecía divertido y se hablaban unos conductores a otros, desde los coches, con espíritu festivo.

Nuestras entradas nos esperaban en un sobre a mi nombre en la Conserjería del Parador, pero al preguntar por ellas, y después de una burocracia soviética en la que las explicaciones tampoco eran muy explícitas, llegamos a entender que se las habían entregado a alguien media hora antes, que aseguró llamarse como yo, y lo más grave, es que ya no había localidades a la venta.

A requerimiento nuestro se presentó el director del Parador, cuando apenas faltaban cinco minutos para que empezase la representación. El director abroncaba a la persona que las había entregado sin cerciorarse, esta se disculpaba, también a voces, aduciendo que si a él le decían que venían a recoger unas entradas

a nombre de alguien, no iba a pedir el carnet de identidad, y yo, a mi vez, amenazaba con prender fuego al parador si no aparecían, porque de ninguna manera nos íbamos a quedar sin entrar al teatro, después de haber recorrido trescientos kilómetros solo con ese fin. Lo de los trescientos kilómetros fue una improvisación, porque me pareció que si decía solo cien, quizás no les pareciese tan grave el asunto.

Cuando llevábamos ya cuatro de esos cinco preciosos minutos gastados en gritarnos, el director, un poco harto de mis voces, me atajó con impertinencia y me preguntó qué cosa quería que hiciese. Fueron momentos muy divertidos, en medio de todo. Observamos también cómo entre las recepcionistas y los botones del hotel se despertaba esa solidaridad ociosa que concitan las contrariedades en absoluto graves, de paso que se ponían vergonzosamente del lado de su jefe, cosa que un operario no debería hacer jamás, incluso cuando el jefe llevara la razón, que no era el caso. Que unos señoritos hicieran seiscientos kilómetros en balde (pues ellos contaban ya con la vuelta de vacío a Madrid) les parecía en el fondo bien, y dejaban mostrar una sonrisilla exasperante. Yo en cambio me sentí en la obligación de interpretarles todavía un pequeño número de furia que nos puso a todos en un lugar de difícil salida, o mejor, en el de la única salida: la de la puerta, que ganamos detrás de una frase teatral: «son ustedes unos inútiles y unos mamarrachos».

Yo creo que no nos pegaron, 1.º, porque nunca se sabe si se van a meter en líos, y 2.º, porque la palabra mamarracho está ya tan en desuso, que no les dio tiempo ni siquiera a evaluarla convenientemente y decidir si eso era mucho o poco insulto, si era, por ejemplo, más o menos que gilipollas o hijos de puta.

En la calle tratamos de hacer algo, pero hacía al menos ya diez minutos que habría empezado el primer acto.

Lo más extraño de todo es que nadie, salvo la secretaria de la persona que había reservado esas entradas, sabía que íbamos a venir. ¿Fue la propia secretaria quien se benefició de ellas pensando que jamás vendríamos?

Como única esperanza nos dirigimos a las taquillas del teatro. Nadie sabía nada de nuestro sobre ni nadie quería avenirse a razones, aunque por otra parte trataron de consolarnos diciendo

que aún no había empezado. De todos modos no se sabe en qué modo habría de consolarnos una cosa así, si no íbamos a poder entrar. Se repitió la escena del parador, pero de una manera más suave, tratando de enternecer a alguien. En cinco minutos no se sabe cómo lo nuestro era ya un «caso» que había que resolver. Por suerte la persona que había entregado las entradas el día anterior en el parador, a mi nombre, se encontraba allí, lo recordaba bien, me insistía, por el apellido, que repitió dos o tres veces mal. Empezamos, por fin, a conjeturar entre todos, como si llevásemos a efecto una investigación criminal desde la misma brigada. Al rato nos dimos cuenta de que lo único que estaban esperando es que les diéramos una propina, pero cuando insinué una cosa así, los tres taquilleros accidentales, se mostraron casi ofendidos, aunque consintieron en vendernos tres entradas de gallinero a precio de butaca, cuando además ellos y nosotros sabíamos que el aforo estaba completo, y que tendríamos que ver la ópera desde lo alto de los muros ruinosos sobre dos o tres piedras picudas y que sería una suerte que en un do de pecho no nos cayéramos muro abajo. Pagamos sin rechistar y antes de que pasáramos, sin perderles de vista, les sorprendimos repartiéndose el dinero entre los tres con seriedad bancaria.

No sé cómo encontramos las localidades, en absoluto malas, y en cuanto nos sentamos aún tuvimos un tiempo para estudiar al público, porque por fortuna la representación empezó con tres cuartos de hora de retraso.

La sociedad emeritense estaba allí al completo con sus mejores galas para festejar como se merecía el bimilenario de la ciudad.

El calor era sofocante. El teatro era una verdadera olla y el olor de los perfumes y de las lacas de las mujeres y el del sudor de la gente se mezclaban de una forma perfecta con otro más inconcreto a churros y aceite requemado, venido de no se sabe dónde. La compacta mixtura formaba una compota que habría podido servirse con un cucharón. En todas las gradas solo se oía el runrún de la gente que se abanicaba, ellas con abanicos traídos de casa, y los hombres con el programa de mano. Había también familias enteras, con gordas, niños, suegras, todos comiendo helados, bebiendo cocacolas, triturando garrapiñadas, pisando vasos de plástico, haciendo bolas con los papeles de celofán y aviones de papel con los

programas… El verdadero espectáculo estaba en las gradas, desde luego.

El *Don Carlo* resultó muy bien, como debían ser las óperas hace ciento cincuenta años en los pequeños teatros de provincia. Unas cosas mejor que otras, mal los metales, pero bien las cuerdas, regular el don Carlo, pero mejor la Reina, y excelentes los coros. Lo hacía una compañía rusa del gran teatro Kirov, ahora llamado de nuevo Mariinski, su antiguo nombre imperial, de San Petersburgo, antes Leningrado. Se trataba de un montaje espectacular, de más de 320 personas con músicos, coros, cantantes, de todo. Alguien preguntó cerca de nosotros cuándo iban a salir los elefantes. Allí, sobre las tablas, se escenificaba la España negra. En las gradas la España era de todos los colores. En cuanto a las voces de los cantantes estaban en general pasadas de punto diez años. Y eso es lo que hacía más bonita la representación, el que fuese todo un poco fallido. Incluso nos gustó que el Felipe II fuera no sé qué. Estes, un negrazo colosal de dos metros, lo que debió confundir al que pedía la entrada inmediata en escena de los elefantes de *Aida*.

El caso es que lo mejor vino en el entreacto. Apenas sonaban las últimas notas del acto primero, se armó una gresca monumental en las primeras filas del aforo. La gente se desentendió de la música y todo el mundo quería saber lo que estaba ocurriendo. Yo incluso bajé hasta allí porque no me quería perder nada. Fui, como si dijéramos, como ese médico que está de vacaciones y presencia un accidente, lo deja todo y se pone a tomarle el pulso al muerto.

Así ocurrieron las cosas. De pronto, sin mediar palabra, vimos cómo un gigante con el brazo escayolado le pegaba al representante de la orquesta peterburguesa un mamporro antológico. Este representante era como de película también. Muy alto, casi los dos metros, cincuenta y tantos años y 150 kilos. Sudoroso, la tripa colgona y un traje blanco de hilo. Llevaba peluquín. El representante del representante era por el contrario un hombre menudo, un mequetrefe con chaqueta roja y pajarita roja, con la delatora palidez del onanista, y trataba de mediar infructuosamente. Al principio nadie comprendía el objeto de la disputa. Se encendieron las luces, los actores se retiraron precipitadamente de escena, aunque se les veía que se habrían quedado con gusto para saber cómo terminaba todo.

El origen de la refriega parece que fueron los comentarios de una espectadora de la primera fila contra la calidad interpretativa de la *mezzosoprano* norteamericana Grace Bumbry, hechos en voz alta y de manera insolente durante toda la función, justo detrás del cogote del director de la orquesta. Entonces un tal Valentín Prochinsky, director artístico del festival de ópera, un argentino de origen polaco, se enfrentó con la señora de manera abierta, pero lo de menos era la señora, porque sabía que esa señora había venido con alguien que era muy enemigo suyo, también, el gigante del brazo escayolado, quien le sacudió, como se ha dicho. El peluquín se le cayó sobre la frente y las gafas salieron por los aires, para caer a dos o tres metros, volando por encima de la orquesta.

El del peluquín se veía que era un cobarde, pues a pesar de ser el agredido, no hizo nada por defenderse, hacía como que sí, que iba a ir por él, pero no se le veía con fibra. En cambio el del brazo escayolado quería rematarle allí mismo y machacarle la cabeza contra aquellas venerables piedras romanas de las gradas. La gente jaleaba a uno y otro, pero al final bajaron dos guardias y entre todos se consiguió apaciguar el ambiente. La gente estaba desilusionada, porque la música les estaba aburriendo mucho y el calor no terminaba de remitir, por lo que más de la mitad del público, una vez sabido en qué consiste una ópera y que no salían elefantes, terminó por marcharse a tomarse unas cañas y unas gambitas.

Nosotros aprovechamos para mejorar nuestras localidades. Los murciélagos interferían los haces de luz de los reflectores y parecían, por segundos, mariposas de plata y estrellas paganas, solo que al proyectar su sombra sobre las estatuas de Augusto eran como fantasmas shakespereanos vagando sin sosiego en busca de una venganza.

Se inició de nuevo la función. Era agradable escuchar aquella música maravillosa en el corazón de Extremadura. X iba poniéndonos al corriente de la trama, complicadísima. La música, claro, muy hermosa, incluso cuando tenía uno que abstraer y ver agonizar a don Rodrigo, al que acababan de pegar una estocada fenomenal, con un aria que duraba diez minutos, sin acabar de caerse del todo, un poco cómico, porque empieza a cantar, se incorpora, se pone de pie, sigue cantando, se pasea por el escenario,

todo esto con la estocada que le ha atravesado de parte a parte, se empieza a arrugar, baja el tono de voz, se arrodilla y estira de una vez la pata, dicho sea con todos los respetos hacia Verdi y hacia un aria extraordinariamente bella. Son, lo sabemos, licencias del sentido común.

La vuelta fue bonita, también. Por fin, al atravesar el campo, habían bajado las temperaturas y el aire olía a jara y a rocío, y los grillos parecían aclamar con estrépito a Orfeo. Llegamos a casa y todo estaba en silencio. Nos ladraron los perros, pero volvieron a acallarse sus ladridos. Salimos aún a la terraza a mirar las estrellas. Eran casi las tres de la mañana. El carro aún seguía en el horizonte, vuelto hacia arriba, las confusas estrellas de la Osa.

EL otro día cuando fuimos a ver Bombarral, un pueblecico cercano a Obidos, entramos en una cochambrosa almoneda. Estaba vacía de cosas. Era una gran lonja. Solo quedaban restos. Sentado junto a la puerta había un viejo, muy viejo, pero muy hidalgo, uno de esos viejos de pueblo que no han trabajado jamás, con las manos finas, con un par de trajes de muy buen paño, pero casi tan viejos como él…

Nos contó que había ido a Barcelona a operarse de un glaucoma en la clínica de Barraquer, lo que significaba que había tenido su dinerito para hacer ese viaje e internarse en una clínica como esa.

Nos llevamos, por llevarse algo, una figurita de porcelana de un gusto horrible: un estudiante con capa negra y beca roja, «Recuerdo de Coimbra». En realidad todo parecía que fuesen las últimas pertenencias personales de aquel anciano. De valor solo había dos *biscuits* de cuarenta y dos *contos*; el resto, no subía de doscientos escudos.

En un baúl encontré un libro de Samain. Piensa uno cómo viajan los libros. Todo lo habría sospechado el pobre Samain, menos que un libro suyo fuese a parar a un pueblo como aquel. ¿Lo habría leído alguien alguna vez? Mientras rebuscaba en aquellos despojos, el vejete, feliz, contaba su vida, la operación, el puerto de Barcelona, las Ramblas, acababa, y volvía a contarla por el principio, ajeno a mis pesquisas, que para él no tenían el menor interés. Como yo en estos diarios. Es raro que a uno no le pase nada extraordinario, y cuando le pasa es un glaucoma.

OÍ cómo X usaba el usted con uno de sus obreros en el campo.

Lo usaba para sujetarle, para ponerlo en su sitio, exactamente para humillarlo y, de paso, para defenderse del tú con el que ese mismo obrero se había dirigido a él un momento antes. Pero ese usted sonó mucho más repulsivo aún que aquel tuteo del señorito que se dirigía con un tú a todo el mundo que cobrara de él, porque entonces era un tú no amenazado por ningún complejo social.

AYER hubo un concierto en el auditorio de Trujillo. Solo el nombre de auditorio mueve un poco a risa. Lo han instalado en lo que fue casino del pueblo. En ese casino había un teatro precioso, un pequeño teatro de cámara muy decimonónico, con sus plateas y sus palcos, todo en unas proporciones de corral de comedias. Hacia los años cuarenta se quemó. Llamaron por teléfono a Cáceres para pedir la ayuda de los bomberos, que tardaron nueve horas en llegar porque creyeron que lo que se quemaba era una casa pequeña, pues aquí tienen la costumbre de formar los diminutivos en ino, ina. Hemos visto algunas fotografías y era una preciosidad. No era La Fenice, pero conservaba todo el sabor de los sainetes de Arniches. Ahora han pagado a dos arquitectos desalmados que han ensayado un posmodernismo degradado y hortera, como solo se ve en estos pueblos.

Este está siendo el verano más artistizante de nuestra vida. Hacía todavía mucho más calor que el otro día en Mérida, pero el público venía a ser poco más o menos el mismo, en su mayor parte mujeres, aunque aquí nadie se había cambiado de ropa ni acicalado de manera especial. Las viejas y las viudas estaban en zapatillas negras y las chicas en sus pantalones vaqueros. Reconocimos a algunos empleados del banco, con sus señoras, y a algunos comerciantes. El aforo, para unas doscientas personas, no estaba en absoluto lleno.

Se oía el tristrás de los abanicos, que las mujeres abrían y cerraban muchas más veces que los usaban para abanicarse. Hablaba el presentador que anunciaba a los concertistas, pianista y violinista.

Ese auditorio ha tenido, al parecer, muchas críticas entre otras razones porque siendo auditorio se escuchan antes todos los ruidos del patio de butacas que lo que sucede en el escenario. Hablaba, como digo, un buen señor. No se le oía nada. Alguien desde la última fila gritó: «No se oye». Se le vio entonces al buen hombre

desesperarse con su garganta para hacerse oír, pero no había forma y todas sus palabras quedaban empastadas e informes, como un engrudo frío. «No se oye», insistieron ahora varias voces más desde distintos puntos, de gentes dispuestas ya a formar un bonito altercado, seguramente de la facción antimunicipal. Por eso nuestro pequeño y bravo alcalde, presente en el acto, se puso de pie y se enfrentó al público con un grito formidable, y su vozarrón se escuchó sin paliativos: «Aquí se oye perfectamente. Yo oigo perfectamente y vosotros me estáis oyendo, de manera que a callar». Y se sentó como quien acaba de sufrir un grave desaire. Nos recordó a ese padre que ante las quejas del niño, pega un puñetazo en la mesa y zanja la discusión: «La sopa no está caliente, y se acabó».

El concierto fue una preciosidad y la gente solo esperaba que acabara cada movimiento para aplaudir con furia y entusiasmo al violinista, mientras uno, el melómano de la localidad, chistaba a los ignorantes de manera ostentosa tanto para que cesaran unos aplausos que solo debían producirse al final de cada sonata, no entre movimientos, como para dejar sentada su autoridad en esa materia. Ese pequeño lío se convirtió en el verdadero divertimento del concierto, pues la gente no tenía la menor idea de cuándo se trataba de un final de movimiento y cuándo final de obra, para lo cual terminaron guiándose de los aplausos del experto, que apenas sonaba en el aire la última nota de la obra se arrancaba en un aplauso frenético que era seguido por todos los demás. Se me vinieron a la imaginación esos rebaños de ovejas que se atascan en una angostura sin decidirse ninguna a dar el pequeño salto. Por fin lo hace una y a continuación van todas las demás, que terminan colándose como el agua de una pila a la que se ha quitado el tapón.

RESULTA evidente que Dios no terminó el mundo, sino que lo abandonó.

VISTO en el estanco de Madroñera: «Se hacen lápidas (por encargo)».

ÚLTIMA tarde de Las Viñas. La hora del crepúsculo. Es tanta la melancolía que podría pensarse en este como en el último verano, más que en la última tarde del verano. La luz del lubricán se fue apoderando de los contornos, borrando el camino y los lugares. M. fue a poner algo de música en el tocadiscos viejo. Los discos de

vinilo están la mayoría rayados, pero es música al fin y al cabo. Sonaron los primeros compases. El aire de septiembre perfumado de higos y paja seca pareció vivir cada una de esas notas como si hubieran sido escritas para aquí y no para uno de los salones deslumbrantes de Viena o de la sombría Praga… Y de pronto estos dos nombres tan irreales como Samain en Bombarral.

Se hace de noche muy pronto y como cada noche ninguna luz alrededor, ni una pequeña bombilla.

El disco se terminó, pero siguió girando. Se oía el roce de la aguja sobre el surco vacío, un ruido como del universo al dar vueltas. Aquí, aquí, pensábamos, para no movernos de ese instante, que ya fue ayer, y lejos, en otra vida, sin poder tampoco detenernos en nuestro surco vacío.

LO peor de todo es tener, cada mañana, que inventarse el trabajo. El que es asentador de libros, tiene sus libros de contabilidad y los asientos que le proporciona el patrón; el que va a una oficina, sabe dónde tiene que ir, y el que pasa consulta en un dispensario solo tiene que sentarse y esperar a que entren los enfermos, que lo harán en cuanto se abra la puerta, pues todo el mundo quiere contarle que sufre a alguien. Sin embargo, quien escribe no sabe a veces qué hace ni para qué lo hace, y por ello sufre también. Quiere contarlo en un libro, pero los libros no son como los médicos, no recetan, ni siquiera diagnostican, y uno termina sintiéndose peor. Entonces entra, como uno estos días, en períodos de disolución peligrosa. Lee, si puede, o sale a pasear, y confía en que esas calmas chichas acaben rompiéndose. Pero cuando uno cree que ha leído ya todos los libros, incluso los que no ha leído y que tanto bien le harían, y ha paseado por todos los alrededores de su casa, hasta aquellos que no reconocería, se contenta con abrir el balcón de su casa y mirar hacia la calle. Y a veces ni eso.

Los niños estaban aún en casa, sin colegio, y quizá ello contribuyera a esta dispersión improductiva que trató uno de mitigar limpiando de cartas, recortes y libros comprados en los tres últimos rastros el escritorio.

También empecé a escribir el libro sobre Cervantes. Pero eso, lejos de hacerle sentir bien a uno, es lo contrario, porque ¿cómo puede uno escribir un libro sobre la vida de Cervantes? Abrí una

carpeta en el ordenador con ese nombre, pero no escribí nada. Con esa disculpa, a veces leo libros sobre Cervantes. Uno de estos que tengo que leer, inexcusable, es la biografía de Cervantes escrita por Astrana Marín, un personaje, parece ser, estrafalario, con mala prensa, aunque eso de la mala prensa a veces es algo que uno debería tener en cuenta entre las cosas positivas. ¿Cómo sería ese Astrana? Sus traducciones de Shakespeare no hay ninguna que las iguale, ni en forma ni en fondo. Las hizo de noche, en la cocina, el único lugar caliente de la casa, cuando ya no había ruidos en ella. Sin embargo entre los académicos tenía mala prensa, y sigue teniéndola entre los hispanistas, cosas ambas razonables, porque jamás se tomó en serio a ninguno de ambos estamentos. Un hispanista, un francés, que acaba de escribir la última biografía sobre nuestro don Miguel, lo atacaba de una manera sistemática, y cuando uno ve tanta saña con alguien que está todavía muerto, no se sabe cómo, empieza a tomarle simpatía, aunque el personaje no es simpático, con esa envidia por todo y por todos que solo se larva en los seminarios de curas. Debía de ser un hombre acomplejado. Los más acomplejados son siempre los eruditos, por eso se dedican a la erudición, que es un sistema de fortificaciones. Pero, con todo, Astrana nos dejó su Cervantes y su traducción de Shakespeare. Algunos dicen que esta no vale lo que dicen que vale, y que hay en ella algunos graves errores, pero ninguna otra en español suena como la suya.

En cuanto a su biografía de Cervantes, son siete aparatosos volúmenes. No son infrecuentes en los libreros de viejo, pero, si no es para un fin concreto, como escribir algo sobre Cervantes, o decorar la biblioteca, ¿quién puede comprar una obra como esa?

Ayer fui al Instituto Editorial Reus, de la calle de Preciados, que fue quien se lo editó, en 1953. Uno cree que esa clase de negocios no existirán, pero consulta uno en la guía de teléfonos y ve que aún no se han dado de baja.

Hablé con una secretaria. Me dijo: Esta tarde tenemos Consejo de Administración, y no podemos atender su petición hasta el lunes.

La palabra Consejo de Administración me impresionó por un lado, pero también me hizo sonreír, pensando que si el Consejo de Administración es el que decide sobre la venta de todos y cada uno de los libros que salen de sus dependencias, la empresa debe ir de

capa caída. Hoy estamos a martes, y el Consejo, después de unas grandes deliberaciones, decidió venderme un ejemplar de los pocos que aún conservan.

Fui a las diez de la mañana, pero allí no había nadie, de modo que estuve paseando la calle. A las diez y cinco, apareció una mujer de unos sesenta o setenta años, que abrió el portal de la casa. Este es uno de esos inmuebles viejos que se van quedando vacíos, de los que ni siquiera se sabe que tengan dueños. Todos van envejeciendo a la vez, el dueño, los inquilinos y los herederos de los inquilinos y del dueño, y cuando se muere uno, se muere a continuación otro, y así en diez o quince años se extingue sobre la tierra la estirpe del dueño y de los inquilinos y llega un día el ayuntamiento y se queda con la casa, se la venden a una multinacional, la tiran, y nadie recuerda la vida que hubiera allí.

La mujer, que me pidió disculpas por la tardanza, a consecuencia de una mala combinación de su transporte, me ordenó que la siguiera. Era una escalera como la de nuestra casa, aún más amplia, en la que olía a cerrado y a penicilina. Íbamos dejando a uno y otro lado puertas cerradas, con tragaluces encima del dintel, tragaluces de cristal con polvo apelmazado de años.

Mientras subíamos la mujer se fatigaba y era preciso detenerse cada diez o doce escalones para cobrar aliento.

Por dentro la editorial era increíble, como si todo se hubiera detenido en 1953. El piso era amplio, con más de seis balcones a la calle Preciados, por los que entraba mucha luz. Había mesas vacías, esa clase de escritorios de roble americano de persiana, y un gran reloj colgado en la pared, y estanterías con algunos libros de contabilidad, especialidad de la casa.

La mujer no supo explicarme la razón por la cual un libro como el de Astrana se había editado allí, aunque ella llevaba en la editorial desde el Año de la Victoria, en expresión suya.

Las habitaciones de la editorial estaban todas comunicadas, pero a mí me dejó en una y ella se perdía en las anfractuosidades oscuras de las otras y volvía al poco rato con uno de los gruesos tomos en la mano, que sostenía con dificultad. Entre medias yo le hacía preguntas, que ella respondía muy simpática, sin dejar de hablar nunca, ni siquiera cuando volvía a adentrarse en las sombrías cámaras interiores. Yo oía cómo su voz se apagaba poco a poco no

porque dejara de hablar, sino porque se alejaba de mí, y sabía que volvía cuando el hilo de su voz se tornaba audible de nuevo.

Esto no será ya lo de antes, ¿no?, preguntaba yo, como lo habrían hecho los reporteros de 1953.

—¿Y me dice usted que la editorial sigue facturando? Es un gran piso este, ya lo creo, y para usted seguramente muy cómodo…

—Sí señor, —me respondía la mujer en el perpetuo trajín.

Cuando al fin los tuvo todos apilados me preguntó si me los iba a llevar, porque en la editorial ya no disponían de mozo. Lo habían tenido, desde luego, pero se había jubilado hacía siete años, y no lo habían repuesto.

Todo por dentro era de madera, las tarimas grises, las estanterías, los balcones, los testeros. Sobre las mesas había algunos albaranes, como si alguien los hubiera dejado allí la tarde anterior, y que no quise mirar en uno de los momentos en que me quedaba a solas solo para no tener que enfrentarme al hecho de que fuesen albaranes de 1962, por ejemplo. Porque entonces debería colegir que también aquella mujer era de 1962, y yo el mismo, treinta años antes.

También me hubiera creído, si llegan a llamar en ese instante a la puerta, que apareciera por ella un hombre viejo, vestido con un traje negro y sombrero, un muerto acaso, que viniera a trabajar, y que me contara cosas terribles del más allá y de su tumba sin sosiego. Desde el balcón se veía, sin embargo, la calle Preciados, cada vez más animada. Era una vista bonita. No habría sido nada extraño que la editorial Reus se hubiese venido abajo por esos balcones, porque mirando por ellos resultará muy difícil trabajar.

¿Por qué uno será más sensible a esta clase de negocios, ruinosos y a la deriva, que a otros? ¿Por qué a uno el olor de la madera vieja le pone melancólico y en cambio el tacto del *plesiglás* le deja indiferente o le produce gran irritación?

La mujer me informó que se bajaba conmigo, porque solo había venido a entregarme esos libros, y me confesó que el Consejo de Administración eran dos, el dueño y el contable, los dos jubilados. Mientras bajaba, con cuidado de no perder pie y romperse una cadera, me puso al corriente de que eran los únicos que quedaban en la casa, todas las demás habían sido razones comerciales, así me lo dijo también, que habían cerrado. No había en su voz un átomo

de melancolía. Al contrario. Me decía que solo deseaba llegar a la jubilación y que si por ella fuese se marcharía en ese mismo instante, sin preocuparle lo más mínimo si el magnífico Instituto editorial se hundía y con él todo el centro de Madrid, porque no sentía el menor apego a ese trabajo que llevaba haciendo desde el Año de la Victoria. No había en ella nostalgia, quizá porque no había en ella futuro, ni dolor, porque tampoco conocía el sueño. Si Soares sostenía que a él le habían sido dadas dos cosas, los libros de contabilidad y la capacidad de soñar, a aquella buena mujer solo le había sido dada una de las dos, con la que seguramente tampoco había sido feliz.

Al llegar a casa empecé a hojear los primeros tomos de Astrana. Me asaltó entonces un sentimiento indefinible. Fui viendo las numerosas fotografías que vienen en la obra, fotos en blanco y negro, de no muy buena calidad, pero que muestran cómo era España hace cuarenta o cincuenta años. Fotografías de pueblos cervantinos, Barajas, Esquivias, Alcalá, Cabra, fotos del campo manchego, despoblado y vasto, caserones antiguos ya desaparecidos, ventas y caminos polvorientos, posadas, plazuelas de ciudades antiguas, de Córdoba y Sevilla, testimonios de un mundo ya derruido, derrumbado, como esos negocios por los que uno muestra predilección, quizá porque sean los únicos para los que se siente capacitado de veras. Y así, poco a poco, se fueron pasando las horas y tanto o más que cien ensayos sobre Cervantes, esas fotografías consiguieron meterme en el espíritu de su vida, tan lejana ya para nosotros como la de Homero, pues nada de lo que él vio lo hemos sabido conservar. Basta pasar por Puerto Lápice, en cuya venta don Quijote veló armas. En el mismo lugar o en uno parecido hay un letrero de neón donde se declara que se venden quesos de oveja.

AYER fue el cumpleaños de G. Durante las horas en que lo celebró con unos amigos en un Burger fue un niño enteramente feliz. Esa plenitud ya no volverá a sentirla en cuanto se le pase la edad. Lo cual es injusto; hasta la muerta luna tiene sus fases y conoce la luz tanto como las sombras. Yo le sonreía, pero estaba un poco triste, aunque claro, lo disimulaba y le hice ver que mi felicidad estaba como mínimo a la altura de la suya. Estoy vivo, pero en esencia el granero donde la muerte guarda su grano poco a

poco se llena de todas las cosechas, donde vienen a comer cada noche las ratas, cada día más numerosas.

SE ha criticado mucho una ley sobre seguridad ciudadana, llamada ley Corcuera, por el ministro del Interior que la ha presentado al Parlamento, y también conocida como la ley de la patada en la puerta. Naturalmente todo el mundo ha puesto el grito en el cielo, pero en la crítica literaria esa es la ley que rige desde hace ciento veinte años, y a todo el mundo le parece lo normal.

ESTA mañana ponían por la radio la grabación íntegra de una de las lecturas poéticas de Dámaso Alonso, en el año 84. Tenía entonces 86 años, quizás ya no rigiera bien su cabeza. Hacía comentarios sobre los poemas, comentarios de un infantilismo triste y conmovedor. Poemas patéticos, dedicados a su mamá y a Dios, escritos seguramente para que no le riñeran demasiado cuando fuese a reunirse con ambos. Y sin embargo, entre todas esas largas tiradas de versos, una imagen genuina. Cuenta el poeta que en verano, andando por la orilla de un río asusta a las ranas que saltan al agua, muchas ranas. Dice: «repulgando la orilla». Es tan bueno que a uno le asalta la duda del plagio. Podría ser, por ejemplo, de Galdós.

HE aquí un pensamiento misantrópico: «Lo peor de los sueños es que ellos contienen también la vida». Es un poco lo contrario de lo que decía Pessoa: «Si no hubiese tierra en el cielo, más valdría que no hubiese cielo».

AYER en la feria de octubre de Recoletos en la caseta de Abelardo estaban X y un amigo suyo, también escritor de Sevilla. Cuando este viene de Sevilla acude a visitar al maestro, que vive en Madrid, y lo saca a dar una vuelta. Este es un viejo vigoroso, flaco y expresivo. Está en el tipo andaluz que después de haber vivido cincuenta años en Madrid no ha perdido un ápice del acento sevillano. Su cabeza parece el dibujo de Solana del tío Cornejo, a quien recuerda algo.

Tiene el cráneo, con poco pelo, aplastado como por el peso de un ladrillo, la cara tiene forma de triángulo y los ojos son todavía vivos y coléricos.

Iba vestido con una guayabera del gusto de las que usaban los rentistas de pueblo hacia 1930, de las que aún usan en el trópico hispano. Como ellos, tampoco la llevaba muy limpia.

Nos fuimos a tomar un café a una de las terrazas del Paseo. Se estaba haciendo de noche. Y X hablaba por todos, pero era agradable escucharle, porque parte de la vida son esas cosas, escuchar a los que han vivido ya su vida, y aunque esos relatos fuesen solo corteza de la vida.

A veces X se indignaba, por esas cosas que se indignan a veces los viejos que creen que el tiempo de su juventud era mejor que el que ellos ya no pueden vivir siendo jóvenes. Y a esa diferencia de la sustracción, después de haber restado al pasado la parte de presente, es a lo que llaman experiencia. Decía por ejemplo: «Yo dejé de ir a los toros cuando dejaron de torear Manolete y Pepe Luis Vázquez. Después no he encontrado nada que me interesara». El que vio torear a Joselito dice lo mismo, y el que vio torear a Lagartijo, y el que vio torear a Paula o a Curro o al que sea dirá lo mismo dentro de treinta o cuarenta años, que los toreros buenos eran los de su juventud. Es increíble, pero así es.

Habló de Benavente y de la Membrives, cuando él hacía crítica de teatro. Habló también de desterrados en las islas Chafarinas, de Sanjurjo y Primo de Rivera; de Manuel Machado, al que aseguraba haber sorprendido del brazo de dos mujeres en una madrugada madrileña de 1942 o 43, camino de su casa, él muy viejo ya, muy tieso, metido en una capa negra, muy despacito y fumando.

Hablaba como solo hablan ya los viejos, con expresiones de antes, que la gente ya no utiliza desde hace cuarenta años. Decía: «Al pasar Benavente por la Gran Vía la gente se descubría ante él y se quitaba el sombrero, como si fuera la custodia». Ni siquiera está seguro uno que los chicos de la edad de los nuestros sepan no ya quién fue Benavente, sino lo que es una custodia. Hablaba también de Guillén y contaba que fue él quien le puso a salvo en Sevilla de los otros fascistas. Le recordaba con afecto. Ni siquiera le reprochaba las versiones que Guillén había dado de sus dos años sevillanos durante la guerra. Se limitaba a decir que no tenía razón, pero sin ninguna amargura, como algo que es ya solo inevitable. Le gustaba como poeta y contó primero cómo fue él quien le propuso traducir el poema de Claudel a los mártires españoles y quien le llevó a dar unas charlas a la Sección Femenina para bienquistarle con los otros falangistas. Le recordaba asustado al principio, saludando brazo en alto como todo el mundo, pero que luego se

normalizó, y aún tenía humor para ir a los toros, y también contó que Guillén entró y salió de Sevilla y de España al menos cuatro veces, y que si se hubiera querido pasar de bando habría podido hacerlo en 1937, pero que no quiso, porque prefirió el puesto seguro que tenía en la Universidad franquista a cualquier otro idealismo, y aunque no entendía cómo Guillén había ido contando luego que solo se exilió cuando le dejaron hacerlo, tampoco se lo reprochaba. Se veía que para él la guerra había sido un tiempo de horrible memoria, y no quería removerlo demasiado. Contaba X estas cosas con un tono desengañado, como si fuese un hombre al que la vida hubiera desbaratado las amistades, la vida y un poco las ideas, y en ese momento, al lado de su amigo, bastante más joven, combativo y nacionalista, parecía un hombre liberal.

A veces cuando uno encuentra a alguien así le vienen efluvios de otra época. Piensa uno, esto no tendría que evaporarse, habría que meter todo ese perfume del pasado en un tarrito de esencias, las impresiones del otro día en el piso de la editorial Reus, lo que sentí viendo las fotos en el libro de Astrana, lo de la conversación de ayer con X, pero al querer pasar eso a la literatura, el perfume se va y no quedan más que ramplonerías. Por eso las memorias de la gente, cuando las publica, suelen ser aburridas. Se limitan a constatar dos clases de hechos, según el yoísmo del autor. O yo conocí a Fulano, Mengano o Perentano, o bien Fulano, Mengano y Perentano me conocieron a mí. Fuera de eso todo se evapora. Las cosas que a veces yo he leído de ese hombre, en artículos que aún escribe en el *Abc* de Sevilla, se quedan todas en algo costumbrista y pequeño, un poco del hombre que escribe con ilusión por haber vivido algunos momentos de la historia, el Alzamiento, como lo sigue llamando, los poetas del 27, algunos escritores andaluces… Y esa ilusión, a veces ese entusiasmo, le apena a uno un poco, porque ve que todo entusiasmo es una grosería, aunque eso solo se vea en el entusiasmo del prójimo, no en el que uno pone aquí y allá.

Yo le preguntaba también por la vida que llevaba ahora, para saber cómo terminaremos, si acaso es que llega uno a la edad suya, si escribía, si leía, si veía a gente. No veía a nadie, ni a una hija, con la que se llevaba mal, insinuó; no leía apenas, escribir, lo que le dejaban, poco. Y nos contaba que tampoco le quieren publicar en ninguna parte, pero que no vive mal. Hablaba con una cierta

prestancia, pero no sé cómo eso empezó a lastrarme el espíritu, como cuando de niño me llevaban a ver a los viejos del asilo. A veces se va él solo en autobús hasta el Escorial. Toma un autobús en la Moncloa por la mañana. Entonces se pasea todo el día por el campo, sierra a través, come en algún restorantito, y al caer la tarde se vuelve en otro coche de línea. Tal y como lo contaba se veía que en esa etapa de su vida esos viajes al Escorial eran importantísimos, tal vez en lo único que conservaba cierta ilusión. Yo no me atreví a preguntarle si no le daba miedo morirse de repente en alguno de esos sitios, o desvanecerse y caer, de repente, debajo de unas zarzas, con la cadera rota o cualquier otro percance, y que le comieran algunos de esos perros asilvestrados que a veces hemos visto por allí. Pero como no tenía confianza no me atreví a hacerlo. Pero me pareció bonito que ese hombre, que fue un poeta fino, de corte manuelmachadiano, quisiera salir a ver el campo y a estar solo por ahí, animoso y sin temores. También le pregunté si su mujer no iba nunca con él, preocupado por si le iba a pasar algo algún día. Contestó que no, que a su mujer ese plan no le apetecía lo más mínimo, y que siempre se quedaba en casa.

Yo no conozco a su mujer, tampoco le conocía a él, pero en aquel desapego había una tristeza infinita, precisamente porque no tenía conciencia de ella, porque no le parecía triste irse solo, porque no pensaba que haber llegado de aquella manera a la vejez, siguiendo sendas distintas, lo fuese. Se conoce que cuando uno llega a viejo las cosas tienden a serle indiferentes a uno, y el egoísmo se convierte en una capa como de caramelo sobre todos los actos, algo que los suaviza con una costra engañosa y dulce. Debajo la manzana quizá se pudre. No lo digo por X, a quien, ya digo, no conozco. Piensa uno en sí mismo dentro de cuarenta años y quiere preservarse de eso no sé cómo.

Después de que se nos acabaron los temas de conversación, cuando ya era casi de noche, nos volvimos a la caseta. Allí estaba el poeta social. Es un poeta de aspecto triste y penoso, como si se hubiese salvado de unos fusilamientos, del que uno diría que tiene sesenta y cinco años y apenas ha cumplido los cincuenta.

Es el tipo de cínico español, que va mezclando el sarcasmo y la tristeza para no morir de amargura. Y sin embargo siente uno por él inconfesable afecto, quizá porque haya recorrido ya el camino que a

uno le falta aún por andar en el sarcasmo, en la tristeza, en la amargura.

Para combatir a los socialistas votaba a los terroristas de ETA; sigue diciendo que es comunista, pero ha cambiado su voto hacia Ruiz Mateos, por ser este la persona según él que más daño podría hacerles a aquellos. Yo solo le veo en el Rastro o en la caseta de A., cuando este viene a Madrid, dos veces al año. En el Rastro pasamos uno al lado del otro, extrañándonos, sin saludarnos. La proximidad de la caseta hace a veces inevitable la conversación, que sin llegar a la hostilidad nunca es amistosa. Está siempre a la defensiva, piensa que le han hecho daño, que le pueden hacer daño, que la gente llegará antes que él al libro viejo que ambicionaba, y entonces va solo, sin saber quién ha llegado antes a nada.

Podría pensarse que está loco, pero no lo creo, porque de vez en cuando escribe unos poemas expresivos y bonitos. Cómo los hará, conociéndole a él, es cosa difícil de imaginar.

En la caseta habla con media parte de la boca, con la otra media va apurando un celtas, mientras sin dejar de atizar el cigarrillo hace un ruido especial con la nariz, como si se sorbiese una pinganilla que ya no tiene, porque todo en él es ya seco, hasta las mucosas.

Estaba hablando con A., que asentía como aquellos perros de cartón y peluche que se ponían antes en la bandeja trasera de los coches, cabezadas breves pero ininterrumpidas, del que escucha, pero distraído, pensando en otras cosas.

Por él, aseguraba, pondría una bomba para ver cómo saltaba todo por los aires. Aquella determinación molotoviana, ante la cadencia melancólica y casi sin médula de sus poemas, producía un contraste vivo y una impresión indudable.

—Yo no creo en la herencia —decía—. Mis hijos no van a ver un duro.

Se ve que esa tarde estaba en el tipo anarquista puro. Para él lo más era el obrero. Los demás son gentes despreciables, vendidas al sistema.

—La idea del obrero es lo fundamental.

—Debe ser una mala idea —le rebatía A. con sarcasmo, metiéndose de nuevo en la conversación—, porque de los obreros son ellos los primeros que salen corriendo en cuanto pueden.

—Bueno, por el momento —concedía, pero sin aceptar el

armisticio—. Ahora a los que hay que joder es a estos cabrones de socialistas.

Luego los socialistas le invitan aquí y allá a dar conferencias y él va, cobra y cuando vuelve dice:

—Estos no tienen remedio. Nos llevaron en un tren de primera y el hotel era de cinco estrellas. Están podridos por todas partes, como los plátanos, pero si les pisas, te das la castaña.

Resultaba difícil saber a qué se refería.

Otro día nos dijo en esta misma caseta:

—Mi hijo trabajó para el Ministerio de * * *. Hace cinco meses que dejó de trabajar, pero por un error sigue cobrando —y soltaba una risa sardónica, je, je, je, como la de las hienas, del que ha conseguido engañar a un ladrón. Para él el Estado es siempre de quien lo administra. El dinero de sus impuestos cree que se lo gastan en francachelas, y solo por ello estaría justificado ponerles una bomba debajo del coche. Como eso está fuera de su alcance, vota a Ruiz Mateos.

Nos estaba haciendo pasar un buen rato, consciente de ello, por lo que a veces exageraba la nota. De vez en cuando algún cliente preguntaba un precio a A., el librero. Este se lo decía. En esa caseta los precios no son precisamente económicos, para el obrero. Entonces el poeta social, por lo bajo, mientras el librero se distraía con el cliente, se empleaba en el comentario:

—Los libreros son todos unos buitres, todos, sin excepción. Cuando te mueras, y me miraba a mí, a tu mujer le van a dar dos perras gordas por los libros que ahora le compras aquí, aunque se quede en la miseria.

Yo entonces le decía que lo más lógico es que el librero fuese primero a por los libros suyos, porque se moriría antes, pero no se dejaba atrapar fácilmente, y me aseguró que tenía ya una fórmula para no vender los libros al librero de viejo, que no pudo contarme, pues en ese momento A., después de atender a su cliente, se incorporó a la tertulia.

Por suerte a los diez minutos volvió otro hombre que preguntaba por no sé qué asunto. Entonces el poeta bajó la voz y en un aparte, como si cerrara un trato ilegal conmigo, me contó cómo pensaba esquivar la acción del librero de viejo, sin tener que dejar nada en herencia a sus hijos, para no entrar en contradicción con

sus teorías anarquistas: los iría vendiendo él mismo en vida, en cuanto viese que le quedaban pocos meses para irse al otro barrio, lo que ponía como mínimo dentro de veinte o veinticinco años, y que para entonces como la escasez de primeras ediciones iba a ser aún muy superior a la de ahora, no iba a tener ningún problema para obtener pingües beneficios. Todo antes que dejarse expoliar por los libreros de viejo.

A nuestro lado estaba Manolo Gulliver, otro librero de viejo. Hasta ese momento le escuchaba con gusto, como cuando uno asiste a los disparates de un cómico, pero se conoce que ya estaba un poco harto de que le vejaran el oficio y le preguntó cómo es que cada año vendía a A. mil libros de los que iba comprando en el Rastro y en la Cuesta de Moyano, y que puestas las cosas en ese tenor tan librero de viejo era él, que se decía poeta, como A. o como cualquier otro. Yo creo que el librero G. estaba celoso de que los libros se los venda a A. y no a él, porque de todos modos cuando se los compran, será porque hay en ello algo de negocio. Pero el viejo poeta social se encogió de hombros y todo lo que dijo es que él no era idiota y que si le salía un libro que sabía valía cien y lo podía comprar por cinco, el negocio lo hacía él y no se lo dejaría al librero de viejo, «el enemigo a batir».

A mí la escena me parecía que tenía algo de cervantina, y no del *Patio de Monipodio*, desde luego, sino del *Coloquio de los perros*, quizá porque anda uno metido en la novela cervantina todo el día, pero allí estábamos cuatro o cinco seres todos un poco locos, hablando de asuntos increíbles, pulsando la vida por sus cuerdas más agudas, sin saber para qué todo eso, para qué los libros, para qué una melodía tan absurda, solo quizá porque seamos todos unos seres desdichados que se juntan por la noche para sostener entre ellos coloquios sobre la varia fortuna de sus vidas.

LEO en un libro de versos de X estos otros, que le sirven de pórtico: «Apisonemos, Oh, ha; hei, hei y ri / hei, hei, ya, no ha hey y», (canción de trabajo, Seúl). Lo primero que uno piensa es que el pobre X, ya mayor, se ha vuelto completamente loco. A veces ocurren cosas como esa, que le dan a uno por las canciones de trabajo de Seúl, y todo tiene una apariencia de normalidad, pero en cuanto uno escarba un poco, hay que volver a taparlo de inmediato.

El libro, después de todo, tiene un título bonito, en consonancia

con la cita: ¿Y *qué*? Y está dedicado «a Ya». Resulta todo muy desconcertante y extraño. Se ve que conforme se va haciendo uno viejo ya solo conoce a gente loca, y uno mismo se ha vuelto un poco loco, pero sin saberlo.

HACE tres días inauguraron la colección de pinturas Thyssen, por cuyo alquiler el gobierno pagó muchos miles de millones. Algunos, entre ellos el antiguo director del Prado, declaró que la colección, de unos cientos de cuadros, apenas contaba con dos docenas de obras de cierta importancia; el resto no es sino una colección de alguien que ha querido hacerse un nombre en los saldos de tienta de las almonedas de Europa y los anticuarios de París.

El director del Prado quería que el Palacio de Vistahermosa, donde los han metido, sirviera para todos los cuadros del Museo que no se pueden ver por falta de espacio, mucho más importantes que los que nos han vendido a los españoles.

Al final la historia parece ser que resultó balzacquina, pues en ese convenio el gobierno español, no se sabe por qué, tuvo que «convencer» al barón Thyssen para que trajera su colección a España, comprándole tecnología fundamental para la construcción del ferrocarril de alta velocidad, sin contar el alquiler de cuatro mil quinientos millones a pagar en once años, transcurridos los cuales podrán llevársela de nuevo a Lugano o a donde quieran.

Esta mañana fuimos a ver al padre de M. a la Clínica Puerta de Hierro. Las ventanas metálicas, oxidadas y pidiendo una mano de pintura, no cerraban, hacía frío y los suelos estaban sucios. Cuando esta mañana entró una enfermera, mi suegro le pidió que por favor le subiera la cama. La muy zorra le contestó que ese no era su trabajo, y que se levantara y lo hiciera él. Mi suegro, a quien se ingresó con una pulmonía, le dijo que tenía los pies descalzos y que no sabía dónde estaban sus zapatillas. Entonces ella dijo que de acuerdo, pero que antes tenía que hacer no sabía qué cosa, y que volvería más tarde. Las señoritas celadoras del nuevo museo Thyssen en cambio estaban todas hechas unos pimpollos, con unos trajes de azafatas de altos vuelos.

Ayer domingo, estaba lloviendo a mares y ya se había formado una gran cola. Antes era la misa de doce o de una a donde iban. Ahora es a los museos, pero el carácter sacramental no ha variado

nada. Donde adoraban a Dios, adoran ahora al dinero, la fama, el genio. Cuando se trataba de Dios, adoraban en él el miedo al más allá. Iban a misa a arreglar sus cuentas con Él, como se decía. Sería un buen momento para volver a las iglesias, pero es una lástima que ciertos viajes ya no tengan retorno. De todos modos son los únicos lugares verdaderamente solitarios de las ciudades. Si además de eso Dios hablara, ahora se le escucharía. Durante los últimos años había demasiado ruido en ellas. No teníamos iglesias, y nos hemos quedado sin museos.

EN España, en cada época, siempre habrá el escritor de las moscas muertas, negras, patas arriba.

SEGÚN épocas raramente sueño. Si sueño, raramente recuerdo lo soñado. Si lo recuerdo, raramente lo cuento. Y sin embargo ayer soñé esta pequeña copla, pero fue la risa la que me despertó:

Si me vas a decir no
cuídate mucho de mí,
que con cuatro puñaladas
sé cómo arrancarte el sí.

Claro que me parece tan extraño todo, que he preguntado a algunos amigos si no será de alguien, porque no creo que las coplas, aunque esta no sea la Divina Comedia, se sueñen así por la noche, de un tirón, sin enmienda. O quizá sí, y todo lo que nace ha nacido de un sueño, originalísima idea.

CUANDO a un escritor no se sabe lo que llamarle, se le dice prosista. Y cuando se dice de alguien que es un gran prosista, y no digamos cuando se le llama «estilista», está perdido, porque quiere decir que no tiene lectores y los críticos le perdonan la vida. Por otra parte ser prosista es nada. Ni las novelas ni los artículos ni los ensayos se escriben con la prosa ni con el estilo.

SI escucháis a un escritor que asegura que «trabaja la prosa», o incluso que «trabaja la palabra», no tendréis más remedio que empezar a pensar de él lo peor. No solo porque ni la prosa ni la palabra son cosas susceptibles de laboreo, sino porque quien crea no trabaja. Trabaja el proletario, el obrero, quien transforma una materia en otra. El creador apenas si es una correa de transmisión, y más alto es aquello que nos entrega cuanto menos transformado viene, cuanto menos manipulado por él. Cuanto menos trabajado. Y

etcétera, porque a uno le da un poco de vergüenza hablar en este tono de asuntos de retórica que tampoco le interesan tanto.

El blindaje es siempre envoltura de una debilidad. Se blinda lo débil, Valle-Inclán, Lorca. Los dos, eso sí, fueron muy simpáticos.

CAMINO de Córdoba. En el tren. De Córdoba, luego, a Pozoblanco. La Mina. Alcaracejos. Dos Torres. Qué hermosos nombres. Yo mismo creo que soy otro yendo por esos caminos, cruzando tierras hasta ahora no vistas. Son también cervantinas. Sierras pobres, alcores, hazas para el centeno, carrascas de encina.

X me estaba esperando en la estación. Es este un hombre modesto, humilde. Es tan humilde, tan modesto, que es lo que dice de sí mismo sin un átomo de falsa modestia. Soy un hombre modesto, asegura, y ladea un poco la cabeza para subrayarlo. Yo me preguntaba durante el viaje cómo sería y si lo reconocería en el andén. Iba poniéndoles cara a unas conversaciones telefónicas, a una voz, a lo que yo derivaba de ella, de la letra de sus cartas, redonda, escolar, elemental. Sus novelas se las rechazan de las editoriales y él no llega a comprender las razones que tienen los editores para repudiar unas obras que él juzga finas y poéticas, nacidas un poco bravas, pero aromáticas como el tomillo del monte. A veces llama y se lamenta durante unos minutos. No sé como telefoneó la primera vez ni quién le dio nuestro número. Sé que desde esa primera vez, de tarde en tarde, cada cuatro o cinco meses, por la mañana, aprovechando que está en algún ayuntamiento de la mancomunidad de Los Pedroches, hace la llamada. Son comunicaciones de resistente. Su tono es quejumbroso, pero del que aún está dispuesto a combatir lo preciso en la lucha por la vida. Me llama a mí como llamaría el sargento al alférez: sin novedad en el frente; seguimos resistiendo. Dice: todo va mal, saco de aquí y de allá unas pesetillas, pero son insuficientes. Dice pesetillas como el que tuviera que referirse al mijo de los gorriones del campo. No hay amor en ese diminutivo, ni apego a esa calderilla, sino respeto a su menester voluntarioso. Sus quejas, por el contrario, no son nunca de dinero, al menos conmigo. ¿Qué es el vil metal?, me confesó un día. Dice cosas así, como las diría Alejandro Sawa o Silverio Lanza, que no ha leído y ni seguramente conoce. Para él solo existe la llama de la literatura. Está tan cerca de ella que se quemará las alas, y dejará de volar. Un día, por teléfono, me confesó, yo tengo mucha ilusión

en esto, pero a mí la literatura se me llevará por delante. Podría pensarse que era el maletilla de la literatura. En el pueblo no le comprende nadie. Sus padres, su mujer, los vecinos, nadie. Al principio se lo tomaron como una afición suya, como el que quiere ser ciclista y sale a la carretera, después del trabajo, con una bicicleta flamante comprada y mantenida Dios sabe a costa de qué sacrificios. Entrada ya la noche el aprendiz de ciclista vuelve al pueblo, cuando hace ya tiempo que todos sus paisanos están recogidos en casa. El pueblo está vacío. La luz de las farolas proyecta la larga sombra del ciclista en las paredes encaladas. Sombra de muerto. Pared de cementerio. Suelo de abdicación. Para nuestro buen amigo la literatura es lo mismo. Cuando la familia duerme, cuando el pueblo duerme, él, en la mesa donde se ha cenado, donde su mujer estuvo planchando, donde los chicos hicieron los deberes de la escuela, va escribiendo, sin desmayo, con ilusión infinita en la quimera desconocida, levantando su pequeño mundo. Nadie le dice nada en casa, le respetan, quizá aún le quieren, pero en la mirada de todos se abre el duro destello del iris que le reprocha algo: déjalo ya, parecen advertirle, suplicarle, no nos hagas desgraciados a todos con la manía. De pronto, es el paso más duro, una vocación arraigada se ha visto degradada a «la manía». El hombre sufre en silencio por ello. Cuando llama insinúa y no insinúa estas cosas, pero se adivinan todas en los silencios. El articulito lírico, entre Azorín y Gabriel Miró, que no le pagarán en el periódico de la capital, si acaso se lo publican, el poema extraño, medio místico, medio rural, medio surrealista, pero sencillo siempre, que enviará a un concurso, de donde se le devolverá sin pena ni gloria; y el sueño de la novela, en la que invierte su tiempo con la tenacidad del que cree haber encontrado la buena veta del metal precioso.

Tiene aspiraciones legítimas y querría verse reconocido. De vez en cuando se sincera: mira, observa, Fulano de tal era como yo. Trabajaba en una oficina, era andaluz como yo, de familia humilde como yo; una novela, fssssh —y hace con la mano el gesto del cohete al que acaban de encender la mecha—, y mira dónde está, en Madrid, es un escritor famoso, le traducen, da conferencias, y sigue siendo un hombre del pueblo, sencillo y modesto, como yo.

De pronto guarda silencio. En sus lucubraciones ve lo que sería

su vida si le llegara también el éxito, el fssssh esperado, el despegue en el que seguramente ha pensado tantas veces como el que se acerca cada miércoles a las taquillas de la lotería primitiva. Entonces él concede: dejaría su trabajo, tal vez se mudara de casa, podría trabajar la jornada completa en escribir. Pero se interrumpe de nuevo. No, yo a Madrid no me iría, asegura tajante, como quien despierta de un sueño en una realidad perentoria que exige determinaciones inminentes, terminantes, suicidas. Su ambición no le lleva a obnubilarse por una Sodoma como Madrid, y el ser un hombre del campo no le hace sacar los pies del tiesto. Y de repente convierte eso, el no irse a Madrid, como los demás, en un principio por el que estaría incluso dispuesto a morir en ese instante, en el que aún sigue siendo pobre, sin embargo. Y porfía en que se quedaría en su casa, en el pueblo, con los suyos, haciendo prácticamente lo que hace. Entonces le pregunta uno que para qué quiere el éxito. El éxito supone siempre dejar lo que se estaba haciendo por otra cosa, le dice uno. El que tiene éxito deja a sus viejos amigos por otros nuevos, a su mujer por otra nueva, a sus hijos por hijos nuevos, deja incluso las ideas por las que triunfó, y las adapta a las circunstancias nuevas. Y el cambio no siempre resulta bueno. Deja de ser una persona para convertirse en otra diferente, ni mejor ni peor; su mujer nueva no es mejor que la vieja, ni sus hijos son mejores, ni su casa; son todas esas cosas un poco las mismas, pero distintas, y él mismo despierta al mundo desde una personalidad dormida solo en el fondo de sí misma. Eso es así desde que el mundo es mundo. Entonces él y yo discutimos un poco, porque esa conversación le hace bien, como me hace bien a mí discutir con algún amigo sobre lo mismo, en la eterna molienda de las combinaciones villaamilescas. Y él se aferra, y dice, no, no, no, mil veces no, a Madrid, no, a él el éxito no le cambiaría, jura, seguiríamos siendo amigos, no dejaría por nada del mundo a su familia, qué infamia, ni su pueblo, qué ingratitud. El éxito no me cambiaría, y levanta un poco la voz, él, que es un hombre manso y pacífico. Ganaría un poco más, arreglaría la casa, haría una habitación más para los chicos, que ahora duermen juntos en la misma cama. Y cuenta que vive en una casa pequeña donde ni siquiera tiene despacho. Y entonces recuerda uno aquella casa paterna que dejó, y esa misma mesa del comedor, y el ruido de las

casas donde a la vocación profunda, cuando es improductiva, se la llama manía, y donde los ruidos no se suceden, sino que se superponen durante dieciséis horas al día, hasta que al fin cesan durante la noche, y es entonces cuando el hombre de las ilusiones aprovecha, en ese silencio absoluto, en la mesa del comedor, y pergeña las más altas obras, como seguramente hizo Cervantes en su casa de Valladolid, en su casa de Madrid, como hacen todos los escritores, altos o pequeños, que miran humilde y dignamente su oficio.

No era como me lo imaginaba, desde luego, pero allí estaba, un hombre más bien alto, de unos cuarenta años, casi grueso, vestido con unas ropas y unos zapatos comprados en la tienda del pueblo, con una cara redonda y llena de marcas rojas y bultos como de una varicela, simpático, algo nervioso, pero al mismo tiempo seguro de sí mismo.

Me tendió la mano y empezó a hablar ya en el andén. Como cuando llama por teléfono, habla durante diez minutos, cuenta, y luego cuelga. Son como apariciones. Hacía un día bonito, lleno de sol, un sol templado, como el que calienta en las últimas uvas.

Me contaba cosas de su trabajo como animador cultural de la mancomunidad de pueblos a los que lleva conferenciantes, poetas, pintores, bululús, y la indiferencia general con la que los alcaldes suelen recibir su trabajo, y el temor de que no le renovaran el contrato, y el susto de tener que volver a trabajar Dios sabe dónde. Y dice de sí mismo animador, sin darse cuenta de lo que el nombre tiene ya de domador, de cabaré, de circo.

Tenía también un poco de mala conciencia, pues conociéndonos desde hace tiempo no me había invitado a dar esta conferencia hasta que el nombre de uno había empezado a venir en los periódicos, a cuento del premio. Quizá pensó que yo le iba a tener en cuenta los agravios comparativos, que durante todo ese tiempo invitara a otros antes que a uno. Se disculpaba el hombre, se encogía de hombros, y decía: «estas cosas son así». La fatalidad se ve que tiene un gran protagonismo en su vida. Me decía: yo te habría traído a ti antes que a este o al otro, pero este y el otro son los que suenan, la cosa es así. Daba un poco de lástima, la verdad, verle padecer de aquella manera, y le dije que lo olvidara y que las cosas eran como eran.

Íbamos en su viejo coche dando tumbos por una carretera estrecha, camino de nuestro destino, a hora y media de la capital, por unas sierras ignotas, despobladas y pintorescas, estribaciones, tengo entendido, de Sierra Morena. El campo era bonito, había arboledas de encinas, olmos, pegujales, casuchas derruyéndose a lo lejos, majadas del color de la tierra, pardas y rojas.

No paraba de hablar ni un solo instante. Lo hacía siempre en el mismo tono, quejumbroso y opaco, pero de manera incansable. Yo tenía miedo de cambiar de opinión sobre él. Por otro lado estaba fascinado escuchándole, porque hablaba como esos personajes que salen en las memorias de Cansinos: «Soy un estilista», decía de pronto. «Me gusta Azorín, Miró. Los estilistas no tenemos sitio en este mundo, los artistas puros, inactuales, no encontramos un hueco», y torcía él mismo la boca para encajar mejor esa aguda y agria verdad.

Hace unos días un editor de Barcelona le rechazó su última novela y no alcanzaba a entender que las razones fuesen de orden extraliterario. Para él ese editor es un hombre fino también, un estilista, y por eso le duele aún más tal rechazo. «X publica a Fulano. Yo traje a Fulano a dar una conferencia a los Pedroches, a mí me gustó mucho su libro tal, invité incluso a X a otra conferencia, pero él no quiso venir, porque me dijo que nunca va a nada. Entonces, ¿por qué no ha querido publicarme mi novela, si a mí me gustan mucho sus poemas? Es una novela llena de detalles, una novela sutil, del campo, de aquí, sin contaminación, es la novela de un estilista».

Yo trataba de buscarle un consuelo. Le decía, no te la quiere publicar porque no eres famoso. ¿Tú crees?, respiraba más tranquilo. Esa dosis de morfina retórica le dejaba un rato tranquilo, pero seguía rumiando: ¿Y cómo voy a ser famoso si no me publica nunca?

A veces interrumpía el torrente de su monólogo y se quedaba pensativo de manera súbita. Es cierto que los rodamientos y el rechino de las ruedas sobre un firme áspero y sembrado de baches llenaba el coche de estrépitos ensordecedores, pero podría asegurarse que bajo todos aquellos triquitraques hojalatescos y monótonos, como el bordón de una melodía antigua, se oía el roer muy sutil de la inasequible carcoma del desaliento.

Yo tenía miedo de que poco a poco me fuera poniendo triste también, con todas las lástimas, las suyas, y las que yo, por corresponderle, le confidenciaba vagamente atristado. Pero el día era lo bastante hermoso para que se nos estropeara a ninguno de los dos. Y entonces, con el fin de salir de las ciénagas del pesimismo, le empecé a hacer preguntas sobre su vida. Pero el panorama no se arreglaba.

Hace tres años, empezó diciendo, después de llevar dos en el paro, dejó esta tierra, en la que nació, y se fue al pueblo de su mujer, un lugarón manchego. Allí trabajó otros dos como vendedor en una tienda de repuestos de automóvil, con una bata de tela de mahón y las manos sucias. Pero de aquella época no quería hablar. Sin soltar las manos del volante movía la cabeza de una manera especial, dando a entender que lo que él había pasado entonces era como para contarlo, pero no lo contó. Por un momento, como no lo conocía, pensé que a lo mejor se echaba a llorar, recordando aquellos tiempos ingratos, pero no. Abombó el pecho, transbordó a él un metro cúbico de aire y al rato lo expulsó, lenta y concienzudamente, con todas las toxinas carbónicas que podrían compungirle.

En comparación con aquella, la vida de ahora resulta para él una maravilla. Es una vida austera, se dedica a los actos culturales y cobra poco, pero con eso y con todo está en relación con lo que le gusta, invita a los escritores, le permite hablar con ellos, les pide información, va sabiendo cómo viven los autores que admira, cómo es la vida fuera de allí. Yo pensaba que quizás eso fuese contraproducente, porque aún le llenará el corazón de fluidos mucho más negros y melancólicos, cuando vea que jamás va a salir de aquel agujero, de la prisión de su pobreza, del hospicio de su estilo. Quizá con el tiempo se resigne, quién sabe. Quizá termine escribiendo una obra en verdad fina, de estilista, y llegue el momento en que también a él le inviten de alguna otra parte, a dar su conferencia, como hacemos ahora los estilistas del mundo.

Me gustaba, de todos modos, observarle la pureza que ponía en los proyectos, en los libros, en la literatura. Hablaba de sus obras con una gran naturalidad, sin asomo de petulancia. Mientras hablábamos de cualquier cosa, sin detener el coche, señalaba con el dedo, «¿Ves esta encina? Hablo de ella en mi novela *La dehesa*

iluminada». O «ahí va fulano, es el tonto; en *La dehesa iluminada* lo saco también, es un fenómeno». Nunca abreviaba los títulos de sus obras, los citaba completos, como en los manuales de literatura, aunque los repitiera dos veces en una misma frase. No había nada ridículo en eso, lo decía en serio, con una naturalidad y un candor enormes, dándoles a sus obras una naturaleza física, como si fuesen también ríos y accidentes de la región. Luego guardaba silencio y preguntaba cómo había conseguido editar yo y cuáles creía que eran los pasos que habría que dar para editar él. Buscaba indicios en las biografías de los escritores con los que él más o menos se encontraba parecidos, para sacar alguna esperanza para su obra. Las similitudes le tranquilizan. Decía, ese es de mi misma edad, o andaluz, o publicó también en el diario de Córdoba, o publicó en la Diputación; entonces todos esos datos le ponían de buen humor; en cambio las diferencias las pasaba por alto.

Al cruzar el puerto del Catraveño, llegamos a las tierras de Hinojosa, las que cantó el marqués de Santillana. Vimos unas vaqueras cuidando de tres o cuatro vacas cada una de ellas, como las que rimó el marqués. Una vaca rima con otra, y una vaquerilla con otra vaquerilla. Una de estas, joven, muy fea, se nos quedó mirando, pero yo la recordaré muy hermosa, porque el lugar donde estaba, en mitad del valle, en una revuelta, era precioso, quizá uno de esos lugares en los que uno querría pasar una temporada, siempre y cuando no tengamos que pasar esa temporada en él. Y la chica apenas se movió, era como si llevara allí desde hace seiscientos años, figurilla de portal.

Cuando ya faltaba poco para llegar, empezaron a verse minas de plomo abandonadas, las montañas de mineral grandes y negras, las casas de los mineros en ruinas, las torretas de los pozos, el silencio compacto, pedregoso de aquellos parajes, el canto de la chicharra, desesperado, pidiendo redención y justicia para aquellos lugares. Era todo impresionante, con la desolación de los grandes poemas épicos.

En realidad yo no sabía cuál era el programa, solo que seguíamos en el coche camino de no sé dónde, y que se estaba acercando la hora de comer y no habíamos hablado del asunto, ni dónde íbamos a fondear.

Entonces fue cuando arribamos a un paraje insólito. Era un hotel

de carretera, a cuatro kilómetros de Pozoblanco. En mitad de los campos desolados, junto a la carretera, allí estaba, el lugar ideal para un nido de amor, si se vive en Pozoblanco, o para un Rubens' Pub.

Un hotel como de los años setenta, grande, de ladrillo, con ventanas de aluminio, amplias, que lo mismo podía ser una escuela que un hospital, o que una casa-cuartel de la Guardia Civil. Al principio pensé que íbamos a posar allí para la refacción, que diría Azorín, el estilista, y que luego seguiríamos camino, pero no; de una manera precipitada me dejó allí tirado, frente al hotel, a las tres de la tarde, con una cita para después. El sol calentaba lo suyo, y allí parado, sin entender muy bien la razón por la cual no me acompañaba a comer, con el bolso de viaje tirado a los pies, tuve la impresión de que iba a empezar una película, o que la estaba terminando. Miré a un lado y a otro, pero no se veía nada. No había de esos cardos de Texas, pero moralmente allí había unos cardos como aquellos o más grandes, rodados por un viento áspero. A lo lejos, sí, las últimas casas de Pozoblanco, a cuatro kilómetros. Un jardinillo orfanal frente al hotel, con unas matas polvorientas de romero y dos rosales enfermos, sin flores, servía para acoger piltrafas y papeles sucios, de los que van también como uno dando conferencias por los descampados.

Subí las escaleras y la recepción estaba vacía. Llamé, pero no acudió nadie. Al cabo de un rato llegó el recepcionista, que era también el mozo del restorán. Después de inscribirme le pregunté si podía comer algo, se encogió de hombros y me respondió, de manera desafecta e inquinosa, que no lo sabía porque ya era muy tarde.

Me ordenó entonces que pasara al comedor, y él desapareció. El comedor representaba la misma imagen de la desolación. Era amplio, con unas quince o veinte mesas todas de formica, todas vacías, menos tres. Al mover las sillas, de patas metálicas, se produjo un ruido desagradable de manicomio. Había en él tres comensales. Uno miraba al este, otro al norte y otro a la pared del fondo, donde estaba la televisión. En todas estas mesas había platos sucios, peladuras de plátano y tazas de café. El que miraba la televisión tascaba un palillo de dientes, mientras sostenía en una mano un farias y una copa de coñac. La televisión, con noticias de

Israel, daba los desastres a todo volumen.

Este último comensal, al entrar yo, dejó de mirar el telediario y me sonrió de una manera triste. A mí me salió una sonrisa forzada, pero se me olvidó decirle la frase que se suele dirigir en esos sitios a los desconocidos, la que les parece de mejor educación, que es desearles buen provecho, y entonces el hombre debió de considerar que yo era un elemento antisocial, y se pasó de un lado a otro de la boca el palillo, pegó un chupetón al puro, y por fin apuró de un trago la copa entera de coñac. Estaba más o menos repantigado, con zapatillas de trapo, de donde deduje que seguramente estaba alojado en el mismo hostal.

Al cabo de treinta minutos consiguieron traerme un filete frito y una ensalada de lechuga, de trozos descomunales y con un aliño inverosímil que no sabía absolutamente a nada, ni la sal era salada ni el aceite aceite ni el vinagre vinagre. Traté de mejorarla algo con unas vinagreras que había allí, de diseño galáctico, pero sin mucha fortuna, porque tanto el vinagre como el aceite, que eran del mismo color indefinido y claro, tenían un sabor increíble a lechuga cruda, recién lavada. Desde el comedor se veía la carretera por donde habíamos venido y por la que no vi que circularan coches.

Mientras comía me preguntaba una y otra vez la razón por la que ese hombre habría desaparecido de manera tan intempestiva, y no la hallaba, hasta que de pronto, mientras tomaba un yogur natural caliente, única alternativa a un plátano con la cáscara negra, comprendí que no había querido quedarse por no haber podido invitarme al almuerzo ni con su dinero ni con dinero de la mancomunidad. Este nombre es bonito. Las cosas que uno hace en nombre de una mancomunidad parecen incluso más importantes que las que hiciere por la patria o por la comunidad a secas. Entonces me entró por mi buen amigo una especie de ternura indefinible. Encontré su huida como una delicadeza silenciosa, porque de todos modos estábamos hablando de un almuerzo que no habría subido a las ochocientas pesetas por persona.

Todo eso me fue, ahora sí, poniendo triste de verdad. Subí a mi habitación a reposar un poco y a escribir en este cuaderno. La habitación está a tenor del comedor y de los huéspedes. Es una habitación limpia, con un suelo de terrazo. Sin una sola alfombra. La colcha, de un tejido sintético, se inflamaría de golpe si cayera en

ella la pavesa de un cigarrillo. En la sábana limpia hay una mancha amarilla, quiero suponer que de un cigarrillo también. Y es entonces cuando uno, cuando se queda a solas en una habitación como esta, se hace la gran pregunta del corredor de comercio, del viajante: ¿Qué es todo esto? ¿Hasta cuándo durará este absurdo?

(…)

Vino tres horas más tarde a recogerme, puntual, con energías renovadas, con el optimismo lustrado y primoroso. Tenía ganas de enseñarme alguno de los pueblos de su mancomunidad, rincones pintorescos, iglesias cerradas, viejas vestidas de negro sentadas a la puerta de su casa… Le dije que podría haberse quedado a comer, que debería haberlo hecho. Enrojeció sin aducir una sola excusa. Sin darme cuenta lo había humillado, y deseé literalmente que la tierra seca se hubiera partido en dos, para haber desaparecido por la abrupta brecha. Cada minuto que pasaba se me hacía más largo que el anterior, y solo deseaba partir, irme de allí cuanto antes. El hombre cada vez más amable y yo cada vez más taciturno. Creo que mi amigo no comprendía la razón de una misantropía de consecuencias imprevisibles, aunque le asustaba imaginárselo. Fue entonces cuando debió pensar que el gesto máximo de generosidad sería llevarme a su casa. Digamos que la manera de desarmarme, como esos seres que muestran de pronto la llaga de su vida y la exponen a los ojos de los forasteros como una visión alucinada. Yo tendría que haberle dicho que no quería ver su casa, que no quería ver a nadie. Que no era por su vida, sino por la mía. Y no sabía si lo que me dolía era mi vida en él o la suya en mí. Que solo deseaba acabar con aquello y desaparecer, pero ante la imposibilidad de explicarle a un extraño una cosa como esa, le agradecí que me llevara a su casa, vamos, dije animoso, y empecé incluso a reírme cuando contaba cosas que creía divertidas o chistes que en absoluto entendí.

La casa era en efecto muy modesta, mucho más de lo que yo había supuesto. Me presentó a sus padres. Un niño, a la luz de una lámpara, hacía los deberes en la mesa del comedor. Detrás, sobre una cómoda, había la estatua de un Sagrado Corazón de Jesús. ¿O era el Sagrado Corazón de Jesús que durante tantos años vi en casa de mis padres? Me presentó a su mujer. La examiné atenta y fugazmente, si puede decirse. Quise saber si podía ella exigir a

aquel hombre resoluciones más enérgicas para la vida. Sí, es posible. Me la imaginé exigiendo a su marido en alguna de esas agrias discusiones matrimoniales que dejara toda esa pamplina de la literatura. También me dio la mano. Era una mujer todavía joven, acostumbrada a trabajar duro, las manos anchas y coloradas, como el rostro, una mujer del pueblo que debió de ser bella en las noches de un estío remoto. Me trató de usted, y ese usted, que en ella se debía no a la buena educación, que también, sino a un reconocimiento explícito de los rangos sociales, me humilló de una forma horrible, y la humillación lejos de hacerme comprensivo, me irritó aún más. Todo estaba siendo absurdo. En un momento que su marido salió, me habló, me arrinconó en la confidencia brutal, para la que no logré encontrar respuesta.

—¿Usted cree que mi marido vale para eso de la literatura? ¿Cree que hará algo?

En realidad me estaba preguntando si yo creía que algún día la literatura les sacaría de la pobreza. Le respondí que sí, que todo era muy difícil, pero que su marido tenía muchísimo talento, que no se lo reconocían tal vez por vivir en aquel pueblo, pero que podía estar tranquila por ese costado. También había que entender la pregunta en su sesgado y secreto sentido: ¿Usted no cree que nos estará estafando, verdad?

Me miró decepcionada. Quizá pensara que yo era otro tarambana, otro más de los que se conchababan como su marido para no trabajar y vivir del cuento. Con un poco más de suerte, debió juzgar, pues no se me escapó que examinaba con atención mi ropa, mis zapatos. Cuando entró de nuevo X en la habitación, se encogió de hombros y salió despidiéndose de una manera inexpresiva, al tiempo que le arrojaba a su marido una mirada dura, reprochándole que me hubiera traído, que me hubiera mostrado la casa en la que vivían, que fuese testigo de la vida que ella llevaba por su culpa.

Cuando creí que habría terminado la tortura, aquel hombre que hacía todo aquello con la mejor voluntad, sin saber las heridas que en realidad abría en todo el mundo, en su mujer, en mí, en él mismo, siguió mostrándome con una candorosa simplicidad, una por una, las habitaciones diminutas, apenas sin luz, y unos altillos y unos añadidos que le estaban haciendo a la casa, como tumores de

ladrillo y cemento, donde pensaban hacer otras cobijas igualmente exiguas, igualmente tenebrosas, destinadas a reproducir en ellas vidas desdichadas y sin salida.

Después de eso llegamos al Pósito de granos de Dos Torres, rehabilitado con un estilo moderno para actos culturales. Habría doscientas personas. Esto me dejó un poco atónito. Eran jóvenes de los institutos a los que sus profesores de literatura habían obligado a ir. En Madrid una orden como esa los alumnos la recibirían con festivo choteo. En aquellos pueblos, en los que el profesor es tanto como la guardia civil, había sido acatada con seriedad, y mientras duró la conferencia nadie rebulló. Terminó y desaparecieron todos en una estampida.

Al salir era de noche. La gente se marchó corriendo cada cual a su casa. A mí me llevaron al ayuntamiento para pagarme. La escena fue, como suele ocurrir, chusca y un poco *naïf*, allí, frente a un alcalde que ralentizaba los movimientos para subrayar el disparate que le parecía que alguien como yo, un muerto de hambre conocido en su casa a las horas de comer, cobrase en una hora de trabajo la mitad de lo que cobrará él en un mes. Si me hubiera preguntado, se habría sorprendido, porque yo mismo soy de su misma opinión.

Salimos de nuevo a la plaza. Ya no quedaba nadie. Estaba todo vacío. Si no hubiese habido coches habríamos pensado en un pueblo de 1940. Me llevaron a una taberna a tomar un vino con mi amigo X, con un concejal de cultura y con alguien que no supe quién era, y que no dijo nada en todo el rato, asentía, comía una ración de mollejas y bebía vino. El alcalde se disculpó diciendo que le esperaba su señora para cenar y ni siquiera entró.

Tampoco se hablaba de cena. Por otro lado alguien dejó caer que en el pueblo no había ningún sitio para cenar, porque las tabernas cerraban todas a las nueve y media. Me veía otra vez tirado frente al hotel, con mi amigo el de las zapatillas de paño y el palillo de dientes.

En eso llegó el cabo de los guardias municipales preguntando por uno que se llamaba don Andrés… Y tuvo que alejarse el papel de la vista para poder leer correctamente el apellido, que, no obstante, leyó mal. Se hizo un silencio grande. A mí mismo me dio un vuelco el corazón. ¿Es alguno de ustedes? Allí, en Dos Torres. Por la cabeza de todos cruzó el presagio de una noticia trágica. Me

tendió el papelito. Era de un pariente de M., que se había enterado por la radio de que estaba en el pueblo, había llamado a la policía y me habían localizado. Los demás, con la familiaridad que les había proporcionado el alivio de conocer que no era nada grave, quisieron saber de quién se trataba, por si lo conocían. Cuando supieron que era uno de los caciques de la región, algunos torcieron el ceño y seguramente empezaron a hacer suposiciones sobre mí mismo. Yo no les dije que en mi vida había visto a ese pariente de mi mujer, que ni siquiera sabía quién era a ciencia cierta ni el grado de parentesco que tenía con ella y que no había pensado en ningún caso ir a visitarle, pero que en vista de cómo se había puesto el panorama, encontraba aquel gran plan bastante más aceptable que la alternativa de quedarme en aquella taberna de pie hasta que nos echaran y luego ir al hotel a comerme solo una tortilla francesa con la célebre y suculenta ensalada de lechuga, y un yogur natural caliente.

Yo creo que el propio X respiró aliviado, al ver que no eran aún las diez de la noche y ya podía deshacerse de mí. Incluso, en un estado euforizante que no le conocía, se prestó personalmente a llevarme hasta la finca, y los demás ni siquiera esperaron a que terminara mi caña de cerveza para marcharse a sus casas.

Estaba en un lugar apartado. No conocía exactamente el camino y le costó dar con ella, con todo el campo a oscuras, sin luces ni letreros. Por fin me dejó frente a una casa a la que únicamente iluminaba un farolito encima del tejadillo de la puerta. Salió un hombre vestido a la inglesa, con un vaso de *whisky* en una mano, alto, canoso, con un bigote de coronel del Imperio. Me tendió la mano y X, que esperaba en el coche por si acaso aquel no era el lugar, se dio la vuelta, pensando Dios sabe qué del reparto de los bienes de este mundo.

La casa era como un recreo de caza, con trofeos y cuernos por todas partes, en el zaguán, en las escaleras, en la sala, cuernas blancas, con arboladura, sin ella, retorcidas, lisas, rugosas, negras, pequeñitas, como palas, todas con su plaquita dorada debajo declarando lugar y fecha de la batida.

No había en la casa nadie más que él y un amigo suyo, invitado, un hombre de unos 80 años, igualmente británico, los dos sin criados, aburriéndose, deduje, como tencas. La cocinera, me

informó, se había marchado a las cuatro, y él se excusó de no darme nada de cenar, y aunque las tripas me desmentían a cada rato con una puesta en escena demasiado musical, le tranquilicé diciendo que acabábamos de dar cuenta de una cena fría en un bodegón, dispuesta por gentileza de las solícitas autoridades del pueblo. Lo raro fue que aunque lo declaré con una frase muy parecida a esta, si no más florida, no se percató de la ironía, por lo que empecé a temerme lo peor.

Yo creo que lo mejor es salir de vez en cuando de casa para que a uno le pasen cosas raras. Allí estaba yo delante de un hombre al que jamás había visto en mi vida, del que apenas sabía otra cosa sino que era un primo de la madre de mi mujer, y con un señor del que ni siquiera entendí el nombre cuando me lo presentó, y que asistía a nuestra conversación aburrido, sosteniendo el *whisky* con una mano deformada por la artrosis, y una expresión absolutamente idiotizada, con los ojos pequeños, en una mueca cómica que le cerraba uno de ellos y en cambio le abría el otro de manera desmesurada, hasta dejárselo tan redondo que parecía postizo, debajo de una ceja circunfleja. Yo creo que si alguien le hubiera dado una palmada algo fuerte y seca en la espalda, aquel ojo habría saltado de su cuenca y habría rodado por la alfombra, pero sin que el pobre viejo cambiara su pasmo ni su apostura.

Mientras tanto la conversación con el pariente de M., conversación que no llevaba ni media hora, languidecía. Yo pensé que con un hombre de esa edad, con tanto y tan evidente amor a las armas, era lógico que solo se podía hablar de la guerra civil. Me contó historias, cuando empezaron a tirar a los señoritos a los pozos de las minas, y las revueltas de los mineros, y cómo su familia fue respetada por los mismos obreros que trabajaban en la mina cuando se presentaron los piquetes anarquistas porque siempre les habían socorrido a aquellos en las épocas de la hambruna, y cómo fueron aquellos quienes pusieron salvos a sus señoritos en un coche, que les llevó a Madrid… En fin, no es bueno que haya habido guerras, pero cincuenta años después el relato de sus episodios o la memoria de ellos aún conmueve a la gente.

Aunque hacía una noche benigna de otoño, habían encendido la chimenea. El olor de la primera leña quemada llenaba la casa de un perfume especial, y empecé a encontrarme bien en aquel lugar,

hablando de una guerra de hace medio siglo contada por un hombre que entonces no era más que un muchacho, y que la contaba justamente por ello sin rencor ni saña.

Junto al fuego había una perra negra dormida, que empezó a roncar, como el amigo, solo que este en vez de tirarse en la alfombra junto a ella, seguía sosteniendo en una mano el vaso de *whisky* y el ojo no parecía cerrársele del todo.

El pariente se encogió de hombros al ver que su amigo se dormía y siguió con las historias. Cuando la guerra no dio para más, se pasó a la caza.

Me contó que mataba al año mil quinientos bichos, entre perdices, liebres y cochinos, sin contar venados ni otra clase de caprinos y bóvidos. Las conversaciones duraban todas unos cinco minutos, porque, al ser de este jaez, se abortaban demasiado pronto. Naturalmente un hombre que pega tantos tiros no había leído ni un solo libro en su vida, pero se mostró sumamente afable conmigo y trató de sacarme a tema la literatura empezando por Antonio Gala y Cela, pero ahí me planté, y volví a preguntarle por asuntos venatorios. Yo creo que al oír mi nombre en la radio local, en una de esas tardes aburridas sin libros, sin música, sin nada, le entró de pronto la curiosidad que nos entra también por los bichos raros, y en un impulso venatorio puso en movimiento sus influencias de cacique de la región para cobrar la pieza. Y para entonces me tenía frente a él sin saber qué hacer conmigo, como no fuera pegarme un tiro también y colgarme en la entrada, entre los trofeos. Pero era un hombre demasiado amable para ello.

Le alabé mucho el armero que tenía a la entrada, un viejo armario de madera de pino, popular y encerado, con diez o doce armas de todas las clases, entre fusiles, escopetas y carabinas, viejas y nuevas, de un caño y de dos, con las culatas enceradas y los resortes bien engrasados. Le alabé también los cuernos y todo lo demás, en el buen sentido de la palabra. Le alabé el vino, y cuando eran las doce le pedí que, antes de abandonarle, me enseñara el jardín, porque había oído contar muchas veces a M. que era uno de los jardines más bonitos que ella recordaba. Lo había plantado su bisabuela y había mandado sembrar en él cinco mil rosales de toda clase y especie.

Muchas veces M. me ha hablado a mí y después a mí y a los

niños de aquellos veranos en La Mina. Debieron ser para ella algo fuera de toda ponderación, la medida de todas las cosas, no solo de las cosas de su infancia, sino de su vida adulta. A veces pasamos por un determinado paraje, y el parecido con La Mina le hace suspirar y exclamar ¡La Mina! Para ella ese solo nombre es como el perfume que llegara más a lo hondo de sí misma, a lo más remoto y feliz de su memoria. Alguna vez corta una rosa en Las Viñas, y al hacerlo la evocación es inevitable, secreciones evocativas que le produce no una rosa cualquiera, no la rosa de al lado, o la otra, sino precisamente aquella. O el olor de una determinada habitación o una precisa luz. Cierra los ojos y una como tristeza feliz le ilumina la faz desde adentro.

A veces le han dicho que volviera, pero desde la última vez que estuvo allí, hace veinticinco años, jamás ha querido regresar, aterrada por la catástrofe que sería que todos esos recuerdos rodaran, como un alud, destruyéndolo todo a su paso, y por eso se aferra a ellos, y los siente más firmes que la misma realidad, que rehúsa, y los mira embelesada, como nieves perpetuas, quietas, señoriales sobre las cumbres de sus afectos.

La Mina era, como su propio nombre indica, una explotación minera, próspera desde finales de siglo a los años sesenta. Luego el mineral fue cada vez siendo más costoso de extraer y aquello entró en decadencia, hasta que la mina cerró y la finca se alquiló como cazadero a unos jeques árabes, entre ellos Faisal.

El conjunto del caserío lo componían la Casa Grande, donde vivían sus abuelos y sus tíos abuelos, luego una casa menor, que aprovechaban como auxiliar para acoger a huéspedes y al resto de la familia, cuando llegaban a pasar los veranos, la casa de los guardeses, las de los mineros, la cantina, la capilla… Era todo como un pueblo en miniatura en mitad del campo.

Hacia los años sesenta la finca y la mina padecieron una de esas herencias con particiones infinitesimales que a unos les fue desposeyendo de ella al tiempo que la propiedad se iba concentrando en manos de otros. Cuando la generación de los abuelos y tíos abuelos desapareció, la familia quedó rota y dispersa, los nuevos dueños intentaron infructuosamente sacarla adelante primero como mina y luego como cazadero, y los demás, los que no la heredaron, raramente volvieron por allí.

Me habría gustado que aquel hombre me hubiese contado aquella noche sagas de familia, pero el cazador todo lo que tenía de amable, lo tenía de parco y apesarado, quizá por la historia desgraciada de su propia vida, de la que yo tenía un remoto y confuso conocimiento, y se limitó a relatarme la historia de aquel paraíso de las rosas que en las noches de verano podía llevar el perfume de las flores a un kilómetro de distancia.

Tal vez no fuesen exactamente los cinco mil rosales, aquella hectárea que según el viejo cazador había sido la ruina real de La Mina, aunque a nadie se le habría ocurrido tocar ni uno solo de ellos porque habían sido la afición sagrada de su madre. Ese era el jardín, con sus calles, sus arcos, sus arriates, sus pequeñas glorietas. Había una luna grande, en lo más alto. Me pidió que me quedara a dormir, porque le parecía un crimen no ver aquello a la luz del día. Yo le repliqué que tampoco estaba mal verlo a la luz de la luna. La temperatura, que hacia las once de la noche empezaba a descender, parecía que en aquel lugar se mantenía un poco más alta. En casi todos los rosales había flores, como si no se hubiesen enterado de que íbamos camino del invierno. Rosas, en efecto, de todos los tamaños, colores, olores, y el suelo como una alfombra de pétalos también de todos los colores.

En cuanto a la piscina era de proporciones inusuales para una casa, como si estuviese medida en estadios griegos. Tenía 33 metros de largo por unos siete de ancho y unos tres de profundidad toda ella, cubierta y embocada con pesadas y bien cortadas losas de granito. El granito, viejo, era, dentro del agua, de color verde y por fuera, a causa de los líquenes, casi de color negro, como el de los pazos gallegos. Había sido fabricado tal exótico estanque a principios de siglo y el agua se depuraba de manera natural, con la que se drenaba cada noche del pozo minero más cercano. Por un extremo entraban dos grandes chorros de más de veinte centímetros de diámetro y una asombrosa fuerza que los lanzaba a más de un metro de distancia, y por el otro se procedía al desagüe, que se aprovechaba para regar la rosaleda.

Me acordaba en esos momentos de M. Me decía, es ella quien debería estar ahora en este lugar, y no yo.

Sin que me viera el anfitrión recogí un par de pétalos de un rosal amarillo y los guardé en la cartera. No sé por qué lo hice de una

manera apresurada, como si hurtara algo, temiendo que me sorprendiera. Si hubiera ocurrido así, no sé por qué, delante de aquel hombre que había matado a todas las fieras de Europa y África, me habría muerto de vergüenza. ¿Cómo le explicaría? ¿Cómo decirle que aquella casa, en la que él vivía, que él había convertido en una muy confortable y burguesa casa con suelos de Porcelanosa, destruyendo para ello la antigua, la vieja casa de losas de barro rojo encerado y muebles de caoba, era la casa en la que seguramente su sobrina pensaba muchas noches, antes de dormir, en los días más duros, cuando busca en el recuerdo una tierra firme para no venirse abajo, mientras quizá pensase, en las horas bajas, que nada le quedaba? Así que busqué un rosal bonito y disimuladamente arranqué aquellos dos pétalos, que guardé en el hueco de la mano durante un buen rato, hasta que pude ponerlos en la cartera. Es claro que los recuerdos de M. tal vez no revivan demasiado con las descripciones que le haga de todo cuanto veía, pero pensé que esos dos pétalos serían más elocuentes que un relato, y que evocarían por ellos solos toda la felicidad antigua, de la misma manera que aquellos saquitos con un poco de su tierra natal que se llevaban consigo a Italia los viajeros románticos que abandonaban su patria para siempre. Eso serán, pensé, esos dos pétalos, un puente de dos ojos para el retorno.

Cuando acabamos de dar el paseo, manifesté el deseo de retirarme, expresado de esa británica forma. Hubo que despertar a su amigo, que emergió al mundo de los vivos con una sonrisa perfecta, y se dio por acabada la velada.

El hecho improbable de que consiguiera un radiotaxi a esas horas, eran las doce y media, le sirvió de excusa para llevarme personalmente a mi hotel.

Frente a él había aparcados tres coches, que vistos allí parecían como abandonados, sin batería, inservibles.

Al pasar por delante del salón-recibidor vi a los mismos tres del mediodía. Estaban en la sala de la televisión, a la entrada, en silencio los tres, sentados cada uno en un sitio, por separado, a oscuras, con las luces apagadas. Ni una mujer, ni camareras, ni cocineras, ni mujeres de la limpieza. Solo hombres, representantes, comerciantes, viajantes, sin hablar, iluminados sus rostros por los fogonazos azules y rojos de la película que estaban viendo,

descargas de luz que les volvía espectrales, prestos a resucitar.

Todos los coches que no se veían pasar a la hora de comer, empezaron a circular por la noche, camiones pesados que al llegar a la altura del hotel, frente a mi ventana, tenían el buen acuerdo de cambiar de marcha, produciendo un estrépito que hacía temblar los cristales de la ventana. En el silencio de la noche, en mitad de aquel yermo, los oía llegar desde que salían de Pozoblanco, si venían de esa dirección, o desde tres kilómetros antes, si venían de la contraria. Al principio no era más que un zumbido que iba creciendo, tenía su forte frente al hostal y decreciendo acababa en pianísimo de desolada lontananza. Fue entonces cuando, para conciliar el sueño, empecé a tratar de predecir el momento álgido y el punto en el que se perdían. Allá viene uno, me decía, desde el acecho de la cama, cuando el sonido apenas era del tamaño de una cabeza de alfiler; o, uno, dos, tres, cuatro, ahora, y temblaban los cristales como para venirse abajo. Justo en el momento en que cruzaban por delante, el reflejo de los faros se quedaban unos segundos en el techo de la habitación, con la sombra de la ventana, y luego esa visión fantasmal retrocedía rápidamente y desaparecía, y así mecido por la música monótona de los camiones acabé por caer en un sueño que siempre fue frágil y corto.

(…)

Por la mañana, a las seis y media, tenía que recogerme el diputado socialista de los Pedroches. No sé tampoco cómo se combinó aquella fórmula, pero allí estaba él, puntual, un hombre joven, simpático, dispuesto a llevarme a Córdoba a las ocho, con ese entusiasmo que solo se siente cuando se es diputado de los Pedroches.

Yo estaba dormido, porque pensar en un café en ese hotel a las siete y media de la mañana habría sido una gollería en el caso de que hubiera encontrado a alguien a quien pedírselo, y me costaba despegar los labios.

Cuando salimos hacia Córdoba estaba amaneciendo. Llevábamos el levante a mano izquierda y el sur en los ojos, un sur todavía sombrío, épico y anubarrado, de montes interminables y vericuetos desolados de la Sierra Morena. Ahora escribo estas líneas en la catedral. Por fortuna el diputado comprendió que lo mejor era hacer aquel viaje en silencio, y en pago de ello, al entrar en

Córdoba se excusó de acercarme al centro, porque iba muy justo de tiempo, y me dejó a las afueras, junto a un polígono industrial, después de que yo le asegurara reiteradamente que era una cosa que en absoluto me importaba, ya que una oportunidad como aquella de estudiar con mis propios ojos el desarrollo económico de la región no la iba a tener muchas veces.

Son las ocho y media de la mañana, y en la catedral, a donde he llegado después de una hora de caminata arrastrando la bolsa de viaje, porque tampoco encontré ningún taxi, en la catedral, digo, no hay turistas, no han encendido las luces entre las columnas, solo estamos, en toda la mezquita, un carpintero y yo.

Al carpintero se le oye trabajar muy armónicamente, ruidos como de pájaro que hace el nido.

La catedral así, sin iluminación eléctrica, resulta imponente. Se siente uno junto a las columnas una figurilla de un grabado de Parcerisas y decoración, figurante de esto tan permanente.

(…)

Casi lo primero que pisé fue la tumba de una mujer. Decía el cuadrado de mármol: «Aquí yace en polvo, ceniza y nada, doña María Henríquez…». Era la señora hermana de un canónigo. Yo seguía aún en ayunas, y la lectura de aquel epitafio me impresionó como no lo habría hecho de haber tenido algo caliente en el estómago.

Poco a poco fueron entrando los turistas. A todos se les iba poniendo la misma cara al admirar el bosque de fustes y capiteles, en todos el mismo desconcierto, como si entraran en un mundo del que desconocieran no ya la salida, sino el mero protocolo.

A mí sin embargo me estaba dando la impresión de que el sentido que debía tener aquel lugar en tiempos de los moros, ese, se ha perdido para siempre y nunca lo conoceremos. Y fue entonces cuando comprobé que la sensación de pérdida es siempre inversamente proporcional al estado de conservación de un determinado monumento. Cuanto mejor ha llegado hasta nosotros, es mucho más lo que nos quita que lo que nos da. Unas ruinas griegas, por ejemplo, desdibujadas sobre el mar Egeo, son más decorativas, pero menos dañinas que esa escultura milagrosamente conservada, desde donde nos mira una joven con ojos de un mármol recién salido de la cantera.

Allí estaba, pues, la Mezquita, intacta, pero vacía de sentido y del dios para el que fue levantada, y vacía de la vida que sostenía la misma fe en ese dios. Y lo que uno percibía era solo algo artístico, y en lo artístico hay siempre algo superfluo, algo que ha venido a sustituir una verdad o envolver una como debilidad, y es claro que ese espíritu árabe que conoció en Córdoba un gran momento, ha estado debilitándose desde hace quinientos años, aun cuando no haya desaparecido del todo.

El caso de La Alhambra es muy diferente. La Alhambra, a poco que se sea amante de la naturaleza y los jardines, se comprende bien, porque es el agua, la tierra, el cielo y el aire, los elementos universales, quienes traban todo aquello. El jardín no se debilita con el tiempo como las creencias. Al contrario. El jardín vetusto se hace aún más hermoso. La rosa de un rosal viejo aún es más perfecta, si caben grados en la perfección, que la del rosal joven, como si su perfume y su forma se hubiesen acrisolado con el tiempo. Lo que un surtidor dice, se lo dice lo mismo a un árabe de 1300, que a J. R. J. o al joven que va allí en compañía de su novia, a la que hace promesa de amor eterno entre arrayanes que han sido más fuertes que las monarquías. La Mezquita, no. La Mezquita, con ser bellísima, sin el Islam que daba un sentido a aquella vida que vivían los árabes, ya es solo la obra de unos artesanos; vista en compañía de japoneses senectos a los que les cuelga una máquina de fotografías a modo de escapulario, le deja a uno indiferente. Entiende uno, por próximas, o porque quiere alcanzar a tenerlas, algunas sensaciones románticas. Ahora, las árabes es difícil sentirlas. En Paestum o en Atenas aún siguen vivas la mayor parte de las ideas, que son las nuestras, incluso en forma de un capitel roto, entre yerbajos y acantos. Uno ve un templo birmano, y la indiferencia es grande, una vez pronunciado un grávido ah admirativo. La Mezquita no es lo mismo, pero algo de esa lejanía la aparta de todo. No así los viejos barrios árabes que de una u otra forma han seguido vivos. Ver aparecer entre las columnas a un cura, vestido de misa, sosteniendo en una mano el cáliz y tapándolo con la otra para que no le entren las moscas, no es precisamente la mejor forma de «situarse» en un lugar como ese, por lo mismo que resultaría grotesco ver interpretado *Noches en los jardines de España* o *El amor brujo* en el teatro de Mérida. (Seguramente es

algo que habrán programado ya muchas veces).

En fin. La entrada por el patio de naranjos estuvo al menos llena de encanto y poesía: los naranjos estaban de un color muy retraído y taciturno y el cielo todo de plata. Las paredes de oro viejo y sucio y el corazón todavía medio dormido, medio soñando.

Por lo demás, eso de meter escenas del viacrucis en los arcos árabes, resulta de una perversión impasable, lo mismo que lo de romper en trozos el trazado de la mezquita, para meter en la planta una cruz, pero el arte y la cruz son así, lo mismo que meter un cuadro de San Ignacio de Loyola en uno de los paños que ciegan las columnas lobuladas.

Como tenía mucho tiempo, me dediqué a pasear por la ciudad y recordar cuando pasé en ella casi un mes haciendo un trabajo sobre Julio Romero de Torres, finales de los setenta, cuando estábamos tan pasados que nos encontrábamos con fuerza para «modernizar» incluso a Romero de Torres, sus putitas, el morbazo, el mal gusto, en fin, aquella estética un poco esquizofrénica y marrana de ligueros, facas y sublimado de gonococos.

Y para eso, por mirar el museo y el patio, fui dándome un paseo hasta allí. Aún era temprano y tuve que esperar unos minutos.

Mientras hacía tiempo en el patio de arrayanes y naranjos, me acordaba de eso, de cuando hace quince años venía a este mismo lugar, a la biblioteca y al archivo de Romero de Torres.

Entonces vivían los hijos, los tres viejos, solteros, enemistados a muerte entre ellos.

Eran dos mujeres y el hombre, que era quien imponía de manera inapelable, como un sátrapa, su autoridad a las hermanas, Rafael, María y Amalia.

Estas eran dos viejecillas raquíticas, sigilosas y encogidas como alcayatas. La ropa les sobraba por todas partes, por el cuello, por las muñecas, nada ceñía a nada. Una de ellas, María, se pintaba los labios aún con un carmín violetado, pero como no tenía labios, se emborronaba la descarnadura con un pulso temblón que le dejaba en la cara un garabato expresionista de museo americano. Las cejas se las pintaba con un palo de carboncillo, porque la pobre yo creo que se había quedado calva de esa parte también. Esta en cambio era una mujer muy amable. Su única ocupación era la de cambiar los jazmines que esparcía encima del piano negro y echar de comer

al animal del hermano y a un periquito que tenía en una jaula.

El hermano abría personalmente el museo cada mañana, a la hora que le convenía. Lo abría en realidad un ujier, pero a ciertas dependencias no se podía pasar hasta que el vejestorio se levantaba. Salía de su casa, vecina del museo, sin haber pasado por el lavabo, sin haberse quitado la chaqueta del pijama, que solía llevar con condecoraciones de huevo frito de las cenas de los últimos diez o quince días y la mancha reciente del café con leche del desayuno.

Él tenía su dormitorio en el patio interior de la casa, que entonces estaba lleno de esculturas romanas e iberas, provenientes de las excavaciones de un hermano del pintor, que era arqueólogo. El patio era bonito, aunque tenía mucho de cementerio, con aquellas estelas romanas clavadas en el suelo, entre la hierba asilvestrada, los acantos y las ortigas.

Era el suyo un cuarto pestilente, con una mesilla llena de medicinas, con las sábanas negras y revoltijadas sobre el colchón y una cruz negra sobre la cabecera, con los brazos extendidos, como ese buitre que estuviera esperando que el viejo se muriera de una vez para comerle los ojos. En esa primera ocasión me mostró toda la casa, los dormitorios con camas grandes de caoba y colchones llenos de jorobas y cobertores de flecos acuchillados, y el despacho de su padre y de su abuelo, con cuadros pequeños de su abuelo y de su padre, más bonitos que algunos que había colgados en el museo, pero lo normal es que me quedase haciéndoles la visita en la salita, que tenían forrada de platos, como en las cuevas gitanas y en los decorados de los Quintero.

De esas ensoñaciones vino a sacarme un portero, que me franqueó la entrada sin comprender las razones por las que alguien va al Museo Romero de Torres, donde él ha de cumplir su jornada de ocho horas, pudiendo ir a tantos sitios bonitos en la ciudad.

Después, mirando los cuadros del museo, me quedé asustado. No comprendía cómo había podido gustarme alguna vez todo aquello, ni siquiera como perversión. Eran cuadros terroríficos. No los temas. Los temas incluso eran bonitos. Sino todos esos horrores de calendario. Era como tener a Valle-Inclán en pintura. Por algo fueron tan amigos. Tal vez alguna cabeza estaba mejor. Lo demás era como para salir corriendo, aunque hay que decir que allí, en Córdoba, todo eso también me gustaba. Sobre todo ahora que

escribo y no tengo delante los cuadros. Pero también se escribe y se rehace el mundo con la memoria. Los cuadros literarios, las piconeras con las piernas metidas en medias de seda, la gitana que sostiene unas cuantas naranjas entre los pechos desnudos, todo eso, allí, me parece, estaba bien. Es más, creo que voy a volverme a hacer partidario suyo. Y *El Poema de Córdoba*, unos cuadros en cuyos fondos se ven ciudades ideales, un poco metafísicas, como las de los cuadros renacentistas. Ricardo Molina, el poeta de *Cántico*, llamaba a las mujeres de R. de T. «mujeres indígenas». Está bien visto.

Mientras estaba mirando los cuadros con el museo vacío, los celadores, un hombre y tres mujeres, los cuatro entre los treinta y los sesenta años, hablaban en voz alta, como si estuvieran en la taberna de enfrente, de temas sumamente apropiados: el violador al que habían atrapado después de haber intentado forzar a cuatro mujeres en una misma tarde, y, sobre todo, del caso más reciente: la muerte de una chica, a la que cosieron a puñaladas. Me había perdido el principio de la conversación y no sé si la mató el novio o el hermano, porque las tres mujeres y el hombre no se ponían de acuerdo. Aunque una de ellas no dejaba duda sobre su opinión: «Para vivir como vivía, mejor que la haya matado. Se lo tenía merecido».

Cuando terminé de verlos, me despedí de ellos como de personas de la familia, que correspondieron muy atentos. Vaya con Dios, me dijo una de las mujeres, muy simpática. Entonces me metí en las salas del museo Municipal, que están allí mismo, cruzando el patio. Y todo lo que tiene de absurdo el de Romero de Torres, lo tiene de magnífico el otro. Es uno de esos museos pequeños, insignificantes, sí, pero con media docena de cosas muy bonitas, un poco de verdad y otro poco de sueño. Había unos saltimbanquis bonitos de Bartolozzi, el autorretrato de Ricardo Baroja, ese en el que se le ve a él calvo, con un mandilón blanco, delante de una repisa en la que descansa su pipa. Y una cosita de Fortuny y una acuarela de Rosales, una mujer tocando la mandolina napolitana, con el sello de la testamentaría, un cuadro de Casas, otro de Solana, uno de los Carlos de Haes bonito y pequeño, o precisamente bonito porque era pequeño, un paisaje de encinas y chaparros… Unos eran mejores que otros, pero todo el conjunto era agradable de ver, allí, a

trasmano de todo.

Cuando iba a marcharme se me ocurrió que podía preguntarle a la directora algunas cosas de los Romero de Torres. Uno está viendo el Prado y no se le ocurre pedir audiencia al director, pero en un museo de provincia creo incluso que es algo que se debe hacer, por todo el mundo, por los directores y por nosotros mismos.

Era una mujer que me recibió con más amabilidad incluso de la que yo esperaba. Entonces me contó cosas de esa familia estéril y longeva de los Romero de Torres, cuándo murieron y cómo, cerrando con ellos una dinastía que en Córdoba fue mucho. De María me contó que antes de morir, y fue la última en hacerlo, el año pasado, se encerró en su casa y durante una semana se dedicó a romper todas las fotografías donde aparecía ella, ya fuese de bebé, como de joven y de mayor. En algunas aparecía con su padre, con sus hermanos, con sus tíos. No se libró ninguna de su furor. La historia a mí me impresionó mucho, porque conocía a la mujer, y recordaba de ella que era una persona muy dulce, como uno de esos pajaritos que se les posan en los hombros a los santos, y pequeña como las yemas de San Leandro. Pero no, se conoce que había sido una persona desdichada toda la vida. Llevaba ya viviendo sola desde que se murió su hermano, hacía siete años. Ese gesto suyo de hacer añicos las fotografías lo encontré patético en su sentido más noble, el hecho de oponer a la voracidad del tiempo, que está a punto de acabar con una vida, la voracidad contra el pasado, y la triste decisión de quien no está dispuesta a dejar en esta tierra testimonio de su fracaso, ni polvo ni ceniza ni nada. Durante los últimos años creían que pasaba necesidades, porque iba como una mendiga. La directora misma se ofrecía a traerle comida o lo que necesitase, pero ella rehusaba. El hecho de que el museo fuese a la vez la casa donde vivía le daba a todo como tintes de novela gótica. A la muerte se supo que era millonaria. La directora incluso me mostró la casa, desmontada, con los suelos levantados, con bultos entre las baldosas rotas, y unos frescos, figuras en azulón, pintados por el propio Romero de Torres para el comedor de la casa, pero destrozados por la humedad. De los techos, derrotados por las humedades persistentes, asomaban los varetajes del cañizo y un amasijo de escombros ocultaban baldosines de dibujos *art déco*. Creo que haría falta la sensibilidad de Isak

Dinesen para contar la vida de esa mujer, esa fina anciana, seis días antes de su muerte, a solas con el cajón de las fotografías. ¿Pensaría algo antes de romperlas? ¿Se detendría ante cada una de ellas? ¿Les dedicaría al menos un vago recuerdo? ¿Lloraría acaso? Quizás estuviera solo loca y acaso ni sufriera.

Al salir, con el calor, los arrayanes empezaban a dar su olor, y los jazmines. En menos de dos horas sentía cómo las cosas vistas, el pequeño museo municipal, las historias de la directora, que salió a despedirme a la misma puerta, y sobre todo la visión de aquella casa medio en ruinas, me habían dejado el ánimo un poco como un barrizal. Se oía un pequeño surtidor entre los granados y los viejos naranjos de tronco negro. Será seguramente un sacrilegio, pero me conmovieron mucho más aquellos instantes en aquel patio, que la visita a la Mezquita. La nota literaria la ponía el pequeño reloj de sol que mandó colocar el pintor, con una leyenda que dice *Docet umbra*.

Y justo cuando iba a salir de allí se puso a llover, pero compré un paraguas a los ladrones que tienen en la Plaza del Potro una tienda de suvenires, y seguí mi paseo.

No sé cómo la ciudad cayó en una melancolía degenerativa. Córdoba no es que sea tampoco muy alegre, tiene algo de Séneca, algo de su gravedad metafísica. Y así, sin darme cuenta, con las alegrías recién conocidas de María Romero, se empezó a formar, como digo, ese barrizal del alma.

Me llegué al Palacio de Viana, la antigua casa de Don Gome, y sus once patios estaban vacíos, lloviendo sobre las fuentes. Eran patios bonitos, restaurados por algún restaurador desaprensivo y hortera que pintó las ventanas y puertas de cuarterones de un gris naval-azul submarino.

Al volver a ninguna parte tenía que pasar por delante de la iglesia de San Lorenzo. Eran cerca de las dos, y estaba abierta. Entré para espulgarme el agua de la ropa y descansar algo del paseo. Incluso a esa hora entraban de vez en cuando gente rarísima, un hombre en traje de faena, una estudiante, un mozo con un culo enorme, algunos encendían una lamparita, otros rezaban un padre nuestro, otros estaban un rato más. Era increíble la animación que había en aquella iglesia.

También estaban, de pie, en dos de las capillitas laterales, dos o

tres mujeres viejas rezando, con las bolsas de la compra a los pies, en el suelo. Se veía que eran mujeres del barrio, asiduas de hacer las devociones a esas horas, con aspecto de haberse jugado el dinero de la compra con las máquinas tragaperras de los bares o en el bingo, encomendándose para que cuando llegaran sus maridos a casa y se encontraran la comida sin hacer no las pegaran demasiado fuerte.

Luego vino el sacristán, un hombre gordo, con sandalias marrones abiertas y calcetines azules, y nos echó a todos, pero con una de las mujeres que rezaba delante de una virgen se puso a hablar.

Por lo que se veía aquella era la virgen que tenía más aceptación allí, porque si no tenía en el suelo cuarenta floreros con flores frescas, no tenía ninguno. Una Virgen con un niño ceporro en brazos y una media luna de plata en los pies.

Cuando terminó de hablar con la mujer, nos amenazó con una llave de hierro del tamaño de un atizador de chimenea, y salimos deprisa. Había dejado de llover y los cielos se habían llenado de destellos plateados.

El paseo por el Realejo fue aún más bonito que por la judería. Estaba incluso contento de poder hacerme el *petit* Stendhal, entrando en las iglesias, aunque no encontrándome a bellas *contesinas*.

Al ir a comer vi, vimos todos los que pasábamos por allí, a un gatito al que acababa de atropellar una furgoneta. El pobre se retorcía en estertores angustiosos, con el espinazo roto, tratando de alcanzar la acera. Sangraba por los ojos. Una niña pequeña, de unos cinco o seis años, que iba al colegio, horrorizada, se puso a llorar. «Sigue, boba», le dijo su hermana mayor. Pero ni ella ni ninguno de nosotros podíamos apartar la vista del cuadro. Murió antes de llegar al bordillo; murió o dejó de moverse. Luego un coche, cuando se abrió el semáforo logró esquivar el cuerpo inánime; el coche que le seguía pasó por encima. La niña también se había ido. Todo esto fue frente al Ayuntamiento.

En la casa de comidas a donde me metí oí que el hombre que atendía a la gente le decía a uno que confesó que el gazpacho le gustaba sin ajo, que en esa casa «el gazpacho lo hacemos sin ajo». Se trataba de un restaurante conocido en Córdoba. Cuando hace

años viví esas semanas allí, el restaurante salía en todas las guías de la ciudad y era un lugar caro en el que jamás había entrado, pero por lo que yo veía la cosa había ido para abajo, más que para arriba, aunque las maneras de hablar del *maître*, dándole la razón al cliente a toda costa, seguía siendo de alta cocina internacional. Mientras esperaba solo, en mi mesa, fueron llegándome retazos de conversación de otras mesas vecinas, pues el restaurante estaba muy concurrido, diría que lleno al completo. Luego vino uno que dijo que tomaba gazpacho si era fuerte, y el mesonero le dijo: «A nosotros el gazpacho también nos gusta fuerte, con ajo; todo lo que sea sin ajo no se puede comer». Yo miré hacia donde estaba el primero, comiéndose ya el suyo. Parecía feliz. Al cabo de un rato le trajeron el suyo al otro. Todos parecían contentos.

A mi lado, sin embargo, vinieron a sentarse un par de personajes de un sainete. Uno, de unos sesenta años, tenía un aspecto plebeyo sin redención posible. Calzaba unas zapatillas deportivas, llenas de barro. La *tenue* del hombre con el que comía, lo mismo. Botas de material sintético, con cremallera, y llenas de barro. Se ve que acababan de llegar de su finca o de bajarse de un tractor. Quizá porque el restaurante, pese a la bastardía que había sufrido en estos últimos años, aún conservaba un aire pretencioso y chic. De las mesas de los lados se volvían hacia la mesa de aquellos dos que hablaban a voces y se reían de tal manera que las lámparas del techo tintineaban. El *maître* estaba todo el rato indeciso pensando si llegar y decirles que hablaran un poco más bajo, pero no terminaba de arrancarse. Se conoce que eran buenos clientes, según deduje, y por la familiaridad con la que trataban a todo el servicio, parecían los dueños o unos accionistas importantes del negocio. A la camarera, una chica muy joven, entre plato y plato, uno de ellos, el que llevaba la voz cantante, le ofrecía trabajo. En cuanto la veía se ponía a babear, sonriente. Le decía, vente conmigo y te daré más de lo que ganas aquí. La muchacha se azoraba por si le oía su jefe, no fuese a pensar que aquella idea descabellada había partido de ella. Entonces soltaba el plato sobre la mesa o lo recogía y salía huyendo, y ese azoramiento le producía aún más risa al hombre, que se palmeaba los muslos con violencia. Pero en cuanto se le pasaba la risa, seguía conversando de los negocios tan tranquilo con su compadre. Por lo que deduje eran conserveros de espárragos, de

Navarra, que tenían alquiladas en Córdoba unas fincas para plantarlos, o que sencillamente los compraban a los huertanos de la vega cordobesa. Se les veía a los dos orgullosos de ganar tanto dinero con las manos llenas de callos, y debían considerar a todo el mundo unos inútiles que no sabían encontrar el dinero como lo encontraban ellos. Desde luego hablaban de millones. Era el único momento en el que bajaban un poco la voz.

Yo pensaba: tengo que preguntarle a la camarera quién es ese hombre que le ofrece tanto para irse con él a trabajar a su tierra. Ha de decírmelo.

Por fin, como mi mesa entraba en su jurisdicción, al traerme el postre, se lo pregunté. Tenía los ojos verdes. Se conoce que uno es más sensible a los ojos de ese color. Un verde oscuro, como el de la punta de los espárragos, con un fondo inquietante.

Al verme mucho más joven que los dos viejos libidinosos, casi me tuvo por uno de su edad y adoptó el tono de las confidencias, la complicidad de los iguales. Me confirmó que en efecto el hombre que más hablaba tenía una fábrica de espárragos y tantos millones como espárragos. Se había puesto de espaldas a los esparragueros, y hablaba en voz baja y deprisa, apremiada por el trabajo de las otras mesas. Se fue a una de ellas, pero volvió al cabo de un rato para seguir contándome. Yo creo que ya éramos amigos íntimos.

La niña demostró tener una gracia loca, una cordobesa guapa, como las que pintaba Romero de Torres, con la piel de color aceituna y el pelo muy negro y los ojos verdes, con una boca pequeña pero dibujada con una línea fina. Luego le pregunté: Te ofreció trabajo, ¿no? A mí trabajo me sobra, me respondió ella como si me diera la réplica en el sainete. Entonces estuve a punto de decirle, como una galantería, que a ella no le sobraba nada, pero que tampoco le faltaba, que todo lo tenía en su justo punto, pero pedí la cuenta y salí. Solo.

Empecé a andar sin rumbo fijo, con las manos en los bolsillos, por una Córdoba vacía, con las tiendas cerradas y las calles sin gentes, en esa hora silenciosa de la siesta que ya solo se respeta en la provincia.

Fue así como llegué a la plaza de la Corredera, uno de los rincones, para mi gusto, más hermosos de la ciudad, tanto o más que la Mezquita, y uno de esos lugares que podrían ponerse al lado

de alguna plaza de Lisboa, o de Carrara, o de Parma. Es verdad también que Mezquitas solo hay una en el mundo, y plazas como esa las hay por todas partes, pero no en Córdoba. Es una plaza grande, soportalada, no vale mucho, las casas son viejas, modestas, de dos pisos. Es una plaza sucia también, con las paredes llenas de desconchones y comercios de una pobreza dolorosa. Es un barrio popular, donde las mujeres salen sin peinar a hacer sus compras, en batas guateadas, y los chicos juegan a la pelota y los jóvenes se pasan las horas sentados en un par de tabernas que hay allí, haciendo el golfo. Lo cierto es que como plaza no vale mucho, pero el lugar sí, el lugar es magnífico, metafísico por los cuatro costados. La otra vez, cuando estuve aquí, compré, un día de mercado, en el suelo, en una almoneda que aún sigue, junto a un montón de repollos, un ejemplar de *Rimas* de J. R. J., dedicado a Romero de Torres. Yo sabía que ese libro tenía por fuerza que venir del Museo. Cómo había llegado hasta allí, quién lo sabía. Como llegan los libros. Entonces en el Museo la biblioteca de Julio Romero no estaba abierta al público, sino encerrada en un cuarto húmedo, que daba al patio. Yo había visto otros ejemplares de Valle-Inclán, de Gómez de la Serna o del propio Juan R. Jiménez dedicados a él, pero en un estado lamentable, pudriéndose, algunos irrecuperables, junto a tratados clásicos de pintura del siglo XVII y XVIII, deshechos por el agua y las ratas. Por esa razón al día siguiente, cuando fui al Museo, le conté al hijo del pintor mi hallazgo. Lo hice también porque sabía que no me iba a decir que aquello era del museo ni nada. Eso ni se le iba a ocurrir. Se limitó a decir que seguramente su padre se lo habría prestado a alguien, y luego se encogió de hombros, porque él no daba valor ninguno a esas cosas. Se las daba, en cambio, a los recortes de prensa donde hablaban de su padre o de él, de sus propias tentativas de ser pintor, pero lo demás le era indiferente. Aquellos trescientos o cuatrocientos libros que tenía en aquel cuartucho oscuro, amontonados contra paredes que rezumaban agua, le daban perfectamente lo mismo.

Hice tiempo por allí y por las calles de los alrededores hasta que abrieron la almoneda, pues una de las cosas más absurdas que le sucede siempre al que ha encontrado un tesoro en un lugar es pensar que va a encontrar otro, en el mismo sitio, al cabo de los años. La plaza, tan decimonónica, estaba vacía, las tiendas cerradas,

con las puertas de madera quemadas, como si en cada una de ellas los mendigos hubieran querido prender un fuego. En la plaza había muchos olores, acres y dulzones, de descomposición y de desagües corrompidos, perfumes un poco canallas para colores un mucho sombríos y convictos.

Por fin llegó la hora. Abrieron primero otras tiendas, un ropavejero, la espartería y el mimbrero y, por último, el librero de viejo. Nada.

Como hasta la hora del tren faltaba mucho, estuve en el Museo Arqueológico por ir a alguna parte y no estar todo el rato paseando o bebiendo en los bares.

Era también un museo bonito y pequeño, de esos que están llenos de cosas iguales. Los museos arqueológicos suelen ser como esas películas tediosas de las que uno no termina nunca de decidirse por salir. Se conoce que esperamos que en una sala, entre los cientos de trozos de botijos y las monedas de cobre, aparezca esa escultura maravillosa. Pero al final son siempre las mismas cosas, unos pedruscos de formas vagamente antropomórficas.

En cambio la Plaza donde está el museo era una plaza imponente, pequeña, irregular, con casas viejas y ese misterio reconcentrado de Córdoba. Había allí unos pinos, unos magnolios, unos naranjos. Casi de noche, escasamente iluminada, como estaba, tenía mucho carácter.

Había empezado a llover de nuevo y los contornos se borraban un poco. No sé cómo la ciudad se vació en dos minutos. Era ya la hora de recogerse, pero a los comercios aún les quedaba un rato para el cierre.

Me senté allí mismo, mirando, extraviado y tranquilo. De pronto pasó una señora y me vio esperando, bajo el paraguas, en el borde de un pedestal romano que han puesto a modo de sitial, sin amparo, y creo que sintió un poco de lástima, como si pensara que iba a coger frío, con aquella lluvia. Si no hubiera sido tímida, me habría llevado a las monjas de la caridad, que están allí al lado, para que me socorrieran con un poco de sopa caliente.

Pero yo vivía la ensoñación del lugar y de la hora. Enfrente de mí, en la misma plaza del Museo, había una casa en ruina, de la que solo se conservaba la fachada. A través de sus ventanas se veía el cielo, de color morado, anocheciendo. Seguramente cuando vuelva

a Córdoba esa casa ya la habrán tirado y habrán construido en su lugar una casa con otra fachada y otras ventanas y el cielo habrá huido de allí, como golondrinas sin memoria.

Me levanté y me fui, de vuelta. En una casucha de la calle Cabezas me encontré con una lápida de mármol gris. Es lo único que se conservaba bien. El resto es una ruina, un mirador decimonónico con los cristales sucios y rotos, una puerta de madera mal ajustada… Transcribí la lápida, porque detrás de la leyenda me imaginé a un hombre con una ilusión increíble, porque pocas veces se le pide a nadie que escriba nada para que sea lapidario: «Dos ilustres historiadores cordobeses, Aben Hayan, Ambrosio de Morales, y un cantar de gesta castellana nos dicen que en el año 974, en esta casa, estuvo preso el señor de Salas Gonzalo Gustioz, y que las cabezas de sus hijos, los siete infantes de Lara, muertos en los campos de Soria, fueron expuestas sobre estos arcos. Verdad y leyenda venerable, de fama multisecular en toda España».

Es imposible poner más y mejor en una lápida, y se ve que algo así hace pequeño a Borges, al que le habría gustado empezar uno de sus relatos con ese estilo, sobre todo con ese «Verdad y leyenda», que podría haber dado título a uno de sus libros de versos. Lo pondré yo a alguno de los míos, cuando pueda hacer uso de esas dos palabras, cuando tenga derecho a ello. Todavía es demasiado pronto.

Ya solo me quedaba esperar la hora de tomar el tren. Diez horas de caminata más dos para la comida. A la vuelta volví a tropezarme al gatito. Estaba muerto, junto al bordillo. Habían pasado por encima más coches, y estaba como un cartón seco, pegado a la brea de la calle. También vi, a última hora, cuando empezaba a hacerse de noche, en una cornisa de la catedral, a las palomas dormidas, treinta o cuarenta, todas con la cabeza bajo el ala. Ninguna se caía.

(…)

Viene conmigo, en el tren, una ciudad de la que apenas ha podido uno retener su indefinible esencia. Esa hora última crepuscular tan triste. Camino de la estación empezó a llover una vez más. Se oían las gotas en el paraguas como redobles de un tambor. No se oían sonidos de coche; a veces me cruzaba con un transeúnte como yo, bajo su paraguas en la calleja torcida, oscura, angosta. Y esa melancolía, ¿dónde está? No puedo saberlo.

Me acuerdo cuando subía por la Cuesta de Pero Mato que empezó a llover. Al poco rato se oyeron muy cerca, en el cielo casi negro, las dos campanas de un convento.

Luego, apenas unos metros más allá, en otra de aquellas callejas, alcancé a dos jóvenes, un chico y una chica, que se complacían en ir muy despacio. Eran tan jóvenes que a ninguno de los dos les habían desaparecido las espinillas en sus caras. Marchaban con dificultad porque se abrazaban con fuerza so pretexto de guarecerse bajo el mismo paraguas. Eso hacía que caminaran mejilla contra mejilla, al tiempo que sus manos unidas sostenían el paraguas. Parecía que de sus manos, llenas de gotas de lluvia, iba a brotar, como de las manos de un prestidigitador, una paloma blanca…

Y ahora el tren. Gotas de lluvia en los cristales, pero no se oye que llueva, solo ruido de hierros y silencio en el vagón vacío.

FUIMOS a ver la exposición de Friedrich en el Prado. Extraño pintor. El dolor de un loco y la mano de Walt Disney. Por eso gusta tanto a los intelectuales y pintores modernos.

ESTA mañana me llegó una carta que contenía una cuartilla sin firma. «No es usted un caballero; detrás de un mostrador daría más juego que no escribiendo bodrios, como el último, del que la crítica ya dio buena cuenta. Educación, educación y educación, señor Trapiello». Nunca me habían mandado un anónimo como ese. Seguía luego con más insultos. Es el segundo este año. Confieso que el hecho al principio me produjo un raro contento, sobre todo porque jamás hubiera sospechado que los anónimos se escriben de esa manera, a favor de la crítica. Luego no, pasados los primeros momentos, tiene uno la sensación de que los ojos de un francotirador le vigilan sin descanso y que un día, al volver tranquilamente a casa, nos dispararán de la manera que pueda hacernos daño de veras.

¡UN mes sin venir a Las Viñas! Hacía un tiempo maravilloso, de sol, y un viento templado que traía y llevaba los olores del otoño, olores siempre un poco corruptos y pasados: las hojas secas, los membrillos podridos en el suelo, las últimas rosas… Y, claro, el olor supremo, el más indescriptible: el de la leña de la primera chimenea que se enciende en la casa. Por ese olor uno comprende que Ulises recorriera todos los versos de *La Odisea*. Es el olor de la madre, del que habla J. R. J. en su romancillo de *Pastorales*. Un olor así lo es

todo en esta vida, como el olor del yodo cuando, camino del mar, desde las tierras altas y secas de la meseta, creemos percibirlo en una revuelta del camino, sospechando la inmensidad salada detrás de una colina.

Esos primeros leños que quemamos no sería raro que aún guardaran algo de savia en sus arterias. Entonces, en el fuego, esos leños llorarán su savia irreductible y perfumarán la habitación con olores tan sutiles, conspirativos y montaraces que uno no podrá sustraerse a una evocación sumaria.

Vimos los madroños llenos de uvas rojas y en los olivares, medio tapados por los olivos, las sombras de los jornaleros que han empezado a recoger las aceitunas.

Luego, al mediodía, nos enteramos en el telediario de la muerte de Rosales. Nos puso tristes no tanto el hecho de saberlo un hombre que dedicó su vida a la poesía, como su final, esos últimos años en los que de vez en cuando le veíamos, sin memoria, en una decrepitud poco gloriosa, mirando a todas partes sin comprender lo que sucedía a su alrededor… Pero esa tristeza se disipó apenas acababa de formarse en el mismo momento en que oímos su voz, en una entrevista antigua. Fue como si metieran un cohete en medio de una nube, como se hacía antes para ahuyentar las tormentas de pedrisco. Se trataba de una entrevista de no hacía mucho. Le preguntaban una vez más por Lorca. «Su muerte», respondía un R. ya viejo, «fue para mí acicate para la poesía y la razón por la cual, ya desde entonces, despreciaría la política… Yo desprecio la política».

Hace unos años coincidimos en Barcelona en un teatro. Él, yo y cincuenta poetas más, la mayor parte de los cuales habían sido convocados allí por el solo hecho de escribir su obra en idiomas como el catalán, el laponés, el friulano, el suahili. Él entonces estaba ya enfermo, y tenía la cara de los viejos enfermos, iba mal afeitado y con algunos cortes sobre los que había pegado trocitos de papel, para atajar la sangría. El pelo lo llevaba sucio, así como los gruesos cristales de las gafas. Había adelgazado mucho y eso hacía que el cuello de la camisa le viniese holgado, y sobre un jersey de pico azul marino se veían siempre unas escamas blancas, lo mismo que sobre los hombros de un traje de hechura ya anticuada.

Aquel día ni siquiera se acercó uno a saludarle por temor a

obligarle a hacer un esfuerzo. Pero vino él adonde estábamos yo y otros cuantos más, y nos tendió la mano a todos sin conocernos, lo mismo podríamos haber sido los tramoyistas que los poetas. Nos saludó en silencio y se quedó en un rincón. Ninguno le hicimos caso, no por crueldad, sino porque no teníamos confianza para hablar con él. Y así le recuerdo ahora, al margen, queriendo estar, sin estar, solo, de pie, con los brazos caídos, la barba de uno o dos días, la camisa rozada y buscando con la mirada extraviada a una mujer, la suya, que no cesó, mientras permaneció a su lado, de impacientarse e insultarlo.

(…)

EN *Abc* dedican un suplemento a su muerte y a su obra. Lo de menos es que de la amplia antología de poemas que le hacen, no le guste enteramente a uno ni uno solo. Son poemas llenos de palabras, palabras por todas partes, como en una cacharrería de viejo, como en una almoneda. Algunas parecen prestigiosas, amor, muerte, desolación, pero allí, sin su pátina original, no valen nada. Venían también muchos artículos, pero del estilo de «El día en que Rosales me conoció…» o del otro estilo: «Rosales y yo nos conocimos», o del otro, algo más modesto: «Conocí a Rosales…»:

«La relación entre ellos y nosotros [entre la generación del 27 y los siguientes] es semejante a la que une y separa a Quevedo de la generación de Góngora, o a Baudelaire de la de Hugo y los grandes románticos». Este modesto articulito lo firmaba Octavio Paz. También nos enteramos por esas páginas que el hombre que detestaba la política, pertenecía al consejo de don Juan desde hacía quince años.

La verdad es que para un hombre que detestaba la política, le sacó un gran partido: las tres revistas que dirigió, *Escorial, Cuadernos Hispanoamericanos* y *Nueva Estafeta*, las tres las pagó el Estado y el Estado pagó su sueldo toda su vida. Yo creo que la vida, como ha sido dura para todo el mundo, no debemos juzgarla, pero con la condición de que uno tampoco venga haciendo declaraciones para nuestra edificación. Si se ha estado en Sevilla en 1937 y se ha salido de allí y se ha vuelto, es ridículo decir que no se pudo exiliar. Seguramente no pudo hacer nada para salvar la vida de Lorca, pero si a uno le matan a un gran amigo, como dijo él que era Lorca, lo menos que se pudo hacer por él es no vestirse la

camisa azul de los asesinos. Digo yo.

Una vez, hace mucho, cuando uno trabajaba haciendo entrevistas en un programa de la televisión, hablamos del *Diario de una resurrección*, que acababa de publicar. Creo que fue su último libro de poemas importante. Hablaba en él de un dolor que era como «un raspado de matriz en una ballena». A mí aquello de la ballena me impresionó mucho. Luego también en otro libro decía aquello de que la muerte nunca acaba nada. Era bonito, pero es mentira. Le dieron a él el premio Cervantes para no tener que dárselo a Bergamín, quizás porque este amaba la política que el otro decía detestar. Es injusto que todos estos pequeños datos biográficos modifiquen e interfieran la imagen que tenemos de un poeta. Pero así como uno ve en el fondo de los poemas de Panero una como verdad, descubre en los de R. una como mentira. Las palabras en ambos casi son las mismas, el tono, la factura. Pero en uno hay algo grave y en el otro algo… Bueno, basta. Acaba de morir. Es imposible que alguien que vivió para la poesía no haya conocido momentos de pureza. Solo por ella debe pedírsele a la tierra que la tierra le sea leve, aunque los periódicos, en sus elogios fúnebres, sean los primeros en confundir su memoria no contándonos toda la verdad, la única que habrá de redimirnos.

UNA agencia de publicidad ideó hacia los años sesenta una campaña de galletas y pastas italianas en la que intervenían don Quijote y Sancho. Los publicitarios tienen siempre ideas geniales como hacer que la Gioconda guiñe un ojo o que la doña Inés de don Juan se suba los hábitos para abrocharse la liga o anunciar una clase de medias de *nylon*.

Bien. Estos publicitarios congregaron a un gran número de personas en un hotel de Madrid para hacer el *casting*. Acudieron en masa actores en paro, extras, desocupados, curiosos, locos. Se buscaba el rostro ideal de don Quijote, el tipo platónico de Sancho.

Las pruebas fueron arduas y difíciles, pero tanto los que pagaban la campaña como los publicitarios quedaron contentos con la elección. Don Quijote lo interpretó, al fin, un mal actor característico de revista musical, llamado Pantaleón González Orbaneja, conocido por el sobrenombre artístico de León Lezo, apellido que resulta de la amputación del primer apellido de la última sílaba y la primera letra del segundo. De Sancho hizo el

portero de una casa de la calle Lagasca; se llama Secundino. Le llamaban, incluso su mujer, Segundino; era como todos los Sanchos, el cogote ancho y corto, los pelos de la coronilla cortos y de punta, como púas, y los ojos pequeños, negros y vivos.

El éxito del *spot* fue tal que los dueños de la fábrica de galletas decidieron enviarles caracterizados por toda España, cual hombres-cartel. Aquí empezó su peregrinación, la nueva peregrinación de don Quijote y Sancho. La promesa de premios multimillonarios congregaba en cada ciudad a miles de personas que salían a recibirlos. Durante el día trabajaban. Por las noches se retiraban a sus hoteles. Todo lo grandioso y esplendente que tenía la campaña, era modesto en lo que a sus personas se refería, los hoteles eran siempre de dos estrellas, las comidas se efectuaban en casas de comidas y no en restaurantes, y las dietas eran exiguas.

Sancho y don Quijote, León y Secundino, a fuerza de viajes, intimaron, se contaron sus historias, se hicieron espiritualmente inseparables. Ninguno de los dos tomaba una decisión o modificaba su opinión sin tener en cuenta la del otro. Desde las ocho de la mañana, en que empezaba su trabajo, hasta las doce estaban juntos. Al principio hablaban de su nueva ocupación, luego hablaron de sus familias. Segundino estaba casado, tenía mujer, tenía nietos. León seguía soltero, pero de unos amores juveniles y truncados con una actriz a la que conoció en su pueblo, en *tournée* ella con el Teatro Chino de Manolita Chén, tenía una hija, de la que hacía años no sabía nada. Don Quijote era un hombre tímido, irresoluto, llena su alma de remordimientos por haber llevado la vida que había llevado, mezquino y pesetero, en queja continua por la soldada que percibían. Sancho, por el contrario, era un hombre idealista, lleno de espíritu, indiferente para las cosas materiales. Don Quijote era sanchesco; Sancho, quijotesco en todo. Lo demás era la vida, el camino y el secreto y la verdad.

Entonces me desperté. Contra la costumbre, recordaba todos los detalles, incluso el nombre de esos dos, aunque tengo la vaga impresión de que mientras soñaba yo mismo construía ese sueño, de conseguir un Quijote *aggiornato*: el ingenioso hidalgo de este tiempo, un hombre sin ideales, comido por el fracaso, un perdedor en todo de verdad, que no cree en la redención de los débiles porque él mismo se ha dado cuenta de que es un débil.

SOLO hay un placer superior al de recibir ciertos favores, el de rechazarlos.

ESTE ha sido, será, un día extraño. A la vuelta de llevar a los niños al colegio sorprendí a una mujer, en la esquina de Conde de Xiquena con Bárbara de Braganza, parada como en éxtasis. Tenía las manos juntas, sobre el pecho, en actitud de plegaria, con los dedos fuertemente trenzados. Recordaba a alguno de esos videntes de Fátima o de San Sebastián de Garabandal. Estaba plantada en medio de la acera, a un tiempo, aunque parezca difícil, con la cabeza gacha y con los ojos fijos en el cielo, de donde debía advenirle la visión. Estuve durante un rato observándola, luego me cansé y la dejé allí.

Eran las 9,10 de la mañana. A las once, camino de unas comisiones, volví a encontrármela al final de la cuesta de San Vicente, a más de una hora de camino, pues, de nuestra casa. Estaba en la misma actitud, parada, con las manos juntas, mirando con una expresión de beatitud las entretelas del cielo.

Era una mujer como de cincuenta años, muy aseada, con la ropa limpia y la cabeza rapada, toda cana. A lo mejor era una artista conceptual o estaba rodando un anuncio de algo.

«Para no hacerme esperar», el programa de radio a donde iba, en sustitución de uno que les había fallado a última hora (se conoce que es la historia de mi vida), y que estaba previsto que empezara a las 10,30, empezó a las 12.

Era un programa sobre la soledad. Intervenía también un psicólogo que lleva trabajando quince años en un albergue de los hermanos de San Juan de Dios.

Yo le preguntaba, conocerá usted vidas increíbles, pero me respondía, psch, conoces una, y conoces todas, y con enorme desinterés me iba contando cómo los carrilanos están diez días en Madrid, tres en Granada, quince en Zaragoza, dando la vuelta a España, según lo que les permiten estar en cada albergue. Cuando terminan por un lado, empiezan por la otra punta. Como veía que no le sacaba ninguna información, le pregunté si él creía que a mí me dejarían ir a dormir allí algunas noches. Me miró atónito, y dijo que no creía que eso pudiera hacerse, pero no me dio ninguna explicación.

Cuando se terminó aquello nos dijeron que el programa se

emitiría a las nueve de la mañana un jueves, por la segunda cadena. Debían esperar que saltáramos de júbilo ante esa información, y nos regalaron un reloj de pulsera.

Al taxista que nos llevaba de vuelta le hice parar en el Rastro. Era la una. El solecico soñador de noviembre había sacado a los almonederos a la puerta para que el picorcillo del calor tan luminoso se les despertara la carne tumefacta de andar entre las testamentarías, y allí mismo le regalé el reloj a un rastrero, para que lo vendiera y se sacara unas pesetas. El amigo se llevó el reloj a la oreja, porque no creía que funcionara, y también debió de pensar que si yo esperaba que iba él a saltar de júbilo, iba dado.

Luego fui a la Cuesta de Moyano para terminar de perder la mañana. Cuando ya de vuelta pasaba junto a la verja del Botánico me entraba por una de las ventanas de la nariz todo el humo de los carburadores de los coches que marchaban por el Paseo del Prado, y por la otra los sutilísimos perfumes de hojas podridas y arrayanes recién podados.

No hacía más que andar, aturdirme un poco, cansar las piernas, no pensar, no pensar, no pensar, como los carrilanos.

Al llegar a la altura del Museo tomé la súbita determinación de entrar a ver de nuevo la exposición de Friedrich, por revisar la opinión un tanto severa del otro día y también por estar un poco a cubierto y sentarme en los sillones mullidos de dentro, más cómodos que los de granito de afuera, fríos y peligrosos para las cistitis. Eran ya las dos y cuarto.

Volví andando a casa. Lo de Friedrich no tiene solución. Al pasar frente a los cristales de un escaparate, vi mi efigie, y comprendí que esa figura que iba andando encorvada era la mía. Entonces procuré estirarme y enderezar la espalda, y eso me produjo una tristeza horrible, de modo que antes de dar dos pasos, volvieron los hombros a caérseme y la espalda a encorvarse.

Comí solo, comida que calenté yo mismo en una cazuelita pequeña. Son horribles las comidas recalentadas, no tanto por su sabor, sino por esas cazuelitas pequeñas que le recuerdan a uno que está solo, como los viejos que se mueren solos en los pisos y no aparecen más que a los tres o cuatro días, cuando los descubren por la pestilencia. A eso es a lo que huelen los viejos, a esa pestilencia que se anuncia en ellos mientras aún viven.

Dentro de un rato, a las cinco, va a venir un hombre al que no he visto nunca, del que no sabía nada hasta que me telefoneó. Me llamó hace dos días y me arrancó esta cita para dentro de una hora. Tiene, me dijo, 60 años, es peruano y yo creo que está loco: aseguró que ha escrito veinte obras de teatro. Y no está loco por haberlas escrito, que también, sino por haberlas contado. Cuando uno ha escrito más de ocho libros es una indecencia contarlos. Quiere hacerme una entrevista para el *Excelsior*. Eso ha dicho. Pero me extraña que nadie que haya cumplido sesenta años quiera hacerle una entrevista a alguien de cuarenta. Estoy pensando si no abrirle cuando llame dentro de un rato.

LA noche, cada vez más temprana, viene primero en forma de soñolencia, se posa en los cristales del balcón, se apelmaza en ellos y llena la casa de una luz sin soldadura. Nada se oye ni dentro ni afuera. Entonces los cristales parecen la membrana de un murciélago que durmiera bocabajo.

CUANDO a las cinco menos cinco de la tarde es ya de noche, no hay más que hablar.

DE los sacapuntas sale siempre un abanico.

OBSERVADLO bien. Hay mucha más gente con peineta de lo que parece.

LLEGÓ, sí, el sexagenario peruano. Esto fue ayer. En cuanto llegó, se acomodó en el sillón en el que yo estaba sentado, sin consultarme si podía hacerlo, y antes de preguntarme nada, empezó a hablar de sí mismo. Comprendí que había un malentendido. Había venido a que le hiciese yo la entrevista, lo que era más lógico. «Mi obra es un Proust subtropical, muy acorde con mi casta social». «Mi carrera ha sido, es, fabulosa», aseguraba. Le preguntaba por Lima. Me dijo que tenía cuatro secretarias indígenas que le copiaban toda la obra. Las escogía entre las indígenas porque él, al pertenecer a la casta de los criollos, no podía hacer otra cosa. Las indígenas, me confesó, servían más a gusto a un criollo que a un mestizo o a otro indígena. Habló durante media hora de las equivalencias monetarias entre Europa y su país, y concretamente entre España y el Perú, para demostrarme cómo un hombre como él, que seguramente gana cuatro veces menos que yo, podía tener cuatro secretarias más. Recordar ese detalle le euforizó, como si de pronto le hubieran entrado nostalgias de secretarias. Había escrito también

algún libro sobre Lima que lo convertía, según sus palabras, en «el más celebre limeñólogo actual».

Vestía un traje raído, de color marrón. No propiamente raído. Un traje ni viejo ni nuevo, marrón. Debajo de la chaqueta llevaba un jersey de pico, gris. La camisa era de cuello grande y la corbata era de un color indefinido, no sé si el clásico ala de mosca o el más juvenil hábito de capuchino. Los zapatos de rejilla tenían un reborde blancuzco, de haberse secado sobre la piel el agua de la lluvia y no haber sido limpiados en las últimas dos semanas. En cambio me pidió permiso para fumar, a fin de que juzgara los extremos a que llega la educación de un criollo, algo que en Europa seguramente ni siquiera podemos figurarnos.

Cuando se decidió, por último, a mostrarme la carpeta, había pasado una hora. Me traía un libro de versos. Junto a los poemas mecanografiados en hojas no demasiado limpias por haber sido mostrados a demasiadas manos, venían unos recortes de periódicos peruanos, con artículos suyos. A los artículos les pasaba lo mismo que a los poemas, el papel, demasiado sobado, había terminado por empastar la tinta, y en cuanto a los pliegues, habían sido plegados tantas veces por el mismo sitio que corrían el peligro de romperse en cuatro pedazos.

Leyó tres de los poemas, aunque esta vez no creyó necesario pedir permiso ninguno, porque no se habrá visto jamás que el talento llame con los nudillos a la puerta de nadie.

No hubo manera de que se llevara la carpeta con él, pese a que le dije que me iba a resultar muy difícil leer el libro antes de que emprendiera viaje a Lima, a reunirse con su cuerpo de secretarias. Fue un forcejeo, no obstante, bastante gracioso. Yo intentando que se llevase su carpetita y él impidiendo que la carpeta abandonase mi mesa.

No sé cómo lo consiguió, pero aquí están esos poemas, y me pregunto si las cosas, cuando se llega a los sesenta años, suceden siempre de la misma manera, aunque yo creo que si tuviera cuatro jóvenes secretarias, limpias y cariñosas, que me tuvieran mucha admiración porque soy de una casta superior, yo no creo que fuese por las casas de las gentes, a más de diez mil kilómetros de donde ellas están, sino que… Bueno, dejémoslo estar en este punto.

PASAMOS estos dos días haciendo montones con las hojas secas

y pegándoles fuego. Se levantaban espesas e impenetrables columnas de humo picante y blanco que
R. y G.
se divertían en esquivar y torear. Sus voces y risas sonaban en el silencio de la tarde con muy nítido contorno, como el canto de los pájaros.

No ha habido más que esto. Ni vimos a nadie ni hablamos con nadie. Algunos paseos largos y horas enteras junto a la chimenea, leyendo o mirando las llamas sin tener frío, sin necesitar el fuego, sin que sobrase.

En uno de los paseos iban
R. y G.
por delante, a unos quince o veinte metros, no tan lejos como para que no pudiéramos oírles. Iban cantando una canción infantil: «Napoleón tenía tres soldados, marchaban al compás». Les producía mucha alegría cantarla al unísono, llevando el paso. Era una de esas canciones en que se canta una y otra vez el mismo estribillo, solo que sincopándolo, subiéndolo de tono… Oíamos sus voces blancas, perdidas en el campo, un hilo de agua solo. «Es el último año que le oiremos a Rafael esa voz», dijo M. a mi lado, «luego la cambiará. Ya no cantará jamás esa canción».

Ese mismo día cortamos unas ramas de madroño con las uvas rojas y amarillas. No sé por qué razón, los madroños me parece que serían un buen árbol y un fruto adecuado para un poema de Emily Dickinson. Como sus petirrojos. El madroño en realidad tiene algo del petirrojo. Florece y es tan hermoso que su belleza, sin quererlo, hace un poco de daño a alguien. Alguien que de todos modos le muestra gratitud, porque es hermoso. Y un fruto que narcotiza a quien lo toma, nada, apenas un poco, para seguir marchando con paso decidido. «Napoleón tenía tres soldados, marchaban al compás»…

VIENEN publicándose las memorias de X en una revista. Memorias patéticas, por lo que aquí decía el Mairena apócrifo. Leímos: «Impulsado por el deseo de mi esposa y compañera…». La verdad es que decir esposa no es tan bueno como decir mi señora, pero lo de compañera resulta inefable. ¿Qué se puede hacer con un hombre que lleva de crítico literario cuarenta años, y que no sabe que no se puede escribir eso de «mi esposa y compañera» y que,

como decía J. R. J., no se puede escribir como se escribe, sino que hay que escribir como se habla? «Impulsado por el deseo de mi esposa y compañera». ¡Impulsado! ¡Esposa! ¡Compañera! ¿Tiene alguien así derecho a juzgar cada semana uno o dos libros, y decir si son buenos o malos?

YA que no lo que somos, sería conveniente al menos saber lo que los demás creen que somos. Con eso llevaríamos andado un buen trecho.

LA teoría de las generaciones tiene tantas excepciones que sorprende y maravilla que no se haya venido todavía a pique. Sería mucho más útil hablar de quintas.

EN poesía es en el único lugar donde se ve bien cuándo una alondra es de verdad y cuándo es solo una palabra.

AYER, al volver por la noche de cenar con los G., nos cruzamos con dos mendigos jóvenes de los que aún conservan las coqueterías de las formas: sus buenas barbas, su pelo largo recogido en una coleta, y uno, sobre todo, tipo tizianesco, con un sombrero de ala blanda y ancha. Componían admirablemente la figura, cuidándola, sabiendo tal vez que ese es el único patrimonio que les queda. Se veía que no se habían dejado la barba ni se habían puesto aquellos extravagantes trapos por perezosos o encontrarlos en los roperos de la caridad; lo hacen porque sin barbas no serían mendigos, como tampoco lo parecerían si vistieran como todos.

DEFINITIVAMENTE: la tristeza, en literatura, es más fotogénica que la alegría; la seriedad, más que el humor; la maldad más que la bondad, la retórica más que la sencillez y la frase tupidita más que la corta. Aunque de momento las esposas siguen siendo tan poco fotogénicas como las compañeras.

HUYE en literatura de sentimientos y pensamientos que no puedas expresarlos en frases cortas. Descarta todo pensamiento que no contenga un germen de humorismo. Desecha toda tristeza que nazca de ti sin una salida, sin una esperanza, y no te cases nunca ni con una esposa ni con una compañera, y mucho menos con una que es las dos cosas a la vez, esposa y compañera, pues corres el riesgo de que te impulse.

VUELVE uno como los comisionistas a las mismas plazas, con idéntica periodicidad. Ya tocaba de nuevo Granada. Solo que esta vez me han instalado en la mejor habitación del Carmen de la

Victoria, con La Alhambra a la altura de mis ojos.

Hace sol, es temprano, y del Darro sube una niebla que se agarra y azula un poco las piedras rojas de la muralla.

Uno ve todo eso y se olvida incluso de que haya venido a un congreso de poesía. Los congresos no tendrían que estar permitidos, y menos los de poesía. Eso es lo que da una idea de la vida tan triste que llevamos los que venimos a los congresos. Dice uno, están bien, por lo menos ve uno a los amigos, y quizá. También a los enemigos. Entre unos y otros, sí, ve uno a treinta o cuarenta personas, te emborrachas con ellas, se habla de mujeres, se cuentan veinticinco chistes nuevos que cree uno los mejores que le han contado en la vida, y se pone uno nervioso porque una noche, en el bar de las copas, le pareció que aquella muchacha, cuyo único defecto es que sea poetisa, le había guiñado una teta…

Hace cinco días me telefoneó X. Me preguntó si quería ganarme cien mil pesetas presentándole a él y a otro poeta en Córdoba, aprovechando que íbamos a estar en Granada. A mí me extrañaron dos cosas, como siempre, las dos cosas de rigor: que alguien quisiera darme cien mil pesetas por algo tan sencillo, y que me avisaran con cinco días de antelación. Entonces X me confesó que primero habían llamado a dos o tres andaluces, pues querían que el presentador y los poetas fueran del país. Unos porque no pudieron y otros porque creían que no pagaban, el caso es que así me vi metido en algo que, pese a todo, tuvo su gracia.

Yo creo que según qué cosas no deben contarse más que una vez. Puede uno relatar de mil maneras los modos que tiene de florecer un cerezo, pero contar uno de esos bolos tristes y deprimentes a los que de vez en cuando nos llaman a los escritores, y gracias a que aún nos llaman, aunque después de las cosas que uno dice de ellos, tememos que por poco tiempo, contarlos, digo, una vez más, carece de interés. Pero lo de ayer de Córdoba me parece a mí que fue diferente.

Después de lo de Granada nos metimos en un coche X y tres amigos más, camino de Córdoba. De pronto uno dijo, en Benamejí ponen un bacalao extraordinario. Dijimos todos, pues a Benamejí. Al subir de nuevo al coche teníamos la boca abrasada por los chistes y por el bacalao, que nos puso la lengua en salmuera y hubo que parar en una gasolinera para comprar tres botellas de agua.

Al pasar por Aguilar paramos a recoger a un poeta de allí, un ser verdaderamente increíble, con el que mis amigos querían pasar unas horas porque hacía también uno o dos años que no se veían.

A este hombre, que debe de andar alrededor de los setenta años, hacía casi cinco años que no lo veía, desde el día en que completamente borracho fue protagonista de una de las más memorables intervenciones públicas en otro congreso, el que se hizo en Sevilla sobre Cernuda, donde, si mal no recuerdo, también estuve porque había fallado alguien. Se conoce que la vida de uno es como *Eva al desnudo*, solo que sin la escena final.

El caso es que V. N., este poeta mayor, estaba entonces sentado a mi lado en la mesa redonda. Había entre el público el bulle bulle de las grandes tardes. En primera fila, en barrera, como si dijéramos, estaba Octavio Paz, concejales de cultura, presidentes de diputaciones, rectores de universidades, catedráticos, en fin, la plana mayor de las autoridades locales, e incluso la mujer del Presidente del Gobierno, una mujer encantadora que trataba de cultivarse y que era muy partidaria de V. N. Esta había incluso logrado que los socialistas locales le nombraran hijo predilecto de su pueblo y le pasaran una pensión que viniese a remediar sus precarias economías, después de haberle hecho pasar todas las perrerías que en un pueblo pequeño se le hacen pasar al mariquita de la localidad.

Allí estábamos nosotros, pues, sentados, esperando a que la gente guardara silencio para empezar el acto. Estaba también, por cierto, X, el amigo que me había llamado para ir a Córdoba esta vez. Pero no sé por qué la gente seguía con sus conversaciones, todos, incluso O. P., la Presidenta, todo el mundo.

En la puerta del salón, abarrotado, le esperaba a V. N. un recluta que se había ligado esa misma tarde, y al que V. N. le guiñaba el ojo muy acaramelado y juntaba los labios, manchados de vino, para mandarle besitos.

Por fin se hizo silencio y V. N., como persona de más edad, abrió el acto. Antes de hacerlo echó una mirada muy teatral al auditorio, en redondo, muy lenta, lo que recordaba una cámara de cine que barriera el aforo, luego batió las pestañas como quien anuncia que va a hacer una travesura y comenzó diciendo: «Los grandes poetas: Gjambó, Lotgjremon, Gjuán Gjamón…».

El público, al que tanto le había costado guardar silencio, adivinó la juerga, y se le entregó desde el primer lance de capa. Sonaron las carcajadas. Nosotros teníamos a metro y medio las sillas de P. y los otros. Este no sabía qué cara poner, ni tampoco la Presidenta, que seguramente le habría estado contando dos minutos antes a Paz que aquel hombre era un genio. En vista del revuelo, V. N. repitió la frase, «Oh, sí, ha habido grandes poetas… ya muegtos», quería continuar, pero ya no había manera de contener aquellas risas, que se multiplicaron por momentos, porque alguien, del estremecimiento, se había caído de la silla, hacia atrás, con un estrépito formidable.

La fiesta era ya de campeonato.

Por fin, a la tercera, consiguió enhebrar su frase. «Aquí», siguió de pronto muy serio, para que aquello no se le fuera del todo de entre las manos, «aquí, de todos modos, también hay un gran poeta…».

Bueno, al fin. La gente pensó que había llegado el momento de la elevación. El silencio que se hizo fue religioso, incluso, como cuando un torero con aura se va despacito al centro del ruedo para las verónicas. Todos supimos en ese instante que iba a tener con O. P. la gentileza de citarlo. La Presidenta respiró tranquila, porque hasta ese momento su amigo de Aguilar no le estaba haciendo quedar muy bien delante de la figura mundial, incluso sonrió y se la vio parpadear, como quien puede saborear un bollo solo por el perfume que despide al abrirse la puerta del horno: «Aquí hay un gran poeta, sí…», reiteró como los actores. Tenía la lengua pastosa de los borrachos, y aún seguían por las filas de atrás algunas risas de los que aún no habían logrado pasar del estadio primero. Se sirvió un vaso de agua. Glu, glu, glu, se oyó en la sala. Miró de nuevo a la concurrencia. Miró al chorchi de la puerta. Le pestañeó, juntó los labios y le lanzó otro beso, aunque más modosito. Bebió del vaso. Lo dejó sobre el platito. Se oyó el ruido del cristal en el plato. Cris. Y aún no volvió a abrir la boca hasta que no se extinguieron todos los bisbiseos de las últimas filas. «Sí», continuó: «un grandísimo poeta… Pablo García Baena». Y hundió en un movimiento raudo la cabeza en el pecho, como ese cantaor al que se le acaba el resuello.

No cabe la menor duda que resultó un gran golpe. El revuelo esa

vez fue de campeonato. La gente empezó a hablar en voz alta. Yo tenía a O. P., como digo, a metro y medio, acaso a menos. En ese momento el hígado le tiró un viaje, y a consecuencia de ese seísmo se le quedó la cara con un rictus hepático de impreciso diagnóstico, como si encontrara de pésimo gusto aquella broma. A la Presidenta el famoso bollo se le pegó en el paladar y debió encontrarlo tan ingrato, que se le veía sin saber dónde escupirlo. Alguien mandó por el frasco de sales para P., por si le daba algo. Los periodistas salieron corriendo a las redacciones de los periódicos con la primicia, como cuando el criminal ha confesado en un juicio. Y en cuanto a las autoridades políticas, con muchas menos tablas, se revolvieron en sus sillas, sin saber si había que agarrarlo por las solapas y echarlo de allí a empujones, como trataron de hacer los legionarios con Unamuno el día famoso de la Universidad, el año 36.

La gente no se rio esa vez. Todo el mundo comprendió que la cosa era lo bastante grave como para tomárselo a chirigota. Al contrario. Se oyeron murmullos de preocupación. La verónica había estado a punto de ser mortal y el toro aún no estaba muerto, sino muy vivo, y le iba a coger en cualquier momento…

V., con los ojos achispados, puesta la boca en punto de piñón, levantó la mano para acallarlos. Dirigía al público como a una escolanía. Entonces miró a Paz a los ojos. Hasta ese momento ni siquiera le había mirado, porque ni siquiera le conocía. Esa era la primera vez que lo veía en su vida. Todos comprendieron que se iba a producir algo, tal vez una confidencia. Empezó casi en un susurro: «Octavio, tú eres un gran» (alivio *andante*), «un extraordinario poeta»… (*allegro*), «un grandísimo poeta…» (*forte*)…

Descansaron todos, y cuando ya se habían relajado, se acercó al micrófono como para hacer con él un *pizzicato*: «… pero Pablo es mejor».

Se armó el taco. Siguieron dos horas en que nos dolían a todos los abdominales de reírnos. Menos a P., hay que decirlo, que no sabía el pobre hombre cómo salir de allí con más o menos compostura.

Es curioso. Yo estaba con V. N. en aquella mesa y recuerdo que en el diario de entonces no escribí nada de aquellos lances porque no veía cómo hacerlo, como me pasó con la muerte de nuestro

vecino. Lleva uno un diario meticulosamente para darse cuenta al final de que la verdadera vida se nos quedó sin contar por no haber encontrado el modo de hacerlo. Ahora, cinco años después, tampoco estoy muy seguro de que tenga aquel episodio el menor interés, pero me acerco a él con otra disposición. Son momentos que me importan poco, y quizá por ello puedo relatarlos, porque sé que no son nada.

Me recuerda esto aquello que a veces nos contaba G. de su amigo el arquitecto Orgaz. Fue en los primeros años del exilio, en México. Orgaz era un hombre joven, un dandi, soltero naturalmente, vestido como un *gentleman* inglés de gira por la Riviera. Sostenía que se podía llevar una corbata fea… pero sabiéndolo. Con las cosas que se cuentan en los diarios, me parece a mí, sucede algo parecido. Todo puede tener entrada en ellos. Excepto aquello que pensamos mejor de lo que es. O sea, lo sublime. Lo sublime ha de quedar fuera de ellos, y la intimidad. Uno ha de contarse a sí mismo en lo demás, en los otros. Los diarios se justifican porque en ellos están los otros. Para hablar de uno mismo yo creo que no valdría la pena anotar nada. Recuerdo que hace años, leyendo los diarios de Gombrowicz, unos diarios que en general me gustaron muy poco, como todo el personaje, como toda su obra, me encontré, sin embargo con una reflexión oportuna. Gombrowicz es inteligente, acaso solo sea eso, y *très moderne et snob*, pero eso resulta, como se sabe, insuficiente para todo, incluso para la inteligencia. El caso es que, más o menos con estas mismas palabras, se pregunta para quién escribía. Si es para mí mismo, decía, ¿por qué lo mando a la imprenta? Y si es para el lector, ¿por qué hago como si hablara conmigo mismo? Terminaba concluyendo que se hablaba a sí mismo de tal manera que le oyeran los demás.

Yo jamás escribiría para hablar de mí mismo, ni siquiera para dar mi opinión sobre las cosas y las personas. Naturalmente no puede renunciar uno a un punto de vista, a un sujeto narrativo, pero cuando cuenta uno las cosas, incluso las íntimas, es solo con el único propósito de enterarle al lector de unos hechos que no pudo presenciar con sus propios ojos. En realidad vendría a ser un poco como el Julio César de mí mismo, aunque lo de uno no sean, claro, unas guerras de las Galias, sino más bien escaramuzas y guerrillas. Incluso no hay cosa más repelente y odiosa que el yo. En castellano

por fortuna tenemos el *uno* utilizado como pronombre: uno cree, uno piensa, a uno le parece. Es como la puerta trasera por la que el yo puede salir a reunirse con los demás, a mezclarse con la gente.

Siguiendo con lo que estaba contando. Ese era el mismo V. N. al que pasamos a recoger. Lo encontramos bastante más viejo, casi decrépito, aunque no había decrecido en él ese humor enloquecido que se despeja a sí mismo el camino. Naturalmente nadie puede estar al lado de alguien así y aspirar a conservar un mínimo papel, como no sea de cla, o el de réplica. Supongo que esa clase de humor, a algunos puede ponerlos nerviosos, pero para un momento está bien, me parece a mí.

Estaba más serio que la vez anterior, y desde luego sobrio. Le quedaban tres dientes en la boca, y los tres negros y mal emparejados, que diría Cervantes, y en la mano izquierda tres sortijas de platino y brillantes como las que se ponen las señoras para ir a ver a Paco Valladares al teatro.

Era todo lo que quedaba de un poeta; vino, una boca vacía llena de risas y tres sortijas que parecen hijas de una casa de empeños. Queda, claro, su poesía, pero su poesía, la que tenga, mucha y poca, a veces hermosa, ya no es suya, sino de la Poesía.

De manera que recogimos a V, paramos en otra venta a tomar una copa de vino en honor de un amigo suyo, que siempre se paraba con él en esa venta, y llegamos a Córdoba con el tiempo justo para ir a lo que íbamos.

El acto consistía en lo siguiente. A un genio de las gestiones culturales se le había ocurrido convocar una vez al mes a dos poetas andaluces, uno mayor y otro joven, presentados por otro poeta andaluz. Por las circunstancias arriba detalladas, la fatalidad quiso que el encargado de presentar al joven y al otro, fuera yo. El presentador tiene que decir, fulano nació en tal año y ha escrito tales libros y mengano en tal otro, y estos otros libros. Si uno y otro escritor tienen que ver, lo dice, si no tienen que ver, dice que tienen que ver más de lo que parece a primera vista, y que ha sido una idea muy brillante reunirles a ambos en un marco incomparable como Córdoba, cuna de tan altísimos poetas como Góngora y los del grupo *Cántico*, que significó en los años yermos del franquismo una vía de aire puro. Entonces los poetas aludidos leen cada uno media docena de poemas de un libro, y aquello, con un poco de suerte, y

sin coloquio, queda sentenciado. El maestro se levanta. Se levanta la cuadrilla. Parabienes. Paso por secretaría. Firma de talones, cien mil por barba (más hotel de cuatro estrellas). Cena con autoridades culturales (con o sin esposas y/o compañeras; a cargo del Presupuesto). Copa en el cabaré (a cargo de los poetas, que suelen escaquearse). Retirada a las tres de la mañana (con o sin las esposas y/o compañeras de las autoridades), vuelta de peones y descabello. Dos orejas y rabo.

X y yo llegamos al salón de actos del Palacio de la Merced diez minutos tarde. Allí nos esperaba el otro poeta actuante y el organizador, los dos con la desolación pintada en las caras. No había venido nadie. Lo normal es que suelan ir veinte personas, lo anormal, por arriba es que vayan sesenta, y, por abajo, seis. Que no hubiera nadie, yo no lo había visto jamás.

A uno le dicen: Fulano, calibra los premios que tiene, el espacio que ocupa en los periódicos, las veces que lo sacan por la televisión, y calcula que él solo convocará a cien personas. Luego uno se acerca, como ayer, y ve que no hay nadie.

La estampa, al asomarse uno al salón de actos, era increíble, en verdad. Se trataba de un gran salón como para mil personas, con unos bancos hechos ayer a la manera de los antiguos, de madera y con almohadillas de terciopelo rojo. Había en el escenario cortinas también de terciopelo rojo, con escudos de la ciudad bordados, y las galerías eran doradas. Los techos eran demasiado altos para aquel pueblo y en las paredes sobresalían unos hachones de hierro forjado, forjados ayer también, y de los que salía una luz desagradable de unas bombillas blancas. Desde allí se veía la mesa de la presidencia al fondo, muy pequeña, lista con las botellas de agua, y más telones de terciopelo rojo y un cuadro del rey pintado para la captación de republicanos.

El organizador, desolado, se disculpaba, y con las manos en la cabeza, como si le hubiese sobrevenido al mundo una gran desgracia, aseguraba no comprender lo que había podido pasar. Primero lo atribuyó a la mala suerte, luego a la coincidencia con la retransmisión de un partido de fútbol y, por fin, con la lectura de otro poeta, a esa misma hora, en otro lugar de la ciudad.

El poeta mayor, no decía nada. Daba unos pasitos muy cortos por el vestíbulo, muy estirado, sin decir nada a nadie, fumando de

una boquilla negra. Aquella vejación le había puesto de un humor de perros. De vez en cuando decía que si hubiese llegado a saber que iba a coincidir con el otro poeta, no hubiera venido. Carraspeaba, estiraba un poco más el cuello, se colocaba el pañolito de seda en el cuello y con una mano se atusaba la barba bien recortada. Esto es ultrajante, volvía a protestar mirándonos a nosotros, pero no lo bastante alto como para provocar un altercado con el organizador.

A X y a mí yo creo que la cosa nos daba lo mismo. Entonces el organizador tuvo el poco tacto de insinuar que si no se realizaba el acto, lo de cobrar quedaba en suspenso. En cuanto a mí lo primero que declaré fue que estaba dispuesto a salir a la calle, ofrecer mil duros al primero que pasara, sentarlo en el patio de butacas y soltarle el rollo, antes que marcharme de Córdoba sin el pan de mis hijos. Me acordé de Eugenio Noel y eso me dio fuerzas para la lucha por la vida. En eso llegaron V. y nuestros dos amigos, que se extrañaron mucho de vernos todavía en el vestíbulo, media hora con retraso del horario oficial. A X y a mí se nos iluminó la cara, sentamos a V. y a los dos amigos en la primera fila, nos atrincheramos nosotros tras la mesa y comenzó un acto glorioso.

Yo actué como si en verdad me dirigiera a veinte mil espectadores. Lo primero que hicimos X y yo fue bebemos todas las botellitas de agua, porque el bacalao aún seguía haciendo estragos. No me ahorré ni un solo adjetivo. X lo mismo, pero el mal humor se había ido apoderando del poeta del pañolito de seda y la boquilla negra, y al tener que recitar sus poemas, no dijo que él no podía seguir adelante con aquella charlotada, pero nos miró de manera elocuente, furioso de tener que hacer ante unos jóvenes aquella bruta figura, él, un artista tan fino. El encargado, de pie en un lado de la sala le recordó, con un guiño oportuno, que recitaba o no cobraba. De modo que leyó dos poemas y cuando se iba a levantar para salir de allí a escape, yo tuve aún el humorismo de preguntar a los asistentes si querían abrir un coloquio y que eso sería muy interesante. Entonces se atusó de nuevo la barbita y me miró con ojos de acero, porque pensaba que me estaba choteando de él.

Fuimos a continuación a tomarnos unas cañas de cerveza en un bar que estaba allí mismo, al lado, con su luz de neón blanca. Nos ofrecieron también unas croquetas de bacalao. Nos dio la risa, pero

hubo que ponerse serios, porque el camarero nos miró de una manera atravesada por reírnos de las croquetas que había impulsado su esposa y sin embargo compañera en la cocina. El poeta de la boquilla negra, cada vez más estirado, empezó a desahogarse y a asegurarnos, sobre todo a los más jóvenes, que en todos los días de su vida no le había ocurrido una cosa así. Era como la Sarah Bernhard, ofendidísima. A X y a mí la cosa no nos parecía tan grave, sobre todo porque habíamos cobrado. Al rato V. y nuestros amigos se despidieron porque querían llevarle de vuelta a Aguilar, y nos quedamos los tres maestros solos.

¿Y qué pueden hacer tres forasteros en Córdoba a las 8 de la tarde? Yo insinué que estaría bien asomarse a la Posada del Potro donde estaría C. R. leyendo sus poemas. El poeta de la boquilla negra se resistió un poco, quizá porque temía constatar algo que no le iba a gustar, pero terminó transigiendo y nos acompañó de mala gana.

Cuando llegamos, la gente no cabía en la sala y algunos escuchaban de pie desde la puerta, por lo que ni siquiera pudimos entrar.

El poeta fino acusó el golpe como pudo y su humor se puso aún más sombrío. Dentro oímos que C. R. estaba leyendo sus poemas completamente borracho, y que estaba llorando. Casi todo el mundo asistía al espectáculo con un nudo en la garganta, pues no habían visto a un hombre de sesenta años que llorara con tanta facilidad. Decía, por ejemplo, «Voy por el campo, andando, me gusta el campo, las encinas, los gorriones, el Duero, me gusta mucho el Duero, la soledad, el olor a madre, a entraña, el dolor de la entraña…». Y empezaba a llorar a moco tendido y la gente sin saber qué hacer, sin saber si había que irse para dejarle llorando solo, o subir a la tribuna y darle un pañuelo o quizá ponerse a su lado y atizarle unas solemnes palmadas en la espalda, hasta que se le pasase aquello.

Nosotros calibrábamos el efecto que eso podía estar teniendo sobre la concurrencia. Al cabo de una media hora, cuando C. dejó de llorar, se levantó alegremente, dijo, ha sido un placer, y hasta la próxima, como si no hubiera pasado nada. En los rostros de las personas que salían de allí podía leerse la contradicción de sus sentimientos. Por un lado pensaban que aquel hombre, con lo que

acababa de llorar allí dentro, seguramente se suicidaría esa noche, pero por otro no comprendían la alegría con la que les había dicho, ale, hasta la próxima, y cómo le había cambiado la expresión de la cara y tendía la mano a unos y otros y recibía de todos ellos las felicitaciones cordiales.

Alguno de los que salían reconocieron al poeta de la boquilla, y se sentían como pillados en falta, puesto que entre C. y él habían elegido a C. De modo que se disculpaban con aquel como podían. Algunos incluso iban un poco más lejos y le preguntaban cómo había ido su lectura y si había habido mucha gente, a lo que el poeta de la boquilla negra se estiraba, y con cara de muy pocos amigos decía que lo normal en estos casos, todo muy secamente, para evitar entrar en más detalles.

C. salía de su lectura completamente borracho, y era difícil entender lo que decía, porque si a V. N. le quedan tres dientes a C. acababan de arrancarle todos los de delante, para hacerle una dentadura postiza, y cada vez que tenía que pronunciar una efe, o una ce o una zeta, era como un globo que se deshinchara poniéndonos a todos perdidos de salivilla. Nadie le entendía nada, pero todos le sonreíamos, porque es un hombre bueno que sus razones tendrá para beber. Cuando salimos de allí, unos jóvenes admiradores se lo llevaron no sé dónde, y nosotros aprovechamos la circunstancia para perdernos en una calleja. La noche no dio mucho más de sí.

Por la mañana, antes de ir a la estación, aún me dio tiempo de ir a la plaza de la Corredera, la de los soportales. Encontré dos o tres libros viejos, entre ellos *El tío Goriot*, en una edición de Bruselas, muy bonita, de 1835, que no sé si será primera o no. Pequeña, en media piel. 100 pesetas. Y la misma pregunta de siempre, ¿cómo habrá llegado a Córdoba, cuándo, con quién, por qué se quedó aquí, por qué lo han vendido? En cada libro de más de cien años y menos de cien pesetas hay una novela como las que sacaba el propio Balzac en su *Comedia*.

En el viaje fui dormitando un poco, y al llegar a Atocha volví a encontrarme a C. que había venido en el mismo tren. Al verme se le iluminó la cara, tampoco entiende uno por qué, pues la de ayer era la tercera o la cuarta vez que nos hemos visto en la vida. Vino hacia mí llevando en una mano un bolso de viaje, y levantando la otra al

cielo: «¡Andrés!». Me pareció incluso un hecho extraordinario que recordara mi nombre. Lo lógico es que no se acordara de él. ¿Por qué iba a recordarlo? Era todo cordialidad. Olía a vino, vino viejo en odre nuevo y vino nuevo en odre viejo.

No sé cómo, camino de la salida, terminamos entrando en la cantina de la estación. Pidió otro vino de Rioja y me contó algunas cosas, que se había acostado a las cinco de la mañana, que era un hombre muy ascético, aunque nadie se lo creyera, y que él no probaba el alcohol, porque él solo bebía o vino o cerveza, y no *whisky* o *gin-tonic* como, y me citó a dos o tres de la profesión que se emborrachan con esos destilados y que, me aseguró, se están destrozando la salud.

Era difícil hablar con él. Nunca había estado a solas con una persona así. Tan pronto sonreía como se quedaba serio, para, a los tres segundos, volver a sonreír…

Eran las tres de la tarde. Bebíamos alegremente, pero de pronto me echó mano del brazo, se me quedó mirando y me hizo una confesión: «Andrés, mi vida es muy triste…».

La verdad es que yo no supe qué significaba una cosa como aquella. Era, desde luego, una confesión como la que suelen hacer los borrachos a los desconocidos o a los camareros. ¿Pero qué podía hacer yo con algo así? ¿Podría decirle, empieza a contar tu vida? ¿Podía entrar en la suya en ese instante?

Pero él estaba dispuesto a ello. Empezó por las hernias discales, los dentistas, y el dolor que le ha causado una hernia de disco, y el dentista, arrancándole todos los dientes, y de la gimnasia que le han mandado hacer para paliar los destrozos de la hernia, y de los paseos por el campo. «A mí me gusta la naturaleza, pasear por el campo. El Duero, me gusta mucho el Duero. Yo he recorrido toda España andando…».

«Una vez hice de Logroño a Valladolid, a pie…». Recuerdo que hace unos años, la primera vez que nos vimos nos contó ese viaje, y la segunda también…

«Y me gusta la gente popular, del pueblo, la gente humilde. Yo hablo con ellos y me gusta…». Decía el pueblo con inmenso orgullo, como quien habla de lo más noble, como quien corta con un cuchillo un trozo de una hogaza de pan, y eso era enternecedor, la verdad.

Pedimos otro vaso de vino. «En fin, lo que te decía. Los médicos me han dicho…».

Llevaba una chaquetilla de lana azul, de las que se gastan por los codos y se dan de sí. La americana gris de ujier que llevaba puesta ayer en la actuación la debía de haber guardado en la bolsa o quizá la habría perdido en algún bar.

Terminamos hablando de un hermano suyo que murió en Ginebra. «Mi vida es muy triste», y sonreía y se quedaba serio y volvía a sonreír como los niños pobres a los que llevan delante de una pastelería. De vez en cuando metía la mano al bolso y sacaba un cigarrillo. No sacaba la cajetilla, no; se metía la mano en el bolsillo y sin necesidad de sacar la cajetilla sacaba un solo cigarrillo que tardaba cinco minutos en encender, porque la búsqueda del mechero le llevaba ese tiempo, después de haberse cacheado diez veces y palpado todo el cuerpo, hasta que en una de las rondas encontraba el mechero.

Y contaba que no podía escribir por haberse quedado sin biblioteca y sin piso y sin trabajo, y que vivía, a su edad, en casa de su suegra. No tiene nada, ligero de equipaje… «Mi mujer colecciona búhos y esas pollas», y en una de las búsquedas del mechero, le apareció en la mano uno, que había comprado para ella en Córdoba. De nuevo su cara se llenó de bondad y ternura. Ya sabes, se disculpó, las mujeres, y sonrío un poco azorado por haberme hecho testigo de algo íntimo suyo. Hacia las cinco de la tarde le llevé en taxi a donde me dijo. Me habría gustado abrazarlo como hacemos con los amigos del alma. Pero yo no lo conocía apenas. Era él quien había hablado todo el rato. De él, de su hermano, de una hermana que se metió a la vida, de su hernia. Ya no hablaba.

LE Père Goriot es primera.

AYER vino a comer R. G. La C. no estaba. Fue una de esas tardes que empiezan a las doce del mediodía y terminan a las doce de la noche.

Le preguntó a G. si le gustaba la pintura. A G. le gusta pintar, como a todos los niños de siete años. Dijo: «Sí, pero no me gustan los cuadros». A R. esta contestación le hizo una gracia loca. «¡Como a mí!», añadió.

Ayer R. contó una historia bien bonita. Se remonta a los tiempos de las Misiones Pedagógicas. No refiero ahora lo que eran las

Misiones para no alargar el cuento. Eso lo saben todos.

A él le tocaba ir de pueblo en pueblo con otros misioneros, acompañando los camiones con los cuadros. Lo hizo con muchos, con Cernuda, con Dieste, con María Zambrano, con Sánchez Barbudo y con X, entre otros.

En esos pueblos eran recibidos siempre muy hospitalariamente. Eran muy jóvenes y, claro, refinados, «de capital».

Eran pueblos, como entonces ocurría en España, aislados, incomunicados, hundidos en lo más sombrío del tiempo y del espacio. En ellos había vida pura de pueblo, casi sin contagio, prácticamente la misma que había conocido Cervantes.

Solía hallarse en ellos, como ocurre siempre, una media docena de señoritas casaderas, que esperaban desesperadamente novios «pariguales» para casarse, que en el pueblo no encontraban. Eran las hijas del médico, del boticario, del notario, si lo había, de algún ingeniero… Los hijos de unos podrían, es verdad, haberse casado con las hijas de los otros, pero lo normal es que los hijos fueran a la ciudad a estudiar (normalmente la misma carrera del padre, para heredar clientes y pacientes) y allí solían conocer otras chicas a las que terminaban haciendo esposas y compañeras. De modo que quedaban estas señoritas esperando, buscando novio en el pueblo, y no era infrecuente que se quedaran para vestir santos.

Cuando G. y X aparecían en el horizonte de sus vidas, solían lanzarse sobre ellos, como una señorita fina de pueblo se lanzaba sobre un joven de entonces, es decir, poniéndose colorada, moviendo nerviosamente las pestañas y tratándole de usted.

A X le gustaban estas jóvenes finas, más que las «mozas de cántaro» que les gustaban a otros.

Eran historias cortas, que duraban dos o tres días. A veces más. En una ocasión X debió de ir más lejos en uno de esos noviazgos porque lo mantuvo durante unos meses. Entonces, estuviese donde estuviese, solía desaparecer de vez en cuando dos o tres días para ir a visitar a aquella muchacha. Aquella historia, no obstante, pasó, y X no volvió a verla nunca más. Luego vino la guerra.

Durante la guerra X conoció a la que fue secretaria de Illia Erhenburg, el escritor ruso.

Era una mujer no guapa, pero sí atractiva, con gran experiencia de la vida. Su madre era una rusa y su padre un alemán. Ella había

nacido en París. Era una mujer culta, con idiomas, con mundo. Al principio vivían en habitaciones separadas, en un hotel de Valencia. Luego se pusieron a vivir juntos y más tarde se casaron. Los celos que sentía hacia él conformaban de no pequeña manera su personalidad y la relación. Cuando terminó la guerra los X se exiliaron como tantos en México, y de allí se pasaron a Estados Unidos, donde ella y él encontraron trabajo en las Universidades.

Suele ser frecuente que la Universidad desertice el pensamiento creador de un hombre, y eso ocurrió con X, que había mostrado al principio alguna dote de creador, en relatos y novelas incipientes. La obra de creación que seguramente en otras circunstancias hubiera podido hacer, dejó de escribirla, para ocuparse de esa clase de ensayos académicos que, estando bien, no sirven para nada, y estando mal, para menos.

G. y X dejaron de verse durante años, sobre todo desde que G. se volvió a Europa.

Un año X fue a verlo a Roma, y allí los viejos amigos discutieron. La vida les había convertido en dos extraños. Hablaran de lo que hablaran no se entendían. Con todo, los hábitos de la juventud y la amistad profunda que se habían profesado, los viajes durante las Misiones, los cientos de días pasados en compañía, solos, por las tierras de España y eso, la ley de los pocos años, impidió que se produjese la ruptura, y cuando X iba a Roma o luego a Madrid, acudía a ver a su viejo amigo, por otra parte casi lo único vivo que le quedaba de España y de su juventud.

Cuando hace cinco o seis años se celebró en Valencia el cincuenta aniversario del Congreso de Intelectuales Antifascistas, ocurrió algo inesperado. X estaba invitado a la conmemoración, como otros redactores supervivientes de la revista *Hora de España*. Entonces se le acercó un joven pintor que le preguntó, ¿es usted Fulano? X respondió, sí. Entonces el otro le dijo, yo conozco a esta señora, que fue amiga suya, y le dijo si quería que le llamase. X dijo que bueno y parece ser que se olvidó de ello.

A los cuatro o cinco meses, sin embargo, esa mujer le telefoneó a los Estados Unidos. A X esta llamada le produjo una gran alegría, que hubo de disimular con cautela porque estaba su mujer delante. Se conoce que en esas cuestiones la edad no arregla nada. Quería ser efusivo con su antigua novia, pero no quería despertar ninguna

sospecha en su mujer, que presenciaba la conversación.

El caso es que a la primera oportunidad X, en un viaje a España, la telefoneó y quedaron citados en una cafetería de Madrid.

¿Qué había sucedido? La muchacha le había estado esperando durante y después de la guerra. No había perdido la esperanza de verle aparecer en cualquier momento por la carretera por la que había venido la primera vez con los camiones de las Misiones. Pero todo fue en balde. La guerra también fue para ella especialmente dura, y la posguerra. A su padre, que había sido alcalde socialista del pueblo, lo depuraron y lo metieron en la cárcel, y ellos, que debían tener algún capital, lo perdieron y empezaron a conocer, como tantos, momentos de privaciones y sufrimientos.

Todos en el pueblo conocían aquel noviazgo. La muchacha empezó a desmedrarse por las adversidades familiares y sentimentales. La gente le daba ánimos, le decía, no te preocupes, después de la guerra vendrá. Pero X, una vez acabada aquella historia, ni siquiera había vuelto a pensar en ella, pues se conoce que la ruptura no se había producido de la misma manera para ambos amantes, y mientras uno siguió la vida, la otra había continuado siempre anclada en aquel viejo amor.

La señorita soltera esperó, esperó años, hasta que al fin, empujada por las circunstancias, y, seguramente con la intención de remediar las necesidades de su propia familia, aceptó como marido a un labrador rico que la cortejaba de antaño, conocedor como todos de los desgraciados amores de su futura mujer, pero al que no parecía importarle recibir en sus brazos a alguien que al besarle a él estaría pensando seguramente en el otro.

De ese matrimonio tuvo tres hijos, dos hijas y un hijo.

Pasaron los años, cincuenta, y la casualidad quiso, como en una de esas novelas de Cervantes, que volvieran a tener noticias de sus vidas, y así, de una manera natural, empezaron a revivir, octogenarios, su interrumpido amor de juventud.

La mujer, que hacía algunos años que había enviudado, era libre, pero cuando la noticia llegó a sus hijos, estos se dividieron. Las hijas, románticas e ilusionadas, vivieron aquella historia como una novela, y por nada del mundo habrían querido robarle a su madre, solidarias con ella, «la historia de su vida». Al contrario, le lanzaban a ella con frases de ánimo, casi como si le exigieran que

diese cumplimiento a un sueño de esa naturaleza. Se ve que eran unas hijas novelistas. Pero el hijo no. El hijo pareció salir en defensa de la memoria del padre, y vivió todo aquello con una gran repugnancia, furioso y lleno de celos.

Al final la madre fue terminante con él, sostenida en parte por la opinión de sus hijas, y decidió seguir adelante con aquel idilio, en la medida en que eso era factible, ya que X, que tenía su mujer en América, enferma, celosa por todo, ignorante de todo, solo podía venir a España una vez al año.

De modo que cuando puede, vuelve, solo, a Madrid; aquí le espera la novia de entonces. Se ven. Están juntos, hacen algunos viajes por España. Él se vuelve a América. Ella se queda esperándole otro año. Hasta que la muerte los separe.

AYER estábamos citados en casa de B. con X y su mujer, dos escritores cubanos, ambos del PC, y él, además, miembro del Parlamento de aquel país, un parlamento que solo se reúne dos veces al año, el día de la apertura del año político y el día de la clausura, y en ambas ocasiones para decir amén.

Él es un poeta fino, desdibujado y fino, con ecos de Juan Ramón y sombras de Lezama.

Ambas eran personas menuditas, delgadas, vestidas con una ropa extraña, de corte anómalo y soviético, lo que hacía que uno reparase justamente en esa ropa, en esos zapatos sin el menor atractivo.

En el caso de él el aspecto general era el de un pobre funcionario, uno de esos cobradores de recibos de la luz a punto de jubilarse. El de ella era algo más inquietante, pues la ausencia de cualquier signo de femineidad o coquetería, como el que no llevara pintados los ojos o los labios, y no llevase ni pendientes ni pulseras de oro ni ninguna otra pequeña joya, que entre nosotros llevan hasta las mujeres más pobres, aunque sean de bisutería, le daba un aspecto poco tranquilizador, como de directora de un orfelinato de señoritas. Ella habló muy poco, y le costaba hacerlo, como si tuviera problemas con una dentadura postiza que se le desencajaba de continuo, lo que le hacía mantener la boca cerrada por temor a que se le cayera al suelo la prótesis.

Se apuntaron también a la reunión el agregado cultural en España, un hombre con aspecto de pistolero, como de cuarenta años

y la cara alcoholizada, embotada y sanguínea, y un excapitán del ejército de Franco que se pasó en 1953 al bando republicano y al exilio en Venezuela; este, como Cervantes, tenía una mano estropeada a consecuencia de las heridas de guerra, una «herida fea», pero aunque la mano se le había quedado hecha un gurruño, nos confesó que esa herida le llenaba de orgullo, no supimos muy bien por qué razón específica. Tampoco supimos bien qué hacía allí ni si era amigo de alguien. Había venido también un amigo nuestro, al que le interesaba mucho la música cubana.

Después de una hora hablando de música quisimos todos hacerlo de otra cosa, pero era difícil, demasiada gente, y el pistolero sin quitarnos el ojo de encima.

Solo en un momento pareció encarrilarse algo la conversación, cuando refirió X cómo vaciaron la casa de Lezama una noche, a escondidas, metiendo todo en camiones, libros, papeles y muebles, para dispersarlo en varios lugares de La Habana, con el fin de aventar lo que creyeron una semilla de peligroso germen anticubano. Era un relato minucioso y sin brillo. No se sabía muy bien por qué contaba aquello. No había ni siquiera malicia o crítica, pues justificó al gobierno, diciendo que fue precisamente el gobierno quien recuperó las cosas. Alguien preguntó entonces cómo era posible que vaciaran la casa de Lezama en un país donde nadie podía dar un paso sin que lo supiese la policía, y si acaso no fue el propio gobierno quien la robó para poder restituirlo, ya depurado y expurgado, como esos pirómanos que están en el cuerpo de bomberos. La mujer de X al oír aquel ataque velado contra su gobierno, masculló unas frases duras, sin despegar las mandíbulas, por temor a que se le salieran los dientes, lo que zanjó la cuestión con una sola frase sibilante. A su lado el marido parecía poca cosa, pues resultaba evidente que allí era ella quien tenía la vara de mando. Él justificó al régimen entonces, como quería su mujer que hiciese, y le pareció que con que los papeles personales de Lezama estén en la Biblioteca Nacional, era bastante. Pero aún nos ofrecieron a los presentes una pequeña función. El policía y el poeta fueron quienes representaron la pantomima:

—¿No me diga que asaltaron y saquearon esa casa? No sabe el disgusto —decía el pistolero, que lleva ausente de La Habana unos cuantos años, tal vez para seguir el consejo de Eugenio Montes,

cuando era director de la Academia en Roma: nada como servir a una dictadura en un país democrático.

Yo le había llevado a X un ejemplar de la antología de sus poemas de 1953. La cubierta es roja. Al verla el viejo poeta quiso hacer una broma: «Para que luego digan que yo no soy comunista»… «¿Quién, quién lo dice?», exclamó alarmado el tipo de la embajada, que no se había apercibido del matiz humorístico.

La mujer, entretanto, nos observaba a todos, fría, molesta, distante, sin pronunciar una sola palabra, quizá porque le pareciese una falta de delicadeza que siendo ella también escritora no se hablase de su obra ni un solo segundo, aunque B. me contó después que no creía que fuese esa la razón, porque la primera vez que se acercó a la pareja fue para pedirle un libro a ella, y esta prefirió que se publicase uno de su marido.

En cualquier caso resultó muy triste todo. Ellos, nosotros. Parecían funcionarios de la revolución como lo fueron un Rosales o un Panero en los años 50. ¿Y nosotros? Esforzados pioneros. Era todo como en un relato de extraña atmósfera, porque lo que no le aclaré fue que aquel ejemplar provenía, al igual que otros cuatro o cinco libros suyos dedicados a Panero, de la biblioteca de este.

YO tengo un amigo en León, que es fiscal, un hombre joven, serio, cumplidor con su trabajo de meter en la cárcel a los malhechores. Vive en la perpetua contradicción, pues su vocación verdadera y secreta, aparte de dejar libres a los malhechores, sería la de la poesía, y le habría gustado ser poeta.

En cierta ocasión me dio a leer media docena de poemas escritos por él en el anverso de las hojas en las que escriben sus oficios, timbrados por el Estado. Los poemas no eran, la verdad, demasiado buenos. Se lo dije como mejor pude, con tristeza, porque a uno le duele decir esas cosas a un amigo, aunque sabiendo que es mejor decirlas que no decirlas, si es que creemos algo en la poesía. Lo aceptó con deportividad, aunque seguramente le dolió, porque esas cosas siempre duelen un poco. Creo que dejó de escribir, o al menos a mí ya no me enseña lo nuevo, si lo escribe, lo que le agradezco de verdad, porque siento por él verdadera estima y no querría uno por nada del mundo hacerle un bis.

En cambio, de vez en cuando sigue enviándonos cosas curiosas, recortes de periódico, bagatelas, en fin, de todo, y por Navidad nos

remite una participación en un billete de lotería, hecha por él a mano, con muy barrocas filigranas y unos dibujos que son un poco primos hermanos de los poemas.

Ayer me llegó la fotocopia de un atestado de la guardia civil, que habían remitido a su fiscalía. Se trataba de la detención de un gitano, al que el guardia civil no le llama gitano por temor a que alguien pudiera tacharle de racista, por lo que se refiere siempre a un «individuo de raza *cíngara*». Es lo más fino que ha encontrado uno en lo políticamente correcto, aunque lo que es extraño es que esa moda haya llegado tan pronto al cuerpo de la Guardia Civil. Al ir a detenerlo en su casa, el gitano, según el atestado, le pegó un cabezazo al cristal de una ventana y se hizo «voluntariamente» un corte. La madre del detenido, los familiares, y, poco después, los de la barriada, empezaron a vociferar y organizar un gran escándalo, con el solo propósito, en ellos mil veces ensayado, de intimidar a la autoridad y ahuyentarla de allí sin haber cumplido su propósito. Entonces «la fuerza actuante se ofreció para llevarlo a curar al hospital a realizarse la correspondiente cura, que se negó su madre y toda la familia, posteriormente salió toda la barriada de raza *cíngara* a ver lo que ocurría y como quiera que al ponerse en apoyo de la parte como si dijéramos más perjudicada y trataron de provocar a las fuerzas del cuerpo con ciertos gritos en contra…», etc., «hubo que proceder en consecuencia». Etc.

Tal vez sea el hecho de estar todo el día leyendo a Cervantes, pero es en estos fragmentos de realidad donde uno adivina aún ese espíritu cervantino, pues no puede decirse que esos guardias civiles, al menos tal y como redactan su informe, muestren ensañamiento con los débiles, ni a estos se les pinta especialmente malos, sino que todos, unos y otros, parecen representar un papel de esa novela ejemplar de la vida, donde los finales son como un gracioso *ballet* en el que todos han logrado moverse armoniosamente.

SE odiaban tanto que copulaban, entre ellos, en habitaciones separadas.

LA verosimilitud en literatura es nada. Poco verosímiles son las *Églogas* de Garcilaso donde se hace hablar a los pastores como si fueran Platón, y poco o nada verosímil es don Quijote, el príncipe de la Verdad, con todo lo loco que anduvo. La Verdad a veces es verosímil, otras no, y en cualquier caso a ella hay que tender,

aunque nos pongan mote.

LO mejor de ir a comer, entre semana, a casa de G., es el paseo desde nuestra casa a la suya, Barquillo, Alcalá, Sol, Plaza Mayor y Cuchilleros. En la calle de Postas, hay una tienda de telas y paños para hábitos. Los tienen puestos como franjas de una bandera, de arriba abajo, encima de cada cual se lee en un rótulo muy bien caligrafiado el nombre con el que se conocen tales paños: Santa Lucía, Auxiliadora, San José, Purísima, Dolores, Lourdes, Carmen, Cristo, Perpetuo Socorro, Nazareno, San Antonio. El otro lote dice: Rosario, Sagrado Corazón, S. Francisco, Padre Damián, Gran Poder, Milagrosa, Paloma, San Roque, Santa Lucía, Del Cristo. Todos están ya muy polvorientos y descoloridos por el sol. Lo consigno aquí porque en un diario debe haber algo de arqueología también.

ES el centenario del nacimiento de Franco, lo más arqueológico de todo. En los periódicos durante estos últimos quince años se le llama siempre «el general Franco», ya nadie dice Franco a secas. Se conoce que los periodistas piensan que así le rebajan en algo, como si le degradaran de «generalísimo» a «general». Fueron, son, los mismos que quieren degradar a España en «Estado español» y ascender a Lorca, llamándole Federico.

En uno de los artículos de hoy se lee: «Dejó el país sin pasado en que mirarse, sin lugares de la memoria que reconocer como propios. Hundió a España en la miseria al arrancarle violentamente sus raíces». Es la de un historiador, pero está tan hinchada y resulta tan estúpida que podría ser la frase de un novelista del día. No ha habido en la historia ni un solo hombre —ni Lenin, ni Stalin, ni Hitler, ni por supuesto Franco, por referirse uno a los asesinos y sinvergüenzas— capaz de arrasar la memoria de los hombres ni arrancarles sus raíces y menos aún de arrasar la del Hombre, del universal de hombre. Por otro lado ni los historiadores ni los novelistas, que suelen de vez en cuando coincidir en los juegos de ciencia ficción, se han colocado en el supuesto de que la alternativa Franco hubiese sido sustituida por la alternativa Ceaucescu o Beria. La insinuación les parece ya de por sí ofensiva. Ni siquiera les parece bien que pensemos lo que habría sido España en 1945, por ejemplo, con Dolores Ibárruri en el Ministerio del Interior de un Gobierno Comunista en España. Estas son, por otra parte, la clase de suposiciones que pueden acarrearle a alguien la desgracia de que le

consideren un reaccionario. Dicho de otro modo: ¿Cuántos de nuestros políticos de izquierdas habrían estado dispuestos en 1940 a darle el poder a un hombre bueno y honesto como Besteiro? ¿Qué pensaban los comunistas y los socialistas de Largo Caballero, de intelectuales de izquierda como Albornoz o Giner de los Ríos? ¿Qué habrían hecho los comunistas en el poder con alguien como Cernuda? Las cuestiones políticas hay que abordarlas siempre por su lado menos correcto, de lo contrario acaba uno siendo demasiado hipócrita en demasiado poco tiempo con la parte como si dijéramos más perjudicada.

CUANDO uno insinúa, todavía hoy, que en cualquier caso mejor haber tenido que bregar con Franco que haber tenido que hacerlo con Stalin, los comunistas inmediatamente cierran filas, furiosos, como si fuese un ataque personal contra ellos. Y en cierto modo lo es. Su responsabilidad histórica siempre será la de no haber combatido a uno y a otro a la vez, porque esa es la prueba que pondrá siempre en entredicho su talante democrático.

ECHÉ sobre las brasas dos piñas secas, recogidas ayer en la calleja, caídas de los pinos del Lagar de las Comendadoras. Eran piñas viejas, con los pétalos leñosos abiertos. Al cabo de un rato, de entre esas hojas rígidas, empezaron a salir insectos de caparazón oscuro y brillante. A cientos. Parecía el Éxodo rodado por Griffith. Tenían sin duda allí su guarida, la caverna donde estarían hibernando.

Desconcertados, acosados por las llamas y el fuego, no sabían a dónde ir, sus movimientos eran intempestivos y bruscos, como en una secuencia a cámara rápida, hasta que por fin caían en medio del fuego con un leve y seco chasquido. Me pareció un tema bonito de poema, pero no sabe uno si sería capaz de sacar algo con todo eso, aunque seguramente uno se siente insecto inquilino de un tronco algo mayor, que alguien un día arrojará igualmente a un fuego.

NINGUNA visión tan descorazonadora como la de esas tres gallinas colgadas del pescuezo en la barra de la pollería. Céreas, con la cresta gris y la piel pegada a los huesos. Solo las patas ponían una nota cómica a la estampa siniestra: dedos rígidos y largos en el aire como un gran arpegio: dedos de señorita profesora de piano, soltera, virgen, sexagenaria.

AVILÉS es un pueblo bonito. Uno tenía la idea de que Avilés sería un lugar sombrío, lleno de chimeneas, astilleros, minerías, con una permanente nube tóxica encima de los tejados negros, porque del otro Avilés nadie le había hablado a uno, los soportales, los caserones viejos, los palacios rancios de piedra en la que no puede crecer ni siquiera musgo, pues lo arranca la lluvia constante, y de ahí que las piedras del pueblo solo lleguen a tener un color verdinegro.

Se ve que como pueblo tiene mucho carácter con esas sidrerías viejas y esos comercios de hace cien años, como esa ferretería, una de las más admirables que le deben de quedar a España, que es grande y donde se encuentran toda clase de herramientas y aperos de labranza, muchos ya desaparecidos de la faz de la tierra desde los tiempos romanos.

Las cosas se producen siempre de la misma manera. Hace seis meses telefoneó un hombre a casa: «Le hemos dado a usted un premio, el premio tal. De mi librería». «¿Y eso qué es?», preguntó uno tímidamente, pues tampoco sabía si estaba siendo descortés con esa persona por no conocer ese premio que decían haberle concedido ni por qué razón se lo habían concedido. Entonces le contó que se lo habían dado ya otros años, a este, al otro, al de más allá, «gente toda puntera», recuerdo que dijo. Y en efecto, desgranó cuatro o cinco nombres de esos que ponen de acuerdo a las listas de ventas y a los críticos, que si Martín Gaite, que si Sampedro, en fin, y dos o tres más cuyo nombre he olvidado.

Yo creo que ese fue el origen de todo el error, haber tenido la ingenuidad de que esa combinación aseguraba algo.

La cosa consistía en reunirse en una cena en la que le daban a uno al final una estatuilla de bronce, con una placa debajo, como los trofeos de caza. Como no mencionó en ningún momento dinero, uno comprendió que en el premio solo le iban a dar la estatuita y la cena, y que luego lo mandarían a uno de vuelta a su casa.

Lo peor de todo eso era que resultaba peliagudo decir que no. ¿Cómo se le dice no a un premio sin que parezca uno un soberbio? Eso, claro, lo saben a la perfección los que parecen haber venido a esta vida a darlos. Por eso es siempre mejor un insulto que un elogio. Del insulto, ya lo he dicho, puede uno defenderse, pero ¿cómo defenderse del elogio sin exponerte, al final, al insulto? De

modo que cuando ya había dicho que sí, estaba furioso por haber dicho que sí. No obstante siempre piensa uno que algo de todo ello podrá resultar simpático, quizá el viaje, quizá la ciudad, quizá uno o dos lectores que tengan la ilusión de decirle a uno un par de frases atentas, en fin, algo a lo que agarrarse para no desesperar y hundirse para dos semanas en un negro pozo de misantropía.

Nos vino a recoger el hombre. Tenía un aspecto incluso simpático.

Tendría unos cuarenta o cuarenta y cinco años. No había leído ni uno solo de mis libros, ni sabía quién era yo, sino muy vagamente, ni siquiera la novela por la que se suponía su librería me había concedido ese premio. La literatura tampoco le interesaba de manera especial, por lo que se veía, y a lo único que llegaba era a meter algunos nombres de escritores en la conversación «por lo que sonaban» en los periódicos locales.

Fuimos a su librería, en un barrio de Avilés bastante apartado del centro. No hacía más que hablar de ella, y tenía mucho interés en que antes de comer echáramos una ojeada al negocio gracias al cual yo tenía un premio más en mi palmarés (lo llamó de esa manera) y al que debería presentar armas. Creo que la sorpresa fue una de las más grandes que hemos tenido en nuestra vida. No era una librería como el resto de librerías del mundo, donde se venden libros, sino una papelería donde se expendían cuadernos, sacapuntas, lápices de colores, cuentos para los niños, patrones para la costura y muestras de escayola, flores, payasos e inmaculadas, para que las esposas y gracias a Dios compañeras hagan con ellos unos bonitos objetos con los que decorar su hogar, y en un rincón media docena de baldas con *bestsellers* y dos de esos expositores de libros de bolsillo que dan vueltas y distribuyen las propias editoriales, dos *revolving* de alambre. Sí, una papelería de barrio, de las que se ponen enfrente de los parvularios, y además no muy grande, pues estábamos cuatro personas dentro y apenas podíamos desenvolvernos.

Hubo un momento en que pensamos que todo aquello era una broma, una de esas bromas que hacen en las televisiones, con una cámara oculta, y por esa razón, en un descuido, le dije a M. que estuviese precavida, que en algún momento iba a salir alguien de debajo del mostrador con un ramo de flores, porque nada de todo

aquello podía ser verdad.

A mí, por otro lado, estaba a punto de darme la risa, pues pensaba que era una cosa que contada no podría creerla nadie, lo cual era también una pequeña faena porque cuando ocurre algo como eso lo mejor es poder contarlo, como hizo el torero Dominguín con Ava Gardner.

Luego el gran hombre nos llevó a comer a M. y a mí a un bar de carretera, pequeño, en el que habían sembrado una capa de serrín para paliar los efectos de la lluvia. Cada minuto era más delirante todo. En la papelería estaba su mujer, una mujer teñida de rubio platino, pero con un corte de pelo hecho por la peluquera del barrio, aunque seguramente llevaba mucho más dignamente aquel negocio que su marido el suyo, que todavía no sabíamos exactamente a qué se dedicaba, aparte de llamar por teléfono para dar premios. Desde luego visto el negocio de la librería, era imposible que aquello diera no ya un sueldo digno, sino trabajo a dos personas. Por un momento pensamos que quizá viniera la mujer también a la comida, pero la mandó a comer a casa, para evitar que los gastos se le disparasen.

Éramos los únicos en un comedor de mesas de plástico, manteles de papel y una mampara de cristales de color ámbar, que lo separaba del bar propiamente dicho.

Lo más seguro es que en esa ocasión no logramos dominar nuestra sorpresa al entrar en aquel chigre desolador, y entonces el hombre se apresuró a asegurar que en ese lugar, aunque no pudiéramos creerlo, se comían las mejores angulas de Asturias, si acaso no de Europa.

Yo respondí gentil entonces que a esas alturas nos creíamos hasta Caperucita, aunque he de decir que no fue en absoluto ensañamiento, pues el gran hombre no captó en absoluto el pequeño matiz irónico de la frase.

Como he declarado hace un momento, en el bar no se encontraba nadie más que un viejo que atendía el mostrador, donde tampoco había ni un solo cliente. Preguntó entonces nuestro anfitrión si podíamos comer y el viejo dijo que *sí*, que nos sentáramos, mientras él desaparecía por una puerta trasera que debía conducir a la cocina. Pasaron al menos cinco minutos y ni el viejo salía ni entraba en el bar nadie. Afuera lloviznaba de una

manera continua y triste, y la humedad, el cielo encapotado y sombrío y el serrín llenaban el lugar de un olor a serrería y a tienda de carbones al mismo tiempo.

Nuestro anfitrión, hay que reconocerlo en su honor, empezó a ponerse un poco nervioso, porque ya no sabía de qué hablarnos para distraernos. Pero su nerviosismo desapareció cuando al fin vio salir al viejo. Venía lentamente hacia donde estábamos sentados, cojeando, mientras nuestro hombre, con la expresión risueña, empezó a frotarse las manos, dispuesto a ponerse las botas. Empezó pidiendo él. Angulas para los tres. El viejo se rascó el cogote, y se echó la boina negra hacia los ojos, y dijo que tenía que volver a la cocina a preguntar si quedaban angulas.

Regresó al cabo de otros cinco minutos con la triste noticia de que solo disponían en ese momento de una ración de ellas y dos besuguitos de ración. Lo de «en ese momento» no supimos bien lo que significaba, que podían traerlas al poco rato, o que podían salir a pescarlas. Eso era todo. Repartimos la ración de angulas entre los tres, a veinte angulillas cada uno, que habría sido mejor haber guardado de recuerdo, nosotros nos comimos los peces, que calentaron en el microondas y al librero le llenaron un plato de unas patatas con carne pastosas y guisadas del día anterior.

Aunque nuestro hombre hacía esfuerzos para amenizarnos la comida, yo creo que ni M. ni yo estábamos ya dispuestos a despegar los labios, de un humor cada vez más negro, como el día, aunque no por lo de la comida, sino por toda la puesta en escena. Nos hablaba de unos y de otros. Creo que nos dijo que había sido también concejal, y que la política le había decepcionado mucho mucho. Nos lo dijo como si hubiese querido hacernos una confesión dolorosa, y puso una cara de funebrismo que no tenía nada que envidiar a la de Nixon cuando anunció que abandonaba la Casa Blanca. De pronto, también, podía decir de alguien que «tenía la casa llena de cuadros, que eran una virguería». El viejo, apoyado en el mostrador, miraba las noticias de la televisión, ajeno al mundo. Cuando hubo que llamarle para que repusiera algo de pan y un poco de gaseosa, pues hay que decir que comimos con vino con gaseosa, lo único, por cierto, notable, había que levantarse y pedírselo, pues estaba sordo, según dijo, del oído que daba a nuestras mesas, y que por el otro estaba con las noticias de la televisión.

Llegó la hora de la cuenta, el viejo desapareció de nuevo en la cocina, y volvió diciendo que eran quince mil pesetas. No traía nota ni nada, sino que lo dijo de viva voz, como en los tratos de mercado. Yo creo que a mí me volvió a salir la maldad repudiable del cuerpo, porque al oír que por aquello le estaban soplando quince mil pesetas, estuve a punto de espurrear a todos con los granos de un arroz con leche al que aún no había conseguido dar término, de las ganas de reír que me entraron.

Y fue entonces el momento álgido, aquel en el que sacó su cartera para pagar. Estaba compungido. Yo pensé que me iba a pedir dinero. Pero no. Me preguntó si no me importaba ir después de comer a firmar ejemplares de la novela a su librería, para que le compensara de lo de la comida, el hotel y el viaje. Así me lo dijo. Pero no me atreví a responderle que para que le resarciera de todos los gastos tendría que firmar yo unos mil quinientos libros más o menos.

Dejamos a M. en el hotel y nosotros nos fuimos a la librería. Serían las cuatro y media de la tarde, caía una lluvia sin peso, pero constante, y la brea del suelo y el cielo eran del mismo color. Prácticamente no se veía a nadie por la calle, alguna vieja con el paraguas andando con precaución por miedo a resbalar y matarse. Los guardias urbanos se guarecían de la lluvia pegados a las paredes, con las manos en el bolsillo, fumando, como los golfos. Llegamos a la librería y tuve que ayudarle a levantar la trapa metálica para entrar. Estaba todo a oscuras, encendió las luces y buscó por allí un cubo con serrín que sembró como pudo a voleo. Dentro no había un solo lugar donde sentarse, porque apenas cabían cuatro personas, y todas de pie. Al poco rato llegó su mujer, que quería darme también conversación. Llevábamos media hora y no había entrado nadie. El hombre empecé yo a notar que cada vez estaba de peor humor, y me miraba de manera atravesada, quizá porque se había hecho la ilusión de que los escritores llegan a una librería y se forma una cola que le hacen ganar a él trescientas mil pesetas en una hora. Yo le pregunté si a los anteriores premiados les había traído a firmar, y me confirmó que no, que los años anteriores el premio contaba con alguna subvención, y que no hacía falta, pero que le habían quitado las ayudas y que todos teníamos que arrimar el hombro. A la media hora entró una mujer que pidió un libro de

repostería, que no tenían, y al poco rato un viejo a hacerse una fotocopia del carnet de identidad. «El comercio se sostiene con las fotocopias», reconoció tristemente el ama. «Hay que tocar todos los palos», se disculpó su marido, encogiéndose de hombros. «Claro, claro», asentí.

Cuando empezaron a entrar los niños que salían de los colegios a comprar barras de plastelina y calcomanías, me pareció que como broma aquello ya había durado lo suyo, y diciéndole que nos veríamos en la cena, salí de allí sin darle ninguna opción para la réplica.

A las dos horas llegó X desde Castrourdiales. Solo lo conocíamos por unas cartas, no sabíamos qué aspecto tendría, si iba a resultar bien o mal, nada. Había hecho seis horas de autobús para estar con nosotros una, camino de Oviedo. Fue él quien nos enseñó la parte vieja del pueblo. Eso estuvo bien. Quizá haya sido lo único de todo ese viaje. Era un chico muy tímido, yo creo que un poco impresionado, preocupado de causarnos una impresión agradable. Uno también estaba en eso, pero es difícil hacerle creer a un poeta de veinte años que el poeta de cuarenta siente y piensa y teme las mismas cosas que él. Paseamos por aquí y por allí, bajo los paraguas, bajo los soportales, bajo la noche. Se le estaba haciendo tarde y le acompañamos a tomar el último autobús para Oviedo. Nos pareció un chico encantador, pero quién sabe, quién puede decir lo que las cosas duran. Cuando uno tiene veinte años se entrega a la amistad con un ímpetu envidiable. Y en eso consiste la madurez, hace uno conocimiento de nuevas gentes, y se retrae un poco, se guarece uno más y más contra sus propias y viejas paredes, como los guardias urbanos.

Y en esto llegó el momento culminante: la cena.

A mí me pusieron en la mesa con los otros «galardonados», poetas en bable, un filólogo, un pedagogo y no sé quiénes más. Aunque traté por todos los medios de que al menos M. y yo pudiéramos estar la cena juntos, el protocolo de Avilés era tan rígido como el de la Casa Blanca, y no hubo manera, porque todos los años se hacía ya de la otra manera.

Fue ese el camino por el que me encontré toda la cena al lado del que fue durante ocho años Presidente del Principado de Asturias, un hombre muy importante en la región. En España, en

cuanto a uno le dan un premio, lo normal es que empiece a conocer a los presidentes de todas las generalidades y juntas. A él el premio se lo daban por un tomito de artículos. X me había dicho que era también poeta, pero muy malo. Se habría dicho que también estaba en aquel lugar a disgusto, aunque seguramente por otras razones, quizás porque pensase que él merecía mucho más que eso. Los camareros le decían a todas horas don Fulano para acá, don Fulano para allá, dando grandes cabezadas. Estaba en silencio, sentado con un gran empaque, esperando que alguien le levantara temas de conversación de su agrado, a modo de faisanes. Entonces tomaba la palabra y hablaba con esa firmeza de los que saben que ha de escuchárseles, quieran o no. Para alguien como él, que ha dado los premios Príncipe de Asturias a grandes peces gordos del mundo, los de esa mesa le debíamos parecerle pescadillas. Creo que no me dirigió en toda la cena una sola vez la palabra. Podría pensarse que estaba agraviado conmigo por alguna razón, pero eso habría sido posible si me hubiese conocido de algo, porque en eso estaba en el mismo lugar que nuestro librero. Quizá pensara que se habría merecido otro escritor de más lustre para la foto en los periódicos. Quién sabe. Su mujer, en cambio, era simpática. Hablaba mal del PSOE, que es el partido del marido, y así se fue pasando la cena, hasta que se llegó a las estatuillas. Yo salí en último lugar por la mía.

La estatuilla era increíble, de unos dos o tres kilos de peso, en bronce macizo, y muy peligrosa, pues queriendo representar a un acebo, esa planta de hojas pequeñas y espinosas llena de puntas agudas, la habían llenado de afiladas aristas por todos lados, medio abstracta, medio realista. A las consortes les regalaron media docena de claveles, envueltos en papel de celofán con un lazo rosa.

Alguien quiso llevarnos después de cenar a festejarlo por ahí en un cabaré, pero con el pretexto de que teníamos que salir temprano en el avión, logramos huir hacia el hotel. Puede decirse que era el primer momento en todo el día en que lográbamos estar los dos juntos a solas, y quizás por eso nos acometió un ataque de risa, porque no nos creíamos nada de todo aquello, que en cualquier momento tenía visos de que se deshiciera como un malentendido.

Al día siguiente, al hacer la maleta, apenas con el tiempo justo para tomar el avión, el trofeo desgarró con una de aquellas esquinas

como cuchillos el camisón de M., un siete irreparable. Yo dije entonces que lo mejor era dejar olvidado el premio en el hotel, en la papelera, para no contribuir a la contaminación, pero M. con buen acuerdo reparó en que Avilés era un pueblo, y que podría hacerse un pequeño escándalo, cuando lo descubriera la camarera. Eso no habría sido así, porque la placa que había debajo, con mi nombre, se había despegado ya, y con guardármela en el bolsillo, estaba todo arreglado, pero M. dijo que sacarían el nombre por el número de habitación. Así que tuvimos que cargar con ella en un bolso de mano.

Pero entonces sucedió lo peor. Al pasarlo por el detector del aeropuerto saltaron todas las alarmas de una manera peligrosa. En dos segundos se pusieron alertas todos los guardias civiles de la región militar, que montaron las armas, y me hicieron abrir el bolso a punta de metralleta. Yo me sentí muerto más de vergüenza que de miedo. Examinaron el objeto sin entender de qué podría tratarse, y bastó que uno de los guardias insinuara que aquello era algo muy peligroso, para que yo se lo regalara. Le sugerí: por mí se lo puede usted quedar. El guardia, desconfiado, se ofendió mucho y manifestó que él no quería para nada una cosa así, estando sobre todo de servicio. Entonces el ofendido fui yo, porque le aseguré que se trataba de una escultura moderna de un importantísimo escultor de Asturias, si acaso no de Europa. Se formó un pequeño corro alrededor de aquel objeto, que iba pasando de mano en mano. La gente lo sopesaba, y algunos decían, coño, pesa. Serían como las siete de la mañana. Algunos de los viajeros querían pararse y cotillear también lo que les había detenido un poco el paso, pero uno de los guardias decía circulen, pasen, no es nada. Al final los guardias civiles repitieron que no podían aceptar ningún regalo en acto de servicio, ni siquiera de la parte como quien dice más perjudicada, y tuvo que ser una de las mujeres de la limpieza, que se había acercado a ver qué pasaba, la que dijo que ella misma se lo quedaba, arrebatándoselo al brigada. Vimos cómo se alejaba dándole vueltas en las manos para ver qué era aquello, quizás buscando la manera de no herirse con los cuchillos del acebo, quizá tratando de abrirlo por la mitad, para buscar dentro un alijo de droga.

QUE no vuelva a suceder. Feliz rutina, días grises, horas

silenciosas, alegres días sin ver a nadie, monotonía de lluvia tras los cristales.

NOCHEBUENA. Por debajo del afecto, escenas familiares, como siempre, de irredenta incomprensión, de cuentas pendientes, de abrumadores resentimientos, nunca explicitados. Hermanos a los que hace un año no se ha visto, cuñadas, cuñados, sobrinos de los que uno no sabe ni siquiera el nombre, y apenas llegado, irreprimibles ganas de huir, de no pertenecer a nada de eso, de poder decir que no es la misma sangre la que recorre todas nuestras venas. Oyes que alguien, enfermo desde hace tantos años, le lanza a otro casi una maldición: «Ojalá Dios te hubiese castigado con lo mismo que a mí». Una frase así en Nochebuena. Piensas en «Los muertos» de Joyce. La noche anterior había estado en La Adoración Nocturna. Dos horas después, se iría a la Misa del Gallo… Y dormir en la cama de nuestra infancia, de nuestros años mozos, solo que ahora con tu propia mujer, inmovilizado por todos los fantasmas que parecen cobrar vida de nuevo. Todo eso se te ha vuelto más extraño que nada, más horrible que nada de lo que hayas conocido. Si al menos uno hubiera dejado de amar, todo podría explicarse. Solo con no volver. Pero las amarras del afecto parecen a uno mantenerle unido a un puerto cada día más desolado, y el viejo barco, cada año que pasa, más inservible para travesía ninguna.

A veces, en la monotonía de esa derrota, en la calma chicha, a la espera siempre de esa tormenta que se avista desde lo alto del mastelero, alguien trae relatos que intercala, como hizo Cervantes en su novela. No guardan relación con ella, pero forman parte del todo. A X, un ganadero de la región, hace unos años le ocurrió algo extraño. Cada mañana aparecía muerto en la majada un cordero, cosa para la que no encontraba una explicación lógica. Dormía él solo allí. No entraba el lobo, no eran los perros. Tampoco eran ladrones, porque el cordero se quedaba allí, sin aprovecharle a nadie. El segundo cordero que apareció muerto le obligó a tomar cartas en el asunto, y se quedó, de imaginaria, una noche. Esa noche no pasó nada, ni la otra, ni la otra. Llevaba sin dormir una semana hasta que al fin lo descubrió. Los mataba el mulo de una coz, y era por celos, pues siempre mataba al cordero recién nacido. Lo apartaba de la madre, y se deshacía de él de una certera coz. Al descubrirlo, aquel hombre fue preso de la ira, uno de los pecados

capitales a los que no deberían considerar así, por lo que tiene de homérico o shakespeareano. ¿No tenía Yaveh una ira santa? Fue a buscar una soga, hizo un lazo corredizo, lo pasó por el pescuezo de la bestia, tiró el cabo libre por encima de una viga, lo recogió y levantó a pulso al mulo, hasta que lo ahorcó. En realidad, comentaba él, al mulo lo levantó la ira, pues cuando quiso repetir la hazaña delante del pastor y de otros que acudieron al lugar cuando se supo la noticia, incrédulos de que él solo lo hubiera podido levantar, no pudo hacerlo. Pero allí estaba el mulo muerto, con la soga en el cuello.

Cada año nos espera una historia como esta, que alguien ha oído o que alguien ha conocido de primera mano. A veces no son tan solanescas. Pero siempre son sombrías.

Y vuelve uno a la vida de casa, allí dentro siempre, porque lo normal es que nieve, hiele o nieve.

Y cada año una nueva escena en el drama de la vida. Unos juegan a las cartas, para acortar unas horas que siempre resultan demasiado largas, los niños corretean con los juguetes nuevos, en un rincón de la casa alguien hace confidencias entre lágrimas a aquel precisamente al que hace un año que no ve: se separa de su marido. Sus hijos juegan con los otros primos ajenos a ese drama. La madre, bondadosa, espera solo que llegue el tiempo de la cena, para poder ser útil. El padre, triste y sombrío, da cortos paseos por el pasillo, como una vieja fiera, antaño llena de energía, como aquella otra del *Jardín des Plantes*, en su jaula de hierro. Unos salen de casa, otros entran. Nadie sabe de nadie. Nadie sabe nada. Hasta el año próximo.

PERSEGUÍA a los chicos que tenían ojos bonitos y una voz de terciopelo, con el secreto propósito, no siempre confesado, de arrancarle a la oscuridad de un pasillo o al nerviosismo de una despedida, un beso en los labios. Mann era viejo cuando hizo esta confesión en su diario. En otro momento juzgaría esa babosería como algo repulsivo y antinatural, no tanto por el carácter homosexual de esa búsqueda, como por su asimetría, entre decrepitud y juventud. Y sin embargo hoy, cuando uno mismo parece acabado y deprimido, podría entenderlo, y solo pide al cielo no terminar de esa manera, mendigando a la vida algo a lo que ya debería haber renunciado.

POR estas fechas, a todos los que no creen en Dios parece que les obligan a creer en el Niño Jesús.

LLOVIZNABA. El Rastro estaba muy triste y ramplón. En la Cuesta de Moyano compré, sin embargo, tres libros. La *Carolina Coronado*, de Ramón, un libro sobre el Madrid galdosiano, y *Orbe*, las memorias de Larrea.

En el prólogo dice el prologuista académico que esta es, después de compararlo con *El libro del desasosiego*, «obra capital de la literatura contemporánea española». La Academia, definitivamente, nos vuelve tontos.

Luego, por la noche, cuando fuimos a ver a los abuelos, la calle estaba vacía. Era una típica tarde de domingo de invierno. Las luces de Navidad que habían colgado como guirnaldas eléctricas lo llenaban todo de una muy insufrible melancolía, subrayada por el hecho de que alrededor de las dos o tres manzanas de nuestra zona los comerciantes pretenciosos han puesto una tira estrecha de moqueta roja, a modo de alfombra. El primer día aún tenía una cierta prestancia. Una semana después, que ha llovido y la gente ha caminado encima, esa estrecha y larga alfombra roja sobre las aceras es en la mayor parte de los trechos un pedazo sucio y arrugado de tela de color indefinido, un guiñapo lleno de inmundicias en el que los perros se limpian el trasero después de haber hecho sobre él sus deposiciones.

A propósito de esto ocurrió algo bastante simpático el primer día en que la pusieron. Se veía la alfombra roja todo a lo largo de nuestra acera, en el tramo que va de la calle Almirante a la del Piamonte y de esta a la de Bárbara de Braganza. Tenía un color púrpura verdaderamente regio. La gente de este barrio, de un modesto pasar, miraba con cierto escepticismo la novedad, que recordaba mucho esas alfombras que desenrollan en las escaleras de las iglesias los días de boda, en la de Santa Bárbara mismamente, que la tenemos enfrente.

El caso es que a las pocas horas apareció la alfombra llena de cacas de perro, pequeñas mierdas, duras y de color idóneo, como trocitos de salchicha. Había contabilizados lo menos ocho trozos, puestos uno detrás del otro con unos veinte centímetros de separación entre ellos, y los habían pinchado todos y cada uno con un palillo de dientes, como si se tratara de una tapa.

La gente que venía andando, orgullosa de ir por la calle pisando una alfombra, al llegar al primero de los pinchitos se llevaba un susto considerable. Yo mismo cuando lo vi no supe qué pensar. Lo primero que se me ocurrió es que fuese el *happening* de alguna de las muchas galerías de vanguardia de la zona, una crítica contra el consumo burgués, que prefiere gastarse el dinero en una cosa como una alfombra en vez de darlo a las misiones o a las mismas galerías de arte, para que hagan alguno de sus interesantes montajes. La verdad es que las mierdecitas pinchadas con el palito, colocadas en medio de la calle, en una fila, producían la risa. La gente de hecho cuando lo veían, después de mirar para todos los lados por si descubrían una cámara oculta, también se echaba a reír. Pero nadie se podía explicar quién había ingeniado aquella broma.

Cuando subí a casa le conté a la familia lo que acababa de ver y el enorme éxito que había tenido la alfombra. Entonces R. me contó que lo de las cagaditas lo había hecho G. No lo creí, desde luego, pero fui a ver a G. Al principio este lo negó todo, temiendo que fuese a reñirle, pero poco a poco, cuando advirtió que a mí me había hecho mucha gracia, me confesó que las cacas ya las había visto por la mañana y que fue entonces cuando se le ocurrió lo que podía hacer, y que por la tarde, como está de vacaciones, se metió un puñado de palillos en el bolsillo y había bajado después de comer, cuando no había nadie en la calle, para terminar su acción.

M. no se creía tampoco nada de lo que estábamos contando, porque hoy es el día de los inocentes, y fue preciso que bajara con ella a la calle para enseñárselo. La gente seguía parada admirando los pequeños objetos y preguntándose a qué podía obedecer algo así. La dependienta de la joyería era de la teoría de que aquello había sido obra de una Organización no gubernamental para llamarles horteras a quienes habían tenido la idea de alfombrar las aceras, habiendo el hambre que había en el mundo. Yo me apresuré a sumarme a esa opinión, porque la joyera es una chica muy guapa. Para el de la tienda de ropa, en cambio, no era nada más que algo lúdico, una broma dadaísta o surrealista, obra, en cualquier caso, de un hombre muy preparado. Otros, la mayoría, pensaban, no obstante, que se trataba de una inocentada, bastante zafia, que les producía repugnancia.

Yo creo que esta clase de historias son las que desprestigian un

diario. No deberían tener cabida en él. Los diarios no los hace la vida, sino la antología que se haga de ella, y esas historias escatológicas de cagones o de animales que se lo hacen encima de las alfombras tendrán muy poca pervivencia en el tiempo. Dentro de unos años se verá que perdía el tiempo fijándome en estas cosas, y no en tantísimas desgracias como ocurren en Madrid, o incluso en Europa. Es posible. Pero yo no puedo inventarme otra vida. No era más que una travesura de G., que tiene siete años. Dentro de muchos años, aún nos acordaremos de ello, y nos hará gracia. Será algo de la familia, de nuestro léxico familiar. El tiempo viene marcado por algunos pocos acontecimientos, que uno no elige. Me habría gustado que mi hijo con siete años en vez de pinchar mierdas interpretara a Mozart o leyera a Dickens. Seguramente. Pero no es así. Por otra parte, la honda vida de los afectos no está al final de una escalera de valores, a veces la encontramos a ras de suelo. Y con eso es con lo que tiene uno que vivir.

Subimos a casa. G. se encontraba feliz porque no le habíamos reñido. R. estaba, me pareció, un poco celoso de que la idea no se le hubiera ocurrido a él, que es cinco años mayor. Pero hicimos como que volvíamos serios. Le pedimos entonces que se lavara las manos, y nos desengañó argumentando que lo de poner los palitos había ocurrido hacía lo menos cuatro horas, y que entre medias había merendado y otras muchas cosas, sin considerar que los había puesto con enorme cuidado y, que, por tanto, ya no valía la pena lavarse las manos ni nada, aunque naturalmente se lavaría las manos si yo me iba a poner así.

ESTÁBAMOS frente a la chimenea, en Las Viñas, por la noche, leyendo. Era un fuego modesto el que había, languideciente de toda su jornada. Hacía un rato que los niños se habían acostado. De pronto M. levantó la vista del libro y dijo:

—En medio de todo no ha sido un mal año.

—No —le contesté yo—. No ha sido malo.

Volvimos a guardar silencio. No se oía nada en ninguna parte, ni afuera ni dentro. Ni siquiera la respiración de sus sueños. Ni el viento entre los olivos. Ni el frío fuego de las estrellas. Nada. M. seguía mirando las llamas.

—Pero es mejor que haya pasado todo —siguió diciendo como para ella misma.

—Sí, desde luego.

Pareció de pronto despertarse de sus lucubraciones, que despejó con una pequeña sacudida de cabeza, y siguió leyendo. Yo sé a qué se refería. Es mejor que todo esto haya sucedido. Hace un año no sabía qué iba a pasar con mi novela. Pero todo ha vuelto a ser lo mismo que antes. A eso se refería. Las vidas se hacen siempre de una manera rara. Entonces fui yo quien levanté la vista del libro y me quedé mirando los leños. Me había distraído. Y pensaba. En cierto modo en mí mismo. Creo que otro habría vivido las cosas que he tenido que vivir de otra manera, y en el fondo a mí me habría gustado vivirlas de otro modo. Espera uno absurdamente que le den un mejor papel en la comedia, se lo dan, sale a escena y entonces dice su papel sin convicción, sin tono, sin apariencia. Eso creo que me ha ocurrido a mí. Las cosas que hace uno ha de creérselas, porque si no todo el mundo termina disgustado. Pero por otro lado es mejor que no sucedan.

Yo creo que si tuviese garantizado un fuego como el de ayer por la noche, no viviría en la ansiedad perpetua. Pero piensa uno que las cosas siempre están a tiempo para ir un poco peor.

Pensaba también, y era lo fundamental, si yo era ayer un poco mejor que hacía un año, si sabía más de mí y del mundo. Creo que sí. No sé qué, pero creo que sí, que soy algo mejor. Muchas veces he llegado a pensar que el carácter se me estaba agriando un poco, pero de pronto me he vuelto a ver con cierto buen humor. El humor, ya lo ha dicho uno muchas veces, no es muy literario para la literatura de nuestro tiempo, que lo encuentra superficial y, sobre todo, inconveniente, con tantas hecatombes como hay y tantos julio anguitas. Si lo pienso bien, durante el año ha sido objeto uno de algunos vejámenes y agravios. Algunos los habrán hecho de manera premeditada, pero otros no. Sin embargo me parece que, al final, me los he tomado con deportividad, quizá porque, por una vez en mi vida, sabía que aunque no tuviese trabajo el siguiente mes, podríamos vivir. A uno le gustaría ser más franciscano y llegar a la alegría de los gorriones, pero para eso creo que me van a tener que conceder una vida muy larga y entonces, tal vez, cuando sea octogenario, pueda llegar a ser un hombre de un humor magnífico sin saber lo que hay dispuesto de cena ese día ni si va a haberla.

Mi vida, en lo que sea, está contada en estos cuadernos. Podría

seguramente ser de otra manera, aunque no creo, pero en lo que es, está contenida aquí. No quiero vivir la vida de mis contemporáneos, ni siquiera la de mis vecinos, sino la mía, la de mi mujer, la de mis hijos, y la de mis libros tejiéndose entre ellos.

Es verdad que no ha desaparecido ninguno de esos fantasmas que nos harán desdichados siempre. Si me asalta la idea de la muerte, y es algo que sucede cada noche, me apena y asusta. A veces M. me sorprende tiritando y me abraza, me dice, pobre, y yo quiero llorar de gratitud, pero el temor agudo no desaparece y si termina borrándose es con el sueño. O me encuentro solo en casa, escribiendo. Uno escribe para celebrar la vida y la belleza de las cosas, pero eso no siempre es fácil de alcanzar, y poco a poco se apodera de uno el desánimo. Al final del día, cuando M. vuelve de su trabajo, no me parece justo recibirla con el guardapolvos del desaliento, de manera que me lo quito, pero termina descubriendo la anomalía, y a uno le desalienta todavía más que vayan pasando los años y no se encuentre uno aún a salvo de las mareas negras.

Todos los hombres que han inmolado sus vidas en el menester del arte, al menos los que a uno le interesan más, han buscado para sus humores melancólicos una salida. Unos la han encontrado y otros no, otros se han vuelto locos antes, o se han quitado de en medio o han hecho desdichados a los que tenían alrededor. De manera que a la vez que uno escribe una simple cuartilla está con el continuo temor de volverse loco o muerto o un hombre impío para los suyos.

Supongo que la única manera de ponerse a salvo de todo eso, de aspirar a ser feliz, será cuando nada de lo de uno nos concierna demasiado. Ah, me digo, si pudiera ser un pobre de espíritu. Es lo más que se puede ser en esta vida, y el escribir diarios es un signo de pobreza, nada tengo, todo lo doy, de eso no hay la menor duda, antes que ir acumulando cosas sobre uno mismo, como el acaparador o el especulador.

No ha sido un mal año. Me han pasado más cosas que ningún otro año, pero si quiere uno ser un pobre de espíritu habría que ir desprendiéndose de todas ellas. En el fondo quiero creer que es lo que hago ahora, tirarlas por la borda.

Eran ya las doce y media de la noche, pero no le participé ninguna de estas cosas, porque además hemos hablado de ellas mil

veces. A uno le da ya incluso un poco de vergüenza hablar de uno mismo. Los yoes corren siempre ese peligro del gigantismo. De manera que solo al irnos a dormir, mientras abrazaba su espalda, le dije que las cosas estaban mejor ahora. Quería decir así, después de haber sucedido, pero lejos de ellas. Aunque creo que no me escuchó toda la frase porque cayó en el sueño, y a los pocos minutos la seguí.

ANDRÉS TRAPIELLO (Manzaneda de Torío, León, 1953). Estudió Filosofía y Letras en la Universidad de Valladolid y se estableció en Madrid en 1975.

Especialmente reconocido como poeta (Premio de la Crítica 1993), es también novelista (Premio Nadal 2003), ensayista e historiador. Trabajó en diversas publicaciones y programas culturales de televisión hasta 1979. Desde entonces se dedica en exclusiva a la escritura.

Es autor de 8 novelas, la primera de ellas, *La tinta simpática*, 1988. En 1992 recibió el Premio Internacional de novela
Plaza & Janés
por *El buque fantasma*. En 2003 su novela *Los amigos del crimen perfecto* obtuvo el Premio Nadal, y en 2005 *Al morir don Quijote* el Premio Fundación Juan Manuel Lara a la mejor novela de ese año editada en español.

Colabora semanalmente en el Magazine de *La Vanguardia* y en otros periódicos y revistas.